



el

LUIS DELGADO

# El Cañonero *Estrago*

U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A

Lectulandia

Luis Delgado continúa con su colección de novela histórica naval Una Saga Marinera Española. En este nuevo volumen, decimotercero de la serie, el capitán de navío Santiago Leñanza permanece al mando de la corbeta Mosca, antes de ser nombrado como jefe de la flotilla de cañoneros, integrada en las fuerzas navales que han de apoyar la expedición cántabra ordenada por el Consejo Supremo de Regencia. Bajo el mando del mariscal de campo Mariano Renovales y el capitán de navío Joaquín Zarauz, buques españoles y británicos colaboran en las acciones sobre Gijón y el intento de tomar a los franceses la plaza de Santoña. Es un ejemplo más de las numerosas maniobras de apoyo prestadas por la Armada a las operaciones del Ejército durante la Guerra de la Independencia por diferentes escenarios de la costa peninsular. A bordo del cañonero Estrago, nuestro protagonista vivirá duros episodios de mar y guerra dignos de epopeya popular.

**Lectulandia**

Luis M. Delgado Bañón

# **El cañonero «Estrago»**

**La operación cántabra**

**Una saga marinera española - 13**

ePub r1.0

Titivillus 24.07.2019

Luis M. Delgado Bañón, 2008

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Para mis muy queridos Marta y Beni, una vez afinada la  
puntería.

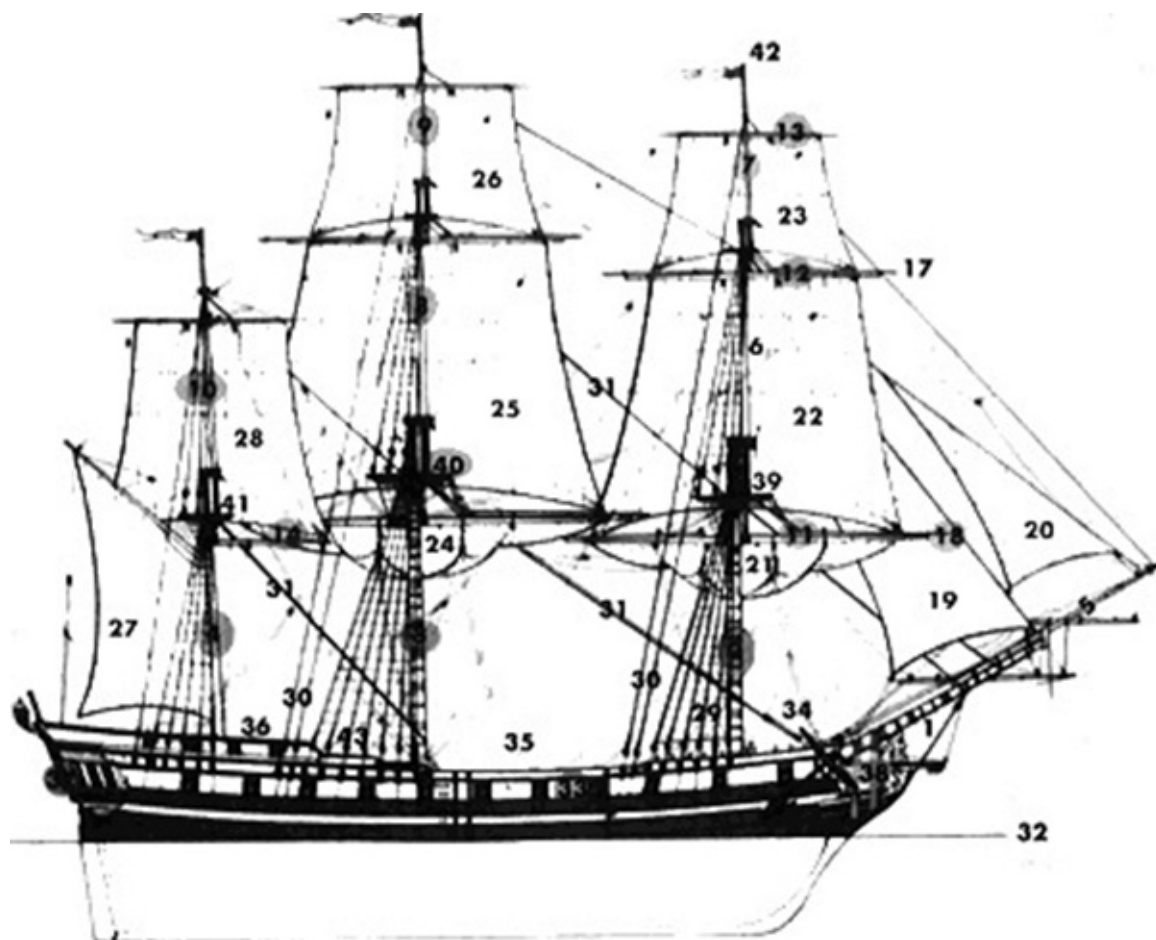
Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra o las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos son fruto absoluto de mi imaginación.

*No quedaba a bordo para el necesario sustento más que unas pocas onzas de galleta, racionada al suspiro chuzo en mano. Pero tal elemento, grato al gusto recién borneado, no era ya pan o alimento similar, sino polvo mellado con gusanos que habían devorado del mismo toda sustancia. Además, su sabor era repugnante al haberse reamasado de forma espontánea en contacto con los orines de las ratas, lo que producía un olor difícil de soportar. No obstante, algunos hombres habrían sido capaces de asesinar a su compañero por adquirir una ración doble de aquella asquerosa masamorra.*

*Informe del alférez de navío Bodega y Quadra tras su penosa y dilatada navegación por las costas de Alaska a bordo de la goleta Sonora (1775).*

*La niebla que al aclararse amontona en sitio dado, el viento viene a arreciar ciertamente de aquel lado.*

Refrán marinerero



1. Bauprés; 2. Palo trinquete; 3. Palo mayor; 4. Palo mesana; 5. Botalón del foque o del bauprés; 6. Mastelero de velacho; 7. Mastelero de juanete de proa; 8. Mastelero mayor o de gavia; 9. Mastelero de juanete mayor; 10. Mastelero de sobremesana; 11. Verga del trinquete; 12. Verga del velacho; 13. Verga del juanete; 14. Verga de gata o verga seca; 15. Verga de cebadera; 16. Verga de sobrecebadera; 17. Botalón de ala del trinquete; 18. Botalón de rastrera; 19. Foque; 20. Contrafoque; 21. Trinquete (vela); 22. Velacho; 23. Juanete de proa; 24. Mayor (vela); 25. Gavia; 26. Juanete mayor; 27. Cangreja; 28. Sobremesana; 29. Jarcia; 30. Obenques; 31. Estayes; 32. Línea de flotación; 33. Portas para la artillería; 34. Castillo; 35. Combés; 36. Toldillo; 37. Jardín (servicios de oficiales); 38. Beque (servicios de marinería); 39. Cofa del trinquete; 40. Cofa del mayor; 41. Cofa del mesana; 42. Galleta del palo trinquete; 43. Alcázar.



## Prólogo

Alcanzo por fin en mi colección de novela histórica naval «Una Saga Marinera Española» el volumen que incorpora ese maléfico cardinal en su lomo. Bien es cierto que en contra de una generalizada opinión siempre gocé de tal número y su utilización tanto hablada como escrita, creyendo firmemente en su ventura. No debemos olvidar que eran trece los dioses de la mar, aquellos que decidían la suerte de los marinos en sus navegaciones por mares tenebrosas, así como las sirenas del cabo Picón, vigías de fortuna para alertar a los buques con atractivos cantos de sus peligrosos rompientes. Y para rematar un generoso listado que podría alargarse sin fin, era en longitud de 13° Oeste donde según algunos antiguos navegantes se encontraba la perdida Atlántida que subyugara a tantos hombres de mar. Pero a efectos prácticos la colección continúa con fuerza y disfrute añadido del autor. De esta forma lo que para algunos puede ser considerado como funesto rubicón, ha sido traspuesto sin contratiempos. Porque mientras ustedes encaran este volumen he plantado el número catorce en el siguiente ejemplar de la serie, en el que ya trabajo con plena dedicación.

En esta obra que llega a sus manos continúo con ese sangriento periodo de nuestra historia en el que toda España se rebelaba, altiva y orgullosa, ante la invasión francesa, la mal llamada guerra de la Independencia, fórmula poco adecuada para nombrar aquella alargada contienda. Porque independientes éramos desde muchos siglos atrás y tan solo luchábamos contra la invasión de esos habituales y dañinos aliados que, por fin, mostraban la iniquidad de sus verdaderos sentimientos.

Dentro de esa magna empresa nacional, la Real Armada, rendidas sus fuerzas casi al ciento durante el funesto reinado anterior, cooperaba al fin común con todo lo que se encontraba a su disposición y un poco más. No debemos olvidar que el espíritu es capaz de obrar milagros cuando se empeña el alma en una empresa digna de recompensar cualquier sacrificio, por grande

que éste sea. No encararemos, como en anteriores volúmenes, combates de poderosas escuadras formadas por navíos de dos y tres puentes, sino escaramuzas de pequeñas unidades donde el valor y la capacidad de entrega de nuestros hombres de mar quedarían demostrados muy por alto.

En tan particular contienda con sangre corrida en abundancia por tierras y mares, era necesario transportar caudales, hombres, armas, pertrechos y materias primas desde las Indias o puertos europeos amigos. Porque de la mar debía llegarnos casi todo el auxilio. Al mismo tiempo se apoyaban las acciones de los diferentes ejércitos por diversos puntos de nuestra costa, en muchos casos con buques faltos de todo elemento, navegando con plegarias elevadas y auxilio de los cielos. Pero se vivía el momento de darlo todo si era necesario y a tal labor se entregaron los miembros de la Armada por mar y tierra, como habían hecho durante toda nuestra historia. Por desgracia, en la mayor parte de las obras escritas sobre esta sangrienta lucha contra el francés se soslaya de forma torticera o por pura ignorancia el importante papel que jugaron nuestros hombres de mar.

Debemos recordar que a lo largo de tres siglos habíamos conformado un imperio colonial fabuloso, al tiempo que descubríamos y conquistábamos medio mundo. Tal labor fue posible en gran medida gracias a nuestros hombres de mar. Y como incontestable demostración, tal imperio comenzó a desaparecer a la par que la Armada alcanzaba cotas de extrema penuria, al punto de dejar de existir como fuerza de relevancia en el concierto internacional.

Como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos pero de trascendental importancia en nuestra historia naval y por lo tanto en la de España. Siguiendo la línea marcada desde un principio a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años, vitales para nuestra permanencia como nación independiente, incorporo los necesarios hechos novelescos de mis personajes, esa saga familiar en la que baso estas narraciones históricas, que ofrecen el condimento imprescindible en toda obra para hacerla amena y atractiva al lector.

Luis Delgado Bañón

## 1. Retorno a la realidad

Desde la toldilla<sup>[1]</sup> de la corbeta *Mosca* podía contemplar la incomparable bahía de Cádiz en toda su extensión. Mar de leche fondeada en cuenco de plata. Ni un leve suspiro de aire en movimiento con el habitual vagajillo<sup>[2]</sup> veraniego del alba alejado en vuelo, condición anómala de aquel pequeño paraíso. Buque y agua amadrinados en un solo cuerpo. Velas aferradas al tocho, mientras los cables de las anclas largadas en el caño de La Carraca a escasas varas del fuerte de San Luis rendían esfuerzos a la plomada. Ningún ser humano podría cansarse de observar tan maravilloso espectáculo, incapaz de ser plasmado en tela por el más prodigioso de los artistas.

Recordé al detalle las palabras de mi padre, segundo miembro de la familia Leñanza imbricado con la mar y que alcanzara en la Real Armada el empleo de jefe de escuadra. Definía aquel extraordinario paraje como un rincón incomparable donde la mar, los ríos, caños y canalizos parecían haber depositado a su paso con especial regusto gotas mágicas y menudas, que emergían orgullosas para formar accidentes geográficos con nuestra historia prendida en sus faldas. Y creo que acertaba de lleno al enjuiciar que posiblemente en el mismo momento de la creación el gran Dios de todas las aguas se decidiera por ese laberinto marítimo en un último y artístico esfuerzo para trazar el tajo final de la gloriosa península Ibérica.

Conforme el alba se ceñía avante en aquel primer día de julio del año del Señor de 1810, apoyado en soledad sobre la regala<sup>[3]</sup> de estribor en la curva del coronamiento, recordé toda mi vida en la Armada, un ejercicio parecido a pasar las páginas de un libro a gran velocidad, pero en la mente. La etapa anterior apenas existía, como si hubiera sido destetado sobre las tablas de una embarcación mientras un viento cascarrón<sup>[4]</sup> soplaba entre sus jarcias.

Sobre aquellas aguas embarqué por primera vez de guardiamarina en una fragata, la *Mahonesa*, que me pareció entonces un mastodonte de los mares con las galletas de sus palos hendiendo las nubes al pico. Eran muchos los

episodios buenos y malos atravesados a un largo, páginas impregnadas de mar, velas, olas alzadas en espuma, sangre propia y ajena, victorias y derrotas. Pero no podía obviar momentos trascendentales entre los que destacaba mi partida a bordo del bergantín *Penélope* hacia las Indias en el primer mando de mar, arriesgada e importante misión con mi cuñado Beto de segundo comandante. Y más clamoroso fue el tornaviaje, rendido en las mismas puertas de la bahía con las fragatas britanas en sanguinaria persecución y los caudales del Rey resguardados en la bodega. Muchas e inolvidables estampas como la primera y triste visión de la corbeta *Mosca* al tomar su mando un año atrás, fondeada junto al arsenal de La Carraca.

Aunque sea difícil de creer, era el olfato el sentido que más se recreaba en las diferentes escenas, cual melodía que asociamos a inolvidables momentos. Y por encima de todo, el olor a pólvora quemada y sangre, ese tándem de dolor y gloria que se matrimonian sin disolución posible en el combate naval. Pólvora negra que envuelve las imágenes en una densa bruma mientras la sangre derramada en cubierta desprende un aroma de muerte que algunos hombres de mar solemos percibir como especial anticipo antes de entrar en acción, cuando la corneta toca a zafarrancho y la dotación ocupa sus puestos de combate a la carrera.

Alargué la mirada más allá en dirección sureste, dejando volar la imaginación con entera libertad. Porque entre todas las acciones habidas en mis trece años de servicio no podía olvidar aquella luctuosa jornada del 21 de octubre de 1805, cuando en aguas cercanas al cabo Trafalgar sufríamos una derrota penosa pero prevista y más de dos mil de nuestros hombres perdían la vida o quedaban heridos de gravedad. Quien mandaba nuestra escuadra, el cortesano y obsequioso general Gravina, había cedido a los deseos del francés sin oponer la resistencia debida ante una acción suicida que tan solo podía beneficiar las ambiciones personales del almirante gabacho. Hasta el navío *Santísima Trinidad*, una catedral de cuatro cuerpos posada sobre la mar y considerado como el buque más poderoso del mundo, se decidía por el descanso eterno en las profundidades con sus 136 cañones de porte todavía calientes.

Para la familia Leñanza, la peor consecuencia del sangriento encuentro había sido la pérdida de mi padre y mi único hermano, ambos con la casaca azul emborronada en grana. Pero como decía el general Escaño, muchos caen y otros han de mantener el pabellón izado. Y aunque el estado al que se había llevado a la Armada a lo largo del anterior reinado provocaba espanto y vergüenza propia, era necesario darlo todo en unos momentos en los que nos

jugábamos mucho, más que nunca, nada menos que continuar como nación poderosa e independiente.

Dirigí la mirada hacia las vueltas<sup>[5]</sup> que relucían en las bocamangas de mi casaca. Sentí un profundo orgullo y cierta incredulidad al reconocerlas como propias. Qué cierto es ese refrán marinero que asocia el paso del tiempo con el vuelo del cormorán, en picado y sin posible retroceso. Era ya capitán de navío, empleo al que había sido promovido días atrás por mis «meritorias acciones», así rezaba el parte oficial, a bordo de esta bendita corbeta *Mosca* en aguas del archipiélago de las Azores. No obstante, aunque hubieran transcurrido escasas semanas, las escenas vividas en la ensenada de las Conchas con la fragata francesa volando por los aires a un palmo de nuestros bigotes y el aroma a muerte prendido en las nubes quedaban ya a muchas leguas por la popa.

Volví la vista hacia proa para contemplar con orgullo la corbeta *Mosca* cuan grande era, un conjunto de cubiertas, palos, vergas, masteleros y hasta el enhiesto espolón del bauprés, que se erguía con prepotencia hacia el más allá. Y en ese mundo particular era yo su comandante, el único y verdadero dueño de cuerpos y destinos. Solía decir mi padre que todo buque tiene su particular alma y si su comandante, ese dios propio a bordo, consigue enamorarse de ella, acaba por rendir lo que de sus tablas se reclama. Qué gran verdad, aunque parezcan palabras más propias de un poeta. Pero no debemos olvidar que en la mar todo es poesía, por mucho que con machacona repetición se tiñan sus estrofas de dolor y sangre.

No podía haber sido más desconsoladora la visión de la corbeta *Mosca* el día que tomaba el mando y pisaba su cubierta por primera vez. Habían transcurrido solamente seis meses, pero tal periodo me parecía toda una eternidad. El buque necesitaba una urgente carena<sup>[6]</sup> desde meses atrás, que con seguridad no se le concedería. Eran momentos en los que casi nada se podía esperar del arsenal, cuya obligación primera era el mantenimiento de los buques de la Armada. Para nuestra desgracia, las existencias de materiales necesarios —como brea, pintura, pólvora, planchas de cobre, maderas, clavazón, velas, y otros mil artículos tan imprescindibles a bordo como la galleta, el agua o la salazón— se encontraban a cero y las pocas que se libraban, se hacía dando preferencia a las cañoneras que defendían la ciudad gaditana del francés.

Por fortuna, mis hombres habían trabajado a destajo al tiempo que el banquero y comerciante don Benito de la Piedra, debido a un antiguo favor y con mi fortuna personal como aval, nos enviaba todo lo necesario para

abordar esa comisión de las islas Azores, integrados como estábamos en una división británica bajo el mando del comodoro Traylor.

En aquellas aguas portuguesas, la *Mosca* había sufrido todos los males que a un buque pueden aquejar: mala mar, espesas nieblas, ataque inesperado y a tocapienoles<sup>[7]</sup> de una fragata francesa con palos rendidos, varada contra las piedras y un carenado de emergencia a la tumba en una ensenada desconocida, donde nuestros aliados portugueses habían demostrado la fidelidad de sus sentimientos. Para colmar el vaso, una vez reparada de sus heridas habíamos atacado y destruido con suerte, que todo debe decirse, la fragata francesa *Clementine* en la ensenada de las Conchas, donde volaba su santabárbara y se producía una gran cantidad de bajas entre sus hombres. Por fin regresaba a Cádiz dos meses atrás, cuando ya todos creían a la corbeta *Mosca* y a su dotación perdida sin remisión entre las aguas.

Como tras la urgente y milagrosa carena llevada a cabo en la ensenada portuguesa, la *Mosca* se comportaba en la mar con buenas formas, no había solicitado siquiera su entrada en dique para su debida inspección. Eso habría significado su pena de muerte porque la lista de espera para uso de los diques era interminable y una corbeta catalogada meses atrás como «de media vida, regular estado y a falta de urgente carena» quedaría relegada en el fondeadero hasta el infinito. De esa forma había notificado a la jefatura de la escuadra que el buque se encontraba listo para desempeñar comisión, sin más explicaciones. Debemos recordar que por aquellos meses la mayor parte de nuestras unidades salían a la mar en precario, a falta de muchos elementos indispensables que en otros tiempos les habrían hecho pasar al arsenal para su inmediata puesta a punto. Por desgracia, muchos creían que la guerra contra el francés solamente se libraba en tierra, olvidando que a través de las aguas debían llegarnos todos los refuerzos, caudales, pertrechos y hombres, bien desde las Indias o bien desde puertos aliados. Sin olvidar que Cádiz se había convertido en un verdadero centro regulador de tropas y recursos que por la mar llegaban, y a través del mismo medio se distribuían por todo el teatro ibérico según las necesidades del momento.

En cuanto a mi vida particular, los días de placer, esos momentos únicos e inolvidables que disfrutamos al regresar a puerto en bordada de gloria y recibir el abrazo de los propios, rinden trayecto más pronto que tarde para bien o para mal del alma. En nuestro palacio de la calle de la Amargura se vivía con alegría, ajenas las mujeres y los niños a la guerra y las penurias que tantos compatriotas soportaban. Por fortuna, mi hijo y el de mi única hermana, casada con mi gran amigo y compañero Beto, crecían en salud. Las

mujeres mostraban sonrisas de cuadro. Nuestra tía o madrastra María Antonia, considerada como madre de parto, mantenía la casa al tiento como siempre, atenta a su única hija, la querida prima Cristina, niña convertida en mujer de incomparable belleza que tanto nos hiciera sufrir en determinados momentos con sus desvaríos amorosos. El conjunto no podría ser más prometedor y tan solo los esporádicos cañonazos de las baterías francesas instaladas en el castillo de Matagorda, adelantadas al bajo de la Cabezuela, les recordaban que la pluma se mantenía con vuelo inestable y el filo de la daga centrado en dudas.

No obstante, debo ser sincero hasta la galleta<sup>[8]</sup> cuando, entrado en las últimas singladuras de este cuerpo con el aparejo en reliquias, traspaso gran parte de mi vida a estas páginas. Esta fue la tarea impuesta por mi añorado padre, y mucho antes por el suyo, sin menoscabo alguno de tal obligación hasta el presente. Y bien saben los cielos que no nos ha movido otro fin que hacer comprender a las venideras generaciones el esfuerzo y sacrificio de tantos hombres entregados a la mar en nombre de España.

Hablo de la necesaria sinceridad porque no todo navegaba en color de rosa por mi vida. Había amado a mi mujer, Eugenia, con toda el alma desde que la conociera a bordo de la fragata *Fama* en aquel funesto tornaviaje desde las Indias, con sangriento desenlace en el combate a la vista del cabo de Santa María contra cuatro fragatas britanas, entradas en fuegos a tiro de pistola sin declaración de guerra y con su habitual hipocresía. Nuestro hijo Francisco, a quien todos apodaban Pecas en recuerdo del tío Santiago, crecía pequeño de cuerpo pero despierto de mente como águila culebrera. Sin embargo, y aunque ambos deseáramos aumentar la familia, se habían presentado ciertos problemas que llegaron a alarmarnos.

Aunque lo ignoraba, Eugenia había sufrido en el último año esporádicas hemorragias que se repitieron con mayor frecuencia en los dos últimos meses. Un afamado galeno consideraba su estado como muy negativo para cumplir nuestros deseos de procreación. No amenazaba su vida si se mantenía en cuidados, aunque sí lo que el doctor calificaba como su aparato reproductor. También nos recomendaba anular por algún tiempo nuestras más íntimas relaciones. Aquellas noticias no solo nos habían entristecido, sino que parecían distanciarnos poco a poco, sin que fuera capaz de conocer la causa invisible y desconocida para mi mente que parecía forzar aquella situación. Callábamos y fingíamos normalidad, aunque era consciente por mi parte de que esa tela sagrada, las velas que impulsan el amor conyugal, parecían haberse rifado en lastre y sin solución. Con todo, no podía achacarlo

solamente a los problemas médicos de Eugenia porque también mi espíritu se despegaba de esos sentimientos tan necesarios entre marido y mujer, cuando del amor se cruza al cariño sin la llama de la pasión.

Por el contrario, la unión de Beto con mi hermana era un ejemplo para todos. Rosalía se encontraba de nuevo embarazada y ambos presentaban la estampa del más feliz de los matrimonios, sin que la envidia hiciera aparición en ningún momento por nuestras cabezas. María Antonia, capaz de leer los pensamientos a mil leguas de distancia, había sospechado la verdad. Y como era mujer de las que toman el toro por los cuernos y nos quería a todos sin límite, me había hablado y aconsejado con extremo cariño y discreción. Solicitaba mi paciencia y el ejercicio del cariño ampliado. Comprendía sus palabras y debí certificarle mi amor por Eugenia, aunque ambos éramos conscientes de que podíamos transformarnos en una de esas parejas, tan habituales en nuestro entorno, que se tratan como si anduvieran permanentemente invitadas a una recepción o sarao de Corte.

En cuanto a la guerra que manteníamos con los malditos gabachos, pueblo odiado como jamás se había sentido en España, por la Península se continuaba sufriendo el arrollador paso de los ejércitos franceses, tropas escogidas y adiestradas en mil batallas por los campos de Europa a los que se oponían racimos de hombres mal equipados y sin bagaje guerrero en su mayor parte. Tan solo la sufrida España y nuestros hermanos portugueses luchaban en aquellos momentos contra el prepotente emperador en el continente. Pero cuando se defiende el hogar propio es la sangre la que emboca desconocidas armas a cerrazón. Se recibían auxilios de tropas lusas e inglesas, así como caudales, materias primas y armamentos desde las Indias o puertos aliados. Los reveses eran sangrientos a veces, pero pronto se levantaban los pendones para continuar la brega. Como contrapartida feliz según el momento, en los campos y serranías las ya famosas partidas se amadrinaban a su terruño, ese *corso terrestre* dispuesto a segar la vida de todo gabacho que quedara a tiro. Y mucho les debíamos en primera persona porque gracias a una de esas partidas había podido Beto rescatar a nuestra familia asentada en una hacienda del reino de Murcia, donde sufrían la presencia de aquellos desalmados franceses que no respetaban cruz ni sentimientos.

Regresando a la situación particular de mi carrera, continuaba como comandante de la *Mosca*, aunque no correspondiera el mando de una corbeta a todo un capitán de navío. Bien es cierto que el desequilibrio en los destinos de la Real Armada era grande por aquellos días, con altos empleos al mando de pequeñas cañoneras y muchos otros luchando en los frentes de tierra. Y



como a bordo me sentía feliz, no era cuestión de elevar protesta, sino de mantenerse en silencio, que cuanto más durara aquella fruta golosa a disposición, mejor para el alivio del alma. Bien sabe Dios que en aquellos momentos necesitaba del perfume de la mar más que nunca. Por esa razón no apuraba visita de recibo a la jefatura de la escuadra, que seguía bajo el mando del general Villavicencio, quien me propusiera para el ascenso por méritos. Era preferible mantenerse en calma y a la espera de una posible misión de transporte a las islas o cualquier otra que se reclamara. Necesitaba navegar porque, como reza la norma habitual, sobre las aguas se disuelven como por encanto los problemas o tristezas mentales que aquejan en tierra al hombre de mar y los míos comenzaban a pesar demasiadas libras.

Desde que retornara a Cádiz tras mi azaroso periplo por las islas Azores había visitado al teniente general don Antonio de Escaño en dos ocasiones. Tanto para Beto, el capitán de fragata Adalberto Pignatti, como para mí se trataba de un segundo padre. Habíamos trabajado a su lado como ayudantes desde los días posteriores al desastre de Trafalgar, cuando todavía detentaba la mayoría general de la escuadra. Lo admirábamos hasta límites insospechados y no se trataba de pasión desmedida, al ser considerado como el más brillante oficial de la Real Armada de aquellos años. Con él habíamos pasado a la Corte, nombrado como miembro del Almirantazgo creado por Godoy, órgano en el que la Armada depositara tantas esperanzas y que con su caída desapareciera. Por mi parte, y con el paréntesis del combate en aguas gaditanas para rendir la escuadra del almirante Rosily, donde entré a muerte al mando del falucho *Colombo*, continuaba bajo su manto cuando era nombrado Secretario de Marina por la Junta Central, el periplo de esta huyendo de los franceses, hasta su nombramiento en la Real Isla de León como uno de los cinco miembros del Consejo Supremo de Regencia, máximo órgano de poder de aquella España libre que clamaba por los derechos de su rey don Fernando. Y como confiaba en sus consejos sin posible cortapisa, me mantenía al mando de la corbeta *Mosca* sin rechistar.

Desde mi puesto en la toldilla, cuando creía entender que los cielos nos bendecían con una agradable ventolina<sup>[9]</sup> en querencia de entablarse por firme del levante y el barco comenzaba a bornear<sup>[10]</sup> con pereza, observé la inconfundible figura de Okumé en el alcázar. Miraba a su alrededor con insistencia, buscando mi presencia sin duda. Los miembros de la dotación de la corbeta lo apodaban «la sombra del comandante», y con gusto recibía tal nombre, que tanto se ajustaba a la realidad. Ese buen africano de piel negra como brea de calafate cuya manumisión consiguiera mi padre a temprana

edad, había sido mi compañero de juegos y diabluras en los primeros momentos hasta convertirse con el paso del tiempo en persona inseparable y de absoluta confianza, como un miembro más de la familia. Siempre pegado a mi casaca, debía actuar como secretario, consejero o incluso cual simple criado particular, llegado el caso de necesidad para ocupar plaza en los buques de la Armada. La verdad es que a bordo rendía servicio como criado, secretario, galeno, cocinero, patrón de mi lancha y cualquier menester que correspondiera a mi persona. Y ya era mucho lo que le debía cuando el africano recio y fortachón había salvado mi vida al rescatarme de las aguas tras la terrible explosión sufrida a bordo del navío *Real Carlos*, así como algún tiempo después a bordo del bergantín *Penélope*, evitando mi inminente caída al mar cuando un inesperado huracán antillano nos desplumara a muerte.

Al comprobar que me encontraba en la toldilla, trepó por la escala con su habitual agilidad para venir hacia mí a paso vivo y con su imborrable sonrisa.

—Mucho ha madrugado hoy, señor. ¿Ha dormido mal? Debe de ser que todavía no se ha habituado a su camastro a bordo, tras muchos días de comodidad en tierra sobre un colchón de plumas. Le he preparado para abrir el día unas buenas tajadas de tocino y esas gachas tibias que tanto le agradan.

—Me comería un elefante, Okumé.

—Pues no sé a qué espera. Si me hubiera avisado, las habría tenido preparadas para que pudiera tomarlas en su cámara con la camisa de dormir, como suele apetecer. Parece que anda cambiando sus costumbres, paseando por el barco en ayunas sin que amenacen olas o vientos. Le recuerdo que no estamos en la mar, señor. Bueno, sí lo estamos, pero quiero decir que no navegamos —exhibió una amplia sonrisa—. He de repetirle que debería arrancar cada nueva jornada con un buen tazón de café, ese líquido negro que tanto recomiendan los cirujanos por mucho que yerren en sus diagnósticos. Alegan que da energías supletorias para la faena.

—Ya sabes que no gusto mucho de esa bebida amarga que se ha hecho casi indispensable en todos los buques. Prefiero las gachas o la leche si me encuentro en puerto y hay posibilidad de agenciarla.

—Pues don Beto toma de esa bebida negra con extremo deleite y en cantidad.

—Ya lo sé y mucho sufre mi cuñado cuando no se encuentra a mano. Por fortuna aquí en Cádiz estamos bien abastecidos de casi todo. Son muchos los buques que arriban día a día con alimentos y pertrechos.

Quedamos en silencio, mientras dirigía la mirada hacia la mar como si allí pudiera encontrar las respuestas a todas mis preguntas. Sabía que Okumé deseaba atacar otro tema y dudaba al encararlo. Por fin pareció decidirse.

—No quiero parecer entrometido, señor, pero ya sabe que para mí es lo primero. Bueno, la familia también, aunque en segundo lugar. —Hizo un gesto con sus manos como si debiera pedir excusas por sus palabras antes de continuar, ahora con la voz en tono más bajo—. ¿Le sucede algo a doña Eugenia? Las visitas de ese galeno con cara de percherón poco me gustaron. Ya sabe que heredé las nociones del viejo Setum sobre el uso de las hierbas medicinales y especiales curaciones.

—No es necesario, amigo mío. Tienes razón en cuanto a la apariencia física del cirujano Medellín, pero es de los más reputados en el Real Colegio de Medicina. La señora tiene ciertos desarreglos..., algunos problemas propios de las mujeres.

—Ya le comprendo. Nada grave, supongo.

Ahora era yo quien parecía dudar. Mi confianza con Okumé era absoluta y pensé que necesitaba una voz amiga en quien descargar parte de la saca.

—Parece ser que no podrá volver a engendrar más hijos o no será tarea fácil.

—Con todos mis respetos hacia ese afamado galeno, no lo creo. —La desconfianza de Okumé hacia los profesionales de la medicina era invariable, razón por la que empleaba un tono de repulsa en sus palabras—. Doña Eugenia es joven y fuerte, así como usted. Volverá a parir más Leñanzas, como está escrito en el libro del destino.

Una vez más se hizo el silencio. Navegábamos por la relinga de la vela, sin atrevernos a entrar con decisión al trapo. Ahora era Okumé quien desviaba la mirada al elevar su pregunta.

—Creo que puedo hablarle con entera confianza, señor, como siempre ha sido mi norma...

—Por favor, Okumé, abandona el rodeo. Sabes que para ti todo está permitido.

—Quizá sea un error por mi parte, pero veo al señor un tanto... un tanto... no sé cómo decirlo. Parece que trata a doña Eugenia con cierta distancia, sin ese calor que siempre los unía. En estos momentos su felicidad debería ser plena y, sin embargo, parece molesto consigo mismo o quién sabe si con los dioses de la mar. No será la razón esa dificultad indicada por el cirujano...

—No creo que en esa loneta se centren mis problemas, sino aquí dentro. —Toqué mi cabeza con la mano.

—Nada que no puedan solucionar unas buenas paletillas de cordero, regadas con ese caldo rojo que agenció la pasada semana.

—Necesito navegar, Okumé. Estoy seguro de que allí fuera todo se aclararía en mi mente. —Señalé hacia la mar abierta—. A veces en la vida nos atacan pensamientos oscuros que no sabemos con exactitud de dónde proceden. Y ya te digo que no se trata solamente de esa imposibilidad de tener más hijos aunque mucho lo desee. Hay momentos..., hay momentos en que mi esposa me parece una extraña.

—¿Doña Eugenia una extraña? —Mostraba un gesto de incompreensión, como si hubiera pronunciado una locura—. Pero si la amáis...

—Aunque te sea difícil de creer, tampoco yo encuentro las palabras adecuadas para definir mis verdaderos sentimientos. Pero, bueno, no te preocupes que todo va bien.

—No va bien, señor. —Ahora Okumé empleaba un tono paternal con decisión—. Es malo enmascarar los problemas y apartarlos a las bandas porque en muchas ocasiones no podemos volver a retomarlos.

Me sentí incómodo, esa negativa impresión que nos produce la verdad cuando no deseamos escucharla. Y no era por el hecho de mantener aquella conversación con Okumé, sino por el derrotero que tomaban mis propios pensamientos. Necesitaba aires nuevos.

—Vayamos por esas tajadas de tocino que desde aquí soy capaz de olisquear. Desfallezco de hambre.

Una vez en mi cámara y al olor de la comida, me sentí de mejor humor. Era un aposento modesto, aunque lo suficientemente espacioso para desenvolverse con comodidad. Mientras atacaba el tocino y las gachas, observé con detenimiento el cañón que se mantenía reluciente en la banda de estribor, dispuesto como otras veces para abrir fuego. Porque ni siquiera el comandante se libraba a bordo de que se desmantelaran muebles y mamparos para facilitar el fuego artillero en situación de combate. Okumé se mantenía en silencio. Conociéndolo tan a fondo como a mi propia sangre, estaba seguro de que el pobre penaba por mi sufrimiento, circunstancia que el africano adivinaba, aunque intentara enmascararlo noche y día.

\* \* \*

La campana de a bordo acababa de picar el mediodía, momento en el que se originaba el cambio de guardia y la recogida del rancho para los salientes. Situado junto a la timonera, comentaba con el segundo comandante las

necesidades del buque y en especial la de proveernos de un nuevo juego de banderas de señales. Algunas se encontraban en un estado tan lamentable que una vez izadas no serían comprendidas ni a una pulgada de distancia, una merma importante en la mar.

Una vez regresado a Cádiz, tras nuestra experiencia en el archipiélago de las Azores y el combate librado en la isla de las Flores, había propuesto el ascenso de mis tres únicos oficiales por su destacada y merecida actuación, tanto en combate como en la proeza de carenar la corbeta a la tumba en ensenada desconocida. Por desgracia, en ese sorteo al que las autoridades suelen jugar había sido ascendido el segundo comandante, Ignacio de Ibarreche, al empleo de teniente de fragata, al tiempo que el guardiamarina Entremos conseguía la anhelada charretera<sup>[11]</sup>. Del reducido cupo de oficiales de guerra tan solo el alférez de fragata Ordovás se mantenía en el mismo empleo, aunque le prometí intentarlo de nuevo en la primera ocasión. En su parte negativa, había desembarcado con merma en su expediente personal al piloto, don Federico Carbonell, por su negativa actuación en la mar que nos hizo varar en las rocas. Por fortuna conseguía que se habilitara al joven y despierto pilotín, don Enrique Calvi, como segundo piloto. Otras propuestas de promoción para los oficiales de mar estaban a la espera de resolución, de forma especial la del segundo contraestre, don Sebastián García, cuya labor había sido encomiable y de una importancia decisiva.

—Ya que hemos unificado al ciento los códigos con los britanos, señor, supongo que deberemos pedir su auxilio una vez más. Utilizan juegos de banderas que parecen recién salidos del obrador y alguno podrán cedernos. No creo que en el arsenal quede ni un mínimo gallardetón.

—Acabaremos por perder la vergüenza propia, segundo.

—Creo que en ese particular aspecto, señor, la perdimos hace tiempo. Aunque ya no dependemos orgánicamente del comodoro Traylor, sigue manteniendo buena relación con él. Todos saben que sin su ayuda mucho habríamos sufrido en la comisión rendida por aguas portuguesas.

—Desde luego. Todavía me cuesta creer como cierto que dispongamos de esos dos hermosos cables<sup>[12]</sup>, envidia de todos los comandantes que por estas aguas nos observan. Una bendita circunstancia que debemos a la generosidad del británico. Lo más triste es que en la mayoría general de la escuadra así lo recomiendan por las claras y sin rebozo alguno. Debemos reconocer que muchos buques navegan gracias al apoyo de los ingleses.

—Nuestros seculares enemigos se muestran ahora generosos con sus nuevos aliados. Por cierto, señor, ¿cree que nos concederán alguna comisión,

aunque sea de correo por las islas? Ahora que la dotación se encuentra bastante hecha a la mar y da gusto observar la corbeta en la distancia, no convendría dejarlos mano sobre mano durante demasiado tiempo. Es una pena mantener esta unidad fondeada, cuando tan necesarios son algunos transportes. Y si se tratara de viaje redondo a las Indias, moriría del gusto.

—Ofreecería con placer uno de mis brazos por conseguirlo y los dos si debiéramos pasar al mar del Sur. Desde un punto de vista egoísta, no deseo aparecer por la jefatura de la escuadra porque en cualquier momento nombrarán mi relevo. Por mucho que duela, debo comprender que no es lógica esta situación, con un capitán de navío al frente de una corbeta que según los reglamentos debería ser mandada por un teniente de navío.

—En estos días todo se encuentra manga por hombro en ese particular aspecto, señor, tanto en la Armada como en el Ejército y la España entera.

—Eso sí es cierto. De todas formas habrá muchos tenientes de navío que deseen este mando.

—Si acude por la jefatura, sería un buen momento para conseguir un guardiamarina, ahora que las cañoneras se encuentran con una menor actividad.

—Ya lo había pensado, sin olvidar la necesidad de un piloto y algunos marineros que cubran las bajas habidas en la última comisión. Será difícil o casi imposible, pero lo intentaré. ¿Cómo andamos de víveres?

—Los embarques en la isla Flores gracias a la generosidad de su amigo, el capitán Lopes de Moura, supusieron una verdadera bendición. Aunque en los partes declaramos víveres para cinco semanas, podríamos alcanzar los dos meses sin penurias.

—Mañana por la mañana visitaré al comandante general de la escuadra, que me tiene especial aprecio desde que mandaba el arsenal de La Habana y entré en él con los palos del bergantín *Penélope* rendidos, sin contar este ascenso que a él le debo. Y si me habla de entregar el mando, le solicitaré una última comisión de mar como despedida.

—Aunque me repita con demasiada insistencia, señor, gustaría mucho de navegar a las Indias.

—¿Quién desecharía esa guinda, segundo? —No pude reprimir una sonora carcajada—. Pero no soñemos con duendes blancos aunque se trate de ejercicio barato.

Disfrutaba con aquellas conversaciones a bordo que alejaban otros pensamientos menos dulces del cerebro. Además, mi segundo era un magnífico oficial, intrépido y valiente, al que le auguraba una prometedora

carrera en la Armada si la mar y las balas lo respetaban. Fue en aquel momento cuando el alférez de fragata Entrerriós nos alcanzaba a la carrera desde la proa con los flecos de su recién estrenada charretera escupiendo rayos de oro.

—Una falúa con insignia, señor. Acaba de abandonar el arsenal de La Carraca y parece navegar en nuestra dirección.

—¿Qué insignia luce?

—Aunque se encuentra todavía a demasiada distancia, a través del anteojo juraría que se trata de las armas de don Fernando.

—¿Un miembro del Consejo Supremo de Regencia en falúa? ¿Está seguro de que se mueve en dirección a nuestra corbeta? —Tomé el anteojo de sus manos, adelantándome desde la timonera hacia la banda contraria y enfocándolo por nuestra aleta de estribor—. En efecto. Juraría que se trata del general Escaño.

—¿Su Alteza el teniente general don Antonio de Escaño viene a visitar esta modesta unidad? —preguntó Entrerriós con evidente emoción en su voz—. Será un gran honor conocerle.

—Recuerden que no gusta de recibir especial tratamiento por su puesto en el Consejo de Regencia, aunque le corresponda. Deben dirigirse a él como un sencillo teniente general de la Armada.

—¿Un sencillo teniente general? —murmuró Entrerriós.

Continuaba con el anteojo dirigido hacia la falúa, hasta que descubrí el inconfundible aspecto de quien había sido mi mentor en la Armada durante tantos años. No cabía duda de que se movía por derecho hacia la *Mosca*. Me volví hacia el segundo con rapidez.

—Se trata del general Escaño sin duda. Recibimiento de ordenanza al copo, segundo. Espero que el portalón reluzca en oros.

—Lo está, señor.

Pasé con rapidez a mi cámara, donde ya Okumé tenía en sus manos la mejor casaca, que pasaba a enfundar sin perder un segundo.

—¿El general Escaño a bordo? Debe de ser algún asunto importante.

—No me gustan los imprevistos, Okumé, aunque mucho me alegre poder conversar con don Antonio.

—No se preocupe que será para bien.

Cuando alcancé el portalón, formaba la guardia en línea de cruja mientras el contramaestre y el guardián preparaban los pitos para los honores de ordenanza. Con la falúa a escasas varas<sup>[13]</sup> pude comprobar la sonrisa en el

rostro del general, lo que me tranquilizó como aceite sobre las aguas, aunque los duendes todavía recorrieran mis venas en agitación.



## 2. El general Escaño

Sentí una profunda emoción y evidente orgullo cuando, tras los honores de ordenanza y en el momento de destocarme para ofrecerle mis respetos, don Antonio de Escaño, fuera de todo protocolo, me tomaba por los hombros con visible afecto. Comprendí que ningún miembro de la dotación perdería detalle de aquella escena. Aunque la confianza entablada con quien fuera gran amigo y compañero de mi padre se alargara en los años, no debemos olvidar que se trataba de uno de los cinco miembros de mayor responsabilidad de aquella España libre en lucha con los franceses. Poco después aumentaba mi satisfacción al comprobar cómo el general sonreía con muestras de aprobación al repasar con su mirada las cubiertas y aparejos de la corbeta, conforme nos movíamos por la banda de babor hacia mi cámara. Conocedor de su persona con suficiente profundidad, era consciente de que no perdía detalle alguno porque, aunque ocupara un puesto eminentemente político, continuaba siendo un verdadero hombre de mar y no se le escapaba una mota. Por tales razones no me extrañó que una vez retrepado en el más confortable sillón de la cámara, me espetara con rostro feliz nada más aceptar un vaso de vino.

—Solía asegurar el general Mazarredo que una de mis mejores virtudes era calibrar las cualidades de los hombres a la primera mirada. —Ante mi gesto de profunda sorpresa, sonrió mientras me señalaba con el dedo—. Vamos, *Gigante*, no pongas esa cara. Pareces haber oído alabanzas de la bicha maligna.

El general parecía de muy buen humor aquella mañana. En contra de la intensa fatiga que apreciara en su rostro cuando fuera a saludarlo una vez regresado a Cádiz, ahora lo veía menos apagado. De nuevo mostraba esa mirada clara e inteligente que lo adornaba en los mejores momentos y se movía con mayor agilidad.

—Perdone, señor. Ya sé lo que aprecia al teniente general Mazarredo, fidelidad que le honra. Pero no debe olvidar que en la actualidad ocupa el cargo de secretario de Estado y del Despacho de Marina, así como Director General de la Armada en la corte del rey intruso. No son precisamente..., quiero decir que lo que de él se oye en corrillos no es para...

—Deja los titubeos y esa palabrería más propia de cotorras de salón. Don José de Mazarredo es un general de la Armada honrado y cabal sin posible duda, digan lo que digan algunas voces malignas y nunca bienintencionadas. —Hizo con su mano un movimiento en abanico, como si quisiera zanjar una importante cuestión—. Creo sinceramente que ha tomado el camino equivocado, pero puedes estar seguro de que hace lo que estima mejor para España. Y bien que lo demostró al impedir que Bonaparte se hiciera con los buques españoles atracados en Ferrol hace pocas semanas, unidades que gracias a la fortuna y el apoyo británico pudimos incorporar a nuestras fuerzas. Las personas son olvidadizas y ya no recuerdan lo mucho que sufrió el general Mazarredo en el anterior reinado. Era vergonzoso comprobar como el mejor oficial de la Armada se mantenía en permanente destierro, recibiendo uno y mil indignos agravios por el mero hecho de decir la verdad, una cualidad que dolía a fondo en la Corte, comenzando por el prepotente valido. En fin, no es más que agua pasada y según tengo entendido no anda muy bien de salud el pobre, con frecuentes y graves ataques de gota.

Me mantuve en silencio, mientras don Antonio parecía dejar volar sus pensamientos en horizontes lejanos. Sabía que mucho había sufrido cuando su antiguo protector le había exigido el juramento al rey José, a lo que se había negado en redondo. Pero ya parecía regresar al mundo de los vivos.

—Aludía a esa virtud que me adjudicó Mazarredo porque es muy posible que acertara de lleno. Desde luego —ahora sonreía—, no me equivoqué contigo una pulgada, muchacho. Sigues con fidelidad la línea marcada por tu padre. Mucho había escuchado sobre la milagrosa transformación que llevaste a cabo en esta corbeta, desahuciada por casi todos antes de que afrontaras la comisión hacia las islas Azores. Conseguiste dejarla en dulce y parece imposible que llegaras a carenarla a la tumba<sup>[14]</sup> en aguas desconocidas y sin apoyo.

—En ese punto, señor, debo mencionar, como ya lo hice ante el comandante general de la escuadra, la entusiasta ayuda de nuestros aliados portugueses.

—Lo que tú digas. Pero de todas formas fue una labor de gigantes.

—Como debe saber, su buen amigo don Benito de la Piedra también jugó un papel muy relevante en esa resurrección. Me concedió todo su crédito y suministro hasta la última petición, lo que en mucho facilitó la inicial puesta a punto.

—Estaba al corriente de ese detalle. Aunque muchos lo tachen de oportunista y negociante sin escrúpulos, no dicen la verdad. Don Benito, con quien me une una buena amistad, es un patriota de verdad y poco beneficio sacaré de esta guerra. Como norma general, los banqueros y comerciantes nunca se decantan por un bando y obtienen ganancias de todas las facciones en litigio desde que el mundo es mundo. No ha sido el caso de este señor que ha apostado a una sola cara de la moneda y en defensa de los derechos de don Fernando desde el primer momento. Si algún día ganamos esta guerra y vuelve nuestro verdadero Señor, debería recompensar tal esfuerzo. De todas formas, es persona que no olvida los favores y tú le hiciste uno muy importante cuando regresabas de las Indias a bordo del bergantín *Penélope*.

—Sin tener conocimiento de tal detalle. Si lo hice fue para seguir vuestra indicación. Desconocía que en aquel cofre transportado desde Cartagena de Indias, además de las perlas grises se incorporaban en el forro importantes documentos para sus bienes.

—En efecto, y tampoco yo lo sabía cuando te transmití el encargo. Me confesó que estaba siendo chantajeado por un miserable familiar, trance que solucionó con esos documentos. Pero también es de justicia aplaudir que hayas empeñado tu fortuna personal en esta causa. Pocos hombres con patrimonio lo hacen aunque presuman de elevado patriotismo.

—Era de necesaria obligación y espero que los avales entregados hayan librado mi deuda con él.

—No los hará efectivos, puedes estar seguro. Como te decía, es hombre que no olvida pasados favores. Puedes considerar las entregas de pertrechos, pólvora y víveres como una respuesta de cortesía por su parte.

Quedé sorprendido por la noticia. Aunque sabía que mi patrimonio podía cubrir los gastos sin mayores contratiempos, en aquellos días de vaivenes comerciales y casas de banca en precario me preocupaba el cumplimiento de la deuda. Pero don Antonio parecía querer pasar a otro tema sin pérdida de tiempo.

—¿No ha sufrido la corbeta quebranto alguno en su estructura después de tan complicada varada? Puedes ser sincero conmigo.

—Todas las millas navegadas desde que varamos a la tumba en aquella desconocida ensenada lo han sido con la misma disposición y características

de maniobra que las presentadas hasta entonces. Esta corbeta tenía mala fama de forma injusta, además de no haber sido mantenida como se debía, sin un recorrido y carena en los últimos años. Le aseguro que navega al punto, ciñe como los ángeles y sale a la banda como una goleta. Y no crea que exagero un ápice. El comodoro Traylor, al mando de la división británica en la que debí incorporarme, puede testimoniar que avanteábamos en la noche a las fragatas inglesas con facilidad y vela acortada. Como es lógico pensar, señor, en circunstancias normales habría solicitado al comandante general del arsenal dejarla en seco para comprobar que no ha sufrido el casco desde entonces. También sería necesario cambiarle el forro de cobre en su totalidad. Pero sé que no es momento para tales peticiones cuando falta de todo y otros buques navegan con el alma en suspiro.

—Lo comprendo y aplaudo. Has hecho un trabajo formidable y te felicito por ese ascenso más que merecido. Dentro de un par de semanas cumples veintiséis años solamente y ya te ves con esas vueltas de capitán de navío. Yo alcancé ese empleo a los treinta y seis años. Lástima que suframos estas miserias porque pronto merecerías mandar un setenta y cuatro<sup>[15]</sup>.

—De momento, me conformaría con el mando de una fragata o, en el peor de los casos, continuar en la *Mosca*, aunque ya sé que no me corresponde por reglamento. Bueno, tampoco me correspondía el empleo de capitán de fragata, cuando me asignaron el mando.

—Vivimos momentos de turbulencias en todos los sentidos, pero es lógico pensar que te busquen un relevo en escaso tiempo, especialmente ahora que brilla la corbeta en oros. Aprovecha la muy favorable opinión que de ti posee el comandante general de la escuadra para un futuro destino. Mucho ha pregonado tus virtudes. Y no olvides que mi secretaría siempre estará abierta para ti.

—Muchas gracias, señor, pero, entrado en sinceros, desearía continuar sobre las aguas, aunque fuese a bordo de un modesto bergantín.

Don Antonio paladeó el vino de procedencia portuguesa con visible placer, aunque no fuera hombre de los que lo tomara en la habitual cantidad que consumía la mayor parte de los miembros de la Armada.

—Muy rico y fresquito este vino clarete. ¿Cómo lo mantienes a tan agradable temperatura?

—Siguiendo un viejo consejo de mi padre, señor. Okumé siempre dispone de alguna frasca arriada por el costado y dentro del agua.

—Es verdad, lo había olvidado. El mismísimo general Gravina copió ese procedimiento a tu progenitor. —Volvió a chasquear la lengua en sentido de

apreciación—. Verdaderamente exquisito. ¿Un recuerdo de tu navegación por aguas portuguesas?

—Durante la comisión trabé excelente amistad con el capitán del Ejército portugués Lopes de Moura, señor, a quien dejé al mando de la guarnición en la isla Flores. Además del apoyo en la reparación de la *Mosca* y el posterior ataque a la fragata francesa, nos proveyeron de todo, carnes de cordero y cerdo incluidas, además de estas frascas de vino procedente de la isla Madeira, que, como dice, es una delicia al paladar. Bueno, no debo olvidar que también el comodoro Traylor colaboró a fondo antes de nuestra partida de Cádiz. El envío de los dos cables, uno de ellos en flor de cuño, fue una bendición de los dioses. Y nos apoyó en el asunto de los víveres, necesarios con tanto soldado portugués embarcado.

El general volvió a observar la cámara, como si se encontrara en casa propia. Lo sabía feliz de hallarse a bordo. Vestía una impecable casaca, lo que indicaba a las claras que debía de haber asistido a una importante reunión o ceremonia, o bien se aprestaba a ella. Aunque los ventanales de popa se encontraban abiertos, el calor era sofocante, con el viento caído a cubierta. No me extrañó su salida.

—Creo que deberíamos despojarnos de la casaca, *Gigante*. Tengo el cuerpo mojado por el sudor.

—Me parece una excelente idea, señor.

Quedamos atracados en comodidad. Como la confianza que me otorgaba el general era grande desde muchos años atrás, le entré en preguntas directas como tantas otras veces. Eran muchas las dudas que albergaba en mi sesera.

—Le aseguro, señor, que ha sido un placer esta inesperada visita. Supongo que se le presenta hoy algún acto de especial relevancia.

—Así es. En primer lugar debería excusarme por abordar tu buque sin aviso previo, pero ya sabes que te aprecio como un hijo y es más una visita de amigo que otra cosa. La verdad es muy sencilla, *Gigante*. Necesitaba salir de esas reuniones que me achuchan día a día, sentir el perfume de la mar y pisar la cubierta de un buque o acabaré olvidando lo que soy. Muchos me tachan de general político y es premisa falsa de absoluta rotundidad. No soy más que un discreto oficial de la Real Armada, un hombre de mar que ha aceptado colaborar en lo que estima mejor para su patria en momentos de especial dificultad, cuando nos jugamos el futuro como nación libre. En cuanto al hecho de que me veas engalanado de esta forma —señaló su reluciente casaca con una sonrisa—, esta mañana bien temprano nos hemos reunido algunos miembros de la Regencia con generales de nuestro Ejército, de la Armada y

mandos ingleses de mar y tierra. Intentamos reconducir algunos aspectos de la guerra, condición nada sencilla. Por cierto, no sabía que el hermano de lord Wellington había vivido algunos meses en el palacio que posee tu familia en la calle de la Amargura<sup>[16]</sup>, cuando llegó nombrado como embajador de Su Majestad británica ante nosotros.

—Así es, señor. Creo que fue el año pasado. También yo tuve conocimiento de ese detalle cuando regresé de las Azores. Se lo había solicitado el gobernador de la plaza a nuestra madre, que dio su visto bueno, como es lógico. Ha sido un honor para la familia que lord Wellesley morara en nuestra casa.

—Todos confían en los ingleses como si se tratara de un coro de ángeles que nos van a proporcionar la salvación eterna y definitiva. —El general parecía hablar consigo mismo, con cierto soniquete de desesperanza—. Somos muy dados a los vaivenes extremos en nuestra querida España, fiando demasiado en voluntades extranjeras. No debemos olvidar un solo momento que ellos van a lo suyo, como siempre. Somos la única nación en la Europa continental que hoy en día presenta batalla continua al emperador francés, y están encantados con esa situación que tanto beneficia sus intereses. Bueno, no debemos olvidarnos de Portugal, aunque presente menos fortaleza.

—Le veo desconfiado por más, si me permite decirlo, señor. Nuestros nuevos aliados nos apoyan sin fisuras, lo que he podido comprobar con mis ojos al ser incluido durante algunos meses en una de sus divisiones.

—Una cosa es el apoyo corporativo entre hombres de mar, que no discuto, y otra bien distinta la política que se plantea pensando en futuros. No es oro todo lo que reluce, *Gigante*, de eso no hay duda. Nos apoyan, nadie puede contestarlo, pero de forma especial en los aspectos que les benefician. Aunque muchos declaran que desde la derrota sufrida en Trafalgar se eclipsó la amenaza de un desembarco del ejército francés en las islas británicas, el golpe de muerte se lo dimos nosotros al levantarnos contra la invasión y comenzar esta guerra. Fue un gran error de Bonaparte, que muy caro pagará, el hecho de perder el único aliado fiel con una escuadra todavía poderosa y en situación estratégica privilegiada. Ahora sí que se entiende como imposible ese paso del Canal soñado por el emperador, si no se presenta un vuelco en las alianzas continentales. De esta forma, los ingleses continúan su lucha contra los franceses, lo que no es más que una lucha por la hegemonía mundial, intentando que otras naciones se sumen a la contienda. Y como son perseverantes como nadie, acabarán por triunfar, estoy seguro.

—No lo parece si observamos los triunfos de los ejércitos gabachos en Europa y, penoso es decirlo, también en España.

—En la península Ibérica asistimos a un toma y daca permanente, aunque por ahora con resultado global más que negativo. Pero ya te dije muchas veces que no es lo mismo conquistar que mantenerse en posesión del terreno conquistado. Es cierto que nos han barrido en muchas batallas, pero resistimos y devolvemos alguna que otra bofetada a la cara. Y mejor marcharía la cuestión si lord Wellington, al mando de las fuerzas britanas y portuguesas, se decidiera un poco más por la ofensiva directa en lugar de seguir retrepado en sus posiciones portuguesas.

—También las partidas hacen mucho daño al francés.

—Por supuesto, pero también presentan su lado oscuro. Ten en cuenta que casi todas ellas están compuestas por desertores de nuestros ejércitos, aunque suene muy fuerte esa palabra. Tras una derrota la mayor parte de los hombres abandonan los cuadros y en lugar de reagruparse con su ejército se van al monte para seguir la lucha. Algunos lo llevan a cabo de forma demasiado independiente, lo que labora a la contra en determinados momentos. A pesar de que lo intentamos no es fácil mantener una cierta conexión en los esfuerzos del llamado curso terrestre. Sin embargo, el resultado conjunto es más que positivo porque esas partidas andan bien agarradas al terreno y producen un desgaste permanente al francés, así como fijación de muchos hombres, demasiados, que es el aspecto fundamental. De todas formas, muchos generales del Ejército protestan al constatar que desaparecen sus fuerzas regulares.

—Me ha extrañado escuchar sus palabras un tanto críticas sobre lord Wellington, a quien tenía por un verdadero héroe.

—Así se le vitorea, aunque por mi parte tema ciertos peligros en su conducta, excesivamente prepotente en ocasiones. No es el rey de España ni debe asumir competencias que no le corresponden —había endurecido el tono de su voz—. Incluso presenta tendencias políticas, ciertos devaneos con los absolutistas en los que no debe entrar. Hay quien intenta nombrarlo como jefe o caudillo de todas las fuerzas que en la Península luchan contra el francés, a lo que me opongo de forma tajante. La mayor parte de los que día a día combaten contra los gabachos en esta tierra son españoles y es indudable que nuestros generales deben mantenerse al mando.

—Le veo demasiado suspicaz, señor, aunque siempre ha defendido que una alianza con Inglaterra habría sido más beneficiosa que con el francés.

—Y lo sigo pensando. Nuestras alianzas con Francia nos llevaron al penoso estado en el que hoy nos encontramos. Pero entiendo que, más que desconfiado, soy realista, *Gigante*. Recuerda que cuando intentamos tomar la escuadra del almirante Rosily, el almirante Collingwood, al mando de las fuerzas britanas que bloqueaban la bahía, se ofreció a entrar y rendir los buques franceses. No lo admitimos sin dudarlo un segundo. Temíamos que la escuadra inglesa aprovechara la oportunidad para apoderarse de Cádiz si nuestras fuerzas se empeñaban en otra dirección. Ya sabemos de la querencia permanente de los britanos hacia esta ciudad a lo largo de varios siglos, y su especial deseo de convertirla en un fabuloso y agrandado Gibraltar.

—Por esa razón usted mismo fue quien alentó a parlamentar con los ingleses y brindarles nuestra amistad para luchar contra los franceses.

—En efecto. También conseguí el nombramiento del teniente general Álava como comandante general de la escuadra o sus reliquias, un factor de una gran importancia aunque no lo viesan así algunos miembros de la Junta Central. En primer lugar porque los ingleses mantenían una división de navíos a las puertas de Cádiz bajo el mando del contralmirante Purvis, tras la muerte de Collingwood. Convenía que un general español de grado superior embarcado en la escuadra se encontrara presente para entenderse con él en todo lo concerniente a su posible apoyo en las operaciones de defensa.

—Y así se hizo.

—En efecto. No convenía que los britanos, aunque fueran aliados y colaboraran, de hecho, con nosotros, pudieran subordinar a las autoridades del puerto. Pero recorriendo el tiempo, ya en la segunda mitad de 1809 hicieron una petición que consideré inapropiada a todas luces: se ofrecieron a destruir todos los fuertes construidos frente a Gibraltar para que no cayeran en manos de los franceses y atacaran su plaza. Ningún estúpido creería tal patraña. No tienen otra cosa que hacer los gabachos en estos momentos que emplazar un nuevo sitio en Gibraltar. Por mi parte, alegué que sin el dominio de la mar, y de forma específica de la bahía de Algeciras, no era posible un bloqueo francés en condiciones. Expuse a mis compañeros que en realidad los ingleses solamente deseaban eliminar una amenaza para el futuro. Pero la Junta debió de acceder porque en aquellos momentos nos tenían bien tomados en sus manos. Quiero decir que también ellos sacarán tajada de España con esta guerra, no lo dudes.

—¿Van a destruir todas las fortificaciones que forman la Línea de Gibraltar?



—A finales de enero de este año comenzaron la obra. Volvieron a presionar sobre el tema y nos vimos forzados a aceptarlo porque, queramos o no, nos tienen bien cogidos por los huevos. Han volado de forma sistemática hasta reducir a escombros de polvo los fuertes de Santa Bárbara, San Felipe..., en fin, todo lo que tanta sangre y esfuerzo costó levantar en los asedios a Gibraltar durante un dilatado siglo.

—Pero si nuestra alianza y amistad con los británicos se afianza en el futuro, nos devolverán la plaza. Eso opinan muchos de nuestros compañeros.

—¿Devolvernos Gibraltar? —El general se abrió en sonrisas, al tiempo que negaba con la mano cuando Okumé intentó rellenar su copa—. Por favor, muchacho, no seas ingenuo. Me conformo con no perder más terreno.

—¿Perder más terreno? No le comprendo, señor.

—Dos veces nos hemos reunido con ese remilgado m<sup>í</sup>ster Campbell, gobernador de la plaza gibraltareña. Aunque aparezca a primera vista como un atizacandiles, entrometido por más en asuntos que no son de su incumbencia y así lo estimen algunos de mis compañeros en el Consejo de Regencia, no tiene un pelo de tonto. Siempre presentamos frente a Gibraltar sólidas y poderosas fortificaciones, así como un ejército en permanencia. No era más que seguir el ejemplo británico y mantener una teórica paridad. Allí se encontraba el general Castaños, y sus fuerzas engrosaron el ejército de Andalucía, del que tomó el mando para batir a los franceses en Bailén. Ahora los ingleses disponen de campo libre por ser nuestros aliados y pueden maniobrar sin que nadie les estorbe. En mi opinión, todo ha sido una burda excusa para dejarnos sin fuertes y baluartes frente a la plaza. Como son conscientes de nuestra dependencia, ahora les será factible defender su lejana postura.

—¿Qué postura?

—Los ingleses han defendido siempre la peregrina idea de que aunque en el Tratado de Utrecht se les cediera solamente la fortaleza, sin jurisdicción territorial alguna, debía entenderse en el sentido de que se refiere a más allá de donde alcanzan los cañones de sus fortificaciones. Con objeto de salir al paso de la argumentación inglesa, España creó una plaza fuerte en el istmo arenoso que une Gibraltar con tierra firme y que, como sabes, acabó por recibir el nombre de La Línea de Gibraltar. Destruyendo las defensas se elimina un importante obstáculo.

—¿Y cómo lo permitimos, señor?

—Sencillamente porque la ley queda establecida siempre por el lado del más fuerte, aunque ahora seamos aliados en empresa común. Ya te decía que

alegan como excusa un posible ataque francés desde esas posiciones. Nadie lo cree, pero es una condición que hemos de aceptar como divina imposición. No es tonto ese gobernador inglés. Sabe muy bien lo que hace. Ya veremos lo que se saca de todo esto al final.

—¿A qué se refiere, señor?

—Asegurabas que desconfío de los ingleses y es cierto. Porque el peligro nos viene de todas partes, pensando en el futuro. Según me comentó el capitán de navío Algérez, que debió de fondear en la bahía de Algeciras hace pocas semanas y traía documentos de Cartagena para mí, se observan puestos militares ingleses en el istmo, al tiempo que gran parte de la población de la plaza ha comenzado a desbordarse por fuera de las murallas. Plantan huertas, edifican casetas y no me gustan los acontecimientos que se pueden derivar de todo esto. Estamos centrados en la lucha contra el francés, pero no debemos olvidar nuestro destino como nación.

—Me parece que comprendo, señor.

—Pues no todos parecen verlo, aunque lo haya repetido varias veces entre los miembros del Consejo de Regencia y otras reuniones. La parte que se cedió por el maldito Tratado de Utrecht fue la plaza de Gibraltar dentro de sus murallas, y así ha seguido a lo largo de todo el siglo pasado. Debo de ser mal pensado, pero ahora parece que toman posesión de más terreno. Quiera Dios que una vez expulsados los gabachos de España, consigamos echarlos también a ellos de esa zona.

—Pero si es suelo español del que hablamos, no puede haber discusión.

—Se trata de terreno español, no hay duda, pero lo ocupan ellos. Y para nuestra desgracia son mucho más fuertes en todos los órdenes. Esos cañones ingleses seguirán allí apuntando hacia España cuando demos carpetazo a la guerra contra el francés y ya veremos si no plantan otros tantos más cerca con sus bocas hacia La Línea. Con las voladuras de las baterías, a partir de ahora no hay defensa por nuestra parte frente a sus líneas fortificadas. Y cuando se alcance el tratado de paz, si es que algún día lo disfrutamos, como ha sido habitual a lo largo del último siglo, nos darán un mordisco en algún costado, un tema en el que somos expertos. Esperemos que no venga en gana a los britanos posesionarse de toda la bahía de Algeciras porque con nuestra esmerada diplomacia todo es posible.

—Me deja preocupado, señor. Tan solo ocupaba mis pensamientos en ganar esta guerra a los franceses.

—Son demasiados los frentes que se deben cubrir por dentro y por fuera de la bolsa nacional. Para colmar el vaso de las preocupaciones se nos aprieta

demasiado con la convocatoria a Cortes. Y conste que estoy de acuerdo en que se trata de un compromiso indeclinable, adoptado desde el primer momento. Aunque oigas opiniones extrañas sobre una posible actitud de connivencia del Consejo de Regencia con los..., digamos poderes absolutistas, no las creas, que nada se encuentra más lejano a la realidad.

—Algo en ese sentido se comenta, señor.

—Ya lo sé. Nos meten a todos en un mismo saco. Desde luego, esa postura es clara en el obispo de Orense y don Miguel de Lardizábal, pero no en el general Castaños ni en mi persona. Puedes estar seguro de que el Consejo de Regencia entregará a las Cortes la autoridad soberana que le transmitió la Junta Central y que dicha Junta había recibido de la nación misma. Te confieso que no deseo a don Fernando el Séptimo como rey de un conjunto de esclavos, sino de un pueblo libre. Me parece que con estas palabras queda bien clara mi postura, más intelectual que política. Después de todo, tan solo pretendo cumplir con mi deber. Y ahora ese deber es el de luchar contra el francés con todas las fuerzas a la mano.

Más que el contenido de las palabras dictadas, me emocionó el tono empleado al pronunciarlas. Don Antonio parecía descargar un peso de sus hombros con aquella declaración, como si ante mí se viera libre de unas ataduras que lo atormentaban a diario. Sin embargo, y para mi sorpresa, mudó el semblante a una nueva sonrisa, al tiempo que tomaba la copa vacía en su mano.

—Vamos, Okumé, sírveme otra copa de ese clarete fresquito. Y hablemos de temas menos serios, *Gigante*. ¿Qué tal navega la situación por el palacio de la calle de la Amargura?

—Todo en orden, señor. Bueno, ya estará al corriente con suficiente detalle por su ayudante, mi cuñado Beto. Por cierto que me ha extrañado su ausencia.

—Esta mañana decidí acudir a esta reunión sin ayudantes. Necesitaba de cierta soledad en el carruaje para aclarar mis pensamientos. Pero tienes razón, Beto me informa de vez en cuando. Ya sé que tu hermana se encuentra de nuevo embarazada. Os están avanteando.

—Bueno..., eso parece. La verdad, señor, es que Eugenia tiene algunos problemas y será difícil que engendre otro niño.

—Vaya por Dios. Bien que lo siento, porque sé de vuestra disposición a aumentar la prole. Pero, bueno, no pasa nada. Con ese pequeñuelo que, según tengo entendido, revoluciona la casa, estáis bien servidos. Si tal y como asegura Beto es cierto que tanto se parece a tu tío Santiago, deberás emplear

la paciencia a raudales. —Reía, al tiempo que tomaba su copa y la apuraba—. Era tremendo tu tío Santiago, el famoso *Pecas*, como era conocido por todos en la Armada. Pequeño de cuerpo, pero inagotable de mente y, lo principal, valiente hasta extremos difíciles de superar.

El general Escaño calló de pronto y me miró a los ojos. Conocía aquella mirada perfectamente, una mezcla de firmeza y ternura. Cambió el tono de su voz al retomar la palabra.

—Mira, *Gigante*, prometí a tu padre pocos días antes de su muerte que me ocuparía de ti como si fueras el hijo propio que jamás tendré. Ha sido misión sencilla porque eres un hombre cabal y extraordinario oficial de la Armada. Si te preocupa algo y necesitas mi ayuda, sabes que dispones de ella sin fisuras.

Sentí los duendes recorriendo las venas ante sus palabras, una extraña mezcla de tristeza y alegría amadrinadas a un mismo cabo. En aquel momento se levantó el telón y acabé por comprenderlo todo. La visita de don Antonio no era casual aunque disfrutara de abandonar su despacho durante algunas horas. Por fin abordaba el tema que más le preocupaba y que con seguridad le había llegado a través de mi cuñado. Me conmovió aquel hombre al que en verdad profesaba gran cariño y rendida admiración. Al mismo tiempo me sentí recogido por un manto negro de extraña nostalgia. Escuché mis palabras que salían del alma sin pensarlas.

—Necesito salir a la mar, señor. No sé qué me sucede y puedo jurar que no sería capaz de explicarlo. Ya sabe que jamás le mentiría.

—Es una verdad irrefutable que la soltería es la mejor prenda que puede adornar a quien escoge la carrera de las armas. Aquí me tienes, soltero a tan avanzada edad aunque completamente solo. No creas que siempre fue así, pero los caminos en mi vida se cruzaron entreverados. Creo que comprendo tus palabras perfectamente. Debes visitar mañana al comandante general de la escuadra.

—¿Mañana, señor? ¿Por alguna razón determinada? —pregunté con cierta prevención.

—Es necesario transportar a situación de seguridad algunos de nuestros buques. Me refiero a los que se encuentran en la bahía y no pueden ser puestos a punto por falta de pertrechos, ni con el auxilio británico. Es absurdo perder más embarcaciones, magníficas pero en deplorable estado, cuando se sufren temporales en esta zona. Ya sabes que deseamos enviar dichas unidades a La Habana o a Mahón, establecidos como puertos seguros. Pero no te hagas ilusiones que no cruzarás hacia las Indias. —Volvió a exhibir una desmayada sonrisa—. Se trata de una sencilla comisión a las islas Baleares,

escoltando esos buques, más bien vasos de madera. ¿Estás listo para salir a la mar?

—Al ciento, señor.

—Será tu última comisión con esta hermosa corbeta porque al regreso entregarás el mando. Creo que tocarás el puerto de Cartagena en el tornaviaje para embarcar algunos pertrechos, aunque no sea cuestión segura y se encuentre por decidir. Es posible que salte alguna disposición más. Al menos disfrutarás de la mar durante algunas semanas y con una situación galana si el viejo Mediterráneo no se despierta.

—Una vez más he de agradecerle...

—No te equivoques, *Gigante*. Ya sabes que conmigo no han funcionado jamás las peticiones de favor ni el privilegio a los familiares o amigos. Los destinos que has disfrutado hasta ahora los has conseguido por tus propios méritos. Nadie te ha regalado nada. Personalmente, solo influí en que te concedieran el mando del bergantín *Penélope*, y escogí al teniente de navío que consideraba mejor preparado para tan importante y peligrosa misión. Ahora sí que he hablado con el general Villavicencio. Pero no he necesitado insistirle porque también él te considera un extraordinario oficial y el barco que mandas es perfecto para la misión que debes encarar.

Quedamos en silencio durante unos dilatados segundos. Por detrás de don Antonio divisaba la mar, ese medio fascinante en el que había decidido vivir. Y el simple hecho de pensar que en pocos días me vería de lleno entre las aguas, me hizo recobrar una alegría infantil. Intentaba un nuevo agradecimiento cuando ya el general comenzaba a calzarse la casaca, ayudado por Okumé. Escuché sus palabras en la distancia.

—No es sencillo vivir, aunque muchos estimen lo contrario. Debes mantener el optimismo de siempre, *Gigante*, y pensar que todo se acaba solucionando por una vía u otra, aunque sean problemas que nos abrumen sin posible salida aparente. Hay momentos en los que no somos capaces de ver lo que se encuentra a escasa distancia, como si una espesa bruma lo colmara todo en vapores. Pero siempre acaban por levantar las madejas. Espero que soluciones tus problemas familiares y vuelvas a ser ese hombre alegre y feliz a quien tan bien conozco.

Allí mismo, ante la mirada de Okumé, don Antonio me ofreció un abrazo, en esta ocasión largo y sentido. Comprendí que en verdad aquel hombre me quería como a ese deseado hijo que nunca había tenido. Y muchas veces en los siguientes días volví a recordar sus palabras, llenas como siempre de sabiduría. En especial una frase se repetía de forma machacona en mi mente:

«Todo en la vida se acaba solucionando por una vía u otra». Creía haberlo comprendido perfectamente.

### 3. A bordo del insignia

Una sensación de especial regusto no exenta de cierta añoranza recorría mi cuerpo en dulces oleadas mientras observaba los generales y oficiales que tomaban asiento en la cámara del comandante general de la escuadra, don José María de Villavicencio. Siempre presentaba un especial significado para mi alma encontrarme a bordo del navío de tres puentes<sup>[17]</sup> y ciento doce cañones *Príncipe de Asturias*, buque insignia de la escuadra desde que a él la mudara el teniente general don Federico Gravina con mi padre a bordo, pocas semanas antes de lo que supuso un sangriento y previsto suicidio en aquel lejano 21 de octubre<sup>[18]</sup>.

Por mi mente desfilaba un conjunto de recuerdos tristes y gloriosos, ayustados en sangre y honores. Destacaba por encima de todos la muerte de mi padre en aquellas mismas tablas a resultas de las heridas recibidas en el combate de Trafalgar. Pero también aparecían en cuadro otras estampas de colores vivos, como mis actuaciones personales en el destino de ayudante del general Escaño, el embarque cuando nos aprestamos a combatir y rendir la escuadra del almirante Rosily, para rematar en gloria de luces cuando acudí a presentarme al comandante general tras mi regreso triunfal desde las islas Azores a bordo de la *Mosca*. En fin, agua pasada no mueve molino, asegura el sabio refrán castellano, pero es bien cierto que mueve otras palas bien encajadas en el alma.

No había sido necesario acudir a la jefatura de la escuadra, como me recomendara el general Escaño en la mañana del día anterior, para solicitar información de esa posible comisión a las islas Baleares. Aquella misma tarde un bote de servicio se atracaba a nuestro costado, desembarcando un alférez de fragata con misión de entregar al comandante un sobre lacrado en el que se ordenaba presentarme en el buque insignia en la mañana del día siguiente a las nueve horas. Y no crean que me mono a intranquilidad esa repentina

noticia, que asocié a las palabras de don Antonio y la posibilidad cierta de salir a la mar, condición tan necesitada por mi espíritu.

Media hora antes de lo ordenado y enfundado en la mejor casaca, donde refulgían en oro las vueltas del nuevo empleo, pisaba la cubierta principal de aquel inolvidable navío de tres puentes, siendo recibido por el oficial de guardia, un joven teniente de fragata. Sin dudarle un momento pregunté por el capitán de navío Urriortúa, segundo comandante del buque y buen amigo. Aunque no muy amante de la parla, era situación que necesitaba en aquellos momentos para distender los nervios, así como para indagar tras el telón sobre los planes previstos para el futuro. Porque si había algún oficial que se mantuviera al día de todo lo divino y humano que acontecía en la escuadra, ese era el vasco amigable y locuaz. Sin embargo, y para decepción mía, no se encontraba a bordo, por deber asistir al entierro de su suegro en la cercana isla de León.

Tras el fiasco parlanchín y ser informado de que el comandante saldría a recibir en pocos minutos a los asistentes a la reunión, por encontrarse despachando con el mayor general, decidí pasear por la cubierta en obligada espera. Rumiaba en silencio posibilidades sin cuento cuando comenzó a extrañarme el embarco de brigadieres y capitanes de navío en elevado número, posiblemente comandantes de navíos y fragatas. Pero la sorpresa aumentó de grado al comprobar que era recibido a bordo un oficial inglés con los honores de ordenanza, porque tal persona no era otra que el comodoro Traylor, quien mandara la división en la que me había integrado para llevar a cabo la comisión en las islas Azores meses atrás. Aunque me dirigí hacia él no pude saludarlo porque ya el oficial de guardia lo acompañaba con rapidez hacia popa para ser recibido por el comandante general. En mi cabeza comencé a pensar que aquella comisión a las islas Baleares no debía de ser tan sencilla como expusiera don Antonio de Escaño, dado el elevado número de personal que parecía citado a bordo y la especial presencia del britano.

Por fin, pocos minutos después de que la campana picara a fuerza la hora novena, el comandante del buque, un brigadier de carnes sueltas a quien no conocía, llegaba hasta nosotros para saludarnos con atención al tiempo que invitaba al grupo a circular hacia popa. Tomamos el pasillo de babor que atacaba la mayoría general de la escuadra antes de abordar la «zona del altísimo», como se solían llamar en chanza los aposentos de quien mandaba en el conjunto de cuerpos y almas de todos los hombres de la escuadra. Entré en la cámara del general casi en último lugar, por la obligada deferencia de antigüedad y empleo.



Una vez en su interior y tomado asiento donde se ofrecía, me sentí relajado y a gusto, como si los duendes se hubieran evaporado de las tripas por orden superior. La cámara del comandante general, que conocía al detalle como posada propia, se mantenía en las mismas condiciones que un mes atrás cuando rindiera tornaviaje en la corbeta *Mosca* y con pequeñas variaciones de mobiliario particular a lo largo de los últimos cinco años. Para elevar el ánimo se mantenía en lugar destacado sobre la mampara de proa la bandera del buque francés *Heros*, insignia del almirante Rosily rendida al general Ruiz de Apodaca en junio del año glorioso de 1808, cuando España comenzara a romper sus cadenas del dominio francés.

Nos manteníamos en charla de tono apagado y por mi parte escuchaba las penurias sin cuento que narraba el brigadier Solarzábal al mando del navío *Neptuno*, cuando un teniente de navío, al que supuse primer ayudante de la mayoría, abrió la puerta y ordenaba atención general. Al tiempo que todos los asistentes elevaban cuerpos en la debida señal de respeto y subordinación, hacía su entrada el teniente general don Juan María de Villavicencio, acompañado por su mayor general, el brigadier Somoza, así como el comodoro Traylor. Tomó asiento el gran jefe en un cómodo sillón apoltronado tras una alargada mesa, al tiempo que ofrecía al britano una privilegiada posición a su derecha.

Conocía al teniente general Villavicencio desde que algunos años atrás llegara al arsenal de La Habana con el bergantín *Penélope* en bandolas y reliquias de aparejos rendidos a las bandas, desplumado por el maldito huracán que nos barrió a muerte en el mar de las Antillas. Y gracias a su generosidad había sido posible alistar el buque en su establecimiento de forma que pudiéramos cumplir la importante misión que todavía nos restaba a proa. Es de ley recordar, sin embargo, que mucho laboró a favor el hecho de que mi padre rindiera servicio a sus órdenes como segundo comandante a bordo de la fragata *Santa Casilda* durante los primeros meses de la guerra a la Convención francesa, importantes semanas en las que apresaron un bergantín y una fragata francesa, esa inolvidable *Sirena* que supuso el mando de mar más querido y recordado por mi progenitor.

Era el general Villavicencio un hombre de regular estatura, cincuentón, cabello con ribetes blancos, nariz perfilada y cejas negras elevadas en pico como botalón de bauprés. Embutido en una casaca estrecha y raída que había disfrutado mejores momentos, desentonaba en deprimente comparación con el impecable aspecto del britano, enjaezado en oros. En su conjunto, nuestro general ofrecía un agradable y bonachón aspecto, aunque tal circunstancia

fuera habitual solamente en conversación privada o cuando departía con quien disfrutaba de su confianza o aprecio. Digo esto porque tal fue siempre mi caso particular. No obstante, y como era conocimiento general de sus subordinados, no cuadraban los mismos vientos en reuniones oficiales o de servicio a bordo. Por el contrario, en tales casos, como el que observaba en aquellos momentos, don Juan María adelantaba el mentón en orza y cerraba la boca como concha de cangrejo, de forma que su aspecto se transformaba en el habitual de quien ejerce dominio con inflexible dureza, una condición alejada de la realidad que yo conocía por mi trato personal.

Tras cruzar unas pocas palabras con el britano en voz baja, el general se dirigió a todos los presentes en tono recio.

—Bienvenidos a bordo, señores, con especial deferencia al comodoro Edmund Traylor de la Royal Navy que nos acompaña. —Lo señaló con su mano al tiempo que le ofrecía una alargada sonrisa—. Parece ser que por fin dispondremos de los medios necesarios..., bueno —hizo un gesto de impotencia con sus manos—, mejor sería decir de los medios mínimos para atacar una empresa que hemos ido retrasando durante demasiado tiempo por real y absoluta imposibilidad. Remontándonos algunos meses atrás, recordarán que la Regencia nombró oficialmente al puerto de Cádiz como el único seguro en la Península para todas nuestras unidades a flote, quedando los arsenales de La Habana y Mahón como puntos de destino para aquellas que no pudiesen ser puestas a punto y entraran en situación de desarme. Fue sabia y lógica tal medida con la suerte de librar de las garras francesas los buques surtos en Ferrol, gracias al incuestionable apoyo de nuestros aliados británicos. —Dirigió una nueva sonrisa al comodoro Traylor que asintió con la cabeza—. Sin embargo, todos somos conscientes de la delicada situación de muchos buques fondeados en bahía y caños sin los medios adecuados para mantenerse al ancla con una mínima seguridad. —Dirigió una mirada en abanico como si deseara comprobar que todos le prestaban la debida atención, al tiempo que endurecía su gesto una cuarta más—. Dos eran y son los peligros acuciantes que debemos afrontar, sin contar con la presencia de las fuerzas francesas a escasas varas de distancia. Por una parte, evitar que los temporales acaben con nuestras mejores unidades. Ya lo vivimos en el desastroso ramalazo sufrido el pasado mes de marzo, en el que perdimos los navíos *Montañés*, *Pintón*, *Purísima Concepción* y *San Ramón*, así como algunas fragatas y unidades menores. El principal y más que conocido problema es la falta de cables para el seguro fondeo de las anclas, una merma de muy difícil solución en nuestra situación actual, además de jarcias y

cabuyerías al límite de su esfuerzo. Pero también debemos abordar el problema que suponen los miles de prisioneros gabachos embarcados en los buques-prisión<sup>[19]</sup>. Ya vimos como en el siguiente temporal, sufrido en el mes de mayo, el navío *Castilla* rompía sus cables, posiblemente con auxilio de los prisioneros, acabando por varar en la playa del Trocadero donde fueron auxiliados por las tropas francesas. Como triste resultado, gran parte de los trescientos oficiales franceses y sus soldados asistentes consiguieron alcanzar las líneas enemigas. En otros buques conseguimos transbordar a tiempo a los prisioneros, pero también el *Argonauta* sufrió amotinamiento una vez varado en la misma playa. Debimos prenderle fuego para que no adelantaran en él una batería los franceses.

Hablaba el general Villavicencio en castellano a elevada velocidad, mientras el britano asentía en acuerdo. Deduje que el comodoro Traylor, como me asegurara meses atrás, había conseguido dominar nuestra lengua, porque en caso contrario no habría sido capaz de comprender una sola palabra, pero ya continuaba nuestro comandante general a ritmo.

—Desde hace meses y con razón nuestros aliados británicos nos urgen a tomar medidas y resolver el problema de una vez. Se han hecho cargo de un elevado número de prisioneros, transportados a Gran Bretaña, al tiempo que se establecen puntos de destino para otros cupos en los archipiélagos de Canarias y Baleares, como es el caso del transporte llevado a cabo por la fragata *Cornelia* a Mallorca. Pero también estiman peligroso mantener tanto buque sin capacidad de maniobra, buenos vasos, pero faltos de todo elemento que puedan caer en manos enemigas, tan necesitadas de maderas y otros muchos pertrechos con los que fabricar sus cañoneras. Siempre les hemos contestado con absoluta sinceridad en el sentido de que hoy por hoy no somos capaces de alistarlos. Porque de todo falta en este arsenal, y del escaso presupuesto adjudicado a la Armada, el mayor esfuerzo se dedica lógicamente a las armaduras<sup>[20]</sup> que nos defienden de los franceses. Por fortuna el mando británico se ha ofrecido a facilitarnos cables, jarcia de todas las menas e incluso algunos cupos de marinería para alistar el mayor número posible de buques y emprender las acciones previstas, lo que debemos agradecer como se merece. —El general Villavicencio mantenía su apresurada parla, como si deseara rematar aquella reunión cuanto antes—. El contralmirante Keith, al mando de la escuadra británica en apoyo, ha tenido a bien disponer que el comodoro Traylor llevara a cabo las funciones de oficial de enlace con esta comandancia general y de esa forma preparar el listado de necesidades más perentorias. Fue una buena elección por su parte, ya que a su caballerosidad y

buen hacer se une, para mi alivio personal, el factor de que habla correctamente nuestra lengua. —Nueva mirada al britano con gesto de complacencia añadido—. Los trabajos han llegado a su fin y como habrán observado el intenso barqueo durante las dos últimas semanas, creemos estar en condiciones de abordar la misión con posibilidades de éxito. De esta forma, los navíos de tres puentes *Santa Ana* y este hermoso *Príncipe de Asturias* saldrán para La Habana en conserva de un navío británico y dos unidades menores de nuestra Armada. Mucho siento perder el buque donde izo mi insignia, porque como es natural mudaré probablemente al navío *San Fulgencio*. Pero al mismo tiempo los navíos de tres puentes *San Carlos* y *Fernando VII*, llegados desde Cartagena, así como los setenta y cuatro *Neptuno*, *Glorioso*, *Paula*, *San Justo* y *Vencedor* deberán pasar al arsenal de Mahón, donde entrarán sin remedio en situación de desarmó.

Se hizo el silencio, como si el general Villavicencio no necesitara decir nada más. El mayor general, brigadier Somoza, lo miró de forma apremiante hasta hacerle tomar la palabra una vez más.

—Cedo la voz al comodoro Traylor y a mi mayor general para comentar algunos detalles. Bueno, no creo pecar de indiscreto al comunicarles que cuando abordemos esta comisión nuestro buen amigo habrá sido ascendido al empleo de contralmirante, por lo que le expreso en nombre de nuestra Armada la más reconocida enhorabuena y expresión de alegría.

El britano y el brigadier Somoza se miraron, como si dudaran sobre quién debía comenzar su exposición. Por fin, a una señal del segundo tomó la palabra quien fuera mi protector durante algunas semanas. Comprobé que la mayor parte de los compañeros mostraban signos de extrañeza al comprobar que el comodoro, alto y enjuto de carnes, pintaba canas y arrugas por más, superada por largo la cincuentena y con aspecto avejentado, condición poco habitual en la Marina aliada. Sin embargo, y como ya conocía por experiencia propia el tono suave y agradable de su voz, así como sus exquisitas maneras, estaba seguro de que conseguiría una confianza inmediata.

—Buenos días, señores. En primer lugar, le agradezco sus palabras y enhorabuena señor general, aunque todavía no se haya recibido del Almirantazgo mi anunciada promoción. Les soy sincero al declarar que es un verdadero honor para mí desempeñar esta misión y así conocer más a fondo a quienes son, en estos días, nuestros más importantes aliados en la lucha contra los franceses. Bien es cierto que ya he trabajado con alguno de ustedes como es el caso del comandante Leñanza, quien se integró en una división bajo mi mando y llevó a cabo sus obligaciones de forma heroica y extraordinaria. Al

mismo tiempo, quiero felicitarlo por su merecida promoción al empleo de capitán de navío.

Dirigió su mirada hacia mí con ese gesto de benevolencia tan habitual en él al tiempo que me ofrecía una leve inclinación de su cabeza, correspondida por mi parte en las mismas condiciones. Continuó con su habitual tono de voz, suave y cadencioso.

—Como ha dicho el general Villavicencio, por fin es posible acometer este necesario traslado de prisioneros y buques, alejándolos de las posiciones francesas. Pueden estar seguros de que como hombre de mar siento una inmensa tristeza al observar un gran número de magníficas unidades navales, incapaces de hacerse a la mar por las insuperables penurias que sufre en estos días la Real Armada. Aunque algunas consiguieron alistarse en Gibraltar, presentan demasiada carga para nuestro pequeño arsenal. De todas formas, estoy seguro de que llegará el día no muy lejano en el que esos barcos, comenzando por este magnífico navío de primera clase, o de tres puentes como ustedes dicen, vuelvan a navegar desplegando con orgullo el pabellón de esta España que no se rinde ante los deseos de Bonaparte. —Sonreía para mis adentros mientras escuchaba las palabras del comodoro Traylor, bien aprendidas y con una magnífica pronunciación—. Para el traslado de los buques que han de navegar hacia las Antillas, el almirante Keith ha designado como escoltas al navío *Implacable* y a la fragata *Phoebe*, así como alguna unidad española, que el estado mayor del general Villavicencio elegirá a su parecer. Tengo entendido que dichas unidades una vez en aguas antillanas llevarán a cabo otras misiones para el traslado de caudales y pertrechos, que tan imprescindibles les son en estos días. No es de esperar problemas graves porque sus arboladuras y cascos se encuentran en buen estado. Tan solo ha sido necesario reponer una parte importante de sus jarcias y algún pertrecho con nuestra colaboración. El segundo y más numeroso grupo navegará hacia Baleares en conserva del navío *Rodney*, la fragata *Diomede* y alguna unidad menor española, habiéndoseme concedido el mando de dicha fuerza. Se trata de buques en peor estado, pero esperaremos a que no oscile mucho el barómetro y de esta forma podamos encarar condiciones favorables que no compliquen en exceso la navegación. Aunque no está decidido, también es posible que una vez entregados los buques en el arsenal de Mahón, los escoltas lleven a cabo alguna misión de transporte en su tornaviaje. Bien, esto es todo lo que puedo adelantar por mi parte. Solamente me resta desearles a todos mucha suerte y buena mar.

Quedó en silencio, dirigiendo la mirada hacia el brigadier Somoza que, sin dudarle, se levantó de su asiento para dirigirse a nosotros desde cierta altura.

—Los buques españoles que convoyarán a los que han de navegar en dirección a las Indias son los navíos *San Julián* y *San Leandro*, así como la fragata *Flora*. Se aprovechará la navegación para el traslado de los necesarios azogues a Nueva España, así como especial documentación para el arsenal de La Habana. En el tornaviaje los dos navíos embarcarán caudales y pertrechos desde Veracruz, La Guaira y Cartagena, mientras se destaca la fragata *Flora* al mar del Plata. Se ha desechado el traslado de algunas guarniciones agrupadas y alistadas en Montevideo al efecto.

Desaconsejan tal medida ciertos rumores preocupantes que corren sobre movimientos sediciosos en nuestras provincias americanas a las que no podemos dejar desasistidas. Esta división quedará en principio bajo el mando del jefe de escuadra Juan de Dios Topete que izará su insignia en el navío *San Julián*. —Asintió dicho general, sentado en posición central de la primera fila. El mayor general tomó un nuevo pliego de la mesa antes de continuar—. En cuanto a la división que navegará bajo el mando del comodoro Traylor, además de los buques en conserva han sido designados en misión de escolta la fragata *Cornelia* y la corbeta *Mosca*. Se aprovechará esta navegación para embarcar el mayor número posible de prisioneros franceses en los navíos que pasan a situación de desarmo, siempre que una cantidad excesiva no complique la seguridad de dichas unidades. Es posible que en su tornaviaje a la Península hayan de efectuar transporte de tropas o el material que se estime oportuno. La fecha prevista para la salida a la mar de las dos divisiones se encuentra por decidir, pero no será más allá de una semana o dos como límite máximo, siempre que las condiciones meteorológicas no dicten razones en contra. Los buques nombrados elevarán a esta mayoría general a la mayor brevedad las necesidades mínimas e imprescindibles de víveres y pertrechos —endureció su voz al recalcar estas últimas palabras, más bien en tono de amenaza— para cumplimentar la comisión ordenada. No es necesario exponerles la situación actual de nuestros activos en el arsenal, que tan bien conocen, por lo que se les ruega abstenerse de solicitar los pertrechos que no es posible otorgar. Por el contrario, en esta ocasión podremos hacer un esfuerzo en cuanto a los necesarios víveres, dado el generoso abastecimiento que surte la plaza en estas semanas.

Dudó unos segundos el brigadier Somoza, y acabó por dirigir su mirada hacia el comandante general en silenciosa interrogación. Don Juan María Villavicencio volvió a tomar la palabra.

—Creo señores que ha quedado todo bien aclarado. Si tienen alguna duda de cierta importancia les ruego que la expongan. Pero por favor, ya sabemos que nuestras unidades, a pesar del generoso apoyo británico, navegarán entre algodones con una mirada dirigida a la mar y otra en rezo hacia los cielos. Es importante tener en cuenta un aspecto muy concreto en cuanto a las tripulaciones de los buques en conserva y sus necesidades mínimas. Ya que nuestros aliados se han ofrecido a aportar personal de marinería, he decidido reagrupar a nuestros hombres de mar lo más posible en unidades de la escuadra. Y tras un cálculo llevado a cabo por la mayoría general, es posible que entreguemos el navío *Vencedor* para que sea marinado al completo por los hombres del almirante Keith. ¿No es así, comodoro?

—En efecto, general. Hemos estimado que con unos setenta u ochenta de nuestros hombres será posible incorporarlo a la fuerza.

—De acuerdo. ¿Alguna pregunta, señores?

Se escucharon por la cámara movimientos de cuerpos en sus asientos, como si algunos comandantes dudaran en elevar las mil y una dudas que con seguridad los acuciaban. Sin embargo, en mi pecho sentía una enorme satisfacción al comprobar que en pocos días nos haríamos a la mar y que mi corbeta se encontraba en condiciones de cumplir la misión sin mayores contratiempos. Por fin fue el capitán de navío Tarda, comandante de la fragata *Cornelio*, que debería encuadrarse en mi división, quien elevó una pregunta.

—Con todo respeto, señor general. Ha comentado el comodoro Traylor una posible misión posterior una vez entregados los buques convoyados en el arsenal de Mahón. También el mayor general sobre un posible transporte de tropas. ¿Se tiene alguna idea concreta de su punto de destino?

—No se ha decidido todavía —era el mayor general quien contestaba directamente—. Parece ser que se han formado algunas compañías de infantería en Mallorca y Menorca, que deben agruparse en el arsenal de Mahón. De acuerdo con los requerimientos del Ejército, se pensaba en un posible movimiento de dichos hombres a un puerto de la costa catalana para apoyar a las fuerzas que allí operan. Pero hoy por hoy no aparece clara la situación, con noticias contradictorias sobre movimientos de tropas y sin una alta fiabilidad no debemos exponer los escasos recursos de que disponemos. También es posible, y les hablo en simple conjetura de momento, su desplazamiento a Lisboa o Cádiz, así como otras misiones de transporte menor hacia algunos puertos del reino de Valencia. Pero ya les digo que dispondrán de toda la información antes de salir a la mar. —Volvió la mirada

en redondo, antes de dirigirse al comandante general y sentenciar—. Pues si no hay más preguntas, señores, podríamos dar por...

—Pues esto es todo, señores —cortó el general Villavicencio, al tiempo que se ponía en pie con gesto de cansancio—. Que nuestra Señora del Rosario les conceda buena mar y vientos propicios.

Volvió a pedir atención el ayudante, cuando ya el comandante general abandonaba la cámara con evidente prisa. El brigadier Somoza fue detenido en su marcha por el jefe de escuadra Topete. Por mi parte intentaba cerrar distancias sobre el comodoro Traylor, acción nada sencilla con tanta casaca en reducido espacio. Por fortuna comprobé que el britano parecía iniciar sus movimientos hacia mí. Por fin me tomó con sus manos por los hombros como si se tratara de un viejo amigo.

—Mucho me alegro de verle de nuevo, comandante Leñanza. Aunque le envié recado al tener conocimiento de su muy merecida promoción al empleo de capitán de navío, ahora puedo expresarle de palabra mi enhorabuena. Todavía se comenta entre mis compañeros su gesta al arrasar a la fragata *Clementine* en la isla Flores.

—Muchas gracias, señor. También yo me alegro de saludarlo y tener conocimiento de su previsto ascenso. Es una grata noticia quedar de nuevo encuadrado bajo sus órdenes. Espero observar pronto su insignia de contralmirante izada en el navío *Rodney*.

—No sé si la izaré en dicho navío o en la fragata *Diomedé*. Es posible que el *Rodney* se retrase algunos días, si debemos alistar al navío *Vencedor*.

—Por cierto, señor. He escuchado al general Villavicencio hablar del contralmirante Keith al mando de las fuerzas navales británicas. No sabía que hubiese sido relevado el contralmirante Purvis.

—Anda con noticias bastante atrasadas, amigo mío. Purvis fue relevado por el contralmirante Pichemorris, que poco tiempo se mantuvo por estas aguas. Desde hace un par de meses se encuentra al mando John Keith.

—Y ahora con su ascenso, es posible que toméis el mando de...

—Son muy difíciles de adivinar los designios de nuestro Almirantazgo, Leñanza. Pero ya hablaremos más a fondo en ocasión propicia. Espero que podamos compartir mesa una vez más y paladear ese aguardiente inolvidable, si es que todavía dispone de alguna frasca.

—Recibiré una para celebrar su nueva insignia, señor. Siempre mantengo un remanente de emergencia a bordo para especiales ocasiones.

—La beberemos juntos. —Golpeó mi hombro con confianza—. En esta ocasión deberá acortar más vela todavía en su corbeta. Por desgracia espero



una navegación lenta, especialmente por los dos navíos de tres puentes alistados en precario. Dios quiera que ese maldito estrecho de Menorca nos espere entrado con agua bendita, como dicen ustedes.

—Ese freu es malo cuando sopla la tramontana, pero siempre podemos tomar resguardo en la costa oriental mallorquina hasta que nos muestre camino de rosas.

—Esa era mi idea. Ya recibirá invitación para un almuerzo que deseo ofrecer a todos los comandantes incorporados a mi división.

—Me encargaré del aguardiente en la ocasión si me lo permite, señor.

—No es necesario, Leñanza, que seremos demasiados. Dejemos tan precioso brebaje para una charla particular a dos bandas.

Los dos reímos de buen humor en el momento en que el mayor general llegaba a nuestra altura y llamaba la atención del comodoro. Me aparté a un lado, decidiendo abandonar la cámara con el resto de los comandantes.

Cuando embarqué en la lancha con Okumé a la caña, mi fiel amigo debió observar el gesto de felicidad abierto en mi rostro porque no esperó un segundo para lanzar sus comentarios.

—No creo errar, señor, si aseguro que pronto saldremos a la mar.

—Cada día me recuerdas más a Setum, brujo africano. Pero presta atención a la caña. Las guiñadas de la lancha son más propias de grumete imberbe.

—Cuando intenta ofenderme en chanza significa que he acertado en la diana, señor. —Ofrecía su blanca dentadura con satisfacción—. Deberé agenciar algunas paletillas de cordero cebado y unas garrafas de vino espeso del que andamos cortos.

—Ese es tu trabajo.

Una vez a bordo de la corbeta *Mosca* reuní a mis escasos oficiales para notificarles las nuevas que como esperaba recibieron con entusiasmo. Sin embargo, Ibarreche, fiel a la norma empleada por todo segundo comandante, ya comenzaba a rezar su particular letanía.

—Debo recordarle, señor, las necesidades mínimas del personal. No olvide que es imprescindible disponer de un pilotín que pueda relevar en sus funciones al piloto, un cocinero de equipaje, impedir el desembarco del sangrador que ya reclaman del Real Hospital, así como unos ocho hombres entre marineros y grumetes que han causado baja. Y si consiguiera un guardiamarina espabilado sería como cuadrar el santo a la banda.

—Dispongo de una o dos semanas de tiempo solamente para tales pesquisas.

—¿Y sobre los víveres?

—Debemos elevar petición a la mayoría general, así como de los pertrechos mínimos.

—Viveres y un juego de banderas, señor. Bien, esta misma tarde le entregaré el listado de necesidades mínimas para que lo compruebe.

—Gracias, segundo. Pero ahora debemos celebrar que esta corbeta, marinera como pocas, regresa para volver a besar las aguas. Quiero invitar a comer a los oficiales en su cámara.

—Encantados y agradecidos, señor.

Todo parecía abrirse en color de rosa por la proa, especialmente tras haber escuchado que la comisión de mar podía alargarse hasta aguas portuguesas, si nos tocaba la bola blanca en el sorteo. Sin embargo, cuando estuve a solas en mi cámara, los pensamientos se cruzaron al vies, una norma demasiado habitual y negativa en las últimas semanas. No podía evitar un sentimiento de culpabilidad como si me fuera distanciando más y más de los míos, deseando escapar hacia la mar y navegar el mayor número de leguas posible para olvidar todo lo que dejaba en tierra. Debía reconocer que algo de verdad se encerraba en aquella muda recriminación. El rostro de Eugenia desfilaba por mi mente desdibujado, como si no pudiera retener sus rasgos o se tratara de una persona desconocida. Pero al mismo tiempo la figura del pequeño *Pecas* saltando a mi alrededor clavaba picas bien dentro hasta producir verdadero dolor. Volví a repetirme que la mar sería el bálsamo buscado, capaz de hacerme retornar a la situación de felicidad vivida meses atrás. No obstante, era consciente de que comenzaba a mentirme sin rebozo, deseando creer aquellas oscuras palabras.

## 4. Una inesperada sorpresa

Aunque ya había sufrido parecidos contratiempos en anteriores ocasiones, esa apremiante necesidad de conseguir el material y el personal necesarios para encarar comisiones de mar en buques bajo mi mando con un mínimo de garantías, puedo asegurar que aquella primera semana, más propia de frenética actividad y desatado nerviosismo, se tornaba como por obra celestial en coro de ninfas y abierta felicidad. Sé que puede ser difícil de comprender para quien no sienta muy adentro la llamada de la mar esa tranquilidad de espíritu que se nos concede al permanecer inmersos en las aguas, el encanto de sirenas y dioses húmedos tan renombrados por los viejos marinos, al punto de disolver los problemas y angustias que nos traza la vida como lo hace el azúcar en una jicara de chocolate. Y en mi caso particular, con cabuyería cruzada en danza negra por la mente, era mayor la necesidad de aplacar los sentidos en ese medio de color cambiante y movimiento permanente.

En el aspecto puramente profesional debemos recordar que la corbeta *Mosca* había atacado la comisión a las islas Azores semanas atrás con una reducida dotación<sup>[21]</sup> de ochenta y cinco hombres, poco más de la mitad estipulada en el Reglamento General de Tripulaciones y Guarniciones, situación de penuria establecida por el entonces secretario de Marina, mi admirado general Escaño, ante la tremenda escasez de personal que se sufría en la Armada. Es cierto que con el auxilio de nuestros aliados británicos dominábamos la mar, pero siempre puede surgir la liebre del corso cuando menos se espera como nos sucedió en la isla Flores, sin contar que sobre las aguas todo es posible y se necesitan manos de hierro en abundancia.

Para ennegrecer todavía más la escena, a resultas del citado combate a tocapanoles trabado en niebla con la fragata francesa *Clementine*, que nos barrió la cubierta en sangre a chorros, habían caído once hombres siendo veintiséis los heridos de cierta consideración, aunque se tratara en su mayor parte de soldados portugueses de la tropa embarcada. En cuanto a miembros

de nuestra dotación, habían perdido la vida el cocinero de equipaje, dos artilleros, tres soldados de tropa y un grumete, a lo que debía añadirse a la luctuosa lista un marinero y un grumete más por las fiebres pútridas que tanto atacan a las unidades en la mar.

Aunque fueran escasas, no podía sufrir esas mermas en un buque donde no sobraba un solo dedo porque, a pesar de que costara creerlo como cierto, disponíamos para las faenas de mar de once marineros y diez grumetes solamente, por mucho que hubiéramos ajustado el plan de combate para que otros hombres, artilleros e infantes incluidos, arrimaran el hombro y los brazos a los cabos de labor en caso de necesidad. Bien es cierto que los más de cien soldados portugueses embarcados de transporte hacia las Azores habían llevado a cabo una formidable actuación, al punto de considerar como milagro santero y su trabajo al desmayo en las bombas que la corbeta no cayera hasta el fondo de las aguas, un auxilio del que no dispondríamos en la ocasión actual.

Como decía, aquellos primeros días tras el anuncio del comandante general de la escuadra para el necesario y rápido alistamiento de los buques me sentí tranquilo y sin demonios en recorrida de tripas. Al tiempo que lanzaba a mis hombres en determinadas pesquisas oficiales por los almacenes y ramos del Arsenal, llevé a cabo las gestiones que solo el comandante puede realizar con cierto grado de garantía, pero sin la urgencia y atropello sufrido en parecidas circunstancias. Es indudable que la experiencia aporta grano a las sacas en abundancia, pero también obraba a favor mi especial interés por abandonar la bahía y ralentizar emociones encontradas.

Una vez más, quizá corroborando las palabras del inolvidable tío Santiago sobre mi nacimiento con incomparable estrella benefactora, me sonrió la suerte a portas abiertas desde el momento inicial. Porque en mi primera visita, girada al Cuartel de la Real Compañía de Guardiamarinas, el teniente de esta, el capitán de fragata Benigno Maldonado, me ofrecía por derecho y sin súplica un caballero<sup>[22]</sup> de catorce años, Cayetano Monteagudo, menudo de carnes y aniñado pero con ojos despiertos, una vez asegurado por mi parte que se trataba de una comisión de mar de escasa duración prevista. Aceptó tal aseveración con una sonrisa quien consideraba como un buen amigo y compañero de promoción, aunque todos los miembros de la Armada sabemos cuándo sale un buque a la mar, pero jamás la fecha siquiera aproximada de su posible regreso a puerto.

Con el resto de las necesidades también gocé de vientos propicios. El director del Real Hospital de Marina, el afamado cirujano don Fermín Nadal,

me concedió con sonrisa añadida la necesaria prórroga en el embarque del sangrador, pieza importantísima si tenemos en cuenta que no había suficientes cirujanos para embarcar en las diferentes unidades. A mi corbeta le correspondía uno por reglamento, pero dado el extenso trabajo de sangre por caños y tierra en aquellos días, se obviaban reglamentos y especificaciones escritas a la llana y sin alzar una ceja. Y en su beneficio era de ley recordar que don Joaquín Giráldez, un sencillo sangrador, había demostrado a bordo bastante experiencia en heridas y contusiones, llevando a cabo su importante cometido de forma muy satisfactoria.

Debo aquí recordar que don Fermín Nadal era una bellísima persona que por suerte me concedía cierta deferencia. No podía olvidar que en sus manos había perdido la vida mi padre tras el combate de Trafalgar a bordo del navío *Príncipe de Asturias* donde ejercía como cirujano mayor de la escuadra, cuando intentaba detener la sangría de su pierna. Pero, semanas después, destinado como ayudante del general Escaño, seguí día a día la enfermedad de don Federico Gravina, cuya responsabilidad había quedado en las manos de quien se consideraba como primer galeno de la Armada. Habíamos pasado por momentos de esperanza antes de asistir al fallecimiento del afamado personaje. Y mucho había sufrido el pobre don Fermín durante aquellas largas y complicadas intervenciones, con esquirilas huesosas brotando del malherido codo, en las que la vida del capitán general se le escapaba de sus manos. Siempre le estaré agradecido y todavía lo recuerdo con cariño.

El cocinero de equipaje fue tarea fácil porque eran muchos los de su clase en situación de mano sobre mano, deseando disponer de raciones de boca. También el pilotín, Pedro Infante, me fue servido sin contratiempos en la Escuela de Pilotos, aunque no me agradara mucho a primera vista aquel joven desgarrado y, en apariencia, con escasa sangre en las venas. De esta forma, quedaba el pilotaje de la corbeta en manos de dos barbilampiños, una faena en la que siempre se agradece la experiencia tanto en navegación costera como de altura, aunque fuera responsabilidad de los oficiales de guerra supervisar su tarea.

El mantenerme inmerso en las preocupaciones que se acumulaban día a día presentaba la cara positiva de alejar de mi mente otros pensamientos de los que en verdad huía, aunque tal aseveración suene a villana cobardía. Lo cierto es que pasaba por el palacio de la calle de la Amargura en contadas ocasiones y el trabajo a bordo me ofrecía una coartada moral perfecta. Sin embargo, no dejaba de pensar en el momento de la despedida. Sufriría a fondo al tener que mirar a Eugenia a los ojos porque ella fue siempre mujer de las

que podían leer en mi alma cual pliego matriz. ¿Cómo es posible que muden nuestros sentimientos o los que por tales entendemos de tal forma y con tan extrema rapidez? ¿Qué vientos habían desarbolado aquel amor intenso y a veces desesperado, sentido tiempo atrás por la misma mujer que ahora me causaba sentimientos de cariño solamente? Buscaba la razón con abatimiento sin encontrarla, lo que llegaba a hacer odiar mi propia persona. No obstante, cuando tales olas negras entraban sin desearlo, paseaba a bordo por la cubierta hasta encontrar con rapidez algún asunto que necesitara de mi atención.

La primera semana se cubrió de la forma más positiva que era posible esperar. El segundo comandante, siguiendo las instrucciones generales de la mayoría y las más particulares, recorrió el arsenal buque a buque con peticiones en ruego alzado. Consiguió en un primer intento dos artilleros preferentes con escasa experiencia y tres soldados de infantería de nuevo cuño. Pero al tercer día arribaba a bordo con sonrisa de orejas para comunicarme el embarque de dos marineros de brazos verdes, dos grumetes y un paje. Nuestra dotación aumentaba a los ochenta y ocho hombres con lo que ya no era necesario soñar, aunque años atrás habría sido catalogado tal número como inadecuado e imposible para salir a la mar.

Por su parte, también el joven contador acumulaba experiencia y se forjaba a las bandas con soltura. Lo pude comprobar al observar como se atracaba a la corbeta un lanchón del arsenal con víveres en cantidad como hacía mucho no se divisaba en buque alguno. Y no fue fácil estibar la salazón al disponer de más víveres a bordo de los declarados en el estado de fuerza al arribar a Cádiz, entregado a la mayoría general de la escuadra. Es cierto que habíamos mentido en pliego sin rebozo, aunque se trataba de una medida habitual en todos los buques por aquellos días. Y para rematar el cuadro a luces, el hábil sangrador conseguía de la Dirección del Hospital una caja con seis frasquitos de láudano, una cantidad de oro líquido que, estaba seguro, no se encontraría disponible a bordo del insignia. Tan solo se echaba en falta vino y aguardiente, cuestión de la que debí tomar cartas en el asunto y aflojar la faltriquera propia con generosidad. Poco me dolió al conocer por boca de don Antonio de Escaño que don Benito de la Piedra había saldado en cero mi deuda con él de forma definitiva.

Llegué a creer que estaba tocado a bordo por el dedo de la divina Providencia como tantas otras muchas veces mientras a la contra me acortaba la vela en el aspecto personal. De esta forma, una semana después de la reunión a bordo del navío *Príncipe de Asturias* dábamos el listo para salir a la mar, entregando en la mayoría el estado de fuerza de la corbeta bajo mi

mando. Aproveché la ocasión para hablar con mi buen amigo el capitán de navío Urriortúa, dos horas de incansable parla en la que me puso al día de todo lo que acaecía en la escuadra, sin olvidar la buena noticia de su próximo nombramiento como comandante de una fragata. Fui felicitado por el mayor general al comprobar la celeridad en mi alistamiento al que resté importancia, alegando mi regreso de la mar pocas semanas antes. Quedó en avisarme de la fecha de salida que se estimaba para la última semana del mes de julio, dados los problemas que presentaban algunas unidades, especialmente los navíos en paso a la penosa situación de desarmo.

Regresé a bordo de la *Mosca* con cierta felicidad encastrada en los huesos. Todo parecía abrirse en camino de rosas, la mar se encontraba al alcance de la mano y ningún contratiempo era de esperar. Incluso tras una inspección llevada a cabo por un marinero buceador en la obra viva de la corbeta con especial atención al forro de cobre, declaraba que se encontraba en perfecto estado, incluida la reparación del boquete que aquella maldita piedra nos abriera en la amura de babor. Era difícil creer que hubiéramos llevado a cabo un trabajo tan primoroso al carenar la corbeta a la tumba con medios de fortuna en una ensenada desconocida y alejada de cualquier arsenal. Pero así se mueve la vida en los barcos con sorpresas de pie y medio día sí y otro también.

Creí que habíamos rellenado los toneletes de la obligación al ciento y ya podíamos dejar subir la marea con tranquilidad. Sin embargo, todavía en aquella misma jornada debía encarar una sorpresa de las de gatillo grueso, una noticia que no podía siquiera imaginar.

Aquel día Okumé me sirvió un almuerzo más propio de reyes, al menos para mis gustos personales, que tan bien conocía el africano. Tras unos huevos preñados de chorizos a la hoguera y una tierna paletilla adobada con caldo espeso de hierbas, todo regado con una frasca de vino manchego que llamaban cascarrón, posiblemente por su fuerza equiparable a los vientos, quedé con el alma en pacífica beatitud. Se lo agradecí con mi acostumbrado golpe de afecto en sus hombros.

—Cada día cocinas mejor, amigo mío. Si nuestro señor don Fernando catara estas carnes, ordenaría tu inmediato traslado a Palacio.

—¿A ese castillo de Valençay donde se encuentra aprisionado por los franceses? —Movía sus recias manos apartando la idea—. No deseo recibir tales prebendas, sino seguir a su lado. Lo que sucede es que sé bien los alimentos preferidos por el señor en cada momento con solo observar su cara. Es necesario que el hombre de mar rellene el buche en condición cuando se

halla en puerto, especialmente el comandante del buque. Más tarde nos alcanzarán las penas en andanadas sobre las olas y llegará el rancho en frío para tomar en el alcázar con los pies bamboleando por los aires.

—Razón te sobra.

Aunque pensé en hacer la siesta que tanto se bendecía en las Indias, recordé mis instrucciones para no perder el tiempo a disposición en puerto. Y debe ser el señor comandante quien dé ejemplo en cubierta, aunque muchos no lo estimen así. Desde que se nos ordenara el alistamiento, habíamos retomado a bordo los ejercicios de mar y guerra, especialmente los primeros, que no era cuestión de amparo perder las buenas costumbres. Algunas voces cantaban a destiempo y era necesario regresar con fuerza a la línea marcada. Tanto el segundo comandante como el contramaestre primero, don Sebastián García, mi mano derecha en la mar, fustigaban a babor y estribor con voz agria, aunque en sus caras reconocía cierta satisfacción. De forma especial el nostramo<sup>[23]</sup> distribuía a los hombres tras las mermas sufridas, así como los relevos previstos en el plan de combate. En uno de los descansos se acercó a mi posición en el alcázar junto a la timonera, secando el sudor de su frente con un amplio pañuelo de mil usos e inciertos colores.

—¿Cómo se mueve el rebaño, don Sebastián? ¿Regresan al aprisco sin desdoro?

—Han perdido fuste algunos músculos, señor, pero cobrarán el temple en pocos días aunque debamos dar cañón<sup>[24]</sup> si se tuercen las sonrisas en demasía. No tiene de qué preocuparse porque ofreceremos el tono apetecido llegado el momento.

—¿Qué le parecen los nuevos?

—Si le soy sincero, señor, todavía no puedo creer que en el navío *San Julián* dejaran escapar esos dos marineros bragados en olas como pocos. Son fuertes y dispuestos a la faena, dos gavieros ideales. Los grumetes navegan por cuerdas bajas, pero con posibles en futuros.

—Hemos tenido suerte.

—En parte, señor.

—¿En parte? ¿Le preocupa alguno en especial?

—Me preocupa mucho el cocinero de equipaje, señor. —Mostraba rasgos de contenida indignación, por lo que dirigió la mirada hacia la cubierta—. La menestra que ese maldito ha cocinado hoy en perolas es la bazofia más purulenta que jamás caté en un buque de la Armada. Este jamelgo no ha pisado ni la cocina de su putañera madre a la que posiblemente no conociera. Así se le pudran las tripas, si me permite sinceridad abierta. Si a bien lo tiene,



señor, Okumé podría darle alguna lección o ese sacamantecas acabará muerto a puñadas por nuestros hombres. Ya sabe que una menestra sin sabor enloquece a muchos.

Reí para mis adentros ante aquella salida. Don Julián era un extraordinario contraamaestre a quien mucho le debíamos en la *Mosca* por sus hazañas cuando andábamos desarbolados y medio hundidos en la costa de la isla Flores. Tan solo tenía dos debilidades: el aguardiente y la menestra, especialmente la segunda que era la base de la alimentación en la Armada.

—No se preocupe que mejorará sus guisos aunque tengamos que ofrecerle el gusto del rebenque como a un simple grumete. Le diré a Okumé que no le pierda de vista cuando se maneje en el fogón.

—Muchas gracias, señor. Ya sabe mi opinión de que mal se puede encarar la mar y la guerra sin la panza en condiciones, especialmente cuando se disfruta de buenos alimentos estibados a bordo como es la ocasión. Luego llegarán las vacas flacas y hay que encontrarse bien dispuesto. Por cierto, señor, ¿se sabe ya cuando abandonamos la bahía?

—Todavía no ha sido confirmada la fecha, pero estimo que deberá ser la semana próxima si no me engaña la intuición. No creo que se nos presenten problemas de orden con nuestros hombres en esta comisión mediterránea. Es buena condición navegar en semanas de estío.

—Así debería ser, señor, pero poco fío en el Mediterráneo y sus vaivenes más propios de cortesana retozona. Hace algunos años a bordo del bergantín *Vigilante* nos tomó un levantazo al sur de la costa mallorquina, que cerca estuvo de hacernos clavar el bauprés en la iglesia del pueblecito costero más cercano. Y nos movíamos entrados en los calores del mes de agosto. Perdimos el aparejo al completo y tan solo un cable aguantó en mena fina cuando ya alzábamos rezos al Altísimo por el bien de nuestras almas. Prefiero la mar oceánica que es de lomos duros pero noble y se la ve llegar de lejos. Este Mare Nostrum, como lo llama el segundo comandante, devanea en exceso y suele tomarnos a veces sin posibilidad de respiro.

—Estoy de acuerdo con sus palabras. Mi padre sufrió una manta negra a bordo del jabeque *Murciano* que siempre recordaba como su peor experiencia de mar. Los desplumó hasta la guinda y también era en época de verano.

—¿Una manta negra ha dicho? Eso es peor que nombrar la bicha en palacio. —Lanzó los dedos cruzados hacia las aguas, una de las señales habituales en los nostramos para expulsar los dioses negros de la mar—. Pues si la libraron por alto, deberían acabar sus días en rodillas clavadas y con rogativas de coro. He oído hablar de ese terrible efecto, un soplo más propio

del Maligno, en boca de algunos viejos contramaestres. Por el bien del alma no la sufrí en mis carnes ni espero hacerlo.

—Al menos en esta navegación, señor —era el segundo quien pronunciaba aquellas palabras al acercarse a nuestra posición.

—Nada de malos augurios —aseguré con convicción—. ¿Todo en orden, Ibarreche?

—Mejor de lo esperado, como ya le habrá explicado don Sebastián. Hasta es posible que salgamos a la mar con más trapo a disposición.

—Supongo que se debe a la faena que despliega el maestro velero. ¿De dónde sacó ese material?

—Hemos tenido mucha suerte, señor. Resulta que su hermano mayor trabaja en el taller de velas del arsenal. Por lo visto, detenta un puesto de cierta responsabilidad. No sé con qué procedimientos, ni deseo saberlo, le ha conseguido una vela trinquete y una gavia que pertenecieron al aparejo de respeto del navío *San José*.

—¿Del *San José*? Por todos los cristos que en la mar navegan, ese navío nos lo tomó en caliente el entonces comodoro Nelson durante el combate de San Vicente, aunque no sea de rememorar aquel malhadado 14 de febrero de 1787.

—Así es, señor. Como recordará esta corbeta, construida bajo gálibos<sup>[25]</sup> franceses, disponía en principio de un petifoque<sup>[26]</sup>. Por esa razón, arbola un segundo botalón de bauprés. Como nuestras unidades de parecida clase no incorporan esa vela, se decidió prescindir de su reposición en su momento, cuando la *Mosca* andaba más cerca del desarmo que otra cosa. Pero ahora le he dado permiso para componerla, si es capaz de conseguirlo. A esa faena se ha entregado con mucho entusiasmo. La verdad es que don Damián es un magnífico velero y en su opinión, con la que coincido, esa nueva vela puede darnos un pico de ceñida y alguna vara extra de andar.

—Me parece una idea excelente. Que le den rancho especial a esos veleros si rematan la faena.

—Muy bien, señor.

Por fin mientras se reanudaban los ejercicios doctrinales me retiré a la cámara para refrescar un poco la cara en la jofaina y rascar el sudor. Sufríamos uno de esos días gaditanos sin viento y con el sol clavado en grillos rojos desde la mañana. Cuando observaba desde la balconada como el disco de fuego comenzaba a declinar, fui avisado de que una falúa de servicio se acercaba por nuestra aleta de babor. Supuse que sería la notificación de la comandancia general sobre la fecha definitiva para la salida a la mar, por lo

que me mantuve en mi cámara, esperando la llegada de algún oficial de servicio. Sin embargo, poco después aparecía Okumé con sonrisa alargada de labios prietos, señal de que algo bueno y fuera de lo habitual se ceñía a bordo.

—¿Qué sucede?

—El señor tiene una visita inesperada.

Al tiempo que llevaba a cabo una reverencia en chanza muy habitual en él elevaba su brazo como si diera paso a un inesperado prestidigitador. Y la sorpresa fue grande al comprobar la presencia de mi cuñado, gran amigo y compañero, el capitán de fragata Adalberto Pignatti, que todavía servía como uno de los ayudantes del general Escaño. No obstante, y aunque me alegrara de su presencia, pensé que alguna desgracia podía haber ocurrido en nuestro hogar de la calle de la Amargura, cualquier razón que causara aquella inesperada aparición a bordo.

—¡Beto! Tú por aquí. ¿Ha sucedido alguna...?

—¿Por qué has de pensar siempre que ha de ocurrir algún desastre en tu vida cuando un garbanzo se sale de la Línea una mínima pulgada? Eres un malaje, aunque para colmo de incongruencias la suerte te sonría a chorros casi siempre. Puedes estar tranquilo que nada malo ha sucedido en la morada familiar. Mi visita se debe solamente a un especial recado del teniente general don Antonio de Escaño para ti. Bueno, en realidad se trata de un magnífico obsequio.

—¿Un obsequio del general para mí? —La curiosidad hizo su aparición con fuerza—. Vamos, dime de qué se trata y no comiences a tontonear en rondo.

—Como debes de saber, el bergantín *Palomo*, ese buque enviado por nuestra Señora del Rosario desde los cielos, que nos recogió en la mar con toda la familia cuando navegábamos en aquel pequeño latino pesquero, regresó a Cádiz tras fracasar el intento del marqués de Ayerbe de liberar a nuestro Señor don Fernando de su prisión en Valençay.

—Sabía de vuestra recogida por un bergantín, pero nada me contaste sobre esa especial maniobra de rescate por el marqués de Ayerbe, ni que se tratara del *Palomo* precisamente. Le tengo especial cariño a ese buque.

—¿Al bergantín *Palomo*? ¿Por qué?

—Me encontraba embarcado en él cuando conseguí la charretera. Se debió a una recompensa por mi valeroso comportamiento durante el combate contra la balandra inglesa *Albertine*, que acabó por salir en dirección de Gibraltar con el aparejo al copo y rasas<sup>[27]</sup> entrándole de enfilada por el espejo. Así rezaba el parte oficial.

—Es cierto, ahora lo recuerdo, pero no lo asociaba con el *Palomo*. Si desconocías los detalles del marqués de Ayerbe es porque andabas entonces por las Azores en diversión marítima permanente. —Beto se movía por la cámara con su contagiosa alegría, una condición que mucho necesitaba mi alma por aquellos momentos—. Mientras los franceses me perseguían por tierra con la familia a cuestas, tú rematabas fragatas francesas por aguas paradisíacas.

—Sin duda se trata de una especial forma de exponer la situación, botarate del demonio. Vamos, suelta la información de una vez.

—Pues ahora el marqués de Ayerbe lo va a intentar de nuevo. No se puede negar que su lealtad por don Fernando alcanza cotas sublimes y dignas de toda recompensa. Como el Consejo de Regencia, que dispone de informaciones al respecto de confianza, aprueba el plan, se alistó al *Palomo* una vez más en el arsenal de la Carraca. El pobre había sufrido un temporal de grado en el golfo de León antes de topar con nosotros y salvarnos el pellejo. Ahora va a ser comisionado de nuevo para pasar a la costa gallega con Ayerbe a bordo, acompañado en esta ocasión de un capitán del Ejército llamado José Wanestron. Como te decía, intentará ese milagroso rescate en el que pocos creen, atravesando la frontera francesa por el Reino de Navarra. Mucha suerte ha de aligerar en la saca ese fiel vasallo para cumplir su alta misión. Pero la buena noticia llega ahora.

—Espero que largues la lengua antes de la cena, a la que te invito.

—Ya me daba por invitado y he amenazado a Okumé con el rebenque si las viandas no son de mi agrado. —Beto reía, feliz, como era su norma habitual. También sentía especial cariño por el africano, como todos los miembros de la familia—. La gran noticia es que tomaré el mando de ese magnífico bergantín, construido en el arsenal ferrolano en 1795 bajo la advocación de San Germán y armado con dieciocho hermosos cañones.

—Pero si ha salido en comisión hacia Galicia, ¿cómo vas a tomar el mando?

—No seas mastuerzo y piensa alguna vez. Naturalmente, izaré mi gallardete cuando arribe a la bahía gaditana en su tornaviaje.

—¡Vaya! ¡Enhorabuena! Mucho me alegro por ti. —Lo abracé con entusiasmo—. Por fin consigues el mando prometido que tanto mereces.

—Una promesa que, es obligado decirlo, se alargaba desde hace demasiado tiempo. Bueno, es cierto que un bergantín debería ser mandado por un teniente de navío o de fragata, como es el caso en la actualidad con Diego

Quevedo. Pero también es irrefutable que en estos días de guerra e incertidumbre anda todo descuadrado en la Armada de quilla a guinda...

—Nada me debes explicar en ese sentido. Aquí me tienes de capitán de navío al mando de una corbeta.

—En efecto, aunque para tu desgracia ya sé que te queda poco por gozar a bordo.

—Según parece voy a abordar la que será última comisión sobre estas tablas. Entregaré el mando al regreso de Mahón.

—Ya me lo había comentado don Antonio hace un par de días. Pero mira, me da igual mandar un bergantín que la balandra más mísera del puerto. Lo que quiero es volver a la mar. Llevo demasiado tiempo fondeado entre pliegos y documentos de lacre.

Algo no cuadraba en la explicación de Beto o todavía guardaba bajo la manta alguna información, condición muy habitual en él. Me separé para mirarlo a los ojos porque la cara era siempre un fiel reflejo de sus pensamientos.

—Te repito que mucho me alegro por ti. Pero falta algo. ¿Ese es el regalo del general para mí?

—No tiene nada que ver. Comencé por lo del mando porque es la cuestión más importante. Verás, cuando el general me dio la noticia sobre mi mando del bergantín *Palomo*, le supliqué con lágrimas en los ojos que necesitaba salir a la mar para desentumecer los músculos. Deseaba embarcar en cualquier buque, aunque se tratara como paje de escoba en una tartana del comercio y un mes de duración. Debí de tomar a don Antonio en uno de sus momentos buenos porque sin pensarlo un solo segundo me hizo una maravillosa propuesta que no puedes siquiera imaginar.

Quedé en silencio para aligerar esa divagante parla a la que tan acostumbrado estaba.

—Resulta que la semana próxima sales a la mar para darle conserva<sup>[28]</sup> a esos navíos que pasan a mejor vida con enorme tristeza de todos. Pero al mismo tiempo la Regencia desea enviar una nota reservada y urgente al gobernador militar de Mahón. Creo que se trata de formar alguna compañía con las milicias de las islas o sobre su transporte. No me hagas mucho caso porque no pude enterarme con todo detalle, aunque pegara la oreja al mamparo. Y sin esperarlo, don Antonio me preguntó si era voluntario para embarcar en esta división y ser el portador de la misiva. —Beto arqueó los brazos en jarra, sonriendo de placer—. ¿Qué te parece?

—Pues que el general te hace un gran favor. Ese mensaje, por importante que sea, lo podría llevar cualquier comandante de los buques designados.

—Eso ya lo sé y mucho se lo agradezco. Ha sido una buena excusa del general para premiar mi fidelidad. Mucho le debemos los dos a ese buen hombre. De todas formas, no soportaba un día más en ese despacho, lo que nuestro jefe y protector pareció comprender. Además, ese Consejo Supremo de Regencia acabará con problemas graves más pronto que tarde. Lo que más siento es que la salud de don Antonio no se encuentra para tanta presión. Pero bueno, supongo que estarás encantado con el obsequio.

—¿Qué obsequio?

—Joder, *Gigante*, pareces alelado. El general me preguntó la unidad en la que deseaba embarcar. Y como puedes suponer no lo dudé un segundo. Vas a disfrutar de la presencia de tu buen amigo y cuñado a bordo de esta preciosa corbeta. —Me miró con gesto de asombro—. Me extraña que no des saltos de alegría. Aunque debe quedar muy claro que embarco en comisión de transporte. Vamos, que necesito confortable camastro, buen yantar y generosos caldos, mientras respiro el aire de la mar.

—También debes saber que es costumbre en la Armada que los oficiales en situación de transporte se ofrezcan al comandante para las misiones que este estime oportunas. —Seguía sus bromas, encantado.

—No será el caso, porque me darías algún trabajito con rapidez. Esta va a ser una comisión de rositas y debemos disfrutar de la brisa marítima. ¿Recuerdas lo bien que lo pasamos a bordo del bergantín *Penélope* en aquella agitada comisión a las Indias? Jamás has vuelto a tener un segundo como yo.

—Eso es cierto, y hablo en serio.

—Debo remojar mi cuerpo con el aire de la mar, que en esos despachos se me ha resecado hasta el alma como el bacalao en salazón. Ahora en serio, sabes que me tienes para lo que quieras, aunque con esta dotación reducida ya te manejaste bien por las Azores. ¿Cuántos oficiales de guerra tienes ahora mismo?

—Cuando embarqué en la *Mosca* la situación era desastrosa, como podrás recordar. El teniente de fragata segundo comandante, aquel pobre Martín Fuentes, cayó rodando cubierta abajo, siendo dado de baja con fracturas abiertas y mal porvenir. Salí a la mar solamente con un alférez de navío, un alférez de fragata y un guardiamarina caído de los cielos.

—Algunos ascendieron, ¿no?

—Los propuse a los tres porque su comportamiento en situaciones de mar y combate durante la comisión fue formidable. Pero ya sabes cómo se

reparten las mercedes en la Armada al puro sorteo. Ascendió el segundo y el caballero. De esta forma, ahora mismo dispongo de un teniente de fragata como segundo comandante, dos alféreces de fragata y un guardiamarina, que no presenta mal aspecto. El caballero me lo consiguió nuestro buen amigo Meléndez hace pocos días.

—¿Meléndez? Has tenido suerte. Bueno, con los ascensos se ha compensado un poco el grupo.

—En efecto. Todo eso sin contar con el embarque de un capitán de fragata, don Adalberto Pignatti, en persona. Un verdadero lujo.

—No olvides que Pignatti embarca en situación de transporte y mensajería de guerra. —Abrió los brazos, girando como una peonza—. Por cierto, si no te importa le diré al segundo que inscriba a Miguelillo como mi criado particular.

—¿A Miguelillo? ¿Y qué será de Andrés?

—Ya calza el pobre demasiados años y ve con buenos ojos quedar en tierra. Además, mucho le debo a ese rapaz que nos salvó la vida cuando huíamos de los franceses por la serranía. Es capaz de clavar su cuchillo en una garganta a diez pasos y sin dudarlo un segundo, como ya demostró con aquel sargento franchute que nos quería enviar a la otra vida. Aunque solo haya cruzado los catorce años, es más valiente y bragado que muchos mocetones. También le prometí a su padre, el jefe de la partida que nos auxilió en el ataque a los gabachos, que haría de él un hombre con posibilidades que no se le abrirían en el campo.

—Encantado por mi parte. Creo que has tomado una acertada decisión.

—Bien, debes informarme para saber por dónde me muevo. Hemos hablado de los oficiales solamente. ¿El resto de la dotación es de braza?

—Hay garbanzos duros y blandos en la perola, aunque de escaso número en general, la misma situación que encontrarás a bordo del *Palomo*. Por fortuna, el contramaestre es de garantía absoluta, así como el maestro velero, el calafate y los dos carpinteros. El antiguo pilotín, promovido a segundo piloto, es despierto y habilidoso en su materia aunque no tenga demasiada experiencia. Bueno, tampoco me puedo quejar del contador, listo como un grillo. En conjunto, oficiales mayores y de mar de calidad, pero escasos en número. En total, poco más de media dotación.

—¡Dios! ¡Cómo hemos decaído en tan pocos años! Esta Armada es una sombra de la que conocimos al sentar plaza en el Real Colegio.

—Don Carlos el Cuarto y su escandaloso privado redujeron casi a cero la Real Armada que costó un siglo levantar. Cuando pienso que a la muerte de

don Carlos el Tercero disponíamos, alistados y con dotaciones en reglamento, de setenta y seis navíos, cincuenta y una fragatas y un total de unidades a flote que superaba las trescientas es para desesperar. En fin, pensemos o soñemos que llegarán tiempos mejores.

—No debemos dudarlo en ningún momento o caeríamos como muchos de nuestros compañeros en la más negra desesperanza. Cuando ganemos esta guerra a los franceses será cosa de mirar con optimismo hacia el futuro.

Permanecemos en silencio mientras Beto se movía hacia la balconada, y acabó por dirigir su mirada hacia las aguas. Me sentí preso de cierta tristeza, como si añorara pasadas épocas cuando todo se movía en color de rosa a mi alrededor. Las siguientes palabras salieron de mi boca en tono lastimero.

—Me alegro de tenerte conmigo amigo mío, ya lo sabes. Además, necesito compañía, hablar y dejar volar los..., apartar los pensamientos...

Quedé en silencio sin saber las palabras que debía utilizar. Mi cuñado pasó como por encanto a la más estricta seriedad. Nos miramos sin decir palabra durante eternos segundos. Por fin, Beto tomó asiento frente a mí, al tiempo que bajaba el tono de su voz.

—Mira, *Gigante*. Creo que siempre hemos disfrutado de la máxima confianza entre nosotros, desde que sentamos plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas hace ya bastantes años, una confianza aumentada si cabe con mi entrada en tu familia. También es cierto que hemos vivido codo con codo momentos duros y felices, huracanes antillanos y balas inglesas cerca de las orejas. Voy a ser sincero contigo como siempre lo he sido. Tanto tu hermana Rosalía como yo hemos sufrido durante las últimas semanas al observar como os habéis distanciado Eugenia y tú. Calla como norma tu mujer y esquivá a comentar cualquier detalle con la mía.

—Pero...

—Deja que acabe, por favor. —Beto alzaba sus manos—. Somos conscientes de que el desgraciado hecho de no poder traer más hijos al mundo o que tal posibilidad sea remota haya podido afectarte, aunque personalmente no creo que se centre en ese punto el problema. Ya sabes que soy mucho más librepensador de lo que nuestros conocidos estiman. He llegado a opinar a veces, para mis tripas solamente, que podías amar a otra mujer, que allá por las islas Azores hubieras encontrado un nuevo amor que superara el que sentías por Eugenia. Sé que esas cosas suceden y hemos tenido conocimiento de ellas en algunos de nuestros compañeros, situaciones de las que no me escandalizo. Pero por otra parte, también se refleja el sufrimiento en tu rostro a veces, cuando miras a Eugenia y crees que nadie te observa. Bueno, no sé si



quieres hablar del asunto o prefieres guardar silencio, pero ya sabes que me tienes para ayudarte si lo necesitas, en cualquier momento, sea lo que sea.

Escuché sus palabras como si las pronunciara un padre afectuoso a un hijo descarriado. El sentimiento de culpa aumentaba de grado en el pecho, aunque fuera incapaz de comprender o aceptar esa posible culpabilidad en mi comportamiento. De todas formas, me emocionó observar su rostro, fiel reflejo de la verdadera amistad que nos unía, un precioso bien del que pocos llegan a disfrutar, tan cercano al verdadero amor. Y no saben lo que pierden quienes mueren sin gozar de ese especial sentimiento. Respondí de forma automática, como si mis palabras salieran de la boca vacías, sin contenido.

—Agradezco mucho tus palabras, Beto, muy necesarias para mí en estos momentos. No creas que intento evitar hablar contigo sobre lo que me..., bueno, sobre lo que nos sucede. Y es posible que sea injusto pluralizar al exponer el problema porque probablemente sea yo el único culpable de esta penosa situación. No solo eres el marido de mi única hermana, sino al mismo tiempo el mejor amigo, pero no es fácil abordar esta dificultad que me ahoga a veces. Y no lo entiendas como apuro o vergüenza para atacar ese espinoso tema contigo, nada más sencillo, sino como incapacidad por mi parte para explicar lo que ni siquiera yo mismo comprendo. —Me detuve unos segundos, entrelazando las manos y observándolas con detenimiento como si allí pudiera encontrar la solución—. No hay otra mujer en mi vida, de eso puedes estar seguro. No llegué a conocer ninguna en esa comisión.

—Entonces, ¿qué sucede? —El rostro de Beto reflejaba perplejidad.

—No lo sé y sería capaz de jurar ante los Santos Evangelios que digo verdad de ley. Lo único que puedo asegurarte es que todo ha cambiado al compás de un día para otro aquí dentro —me señalé el pecho con la mano—, como surge el tortolero<sup>[29]</sup> en aquellas aguas lejanas del mar del Sur. A veces sufro la impresión de que la casa encantada ha dejado de serlo y regreso a la dura realidad desde un maravilloso y fascinante sueño. Cuando tengo a Eugenia cerca de mí no siento lo mismo que antes, eso es indudable, aunque no sea capaz de explicar la razón de ese cambio. Y no me refiero solo al aspecto puramente carnal, puedes estar seguro, aunque también engorde la bolsa. Sufro al comprender que ella sufre, pero me considero incapaz de tomarla entre mis brazos y decirle, como tantas otras veces, que la amo, para así calmar su dolor. Siento cariño, un profundo cariño por ella, pero también lo siento por mi hermana, por María Antonia o por la prima Cristina. No creo que me entiendas cuando yo mismo no lo consigo.

—Por esa razón quieres salir a la mar. Bueno, quiero decir que en esta ocasión lo deseas con una mayor intensidad, casi como una necesidad recetada por el galeno. Don Antonio lo comprendió y sugirió al comandante general de la escuadra la inclusión de tu corbeta en esa comisión de escolta.

—Ya lo suponía. Es cierto que necesito alejarme de Cádiz, pensar en la mar en soledad lejos de Eugenia y del ambiente que me rodea en nuestra casa. Quizá reaccione y todo regrese a la normalidad o lo que como tal entendemos. Tampoco puedo asegurarlo.

—¿Y si todo continúa igual?

—Bueno, conocemos un elevadísimo porcentaje de matrimonios que disfrutan o penan de una vida de amor aparente con devaneos particulares, aunque nunca he sido partidario de esa postura, al igual que tú. Le he dado mil y una vueltas a la aguja sin descubrir el norte. Pero no adelantemos acontecimientos. Es posible que el paso del tiempo sea el mejor ungüento para sanar esa herida.

—Deseemos que sea así. No obstante, quiero que sepas algo importante. Siempre te defenderé a capa y espada, allá donde sea necesario. Quiero decir que dispenso un cariño especial a Eugenia, desde luego, que lo merece de sobra. También quiero mucho al resto de la familia. Pero nunca olvides que tú eres mi amigo, el verdadero amigo y esa condición supera a todas las demás.

Creo que por primera vez escuchaba a Beto pronunciar unas frases con aquel tono de voz trémolo y emocionado. Volvimos a mirarnos, al tiempo que nos abrazamos. Todavía escuché sus palabras dictadas a la baja.

—Todo se arreglará. Ahora debemos disfrutar de la mar como siempre hicimos. Después de todo, ese es nuestro verdadero hogar, el que escogimos para vivir.

—Disfrutemos de la mar.

Y a la mar me agarré como si se tratara del arpeo de abordaje más severo o la percha última del náufrago. En mis pensamientos agradecí al general Escaño que me enviara a Beto en aquellos momentos en los que tanto necesitaba calor y comprensión. Era la primera vez que sufría un mal parecido y bien sé ahora, cuando unas pocas canas adornan mi cabeza, que no hay peor enfermedad que la del corazón o el cerebro, a veces amadrinada en un cable de escasa habilidad.

## 5. El bálsamo de la mar

El último día del mes de julio del año del Señor de 1810, conforme se abrían a espuestas las primeras luces del alba, mandé levar las anclas de la corbeta *Mosca* para salir a la bahía y esperar la formación del convoy que deberíamos escoltar hacia la isla de Menorca. No se aferraron en la ocasión los nervios a las venas como aquella otra primera vez, meses atrás, con la corbeta preñada en mil dudas de colores negros como el infierno y escasas esperanzas en el horizonte. La maniobra se llevó a cabo con eficacia y en silencio, y al son de los pitos comenzamos a largar el aparejo por tientos. Aunque en los primeros momentos debimos recibir ayuda de nuestra lancha para ajustar la proa y separarnos de aguas sucias, pronto un levante fresquito que comenzaba a alzar cabeza nos permitió navegar con mayores y gaviás al gusto. Por fin, ya con el sol en la raya del horizonte quedábamos en patrulla fuera de la bahía por la zona de espera ordenada a poniente del castillo de San Sebastián.

La noche anterior había sido invitado a bordo de la fragata *Diomedea* por el jefe de la división, quien ya mostraba los galones de contralmirante con orgullo en sus vueltas. Felicité a quien ya reconocía como un buen amigo, Edmund Traylor, por su merecida promoción. Aunque en principio y según sus propias palabras, declarara la intención de ofrecer una cena a bordo del buque insignia a todos los comandantes de las unidades involucradas en la comisión, debió de mudar de opinión sin que llegara a conocer el motivo. Tal reunión se había llevado a cabo en la mañana del mismo día desde un punto de vista puramente operativo y profesional en previsión de posibles complicaciones en la navegación, así como para analizar las dudas que el cuadernillo de *Instrucciones y Señales*, entregado el día anterior por su estado mayor, pudiera ofrecer. No era el caso porque como norma habitual los británicos empleaban extrema sencillez en tales compendios, muy alejados de los detallados y a veces farragosos panfletos bíblicos, tan habituales en nuestras escuadras y divisiones.

De acuerdo con lo establecido por el comandante general de nuestra escuadra, tan solo cabía contemplar dos importantes variaciones en la planificada operación. Del conjunto de buques seleccionados para su paso a situación de desarme en el arsenal de Mahón había sido imposible reunir personal suficiente para formar una mínima dotación del navío de dos puentes *Vencedor*. Puede parecer situación vergonzosa y así la sufríamos, pero en tales cuerdas se movía nuestra Armada por aquellos días. En vista de la referida circunstancia, el almirante Keith había decidido, de acuerdo con el general Villavicencio, habilitar el navío con un número suficiente de sus hombres. De esta forma, se retrasaba algunos días su salida a la mar hasta que los setenta marineros britanos escogidos, bajo el mando del teniente de navío John Cook, se acoplaran con el buque y pudieran tomar las aguas con ciertas garantías. También se había decidido que el navío *Rodney* esperara su salida para ofrecerle la necesaria escolta.

La segunda variación en el plan previsto era que la fragata *Cornelia* debía asumir una urgente comisión hacia el Río de la Plata, por ser la única de su clase capaz de abordar tal navegación y regresar con los necesarios caudales que mucho aportaban a la guerra. Y no crean que no sufrí al saber que se estuvo dudando entre escoger dicha unidad y la corbeta *Mosca*, lo que habría supuesto un remate esplendoroso de mi paso por tan hermosa unidad. Por desgracia era importante la carga que se debía transportar, lo que decidió su inclusión. De esta forma, el grueso de los buques españoles con dirección al arsenal de Mahón navegaría en conserva solamente con la corbeta *Mosca* y la fragata *Diomedes*, en la cual enarbolaba su insignia el almirante Traylor. Debo aquí señalar que, en contra de la inamovible costumbre española, era muy del gusto de los mandos de la Royal Navy izar la pañoleta propia en una modesta fragata, esos buques capaces de mover sus alas como alcatraz en celo.

La cena a bordo de la *Diomedes* había sido muy cordial y amena, como las dos celebradas anteriormente. Siempre he sido de la opinión de que todo discurre de forma maravillosa en mesa inglesa si tienen a bien retirar del diario menú esos pasteles rellenos de riñones al aire, que solo aquellos rudos hombres de las islas británicas son capaces de oler, trasegar con gusto y digerir. Y como los había ensalzado por educación en las dos ocasiones anteriores, en esta última recibí doble ración en inmerecido castigo. No obstante, lo que comenzara entre el almirante Traylor y yo como una relación puramente profesional había desembocado en una agradable y sincera amistad. El inglés deseaba conocer más detalles de nuestras peripecias por la isla Flores y, más en concreto, el hundimiento de la fragata *Clementine* en la

ensenada de las Conchas, lo que le narré con todo detalle. Volvió a alabar mi profesionalidad y arrojo mientras degustábamos un magnífico vino procedente de Madeira al que era muy aficionado. Y como no restaba tiempo para corresponder a su invitación, acordamos que sería en el puerto menorquín de destino donde podría embocar ese guiso especial de carne elaborado por Okumé que tanto alabara cuando tuve el honor de ofrecerle aquel primer almuerzo, antes de nuestra partida hacia las islas Azores.

Al igual que en la primera ocasión, el nuevo almirante se ofreció a proporcionarnos cualquier elemento de primera necesidad del que no hubiéramos podido surtirnos en el arsenal, si le era posible. Como ya andaba sin rebozo y a las claras en nuestros contactos, animado en la ocasión tras haber embarcado suficiente vino en el cuerpo, le solicité un juego completo de banderas de señales, dado el deplorable estado que presentaba el que teníamos a bordo. Comprendió la importancia de la cuestión, especialmente para la operación que debíamos encarar bajo su mando, por lo que al día siguiente lo recibíamos en nuestra corbeta acompañado de un par de frascas del referido vino. Y por cortesía le devolví con el mismo oficial semejante medida de aguardiente español, del que tanto gustaba. De esta forma, la *Mosca* quedaba en perfecto estado para cumplir la comisión ordenada, si podemos entender como perfección las limitadas posibilidades en que nos movíamos, que todo en esta vida es relativo como el estado de la mar y la altura de las olas.

En cuanto a mi vida particular, tal y como esperaba había sido dolorosa en extremo la despedida de la familia, especialmente el temido cara a cara con mi esposa. Y no me refiero al dolor que produce la separación de los seres queridos como tantas otras veces, sino a la necesidad por mi parte de evitar un análisis de la situación o preguntas para las que no tenía respuesta. Por fortuna, el pequeño *Pecas* se aferraba con fuerza a mis piernas, clamando por acompañarme, lo que originó risas entre todos al observar los movimientos de aquel personajillo de casi tres años. Debo reconocer sin tintes añadidos que Eugenia era una mujer inteligente, capaz de comprender al punto mi sufrimiento. Y como entendí que su amor se mantenía muy por alto, salvó la situación con elegancia y discreción. Tan solo sus últimas palabras se clavaron a fondo cuando dijo en un suave susurro: «Pido a Dios y a Nuestra Señora del Rosario que encuentres vientos propicios y entre las olas puedas asentar tu alma, querido».

Bien saben los dioses de la mar que respiré hondo y con tranquilidad al encontrarme de nuevo en mi cámara, aunque debiera enmascarar una vez más

ese sentimiento de culpabilidad anidado en el pecho. Qué sabio es el refrán castellano al afirmar que ojos que no ven, corazón que no siente, porque la impresión de libertad comenzó a abrirse paso poco a poco desde el mismo momento en que pisé cubierta. Y ya se rellenaba hasta la copa cuando, asentado en la toldilla y con Beto a mi lado, observábamos la preciosa ciudad gaditana en la distancia, todavía cubierta en ramo por una ligera bruma mientras la corbeta se movía avante, engolfada en el viento con mayores y gavias. Mi cuñado disfrutaba a bordo como un niño con un caballito en la mano, lo que se adivinaba con claridad en su rostro.

—Te veo feliz, Beto.

—Y que lo digas. Necesitaba beber aire salado a pulmón sobre las aguas. Un mes más en aquel siniestro despacho y habría muerto de fiebres sin remisión.

—¿De fiebres pútridas, quizá? —contesté en broma.

—Es muy posible, que también esos miasmas navegan entre los pliegos en tierra. Por cierto y sin que parezca adulación debo declarar que para la escasa dotación disponible, las maniobras hasta ahora han sido bastante buenas y sin murmullos de copla.

—Pues si hubieras asistido a la primera que llevamos a cabo en esta corbeta allá por el mes de febrero, habrías buscado a la carrera ese despacho del que tanto escupes. Estos hombres los hemos hecho a bordo con esfuerzo y a romper cueros, especialmente por parte del segundo y el contramaestre. Por fortuna, ya contamos con algunos hombres de mar que marcan el camino. Claro que ahora, una vez desembarcados los soldados portugueses, no podremos cubrir la artillería a las dos bandas, dado el escaso número de artilleros y hombres a disposición. También se presentarían problemas si la mar se abre a muerte y son necesarias muchas manos a los cabos.

—Esperemos que sea posible disfrutar de mar galana en esta navegación. Decía el gran almirante Andrea Doria que hay tres meses para navegar por el Mediterráneo con seguridad, los de...

—Julio, agosto y Cartagena —me adelanté—. Se trataba de un merecido homenaje de ese gran hombre de mar al milenario puerto cartagenero, seguro y cerrado a todos los vientos antes de que se cegara la laguna interior. Porque en estos días cuando sopla lebeche de fuerza no es tan seguro el tenedero, a no ser que te atrincheres por corto al aconchadero que ofrece el monte de Galeras. Pero también a veces se tuerce esta mar mediterránea en los meses de estío, aunque sea una excepción.

—¿Cuándo van a salir esas vacas sagradas? —Beto orientaba el antejo hacia las puertas de la bahía—. Creo que vamos a navegar a ritmo de tortugón.

—En efecto. Deberemos acortar mucha más vela de la deseada. Pero mientras tanto podemos probar con el trapo al copo. Así observarás cómo se abre al viento esta hermosa gacelilla. ¡Don Sebastián!

—Mande, señor comandante.

—Larguemos todo el aparejo que son muchos los meses con el trapo aferrado. Este viento fresco es idóneo para calibrarlo. ¿Cree que tomará el sople en orden ese petifoque elaborado por los veleros?

—Mucho confío en don Damián, señor, que es muy hábil en su facultad. Ayer tarde lo izamos varias veces sin estragos ni mordeduras. Por nuestra parte quedó bien firme en la encapilladura del mastelero del juanete de proa.

—Pues vayamos allá.

Poco después se escuchaban los pitos de contramaestre y guardián, al tiempo que los escasos marineros y grumetes trepaban con agilidad y rapidez hacia las vergas. Y como por arte de magia mientras las velas clamaban con música propia entre esporádicos gualdrapazos, desplegamos en escaso tiempo hasta el último piquito, arrumbando al noroeste con el viento mantenido a un largo. La *Mosca* largaba espuma avante con alegría, batiendo olas con la proa como si quisiera demostrar que era una hembra marinera de incomparables líneas. Y para regusto especial, el petifoque se tensaba a la vista sin bolsas ni falsetes. Escuché la voz de Beto que no perdía detalle.

—Tienes dos o tres gavieros<sup>[30]</sup> de absoluta garantía. Poca gente en altura pero buena. Y ese petifoque parece calcado en gálibos de orden. Un hurra por el maestro velero. ¡Qué bien toma esta pequeña corbeta las aguas, Dios mío! Orza poco a poco hasta observar como bolinea al límite.

Seguimos navegando con todo el aparejo largado a los vientos, comprobando que en efecto esa nueva vela de fortuna debía darnos alguna vara avante en regalo, así como la posibilidad de ceñir al coro un puño más. Disfrutamos durante un par de horas hasta que el vigiador nos indicó la salida de los buques por las puertas de la bahía. Y pueden creerme cuando aseguro que sentí una enorme tristeza al observar aquel deprimente espectáculo que, después de todo, no era más que el fiel reflejo de la Real Armada por aquellos días.

Abría marcha el *Príncipe de Asturias*, hasta la semana pasada buque insignia de la escuadra del mar Océano, un nombre que ya no cuadraba en luces. Todavía se trataba sin duda de un magnífico navío de tres puentes y

ciento doce cañones gloria de nuestros arsenales, que en mucho se asemejaba ahora, como adelantara Beto, a una de aquellas vacas sagradas como solíamos nombrar con desprecio a los navíos mercantes cargados en panza hasta la regala. En el combate de Trafalgar había demostrado de lo que era capaz, resistiendo el ataque a un mismo tiempo de varios navíos britanos y devolviendo brea caliente por las dos bandas. Sin embargo, cualquier comparación con su estado actual llamaba a lágrimas. En situación de paz aquel buque debía embarcar por reglamento una dotación de novecientos ochenta y dos hombres, sin contar el personal del estado mayor, cifra que se veía aumentada en situación de guerra en ciento doce, divididos por mitad en tropa de infantería y grumetes. En el luctuoso combate del 21 de octubre presentaba una dotación de 1.121 hombres a los que había que sumar los diecinueve de la mayoría general de don Federico Gravina.

A pesar de números tan llamativos, en esta comisión que debía realizar hacia La Habana, tal y como me había comentado su segundo comandante, el *Príncipe* embarcaba ciento noventa y dos hombres solamente, una peligrosa decisión si se tiene en cuenta que eran muchas las millas que se debían navegar y podían sufrir la temporada de los huracanes en las Antillas. En la distancia se observaban las troneras de las dos primeras baterías cerradas al canto, presentando tan solo algunas piezas en la tercera, así como en el alcázar y castillo. No obstante, no se trataba de una excepción porque así se movían todas las unidades llamadas al desarmo. Una vez en franquía el *Príncipe* largó mayores y gaviás, así como el juanete mayor, dos estays y un foque, una lenta maniobra en su conjunto. Y no se trataba de precaución alguna, sino que era todo el trapo a disposición.

En cuanto a las unidades encuadradas en nuestra división, pronto avistamos la silueta de los navíos de tres puentes *San Carlos* y *Fernando VII*, así como los de dos baterías *Glorioso*, *Neptuno* y *Paula*, pero debimos esperar una hora más por el *San Justo*, trabado en bahía con una fragata mercante, por fortuna sin mayores consecuencias. Navegaban en parecidas condiciones al *Príncipe*, aunque con dotaciones más reducidas y aparejos al quite, así como escasos cañones en sus baterías. Según me comentó el comandante del *Neptuno* embarcaba ochenta y seis hombres solamente y ciento ochenta prisioneros franceses bien engrilletados a la cubierta para evitar sorpresas como algunas de las acaecidas en la bahía. Y para su desgracia no disponía de marineros britanos bragados en miles días de mar, sino muchos grumetes de manos blandas. Al menos, aprovechando que era necesario entregar armamento en la isla menorquina, algunas de las piezas artilleras habían sido



estibadas en la bodega de cada uno para, de esta forma, ofrecerles una mayor estabilidad entre las olas. Porque aligerados de tanto peso podían acabar navegando como peonza inestable y al rondón.

Una vez que todos los buques estaban fuera de la bahía, el *Príncipe* y el *Santa Ana* tomaban derrota hacia poniente, escoltados por el navío *Endurance* y la fragata *Phoebe*, aquella que avisara al almirante Nelson de la salida de la escuadra combinada hispanofrancesa de puerto. Mientras tanto los nuestros comenzaban a ceñir en lo posible, que era muy poco, para ganar el barlovento mínimo necesario. Comprendimos que aquella navegación se alargaría sin medida, aunque tanto Beto como yo lo consideramos una situación aceptable, ya que deseábamos mantenernos sobre las aguas el mayor tiempo posible.

Aunque en una navegación ordinaria se suele adoptar una formación lo menos espaciosa y más ágil posible, el almirante Traylor había ordenado formar en línea de bolina y un cable de distancia entre buques, lo que en nuestra Armada se nombraba como primer orden de marcha, ya que el viento se mantenía entablado de levante aunque con visos de caer. Pero como ya había especificado en la reunión previa, dada la especial y disminuida composición de las dotaciones y sus aparejos se concedía libertad a los comandantes en cuanto a proa y distancias. En la práctica cada uno debía largar tantas millas a popa como le fuera posible, acoplándonos al más lento que era, sin duda, el *Fernando VII*, con escaso aparejo a disposición. Y también me movió a lástima observar su silueta a escasa distancia porque en ese buque, llamado anteriormente *Reina Luisa*, había servido mi padre bajo las órdenes de don Federico Gravina durante los últimos meses de la guerra contra la Convención francesa. Por el contrario, navegaba con mejores aires el *San Carlos*, un dos puentes de noventa y cuatro cañones construido en La Habana y realizado posteriormente a las tres baterías y ciento doce piezas en el arsenal de Cartagena.

Aunque suponía que el almirante Traylor utilizaría a la *Mosca* como batidor de formación y repetidor de señales, dada la dificultad que la extraña formación comportaba en tal sentido, me sorprendió recibir orden de situarnos en descubierta<sup>[31]</sup> hacia levante con libertad de movimientos. Es cierto que la amenaza francesa en la mar era escasa, aunque sabíamos de la presencia de algunos buques de la Marina Nacional gabacha armados al corso, establecidos con base en Málaga. Y aunque el jefe de la división parecía muy confiado, por mi parte recordaba el encuentro con la fragata *Clementine* y sus cuarenta y dos cañones. Aquella división era un generoso bocado para dos o tres fragatas con suficiente arrojo y decisión, porque una vez fuera de combate la

escolta que le proporcionábamos la *Diomede* y nuestra corbeta las vacas sagradas presentaban mordida en dulce.

Sin más pensamientos a la contra sentí orgullo al aproar al límite de la bolina y pasar cerca de los navíos, mordiendo las aguas con nuestra proa. Una vez adelantados unas tres millas hacia levante del espeso grupo, recortamos vela para mantenernos con cierta comodidad. Era cuestión de gozar de una mar apenas rizada mientras el sol caía a plomo sobre nuestras cabezas. No obstante, alertamos a los vigiadores situados en las cofas para no recibir sorpresas desagradables.

\* \* \*

Aunque sea difícil de creer, al tercer día de navegación nos encontrábamos todavía a la altura del saco de Málaga. No obstante, no todo era achacable a los navíos y su penosa lentitud, ya que el dios Eolo decidió darnos la espalda con desprecio y sin concesión alguna. Al inicial viento de levante, fresco en caída, que obligaba a una dura bolina para buques con escasa capacidad de ceñida, siguió una calmería de las de ronza y Satanás. La mar se cuajaba en plata llana mientras un calor sofocante atacaba a derretir brea desde las primeras horas. Y bien que se sufría tan negativa condición cubiertas abajo, situación penosa para la dotación que ni las mangueras<sup>[32]</sup> eran capaces de disminuir. Por fortuna, los víveres a bordo de la *Mosca* eran abundantes y dimos libertad a nuestros hombres para aligerar ropa en cubierta, así como permiso de pesca que suele ser condición muy apetecida. Cuando perdíamos de vista el convoy, intentábamos retrasar posición para avanzar de nuevo con rumbos al quite.

Creo que debía de ser el segundo o tercer día de agosto, cuando comenzó a soplar el viento desde el sur, una ventolina suave que se acabó entablado en un bendito lebeche, fresco de fuerza. La nueva situación permitió navegar a los navíos con cierta soltura y todo su trapo a disposición, consiguiendo una aceptable velocidad. No avistamos vela alguna por el horizonte salvo unos pocos pesqueros de escaso porte a los que preguntábamos sobre la posible presencia de unidades francesas, sin respuesta de su parte. Beto, deseoso de acción, desesperaba por encontrarse según él mano sobre mano.

—¿Qué quieres, cenizo? —pregunté con reproche—. ¿Avistar unas cuantas fragatas francesas y que nos entren al fuego por las dos bandas? Nuestra misión es que esas vacas lleguen sin problemas a Mahón.

—Pero no viene mal un poco de acción. No deseo avistar muchas fragatas al tiempo, desde luego. Además, sería imposible si la información de la que disponemos es correcta. Los franceses se encuentran bloqueados como de costumbre y tan solo alguna que otra gacela escapa del cerco y actúa al corso, normalmente con demasiadas precauciones. Pero si alguna de ellas se encontrara un tanto despistada en el camino...

—Si es de cuarenta cañones con algunas piezas de a veinticuatro poco podríamos hacer. Además, tenemos la *Diomede* a demasiada distancia como para recibir apoyo rápido. En tal caso, deberíamos regresar para avisar al almirante.

—Bueno, supongamos que se trata de un bergantín con dieciocho cañones de pequeño calibre. Los franceses disponen de algunos en Málaga y Sanlúcar de Barrameda.

—No sería fácil dar caza a un bergantín velero, aunque la *Mosca* sea muy ligera de alas. Pero podríamos intentarlo y divertirnos un rato.

—Eso es lo que deseo. Ese amigo tuyo britano te ha concedido libertad de presa si no es amenaza para el convoy, ¿no es así?

—En efecto.

—Lo llevan en la sangre esos isleños. —Beto sonreía—. Cuando un britano escucha la palabra «presa» se le anima el corazón como si recibiera un soplo de ángeles. La verdad es que hace mucho tiempo que no oigo el retumbo del cañón ni huelo a pólvora. —Beto expresaba su desánimo con las manos—. Esto se parece más a una excursión en falúa real por el río Aranjuez.

—¿No deseabas percibir el perfume de la mar? Deja de protestar y asume por las claras que disfrutas como enano de corte.

Antes de que contestara a la contra, oímos con nitidez el grito del vigiador instalado en la cofa del palo trinquete, esa voz que normalmente hace batir los corazones de los hombres en cubierta.

—¡Una vela, tres cuartas a estribor!

Sin esperar mi orden, ya el segundo comandante ordenaba al guardiamarina Monteagudo trepar jarcia arriba para ampliar la información. Aunque un tanto desgarrado de formas, aquel niño, más cercano a la teta materna que al combate de sangre, saltaba entre los flechastes<sup>[33]</sup> como un mono de cola, bien estibado su catalejo en el fajín. Y poco tiempo necesitaba el caballere te para largar trinos con su voz aflautada.

—¡Tres palos! ¡Aparejo de fragata!

—Bueno, eso es lo que querías, ¿no? —pregunté, mientras tomaba el antejo que Okumé me ofrecía.

—Te recuerdo que los bergantines también aparejan tres palos, mastuerzo. Y de la misma forma, algunas otras unidades menores que podríamos atacar. Esperemos a ver qué más dice este niño.

—A la edad de ese niño estábamos nosotros a bordo de la fragata *Mahonesa* en guerra con los ingleses, si no te fallan los recuerdos.

—Pero teníamos más envidia por aquellos años, especialmente tú con ese corpachón de *Gigante*, como ese familiar apodo indica.

—No es el cuerpo lo único importante para la guerra en la mar, que también los sesos cuentan. Pero es cierto que conforme pasan los años, veo a estos guardiamarinas como crías sin destetar.

—¡Una fragata con todo el aparejo largado, proa hacia nosotros y ciñendo a seis cuartas, mura a babor<sup>[34]</sup>! ¡Cuarenta cañones de porte!

—¡Joder con el niño! —clamaba Beto entrado en sonrisas mientras recorría el horizonte con su antejo—. Todavía no soy capaz de atisbar un carajo de cierre con este artefacto ruinoso que me has prestado.

—¡Ya la tengo! —dije con convicción al avistar la vela en el horizonte—. Pero no puedo apreciar muchos detalles todavía. Como debemos informar al almirante aproaremos en firme hacia ella. Si es francesa y se confirma el porte<sup>[35]</sup> le daremos la popa. No creo que nos gane una sola pulgada en ceñida. ¡Segundo!

—Mande, señor.

—A estribor lo necesario para cortarle la proa a esa fragata. Y todo el aparejo arriba.

Como el viento fresco lo permitía largamos todo el trapo para quedar navegando a un largo, mura a estribor. Como siempre, dirigí una mirada al petifoque que, para mi sorpresa, seguía tomando el soplo del cielo como un bendito. Y dados los rumbos casi de vuelta encontrada, pronto divisábamos la fragata con todo detalle.

—El caballero tiene razón —dijo Beto, asintiendo con la cabeza—. Debe de ser de cuarenta y dos cañones de porte esa fragata. Por mi sangre italiana que no hay nada más hermoso en la mar que una gacela con todo el aparejo largado a los cielos. ¿Será francesa?

—Es posible. Como solo nos ha avistado a nosotros, puede creer que somos una presa adecuada.

—Debe de ser britana, señor —dijo Okumé con seguridad, que presumía de adivinar casi todo en la mar, con resultados positivos en muchas ocasiones.

—¿Por qué dices eso, brujo? —le espetó Beto—. De líneas parece francesa.

—Será una de las muchas apresadas a los gabachos por los britanos. Si hace proa hacia nosotros sin pensarlo dos o tres veces debe de ser britana —sentenció de nuevo Okumé.

—¡Segundo! Arriba el pabellón —dijo con decisión.

Izamos nuestra bandera en el pico de la cangreja, aunque la fragata no parecía querer mostrarlo todavía, una actitud muy habitual en las unidades de la Marina británica.

—¿No envías un guardiamarina con guarnición a popa para tesar la bandera, como marcan las ordenanzas? —Beto entraba en chanza.

—¿Te has vuelto loco? No te encuentras en un navío de tres puentes con seis guardiamarinas a bordo. Al caballero Monteagudo le he asignado la guardia de señales.

—¿Ocupamos puestos de combate, señor? —preguntó Ibarreche.

—Desde luego, segundo. Vamos allá. Al menos nos servirá de adiestramiento.

Mientras la corneta rasgaba el aire y batía el tambor, la bocina y los pitos ordenaban zafarrancho y prevención para el combate. Y como si se tratara de un hormiguero, todos los hombres salían de las entrañas y cubrían sus puestos en cubierta, trepando los infantes por las jarcias con sus mosquetes colgados del hombro mientras los gavieros largaban cadenas y los grumetes extendían las redes.

Ya la fragata se encontraba a la vista con claridad sin pabellón en alto y con sus cañones entrados en batería, listos para abrir fuego. Comencé a pensar que Okumé acertaría una vez más, sin razón aparente que lo apoyara. Beto se oponía por derecho.

—Si fuera britana, al observar nuestro pabellón habría bajado el tono.

—Poco fían ellos en pabellones, al igual que nosotros. Hay mucho truhán en la mar. ¡Segundo! Preparen la señal de reconocimiento para ser izada.

Trabajaba Monteagudo con el cuaderno de señales, cuando la fragata acabó por izar en el pico el pabellón de la Royal Navy. Pero como no fiaba en nada por propia experiencia, acabamos por envergar la señal ordenada, ya con los buques a dos millas de distancia.

—Segundo, si tarda más de dos minutos en contestar, preparados para virar en redondo y abordar ceñida de toconazo.

—Sí, señor.

Nos preparábamos para virar, cuando la fragata respondía al reconocimiento en positivo, cayendo al mismo tiempo a babor con claridad. Poco después, una vez a rumbos paralelos, acabamos por cruzar derrotas de vuelta encontrada. Habíamos acortado vela y caído dos cuartas a estribor, de forma que pasamos a escasas varas<sup>[36]</sup> de distancia. Y pudimos observar al comandante, un pelirrojo fortachón atrincherado en el alcázar que se destocaba en nuestro honor, al tiempo que imitaba tal acción por mi parte. Como era de rigor, le informamos por señales de la presencia del convoy, seis o siete millas a poniente.

—Por todas las putorronas del harén, que este brujo africano siempre acierta. —Beto golpeaba la tapa de la regala—. Me habría gustado abrir fuego contra los gabachos del demonio.

—Pero no contra una fragata de ese porte, que nos habría barrido la cubierta en sangre sin remisión.

—Pues tú liquidaste una de parecidas características en las Azores.

—Era de noche, estaba fondeada y el factor sorpresa decidió la acción. Y si no le llega a volar la santabárbara habríamos sufrido bastante, no creas. ¿Qué te parece si bebemos una frasca de vino en mi cámara, mientras Okumé nos prepara una buena paletilla adobada? Hoy nos la hemos ganado.

—¿Nos la hemos ganado? ¿Por el temporal corrido o por el combate de sangre? Por favor, si esta navegación es más propia de damas cortesanas.

—No protestes más, por los huevos de Bonaparte.

—Creo que esos apéndices son de tamaño más cercano a los de una codorniz.

—Calla ya. También se puede gozar de la mar sin olor a pólvora.

La verdad sin tapujos es que disfrutamos aquellos días como guardiamarinas en su primer embarco, aunque con mejores alimentos a disposición. Y bien que lo agradecía por mi parte, olvidados en un alejado rincón del cerebro los pensamientos más dolorosos mientras reía con las chanzas de Beto, que era una máquina de enhebrar tales relatos. A bordo continuamos con los ejercicios doctrinales de mar y guerra, que entraban mejor con abundancia de víveres y vino generoso, mientras adoptábamos todas las situaciones que un buque puede sufrir en la mar. Por fortuna, el cocinero de equipaje seguía las indicaciones de Okumé, con lo que don Sebastián no volvió a jurar en negro sobre la menestra. Los hombres nuevos se adaptaron con rapidez a la saca y pocas miradas torcidas se abrían en cubierta, que ni una sola vez debimos dar cañón en lomos ni racionar una

boca. Era la situación ideal, esa que debemos acaparar en la sesera antes de que las olas se viren a la contra y en crestas blancas.

## 6. Una hermosa ría

Continuamos nuestra navegación galana sin sorpresas añadidas ni avatares negativos a la vista, disfrutando a pulmón de la mar y la corbeta *Mosca*, cuyas características marineras acabaron por enamorar a Beto del talón a la galleta. Pudimos ejercitar a nuestros marineros y grumetes en todo tipo de maniobras, acoplando el plan de combate a los escasos hombres disponibles, muchos de ellos con diversos cometidos a bordo, tanto en situaciones de mar como de combate. Por fortuna, nos sobraba tiempo, con lo que pudimos alargar distancias en estrepada para acortar trapo por necesidad más tarde. En cuanto a la derrota marcada, gracias a los cielos aproamos por derecho a nuestro destino y sin necesidad de bordos, condición más que apropiada para los navíos marinados bajo mínimos, bendecidos por un viento que nos entraba por el anca<sup>[37]</sup> al gusto. No volvimos a ver una sencilla vela en el horizonte hasta que, avanteada la isla de Cabrera y a la vista del cabo Salinas, en el pico sur de Mallorca, varios pesqueros latinos faenaban por bajura.

Por aquellos días la vida a bordo era muy aceptable para la dotación en comparación con otras sufridas en las carnes. Y no me refiero solamente a las condiciones de mar que tanto afectan al discurrir diario o el estado de los alimentos sin racionamiento a la vista, aunque algunas partidas de pescado en salazón fueran más dignas del infierno. Pocos hombres elevaban las habituales protestas cuando se les hacían repetir los ejercicios doctrinales una y otra vez, con algún baquetazo perdido en los lomos. A tal punto llegó la placidez que solo fue necesario dar cañón a un grumete sucio, bigardo y malencarado al que apodaban el Blanco por causa del color albino de su piel. Era reincidente en sus desplantes con el guardián, por lo que el segundo decidió aplicarle grillos y ración, para acabar con sus huesos sobre una pieza artillera. Ni siquiera aquellos hermanos Vera que en los primeros días a bordo eran dignos del peor presidio mostraban cara al bies, como si las operaciones sufridas en la isla Flores les hubieran cambiado el norte de su vida.



Cada día y de acuerdo a las órdenes recibidas, una vez traspuesta la meridiana nos acercábamos a la capitana por si se consideraba oportuna alguna variación en los planes establecidos. Y de acuerdo a las últimas instrucciones del almirante Traylor, era mi deber asomar la barbilla en solitario al freu menorquino y comprobar que no se alzaban en picas las olas o arreciaba el viento en escenario tan particular. De esta forma, largamos todo el aparejo y mantenidos por el lebeche, que aumentaba por momentos a la estadía de frescachón, barajamos el resto de la costa oriental mallorquina.

En la amanecida del cuarto día de agosto, con el viento tontoneando entre el segundo y tercer cuadrante y de escasaalzada dejamos por nuestro costado de babor el cabo del Freu. Sin más espera entramos con todo el aparejo en ese estrecho entre islas con reglas propias, que tantas veces se asemeja a bufido del diablo. Es especialmente temido por los hombres de mar cuando se ve acariciado por la tramontana que lo alcanza desde la costa sur europea y parece entubarse como aire por loneta estrecha, unas pocas millas que a veces parecen agrandarse como las navegaciones por los mares del Sur. Sin embargo, y para fortuna de las vacas, no era el caso en la jornada, porque conforme lo embocamos de cara con proa al levante cuarta al norte, la mar se mantenía en cabrillas con el soplo por decidir, aunque apostara en mis adentros su entable en jaloque<sup>[38]</sup>.

Una vez comprobada la bonanza del paso, viramos por adelante y regresamos junto al almirante para notificar la buena. Aquella misma tarde con el viento entablado por fin del sureste, fresco de fuerza, y la mar entrada en balsas blancas, los tristes navíos atravesaban el freu de Menorca sin complicaciones. El almirante nos había ordenado abrir marcha a proa, por lo que tras avantear la isla del Aire —nunca un nombre geográfico con tan acertada apelación—, avistábamos el cabo del Esperó y la imponente Mola, que ofrecía el resguardo septentrional a esa ría de incomparable belleza, que se adentra como un dedo mágico hasta alcanzar la ciudad de Mahón.

Gracias al bendito jaloque, acertada la vela hasta dejar mayores y gavias, caímos a babor en franquía para atacar la ría sin auxilio de remolque. Beto observaba con el anteojo las dos bandas, como si deseara encontrar algún punto determinado y conocido. Con voz triste volvía a la timonera.

—Parece mentira que se haya dejado arruinar el castillo de San Felipe, que tan formidable defensa presentaba en la misma entrada de la ría por su parte meridional.

—Mucho se ha comentado tan drástica medida, enjuiciada sin rebozo por muchos como un grave error. Cuando las tropas bajo el mando del duque de

Crillón retomaran esta isla para las Armas de España en los primeros días de 1782, ahí se atrincheraron las últimas fuerzas británicas en defensa. Y en estúpida decisión sin el debido análisis, fue demolida la imponente fortaleza hasta dejarla en reliquias de polvo. Bien caro nos costó la maniobra cuando volvimos a perder la isla en 1798. Menos mal que con la paz de Amiens nos fue devuelta. Porque si todavía se encontrara en manos inglesas por estos días, ahora como aliados y la terrible penuria que nos asuela, británica permanecería Menorca por los siglos de los siglos.

—Desde luego, como lo será la plaza de Gibraltar una vez que hayan demolido nuestras fortificaciones. Mucho habrá de resurgir España para alcanzar la cota de potencia capaz de ofender nuevamente a la Gran Bretaña. ¿Recuerdas cuando entramos en esta ría a bordo de la fragata *Mahonesa*? Por todos los cristos, que han transcurrido muchos años.

—Aun así me parece como si fuera el día de ayer, sudando de caballeros guardiamarinas en aquella fragata con sus treinta y cuatro cañones de porte. Precisamente aquí se había construido esa preciosa gacela, cuando este arsenal era capaz de echar al agua fragatas, jabeques y bergantines. Más de treinta unidades se bautizaron en sus gradas tan solo en la última década del pasado siglo. Por todas las zorronas del harén que eran otros tiempos.

—Como el día y la noche. Por cierto que mal acabó esa hermosa fragata, batida y apresada por la británica de su misma clase *Terpsicore* de cuarenta cañones a escasas millas del cabo de Gata.

—Lo recuerdo al punto y con todo detalle. Según decía el tío Santiago, la mandaba con escaso brío y menor acierto el entonces capitán de fragata don Tomás Ayalde. Poco gustaba a mi padre ese hombre con quien debió convivir a bordo del navío *Príncipe de Asturias* en el combate de Trafalgar, donde desempeñaba el cargo de segundo comandante. Y no se puede quejar porque, a pesar de que en el Consejo de Guerra se le condenara a quedar suspenso de empleo durante tres años, Su Majestad, en uno de sus habituales gestos de infinita bondad, mejoró la pena impuesta, por lo que fue condenado solamente a servir durante seis meses en el navío insignia de la escuadra del Océano como simple aventurero de rescate. Y mira por dónde ha seguido ascendiendo sin trabas en su carrera.

—Esa fue nuestra asignatura pendiente a lo largo de todo un siglo, sin que seamos capaces de aprender de nuestros errores. ¡Saber recompensar y castigar como cada uno merece! —Beto golpeó con su mano la regala en gesto de evidente enfado—. Bueno, Ayalde se libró porque era uno de los

«hombres de Gravina», según se comentaba en corrillos —bajó el tono de voz, como si declarara un escondido secreto.

—Eso aseguraban todos en rumor, incluido mi padre. En fin, no recordemos estampas negras del pasado. Más vale que nos aferremos a las gloriosas.

—¿Sabes una cosa, *Gigante*? Debo reconocer que por más que observo a banda y banda, muy poco o nada recuerdo de esta ría. La verdad es que aquella ocasión, de guardiamarinas, fue la primera y última de mis visitas al puerto de Mahón por raro que parezca. —Beto retomaba su inspección visual—. ¿Es esa la isla de la Cuarentena?

—En efecto.

Acabábamos de dejar por estribor la isla del Lazareto, cuando se abría ante ella un pequeño islote que recibía tal nombre. Fue el momento en que el rebufo de los vientos nos impidió progresar con trapo<sup>[39]</sup> propio. Como ya lo habíamos previsto y habíamos echado la lancha al agua en habitual medida, nuestros hombres tomaron el remolque para continuar cuando ya la isla donde se erigía el Hospital del Rey se encontraba tanto avante con nosotros. Una vez la *Mosca* estuvo a la altura de cala Figuera, la ría se tornaba en angostura de tientos antes de dar paso a su parte final y más ancha, donde se abría la ciudad de Mahón en su parte meridional y el arsenal al norte con la isla Pinto adosada en sus faldas. Beto continuaba la inspección visual como si se tratara de un viajero en busca de paisajes bellos y desconocidos.

—Los britanos escogieron un buen sitio para levantar el arsenal. Y gracias a ellos lo disfrutamos ahora, porque nunca lo habríamos erigido en esta isla, con el de Cartagena a escasa distancia.

—Desde luego. Pero no creas que siempre estuvo instalado en ese lugar. En los primeros años y tras recibir la soberanía de esta isla gracias a los Tratados de Utrecht, el arsenal fue construido por los ingleses en la orilla meridional de la ría, junto a la ciudad de Mahón. Pronto comprobaron que no disponían de suficiente espacio por lo que se pasaron a la situación actual. Con el tiempo ha sido agrandado hasta adquirir las actuales y generosas proporciones. ¿Sabes cómo llamaban los britanos a esa isla Pinto?

—Pues no.

—Saffron Island.

—¿Acaso plantaban azafrán<sup>[40]</sup> allí?

—No creo. Debía de ser por el color del montículo que ha sido desmochado hasta aplanarlo para poder instalar en ella barracones del arsenal.

Y según parece a la vista, pronto dejará de ser ínsula porque acabará unida a tierra si continúan sembrando los escombros.

—Detrás del Arsenal, en las lomas que lo guardan por el norte se distingue una hermosa torre. Buena vista se debe de contemplar desde allí.

—Es la torre vigía de Binisiermeña. Domina este escenario y por medio de señales con el observatorio establecido en la punta de la Mola, disponen de información sobre unidades que se dirijan a esta ría.

—Me dejas sorprendido. Pareces una enciclopedia. ¿Por qué sabes tanto de esta isla? —Beto preguntaba, extrañado, entre sonrisas.

—No creas que es por experiencia propia. Tan solo he fondeado en esta ría en tres o cuatro ocasiones. Todo lo que acabo de exponerte lo leí en los cuadernillos de mi padre y mi abuelo.

—Esos famosos cuadernillos de la historia familiar de los Leñanza que ya conforman una enciclopedia, aunque no me dejes leerla.

—Algún día.

Una vez a la altura del arsenal navegamos media milla más ría adentro, hasta largar las anclas bien rascados a poniente. Aunque no se apreciaba ninguna unidad de porte a la vista, salvo un par de fragatas mercantes muy ceñidas a la ciudad, era posible que los navíos debieran aguantar fondeados hasta que se les habilitara espacio en los muelles de desarmos. Y no se debería esperar mucho tiempo con el estado que presentaban sus cables a la vista.

Comenzaba a declinar el sol cuando comprobamos que nuestra misión había llegado a su término, con los seis navíos en conserva entregados al arsenal. Con anterioridad se había procedido al barqueo de los prisioneros franceses hacinados a bordo, más de ochocientos, que en lanchones tomaban rumbo a cala Rata donde eran desembarcados para ser guiados en línea tierra adentro por una sección de soldados. Sin embargo, mis pensamientos continuaban enganchados a las siluetas que habían desfilado con lentitud ante mis ojos; esos navíos de primera clase como el antiguo *Reina Luisa* y el magnífico *San Carlos*, así como los de dos puentes *Glorioso*, *Paula*, *Neptuno* y *San Justo*. Cada uno de ellos guardaba, entre sus maderas, jirones más o menos importantes de nuestra historia particular, digna de un mejor destino. Sentí una profunda tristeza al observar aquellos magníficos vasos de madera con sus aparejos en conchas y costados embromados al quite. Y sin saber la causa pensé que sería muy difícil que esos generosos seres de madera recobraran algún día su antigua prestancia y volvieran a surcar la mar con dominio. Aunque me costara lágrimas reconocerlo era muy triste comprobar

con mis propios ojos el paulatino desmoronamiento de la Real Armada, esa poderosa Institución que se desangraba por sus poros minuto a minuto.

—No es un agradable espectáculo —dijo Beto al comprender mis pensamientos.

—Como dice don Sebastián, hasta el dios Neptuno sufriría con él.

—Estoy seguro. Además, si entran en desarmo sin los necesarios y periódicos recorridos, cuestión de la que mucho dudo, acabarán perdidos en los fondos comidos por la broma<sup>[41]</sup>. He pensado bastante estos últimos días en un aspecto que parece volar sobre las galletas, sin el debido análisis de quienes obligados están a ello. El hecho de que con nuestra alianza con Inglaterra dominemos la mar, no será medida apropiada en el futuro.

—No te comprendo, Beto.

—Quiero decir que no son pocos los que piensan que como la guerra contra el francés se empeña en tierra, pueden los britanos llevar a cabo nuestras misiones en la mar. De esta forma, no sería necesario entregar un solo peso a la Armada. Y así parece enfocarse la cuestión por estos días poco a poco.

—No puedo creerlo. Sería un suicidio de imprevisibles consecuencias. España sin una poderosa Armada dejaría de representar un mínimo papel en el concierto mundial, sin contar el necesario abastecimiento y defensa del imperio ultramarino.

—Pero las diferencias están claramente establecidas, nos guste o no. ¿Qué razón hay para que cobre su paga mensualmente un intendente del Ejército, un administrador de rentas o correos y les falte por treinta y tres meses a un capitán general de departamento marítimo, a un anciano general y a tantos beneméritos oficiales de guerra, mayores y de mar que no gozan de otro patrimonio que sus sueldos? —Beto endurecía el tono de su voz—. ¿Qué deberemos opinar de tantos oficinistas de todas clases que lejos de sufrir el menor gravamen o atraso en sus mesadas se presentan en público hasta con lujo, al mismo tiempo que los oficiales de la Armada con más años de penosos servicios a sus espaldas que aquellos de edad y encargados de traer en los buques desde las Indias los duros fuertes del Rey que afrontan sus gastos no tienen un pedazo de pan que dar a sus familias o para el propio sustento? Y algunos llegan a perecer de inanición, como de hecho ha sucedido, o en la necesidad de pedir limosna, lo que se experimenta hoy en día en los tres departamentos, especialmente en Ferrol y Cartagena, penosa situación aumentada en este último con las epidemias sufridas.

—Me impresionan tus palabras. No creía que llegara a tal estado la situación.

—Lo único positivo de andar en tierra sumido entre papeles todo el día y trabajar como ayudante de un miembro de la Regencia es que te encuentras al punto de la situación.

—Ya sé de algunos oficiales llegados a los hospitales para perecer en ellos por falta de la mínima alimentación. Comprendo a dónde quieres llegar y no te falta razón. En ese caso si triunfamos en esta guerra contra el francés y nuestra alianza con la Gran Bretaña se afirma, la España arruinada tardará muchos años en levantar cabeza en lo que a su aspecto naval se refiere.

—Si llega a recuperarlo, lo que dudo seriamente. El Ejército toma muchísimo poder en estos días del que no será fácil desembarcarlo. Un elevado número de sus mandos no solicitan el concurso de nuestra Marina en apoyo, situación habitual hasta el momento, sino que lo exigen como si fueran capitanes generales de la Armada. —Me dejaron pensativo aquellas argumentaciones que no llevaban a caminos de euforia, pero ya Beto continuaba con su plática entrado en seriedad y sin tapujos de verbena por primera vez en la navegación—. Sin olvidar que comienzan a llegar rumores poco prometedores de proclamas secesionistas en nuestras provincias americanas. Y para colmo de tristezas capitaneados en su mayor parte por españoles criollos. ¿Seremos capaces de aplacar movimientos como los llevados a cabo por Miranda hace cuatro años sin buques con los que transportar tropas leales?

—Más vale no pensar en ello. —Moví mi mano sobre la cabeza, intentando apartar tales disquisiciones—. De momento tan solo debemos enfocar esta guerra con el francés; pero una vez terminada y si Dios concede el regreso de nuestro legítimo rey don Fernando, cualquier mente obtusa debería comprender que sin Armada quedará perdido para siempre nuestro imperio ultramarino.

—No puede llegar a tal estado la situación. Esas tierras son españolas y han de continuar bajo la soberanía de nuestra Corona.

—Recuerda cómo se independizaron de los britanos sus provincias de la América septentrional. Un movimiento que de forma un tanto alocada apoyamos para ofender al inglés, sin tener en cuenta que tales ideas independentistas podían volverse contra nuestra cara a quemarropa. Decía mi padre que si se hubiera seguido la política de don Fernando el Sexto habríamos alcanzado la Armada y el Ejército que España debía poseer.

—Razón tenía. Por desgracia cayó el marqués de la Ensenada, que era la mente más preclara. Pero regresando al tema americano, no olvides que aquel primer movimiento promovido por el bellaco Miranda en Tierra Firme con claros signos de secesionismo, cuando andábamos a bordo del bergantín *Penélope*, ya fue apoyado por esa nueva nación que se autotitula como Estados Unidos de América, un alargado y ampuloso nombre que mucho parece querer abarcar.

—En fin, dejemos esos pensamientos o nos harán sangrar todavía más la herida. Pensemos en el bellaco francés y en las operaciones de apoyo al Ejército que hemos de continuar prestando.

—Sin olvidar que nuestros hombres también pelean en tierra sin reservas.

—¿Qué dice el general Escaño de todo lo que me acabas de comentar? Es uno de los miembros de la Regencia.

—No olvides que el secretario de Marina es don Gabriel de Ciscar aunque, según he oído, será relevado en poco tiempo por Vázquez de Figueroa. De todas formas, don Antonio sufre mucho porque aprecia todo lo que te he explicado con extrema claridad y al detalle. Nada se escapa a su privilegiada cabeza. Pero su voz se pierde entre las noticias que cada día llegan de los frentes de tierra. Nadie le escucha cuando clama por emplear mayores fondos para la Armada.

Quedamos en silencio como si hubiéramos dado fin a nuestros argumentos. Volví a pensar que vivíamos un periodo muy penoso de nuestra historia en el que era mejor dirigir el cañón a un solo blanco sin embocar otras alternativas a la vista. Para calmar el ánimo dirigí la mirada hacia los palos de la *Mosca*, que se movían de forma perezosa entre los cielos, con las velas aferradas en sus vergas mientras la dotación se mantenía en descanso circulando por cubierta. Debía aprovechar aquellos últimos días con mando de buque en la mar, una situación que solo Dios sabía cuándo se podría repetir.

\* \* \*

Caía la tarde cuando todavía discutía con Beto los pasos que debíamos seguir. Aunque me encontraba bajo las órdenes directas del contralmirante Traylor, creía necesario, siguiendo las normas de cortesía naval, presentar mis respetos al comandante general del arsenal, cuyo nombre y empleo desconocía, así como al gobernador militar de la plaza, si es que alguien desempeñaba el cargo en aquellos días de extrema mudanza. Sin embargo, y para mi sorpresa,

un bote de servicio tomaba el portalón de la *Mosca*. Poco después se presentaba ante mí un joven alférez de fragata con la indicación del capitán de navío Martínez Lacalle, máxima autoridad del arsenal, de que llevaría a cabo la visita de protocolo al mando britano una hora después. No comprendía bien lo que esperaba de mí con tal noticia y volví a entrar en discusión con Beto sobre los pasos que debíamos seguir cuando, sin necesidad de mayores especulaciones, el contralmirante Traylor me citaba a bordo de la fragata *Diomedea* quince minutos antes de la hora señalada por el mando español. Con tales nuevas, tan solo me restaba esperar los acontecimientos.

Cuando atacaba el portalón de la fragata inglesa a la hora señalada, engalanado con mi mejor uniforme grande, era recibido en cubierta por el almirante Traylor en persona. Se dirigió a mí con una amplia sonrisa en su boca.

—Bienvenido a bordo, comandante Leñanza. Hemos cumplido nuestra misión a entera satisfacción. Y debo declararle que cada día me admira más su barco.

—Le agradezco sus palabras, señor.

—Le hablo con sinceridad. Ha sido un hermoso espectáculo para todo hombre de mar observar cómo bolineaba a la cuarta su corbeta, con ese nuevo foque que le han instalado. Y expuse como ejemplo a mis hombres la virada por avante que llevó a cabo a pocas yardas de mi estela, con tan escasa dotación. Creo que ha convertido en hombres de mar un buen grupo de labriegos.

—Trabajo ha costado.

—La verdad es que hemos tenido suerte con la mar y el viento. Y puede estar seguro de que no las tenía todas a buen recaudo al observar a la salida de Cádiz esos navíos con tan escaso personal, aparejos en remate y demasiados prisioneros a bordo. Han hecho bien los comandantes españoles de ponerles grillos a todos sin confiar en sus promesas. Ya demostraron lo que vale la palabra de un oficial francés meses atrás, cuando se sufrieron los temporales en la bahía. Pero bueno, bien está lo que se remata en gloria, como dicen ustedes.

—También yo he de felicitarle, señor. Cada día habla mejor nuestro idioma, incluso con giros que rara vez utilizan los extranjeros. Supongo que me ha citado a bordo del insignia con motivo de la visita del comandante del arsenal.

—Así es. De esa forma, le alivio de la pertinente presentación. La verdad sea dicha, no esperaba que este establecimiento se encontrara mandado por un



capitán de navío.

—Deben de ser circunstancias de la guerra, cuando todo anda revuelto. Supongo que la visión de la isla de Menorca le evocará algunos recuerdos.

—En efecto. Todavía entré en esta ría bajo dominio británico. Cuando era guardiamarina lo hice en la fragata *Surprise*, donde servía el entonces teniente de navío Horacio Nelson. Bueno, por aquellas fechas todavía no utilizaba la mansión que se aparece nada más entrar la ría a estribor sobre las colinas.

—¿Disponía el almirante Nelson de vivienda propia en esta isla?

—Bueno, son comentarios que corrían entre los oficiales. Según se aseguraba, aquí..., bueno, en esta isla parece ser que instaló a su..., a su buena amiga *lady* Hamilton. Ya sabe a qué me refiero. —Se ruborizó ligeramente.

—Lo comprendo, señor.

—Era un gran hombre don Horacio, con sus debilidades como tantos otros. Nunca he sido partidario de que las condiciones personales íntimas y familiares se tengan en cuenta para la concesión de promociones en los oficiales de la Royal Navy, aunque muchos miembros del Almirantazgo opinen a la contra. En mi caso particular y gracias a mi sempiterna soltería, no tengo problemas de ese tipo.

—En opinión del general Escaño, el oficial de guerra soltero rinde como dos. Bueno, suele ser una de sus habituales chanzas, posiblemente porque también él se mantiene célibe.

—Soltero querrá decir, que es cosa bien distinta. Ya ve que domino su idioma. —Golpeó mi hombro con confianza, al tiempo que reía de buen humor.

El sonido de los chifles en toque de honor nos advirtieron de la llegada del mando español, por lo que nos dirigimos hacia la meseta del portalón donde el comandante de la fragata recibía al visitante. Y grande fue mi sorpresa al comprobar que el capitán de navío Martínez Lacalle era bastante joven, aunque cojeaba visiblemente de su pierna derecha. Tras su presentación de ordenanza al almirante, nos saludamos. Poco después departíamos en la cámara del almirante, tras sernos ofrecido un agradable refrigerio.

—Como le comentaba al comandante Leñanza —dijo Traylor por derecho—, esperaba algún oficial de grado superior al mando del arsenal.

—Y así era hasta hace tres meses, señor. Cuando fui herido de cierta gravedad en el combate de Ocaña me trasladé a Mahón ascendido al empleo de capitán de navío, donde se encontraba mi familia, para el necesario periodo de convalecencia. Las heridas han curado, aunque deba arrastrar esta pierna

sin muchas posibilidades de futuro. Solicité regresar al servicio, siendo destinado como jefe de armamentos del Arsenal. Y cuando murió el comandante general hace dos meses, rematado por unas fiebres que lo atacaban periódicamente, se me ordenó ocupar su destino de forma interina. Preveo que esta interinidad se alargará en el tiempo, aunque no me preocupa.

—Siento lo de su pierna —se excusó el britano—. No obstante, esas heridas dignifican muy por alto a los oficiales.

—Debo decirles que el arsenal se encuentra a su disposición, aunque en verdad poco sea el auxilio que podemos prestar. En pocas palabras falta de todo y pocos hombres quedan útiles para las faenas propias de un establecimiento como este.

—No se preocupe. Por suerte la navegación fue muy afortunada y no necesitamos auxilio de maestranza ni víveres. Tan solo repondremos la aguada si es de calidad. ¿No es así, comandante Leñanza?

—En efecto, señor.

—Podemos ofrecerle aguada de garantía, único producto que no escasea en la isla. ¿Puedo preguntarle, señor, cuándo piensan abandonar la ría?

—Pues con toda sinceridad no lo sé. En mis instrucciones se habla de un posible traslado de tropas a la Península, aunque no se especifica el puerto de destino ni la cantidad de hombres que debemos transportar. Queda a mi entera discreción el aceptarla en los términos que se me requiera, o denegarla. Y dependiendo del personal que debamos embarcar, deberemos calibrar si es necesario algún acopio de víveres. Como la fragata *Cornelia*, que debía acompañarnos, fue despachada hacia las Indias y no sabemos a ciencia cierta cuándo arribará el navío *Rodney* con el *Vencedor* en conserva, dependerá del monto total de personal que tengamos que embarcar la necesidad de esperarlo o no. Todo ello sin olvidar que hemos de regresar a Cádiz las dotaciones de los buques que aquí quedan en depósito. Supongo que el gobernador podrá aclararme todas estas dudas al punto exacto.

—El capitán de fragata Pignatti —declaré con rapidez—, embarcado a bordo de la *Mosca*, es portador de una misiva del Consejo Supremo de Regencia para el gobernador. Es posible que trate sobre dicho tema.

—Hace algunos meses se formó en la isla un regimiento bajo la mano del coronel Enríquez. Para tal empeño utilizó personal seleccionado entre la milicia local y hombres llegados desde diferentes puntos de toda la isla y algunos de la costa oriental de Mallorca —terció el comandante del arsenal—. Bueno, no es mi responsabilidad, pero debo adelantarles que el citado regimiento no debe exceder de las tres compañías, aunque se le otorgue ese

nombre. —Mesó sus manos, nervioso—. Este coronel, que se encontraba en las mismas condiciones que yo por pérdida de un brazo, auxiliado por algunos oficiales del cuerpo de inválidos los han adiestrado en lo posible, aunque jamás hayan entrado en combate. Se pensaba trasladarlos en la fragata *Cornelia* precisamente cuando pasó con prisioneros con destino a estas islas. Pero se desistió a tiempo porque, según noticias llegadas del levante, habían cambiado las condiciones en aquel escenario. Por último se ordenó al gobernador esperar nuevas instrucciones. Es posible que esa misiva de la Regencia pueda aclarar su destino final.

—Bien, esperemos a las noticias del gobernador. —Traylor abrió las manos en evidente mueca de impotencia—. Dada la hora en que nos encontramos, considero necesario dejar para mañana la visita protocolaria. Por cierto, comandante, ¿quien ejerce como tal en la isla?

—En la actualidad es el mariscal de campo Bernardo Tejera. Aunque suene a repetición también es un herido de guerra y con los achaques propios de su edad, entrado en la setentena. Es natural de esta isla donde posee buenas tierras y excelente posición. Precisamente soy portador de noticias para vos de su parte. Debe perdonarme, señor, que no se las haya expuesto antes. Mañana por la mañana espera su visita, acompañado del comandante de la corbeta *Mosca*, si a bien lo tienen. Bueno, si el mencionado capitán de fragata trae misiva de la Regencia para él debería acompañarles. Además como no es habitual que una fuerza como esta arribe a la isla, ha decidido ofrecer una recepción en su residencia por la tarde para todos los comandantes y oficiales.

—¿Una recepción? —El almirante mostró rostro complacido—. Una buena noticia, que pocas ocasiones disponemos en estos días para aligerar las penas de la guerra en saraos.

—Aunque peque de indiscreto, debo hacerle saber que la ofrece de su propia cuenta, dada la escasez de fondos que a todos nos alcanza. Por fortuna, el general dispone de hacienda propia.

—En ese caso será de mejor calidad. —El almirante reía con espontaneidad.

Continuamos la charla sin ceñirnos a noticias de inmediato servicio. Traylor aprovechó la ocasión para preguntar acerca de posibles corsarios franceses, aunque nada sabía Martínez sobre actividades en ese sentido. Como era habitual, con el almirante britano corrió el vino clarete y tomamos algunas golosinas, de forma que abandoné la fragata *Diomedes* con el alma en nubes y las piernas sueltas.

Poco después narraba a Beto la conversación mantenida mientras dábamos cuenta de una frasca de vino espeso, poco parecido al fresco Madeira, pero que también cumplía. Aunque por mi cabeza se mantenía un runruneo imposible de separar, no parecía entenderlo mi cuñado.

—¿No lo comprendes? Esta es mi última comisión a bordo de la *Mosca*, pero es posible que se alargue en el tiempo. Todo depende del punto de destino que asignen a esas tropas que hemos de transportar, si se decide por fin tal misión.

—Tenía entendido que sería hacia Cádiz, al tiempo que se trasladaban las dotaciones de los navíos. Bueno, es una mera suposición porque nada sé de esos pliegos que debo entregar al gobernador.

—También yo lo estimaba así. Pero tras la conversación mantenida a bordo de la fragata britana es posible que me sonría la suerte y se escoja otro punto que conlleve una navegación más alargada. No me importaría poner proa hacia las islas Canarias.

—No está el frente con los franceses por esas islas en estos días —dijo Beto entre sonrisas—. Si no es Cádiz el destino establecido, lo será algún punto del Reino de Valencia o por Cataluña, de acuerdo con lo que dijo el comandante del arsenal. Pero no te hagas muchas ilusiones.

—La ilusión es lo único que me queda, Beto. Mucho me aferró a los sueños en estos días.

Tomé la cama aquella noche de buen humor. Y no lo estimen a causa única de los vinos ingeridos, aunque también ayudaran en la faena. Por mi cabeza rondaba como aparición celestial una alargada comisión con la corbeta *Mosca*. La despedida de ese buque que ya formaba una parte importante de mi vida podía alargarse de forma generosa si la suerte me sonreía una vez más. Había escuchado la posibilidad de aproar a Valencia, Cataluña y Lisboa. Como es fácil suponer, esta última la estimaba como más favorable a mis deseos. Me aferraba con garfios a la corbeta y al hecho de mantenerme en la mar. En el estado en que navegaba mi mente, no podía pensar siquiera en pasar destinado a tierra entre legajos y largar anclas en el palacio de la calle de la Amargura. Necesitaba la mar y esa esperanza se abría en coros conforme entraba en sueños.

## 7. Turbulencias mentales

Cuando el mariscal de campo don Bernardo Tejera nos recibió en su despacho del Gobierno sin necesidad de esperar en recibo de ayudantes un solo minuto, quedé impresionado al observar su aspecto. Porque a la vista se aparecía un venerable anciano, enjuto de cuerpo y escasa alzada, embutido en una vistosa casaca y en condición poco habitual por aquellos días, pues lucía una peluca perfectamente empolvada de las que se soban llamar «de león». Una estampa en su conjunto más propia de la galería de generales que adornan los pasillos de la Secretaría de Marina en la Corte. Aunque así lo atestiguará el comandante del arsenal, de quien no debíamos desconfiar, no parecía encontrarse aquel hombre en condiciones de haber asistido a combate alguno en los últimos diez años. Tampoco se apreciaban a la vista las renombradas heridas mencionadas por Martínez. Asemejaba más bien un agradable abuelo que pasa sus últimos días junto a la chimenea con una estera de lana sobre las piernas, en espera de su último viaje hacia los cielos.

Debo reconocer, sin embargo, que su voz era de tono fuerte y autoritario, aunque tal energía se perdiera como por encanto al comprobar los torpes movimientos de sus piernas o el pronunciado temblor que aleteaba en sus manos. Pero tras las primeras palabras quedaba claro que se trataba de un hombre de extrema bondad y exacerbado patriotismo, entendido como tal una pasión amadrinada sin freno por la persona de don Fernando y sus derechos a la Corona.

Habituado al cerrado sistema de protocolo invertimos demasiados minutos en una charla insulsa, más propia de comadres en fiesta de santos. Ni siquiera Beto, una vez presentado, había podido meter baza y exponer el importante motivo de su visita. Y como observé que el almirante britano comenzaba a mover sus manos con cierto nerviosismo decidí entrar de lleno en la cuestión principal, aunque pecara de ligereza cortesana.

—Debo indicarle si me lo permite, señor gobernador, que el capitán de fragata Pignatti —señalé con la mano a mi cuñado—, en comisión de transporte a bordo de la corbeta bajo mi mando, es portador de una misiva urgente del Consejo Supremo de Regencia para vos.

—¿Una misiva del Consejo de Regencia para mí? —Parecía encantado de escuchar aquella noticia, como si hubiese recibido un extraordinario galardón.

—Así es, señor.

Sin esperar nueva indicación y comprendiendo mi maniobra, Beto abandonaba su asiento para hacerle llegar en mano el pliego lacrado que hasta entonces mantenía entre las suyas.

—El teniente general don Antonio de Escaño, miembro del Consejo Supremo de Regencia, me ordenó entregársela en persona, señor general. — Beto acentuó esa engolada entonación que tan bien sabía utilizar en determinados momentos, con evidente disfrute del anciano.

Sin pérdida de tiempo el almirante Traylor aprovechó la ocasión para meter baza por primera vez.

—Es posible que esa comunicación tenga que ver con la misión de transporte que, según tengo entendido, es posible se requiera encarar en nuestros buques.

El gobernador movió el pliego entre sus manos como si dudara de lo que debía hacer. Por fin elevó su cuerpo no sin esfuerzo para exhibir una desmayada sonrisa.

—Como es posible que el almirante tenga razón, les ruego me disculpen unos segundos.

El vejete se retiró hacia la imponente mesa situada en chaflán junto a uno de los ventanales. Apoyado ligeramente en ella utilizó un pequeño estilete damasquinado para descalzar el lacre. Por fin leyó el documento sin utilizar lente alguna, lo que ya era condición más que extraña. Pocos segundos después, leída la misiva en repetición regresaba hasta nosotros con una nueva y ampliada sonrisa en su rostro.

—Siempre se ha dicho que la experiencia es virtud muy importante en los asuntos de la guerra. Y lanzo tal aseveración porque nuestro aliado británico, el contralmirante Traylor, ha acertado de pleno en su suposición. Bien, creo que podemos pasar al tema principal que nos ocupa, el traslado de ese regimiento que hemos formado y adiestrado magníficamente gracias a la patriótica colaboración de un gran oficial. Esperamos que con él se pueda batir al francés en alguna batalla para orgullo y honor de los hombres de estas islas.

—¿Un regimiento, dice? —preguntó Traylor con precaución.

—Bueno, más o menos. Debo reconocer que adoro ese nombre, aplicado en 1704 a los antiguos y gloriosos tercios. Tuve el honor de mandar uno de ellos en el empleo de coronel con el que nos distinguimos en varios escenarios bélicos que no son del caso reseñar. —Ofreció una mueca de orgullo—. Aunque en puridad no goce de las antiguas doce compañías ni dos o tres batallones, le he aplicado tal nombre, regimiento de infantería Mahón, porque quiero que el coronel Enríquez, que ha echado el alma en su composición y adiestramiento, lo mande. Pero la noticia que me acaba de llegar de su mano, Pignatti, echa por tierra tales deseos. Debo adelantarles que en realidad disponemos solamente de tres compañías de infantería, de unos ochenta hombres cada una, como ya le notifiqué a la Regencia hace algunos meses. Y según acabo de comprobar serán disgregadas en diferentes escenarios, lo que en puridad militar nunca debería hacerse.

Se hizo el silencio mientras el venerable mariscal de campo parecía perderse en sueños imposibles. Ahora ya fue el almirante quien entró sin trabas en el tema.

—Entiendo que se desea transportar esas tres compañías en los buques bajo mi mando. ¿No es así? ¿Cuál es su destino, si puede saberse a estas alturas?

—Una de ellas ha de pasar a Cádiz. Por otro lado, las dos que se encuentren con mejor armamento y listas para entrar en combate deberán arribar a Lisboa. Allí engrosarán las fuerzas hispanoportuguesas. Parece ser que debemos mostrar a lord Wellington nuestra disposición, algo que no puedo comprender porque si alguien ha guerreado en tierra contra el francés ha sido el Ejército español.

—No se olvide de los hombres de la Armada, señor, que también aportaron su grano —comenté con sonrisa abierta y cierta retranca.

—Desde luego y con extraordinario valor, que todo debe decirse. La verdad es que no comprendo el ordenado movimiento hacia Lisboa cuando lord Wellington se mantiene todavía en sus cuarteles sin asomar la oreja por el verdadero teatro de guerra. Y perdone mi sinceridad, almirante, entrado en chanza. —El general parecía haberse dado cuenta de la presencia del británico cuando censuraba a un compatriota—. Ya sé de las felices cualidades que lo adornan.

—Nadie lo duda en la Península —corroboró Traylor con afable sonrisa.

—Se hará como manda la Regencia. Si así lo dispone el Gobierno de esta España que suspira por su legítimo Rey, nada hemos de contradecir. La

política se cruza muchas veces con lo que dicta el buen criterio del militar.

—En ese caso —insistió Traylor con rapidez para entrar al grano—, deberemos esperar sin remedio a la llegada del navío *Rodney*. Si hemos de transportar tres compañías, así como las dotaciones de los siete navíos, contando el *Vencedor* que ha de llegar en conserva, el monto total puede superar nuestras posibilidades.

—Sois vos quien ha de decidir, almirante —el gobernador señaló al britano con deferencia—, pero entiendo como prioritario el transporte de las compañías de infantería para combatir al francés.

—Si me permite un sencillo comentario, señor general —apreté los puños para mantener la cabeza fría y la necesaria cortesía—, la escasez de marinería en la Armada es alarmante. En estos días se dispone de la tercera parte del personal necesario, pensando en buques alistados con media dotación. Como bien sabe, sin marineros no se pueden enviar unidades navales a las Indias para embarcar los necesarios caudales, que tanto ayudan en la conducción de la guerra y el pago de los sueldos, ni llevar a cabo los transportes de tropas del Ejército a los diferentes escenarios tal y como se nos exige. Esos marineros deben regresar a Cádiz con la máxima prioridad. Todo es necesario para luchar contra el francés.

—El comandante Leñanza tiene toda la razón y así se me expuso en las instrucciones generales. —Traylor mentía con descaro sin dudarlo—. Estimo como misión prioritaria el retorno de esas dotaciones a Cádiz. El navío *Rodney* puede embarcar la mayor parte, mientras el resto y las compañías de infantería son repartidas entre la fragata *Diomedea* y la corbeta *Mosca*.

—En ese aspecto debo declarar mi ignorancia, señores, que poco sé de las cosas del mar y las capacidades de los buques. —El vejete sonreía con satisfacción—. Lleve a cabo la distribución del personal como entienda más adecuada, almirante.

—Muchas gracias, general. En ese caso, dado que no debo permanecer alejado de Cádiz mucho tiempo, y en ese aspecto me ciño a instrucciones concretas de mis superiores, estimo que la corbeta bajo el mando del comandante Leñanza podría embarcar las dos compañías con destino a Lisboa, mientras en la fragata *Diomedea* se instalan los restos de las dotaciones que no pueda tomar el navío *Rodney* y esa tercera compañía. Como ya el comandante Leñanza trasladó bajo mis órdenes a ciento cincuenta soldados portugueses en alargada comisión hasta las islas Azores, no creo que le suponga excesivo inconveniente.



Al tiempo que Traylor me miraba con un inconfundible gesto de alegre generosidad, sentí como se llenaban mis pulmones de gozo y esperanza.

—Creo que acierta, señor. Podrían embarcar dos compañías en la corbeta *Mosca* sin mayor inconveniente, teniendo en cuenta que mi dotación supera en poco los ochenta hombres. Además, la distancia que debemos navegar hasta Lisboa no es excesiva, aunque tendré que embarcar los víveres necesarios para los ciento sesenta hombres del Ejército.

—Serán pocos días los que necesite para desplazarse desde este puerto hasta la capital lusa en estas calendas de sol y templanza —terció el gobernador—. ¿No es así, comandante?

—Como solemos decir en la Armada, señor, el hombre con sus ideas propone y la mar al gusto dispone. Le recuerdo que se han perdido algunos buques en el Mediterráneo por esta época del año víctimas de furiosos temporales, aunque sea la excepción que confirma la regla. Debe comprender que a bordo disponemos solamente de víveres para ochenta hombres y vería triplicado el número de bocas. Supongo que esos soldados deberán arribar al escenario bélico bien alimentados.

—Por supuesto. Me ocuparé de ese aspecto personalmente. No les faltarán víveres a mis hombres —exclamó con orgullo y falsete añadido.

—Me alegro, señor general, porque es mi obligación que no les falten a los míos.

No me habían gustado las palabras del vejete, por lo que había contestado de forma un tanto impulsiva, aunque mostrara una sonrisa de concha. Por fortuna, no pareció el general advertir el mensaje que encerraban mis palabras.

—De acuerdo. Tomo bajo mi mano la responsabilidad de esos víveres para los tres buques. Y no crean que será problema fácil porque escasea de todo por estos días en la isla. ¿Cuándo piensa abandonar la ría, almirante?

—No tengo la menor idea todavía. En primer lugar, hemos de esperar sin remisión el arribo de los navíos *Rodney* y *Vencedor*. Deberé contrastar con el comandante del navío británico el reparto de los hombres y si somos capaces de embarcar el monto total, aunque lo estimo como posible a primera vista. Pero si de acuerdo a esas instrucciones del Consejo Supremo de la Regencia se considera prioritario el traslado de las dos compañías a Lisboa, estimo que podemos esperar al *Rodney* una semana como máximo y alcanzado ese plazo, que salga la *Mosca* hacia Lisboa mientras quedo aquí en espera.

—Perfecto. —El anciano parecía eufórico de repente, palmeando sus muslos con satisfacción—. Está comprobado que entre militares siempre

acabamos por entendernos. Y una vez rematada la parte que podríamos señalar como profesional y guerrera, debo pasar a otra un tanto más lúdica. — Volvió a sonreír, divertido—. He decidido ofrecer hoy una recepción en mi residencia en honor del contralmirante Traylor, así como de los comandantes y oficiales de los buques arribados a este puerto. Desde que comenzó la guerra contra los franceses, esta isla se mantiene prácticamente muerta y es hora de que se alcen almas y voluntades. Además, son muchas las familias notables que han tomado residencia en el archipiélago balear, huyendo de las atrocidades gabachas. Se sentirán encantadas de poder departir con tan ilustres y patrióticos huéspedes. Como soy de costumbres nocturnas desde que serví en la Guardia Real, ya conocen los hábitos de nuestra Corte, les espero a las nueve de la noche si no es hora que incomode su servicio a bordo.

—Mucho le agradezco la deferencia, general, y hablo en nombre de todos los comandantes y oficiales bajo mis órdenes. —Traylor sonreía con sinceridad—. Será un verdadero placer para todos nosotros asistir a tan magno acontecimiento. Además, concuerdo con vos en que la guerra no ha de quebrantar nuestros hábitos sociales.

—No se hable más. Para la señora de Tejera será un gran honor.

—Si me permite, señor general —era el capitán de navío Martínez quien entraba al quite—, como sé que ofrecerá la recepción en su residencia particular a media legua de Mahón, necesitaremos un elevado número carruajes. Por desgracia, el arsenal no dispone...

—Por favor, no lo ponga en duda. Hágale saber a mi ayudante las necesidades de ese tipo que serán resueltas sin contratiempos.

Por fin nos despedimos con extremas muestras de cortesía, exageradas en el caso del almirante Traylor a quien ya conocía lo suficiente como para saber por dónde arrumbaba su proa. Una vez en el carruaje de regreso a la escala real del arsenal me dirigí a él.

—Le agradezco mucho, almirante, la decisión que ha tomado sobre la marcha y que mucho me afecta.

—No sé a qué decisión se refiere, comandante Leñanza. —Traylor sonreía y entonaba con cierta sorna.

—Sabe perfectamente que esta es mi última comisión a bordo de la corbeta *Mosca* y desearía alargarla como maroma en socollazo. Muchas gracias por el cable tendido a favor, señor.

—Se lo merece de sobra, Leñanza. —Golpeó mi brazo con afecto—. Ya sabía que ha de desembarcar a su regreso a Cádiz, así como lo difícil que le será encontrar destino a bordo. Por eso creí ver la luz con ese posible traslado

a Lisboa. Además, quién sabe, hasta es posible que la mar lo arrastre hasta la isla Flores, allá por el archipiélago de las Azores, y encuentre alguna nueva fragata francesa al corso.

Todos reímos de su salida, aunque en mi pecho sentía un verdadero agradecimiento hacia aquel almirante escocés, que no solo era un extraordinario hombre de mar, sino un admirable compañero. De esta forma, llegamos a la *Mosca*. Beto también me felicitaba por la nueva comisión, aunque le surgiera alguna duda.

—¿Y qué hago yo? Me da miedo que se cumpla lo que dice el almirante y llegue tarde para tomar el mando del bergantín *Palomo*.

—En primer lugar, y por desgracia, no creo que esa comisión hacia Lisboa se alargue demasiado, a no ser que la mar se enfrente a malas. Y no creas que con la misión impuesta al *Palomo* y esos truculentos planes del marqués de Ayerbe tomará el tornaviaje a Cádiz con rapidez. Su comandante, sea quien sea...

—El teniente de fragata Quevedo.

—Es igual. Sea quien sea intentará ralentizar su comisión por las mismas razones que a mí me conducen. Tendrás tiempo de sobra.

—Tienes razón. Vayamos entonces a Lisboa. La verdad es que nunca he tomado ese puerto.

—Tampoco yo. Pocas veces fueron nuestras relaciones con los primos peninsulares de buen grado, hasta este estrecho hermanamiento nacido contra el francés. Por cierto que hemos de estudiar la carta y los derroteros de esa zona. No creo que nuestro joven piloto se encuentre diestro en la barra del río Tajo. También podemos solicitar información al almirante Traylor que debe conocer ese puerto como la palma de su mano.

—En efecto. Bueno, espero que Okumé nos sirva un adecuado almuerzo. Debemos preparar cuerpos y uniformes para la recepción de esta noche. Hace tiempo que no asistimos a saraos de ese tipo.

—Según me decía el comandante del arsenal, el gobernador dispone de un magnífico palacete en las afueras de Mahón que mantiene en dulce gracias a su elevada fortuna. Parece ser que asistirán familias importantes, un detalle que me ha sorprendido. Creía que casi todas las evacuadas del levante lo habían sido hacia la ciudad de Palma en la isla de Mallorca. Pero parece ser que también llegaron por aquí. Disfrutaremos de una agradable velada, ahora que se abre mi futuro a bordo con un poco más de esperanza.

Me encontraba eufórico, aunque se tratara de un alargamiento efímero de la vida antes de la necesaria muerte, que así contemplaba mi desembarco. No

obstante, debemos tener presente que la liebre puede saltar a la orilla de cualquier camino. Como solía asegurar mi padre, no solo la mar es cambiante como cortesana engolfada en sedas, también la vida puede tornar los vientos en veinte cuartas sin aviso alguno, ese condimento que evita la rutina de nuestros días. Digo esto porque esa recepción que encarábamos como un acto más tendría efectos de importancia en mi vida, algo que no podía imaginar siquiera en aquellos momentos.

\* \* \*

A las ocho de la tarde nos encontrábamos junto a la escala del arsenal donde se agrupaban los comandantes y oficiales, tanto británicos como españoles, invitados a la recepción. Y había sido meticuloso el comandante del establecimiento porque era un numeroso grupo de carruajes los alistados para nuestro traslado a la residencia del gobernador, posiblemente un elevado porcentaje de los existentes en toda la isla. De esta forma, y sin pérdida de tiempo, nos acomodamos para el trayecto que en palabras del capitán de navío Martínez, convertido en improvisado cicerón isleño, era un tanto alargado.

Según nos alejamos de la ciudad de Mahón hacia el interior de la isla en dirección sur, tomamos diferentes caminos, a cual de peor calidad y con atascadas roderas, hasta atravesar un caserío que llamaban Na Xenxa. Una vez traspuestas las escasas edificaciones del villorrio, cuando ya comenzábamos a elevar protestas internas por los vaivenes excesivos del carruaje a lo largo de media legua de distancia, doblamos a la derecha por un estrecho sendero más propio de ganado. No obstante, para asombro de propios y extraños, poco después se abría en amplio y cuidado piso de arenilla, enjaretado con piedras blancas en sus orillas. La entrada de lo que bien se apreciaba como lujoso predio quedaba encuadrada por dos portillones de fábrica sobre los que flameaban dos luminarias muy parecidas a fanales de mando.

A partir de la guarda recorrimos un camino flanqueado por sirvientes con antorchas en la mano, doscientas varas largas que desembocaban en una plazuela adornada con hermosos parterres de flores en rodeo a una mansión blanca, de generosas proporciones y clásicas columnas en su pórtico. Si el gobernador deseaba impresionar a los hombres de mar, lo consiguió a la vista del lujo desplegado, que es bien cierto el refrán español que dice: la calidad en la librea del lacayo muestra la categoría de su señor.

Ataqué la entrada flanqueado por el contralmirante Traylor y el comandante del arsenal. Un mayordomo de sala nos guió hasta la entrada de un alargado salón iluminado con gigantescas arañas, al tiempo que nos anunciaba como si se tratara de una recepción en el Real Sitio. El general Tejera se adelantó hacia nosotros, llevando de la mano a su esposa. Y esa fue la primera sorpresa de la noche, porque si el gobernador exhibía el porte de venerable anciano con torpes movimientos, su mujer era joven, sobre los cuarenta años a la vista y de espléndida hermosura. Todos pensamos en la posibilidad de un matrimonio de joven casadera en conveniencia, pero la incongruencia fue mayor al tener conocimiento poco después de que era ella la poseedora de haciendas y bienes, un dato que nos sumió en la más absoluta perplejidad. Es bien sabido que nadie estima en acierto como acechan los retorcidos caminos del amor.

Supuse que como en un acto teatral preparado con guión abierto, los invitados de la isla habían sido citados con cierta antelación, de forma que los hombres de mar conformaran un grupo especial a ser observado en su conjunto. Siguiendo las normas fijadas por el anfitrión, en escasos minutos fuimos presentados a un numeroso grupo de «familias notables», como las llamaba con insistencia el gobernador, la mayor parte de ellas procedentes de diversos puntos de la Península e incluso de otras naciones en voluntario destierro y premiosa huida de las armas francesas. Sentí cierta tristeza al comprobar la presencia de varones en edad de tomar las armas, y me picaba la curiosidad por saber si su patriotismo era comparable a las fervorosas declaraciones que clamaban contra la dominación gabacha en gran parte de Europa.

Debíamos llevar una hora aproximadamente departiendo con diferentes grupos y gozando de exquisitos manjares, que en poco confirmaban la escasez de alimentos expuesta por el gobernador aquella misma mañana, cuando se produjo lo que podría llamar como una explosión de mis sentidos. Y por favor no tomen tal aseveración como una exageración de mi ánimo, sino más bien al contrario, que cuando transcribo estos recuerdos nada me conduce a envanecer paisajes. Me encontraba junto con Beto en animada charla con un banquero genovés establecido en la Corte, buen amigo y compañero de don Benito de la Piedra, cuando oí unas palabras a mi derecha.

—Mucho me alegro de saludar a don Santiago de Leñanza, conde de Tarfí.

Giré ligeramente el cuerpo para comprobar que un hombre de edad madura, embutido en una primorosa casaca de color escarlata, me sonreía al

tiempo que tendía su mano. Aunque sus facciones me fueran vagamente conocidas, sufría al no poder recordar con precisión de quién se trataba, una situación incómoda que me sacudió de forma repetida a lo largo de la vida. Por fortuna, él mismo entró en generoso auxilio.

—Es comprensible que no me recuerde. Nos conocimos de forma ligera cuando acudí a presentar mis condolencias a la duquesa viuda de Montefrío y, según creo, tía madrastra suya, cuando perdió a su hijo Francisco. Soy Sebastián de Villafrán, un buen amigo de su difunto tío Santiago. También tuve el privilegio de conocer en persona a su padre, un general de la Armada valeroso como pocos.

—Le agradezco sus palabras, señor. Ahora lo recuerdo y le ruego que perdone mi torpeza...

—Por favor, no tiene por qué excusarse. En momentos de trance como el que sufrían por aquellos días, cuando se recibe a tantas personas en implacable procesión de duelo es imposible recordar caras y nombres. Pero han de perdonar mi falta de delicadeza. —Se abrió a su derecha, para que pudiéramos comprobar la presencia de dos mujeres que se encontraban a su lado—. Debo presentarles a mis acompañantes, la señora Felicia de Alvarfaz y su encantadora sobrina, Audrey Wordsworth-Lockhart, a las que tengo el honor de hospedar en mi casa.

Ese fue el momento de la anunciada explosión, si así puede definirse lo que revolvió mis tripas al compás. Porque tras besar la mano de la dama y enfrentarme a su sobrina, sufrí una conmoción profunda como si un soplo, quién sabe si del cielo o del infierno, hubiese paralizado cualquier movimiento de mi cuerpo. Y la razón no era otra que la visión de aquel rostro que, tantos años después, todavía recuerdo a la perfección, por lo que soy capaz de definirlo poro a poro y hasta el mínimo detalle como si se tratara de la carta náutica de la bahía de Cádiz.

Era Audrey una jovencita de estatura superior a la normal, figura perfecta e incomparable belleza que, según supe después, acababa de cumplir los dieciocho años. En su cara redonda y blanca velaban diminutas pecas repartidas al desgaire. No obstante, la primera impresión al contemplarla, que sobrevolaba por encima de cualquier otro detalle hasta inundarlo todo, era el color del fuego. Aunque algunos cabellos sean descritos en rigor como pelirrojos, taheños o bermejós, el de aquella jovencita que caía en bucles sencillos sobre sus hombros sin tufos ni falsos añadidos, asemejaba el color de las brasas vivas en la chimenea, ese fuego rojizo con que algunos describen los hornos del terrible averno. Además, a ese inicial factor se

añadían dos ojos grandes y verdes, un verde azulado que podía recordar a las aguas antillanas, clavados en los míos como espolón de galera y de los que no podía separar la mirada una mota. Fueron segundos o minutos eternos, no lo sé, pero estoy seguro de que me habría mantenido en aquella postura de quietud o embobamiento supremo si la doña en compañía no entrara al quite.

—¿Acaso conoce a mi sobrina Audrey, señor conde de Tarfí? Parece que intenta reconocerla.

Vuelto a la realidad con aquellas oportunas palabras tosí de forma repetida pañuelo en mano. Tan solo intentaba enmascarar lo que mi rostro debía de reflejar.

—Creo que no, señora, porque no podría haberla olvidado. Y por favor les ruego que me llamen Santiago. —Buscaba afanosamente algún tema de conversación mientras la joven mantenía sus ojos sobre los míos, como gancho de fuerza en imposible desmonte—. Por vuestro apellido deduzco que sois de sangre inglesa. —Ahora me dirigía a ella por derecho.

—No exactamente, señor. Mi padre era el mayor Alan Wordsworth-Lockhart del Ejército de Su Majestad británica y de procedencia escocesa. —Utilizaba un tono de voz dulce y apagado, como si las palabras pudieran ser pronunciadas en un suave silbido con escaso movimiento de los labios, mientras sus ojos continuaban taladrando en gozo mi mente—. Pero ya sé que en España se engloba a los británicos como ingleses, lo que mucho enfurece a escoceses, galeses e irlandeses. Murió en combate contra los franceses junto con el general Moore el pasado año. Había casado con María de Alvarfaz, natural, como su hermana —señalaba a la doña con cariño—, de la valla de Mondoñedo en Galicia. Mi madre murió el mismo día de mi nacimiento. Y como era la primera hija del matrimonio, con la pérdida de mi querido padre quedé sola en el mundo. Bueno, es incierto lo que acabo de asegurar —por primera vez exhibió una sonrisa, que aumentó si cabe esa explosión que les mencionaba—, porque desde que quedara huérfana mi adorable tía Felicia se ha convertido en una verdadera madre.

Quedamos en silencio. Por mi parte podía asegurar que el grupo había desaparecido como por encanto del salón y tan solo nos encontrábamos allí Audrey y yo. Fueron segundos de hechizo absoluto, cara a cara y a escasa distancia. Por desgracia, la doña volvió a meter baza y con agujones de fuego en la ocasión.

—Salimos huyendo de Galicia cuando entraron las tropas francesas. En una goleta inglesa arribamos a Cartagena donde se nos recomendó pasar sin pérdida de tiempo a las islas Baleares, dada la cercanía de esos malditos

gabachos que Dios confunda pronto en el infierno y perdonen mi expresión. Por fortuna, Sebastián de Villafrán, también escapado de la Corte, buen amigo y casado con mi prima María, se ofreció a hospedarnos aquí en su residencia. Y como tantos otros deberemos esperar a que los franceses abandonen las tierras de España y podamos regresar a Mondoñedo. Ya me ha contado nuestro anfitrión que pertenece a una de las más importantes y nobles familias castellanas y que se encuentra felizmente casado. ¿Tiene muchos hijos, don Santiago?

Parecí sufrir con aquel último comentario como si me clavaran agujas ardientes en los lomos, un sentimiento que no solo me avergonzó, sino que me hizo regresar a la realidad.

—Un hijo de dos años, señora. Toda nuestra familia permanece en Cádiz donde según confiamos jamás podrán entrar los franceses. Por cierto que tengo el placer de presentarles al capitán de fragata Adalberto Pignatti — señalé a Beto que se acababa de incorporar al grupo—, casado con mi única hermana.

Es posible que los recuerdos me confundan tantos años después, lo que seriamente dudo al tocar este tema, pero creí observar cierto gesto de contrariedad en la joven al escuchar mi situación familiar. Y todavía con el sentimiento de vergüenza en el pecho también yo lo sentía. Sin embargo, no por ello dejó de mantener su mirada anclada sobre la mía, esbozando una ligera sonrisa cuando tanto Beto como yo narramos algún episodio de mar que normalmente los de tierra adentro suelen demandar a los hombres de la Armada. Aunque por fin la conversación se generalizó en amplio grupo, por mi parte mantenía la vista prendida en el cabello de fuego, intentando escuchar de nuevo su voz. Sin embargo, poco después, la tía, a quien comenzaba a odiar con todos mis sentidos, decidió privarme de la incomparable visión a golpe de martinete.

—Ha sido un placer conocerle, don Santiago. —Se volvió hacia su anfitrión con decisión—. Creo, Sebastián, que deberíamos agradecer a la señora del gobernador la deferencia que tuvo con nosotras la semana pasada.

—Por supuesto, Felicia. ¿Quedarán mucho tiempo en puerto? —Villafrán se dirigía a mí en despedida.

—No lo sabemos. Es posible que debamos esperar una semana por lo menos.

—En ese caso le haré llegar un billete para cenar en mi casa, invitación que hago extensiva a su cuñado. Y espero que no nos priven de tan deseada compañía.



—Muchas gracias. Será un honor acompañarles.

—Ha sido un placer conocerle, don Santiago. —Audrey hizo una ligera reverencia, manteniendo en su boca una media sonrisa que aceché ligeramente burlona.

Quedé en la más absoluta soledad. Y digo esto porque siguiendo a la joven con la vista sin descanso, nada me interesaba de lo que podía acaecer en la velada. Beto y yo nos movimos entre otros grupos de invitados, aunque mis ojos solo buscaban en una dirección determinada e intentaba con cualquier excusa aproximarme donde ella se encontraba. Mi cuñado lo comprendió con rapidez y aprovechó un momento en que nos encontrábamos a solas para largar cortadillos de metralla en voz baja.

—Creo que mucho te ha impresionado esa jovencita. Desde luego es hermosa como pocas.

—No es solamente hermosa —las palabras brotaban con rapidez, sin cortapisa ni un posible análisis—. Jamás he visto un rostro igual en toda mi vida.

—Estás muy impresionable en estos días, amigo mío. Ya sabes de mi liberalidad en cuanto a las normas de vida, que tantas veces me has criticado. Pero debo asegurar por derecho en este caso concreto que esa clase de mujer no es objetivo adecuado para ti. Aunque sea extraño escucharlo de mi boca, debes recordar que eres un hombre con mujer e hijo a la espalda.

—Ya lo sé, Beto —mis palabras, dictadas con amargo regusto, sonaban a desencanto sin límites—, pero no puedo apartar ese rostro de mi mente.

—Todo es posible en la vida. Y para bien de nuestras almas la mar es un bálsamo insalvable. La olvidarás poco a poco hasta que sus rasgos se desdibujen por completo en tu memoria.

No conseguí entrar en ninguno de los grupos que se formaban alrededor de tía y sobrina, por mucho que lo intentara con la necesaria discreción. Y sufría al comprobar cómo Audrey sonreía a los requiebros de otros jóvenes, impresionados seguramente con su belleza. Deambulé por el salón como alma perdida en rompientes, obligado a soportar conversaciones que en poco me atraían, incluida una demasiada alargada con el gobernador y su esposa. Por fin, escapando de lo que consideraba un indeseado tormento, conseguí alcanzar la galería que rodeaba el salón. Bebía una copa de vino refrescado con agua, costumbre cortesana que poco aplaudía, gozando al menos de una ligera brisa y la visión de un cielo estrellado. Necesitaba de la soledad para amansar las fieras alzadas en picas por mis venas, como me acababa de

asegurar Beto. Sin embargo, minutos después recibía un regalo más propio de ángeles, cuando oí su voz cerca de mí.

—¿También os encontráis aquí, don Santiago? Ya veo que buscáis la soledad como yo y un poco de fresco.

Se encontraba a mi lado como una aparición santera. Volví a caer en el ensueño, empernado con clavazón en su mirada sin posible enmienda.

—Es una noche calurosa —titubeaba como joven entrado en primera cita, aunque esa segunda alma que todos poseemos bailara en libertad—. ¿Sabéis una cosa, Audrey? Jamás había conocido a una mujer con un cabello de ese color. Lo supongo de una evidente herencia británica.

—Escocesa, habría dicho mi padre, muy orgulloso de su origen. El pobre presumía de que en su familia las mujeres disfrutábamos todas de cabellos rojizos.

—Aunque peque de sinceridad inadecuada, debo declararle que jamás he encontrado... —los duendes navegaban en asombrosa libertad por mi estómago, dispuestos a utilizar las lanzas sin una mínima cortesía—, quiero decir que jamás he observado un rostro como el suyo.

—¿Debo considerar su comentario como un cumplido? —Ahora sonreía con franqueza y dominio, como si ella fuera la mujer de mundo y yo el jovencito inexperto, dominado por los sentidos—. ¿Cómo es la condesa de Tarfí? ¿Morena, quizá?

—Con absoluta sinceridad, no soy capaz de recordarlo en estos momentos.

Estalló en risas la joven al tiempo que tomaba mi brazo con su mano en un gesto de camaradería sin mayor significado. No obstante, creí sentir una presión excesiva o así lo deseaba mi subconsciente.

—¡Vaya, vaya! Un caballero que no recuerda el rostro de su mujer puede ser peligroso. Los que viven gran parte de su vida en la mar deben de ser así. Buscan el remedio a su soledad en los puertos donde arriban tras penosas experiencias.

Quedamos en silencio cara a cara. Podía oler su perfume y oír su respiración, conforme su pecho se elevaba aprisionado en exceso. De nuevo pasaron los segundos con excesiva lentitud, clavados los ojos de ambos en mutua armonía sin una mínima variación. Y sin haberlo decidido, como si un duende largara las palabras desde muy adentro, me escuché asombrado de lo que debería ser considerado como inoportuna osadía.

—Jamás he conocido a una mujer tan maravillosa como vos, Audrey. Y puedo jurar ante los libros sagrados que nunca hablé con tanta sinceridad. Por

todos los santos que envidio al hombre que algún día la haga su esposa. Lo envidiaré por los siglos de los siglos.

En esta ocasión no sonrió. Parecía una mujer hecha y madura en agotador regreso de mil batallas amorosas cuando declaró con seriedad, tras adoptar un tuteo que excitó mis sentidos una pulgada más.

—No deberías decir tales palabras, Santiago, aunque mucho me guste escucharlas. Sabes muy bien que no es posible andar ese camino. También es cierto que no es correcta ni recomendable para una joven dama mi presencia aquí, a solas y a tu lado en esta galería. Como soy muy sincera, debo afirmar que se trata de una situación buscada y nada casual, porque tampoco yo he podido apartar la vista de ti. Lo he comprendido desde el primer momento.

Ambos manteníamos una mano apoyada en la balastrada de piedra, como si el suelo se moviera bajo nuestros pies. Y como por torpe casualidad se rozaron por el dorso. Comprendí que nada me podía parar en aquellos momentos, ni siquiera la palabra de un rey.

—Creo que has llegado en el momento oportuno. Sé que no es fácil explicarlo ni adecuadas mis palabras, pero debo declararte que...

El hechizo se rompió en varas como un castillo de naipes, al escuchar la voz aflautada de doña Felicia, esa odiosa tía cuyo pecho habría ensartado con gusto en aquel preciso momento.

—¿Estás aquí, sobrina mía? Me he vuelto loca buscándote por todo el salón —el tono de su voz denotaba cierta dureza.

—He sufrido un pequeño sofoco, tía. Hace demasiado calor en el salón. Pollo visto, lo mismo le ha sucedido al conde de Tarfí.

—Debemos retirarnos sin pérdida de tiempo, niña. Sebastián y su mujer nos esperan, pero antes debemos despedirnos del gobernador —se enfrentó a mi con una mueca poco agradable en su rostro—. Ha sido un placer conocerle, don Santiago.

—El placer ha sido mío, señora.

No dispusimos de tiempo para una mínima y sencilla despedida. La vi marchar con paso ligero, tomada del brazo a fuerza por su tía. Tan solo al llegar al balcón se volvió hacia mí y movió su mano en señal de incierto significado, momento en el que se abocó el mundo a cerrazón. Santiago de Leñanza, capitán de navío de la Real Armada, conde de Tarfí, felizmente casado y con un hijo que aseguraba la descendencia de su casa, caballero de estrictas costumbres y creyente en la familia cristiana se sentía absorbido en cuerpo y alma por una jovencita a la que en aquellos momentos habría sido capaz de seguir, aunque tomara derrota directa hacia los dominios de Satanás.

## 8. Nervios en acecho

Como es fácil comprender, apenas conseguí dormir aquella noche tras la recepción ofrecida en casa del gobernador. Aunque siempre me había considerado hombre de profundas convicciones morales y profesionales, lo que se entendía en el lenguaje común como vida arreglada, la inesperada y repentina aparición en escena de la joven Audrey hizo saltar el castillo por los aires, como vuela la estructura de un buque al reventarle la santabárbara. En mi mente se centraba tal conjunto de emociones encontradas, preguntas sin respuesta, así como una buena alforja de reproches, aceptados o desechados con interesada rapidez, que no era capaz de llevar a cabo un mínimo y racional análisis de lo sucedido. Todo se movía en alocada sucesión por mi atormentada cabeza, al punto de sentir el corazón palpitar a ritmo de bombardas sin emoción añadida. No obstante, cuando ya el sueño me vencía con las primeras luces del alba, condición tan alejada de mi normal actividad, decidí que la única línea posible de acción era el vacío mental, intentar aislarme de todo y de todos como si me encontrara en una nube solitaria fuera de la realidad. Para mi desgracia, tal propósito chocaba en muro de fábrica una y otra vez porque de forma recurrente y sin posible desmayo los ojos verdes y el rostro pecoso se aparecían en cuadro con orla de cabellos bermejos.

Cuando a desusada hora tardía Okumé me sirvió las habituales gachas matinales con torreznos, los engullí al tranco como ataca el forzado su menestra diaria. Al mismo tiempo fui consciente una vez más de la extraordinaria inteligencia del africano, rayana en la más pura adivinación bruja, al escuchar sus comentarios.

—Algo muy extraordinario debió de sucederle anoche, señor, para impedirle el sueño tendido y hacerle presentar a estas horas este aspecto de presidiario, preparado para ser engrilletado a la blanca.

—Por favor, Okumé, esta mañana no estoy para comparaciones de mar ni acertijos de monja.

—Ya sabe el señor que nunca navego en beneficio propio y suelo ser infalible remedio para sus males, quiera o no. Tal convulsión solo se la he contemplado con anterioridad en condiciones de sobresalto profesional con mares ampolladas o combate a tocapenoles, aunque también en situación de amores con pena. Y dada su alegría por esa comisión que abordaremos hacia la capital portuguesa, debería achacarlo a la segunda si no supiera que gracias a su condición familiar quedan esos problemas perdidos en la distancia.

Alargó con retranca las últimas palabras que simulé no haber escuchado. Aunque me hablaba con su habitual tono paternal, utilizado cuando entendía que debía aconsejarme o desenmarañar algún entuerto, la mirada hacia mí en aquella ocasión era de compasión o así lo entendí yo, como si comprendiera al punto los males que aquejaban mi espíritu. Intenté la escapada.

—¿Y Beto? No va a tomar ese amargo café mañanero del que tanto gusta.

—Ya trasegó dos tazas y con colmo. Hace un par de horas que se mueve por cubierta. Me dijo que no deseaba molestar su tardío sueño. También le he observado trazas de preocupación en el rostro, aunque me barrunto que no se debe a problemas propios.

—No continúes por la misma senda, culebrón, que no anda la sesera para tales brincos. Anoche me debió de sentar mal alguna de las viandas ingeridas y ha sido difícil tomar el sueño.

—Deberá de ser eso. —Arreglaba mi casaca como si tal faena fuera su única preocupación—. Avisaré a don Beto de que ya ha regresado a la vida.

—No hace falta. En cuanto me aclare el rostro con agua saldré a cubierta. Necesito respirar aire puro y movimiento para entonar los músculos.

—Es posible que lo consiga. Se ha producido un brusco cambio en el tiempo con viento en rachas y cielos tomados. Tal condición le animará el cuerpo.

Escapé con rapidez de Okumé porque como en otras ocasiones estaba seguro de que podía leer con claridad mis pensamientos, condición poco deseada en aquellos momentos. Al llegar a la cubierta comprobé que en efecto los cielos apuntaban al gris oscuro en amarga rumazón, mientras el viento había rolado al nordeste y aumentaba de fuerza. Por fortuna, el tenedero en la ría era magnífico, con lo que nos manteníamos suficientemente protegidos. Beto se encontraba en la timonera, charlando con el piloto en animada conversación.

—Buenos días dé Dios al señor comandante de esta corbeta. —Me sonrió de buen humor—. Hablaba con don Enrique sobre los detalles de la costa portuguesa desde el cabo de San Vicente a la embocadura del Tajo. No será necesario el auxilio de tu amigo britano porque andamos con suficiente información en el derrotero de don Vicente Tofiño. La entrada a Lisboa es limpia, aunque no sepamos con exactitud dónde deberemos fondear para llevar a cabo el barqueo del personal. Ahí sí que el almirante podrá aliviarnos porque ni siquiera sabemos si el francés anda al acecho en alguna de sus riberas.

—Con este viento, mal debe de andar el navío *Vencedor* para atravesar el freu en sus tristes condiciones y poco más de setenta hombres a bordo.

—Eso comentaba hace algunos minutos con el contramaestre. Aunque emplee dotación britana y en consecuencia buena gente de mar, necesitarán auxilio del *Rodney* si se tuerce la copa a malas. Es muy posible que esa semana de plazo mencionada por el almirante llegue a su término sin que lo avistemos en la ría.

—En ese caso, deberemos embarcar a las dos compañías y salir en solitario a la mar.

—No sería mala condición navegar en libertad y sin dueño hacia la costa portuguesa.

Beto y yo pasamos a la toldilla mientras continuábamos analizando los pasos que debíamos seguir en la próxima derrota. De pronto y abierto en sonrisas me lanzó la esperada y poco deseada pregunta.

—¿Se ha borrado de tu cabeza el choque emocional de anoche? Puedo jurar que jamás te había observado en tales condiciones. Estabas embelesado con esa niña escocesa como un adolescente en sus primeros escauceos amorosos.

—Es natural de Mondoñedo y ha cumplido dieciocho años. —Me mantenía a la defensiva.

—Bueno, es muy posible que nunca vuelvas a verla. Así es nuestra vida, con sueños amorosos perdidos en los cuatro puntos cardinales, un alegre condimento para los largos y tediosos días de mar. Y tal vez sea mejor que se mantengan en sueños, perdiendo sus siluetas poco a poco, porque en caso contrario muchos de ellos rematarían la situación en rifa de duendes.

—No intentes largar madeja a la blanda, Beto. Mi interés por esa joven debió de quedar anoche bien a las claras, demasiado quizá porque mi cara suele ser espejo de lo que rumia mi cabeza como luminaria en la oscuridad. A ti no puedo engañarte ni lo conseguiría por mucho que lo intentara. Ahora

mismo daría cuanto poseo por poder estar a su lado una vez más. Es así de sencillo, si se puede hablar de facilidad en este caso.

Beto me miró a los ojos con seriedad, manteniéndose en silencio durante algunos segundos como si sopesara con cautela lo que debía decir a continuación.

—Mira, *Gigante*, en cualquier otra situación habría asegurado que entrabas en pura demencia. Parece difícil creer que sea yo, con mi ligereza habitual, quien así te hable, pero no debes perder el juicio. Sé de los problemas sufridos con Eugenia y lo que tal situación apareja en tu mente, pero has de regresar a la realidad con rapidez y cordura. No puedes atacar de forma desbocada a una jovencita de buena familia en tu situación de hombre casado y con descendencia, sin olvidar que amas tu carrera en la Armada y perteneces a una noble casa española. Nadie lo admitiría en esta sociedad. No somos oficiales de la Royal Navy con mujer legítima en el hogar isleño y amantes o amores mar afuera.

—Lo que dices es correcto y así lo he entendido siempre como norma de vida. Sin embargo, este caso..., este caso se sale de la onda normal, al menos para mí. Sabes bien que nunca he creído en los arrullos de sirenas ni en los dioses de la mar, pero es posible que anden en juego todos ellos a un tiempo. ¡Por Dios que no es posible poner puertas a la pleamar ni a los pensamientos! —Golpeé la regala con fuerza—. Entiendo la teórica imposibilidad de acercarme a ella, el sumo interés de su familia en alejarla de mí, las condiciones que ha de asumir un caballero y oficial de la Real Armada, una voluminosa carpeta bien atrancada con balduques de hierro. Pero navegando a la contra todo se resume con pasmosa facilidad. No puedo olvidar su rostro, su perfume, su voz ni esa comidilla interior afirmando sin tregua que también ella se encuentra en la misma situación emocional. ¡Por todos los cristos clavados en la cruz, que es infamante locura sin remedio a la vista! —Mesé mis cabellos con agitados movimientos de la mano—. Pero quiero verla una vez más, Beto, escuchar su voz, aunque sea un simple saludo de cortesía. —Acabé con el tono de mi voz en sumisa plegaria—. Es bien poco lo que pido. Quiero verla una vez más, solamente eso.

Beto dirigió la vista hacia las aguas como si allí pudiera encontrarse la solución extrema. Por fin se volvió hacia mí para hablarme con extremo afecto, al tiempo que tomaba mi hombro.

—No sé qué hacer ni qué decir, amigo mío, una situación que me desconcierta. Olvidando que estoy casado con tu hermana y aprecio en mucho a mi cuñada Eugenia, porque esa buena mujer lo merece, intento analizar lo

que dices como un buen amigo, nada más. La verdad, no encuentro salida posible a tu tormento. Y si alguna se encontrara al alcance de la mano, en poco se apartaría de una absoluta locura. Por otra parte, deberías mantener esa cualidad de análisis de la que siempre has presumido, por difícil que sea en la ocasión. No estimes en ella unos sentimientos que pueden ser fruto tan solo de posturas alocadas en una jovencita animada en sarao nocturno.

—No puedo creerlo.

—En ese caso si se confirmaran tus imaginaciones, la situación sería más preocupante todavía. Prefiero no pensarlo siquiera. Bueno, nada ganamos con esta batalla mental. Dentro de poco saldremos a la mar y quién sabe si algún día regresarás a Mahón o llegas a encontrarla allí donde se mueva.

—Me quedan seis días en este puerto. Mucho tiempo para dedicarlo a los pensamientos.

—Dejemos que la marea nos saque de la playa, como decía el general Barceló. Por cierto —Beto intentó zanjar el asunto—, ¿no habías invitado al almirante Traylor a un almuerzo para hoy?

—Será una cena a esa temprana hora que tanto gusta a los britanos. Los tres solos a la mesa en mi cámara. Ya lo sabe Okumé, así como las preferencias del almirante en cuanto a comida y bebida por lo que no debemos preocuparnos. Ahora pensemos en vestir casaca de oro y bajar a tierra.

—¿Bajar a tierra? ¿Para qué? —El rostro de mi cuñado expresaba una mezcla de temor y sorpresa.

—Por favor, Beto, hoy es domingo y debemos cumplir con los preceptos de la religión.

—Es cierto. —Pareció aliviado—. Según le escuché anoche al comandante del arsenal, en su establecimiento disponen de una hermosa y recogida capilla.

—Preferiría dar un paseo por la ciudad, de la que nada conocemos. Según tengo entendido las misas más concurridas son las de once en la iglesia de Santa María, situada en la plaza del Ayuntamiento, así como la de doce en la del Carmen en la plaza del mismo nombre. Me inclino por la segunda. Mientras tanto podemos dar un paseo.

—Te has informado bien. Y de paso cruzarte con..., ¿cómo se llamaba la joven escocesa? Perdón, quería decir gallega.

—Audrey.

—¿Piensas que la encontrarás? —Dios lo quiera.



Dejamos todo preparado a bordo y una vez la falúa en el agua primorosamente empavesada embarcamos en ella con los oficiales de guerra y mayores, a excepción del alférez de fragata Ordovás que se mantenía a bordo en situación de forzosa guardia. Ordené a Okumé, siempre a la caña cuando el comandante embarcaba, dirigirse a la escala del puerto en cuya margen meridional se alzaba la ciudad. Cuando pisamos tierra debimos ascender por la calle de la Abundancia en empinada cuesta, hasta alcanzar la plaza de la Pescadería. Toda la información era suministrada por el joven piloto, Enrique Calvi, que había vivido en la ciudad insular con su familia durante cinco años.

Reconocía la verdad en las palabras de Beto al asegurar que parecía un adolescente en su primera cita. Me movía con nervios difíciles de embridar, dirigiendo la mirada a banda y banda por si aparecía la esperada imagen. Como disponíamos de tiempo suficiente, paseamos por las calles y plazas más transitadas, donde se apreciaban edificios con ventanas al estilo inglés, calles rectas en las que crecían acacias frondosas, especialmente en la Miranda, utilizada por la población en veraniegos paseos y desde donde se divisaba el puerto en toda su amplitud. Comenzaban a observarse grupos de personas engalanadas para la fiesta dominical y dispuestas para asistir al Santo Sacrificio de la Misa. También, según las previas informaciones del contador, conocía las iglesias más utilizadas, dependiendo de la advocación a la que cada uno se adscribiera. Me había decidido por la del Carmen a mediodía sin saber exactamente la razón que a ello me movía, rezando a Satanás para que encontrara en ella el objetivo de mis pensamientos.

Entramos en la iglesia antes de que las campanas repicaran a concierto, aunque ya se observaran las bancadas nobles, tanto propias como generales, atestadas, así como las del pueblo llano. Beto y yo quedamos instalados en una capilla lateral dedicada a Nuestra Señora del Rosario, razón adecuada dada nuestra condición de oficiales de la Armada y sincero amor por nuestra Patrona.

Aunque no aparezca como persona devota al declararlo, apenas seguí con la necesaria devoción los oficios divinos en ningún momento de lo que entendí como interminable celebración. Incluso las palabras del sacerdote rebotaban en mis oídos sin sentido alguno. Por el contrario, durante una alargada hora de sufrimiento elevaba mi cuerpo todo lo posible, intentando apreciar la presencia de Audrey, de su tía o de los señores de Villafrán en cuya compañía debería encontrarse. Con todo, por mucho que intentaba descifrar los cabellos entre los velos espesos y descubrir ese especial de color enrojecido al fuego, no fui capaz de obtener una mínima calma. Desesperaba

en tripas al estimar que había errado en la elección, dudando de salir a la carrera hacia la iglesia de Santa María.

Una vez acabó el acto, nos dirigimos en silencioso y compacto tumulto hacia la salida por un lateral de la nave. En el rellano de la puerta principal, que embocaba la severa escalinata de acceso, y como norma habitual en tantas ciudades de España, se formaban corrillos de corte. Era el momento aprovechado por muchos para entablar conversación, solicitar recibo o saludar a los amigos, exhibiendo sus mejores galas. Y aunque no era propenso a tal costumbre ni mi estado de ánimo lo propiciaba, entretuve los pasos saludando a quienes en su mayor parte había conocido durante la recepción de la noche anterior. No por ello dejaba de atisbar por encima del hombro en busca de la última esperanza, perdiéndola poco a poco. Sin embargo, debió de ser Satanás quien me concediera lo que entendía como sagrado privilegio, porque el corazón saltó al vuelco como un resorte cuando comprobé la presencia de Sebastián de Villafrán arrojando a las dos señoras y la joven de mis sueños. Para colmo de dichas, ni siquiera debí hacer por ellos, sino que se dirigió en derecho hacia mi persona al comprobar nuestra presencia.

—Una nueva y agradable casualidad, don Santiago. —Aquel hombre rechoncho y de baja estatura parecía alegre por el inesperado encuentro—. Me alegro de verle por la ciudad. Tenía entendido que los hombres de mar no suelen abandonar casi nunca sus buques en puerto y si acaso cumplen los preceptos a bordo.

Tras estrechar su mano y saludar a las mujeres destocándome en cortesía, acción seguida por Beto, me sentí inundado por una inmensa y dichosa felicidad. Audrey estaba preciosa, vestida con un traje verde de amplios vuelos mientras recogía su cabeza con una mantilla negra. Y no podía achacar los sentimientos de la noche anterior a pasajera locura porque en aquellos momentos los sentía aumentados al ciento. Por fin conseguí dejar de mirar a la joven y largar mis primeras palabras.

—Por desgracia, no anda en estos días la Armada como debiera en cuanto al personal asignado a bordo se refiere. Aunque nos corresponde un capellán en plantilla para el necesario cuidado de las almas de los miembros de la dotación, se encuentra vacante porque son muchos los demandados en la defensa gaditana y la guerra en general. De todas formas, tanto mi cuñado como yo disfrutamos conociendo las ciudades ribereñas, que no solo de mar se alimenta la mente.

—¿Le gusta la ciudad de Mahón y su majestuosa ría, don Santiago?

Era Audrey quien lanzaba la pregunta con una sonrisa abierta. Sentí una punzada de placer al entrever su felicidad por el nuevo encuentro. No obstante, qué esfuerzo debí realizar para conversar con normalidad y salir del hechizo de su mirada. Si quería volver a verla alguna vez, no podía caer en el embobamiento de la noche anterior o la tía acabaría por secuestrarla a puerta cerrada. Por fortuna, don Sebastián y su mujer parecían ajenos al juego, lo que me tranquilizó. No debían de haber observado nada fuera de lo normal en la noche anterior, ni comentado entre ellos o con la tía condición indeseada alguna.

—Me gusta bastante y he observado con claridad la influencia que dejaron los ingleses durante los años en que la isla estuvo sometida a la Gran Bretaña, casi un siglo. Por otra parte, la ría es de especial belleza.

—Anoche les ofrecí que ambos vinieran algún día a nuestra casa, aunque no llegamos a concretar la fecha. Ya que por suerte nos encontramos no será necesario el envío de recado en oficial invitación. —Aunque Villafrán hablaba con normalidad, me pareció advertir un gesto de incomodidad en doña Felicia, la avinagrada tía—. ¿Hasta cuándo permanecerán en Mahón?

—Depende de lo que tarden en arribar dos navíos que esperamos, aunque no sabemos a ciencia cierta en qué fecha abandonaron la bahía de Cádiz. En cuanto a la corbeta bajo mi mando, si el próximo sábado todavía no han aparecido por la bocana, lo que considero difícil de cumplir con estas condiciones de viento, deberé embarcar dos compañías del Ejército para su inmediato traslado a la Península.

—¿Dos compañías de soldados en su corbeta? —Era nuevamente Audrey quien, tomando una ligera confianza que sería considerada en pureza como poco adecuada, entraba de nuevo en la conversación—. Poco sé de esas cuestiones, don Santiago, pero ¿cómo han de poder vivir tantos hombres en un solo buque?

—Es posible, aunque disminuya la comodidad de mi dotación. Pero no estime la corbeta *Mosca* como embarcación de modestas dimensiones. De todas formas, y como ejemplo máximo, debe saber que en los navíos de tres puentes llegan a convivir más de mil hombres.

—¿Mil hombres en un solo barco? —Audrey abría sus grandes ojos verdes en asombro—. Válganme los cielos. Esa cantidad es superior a la de algunos pueblos de nuestra Galicia.

—¿*Mosca* es el nombre de su corbeta? —Era Luisa de Villafrán quien entraba con asombro—. Extraño apelativo para un buque de Su Majestad.

—Razón le sobra para lanzar esa opinión, señora. —Esboqué una agradable sonrisa—. Muchos estiman que a veces corren duendes alocados por la Secretaría de Marina en esa particular cuestión de bautizar los buques.

—En ese caso —Villafrán retomaba el hilo perdido de sus pensamientos—, ¿les parece bien acompañarnos en una ligera cena pasado mañana, martes? De esa forma, y si me permiten cierta confianza, nos ahorramos la oficial invitación. Y para que podamos charlar con mayor confianza sin otros comensales.

—Será un inmerecido honor, don Sebastián. Y mucho se lo agradecemos.

—El honor será nuestro. Le repito que la amistad de mi casa con la de Montefrío es larga y firme.

—No entretengas más a estos oficiales, Sebastián —dijo la tía con decisión y falsa sonrisa engarzada en mueca—. Seguro que tienen muchas obligaciones pendientes.

—Felicia tiene razón. Es conocida mi tendencia a la parla sin fin. No les haré perder un segundo más. En ese caso y ya en firme, les esperamos el martes a las ocho de la tarde si les parece bien.

—Allí estaremos sin posible falta. Muchas gracias, señor —dijo Beto.

Nos despedimos con exquisita corrección. Y aunque habría deseado besar la mano de la joven la cortesía lo impedía en la ocasión, debiendo limitarme a la reverencia cortesana sombrero en mano. Como me había propuesto no caer de nuevo en visible inconveniencia, abandonamos la explanada en dirección al puerto con rapidez, sin volver la cabeza hacia popa como me pedía la sangre en repetición. No obstante, quedó grabado en mi mente la última sonrisa de la joven en la que creí, o deseé quizá, entrever un gesto de mutua complicidad al que me aferré como maroma de náufrago.

Cuando caminábamos de regreso a bordo, Beto y yo quedamos ligeramente retrasados del grupo, momento que aproveché mi cuñado para entrar en picas.

—Siempre has gozado de la suerte en su condición máxima, bribón, aunque en esta ocasión no estoy seguro de que haya sido beneficiosa para tu alma.

—Sabes bien que no puedo mentirte. Ha sido una maravillosa experiencia. Me conformaba solamente con verla y gracias a los dioses hasta pude hablar con ella. No era locura lo que sentí anoche, Beto, que la marea se agranda por momentos en el corazón. Estoy loco por esa mujer.

—Por todas las barraganas del puerto de Argel, *Gigante*. No puedes decir eso con tan asombrosa tranquilidad. —Beto movía su cabeza a las bandas con

desesperación—. ¿Has perdido la cabeza? ¿Estás dispuesto a producir un escándalo de incomparables y tortuosas repercusiones? Menos mal que dentro de seis días te verás obligado a olvidarla. Juro por todos los de mi sangre cubiertos en camposanto que deseo con extremo fervor encontrarme a cien millas de distancia de este puerto que jamás debimos tocar.

—Me veré forzado a no verla quizá, pero no cuentes con que la olvide.

—Las miradas que te dirigía su enlutada tía no me parecieron de generosa alegría.

—Debe de ser la única que ha comprendido lo que realmente sucede. Y no puedo criticarla por ello.

—El próximo martes volverás a verla. Y por san Adalberto de Praga que me temo la llegada de ese día como huracán antillano.

—No has de preocuparte. Sé cómo debo comportarme y no cometeré ninguna locura, puedes estar seguro.

—Bien, dejemos ese tema que se ha hecho demasiado recurrente. Pensemos en el almuerzo que nos preparará Okumé y en la visita del almirante. Seguro que Ordovás habrá dejado la *Mosca* en estado de revista. Una siesta en anticipo también nos vendrá bien.

—Si es posible dormirla.

\* \* \*

Aunque parezca difícil de creer, la conversación mantenida en el porche de la iglesia, y de forma especial el hecho de volver a ver a Audrey y escuchar su voz, remansó las aguas en mi aturullada alma, concediéndome una paz interior que ni yo mismo podía comprender. Posiblemente, el hecho de saber que dos días después volvería a estar a su lado y compartiría mesa con ella era condición suficiente para alimentar el fuego sin excesivos nervios. Ahora tan solo solicitaba en mis rezos que se retrasara en lo posible la arribada de los navíos *Rodney* y *Vencedor* para concederme esos seis días que conformaban toda mi esperanza. Solamente pedía seis días, saber que estaba cerca de ella, aunque no me fuera posible observar sus ojos. Lo que sucediera meses y años después quedaba escrito en el libro del destino.

Comimos y dormí una agradable siesta sin rumores a la contra. Más tarde todavía las condiciones de remanso espiritual se mantenían a tono mientras paseaba por cubierta. De esta forma, cuando el contralmirante Traylor pisaba la meseta de la *Mosca* con el sol elevado una cuarta sobre el horizonte, me

encontraba exultante, una situación de abierta felicidad como no recordaba en mucho tiempo.

Disfrutamos de una velada alargada y más que agradable. Mi sintonía con Edmund Traylor era completa y ya comenzábamos a tratarnos con cierta confianza. Volvió a alabar las paletillas guisadas por Okumé y de forma muy especial el aguardiente ceheginero mantenido en reserva, un caldo que alababa sin fin. Por mi parte le agradecí de nuevo la oportunidad que me brindaba de navegar hasta Lisboa, antes de entregar definitivamente el mando de la *Mosca* en Cádiz. Al mismo tiempo le pregunté por los dos navíos y su posible arribo a Mahón.

—Como habrá podido comprobar, esta mañana ha entrado en la ría una goleta británica del comercio procedente de Cádiz, una oportuna casualidad. Según me informó su capitán, cuando abandonó la bahía, ambos navíos se encontraban fondeados por fuera de San Luis, señal de que estaban prontos a partir. Por desgracia, el tiempo ha mudado en dos cuadrantes y sin aviso previo. Esa goleta lo ha pasado bastante mal.

—Debe de andar el freu en danza infernal con este nordeste entablado a malas.

—No solo sufrió bandazos de orden en ese maldito estrecho. Ya había cabalgado a fondo sobre olas de espuma blanca en la costa peninsular a la altura de Málaga, cuando el viento se mantenía del sudeste y cascarrón de fuerza. Si pregunta por los navíos en atención a su posible fecha de salida a la mar, quedará tal y como aseguré al gobernador con una semana máxima de espera. A no ser que necesite una mayor demora por problemas inesperados, piense en el próximo domingo como fecha de partida. Por mi parte, aguardaré una semana más solamente, pero espero que acaben por arribar en ese tiempo.

Por mi cabeza rondaron una y mil excusas posibles que me permitieran alargar la estancia de la *Mosca* en la ría. Por fortuna, la sensatez se hizo presente.

—En cuanto embarque esas dos compañías del Ejército y los víveres necesarios, izaré la señal de listo para salir a la mar. Creo que el próximo domingo será un buen día, si no arrecia el viento del norte.

—No deben de mantenerse estas condiciones de mar y viento durante mucho tiempo o así lo entiendo. Por cierto que fue digna de alabanza la recepción ofrecida anoche por el gobernador en su residencia.

—En efecto. No se apreciaba una mota la escasez de alimentos que aseguraba Su Excelencia por la mañana —dijo Beto en abierta ironía.

—Eso mismo pensé yo. —Traylor reía de buen humor, mientras atacaba una nueva copa de aguardiente—. Me extrañó comprobar la cantidad de personalidades que han tomado esta isla en forzoso destierro.

—También a mí.

—Por desgracia, no encontré ninguna señora madura que apreciara como se merece los encantos de este contralmirante solitario. Sin embargo, no fue su caso —se dirigía a mí con socarrona sonrisa—. Le vi charlando con una preciosa joven que más parecía oriunda de mi tierra.

Debía de ser a causa de mi susceptibilidad extrema, pero me pareció observar una especial entonación en la voz del britano. Intenté que la mía no denotara emoción alguna al responder.

—Si se refiere a la señorita Audrey Wordsworth-Lockhart no puede ser más correcta su apreciación. Su padre, mayor del Ejército británico caído en los primeros meses de esta guerra y oriundo de Escocia, estaba casado con una dama española. Se encuentran alojadas en casa de un antiguo amigo de mi familia.

—¿Sangre escocesa en tan preciosa señorita? Por todos los demonios que la habría saludado de haberlo sabido. El color de esos cabellos rojos no podía ofrecer otra procedencia.

—Entonces, almirante —era Beto quien entraba al quite—, ¿está seguro de que no encontraremos problemas en el estuario del Tajo? ¿No habrán cambiado las condiciones en estas últimas semanas, en cuanto a fuerzas francesas desplegadas en sus riberas?

—Puedo certificarlo. Más todavía y al contrario, es posible que lord Wellington haya llevado a cabo su prometida ofensiva que tanto se retrasa en el tiempo, o eso piensan algunos generales españoles como el gobernador. Podrán desembarcar el personal sin complicación alguna. Y ya sabe, comandante Leñanza, que si necesita cualquier pertrecho de mar o ayuda a la navegación no tiene más que decírmelo.

—Nada de momento, señor, pero se lo agradezco una vez más como merece.

Rematamos la animada conversación cuando ya habíamos entrado en un nuevo día. El almirante Traylor tomó su falúa en peligrosas condiciones con pronunciados balances a banda y banda, aunque la mar en la ría se mantuviera llana como un plato. Pero ya se sabe que los aguardientes agitan los mares internos hasta alzar crestas en pico. Beto y yo nos retiramos con rapidez porque ya era tarde y me encontraba verdaderamente cansado, posiblemente más de espíritu que de cuerpo. Y aunque dudaba de mi facilidad en conciliar

el sueño, auxiliado por los caldos ingeridos me deslicé hacia un profundo sopor con inesperada rapidez. De todas formas, dispuse de tiempo suficiente para observar con nitidez en mi mente el rostro de Audrey mientras me sonreía.



## 9. La santabárbara

Dedicamos el lunes a preparar el buque para el forzoso embarco de los soldados del Ejército con zafarrancho general en cubiertas y baterías, condición poco apetecida por mis hombres, que comenzaron a largar espuma entre clientes con sordina. Se cortó la sangre al tajo sin cuentos con dos parejas de marineros a ración y grillos, condición que amansa las aguas mentales al ras en pocos segundos.

Aprovechando las horas muertas, llevamos a cabo una inspección general de aparejo y casco, medida necesaria cuando se anda fuera de límites en plazos de mantenimiento por el arsenal. En cuanto al primero, a pesar de que habíamos disfrutado de vientos bonancibles hasta el momento, volvía a preocupar la verga del juanete mayor. Ya en los primeros días de martirio, cuando intentábamos transformar la *Mosca* en un buque con posibilidades para afrontar la comisión a las islas Azores, había sido reforzada por los carpinteros con elementos de fortuna y al ojo de mar, por ser la corbeta de origen francés y presentar el factor negativo de haber sido parida en gradas con gálibos casi desconocidos. El resto, tanto palos como cabuyería entonaban en firme. En cuanto a la obra viva<sup>[42]</sup> ordené que el grumete Rosas, diestro buceador, repasara a la mano la zona del bocón sufrido en la amura que reparamos con extraordinaria fortuna en la isla Flores. El informe fue satisfactorio, corroborado con la inspección interior de los carpinteros.

A media mañana recibimos a bordo la inesperada visita del coronel de infantería don Ignacio Enríquez, un hombre que me impresionó por su entereza y patriotismo auténtico, exento de los oropeles que rodean a tantos otros teóricos héroes más arrimados al calor de las prebendas. Reconocido personaje de la hidalguía burgalesa, Enríquez mostraba una sobriedad de gestos y formas más propias de eremita. Alto y espigado de estructura, hosco de apariencia, que, sin embargo, se traducían pronto en generosa colaboración, expresaba sus ideas y principios con una firmeza irreductible. A la vista no

cesaba de mesar con excesiva fruición sus bigotes, a tal punto que los enhiestos espolones acababan por ceder en mostacho de aguacero y el nerviosismo se contagiaba a los presentes cual epidemia de fiebres. Y como prueba visible de su valentía mostraba el brazo izquierdo tajado a cercén, recuerdo de una bala francesa con la manga de la casaca en rosca superior. Pero por encima de todo dejaba traslucir una honda desilusión al no poder continuar al mando de sus hombres a los que consideraba como hijos propios. Tras explicar con todo detalle la composición de las dos compañías que deberían embarcar en la corbeta *Mosca* le entré en sinceros halagos.

—Según tengo entendido, coronel, ha llevado a cabo una extraordinaria labor. No debe de ser tarea sencilla transformar un grupo compuesto por miembros de las milicias y voluntarios de la isla, casi sin formación militar, en una verdadera compañía.

—Nada es imposible en esta vida si se empeña el alma en una empresa justa. Pero no olvide al personal de inválidos que dieron la cara a muerte sin recompensa a la vista, así como algunos oficiales bajo mi mando. Mucho siento no mantenerme al frente de ellos en combate, pero así lo ha resuelto la superior jerarquía. Puede estar seguro de que no le crearán problemas a bordo y lucharán como bravos allá donde se les envíe. Creo que las dos compañías serán integradas en una división hispanolusa. Y aunque parezca difícil de creer, estos hombres disponen de excelente armamento.

—¿Excelente armamento dice? —pregunté, extrañado—. No es condición habitual en estos días y menos en un escenario tan alejado de la contienda.

—No le falta razón. Estimo que se debe a una pura casualidad o un monumental error. A comienzos de este año entró una fragata británica en el puerto que desembarcó quinientos fusiles recién salidos de fábrica y con munición suficiente para atacar un ejército. Parece ser que debían de temer un desembarco francés en esta isla.

—¿Un desembarco francés en las Baleares? —Me permití sonreír con gestos de incredulidad—. Para llevar a cabo una operación así, deberían dominar estas aguas, lo que es misión imposible para esa Marina imperial que mantiene sus unidades al resguardo de sus puertos.

—Soy de la misma opinión. Pero gracias a ese error y por fortuna para mis soldados llegarán a su punto de destino bien armados y con suficiente munición. Por cierto, ¿cuándo deben embarcar?

—Salvo contingencias en contra que no son de esperar, abandonaremos la ría el próximo domingo por la mañana. Si le parece bien, sus hombres

deberían tomar la corbeta el sábado en las primeras horas. Así dispondrán de todo un día para aclimatarse y arrancar sus pertenencias.

—Me parece correcto y así se hará, comandante. Como mandos superiores embarcarán los capitanes Beltrán y Escámez, ambos menorquines y de carrera retrasada por diferentes motivos, pero dignos de la mayor encomienda. Todo ello dicho con la debida sinceridad. Me comentó el gobernador la penuria de víveres que sufren a bordo.

—La penuria nos invade a todos por los cuatro vientos, como debe de saber al punto. Dispongo de víveres para mis hombres solamente como suele ser habitual al encarar una comisión de guerra. Es de esperar que la navegación hasta Lisboa no se demore mucho en el tiempo, aunque nunca se pueda asegurar tal condición en la mar. En cuanto al necesario embarco de víveres para sus dos compañías, con previsión para dos semanas y ciento sesenta hombres debería ser suficiente.

—Serán ciento sesenta y cinco exactamente, contando los dos capitanes y tres tenientes. Le haré llegar al general su necesidad que es la de mis hombres sin pérdida de tiempo. Confío en que los adquiera con la adecuada prontitud y no sufran escasez. Sin la panza llena, mal se puede hacer la guerra. —Dibujó en su rostro una parca sonrisa por primera vez—. Espero que disfruten de buena mar y ese mal que produce en los cuerpos todo buque en movimiento afecte de escasa manera a mis hombres, poco o nada habituados a él.

—Que así lo dicte nuestra Señora del Rosario, la Patrona de la mar.

Cuando todo quedó ultimado, ofrecí un refrigerio al coronel en mi cámara, que fue rechazado con severa cortesía, alegando prisas para llevar a cabo ciertos trabajos. Lo acompañé hasta el portalón, y quedamos en volver a despedirnos el mismo sábado con sus hombres acoplados a bordo. Una vez estuvieron los bigotes en dirección al puerto, Beto entró con una de sus habituales chanzas.

—Cinco minutos más en su presencia y habría comenzado a mover mis manos sobre la cara. Parece un atormentado de sarna en una danza de antorchas. No comprendo cómo mantiene un solo trozo del mostacho con esos masajes y tirones continuos.

—Debe de ser un buen hombre.

—Pero no para trabajar a su lado.

El resto del día y la mañana del siguiente me moví por el buque como un penado en camino de corredor. El vaivén mental se ampliaba como para rellenar esteras, concediéndome periodos de luz y tinieblas sin solución de continuidad. Tan solo pensaba en las horas que restaban para la cita en casa

de Sebastián de Villafrán, asintiendo como un autómata a las sugerencias que se me ofrecían de babor a estribor. Por fortuna, la labor a bordo no era complicada y ningún problema nuevo aparecía de proa a popa, salvo alguna mano suelta en los ejercicios doctrinales. El buque se encontraría listo para salir a la mar en cuanto embarcaran los soldados, se recibieran los víveres prometidos y lleváramos a cabo el relleno de la aguada en toneles, toneletes, pipas y cuarterolas hasta besar los topes.

El martes, señalado con especial círculo rojo en el almanaque de mi alma, que bien podría quedar marcado en mi vida con una muesca de fuego, octavo día de agosto, se abrió de mala cara, con cielos achubascados en alto y viento escalando posiciones. Y si dentro de la ría se apreciaba frescachón y del noreste, pensamos que el freu menorquín andaría en danza ritual de crestas. Sin embargo, no preocupó a mis hombres tal cuestión, pensando que todavía quedaban cuatro días para que se remendara el telón. Por mi parte, los nervios remansados se izaron poco a poco hasta la galleta, conforme se acercaba el momento crucial. A tal punto debí de llegar que Beto acabó por solicitar normalidad como especial favor.

—Por Dios, *Gigante*, deja de pasear por cubierta a tranco largo. Así no es posible hablar contigo una sola palabra. Dentro de pocas horas verás a esa jovencita y se acabará la historia.

—Acabará o comenzará, que todo es posible —contesté con excesiva rapidez, sin pensar exactamente en el significado de mis palabras.

—No tientes más a la suerte, que no siempre te amparará la estrella en vendas.

—Más vale no pensar en ello. Como decía el viejo Setum, todo se encuentra escrito en el libro del destino y poco se puede maniobrar a la contra.

—No largues el lastre sobre hombros ajenos. A veces debe ser uno mismo quien dedique las palabras para ese libro del que tanto hablas, con nuestros actos en libre decisión. Espero de tu cordura para la cena de esta noche a la que temo como si se tratara de aquellarre con brujas y macho cabrío en presencia. Por favor, *Gigante*, nada de escándalos.

—Beto, no creas que me han cambiado cuerpo y alma al compás en escasos días. Nada sucederá que se salga de la más estricta corrección.

—Eso espero.

Por fin llegó el momento tan esperado. Debía de ser tan visible mi emoción, una situación que no vivía en bastantes años, que hasta Okumé protestó cuando me calzaba la casaca al potro.

—El uniforme se encuentra perfecto y no ha de remirarlo más. Muy hermosa ha de ser la señora para que tome tanto resguardo.

—No hay ninguna señora por el horizonte, africano culebrón. Pero debo aparentar que soy un capitán de navío de la Real Armada.

—Con observar las vueltas y el botón de ancla se apercibiría de tal condición hasta un bisojo de doble marcación. Si me permite decirlo debe ser prudente el señor y no olvidar lo que deja atrás —Okumé hablaba con extraña seriedad en su rostro.

Poco me gustaron aquellas palabras y la entonación de la persona en quien más podía confiar. Bien es cierto que las verdades suelen doler como bala mosquetera en la barriga, pero no era momento para discusiones que rechazaba en mi propia mente.

—Acércame el sombrero, por favor. ¿Está preparada la falúa como corresponde?

—Empavesada para transporte de reyes desde que me lo comunicó por primera vez hace bastantes horas.

—Vete al cuerno, bigardo ramplón.

—Seré bigardo y ramplón si quiere, señor, pero Okumé utiliza su cerebro con más tino que algunos señores oficiales de supuesta inteligencia.

—No hables más. Ya puedes arrumbar con tino la falúa, que no puedo llegar tarde a la cita.

Cinco minutos antes de la hora nos encontrábamos en la plaza del Príncipe. Había subido por las empinadas cuestas sin conceder respiro a pesar de las protestas de mi cuñado. Una vez ante la vivienda de Sebastián de Villafrán Beto lanzó un último dardo, dubitativo todavía de mi posible conducta.

—Por favor, *Gigante*...

—Deja ya esa cantinela, por favor. Te recuerdo que siempre he sido más juicioso que tú desde que andábamos en el Colegio Naval.

—En efecto así es, pero parece que un soplo de tramontana te ha cambiado en otra persona.

—Vamos, calla de una vez y acciona con tiento esa aldaba en forma de león.

Pocos segundos después éramos recibidos por un mayordomo enjaezado para la ocasión con una impecable librea en verde y oro, que nos condujo con extrema lentitud hasta un salón donde se encontraba nuestro anfitrión. Villafrán abandonó su asiento para llegar hasta nosotros con grandes muestras de afecto.

—Sean bienvenidos a esta mi temporal residencia, señores oficiales. Bien que gustaría de ofrecerles mi casa de Madrid y espero que se produzca tan feliz circunstancia más pronto que tarde.

Con rapidez y cierta prudencia comprobé que no se cumplía el plan esperado, aquellas palabras del anfitrión al ofrecernos una «cena familiar y sin comensales de fuera». Porque en el salón se encontraban la señora de Villafrán, tía Felicia y dos parejas más, cuyos rostros recordaba ligeramente de la recepción ofrecida por el gobernador. Sentí cierta desazón al no descubrir el rostro de Audrey entre ellos, el único que en verdad deseaba observar con cierta premura. Pensé para tranquilizar el ánimo que se incorporaría más tarde o habría abandonado el aposento por alguna necesidad personal. Fueron escasos segundos a mi disposición porque ya Sebastián de Villafrán llevaba a cabo las presentaciones de rigor.

—Espero que recuerden al marqués de Fresneda, miembro del Consejo de Castilla, así como al doctor Martín Biesma, eminente galeno mahonés, con sus encantadoras esposas. Creo que ya se conocieron el pasado sábado.

—Por supuesto —contestamos a dúo, presentando nuestros respetos.

Departimos con todos en animada conversación durante algunos minutos, aunque era Borja Fresneda quien llevaba la voz primera. Se trataba de personaje un tanto prepotente y arrogante por su posición en ese Consejo que había quedado desbaratado y a los pies de los caballos por su propia ineficacia. Como era de esperar, comenzó a desbarrar en suave sobre lo que él mismo llamaba el golpe de estado de Aranjuez, que había elevado al poder a la Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino, repartiendo críticas a dicha Junta, así como al Consejo Supremo de Regencia, en su opinión ejerciendo unos poderes que no le correspondían. Como mis preocupaciones caminaban por otros derroteros y no deseaba entrar en discusión bizarra, ofrecí sonrisas y respuestas evasivas, aunque no concordara con él una onza en sus afirmaciones de tinte absolutista, como ya se comenzaban a llamar tales posturas políticas en defensa del poder de los reyes sin control alguno.

El tiempo transcurría con cierta premura sin que la joven apareciera ni se comentara nada sobre su posible ausencia. Sin embargo, fue el gesto de triunfo que parecí entrever en el rostro de Felicia el primer aviso de que se había fraguado alguna importante variación en la escena. Como es lógico pensar, mi sangre corría por las venas a borbotones, al punto de perder el hilo de la conversación en algunos momentos con la mente perdida en otros derroteros. Beto, con los cinco sentidos centrados en mis comentarios y mi actitud, comprendió con rapidez la turbulencia mental a la que estaba

sometido. Con su característica habilidad, se dirigió a la tía, intentando tenderme un cable de salvación. Esbozó su más encantadora sonrisa para atacar a la odiosa persona, un conjunto de vinagre encarnado en matrona de convento.

—¿No nos acompaña esta noche su encantadora sobrina Audrey, señora?

—Mucho le apetecía, pero la pobre se encuentra indispuesta con fiebre y debe guardar reposo.

—Cuanto lo siento. Espero que no se trate de ningún mal de especial preocupación.

—Nada que no pueda curar un generoso tazón de leche con alcanfor y paciencia de cama en calor. Se trata de un ligero resfriado tan solo.

—Nada me habían comentado —el doctor Biesma entró con rapidez a escuchar las palabras de la doña—. Si lo desea puedo reconocerla.

—No es necesario, doctor. Ya se encuentra algo mejor y sanará en un par de días.

—Precisamente —Beto intentaba normalizar su interés por la sobrina—, ayer nos comentó el almirante Traylor su orgullo al comprobar la belleza de la joven, por considerarla de caracteres físicos habituales en Escocia de donde también él es originario.

—Es una absurda manía de los escoceses, esa de creer que toda mujer de pelo bermejo ha de salir de esos Highlands remotos y un tanto salvajes de donde procedía mi cuñado —utilizaba un tono ligeramente desabrido—. Deberían recordar que los gallegos disfrutamos con orgullo de ascendencia celta y muchas mujeres de nuestra tierra gozan de esas peculiaridades.

Conforme escuchaba aquellas palabras, sentía que mi alma se hundía en un pozo negro y profundo, como si en un solo segundo me hubiesen abandonado las fuerzas y las ideas. Debí de llevar a cabo un extraordinario esfuerzo para aparentar normalidad, aunque intuyera que Felicia comprendía mi estado interno a la perfección. Decidí que no era de concierto darle una mota de gusto a la zorrana desdentada, por lo que a partir de aquel momento intenté aumentar mi animada conversación y comentar diversas anécdotas de mar, centrando mis narraciones en la defensa de Cádiz que tanto les interesaba.

El resto de la velada fue penosa por más, al menos para mi atribulada persona. Debí tragar las viandas por boquera estrecha mientras bebía con rapidez para entonar los músculos desvalidos. Nada me interesaba de lo que se cocía en aquella siniestra perola, acabando por odiar a todos los presentes sin resquicio de salvación. Y como poco a poco me desagradaban los

comentarios del marqués, celebrados por todos los presentes a coro, acabé por contestar de llano y a la cara mi verdadera opinión adobada en cínica sonrisa.

—Creo que se excede en sus comentarios por largo, señor. Como dice el bailío frey don Antonio Valdés y Fernández-Bazán, uno de los más brillantes secretarios de Marina e Indias a lo largo del siglo XVIII y capitán general de la Armada, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro y Gentilhombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio, alzado contra el francés desde los primeros momentos y miembro de la Junta tan denostada por vos, así como el teniente general de la Armada don Antonio de Escaño, miembro del Consejo Supremo de Regencia que dirige día a día nuestra lucha para expulsar a los invasores franceses, recibiremos a nuestro muy querido monarca don Fernando con los brazos abiertos, y que Dios lo quiera pronto, pero con una constitución en la mano que limite sus poderes.

—¿Limitar sus poderes? —preguntó Fresneda, sorprendido, como si hubiese escuchado blasfemia en templo sagrado—. ¿Cómo es posible limitar los poderes de un rey, recibidos desde los cielos y por nuestra propia historia?

—Bueno, deberá aceptar que ha sido el propio don Fernando quien se los ha limitado al abdicar en la persona de Bonaparte.

—Fue obligado a ello —el tono del marqués perdía la cordialidad.

—Ni obligado por los hierros de la Santa Inquisición debe un legítimo rey resignar esos poderes que, como decís con toda razón, la historia, la sangre y los cielos le conceden.

Se hizo un silencio más propio de noche en camposanto. Debo asegurar que disfruté del momento y la situación por primera vez en la velada, como si volara aquel espléndido comedor por los aires tras recibir bomba de metralla. Beto, atento a la situación, cambió el tercio con rapidez ayudado por el anfitrión. Pero ya la reunión estaba muerta y así lo celebraba por mi interior con gaitas en coro. Porque gracias al vino y los licores ingeridos tan solo deseaba encontrarme en la cámara de mi buque y rumiar la tristeza en solitario.

Cuando pisé la cubierta de la corbeta *Mosca* sentí un regusto de placer amargo, aunque gozo después de todo, al tiempo que parecía haberme desprendido de un pesado fardo anclado sobre los hombros. Tras despedirnos con cortesía y agradecimiento de Sebastián de Villafrán aceptamos la proposición del doctor Biesma y su esposa, que se ofrecieron a trasladarnos hasta la escala del puerto en su carruaje. Allí nos esperaba la falúa con Okumé a la caña, que batió palmas a los grumetes para aproar hacia nuestro buque.



Por esa razón, crucé las primeras palabras con Beto en la soledad de mi cámara, mientras pedía al africano una generosa frasca de aguardiente.

—No diré que ya hemos bebido suficiente esta noche porque entiendo que lo necesitas a tono —lanzó Beto en voz queda, al tiempo que me miraba con tristeza—. Bueno, qué diablos, también entrarán bien unas copas en mi cuerpo. La verdad es que ando rumiando penas, aunque sea solamente por verte en tan desoladas condiciones. Siento mucho que hayas sufrido de tal forma esta noche, *Gigante*. No obstante, y con absoluta sinceridad, puede que haya sido la mejor de las soluciones.

—Sufrido es poco. No recuerdo haber asistido a una velada en la que deseara disparar con el pistolón a todos los presentes. Bueno, excepto a ti. Esa putorrón rastrera de la tía Felicia ha debido de prohibirle a Audrey asistir a la cena. Estoy convencido. Así la cebe Satanás en sus calderas bien pronto.

—También yo pensaba en esa posibilidad. No había más que observar su rostro de incontestable triunfo y escuchar el retintín con que te contestaba. Lo que parece increíble es que tanto Sebastián como su mujer no hayan comprendido la maniobra.

—Por favor, Beto, son muy simples, por no decir que conforman una pareja de bobos alzados al campanario. Felicia, por el contrario, es inteligente y las vio venir con claridad desde lejos. Pero no puedo admitir a esa putorrón la victoria por mucho que me deje la piel a tiras a lo largo del camino. He de ver a Audrey antes de partir, aunque sea por última vez.

—Debes admitir que se trata de misión imposible, amigo mío. Y espero que no pienses en ninguna locura. Debo repetirte que no eres un guardiamarina alocado en penas de amor, sino el capitán de navío Santiago de Leñanza, conde de Tarfí, cabeza de familia noble y comandante de un buque de la Real Armada. ¿Merece la pena arrojarlo todo por la borda?

—Parece que no lo comprendes. En estos momentos tan solo soy un hombre desesperado y loco de amor por esa joven, nada más. Es así de sencillo.

—Esa joven es terreno tan vedado como si se encontrara prisionera en la cárcel de corte a reja de silencio. Olvídala porque no te queda otro camino. Además, esta noche has bordeado la raya inadecuada con algunos comensales, fruto de tu desilusión.

—¿Raya inadecuada? ¿Por qué? ¿Por decirle a ese mequetrefe del Consejo de Castilla, cobardón de mierda encerrado entre sedas, lo que de verdad opinamos los dos? Seguro que fue uno de los que felicitaron a Murat

por masacrar a los madrileños aquel glorioso dos de mayo y de esa forma congraciarse con el bobalicón del infante don Antonio Pascual.

—Lo que dices es cierto y muchas veces lo hemos hablado. Pero recuerda que decidimos no posicionarnos en esa lucha política que se entrevé a proa y traerá consigo males terribles para España si no se embrida la situación en cauce.

—Esas últimas palabras pertenecen a don Antonio de Escaño, Beto. Pero no creo que sea una buena solución mantenerse al margen de la realidad como estatuas de piedra. Llegará el momento en que será necesario tomar postura. Bastantes generales de la Armada y del Ejército se posicionan en estos días con claridad y no son sospechosos de falta de patriotismo.

—Bueno, dejemos esa discusión para otro momento que no es ahora el más oportuno.

—Maldita sea esta perra vida que nos ha tocado vivir. —Tiré la casaca a un rincón sin el mínimo cuidado—. Cuando parece que cierras una brecha, se abre un enorme boquete por donde menos lo esperabas.

—Deja ya esos pensamientos. En unos días nos encontraremos en la mar con otras preocupaciones y comenzarás a olvidarlo todo. Bebamos un poco más de este aguardiente, capaz de borrar toda malquerencia y pasar por encima de la galleta hasta las penas de cuajo, antes de dormir.

—No creo que pueda dormir un solo segundo esta noche, aunque me beba la fuente de Baca.

—En realidad hablaba para mis adentros mientras apuraba la copa—. En cuanto cierre los ojos veré con todo detalle el rostro de Audrey, una visión que me hará sufrir de impotencia. Y si piensas que he enloquecido es muy posible que tengas razón.

Antes de que Beto replicara a la contra, Okumé entró en la cámara con el rostro desencajado. Pensé en la posibilidad de un incendio a bordo o un ataque inesperado de los franceses a la isla al observar el movimiento nervioso de sus manos. No fue necesario lanzarle pregunta alguna porque ya mascullaba a trompicones.

—Se ha atracado un pequeño bote del puerto a nuestro costado. —Nos miraba con los ojos abiertos en plato *Gigante*, y acabó por dirigirse a mi con el miedo reflejado en su cara—. Una señora quiere verle con urgencia, don Santiago. Aunque viene embozada como trajinero de muelle y utiliza capucha de molde para encerrar su rostro, creo que se trata de mujer joven por el tono de su voz. Y como se deslizan algunos cabellos rojos a la vista, entiendo que

se trata de esa mujer que no debería estar aquí. Exige ver al comandante sin pérdida de tiempo.

Quedé paralizado en principio por emociones encontradas, aunque la felicidad sobresalía por cada poro de mi cuerpo y rellenaba la copa por encima de todas las demás. Sin embargo, todavía dudaba de que se tratara de la realidad. Fue Beto quien saltó como un resorte.

—¡Por Dios y todos los santos! No lo creo posible a no ser que también ella haya entrado en una profunda locura. *Gigante*, por favor, no puedes recibirla a bordo. Piensa que podrías desencadenar...

Ni siquiera llegué a oír sus últimas palabras porque ya salía por el pasillo, olvidada la casaca y con la camisola abierta hacia la cubierta. Nada más abordar la escotilla de mando percibí una sombra apoyada en la regala de babor, momento en el que se movió hacia mí. Como decía Okumé, una especie de larga capa e incierto color oscuro cubría su cuerpo, mientras la capilla ocultaba el rostro. De nuevo quedé trincado en piedra, aterrado de escuchar sus palabras que acabaron por brotar.

—Ya sé que no debería... —Movié su mano hacia mí en petición de auxilio—. Tenía que verte, Santiago, aunque fuera por última vez.

Audrey acabó por descapotar la prenda, otorgando libertad a los cabellos rojos. Y por el Dios verdadero que ha de dictar sentencia, puedo jurar que jamás me será posible olvidar aquella estampa mientras viva. La visión de su figura, una mujer desvalida y desamparada, arrebujada en un viejo casacón o sobretodo acampanado de una talla superior a la suya me hizo estremecer de ternura y amor. Aunque la temperatura era sofocante, ella parecía sentir frío, con sus ojos clavados en mí. No era posible otra reacción o ya estaba todo el concierto escrito por encima de nosotros. Con su conducta demostraba, a pesar de su corta edad, el valor que me había faltado, lo que me avergonzó con dolor. Avancé dos pasos hasta sentir su frágil figura embutirse poco a poco contra mi pecho, como si buscara defensa ante un peligro inminente.

—Es una locura —fueron las únicas palabras que conseguí enhebrar con voz trémula—, aunque estos segundos valgan por toda una vida. ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí? Te estarán buscando.

Poco a poco nos movimos por el pasillo hacia la cámara, acabando por tomarla del hombro. Cuando entré en ella Beto y Okumé se mantenían en silencio, petrificados sin poder creer la escena que se les presentaba ante sus ojos. Sin esperar un segundo, les lancé una clara señal que les hizo abandonar la estancia con rapidez y un movimiento de resignación en sus cabezas.

—Tu tía sabrá que estás aquí.

Bajo las escasas luces que ofrecían los dos candiles de péndulo, pude observarla con mayor detalle. Sus ojos, enrojecidos y brillantes, denotaban horas de lamentos y lágrimas. De todas formas, estaba seguro de que jamás un rostro movería mis sentimientos como lo hacía el suyo en aquellos precisos momentos. Todavía sin contestar a mis torpes palabras Audrey soltó el cierre del sobretodo, dejándolo caer sobre el suelo. Vestía un sencillo traje de rayas azules, encorsetado en la cintura por alto, prenda habitual para andar por casa. Volvió a clavar sus ojos en los míos a escasas pulgadas de distancia. Nos abrazamos de nuevo, el refugio buscado, ahora con mayor intensidad. Y las palabras comenzaron a brotar con independencia de los deseos.

—No debería siquiera decirlo porque es una locura, lo sé, pero estoy enamorado de ti desde el primer segundo. Nada importa perder mi carrera en la Armada, la familia o el alma. Sólo me importas tú, amor mío. Sin embargo, no puedo admitir que sufras las consecuencias de lo que más parece una enajenación pasajera. Tu tía organizará un escándalo de proporciones...

Continuábamos abrazados a tenazón, cara con cara, pronunciando las palabras a escasa distancia de nuestros oídos. No obstante, Audrey me hizo callar con sus dedos sobre mis labios mientras aumentaba la presión contra el pecho.

—También yo te quiero desde que te vi en casa del gobernador y soy consciente de que es una fabulosa locura; pero es posible que estos minutos a tu lado valgan mil veces más que una vida entera sin ti. De todas formas, y como no soy estúpida, con un poco de suerte nadie sabrá de mi escapada. — Escuchaba sus palabras entrado en la nube, embriagado por un perfume que, como pude comprobar más tarde, era el de su piel—. Esperé a que todos durmieran y con la ayuda de Florinda, la fiel doncella que nada me niega desde el nacimiento, salimos al jardín por una ventana. Me consiguió este sobretodo que, la verdad, no sé a quien pertenece. Desde que mi tía prohibiera mi asistencia a la cena y ante mi llanto sin posible cura, Florinda había acordado con un pescador a quien conoce que dispusiera un pequeño bote en la escala menor del puerto. Al regreso emplearemos el mismo método. Esperemos que los cielos me protejan, aunque no lo merezca.

Por fin nos separamos lo suficiente para poder observar su cara. Ahora sonreía como una niña que ha alcanzado la eterna felicidad. El guión debía de estar escrito por alguien superior a nosotros, pensé cuando comencé a besarla. Besé las pecas de su rostro una a una, la frente, sus ojos y, sin dudarlo, la boca que se abría en brillo para mí. Audrey se estremeció al tiempo que mi cuerpo vibraba como el de un adolescente embreñado entre chaparras de placer.

Pocas palabras se escucharon en la cámara a partir de aquel momento. Aunque sea difícil de creer, Audrey parecía la mujer adulta, sabedora de lo que es preciso hacer en cada momento, mientras, por mi parte asemejaba al torpe e imberbe primerizo. Recostados en mi cama los besos y caricias aumentaron de forma progresiva, conforme las ropas se perdían aquí y allá. Tan solo llegado el momento en el que, olvidada toda precaución por mi parte, me disponía a hacerla mía, escuché unas palabras que me devolvieron a la realidad.

—Nada sé de los actos amorosos, Santiago, pero quiero ser tuya. Tan solo te pido que no me hagas daño, amor mío.

Comprendí que estaba a punto de cruzar el límite del que no es posible regresar. Me recliné los actos y deseos, como si hubiese mancillado la piedra más querida.

—Lo deseo más que nada en este mundo, mi amor, pero no debo seguir.

Dentro de cuatro días saldré a la mar y es posible que no volvamos a vernos, aunque lo intente una y mil veces. Por esa razón no...

—Quiero ser tuya y de nadie más, Santiago. Por favor, no me lo niegues y olvida lo que ha de ser el día de mañana, que nada me importa sin ti. Siempre recordaremos estos minutos como si se tratara de alargados años. No olvides que también de recuerdos es posible vivir.

Ahora fue ella la que aumentó el ritmo de las caricias, besando mi cuerpo con avidez mientras me pedía una y otra vez con voz queda que cruzara los rompientes. Me sentí como un naufrago que no puede soltar el último tablón salvador y que, no obstante, lo deja de la mano, incapaz de resistir por más tiempo. Hicimos el amor de forma desesperada, como si se tratara del último acto que se nos permitía en la vida. Y creo que entonces comprendí lo que es el placer verdadero, auténtico, total y nunca experimentado. Porque jamás había gozado de un cúmulo de sensaciones simultáneas como las que me fueron reveladas durante aquellas horas, mezcla de satisfacción, felicidad y concupiscencia, no exentas de un profundo cariño. Nos amamos sin pausa, murmurando frases entrecortadas, conscientes de que jugábamos un papel fugaz en nuestras vidas. No sé cuánto duró aquel alargado ejercicio de cariño y amor entregado, repetido sin descanso ni tregua. Y si dimos término, se debió a que, de forma voluntaria o no, caímos vencidos por el cansancio y la modorra del placer. Nunca había entrado en sueños con tan embriagadora felicidad.

## 10. Conciencia a popa

Cuando desperté aquella mañana con los primeros rayos de luz atravesando la balconada, moví los brazos a banda y banda de forma perezosa. Palpaba el embozo en busca de su cuerpo una vez más. Sin embargo, vano y frustrante fue el intento al encontrarme solo en el camastro, una idea que me aterró en los primeros momentos. Aunque el perfume de su piel era muy intenso e inundaba el ambiente, nadie se encontraba en la cámara, por más que mis ojos recorrieran hasta su último rincón. Comencé a vestir las calzas con prisa, sin comprender nada, aletargado todavía por la modorra. De pronto, como una luz que se enciende en la noche recordé sus palabras al asegurar que esperaba regresar a casa de los Villafrán sin que nadie apreciara su ausencia. Escuché como picaba la campana el cambio de la guardia en cubierta, las ocho de la mañana, y un nuevo vistazo a la luz del día me convenció de su marcha. No obstante, la inquietud se mantenía en alto como si hubiera fracasado en alguna de mis tareas, envuelto en el pesado sueño mientras ella arrostraba el verdadero peligro.

Todavía a medio vestir llamó mi atención una hoja de papel situada en una esquina de la mesa de trabajo, doblada en cruz. La tomé con rapidez para comprender al instante que se trataba de su letra, aunque nunca la hubiese visto con anterioridad. Leí las escasas líneas a paso lento, comprobando como mi piel tomaba movimiento propio conforme desgranaba sus apresuradas palabras.

*Querido Santiago, no he querido despertarte para hacerlo más fácil. No sé si volveremos a vernos alguna vez y mucho me duele pensar en tal posibilidad, que por desgracia es posible. De todas formas, puedes estar seguro de que jamás olvidaré esta noche que en sí misma será capaz de llenar toda mi vida. Aunque no sea necesario repetir lo que has escuchado mil veces de mi boca, te amo con locura, nunca te arrinconaré en mis*

*pensamientos y nadie, nadie podrá ocupar tu sitio en mi corazón. Tuya. Audrey.*

Volví a leer la misiva cien o mil veces más, quién sabe, comprendiendo que ya era capaz de memorizarla al tiempo que un profundo dolor se instalaba en todo mi ser. Me consideraba paralizado de cuerpo y alma, incapaz de pensar o realizar el más pequeño movimiento. Exhausto me dejé caer en la silla empernada con el rostro entre las manos, mientras mil escenas negras me recorrían la mente. Por fin, escuché la voz de Okumé.

—La señora del cabello rojo abandonó el barco a las cinco de la mañana, señor. Como no fiaba mucho en el pescador que andaba al remo, la acompañé en ese inestable bote hasta la escala del puerto. Una vez en tierra, salió a la carrera con su doncella tras agradecer de forma efusiva mi cortesía, según sus propias palabras.

—¿Te dijo algo? —Parecía más bien la pregunta de un penado en su último deseo—. ¿No había nadie en su busca por el muelle?

—Puede estar tranquilo en ese aspecto. El puerto se encontraba en absoluta soledad. Ni siquiera los pescadores habían comenzado la faena. Recemos a Dios para que no haya sido descubierta su ausencia porque estimo que esa era su intención, de acuerdo con las palabras que cruzó con su doncella.

—¿Palabras? ¿Qué se dijeron? Por favor, cuéntame hasta el último detalle.

—La joven rompió a llorar nada más desatracarnos del costado. Esa doncella llamada Florinda intentó consolarla, diciendo que entrarían en la casa sin ser vistas. Pero no lloraba por tal razón, que se trataba de algo más hondo o eso al menos creí entender. Bien sabe el señor que poco entiendo de mujeres, pero sufrí al observar aquel triste espectáculo. Ahora solo cabe esperar que haya finalizado con suerte la faena. Pero debe tomar algún alimento. Como es un poco tarde, que sus costumbres andan en mudanza de palacio, le he preparado unas tajadas de tocino con huevos en remate.

—No tengo apetito.

—Pero debe comer.

—¿Y Beto?

—Anda el pobre por cubierta como alma en pena. ¿Quiere que le avise?

—Todavía no. Comeré algo y cuando me vista saldré a verle.

Tragué como pude, un tanto asqueado, parte del plato preparado por no desairar al buen africano mientras él, en silencio y cabeza rendida, intentaba ordenar la cámara con mis ropas distribuidas al ramplón por toda su

geografía. Las ideas atacaban mi cabeza a pares sin poder retener ninguna de ellas el tiempo suficiente, pero poco a poco se encastraba a taconazo la visión de Audrey intentando entrar en su casa por la ventana, momento en el que su tía Felicia la esperaba con un rostro más propio del diablo. Envolviéndolo todo en un indigno círculo, una intensa mezcla de culpabilidad y dolor inundaba mi pecho, al punto de debilitar la necesaria respiración. Volvió Okumé a la escena con un rostro difícil de definir porque bien podía ser de piedad o reconvención.

—No se atormente más y acabe esos huevos, señor, que son pocos los que restan a disposición a bordo. Como decía su padre con su habitual sabiduría, a lo hecho, pecho, aunque sea pecado de regicida. Con ayuda de Dios, aunque no lo creo muy a favor de resolver el entuerto, evitaremos sufrir un escándalo.

—No me preocupa lo que haya de suceder, sea escándalo de muerte o aires de gloria, puedes estar seguro. Tan solo pienso en ella. ¿Qué día es hoy?

—Nueve de agosto, miércoles, si es que la madre tierra continúa girando alrededor del sol. En cuatro días estaremos en la mar. Y por la salud de mi alma, que nunca la había echado tanto de menos, aunque debemos partir en jornada que apareja ese nefando número y atacemos el freu con tramontana en faldas largas.

Me mantuve en silencio mientras frotaba la cabeza entre las manos. En aquellos momentos un solo pensamiento se me encastraba en la mente como un irrefrenable deseo. Y ese no era otro que volver a verla. No podía imaginar el retorno a mi vida anterior y que todo lo vivido aquella noche quedara en una mera experiencia a largar a popa. Como por inercia me lavé la cara y el torso, vistiendo las ropas que Okumé me tendía con inesperada prisa. De esta forma, con el cuerpo en la corneta y el alma perdida quién sabe dónde, salí a cubierta. Nada más asomar la cara en el alcázar, una ráfaga de viento caldoso me azotó la cara, lo que bendije como un regalo especial. Pregunté por Beto al segundo comandante, quien, tras ofrecerme la novedad, señaló hacia la toldilla. Trepé por la escala hasta llegar a su lado. Se encontraba apoyado en la borda con la mirada perdida en la distancia. Y bien sabe Dios que temía observar su cara y escuchar sus palabras.

—Beto.

Se volvió un tanto asustado. No debía de haber advertido los pasos sobre la cubierta. Me miró en silencio a los ojos y como especial sorpresa descubrí ciertos rastros en su cara que entendí de generosa comprensión y piedad por mi persona. Creí necesario entrar en tono de disculpa.



—Ya sé que me considerarás un enajenado que soy capaz de largar por la...

—Por favor, *Gigante*, no es hora de reproches, sino de pensar con cordura en las consecuencias. El pasado quedó prendido en la estela y ya no moverá una sola vela. Tan solo me preocupa que hayan descubierto en casa de los Villafrán la ausencia de Audrey durante gran parte de la noche. La vi partir en el bote con Okumé, aunque no me acerqué por considerarlo inconveniente y poco agradable para ella.

—Beto, eres mi mejor amigo desde hace muchos años. No te pido que comprendas ni apruebes mis actos, pero deseo que sepas algo muy importante que solamente a ti confesaría, dada nuestra confianza. Jamás había sentido nada parecido a..., a lo sucedido en mi cámara esta noche. Entré en otro mundo del que no deseo salir. Estoy locamente enamorado de esa mujer y aunque caigan chuzos de fuego desde el cielo sobre mi alma, la buscaré cuando esta maldita guerra acabe. Nada me importa todo lo demás por definitivo que pueda parecer.

—Mira, *Gigante*, ya sabes que nunca he sido un santo, más bien todo lo contrario hasta que casé con tu hermana, de la que estoy muy enamorado y con quien soy plenamente feliz. Sé que tu matrimonio se deslizaba hacia la rutina anónima y tediosa, como tantos otros. Si me encontrara en tu caso y se presentara en mi cámara una mujer por la que sintiera lo que tú por Audrey, habría obrado exactamente igual, aunque se trate de una monumental locura. Pero crucemos los dedos y esperemos que tu buena estrella vuelva a brillar. Por esa razón, me encuentro aquí, temiendo lo peor. Si no aparece ningún bote hacia nosotros con la jodida tía Felicia, Sebastián de Villafrán o el mismísimo gobernador en persona, es que la maniobra se remató felizmente.

—Quedan todavía cuatro días.

—No pensarás... Bueno, solamente con ver el gesto de tu cara sé que lo piensas. —Dejó caer sus brazos, abatido—. Si ha salido con éxito una vez, por qué no una segunda. ¿No es eso lo que calibras en tu cabezota ahora mismo? Sería tentar a la suerte en demasía, pero creo capaz a esa jovencita de repetir la faena. Nada puedes hacer más que esperar y rezar para que..., bueno, no mezclemos a Dios de forma tan directa con el pecado.

—No puede ser pecado amar así.

—Tienes suerte de que no llevemos capellán a bordo porque sería una discusión teológica divertida.

Beto me tomó por el hombro. Comprendí la importancia de que él, el gran amigo, se encontrara allí a mi lado en aquellos momentos. Seguimos con la

mirada perdida a popa en dirección al puerto de Mahón, esperando lo que consideraba como un milagro.

\* \* \*

Nadie apareció en la corbeta *Mosca* a lo largo de aquel día, que se alargó por horas y minutos como maroma vieja. Cada pique de la campana suponía un suspiro de alivio, para regresar al desasosiego hasta el nuevo toque. De vez en cuando, atisbaba hacia el puerto por si algún bote tomaba proa hacia nosotros. Por esa razón, cuando ya caía la tarde y los nervios se cerraban al copo decidí salir a tierra y dar un paseo, aparentar normalidad y rebuscar hasta en el último rincón. Beto consintió en acompañarme. Por fortuna, y para calmar el alma hasta el borde, cuando atravesábamos la plaza del Ayuntamiento cruzamos pasos con Sebastián de Villafrán. Asustado en un principio, me relajé al comprobar que se dirigía a nosotros con gestos de gran afecto y absoluta normalidad. Por nuestra parte, repetimos las muestras de agradecimiento por el ágape recibido en su casa. Y como sabía de nuestra partida en escasos días, acabó en formal despedida y con un sincero deseo de volver a encontrarse con nosotros en la Corte, una vez expulsados los franceses de nuestro territorio.

Al menos, dentro de los muchos grillos que clamaban por mis tripas, parecía que Audrey había regresado a su casa sin que fuese descubierta la audaz ausencia. Sentí un enorme alivio, aunque no cesara por ello mi ansia de verla una vez más. Beto mostraba una enorme alegría en su rostro, respirando con fuerza como si se hubiese visto atenazado con garfios hasta el momento.

—Tu buena estrella persiste en concederte una fortuna, que es posible no merezcas.

—No sé si lo merezco, pero ella sí. Pasemos por la puerta de la casa...

—No digas majaderías. ¿Piensas lanzar chinitas contra su ventana y entonar una balada de joven enamorado? No tientes al jodido diablo una vez más. Regresemos a la paz de tu cámara y brindemos por este milagro, que no se presenta todos los días.

—¿Crees que será capaz de...?

—¿De llevar a cabo la misma maniobra y aparecer a bordo? Ya suponía que tus pensamientos se centrarían en esa posibilidad noche y día sin descanso. Con sinceridad, Dios no lo quiera por mucho que lo desees.

—Daría todo lo que poseo por una noche más con ella. Y no creas que exagero una mota.

—Ya sé que dices la verdad. Por fortuna, nada puedes hacer más que esperar un milagro.

Aquella noche no conseguí dormir un solo minuto. Me mantuve en permanente paseo por la cubierta, dirigiendo la mirada cada pocos minutos en la dirección del puerto. El viento, que tontoneaba por más con los rebufos terrales, producía un inestable borneo del barco, que me obligaba a variar de posición, a veces con escasa posibilidad de buena observación. Y aunque Okumé llegara hasta mí en tres ocasiones con comida y bebida para recomendarme el necesario descanso, no le hice caso hasta que ya, cuando el crepúsculo comenzaba a clarear, caí rendido en el camastro. Allí todavía se respiraba su perfume con lo que el rostro de Audrey llegó hasta mi mente con tal precisión, que me creía capaz de tocarlo con las manos y acariciar su cuerpo como en la noche anterior.

El jueves y el viernes fueron días que recuerdo con espanto y no le deseo al peor enemigo. Aunque tanto Beto como Okumé intentaban distraerme y que de esta forma los pensamientos navegaran en otra dirección, se trataba de una misión imposible. Comía poco y casi no dormía, salvo una siesta de reparación en la que entraba con profunda modorra. Las noches las reservaba a los paseos por la cubierta, una nueva costumbre que comenzó a llamar la atención de mis oficiales. Sin embargo, todo me daba igual y tan solo deseaba lo que ya consideraba como un imposible.

Por fortuna, para alejar los negros pensamientos, el sábado con las primeras luces un lanchón del arsenal comenzaba el barqueo de los soldados con el coronel Enríquez al frente, acompañado por los oficiales asignados. Él mismo fue el encargado de presentármelos, mientras sus primeros hombres comenzaban a moverse cubierta abajo acompañados por personal de a bordo. Y tal como había anunciado, los dos capitanes, Beltrán y Escámez, eran de avanzada edad para tal empleo, especialmente el primero que, sin embargo, mostraba un espíritu digno de alabanza. Como debía de suponer que me preocupaba el aspecto de los víveres, fue de los primeros temas que atacó.

—No debe preocuparse por los víveres, comandante. En un par de horas llegarán a su costado en una tartana del comercio. Fue necesario llevar a cabo alguna requisa poco apetecida, pero todo está solucionado. De acuerdo con sus instrucciones, elementos frescos y salazón de pescado porque de carne no conseguí una sola onza. Y para que no desmerezcan de sus marineros le he conseguido algunos barriles de vino.

—Se lo agradezco, coronel. Ayer tarde rellenamos la aguada con lo que de esta forma quedaremos listos para salir a la mar. Pero ya que está aquí,

desearía hacerles una petición.

—Usted dirá. Pero ya le adelanté que mis hombres no presentarán problema alguno.

—No disparo en ese sentido. Hace algunos meses llevé a cabo una comisión parecida, el traslado de soldados portugueses a las islas Azores. Como sabe, en estos días de extrema escasez de personal, todos los buques de la Armada navegamos con media dotación, de forma que en situación de combate solamente podría cubrir a bordo la artillería de una banda y con mermas. Si le parece oportuno, podríamos conformar con algunos de sus hombres los equipos de algunas piezas en la banda contraria. Aunque no sean artilleros puros, con un poco de práctica y esfuerzo pueden cumplir la misión.

—Cuenta con ello —respondió el coronel en tono entusiasta—. Ya han oído, señores —se dirigía a los dos capitanes.

—Estamos dispuestos a prestar el apoyo que estime conveniente, señor comandante —aseguró Beltrán con decisión—. Entre nuestros hombres se cuentan unos pocos artilleros solamente, pero con el mínimo adiestramiento podrán ocupar los puestos de sirvientes en las piezas.

—Se lo agradezco. En principio, la amenaza francesa es escasa. Tan solo disponen de algunas unidades armadas al corso, especialmente fragatas, bergantines y unidades menores, intentando dañar nuestro comercio costanero. Unos pocos se encuentran basados en Málaga y Sanlúcar de Barrameda, dos escenarios de los que pasaremos cerca en nuestra derrota hacia el estrecho de Gibraltar y posterior a San Vicente. Tan solo debemos temer alguna fragata de cuarenta cañones, aunque esta corbeta es velera y puede dar alguna milla más con todo el aparejo.

—No hay por qué huir del enemigo —espetó el coronel en tono guerrero, que no me entró al gusto.

—Por supuesto que no, siempre que se disponga de alguna probabilidad de éxito. No creo que un batallón del Ejército se enfrente a una división francesa en terreno abierto. Contra una fragata de cuarenta cañones y calibres de a veinticuatro nada podríamos hacer. Tenga en cuenta que esta corbeta dispone de veintidós cañones con calibres menores, un detalle este último fundamental. De todas formas, siempre queda el recurso de la sorpresa u otras condiciones favorables. No es normal que nos encontremos unidades francesas, que, como le decía, se dirigen normalmente contra buques del comercio. Sin embargo, en esa comisión al archipiélago de las Azores que les mencionaba, topamos con una fragata francesa de cuarenta y dos cañones en la isla Flores.

—¿Qué aconteció? —preguntó interesado Enríquez, al tiempo que aumentaba el ritmo de mesadura en sus bigotes—. ¿Forzó la vela para salir del trance?

—El primer encuentro fue entrados en niebla cerrada. Por desgracia, nos descubrió primero y con dos andanadas nos barrió a muerte, rindiéndonos masteleros y con mucha sangre en cubierta. Pero en el segundo encuentro nos vengamos por alto.

—¿La hicieron huir? —insistió Enríquez.

—La hundimos, por supuesto —exclamé con la mayor arrogancia, mientras los tres hombres seguían con el máximo interés mi narración—. De sus trescientos veinticuatro hombres solo sobrevivieron setenta y ocho, algunos heridos de gravedad. Le reventamos la santabárbara con nuestros fuegos, una situación que suele producir una elevada cantidad de muertes en la dotación. Pero ya le digo que esperamos la oportunidad que contrarrestará la diferencia notable de armamento. Después de todo es lo que siempre se busca en la guerra, ¿no es así, coronel?

—Por supuesto. Le felicito por esa hazaña que desconocía.

—No se trata de hazaña alguna, sino el día a día de los que hacemos la guerra en la mar. La única diferencia con un combate en tierra es que la mayor parte de los heridos acaban ahogados entre las aguas. Pero bueno, como decía el general Barceló, no crecen las flores en la tumba del marino.

Encantado por haber cortado la ligera arrogancia del coronel, continuamos la conversación. Endosé los dos capitanes al segundo comandante para que comenzaran a estudiar el número de soldados que podrían completar las dotaciones de nuestras piezas artilleras, mientras despedía a Enríquez.

—Cuide de mis hombres, comandante. Y si encuentra a una fragata francesa, acabe con ella.

—La verdad, coronel, prefiero cruzar mi derrota con un bergantín u otra unidad menos armada. Quede tranquilo que depositaré sus hombres en Lisboa para que puedan demostrar su valor y todo lo que han aprendido bajo su mano.

—Le agradezco sus palabras. Mucha suerte en la mar, como ustedes dicen. La promesa del coronel se cumplió con rapidez porque una hora después se acoderaba a nuestro costado una desvencijada tartana con los víveres prometidos. Y bien saben los dioses que no era flor de cuño lo que nos enviaban, con garbanzos mulatos rodeados por una brigada de gusanos en dominio y salazón de ínfima clase. Sin embargo, todos sabemos que más pronto que tarde, cualquier sustancia en la mar es buena para la puchera,

especialmente cuando el hambre arrecia. Y también los animalillos diminutos acaban por engordar la menestra para componer alimentos de salud. En cuanto al vino prometido, se trataba más bien de un líquido rojo que rascaba la garganta como lija de carpintero y más cerca del vinagre que otra cosa, aunque también serviría rebajado con agua.

Salí a tierra acompañado de Beto con la excusa de ofrecerle un almuerzo de despedida. Y trabajo me costó convencerlo porque imaginaba sin error y con claridad mis intenciones. Paseamos por la ciudad que ya conocíamos bastante a fondo, y acabamos por comer en cantidad y calidad apreciables en una fonda recomendada por el piloto. Como era la última tarde en puerto,forcé la suerte y la resistencia de mi amigo para pasar por la puerta de los Villafrán. Sentí bien agarrados los nervios al circular junto a la cancela del jardín, aspirando con fuerza como si fuera posible sentir ese perfume que tan bien recordaba. Sin embargo, para bien o desgracia de mi alma nada descubrí con la mirada, al encontrarse el edificio con las contraventanas cerradas al canto. Una vez a suficiente distancia Beto restalló el látigo.

—Joder, *Gigante*, me las haces pasar moradas. ¿Imaginas que la cara de la famosa tía Felicia hubiese aparecido en esos momentos por la puerta? Habría deseado escaparme a la carrera. Esa mujer es capaz de salir con una escopeta en la mano y un chuzo en el biricú.

—No exageres, Beto. La habríamos saludado con nuestra habitual cortesía sin mayor problema. Por fortuna, nada debe saber de la escapada de su sobrina.

—Es igual. Recojamos el aparejo y regresemos a la *Mosca*. No voy a caber de gozo cuando me encuentre a cien millas de este puerto.

Beto pudo comprobar el gesto de mi cara que revelaba pensamientos cruzados a la baja, por lo que entró en componenda.

—Ya sé que sufres a batientes, pero has de reconocer que es lo mejor. — Todavía queda una noche.

—Ya lo sé. Comprendo bien tus esperanzas, pero también debes entender que cuente las horas restantes para levar las anclas.

\* \* \*

Durante la última y alargada tarde que la corbeta bajo mi mando debía mantenerse fondeada en la ría de Mahón, pareció reconcentrarse en nuestro entorno el calor más abrasante, esos días de agosto que se abren en danza de fuegos sin una mínima concesión. Sufría al pensar en todos los hombres,

dotación y soldados embarcados en número cercano a los doscientos cincuenta, apiñados bajo cubierta en tan reducido espacio. Sabía por experiencia propia que aquellos pobres padecerían penas cercanas al ahogo porque ni los manguerotes instalados con boquera en alto ofrecerían un mínimo respiradero. Tras los vientos duros de los últimos días, Eolo había decidido gozar de una siesta en amparo hasta brindar un calmazo de los de esteras como por encanto. No obstante, y a fuerza de ser sincero, se trataba de condiciones que volaban por encima de los hombros con extrema rapidez, empeñada mi mente en otras variantes muy distintas.

Dice un refrán marinero con su habitual sabiduría, que no se pierde la esperanza hasta que la última vela la cubierta en muerte alcanza. Y así navegaba mi espíritu en aquellas horas sin variación, con mucho trapo caído hasta la sentina del alma, pero todavía con un piquito alzado a los aires como último recurso. Conforme se reclinaba el sol sin que un ligero soplo nos acariciara en ventura, largaba mis esperanzas en la última y deseada posibilidad que aquella noche Audrey cometiera una postrera locura. Soy consciente de que entraba en un egoísmo sin límite, como era suspirar por que la joven a quien amaba arrostrara una vez más el peligro del más clamoroso escándalo. Con todo, no atiende el corazón a razones de luz en tales casos y si el cuerpo también anda en sueños de demanda y deseo, más torcido se emboca el estrecho.

Aunque Beto y Okumé intentaran animarme con una succulenta cena, numerosas chanzas al quite y repetidas copas de un licor de la isla capaz de arrebatar las tristezas al tiro, no entraba mi ánimo en concierto para su desesperación. Con cualquier excusa y en contra de sus deseos, paseaba de nuevo por cubierta a paso largo *puta*, dirigir de forma invariable la vista hacia el embarcadero, unos perfiles de tierra tan repetidos en el cerebro, que era capaz de definirlos al palmo y con extremo detalle a ojos cerrados. Así pasaron las horas de mil minutos o más cada una, con sufrimiento y esperanza amadrinados en una misma bolina.

Ya entrada la noche por largo escuché desde mi cámara el cambio de la guardia en cubierta, señal de que abordábamos un nuevo día, la jornada que marcaba el fin de mi presencia en la isla, una realidad que ahondó la tristeza aún más si tal condición era posible. De todas formas, y en prevención, había destacado a Okumé a cubierta por si era necesario recibir algún bote en el portalón, el sueño dorado. Y no marró en la ocasión el duende atrincherado en los adentros porque presentí su presencia antes de que se produjera, sin que se pueda estimar tal adivinación como exageración por mi parte. De esta forma,

me disponía a abandonar la cámara atenazado por los nervios, cuando oí unos suaves golpes contra mi puerta. El hecho de que no se abriera a continuación encerraba un único significado, dada la hora y situación.

Cuando abrí la puerta quedé paralizado por una sensación de plena felicidad, imposible de describir con palabras. Se repetía al palmo el cuadro que tantas veces se había recreado en mi mente sin una mínima variación a la vista. Mientras Okumé abandonaba la escena con rapidez por el pasillo, Audrey se aparecía embozada con el mismo disfraz de trajinero portuario. Sin mediar palabra, penetró en la cámara, cerrando ella misma la puerta a su espalda. Tras unos segundos de emoción que me retenían, fui yo quien descorrió la capucha con lentitud y emoción contenida. Por fin cayeron los cabellos rojos en libertad al tiempo que me ofrecía una apagada sonrisa. Creo que actuamos con movimientos concertados porque mientras ella se adelantaba ya la recogía entre mis brazos. Pensaba exponerle que era una locura su acción y otras excusas que no sentía. Por el contrario, tan solo pude repetirle una y mil veces que la amaba, mientras ella asentía con el mismo soniquete en voz queda contra mi pecho.

Tras gozar de unos segundos en los que nos estrechábamos con fuerza y en silencio, gozando tan solo de su presencia y su perfume, comencé a besarla sin descanso mientras Audrey bebía de mis labios con la misma ansiedad. Y no fueron necesarias más palabras para aderezar la escena, porque en pocos segundos, urgidos por prisa enfermiza, desatábamos presillas, botonaduras, lazos y trencillas, cayendo las ropas al piso sin orden ni concierto, dirigidos quizá por el duende en dirección a mi cama. Necesitaba besar su cuerpo por completo al tiempo que ella requería con gemidos la necesidad de ser amada una y mil veces. De esta forma, dio comienzo una noche eterna, que así la estimé sin posible error porque nos amamos sin descanso durante horas, ahora ya conscientes de que se trataba del último deseo del forzado condenado a la boga antes de ser engrilletado a la blanca.

Ni siquiera llegamos a entrar en aquella profunda modorra de la primera vez. Cuando ahítos de amor y con sudor nadando en perlas por toda la piel nos deteníamos, susurrábamos frases que solo en tales momentos pueden presentar algún significado, antes de que los besos y caricias nos llevaran de nuevo a volar hasta la galleta de los palos. Y si la experiencia de la primera noche había sido un estallido de placer jamás sentido, en aquella segunda jornada amorosa bordeamos los límites que nadie podría jamás traspasar, mezclados los rastros de amor con el deseo, profunda ternura, pasión desenfrenada, cariño fiel y éxtasis final en una misma loneta. Todos los



obstáculos y posibles efectos negativos que podría comportar nuestra locura quedaban en otra estada muy por bajo de la que nos mantenía en la nube blanca.

Picaba la hora sexta cuando al observar como las primeras luces del crepúsculo se abrían a través de la balconada, dije las primeras palabras que no deseaba pronunciar.

—Dentro de pocos minutos se harán visibles los perfiles. Dispones de poco tiempo mi amor.

—Ya lo sé y muero solo de pensarlo. Me gustaría embarcar en esta corbeta y salir contigo a la mar con rumbo hacia el fin del mundo, pero sé que es imposible. ¿Qué puedo esperar de la vida si te pierdo para siempre?

—No me pierdes para siempre, puedo jurarlo ante los santos evangelios —hablaba convencido de mis palabras—. Cuando la guerra acabe te buscaré allá donde estés.

—En cuanto nos sea posible regresaremos a Mondoñedo. Y allí moriré pronto si no vienes a mí.

—Iré a Mondoñedo o a donde sea que te encuentres.

—Me gustaría creerlo, Santiago, pero no será posible. ¿Qué será de tu mujer e hijo, de tu carrera en la Armada y tantas obligaciones que no puedes desatender?

—Nada me importa más que tú. Podemos trasladarnos a una hacienda que poseo en tierras extremeñas y allí olvidarnos de todo y de todos.

—Me gusta escuchar esas palabras aunque no puedan cumplirse. Pero como dices debo abandonar el barco sin perder un minuto. La pobre Florinda debe de estar a punto de morir de ansiedad. Mucho me quiere la pobre desde que vine al mundo y no puedo defraudarla más.

Saben los que han leído alguno de los cuadernillos familiares que fue norma de mi vida evitar las despedidas de los seres queridos, situación odiada como pocas. Sin embargo, no fue posible ni deseada en la ocasión. Volvimos a abrazarnos a la puerta de mi cámara, como si pocos minutos después pasáramos a las brasas del infierno. Y si el dolor era profundo, se agigantó en fuertes oleadas al comprobar que Audrey comenzaba a llorar sin consuelo. Ya en cubierta y embozada de nuevo la acompañé hasta el portalón. Y por todos los dioses que era difícil no besarla una vez más cuando apretaba mi mano en mudo adiós. De esta forma, la vi embarcar en el bote, donde Florinda gesticulaba nerviosa. Poco después el pescador se desatracaba del costado para bogar con fuerza hacia fuera.

Seguí el movimiento de la embarcación conforme se alejaba. Audrey permanecía vuelta hacia mí, aunque no pudiera distinguir su rostro. Y así me mantuve hasta que se perdió poco a poco en la distancia. Creí ver que abordaban el embarcadero, aunque podían ser imágenes creadas por mi mente. Se había ido y quedaba en una soledad auténtica como pude comprobar con el paso del tiempo. De pronto renegué con fuerza de la escala llevada a cabo en Mahón, culpable del sufrimiento. No obstante, a continuación la agradecía porque en caso contrario nunca la habría conocido. Por último tan solo pensaba en el fin de la guerra y la posibilidad de rescatarla de Mondoñedo para pasar a la hacienda extremeña de El Bergantín, donde podríamos amarnos día a día, aunque el resto del mundo volara en fuegos por encima de nuestras cabezas.

## 11. El unguento de la mar

Continuaba en la toldilla enramado como estatua de sal, apoyadas las manos en la regala de forma indolente con los pensamientos perdidos en el más allá, conforme el crepúsculo se ceñía avante sin posible pausa por mucho que deseara paralizarlo. No había dormido un solo minuto ni intentado siquiera desde que Audrey abandonara la *Mosca*, aunque debiera salir a la mar en escaso tiempo, una condición poco apropiada para el cuerpo de quien asume la responsabilidad de tantas vidas. Pero si en otras ocasiones esperaba que la mar obrara el esperado milagro y alejara los miasmas mentales con rapidez, dudaba por primera vez de que tal efecto se produjera. Ensimismado y con el ánimo tendido a la baja me sobresaltó la voz del segundo comandante, Ignacio de Ibarreche, llegado en silencio hasta mi lado.

—Si me permite, señor. —Parecía titubear, como si temiera dirigirse a mí en aquellos momentos—. Hemos comenzado la preparación del buque para salir a la mar. ¿No hay variación alguna en el plan previsto?

—¿Variación? —Me molestó ligeramente la pregunta, como si mis negros pensamientos saltaran a la arena para disfrute del público general—. ¿Por qué vamos a variar nada? ¿Ha sucedido algún incidente que no conozca?

—No, señor.

—En ese caso, a las seis levamos anclas como había ordenado.

—Muy bien, señor. En veinte minutos mandaré ocupar los puestos de maniobra a la dotación.

Quedé malhumorado al tiempo que me recriminaba haber hablado con destemplado tono a quien no lo merecía. Como regresado a la realidad, dirigí la mirada hacia los cielos para descubrir una bóveda limpia de velos mientras el calmazo se mantenía sin una mínima variación. Pensé que sería necesario abandonar la ría con el auxilio de la lancha en remolque y buscar vientos bocas afuera, condición poco deseada por los que habrían de echar el alma en la boga. Me dirigí hacia el alcázar donde Beto conversaba con el piloto sobre

las condiciones de mar y viento. Me dirigí al joven por ser buen conocedor de la isla y su especial entorno.

—¿Suelen durar mucho estas encalmadas?

—No son muy habituales, señor comandante, y menos todavía en la época del año por la que nos movemos. Dice la leyenda que esta isla fue depositada por los dioses sobre la mar con vientos fuertes a favor y con tales soplos ha de permanecer para siempre, aunque esta situación lo desmienta. Si acaso es en enero cuando suelen aparecer lo que aquí llaman «secas de Janer», unas encalmadas que se alargan por más de una semana y a veces sobrepasan la quincena. En cambio, no es habitual tal condición en los meses de verano, cuando tan solo se producen como anormal situación y muy de tarde en tarde esas famosas «rissagas de Sant Joan».

—¿*Rissagas*? ¿Qué carajo es eso?

—En el idioma de la isla significan resacas y suelen producirse cercanas al día de San Juan. A veces y por causas desconocidas que muchos achacan a ese especial origen divino que les mencionaba, las resacas suelen aparejar salidas de las aguas en las rías de Mahón y Ciudadela como si en sus fondos se perforaran imbornales<sup>[43]</sup> del infierno. Y aunque lo estimen como difícil de creer, escuché a mi padre asegurar que a veces quedaban los buques varados en seco sin remisión.

—¿Resacas de San Juan? ¿Buques en seco dentro de la ría? Siento decirle, don Enrique, que no creo una sola palabra —aseguró Beto con una sonrisa de sorna en sus labios—. Más parecen leyendas para niños o rifadas de clamorosa superstición. Precisamente, en este mar Mediterráneo apenas son apreciables las mareas. En cambio, y aunque no nos encontremos en el mes de enero, sí que sufrimos una buena seca.

—Tenga en cuenta, señor, que en esta zona de la ría se nos cierran los vientos del segundo y tercer cuadrante, que en lógica consecuencia podemos esperar al abandonarla. Bueno, esos vientos o un calmazo de cuerdas altas, que no he de jugarlo todo a una carta.

Aunque muy joven y con escasa experiencia, cada día confiaba más en el piloto, con un aplomo de ideas superior a sus escasos años de servicio. Y acertó de lleno en su predicción. Pasadas las seis de la mañana de aquel día 13 de agosto cuyas primeras horas jamás olvidaría, una vez levadas las dos anclas iniciamos la penosa derrota para abandonar la ría a remolque de la lancha. Sin embargo, una vez avanteada la isla del Rey comenzamos a recibir los primeros alientos de un levante que nos permitió largar mayores y foques, intentando aproar a la boca con trapo propio, todavía con la lancha afirmada

al cable de remolque y preparada por si no era posible librar la punta sur del Faro.

Cuando dejábamos por la aleta de estribor la isla del Aire y atacamos el freu, el viento se encontraba claramente entablado de levante, aunque de escasa alzada, por lo que mandé largar todo el aparejo y aproar al sudoeste cuarta al oeste. De esta forma, arrumbaba en directo para picar en bulto la isla de Cabrera y una vez marcado el punto continuar derrota por derecho hacia el cabo de Gata, si el viento o la mar no decidían en contra. Y como mi mente se mantenía centrada en determinado perfume y una inolvidable figura de cabellos rojos, decidí que era necesario manejarme con problemas de a bordo como única y posible salida. Con esta premisa entré en una actividad febril y sin descanso, a tal punto que hizo correr rumores de misterio entre mis hombres.

Mientras ordenaba continuar con los ejercicios de mar y guerra, decidí llevar a cabo una reunión de oficiales en el alcázar, incluidos los dos capitanes y tres tenientes del Ejército. La razón principal era conocer sus necesidades y establecer los hombres que debían servir en cada uno de los cañones, teniendo en cuenta que a bordo disponíamos solamente de cuatro artilleros preferentes y doce ordinarios. Una vez abierto el diálogo, fue el segundo, Ibarreche, quien tomó la palabra en primer lugar como responsable de la batería.

—Creo, señor, que podemos asignar dos piezas bajo la responsabilidad de cada cabo de cañón como ya hicimos con los soldados portugueses, al menos en supervisión hasta que quienes ejerzan tal función sin suficientes conocimientos se hagan con el puesto.

—Me parece bien. En total deberán alistar para la función unos cuarenta hombres aproximadamente —me dirigía a Escámez como oficial más antiguo de su cuerpo—. Escójalos como estime conveniente, especialmente a los que posean alguna experiencia en fuego artillero si es cierto lo que me informó el coronel Enríquez. Podemos comenzar hoy mismo los ejercicios, teniendo en cuenta que juega a nuestro favor esta mar con cabrillas<sup>[44]</sup> sueltas. Y para hacerlo más fácil, segundo —me volví hacia Ibarreche—, recuerde que debemos reducir las voces de orden propias para cada disparo, explicándolas con lenguaje llano y comprensible.

—Muy bien, señor —dijo el capitán Escámez con decisión—. Puede estar seguro de que echaremos el alma en la empresa y mis hombres aprenderán pronto su oficio, al menos para salir del trance llegado el momento. Pero si me permite una pregunta, ¿es posible que entremos en combate? Sería una

hermosa experiencia para un capitán de infantería como yo. Bueno, creo que hablo en nombre de todos mis compañeros.

—Esa situación siempre puede acaecer en la mar, bien sea en tiempos de guerra o de paz. Como ya les adelanté, en principio y como focos más probables de enfrentamiento se presentan el saco de Málaga y posteriormente la línea de tierra que cubren entre la bahía gaditana y el cabo de San Vicente. No obstante, cerca de la costa siempre puede aparecer un corsario gabacho, si es cierto que tienen órdenes de atacar el comercio de cabotaje. Si avistáramos alguna fragata francesa con porte superior al nuestro, debemos evitar el enfrentamiento porque con más de cuarenta cañones y trescientos cincuenta hombres de dotación nada sería posible. Pero es más probable que aparezca algún bergantín o unidad pareja a la nuestra.

—¿En cuyo caso la atacaríamos? —insistía Escámez con espíritu guerrero.

—Cada situación es distinta y poco se puede aventurar hasta que llegue el momento, que el estado de la mar y el viento son condiciones muy importantes que calibrar. Pero debe tener en cuenta que si enfrentáramos a una corbeta como la *Mosca*, que es de origen francés, debemos estimar sin miedo a errar que incorporará una dotación cercana a los doscientos hombres, lo que nos deja en clara inferioridad. No desprecio el concurso de sus soldados, capitán, pero en la necesaria comparación no será parecido el ritmo de fuego y la efectividad artillera entre hombres adiestrados en la mar y soldados de infantería.

—Lo comprendo, señor.

—Sin olvidar la capacidad de maniobra tan importante en combate —apuntó Ordovás.

—En efecto. Tenemos hombres suficientes para marinar el barco, pero si llegamos a sufrir momentos de descalabros en el aparejo y mermas de personal lo pasaremos mal. Por desgracia solo disponemos de una mano para cada labor y sin posible relevo. Pero ya le digo que en cada ocasión han de sopesarse diferentes aspectos.

—No debemos olvidar lo que significan ciento sesenta hombres dispuestos a luchar con buen armamento a disposición —dijo Beto como si pensara para sus adentros.

—¿Qué pueden hacer nuestros hombres en la mar, salvo ese apoyo a los artilleros del que habla el comandante? —preguntó el capitán Beltrán.

—Si el combate entrara a corta distancia, lo que solemos llamar a tocapiñoles, el fuego de fusilería de ciento sesenta hombres con armamento

en dulce es un factor de tremenda importancia. —Beto sonreía—. En el combate de San Vicente sufrimos como factor negativo la falta de armamento portátil en nuestras unidades, asignado en importante porcentaje al Ejército en la cercana guerra contra la Convención. Además, como en este caso particular se trataría de luchar contra corsarios, no cuentan las normas de guerra en honor y se podría ordenar disparar a las casacas sin rebozo.

—¿Disparar a las casacas? No le comprendo, señor —insistía Escámez.

—Quiere decir disparar a los oficiales —expliqué con rapidez—. Un buque sin comandante pierde un elevado porcentaje de capacidad y si caen algunos oficiales más acaba por arriar la bandera con rapidez. Por esa razón, se suele recomendar a los fusileros que se encuentren instalados en las cofas o embridados en las jarcias que apunten al alcázar contra las casacas, uniforme usado por los oficiales. Es en esa zona del buque donde ahora mismo nos encontramos, en la que se emplazan el comandante y mayor número de los mandos subalternos. Siempre hemos dicho que tal acción es poco caballerosa, pero esos franceses no merecen trato de honor después de haber arrasado mil pueblos de España.

—Estoy de acuerdo con sus palabras —clamó Beltrán.

—De todas formas —insistí—, estamos hablando de situaciones poco probables porque es muy escaso el papel marítimo de los franceses en esta guerra. Si un bergantín nos avistara intentaría escapar con trazo en alto, no lo duden. Y nos dejaría a popa sin problemas porque se trata de unidades muy veleras. Pero bueno, no viene mal tener en cuenta esa posibilidad que apuntaba el capitán de fragata Pignatti y prever la distribución de los soldados en cubierta y jarcias, tal y como hacen nuestros infantes para abrir fuego con su propio armamento.

—Los adiestraremos con ese fin —apuntó Escámez—. Por fortuna, no solo disponemos de buenos fusiles, sino de abundante munición para ejercitarlos. Además, señor, será bueno para los espíritus, que no es positivo andar mano sobre mano durante demasiados días. Por fortuna, son pocos hasta ahora los que sufren ese mal que produce el movimiento del barco.

—No cante victoria tan pronto, que aún no han visto cómo puede enfadarse la señora.

—¿Necesitaremos muchos días para arribar a Lisboa, señor comandante? —se atrevió a preguntar con timidez un joven teniente.

—Eso solamente lo saben con certeza Dios y Eolo, cada uno en su trabajo particular. Lo que sí espero es cruzar derrotas con los navíos *Rodney* y *Vencedor*, que ya deberían haber arribado a la isla de Menorca. Supongo que

sufrirían problemas finales de alistamiento o los ramalazos de ese temporal que, según se afirma, voló sobre estas aguas la semana pasada<sup>[45]</sup>.

Aquella primera jornada de mar, al ser domingo y a falta de capellán a bordo, dirigí un ligero rezo con el personal en cubierta, costumbre habitual en los buques de la Armada. Y aunque poco deseara charlar o departir con ningún ser humano en las iniciales horas de mar, tras la ceremonia invité a los dos capitanes de infantería para almorzar en mi cámara como era norma tradicional de cortesía, con la inexcusable compañía de Beto. Eran buenos hombres Escámez y Beltrán, valientes y decididos, aunque no hubieran conseguido una promoción en el servicio adecuada a sus méritos, condición que se prodiga por exceso tanto en el Ejército como en la Armada. Es bien sabido que mal se navega por la carrera de las armas sin amparo de padrino en las alturas, a no ser que se demuestren características de valor que se salgan de lo normal por cuadras. Tal fue el caso de don Antonio Barceló que de sencillo marinero de jabeque alcanzara el empleo de teniente general de la Armada a base de jugarse la vida día a día en los jabeques del Rey. Después de todo no era más que la excepción confirmadora de la regla.

Por fortuna, el almuerzo fue alegre y distendido. Beto, al tanto de mi marejada mental, intentaba animar el ambiente con su conversación, plena de narraciones fantásticas y divertidas chanzas. Y bien que consiguió evitarme caer en ciertos pensamientos y escenas que circulaban a rondón prendido por la mente.

\* \* \*

Por mucho que lo dudara se cubrió el designio secular. Porque la mar puede con todo y con todos, al punto de ser capaz de ablandar los sentimientos más cruzados. Muchas veces me he preguntado cómo se pueden superar tales situaciones de penuria mental en tierra sin ese bálsamo salvador que acaba por planchar hasta las aflicciones abiertas en cresta. El caso es que mi frenética y diaria actividad, que a ella me lancé sin merma, conseguía eludir otros pensamientos más tenebrosos. Y llegada la noche tomaba el camastro cuando ya las fuerzas rendían el cuerpo a velas rifadas. Aun así sufría escenas en las que aparecía Audrey con absoluto dominio, aunque comenzaran a asociarse con otras como la del pequeño Pecas en su habitual rebeldía y más lejos el rostro de Eugenia. Tras la experiencia amorosa sufrida en puerto, llegué a la triste conclusión de que solamente sentía por mi mujer compasión



y un profundo cariño, exento, sin embargo, del amor pasional tan necesario cuando se calzan pocos años en la bodega.

Para suerte de los soldados del Ejército, la navegación se mantuvo en dulce durante cuatro jornadas, periodo esencial para habituarse a la vida de a bordo. El viento jugaba entre el levante puro y el jaloque, fresco de fuerza, aunque sufriéramos momentos de calmería que a veces se alargaban en demasía. La mar no levantaba más que suaves cabrillas mientras alguna lejana marea de tristes senos nos balanceaba al gusto. En conjunto, una situación que nos permitió acoplar a los soldados a sus puestos de combate con eficacia y rapidez. Y debo reconocer que desde el capitán Escámez hasta el último de sus hombres mostraron una excepcional predisposición, tanto en los ejercicios de artillería con algún disparo en fuego real hasta la distribución de los fusileros. Bien es cierto que en este último aspecto algunos soldados intentaban evitar su instalación en cofas y jarcias, situación comprensible para quienes jamás habían trepado a las alturas por escalas estrechas y con palos en movimiento.

Como la mar es zorróna de ida y vuelta, capaz de embromar al gusto entre sedas a quienes su lecho con escasez han frecuentado, una vez avanteamos el cabo de Gata besando sus piedras, comenzó el viento a rolar en loco y grado redondo, al tiempo que una rumazón negra poblaba el horizonte a poniente. No era la situación deseada tanto en monto como dirección. Porque tal y como denunciaban los signos, pocas horas después acabamos por recibir un frescachón del sudoeste en toda la jeta con rastros de enemistad. Me encontraba en el alcázar con Beto, Ibarreche y el contraamaestre, aunque Escámez no se separaba una pulgada y deseaba estar al quite de todo.

—Ya veremos si la señora nos deja embocar el estrecho con alguna posibilidad —dije, elevando la mirada hacia los cielos—. Poco me gusta como huele esta puchera, don Sebastián.

—A mí tampoco, señor. Jugaría mis últimos doblones a que esto acabará por rendir en lebechón sucio y así se mantendrá entablado hasta cruzar el cangrejo<sup>[46]</sup>. Ya he ordenado preparar la capa en prevención y mucho me temo que lleguemos a quedar en calzones<sup>[47]</sup>.

—Debemos ganar barlovento cuanto podamos, que después lo echaremos en falta —dijo Beto con rostro preocupado.

—Desde luego —afirmé sin dudar—. Por esa razón he arrumbado al sur.

—No obstante, y si se mantiene en estas mismas tablas, necesitaremos algunos bordos hasta que nos sea posible aproar a punta Europa sin riesgo.

Bueno, si la mar nos lo permite.

—Estoy de acuerdo —concordé sin dudarlo. Me volví hacia Escámez que nos miraba con cierta preocupación—. Ahora sí que comprobarán sus hombres de lo que es capaz la mar cuando entra por brevas.

—Será una experiencia más, señor.

—Desde luego, aunque poco agradable.

No debimos esperar mucho tiempo para comprobar que las predicciones a la mala se cumplían hasta cruzar la raya. Aquella misma tarde el viento nos entraba cascarrón de fuerza y en alza, entablado del sudoeste sin fisuras, lo que me obligó a ordenar tomar la primera faja<sup>[48]</sup> a las gavias. Para nuestro bien ya habíamos ganado suficiente barlovento que nos tranquilizara el posible abatimiento o la capa<sup>[49]</sup> de fortuna. La marejada gruesa se veía venir de lejos, por lo que comenzó a bailar la *Mosca* al son de sus crestas. Y cuando las luces nos abandonaban por completo, el ventarrón entraba de firme, con lo que debimos aferrar gavias y cangreja, quedando tan solo con el trinquete, velacho y mayor para aguardar con tiento. De todas formas, era un espectáculo grandioso observar cómo la corbeta tomaba la mar con mano firme, elevando la proa orgullosa, aunque comenzara a entregar quejidos de orden cuando encapillaba alguna ola montañosa a destiempo.

La noche se alargó por horas y minutos, metidos por fin durante el segundo cuarto en temporal abierto, con olas alzadas en ampollas y sus barbas rociando desde la galleta hasta el paje del sollado. Cargamos el velacho al tiempo que prohibía la circulación sin asidero de seguridad y recomendaba a Escámez que sus hombres se amarraran por firme a las bandas. Ya la *Mosca* gemía en ronco a los costados cuando dejamos el trinquete en calzones y el pico de la trinetilla a la capa para intentar gobernar las montañas de agua en espuma que nos tomaban por sorpresa. Ese es el momento de dolor y placer en el que nada queda en nuestra mente más que intentar vencer a las aguas, una lucha sin descanso donde la experiencia amparada en muchos días de mar es el mejor salvoconducto. Intentaba mantener una proa hacia el norte, aunque la mar ordenaba más que el timón. Por fortuna, y gracias al rumbo escogido, disponíamos de cancha suficiente, siendo posible derivar muchas millas sin entrar en peligro de piedras.

En la mañana del 18 de agosto se mantenían las mismas condiciones, penosas para muchos hombres. Se repartía rancho en frío al haberse apagado los fogones como es habitual con malas rachas, aunque muchos de los soldados se preocupaban más en desembuchar por boquera hasta la primera papilla ingerida en su nacimiento. Sin embargo, y para mi sorpresa, el capitán

Escámez se mantenía atrincherado en el alcázar, aunque su rostro mostrara colores diversos más cercanos a la cera parroquial. Le entregamos un casacón para cubrirse de los rociones, por mucho que el cuerpo acabara en goteras gruesas hasta los higadillos. Bien afirmado a un cáncamo como se le había recomendado, se dirigió a mí con el rostro preocupado.

—¿Cree que llegaremos a superar este monstruoso temporal, señor?

—No es tan monstruoso todavía, capitán —le contesté abierto en sonrisas para apaciguar sus temores—. Recemos alguna letanía para que no salten las chispas palos abajo, pero debemos confiar en esta corbeta, que ha superado momentos peores.

—Parece como si el buque se empequeñeciera poco a poco entre las aguas y se tratara de una misión imposible aguantar tan furiosas embestidas.

—Las aguantará, no lo dude.

—¡Guarda a estribor!

Era don Sebastián quien daba la clásica voz para alertar de una ola monstruosa que en esta ocasión se acercaba como montaña en movimiento por nuestra amura de estribor. Nos aferramos a muerte para entrar en ella con las perchas por alto, bebiendo su espuma hasta quedar durante alargados segundos cegados de horizontes y con las cuadernas del buque en triste sinfonía. Eran los peores momentos porque, como había sufrido en anteriores ocasiones, una de aquellas olas era capaz de rendir hasta el palo mayor si lo tomaba al gusto o morder la pala del timón a muerte. Por fortuna, nos pasó cuernos arriba sin desmochar una madera.

Aunque los cielos se mantenían tomados en negro y no llegara a descargar una sola gota de las que alivian la mar al concierto, aquella misma tarde comenzó a aflojar el viento. La mar se mantenía en firme como es habitual en ella, que siempre responde con retraso a las órdenes de Eolo. No obstante, ya debía de encontrarse el sol cerca de su rendición cuando el soplo comenzó a rolar hacia el segundo cuadrante y bajaba con rapidez a cascarrón de fuerza, situación que nos permitió izar las mayores y aproar al poniente puro. Entendí que debíamos de haber derivado unas treinta millas al norte-nordeste, situación poco preocupante con la nueva dirección del viento. Y así nos mantuvimos durante toda la noche, sin izar gaviotas por precaución hasta observar los contornos de la costa en la amanecida.

Como caballeros engalanados nos abrimos al crepúsculo del siguiente día, entablado el levante en firme y frescachón, aunque todavía la mar mostrara trazas gruesas a intervalos. Divisamos costa a proa y estribor, coincidiendo con el piloto en que nos debíamos de encontrar al nordeste cuarta al norte de

Punta Europa y unas veinte millas, situación a la vista que corroboramos a la salida del sol con claridad. Fue el momento en el que Ibarreche me ofreció la novedad con Escámez pegado a sus talones.

—Dos contusionados de escasa monta y sin roturas entre la dotación. Alimentos sin novedad y escasa merma de agua por rotura de dos toneletes que están siendo reparados. El bote sufrió un boquete por un cuadernal en vuelo que casi le cuesta la vida al gaviero Méndez. También se estima de sencilla composición. Los soldados del Ejército han superado la mala con buena disposición, aunque se están recuperando muchos de ellos con galleta y caldo caliente que tan bien entra. Una veintena sufren diferentes magulladuras, pero solo dos de ellos aparecen con problemas serios.

—No se trincaron a gabarra como se les había ordenado y salieron despedidos de banda a banda con una de las olas. —Escámez comenzaba a utilizar nuestro especial vocabulario con orgullo—. Uno de ellos sufre rotura de varias costillas y el segundo fractura del brazo.

—¿Fractura abierta? —pregunté.

—No señor —intervino el segundo—. Dice el sangrador que puede repararlos a bordo sin problemas.

—Ya le decía que la señora se enfada a veces con los que transitamos por su vientre.

Era Beto quien entraba en danza con su aspecto inmaculado habitual, cual galán preparado para asistir a banquete real. Escámez lo miró sorprendido como si se tratara de una extraña aparición.

—No parecéis haber sufrido con el temporal, señor —dijo el capitán.

—Como me encuentro en situación de transporte y no era necesario mi auxilio en cubierta, he dormido como un bendito. Por cierto, qué bien prepara las tajadas de tocino Okumé. Ya lo había olvidado. No hay nada mejor para afrontar el maretón que esas viandas regadas con dos tazones de café espeso. Uno regresa a la vida en un santiamén.

La situación se normalizó por completo a lo largo de la mañana y el personal volvió a recorrer la cubierta en libertad, especialmente los soldados que tomaban aire a pulmón mientras se baldeaba las maderas de la batería para expurgar los restos de tanto detritus evacuado. Y entrados en la tarde atravesamos el estrecho con viento frescachón de levante que nos entraba casi de popa. Aunque todavía navegábamos sin juanetes, debíamos andar a buen ritmo porque desfilamos entre punta Almina y Tarifa como el rayo. Y fue al avanzar la punta Marroquí con algunas millas de resguardo cuando enmendé la proa a estribor para quedar al noroeste cuarta al oste, rumbo directo al cabo

de San Vicente. Los oficiales del Ejército miraban a las bandas con cierta emoción. Lo comprendí al tener conocimiento de que ninguno de ellos había avistado el peñón de Gibraltar hasta entonces.

—Parece mentira que ese trozo de tierra española siga en poder de los ingleses —protestó Beltrán.

—No olvide que son nuestros más queridos aliados —comentó Beto con sonrisa abierta.

—Un aliado fiel no debería mantenerse un solo día en tierra del amigo con dominio.

—Aquí todos van a lo suyo y sacan tajada del débil —intervine con seriedad—. Me temo que esa roca seguirá siendo britana por muchos años. La última oportunidad de recuperarla la perdimos en aquel maléfico 13 de septiembre de 1782, cuando atacamos la plaza por mar y tierra, especialmente con aquellas malditas baterías flotantes de *monsieur D'Arçon*. Murieron más de mil de nuestros hombres. Precisamente, mi padre voló por los aires al reventar la santabárbara de una de ellas, la flotante *San Cristóbal*, que mandaba el entonces capitán de fragata Gravina.

—¿Murió en esa acción su progenitor? —preguntó Escámez.

—Acabó en estado muy crítico con graves quemaduras y se le dio por desaparecido. Fue milagrosamente salvado por un fraile loco que lo recogió en Gibraltar.

—Si el padre del comandante hubiese caído en esa acción no estaría él aquí —dijo Beto entre risas.

—En efecto —confirmé—. Por aquellos días era un alférez de fragata de diecisiete años solamente.

—Entonces, señor comandante —era el teniente Montes, jovenzuelo barbilampiño que mostraba permanente curiosidad por todo a bordo—, llegaremos pronto a Lisboa.

—¿Tiene novia en ese puerto? —pregunté en chanza—. Mucho pregunta por nuestra arribada a la capital lusa.

—No, señor. Tan solo deseo entrar en combate contra el francés cuanto antes. —Era una broma, teniente. Para su información, si no salta ninguna liebre más a la contra y teniendo en cuenta que nos deben de restar unas trescientas millas hasta la desembocadura del río Tajo, con este andar deberíamos alcanzarlo en tres o cuatro jornadas. Claro que llevamos en estos momentos rumbo directo al cabo de San Vicente, que deberemos doblar, gracias a este levante primoroso. Si rola al segundo o tercer cuadrante nos

veremos obligados a llevar a cabo bordadas con el consiguiente aumento en las millas a navegar. Todo es incierto en la mar.

—Y si sufrimos una calmería de espanto ya puede sumar días. Pero no se preocupe teniente que esa joven portuguesa esperará aunque se retrase. — Beto continuaba con sus habituales bromas—. Ya sabe que la espera aumenta el fragor de los encuentros amorosos.

Mientras el teniente se sonrojaba y dudaba en contestar, todos reímos de buen humor. La verdad es que la vida a bordo nos entrega esos agradables momentos, especialmente cuando has superado una de las muchas roderas que la mar tiende contra los buques. Y aunque no deseaba cumplimentar la comisión como vuelo de alcatraz, también yo deseaba alcanzar la capital lisboeta que pensaba visitar por primera vez si nos fuera posible el desembarco. Eran pocas millas las que restaban a proa y, por fortuna, los pensamientos negros parecían haber quedado aparcados de momento. La estampa de Lisboa que me describiera con todo detalle el capitán Lopes de Moura desfiló por mi mente. Tres o cuatro jornadas más, si la mar u otros elementos no se entreveraban en nuestra derrota, que todo es posible cuando los cuerpos se mueven sobre las aguas.

## 12. Una sorpresa más

El viento de levante se mantuvo en orden para nuestro beneficio durante dos jornadas más, aunque decreciera en fuerza a la estadía de todas las velas<sup>[50]</sup>, situación que nos permitió largar todo el aparejo y beber mirlas a proa sin cuento. Como habíamos aproado desde el estrecho en directo al cabo de San Vicente, perdimos de vista la costa y regresamos a la situación de observar solamente la mar por las treinta y dos cuartas del horizonte, condición que tanta paz ofrece al espíritu. El día 21 se abrió con cielos cubiertos y horizontes tomados aunque poco a poco se fuera despejando para rematar con sol radiante, calor intenso y visibilidad infinita, esa extraordinaria cualidad que solamente se puede apreciar en la mar desde la cofa de sus palos y comprender la redondez de la tierra. El viento había caído en la noche a ras de cubierta para despuntar al alba con una ventolina que tontoneaba por el sur sin rendir en firme.

Fue a la hora de la meridiana, con el soplo entablado en fresco del sudoeste y rumbo de bolina cuando recalamos<sup>[51]</sup> con escasa pérdida. El piloto marcaba con seguridad la punta de Sagres, ese primer espolón del pico suroccidental de la península Ibérica, abierta dos cuartas a estribor y unas doce millas de distancia. Ajustamos el rumbo al noroeste cuarta al oeste con suficiente comodidad para doblar las puntas sin nervios. Y esa misma tarde, una vez con el cabo de San Vicente por el través de estribor caíamos a esa banda para quedar con proa al Septentrión, aunque una hora después enmendaba una cuarta más a estribor. Como no era el rumbo directo al cabo Espichel, pico que despunta poco más de quince millas al sur de la desembocadura del Tajo, Beto me preguntó en la timonera en presencia del piloto.

—¿Piensas costanear al palmo? Creí que aproarías por derecho a nuestro destino.

—Ningún factor conocido nos apresura. —Guiñé un ojo a mi cuñado en seña de complicidad—. La verdad es que conozco poco esta costa aunque la carta sea de confianza. Es buena aptitud en nuestra carrera reconocer los puntos principales para el futuro, ahora que las condiciones de mar y viento son inmejorables.

—Me parece buena idea porque tampoco yo la he tratado de cerca. Con este viento fresquito del suroeste que se debe de mantener en cuerdas durante bastantes días, puedes manejar a voluntad. Después del cabo Sines se abre la ensenada de Setúbal. Creo recordar que fue precisamente en su barra donde se perdió el bergantín *Tornado*, bajo el mando de nuestro buen amigo y compañero Benigno Malquerribe.

—Según el derrotero de don Vicente Tofiño, señor —apuntaba el piloto con interés—, esa barra de entrada a Setúbal es peligrosa para navegaría sin practicaje porque se toma en niebla con mucha asiduidad y desde la punta de Outao hay que andarle con dedos al tiento hasta el puerto de la ciudad. Parece ser que los fondos de arena se mueven con las mareas y solo los prácticos conocen su situación exacta.

—Dejaremos la ciudad de Setúbal para otra ocasión. Después de todo, ningún teniente tiene novia allí. —Beto reía de buena gana—. Cuando tome el mando del *Palomo* es posible que me comisionen a esta zona.

—No sería de extrañar, porque aumentará el tráfico entre Cádiz y Lisboa, si lord Wellington se decide a la acción y esta zona queda libre de franceses.

Con viento de faldas mantenido del suroeste largamos alas y rastreras que no bebían aire desde tiempo atrás. Era un problema más para los escasos hombres de mar pero se debía encarar toda circunstancia y situación. De esta forma, reconocimos en la costa portuguesa el Pontal, con su piedra de Galé que vela a muerte, la punta de la Atalaya y el cabo Sardao, para sestear durante la noche con el viento caído casi a cero. Con todo, continuamos la faena en la mañana siguiente, avistando la punta de Ladoiro y el cabo Sines que da paso a la bella ensenada de Setúbal. Fue minuciosa la exploración porque el viento, de nuevo entablado del suroeste, raleaba en corto lo que nos hacía andar escasas millas. Y en el preciso momento de quedar tanto avante con Sines, caímos francos a babor proa al noroeste en demanda del cabo Espichel, punta de lanza meridional de la magnífica ensenada que se abre entre el mencionado cabo y el llamado Razo, con una amplitud de casi cuatro millas donde llegan a morir las aguas del río Tajo.

Debo aquí aclarar que aunque la mar había remansado mis sentimientos al compás e intentara por las noches tomar el lecho tarde y con el cuerpo a



rendir, eran recurrentes las diversas escenas que producían dolor en diferentes sentidos. Por una parte, reinaba la añoranza del rostro pecoso, angustiada a veces, para dar paso sin solución de continuidad a las escenas familiares con dolor y culpabilidad amadrinadas, pero no crean que cejaba en mi empeño pensando en futuros porque soñaba con la villa de Mondoñedo, el feliz reencuentro y mi vida con Audrey perdido en la hacienda extremeña, un sueño de fantasía que me hacía vibrar de placer en adelante.

El crepúsculo del día 23 se abrió con cielos esplendorosos, mar rizada y horizontes ligeramente tomados, como parecía ser la norma habitual en aquellas aguas, todavía con el viento del sudoeste y elevando su estadía a fresco. Como habíamos enmendado a babor en prevención durante la noche, cuando el sol comenzaba a despuntar marcamos el cabo Espichel al norte y siete millas. Ordené aproar dos cuartas a babor para librarlo sin penas. El capitán Escámez, con el color del rostro recobrado en vida y excelente humor parecía preparar el sable pensando en futuras batallas.

—¿Entraremos hoy en Lisboa, señor? —preguntó con cierta inquietud en su semblante.

—Si continúa el viento en las mismas condiciones, esta tarde meteremos cabeza sin problemas.

—¿Por dónde la piensas tomar? —preguntó Beto mientras observaba la carta.

—Me recomendó el almirante Traylor ceñirme a la punta de Lage para librar con claridad lo que llamaba el Bugío o Bajío, con su fuerte de defensa.

—Ese banco de arena lo nombra el derrotero como Cachopo del Sur con una amplitud de dos millas, señor —dijo el piloto con seguridad—. Aunque le resta generosa amplitud a la ensenada para maniobrar con cualquier viento, es de precaver toda su costa oriental, rocosa con alguna pequeña zona de playa.

—En efecto. Parece ser que tanto las piedras como esos bancos de arena han rascado bastantes quillas. Siguiendo los consejos del britano y de acuerdo a lo que he leído en el derrotero, pienso ceñirme al perfil septentrional del estuario hasta observar la torre Belem, frente a la que espero fondear.

—¿Y cómo seremos capaces de reconocer esa torre? —volvió a preguntar Beto.

—Es inconfundible, señor —apuntó el piloto—, a cantil de las aguas. Además, aparece su figura dibujada en el derrotero.

—Me aseguró Traylor que se trata de excelente tenedero pero que debo acercarme bien para que la sonda no sea excesiva.

—Será fondo de arena como sucede con casi todos los estuarios fluviales.

—En efecto, señor —asintió Calvi, que parecía conocer de memoria los apuntes de don Vicente Tofiño.

—¿Y que será de nosotros, señor? —preguntó Escámez.

—Deberé aguardar a que acuda algún bote de servicio portugués o britano y recibir instrucciones para el desembarco de sus hombres. Nada más sabemos porque no se nos indicó.

Departíamos de excelente humor en el alcázar, pensando ya en las bellezas de la capital portuguesa, cuando escuchamos con claridad la voz del vigiador instalado en la cofa del palo trinquete.

—¡Vela a proa! ¡Una cuarta a estribor!

Aunque esa voz suele mover en la mar de forma habitual a inquietud y alistamientos, era tal la placidez de la navegación que en un primer momento la tomamos sin mayores expectativas. De todas formas, ya el segundo enviaba con rapidez al guardiamarina Monteagudo a la cofa del palo mayor para ampliar información.

—Una vela que aparece tras el cabo Espichel —dijo Beto mientras Okumé nos entregaba los anteojos—. Debe de ser inglés sin duda.

—Eso presumo —alegué mientras dirigía el largomira en la dirección citada.

—¡Aparejo de dos palos! —gritaba Monteagudo para ofrecer algún detalle más poco después—. ¡Bergantín con dieciséis cañones de porte aproximadamente!

—Un bergantín britano por estas aguas. Debe de tener su base en Lisboa —comenté en voz baja—. Pero también podría ser francés de los armados al corso.

—Eso es lo que deseábamos, aunque lo dudo por desgracia —alegó Beto sonriendo.

—¿Cómo es un bergantín, señor? —preguntó el capitán Beltrán.

—Buque de dos palos, mayor y trinquete, con velas cuadras. También utiliza focas y estays según el aparejo a disposición. Su principal característica es que utiliza como vela mayor una cangreja de elevadas proporciones en relación con su eslora. En nuestra Armada sus portes oscilan entre los dieciséis y los veintidós cañones. Como es de suponer son piezas de pequeño calibre, normalmente de a ocho, a seis y a cuatro, más bien estas dos últimas si el porte no alcanza los veintidós cañones, como parece ser el caso. El bergantín *Penélope* que mandé en comisión a Indias, con el capitán de fragata Pignatti como segundo —lo señalé mientras él inclinaba la cabeza—, armaba diez piezas de a ocho y seis de a seis. Son unidades muy veleras y se

utilizan como batidores en las escuadras o correos. Si fuera enemigo y largara todo el aparejo, nos dejaría a popa sin remisión.

—También ha sido llamado como carabelón o bregantín a lo largo de los años —indicó el piloto con una sonrisa de satisfacción.

—En efecto. Ya veo que conoce las palabras náuticas antiguas —señalé complacido—. Dependiendo del aparejo que utilice, recibe otros nombres como bergantín redondo, bergantín-polacra y algunos más.

—¡Una segunda vela tras la primera! —era la voz de Monteagudo que no perdía detalle en su misión—. ¡La primera parece acortar vela! ¡Caen ligeramente a babor para alargar la bolina!

Poco me gustó esa segunda información, aunque no lo rumiara a voces, pero ya Beto parecía largar mis pensamientos en alto.

—Parece que quiere esperar a su compañero, acción poco habitual si en verdad son britanos. Todavía no los veo con claridad.

—Tampoco yo, solamente una mancha blanca. ¿Por qué acortará vela el que abre aguas? ¿Será a causa de nuestro avistamiento? Pueden creer que somos gabachos.

—¿Piensa que puedan ser franceses, señor? —preguntó Escámez con excitado tono en su voz.

—Sería poco normal en esa situación tan cercana al cabo Espichel y por lo tanto de Lisboa, donde los britanos deben de poseer unidades suficientes. Pero todo es posible porque ya le digo que los bergantines son capaces de dejar a popa a cualquier embarcación y unidades ideales para navegar al corso.

—¡También la segunda vela es de dos palos, posiblemente bergantín y del mismo porte! ¡Largan todo el aparejo y aproan hacia nosotros!

—Dos bergantines operando juntos que no desean separarse —murmuraba sin apartar el anteojo, en cuyo foco ya comenzaba a distinguir algunas cualidades—. ¿Qué te parece, Beto? ¿Crees posible que dos corsarios franceses operen por estas aguas?

—Los buques armados al corso pueden navegar de polo a polo. Esa es su misión, aunque parezca un poco arriesgado operar tan cerca de Lisboa. También los britanos disponen de estas unidades que les harían sufrir si fueran avistadas. No obstante, si su misión es atacar nuestro comercio de cabotaje y han comprobado el aumento de nuestro tráfico Cádiz-Lisboa, podría ser posible.

Sentí cierta intranquilidad, como si ese sexto sentido que la mar agudiza me avisara por adelantado. No obstante, fue la siguiente información del guardiamarina lo que marcó señales.

—¡Ambas unidades izan pabellón inglés!

—¡Qué lástima! —dijo Escámez con desilusión, como si hubiese perdido la oportunidad de su vida.

—No lo sienta mucho, capitán —comenté con fuerza—. El hecho de haber izado esa bandera britana significa que casi con seguridad se trata de corsarios gabachos.

—Concuerdo plenamente contigo —conformó Beto—. Un buque inglés no mostraría su pabellón a tanta distancia ni aunque presentara sus respetos a la embarcación de Su Majestad británica. Vaya, vaya. Me parece que estos gabachos quieren tomarnos entre los cuernos con engaños.

—¡Segundo!

—Mande, señor.

—Llamada a zafarrancho y prevención para el combate. Que suene fuerte la corneta y el tambor.

—¿Qué tramas en tus tripas? —preguntaba Beto.

Antes de contestar miré a mi alrededor para comprobar que todos los oficiales, incluidos los cinco del Ejército, se encontraban cerca de mí con miradas expectantes.

—Creo que con seguridad se trata de una pareja de bergantines franceses. En estos momentos deben de estar sopesando sus posibilidades de éxito si deciden atacarnos. Si supieran que se trata de un buque español, como conocen perfectamente que navegamos con medias dotaciones y escasa munición, no lo dudarían. Desde luego no deberíamos batirnos a las dos bandas a un tiempo porque le estimo a cada uno una dotación ligeramente superior a los cien hombres. Pero por gracia de los cielos disponemos del más benéfico factor que antes de entrar en combate puede disfrutar buque alguno.

—¿Se refiere a nuestros ciento sesenta hombres, señor? —preguntó Beltrán con orgullo.

—Ese será un detalle decisivo si llegamos a combate cercano, desde luego, y bien que lo tengo prendido en la cabeza. Pero me refería a que con este viento del sudoeste disponemos del barlovento, un factor de la mayor importancia en la mar. Eso quiere decir que aunque sean unidades más veleras, podemos entablar la lucha donde y cuando queramos, a no ser que decidan mostrarnos la popa.

Pensaba en nuestras posibilidades con detenimiento. Por una parte, no olvidaba que la misión impuesta era el transporte de las dos compañías a Lisboa, pero si les dejaba la iniciativa a los franceses y mostraba nuestra popa, acabarían por darme alcance con mayores posibilidades de tomarme a

las bandas. Expuse aquellos pensamientos en alto, momento en el que Ordovás apuntó una de las diversas opciones.

—Podemos izar pabellón británico, señor. En esas condiciones, contra una dotación completa y adiestrada no se atreverían.

—¿Un pabellón extranjero en nuestro barco? —se extrañó Escámez—. ¿Tan habituales son en la mar esos juegos de banderas propias y extrañas?

—Le podría contar mil y una de esas actuaciones —contesté de buen humor—. Mi padre salvó al navío *Santísima Trinidad*, el más armado del mundo, cuando andaba tras el combate de San Vicente desarbolado y en solitario con rumbo a Cádiz, gracias a una de esas tretas. Envergó como pudo, porque no disponía de casi ninguna driza, el pabellón britano sobre el español cuando se vio ante una división enemiga. Eso significa en realidad que se trataba de presa cobrada por los ingleses. Y salvó el buque gracias al engaño. Pero es cierto que en esa cualidad los britanos sentaron cátedra a lo largo de los siglos, que no muestran el pabellón hasta el momento de abrir fuego o momentos después.

La verdad es que la decisión la había tomado ya aunque mostrara dudas. Beto me miraba con media sonrisa y parecía comprender lo que rumiaba mi cerebro. Me dirigí al teniente de fragata Ibarreche con decisión.

—¡Segundo! Virada en redondo. Demos claramente la popa a esas velas. ¡Don Sebastián!

—Mande, señor.

—Mantendremos todo el aparejo largado, pero deseo aparentar que nos manejamos con algunos problemas a bordo. ¿Me comprende?

—Por supuesto, señor, que ya utilicé esa mangana en otra ocasión a bordo de una fragata. Tomaremos el foque como si sufriera rifada y bordearemos las escotas del velacho.

—¿Qué has decidido, aunque ya lo puedo entrever? —preguntó Beto.

—Bien, izaremos nuestro pabellón auténtico sin perder tiempo. Con esta virada podemos ganar tiempo y preparar el ataque que les ofreceremos en caliente. Si se deciden por la caza, intentarán entrarnos por las dos aletas en separado. Pero cuando nos encontremos listos y de acuerdo a mi plan, volveré a caer para darles la proa con intención de tomar la banda solamente a la unidad más cercana de tierra.

—Intentarán cerrar distancias entre ellos de todas formas, señor —apuntó el segundo.

—Con rumbos de bolina les resultará más difícil. Les entraremos con viento de popa o a un largo como mínimo y deben recordar que esta corbeta

responde a la rueda como una goleta, por lo que siempre podré decidir a cuál de los dos ataco y por qué banda. Y si lo llevamos a cabo, cuando se encuentren suficientemente cerca, no dispondrán de tiempo para reaccionar. Ahora hemos de prepararnos sin perder un segundo.

—¿Piensa que mudemos los cañones de cubierta a la banda contraria, señor? —preguntó Ibarreche, que se acoplaba a mis pensamientos por adelantado.

—En efecto.

—¿Mudar los cañones? —preguntó Escámez sin comprenderlo.

—Como voy a escoger la banda de babor para el ataque, disponemos ahora mismo en la batería corrida de dos cañones de a dieciocho, dos de a doce y cuatro de a ocho. Pero vamos a mudar uno de a ocho por uno de a dieciocho de la banda contraria, para aumentar las libras que disparar. Asimismo en la batería de alcázar y castillo, además de los cuatro de a seis habituales, correremos los cuatro del costado contrario. De esa forma, dispondremos de un total de ocho, condición que es habitual en buques ligeros cuando se define con suficiente tiempo la banda de ataque. En conjunto, podremos disparar a un tiempo las dieciséis bocas de fuego previstas, con un total de ciento cuarenta libras. Y como pienso disparar la primera andanada con los cañones cargados con bala doble, al bergantín escogido le entrarán doscientas ochenta libras de ferro bien caliente que puede desarbolarlo. Si le sumamos sus ciento cincuenta hombres disparando contra el personal, el efecto de la pasada puede ser demoledor o así lo espero.

—Quedaremos muy débiles por la banda contraria —apuntó Beto—, si nos llega a entrar el segundo bergantín.

—Espero no darle la oportunidad. Segundo, ¿cuánto tiempo necesita para mudar los cañones de banda?

—Con el auxilio de algunos soldados, en una hora pueden quedar amparados en sus nuevas estibas.

—¿Una hora solamente? —preguntó Beltrán.

—Se trata de una maniobra practicada y con los aparejos previstos —insistía el segundo—. Ya la llevamos a cabo en la isla Flores contra la fragata francesa.

—A trabajar entonces —corté con rapidez—. Escámez, quiero que sus hombres suban a cubierta poco a poco con fusiles y munición a la mano, sin que puedan observarlos en la distancia. Han de mantenerse a cubierto sin asomar la cabeza por la borda hasta el momento que se ordene. Tal y como se les adoctrinó deberán disparar contra el personal de proa a popa, acorde con

su propia situación a bordo, apuntando fino y con especial atención a los sirvientes de sus cañones, que la distancia será a besar maderas. Y un grupo especial enramado en las jarcias con mis escasos fusileros para disparar contra las casacas. Bueno, eso si están dispuestos a la acción. Debe tener en cuenta que, como pienso atacar de vuelta encontrada y a muy corta distancia, también recibiremos una de sus andanadas al menos, lo que producirá bajas.

—Nos tiene a su disposición y encantados de entrar en combate, señor comandante. —El capitán se mostraba eufórico—. Nada mejor para estos hombres que se han preparado durante meses para luchar contra el francés. Da igual disparar desde un barco que desde una trinchera.

Habíamos virado proa al sudeste, manejando el aparejo en falsete como había ordenado. Y los bergantines no parecían dudarlo porque aprobaban en nuestra dirección con todo el aparejo largado, acortando distancias poco a poco. Debían de encontrarse a unas cinco millas cuando nuestros hombres con el auxilio de los soldados estibaban en batería las piezas de cubierta en la posición ordenada. Era consciente del peligro que arrostraba porque la maniobra del buque sería un factor esencial llegado el momento. Así se lo hice ver al contramaestre.

—Don Sebastián, todo lo jugamos a que seamos capaces de maniobrar como profesionales.

—Con este viento fresco del suroeste no debemos tener problemas, a no ser que caigan muchos hombres. No espere relevos, especialmente en los gavieros.

—Recibiremos una andanada de unos ocho o nueve cañones, espero que de escaso calibre. Poco hierro a la cara, pero a muy corta distancia. Si no les sonrío la fortuna, con algún descalabro en nuestros palos, debemos barrerlos en esa primera pasada que será muy rápida.

—Habrá que lidiar el segundo bergantín.

—Llegado el momento, maniobraremos para quedar con la misma banda de barlofuego.

En aquel momento llegaban al alcázar Okumé y Miguelillo con nuestros sables y pistolas. Bueno, he de aclarar que yo mantenía el viejo pistolón que entregara el general Barceló a mi padre, un arma que llamaba la atención por su vetustez y exagerado tamaño. Así me lo comentó el capitán Escámez.

—Parece un arma del siglo XVII, señor.

—Pero que se mantiene a ritmo. Debe saber que este viejo pistolón ha abierto más de diez ojos en sangre y alguna que otra barriga.

Cuando ya nos encontrábamos preparados, con la artillería en posición y los soldados distribuidos a lo largo de toda la cubierta, decidí que era llegado el momento de utilizar nuestra antigua tradición. Tomé la bocina de órdenes que asemejaba un cuerno dorado bajo los rayos del sol para, elevado sobre el tambucho, dirigirme a soldados y dotación.

—¡Hombres de la Armada y el Ejército! ¡Vamos a entrar en combate contra buques franceses, marinos hermanos de los soldados que asolan los pueblos y ciudades de España! ¡Espero que mostréis el valor que lleváis dentro y si llegara el momento, seáis capaces de morir por España y por nuestro rey don Fernando!

Ya los bergantines, que bolineaban al gusto con rumbo fijo hacia nuestra popa, se encontraban a tres millas de distancia. Bien es cierto que manejábamos el trapo con manos torpes porque en caso contrario les habría costado mucho tiempo acercarse a tan escasa distancia. Fue el momento en el que ordené al guardiamarina Monteagudo izar la señal preparada.

—Caballero, ice la señal de reconocimiento.

—¿Todavía temes que sean britanos? —preguntó Beto.

—No albergo duda alguna, pero más vale asegurarse. Quedaríamos muy mal si acabáramos trufados por aliados. También los ingleses pueden creer que somos franceses que han izado pabellón español para escapar de ellos aunque mucho lo dudo.

No solo no presentaban respuesta a la petición de identificación, sino que poco después el bergantín más pegado a tierra arriaba el pabellón de la Royal Navy para sustituirlo por una gran bandera tricolor, acción seguida por su pareja.

—Muy seguros están esos gabachos para izar su bandera tan pronto.

—Mejor que mejor.

—Estamos preparados, señor —apuntó el segundo de nuevo, impaciente por entrar en acción—. Escogimos a los mejores soldados del grupo adiestrado como sirvientes de las piezas artilleras que mostraban huecos propios. Pero restan más de ciento cuarenta hombres para el fuego de fusilería.

—Ya lo supongo, segundo. Mantenga la calma que no son buenos los apresuramientos. Es la segunda vez que entramos en acción auxiliados por soldados del Ejército, aunque en la anterior fueran portugueses. Por todos los cristos, que ciento cuarenta fusiles pueden hacer mucho daño a distancia de tiro de pistola. ¡Escámez!

—Mande, señor.



—Ordenaré fuego de fusil a sus hombres escasos segundos antes de disparar la andanada de los cañones. Tal y como le ha dicho el segundo, es importante que griten como poseídos cuando nuestra proa comience a desfilarse por su costado.

—Ya se pasó esa orden, señor, aunque no acabe de comprender la razón que lo mueve a ello.

—Es una vieja táctica utilizada por piratas y bucaneros de las Antillas. Se asegura que produce un efecto desmoralizador en las dotaciones enemigas. Y todo garbanzo es de utilidad para la menestra. Bueno, debemos prepararnos porque llega el momento decisivo.

Volví a tomar el antejo que me servía Okumé, comprobando que los bergantines se mantenían a dos millas por mi aleta de babor y a rumbo paralelo. Por fortuna, el que apareciera en segundo lugar orzaba un par de cuartas con la clara intención de tomarme por la banda de estribor. Sonreí de placer al comprobar esa maniobra que tanto me beneficiaba.

—Van a caer en la trampa. —Era Beto quien también había observado la maniobra del francés—. Se llevarán una sorpresa cuando viémoslos y les aparezcan dieciséis cañones a una banda y un elevado número de soldados con fusiles a la cara. Será una escena divertida.

—Dios quiera que no se vean favorecidos con un tiro de fortuna. Si nos desarbolan de algún palo lo pasaremos muy mal.

—Eso sería como acertar al pico de una paloma. Ellos no han mudado cañones y disponen de ocho bocas que estimo con calibres de a cuatro y a seis. Esperemos que la virada en redondo sea limpia.

—Lo será. Bueno, amigo mío, creo que ha llegado el momento.

—Cuando tú digas. Que nuestra Señora del Rosario largue un buen cabo.

Me volví hacia popa por última vez para comprobar que cada bergantín ocupaba una de las aletas de la corbeta. Debían de creer que atacaban a un imbécil para dejarlos llegar a tomarme entre dos fuegos. Me dirigí al contramaestre, que como siempre se encontraba a mi lado en el alcázar.

—Todo el aparejo arriba y ya con mano firme, don Sebastián. Viémoslos a babor poco a poco. No cruzaremos el viento de banda hasta haberle cortado la proa, aunque es posible que no sea necesario.

—Entendido, señor.

La corbeta *Mosca* cambió su fisonomía. Todas las velas menos alas y rastreras, que no se suelen utilizar en combate cercano por ser más bien un estorbo, se cazaron en orden conforme el buque comenzó a caer hacia la banda de babor. Como se hizo sin atrancar la pala del timón a la banda,

cuando el viento nos entraba de popa tierna cortábamos su proa a milla y media de distancia. Disponíamos de escaso tiempo para seguir cayendo y cazar a la banda contraria, momento en el que las distancias comenzaron a cerrarse con extrema rapidez. El bergantín que tomaba como referencia, más pegado a tierra, se vio sorprendido y dudó demasiado tiempo, justo el que necesitaba para afianzar mi maniobra.

Un minuto después ya tenía la proa del francés a pico con la mía, momento en el que me abría una cuarta solamente con idea de entrarle a besar costados. Pensé que el francés intentaría una caída fuerte a estribor en defensa de escape, pero cuando comenzó a meter la caña era demasiado tarde.

Por fin nuestra proa desfilaba por su bauprés a elevada velocidad. Fue el momento escogido para que los soldados que se encontraban en cubierta se alzaran con los fusiles y comenzaran a gritar con los pulmones a romper, atronando con sus alaridos hasta los pueblos de la costa. El momento decisivo se acercaba por lo que levante mi sable hacia los cielos en ruego de sangre enemiga, con Escámez atento a mi señal. Por fin bajé el brazo, momento en el que los soldados abrían fuego, una incesante lluvia de balas que resonó en redondo, pocos segundos antes de que mi garganta tronara a los vientos.

—¡Fuego!

Debieron de coincidir las dos andanadas en el tiempo o con muy escasa diferencia porque pareció abrirse el fragor del infierno, al tiempo que una nube de espeso humo negro se interponía entre ambos barcos mientras nuestros costados desfilaban paralelos a velocidad. Escuché el clásico sonido de los impactos en la madera aunque para el bien de la *Mosca* no se desprendía tablero alguno de las alturas con ruido amadrinado. Por el contrario, debo reconocer que la suerte nos favoreció a troneras, porque con nuestra andanada de doble bala le rendíamos el palo mayor a cercén vara arriba de la cubierta. Y la tremenda cangreja caía para cubrir la mitad de la eslora a barlofuego<sup>[52]</sup>. También las balas de fusilería francesa rondaban cerca, consciente de que mi persona sería un blanco preferido, pero esas observaciones las hacía ya en solitario, momento en el que ordenaba nueva caída a babor en busca del segundo bergantín.

Todo se producía a tal velocidad que apenas oía los gemidos de dolor a bordo, algunos muy cercanos a mí, como el joven pilotín, Pedro Infante, caído en cubierta con sangre o uno de los timoneles que se agarraba el cuello enrojecido, antes de caer y ser relevado. También creí observar como algunos soldados eran bajados a la enfermería. Ambas andanadas se habían producido a tocapiños, pero de verdad y sin eufemismos, que a escasas pulgadas

anduvieron los extremos de las vergas en la pasada. Y era consciente de que con el apelotonamiento de nuestros hombres en el costado debían de ser numerosos los heridos. No obstante, lo único que me preocupaba en aquellos momentos era la situación del enemigo y nuestra estructura, por lo que elevé nueva mirada a los palos para comprobar que se mantenían en pie masteleros y mastelerillos. Ibarreche tocó mi brazo para llamar mi atención.

—Cargados los cañones de nuevo con bala sencilla, señor, menos dos de ellos que han sido destrincados en suave con la andanada enemiga y se intentan reponer.

—¿Y la maniobra, don Sebastián?

—Nada peligroso a la vista. Por fortuna, han debido de elevar las cuñas y solo parece dañada la mesa de guarnición del trinquete, así como algunos cabos de labor cortados que se reponen.

No disponía de tiempo para pensar en heridos o muertos, que ya llegaría ese doloroso momento. Con la nueva caída quedaba al límite de la bolina amurado a babor. El bergantín que recibiera nuestra andanada se movía poco, con su personal intentando desembarazar de la cubierta velas y aparejos caídos. También le supuse elevado número de bajas; pero ahora mi obsesión era el segundo buque enemigo, cuyos movimientos no acababa de comprender. Aunque comenzara a caer a babor al observar mi maniobra, ahora lo hacía a estribor intentando virar por avante. No lo dudé un segundo y aproé a él, dispuesto a tomarlo por la banda de babor en fuegos y chamuscarle también los bigotes.

—¿Sería posible orzar una cuarta más, don Sebastián?

—Y dos también, señor.

—No podemos dejar que se nos cruce ese gabacho a la banda más débil.

Maniobré en el sentido expuesto aunque el segundo bergantín se encontraba en situación de tomar la proa a su capricho con el barlovento a su favor, condición que no podía alejar de mi cabeza. Sin embargo, mucho nos sorprendió cuando comenzó a caer a estribor con toda su caña hasta quedar con el viento a un largo y alejándose con rapidez de la escena. Aunque pensé que podía tratarse de alguna estratagema, suspiré de alivio al comprobar que no miraba atrás.

—Ese culebrón larga millas a popa y nada quiere saber del asunto —dijo Beto entre risas—. Vaya un cobardón de mierda.

—Mejor para la puchera. Dedicemos el esfuerzo a rematar ese al que le quemamos las barbas.

Aunque parecía descubrir cubierta y comenzar a navegar, el bergantín herido lo hacía con bastante lentitud, ya que solo disponía de las velas del palo trinquete y los focos. Como confiaba en la estrella como pocas veces en mi vida, sabiéndome ganador y para no perder un segundo ordené virar por avante.

—¡Todo a babor! ¡Virada por avante!

Don Sebastián alargó su sonrisa en confianza cuando largó a pulmón la exclamación que solían proferir los contraмаestres al comenzar una virada por avante, antes de entrar en sinfonía de pito.

—¡Allá va con Dios! ¡Al viento! ¡Al viento!

Si hubiera escrito el guión de aquel rápido combate a mi favor, no lo habría conseguido tan perfecto como sucedió en realidad. Viramos por avante sin mermas y aproamos hacia el bergantín herido, intentando dejarlo por la banda de babor y endosarle una nueva andana caliente en la jeta. El francés lo comprendió con rapidez, sabiéndose muerto de antemano al comprobar que su pareja abandonaba la escena con espuma a popa. Por tal razón, no me extrañó comprobar cómo arriaba su pabellón sin perder un segundo. Era el momento del triunfo, la primera vez en mi carrera que conseguía enhebrar aquel hermoso espectáculo a la vista, incomparable con cualquier otra emoción en la vida. Fue el segundo comandante el primero en gritar de júbilo.

—¡El francés arría pabellón! ¡El bergantín se rinde a la corbeta *Mosca*!

—¿Se ha rendido el buque francés? —preguntaba emocionado el capitán Escámez.

—Eso significa arriar su bandera, capitán. Hemos apresado un hermoso bergantín para nuestras armas. ¿Han caído muchos de sus hombres?

—Si le soy sincero, señor, todavía no lo sé con exactitud, aunque se oyen demasiados rumores de dolor en cubierta, especialmente del combés a proa.

Aunque todavía la emoción recorría mis venas y Beto me tomaba por el hombro en significativo abrazo, comprendí que con la rendición del bergantín se nos presentaba un problema de suficiente entidad. Porque normalmente cuando se apresa una unidad enemiga, se marina con dotación de presa hasta puerto propio. Pero con mis ochenta hombres, si no había que restar alguno tras el combate, sería misión casi imposible. No obstante, se trataba de pensamientos muy dulces porque la estampa, al observar como la bandera tricolor caía hasta cubierta, no la podría olvidar en toda mi vida.

## 13. El río Tajo

Como es habitual tras sufrir un combate naval, especialmente si se traba a tan escasa distancia entre buques como era el caso, las horas posteriores suelen ser de noticias a la baja para todo comandante. Mientras el ánimo trepaba hasta las nubes y la sangre todavía bullía por las venas en gloria al observar la presa a disposición, me alcanzó el triste momento de recibir las novedades que hubiera deseado retrasar. Junto a mí llegaban hasta el alcázar el capitán Escámez, Ibarreche y el contra maestre, cada uno con su propia letanía. Pero como en la mar debe primar la seguridad del buque por encima de cualquier otra consideración, abordé a don Sebastián en primer lugar sin dudarle.

—No parece que hayamos sufrido mermas importantes en el aparejo, nostramo.

—Así es, señor. Los dioses de las aguas nos han bendecido con mucha suerte, aunque soléis poner en duda su beneficio. —Mostró una sonrisa de satisfacción—. De forma incomprensible, gran parte de las rasas francesas nos pasaron en vuelo sobre la cabeza, lo que poco dice de sus artilleros. Pero entrando al grano, que sea digno de mencionar solamente nos mordieron fuerte en la mesa de guarnición<sup>[53]</sup> del palo trinquete, destrincada de pernos en su mitad de proa. Además, dos troneras descompuestas, así como el tambucho de la escotilla de proa y algunas tablas más en piques sueltos. Para regusto propio nada que no puedan reparar nuestros hombres con facilidad. Sin embargo, me permito recomendar que no carguemos presión de vela en el palo trinquete más que con plumas hasta nuestro fondeo en Lisboa, momento en el que nos sea posible afirmar la mesa en seguridad.

—Perfecto. Largaremos en ese palo solamente la vela que estime conveniente y sin arriesgar una mota. Nos encontramos muy cerca de nuestro destino y no merece la pena. —Me volví hacia Escámez, que todavía mostraba el rostro enrojecido por la emoción del combate—. ¿Y los suyos,

capitán? Pude ver como trasladaban algunos soldados hacia la enfermería bañados en sangre.

—Como habrá podido comprobar, señor comandante, se han portado a la brava nuestros muchachos. Es de tener en cuenta que la mayor parte de ellos, por no decir casi la totalidad, encaraban su primera misión de combate. Es más, se trataba de la primera vez que disparaban contra blancos reales. Debo reconocer y así lo narraré a mis compañeros del Ejército el valor necesario para disparar al enemigo a tan escasa distancia, en la que es posible escuchar su respiración. —Exhibía rastros de orgullo en el rostro—. Por desgracia, hemos sufrido tres muertos y once heridos, todos soldados menos el sargento Bonifaz, que cayó a cubierta desde la jarcia con disparo en un brazo. De los heridos dos solamente presentan bastante gravedad y andan en manos del sangrador. Mucho me ha extrañado que solamente dos de los heridos lo fueran con mordida de bala porque en su mayoría presentan astillas de madera bien clavadas por diferentes partes del cuerpo.

—Los astillazos suponen la principal causa de bajas en un combate naval. Por esa razón se utilizan los empalletados con las ropas y coys de la dotación. Pero debo felicitarlo porque estoy seguro de que gracias a su concurso ese francés ha arriado la bandera. Sus hombres han luchado como valientes. Honraremos a los caídos como se merecen. ¿Y los nuestros, Ibarreche?

—Solamente el timonel Manresa con un balazo en la garganta y muerte casi instantánea. Hemos perdido uno de los mejores marineros y el principal en su actividad. Por lo demás, tres heridos de escasa gravedad. Parece difícil de creer tras haber recibido una andanada completa a tan escasas varas de distancia.

—Nuestra Señora del Rosario nos bendijo en su manto, sin duda. Ya vi cómo caía el timonel cerca de mí con suerte negra a la cara. Seguro que esa bala se había apuntado por algún fúsil francés contra mi casaca. Dependiendo de la hora prevista para entrar en el fondeadero, llevaremos a cabo ceremonia funeraria a bordo o en puerto.

Mientras hablaba con mis hombres, había ordenado navegar con el mínimo trapo para acercarnos al bergantín francés que, como supe más tarde, ostentaba en su coronamiento el nombre de *Infatigable*. Y aunque en la distancia no parecía haber sufrido severos daños salvo el grave contratiempo del palo mayor rendido, conforme cerramos distancias pude comprobar que había saltado en bucle todo el pasamanos de babor y su bauprés bamboleaba en cuelgue con visible peligro. Además, podíamos observar en cubierta un elevado número de cuerpos que eran atendidos por algunos de sus

compañeros, lo que me hizo recordar de nuevo la importancia de disponer de suficiente fusilería a bordo en los combates cercanos. Era el momento de tomar una difícil decisión y así lo discutí con Beto y mis hombres, reunidos en el alcázar.

—Comienza a caer la tarde y hemos de tomar acciones de importancia sin pérdida de tiempo. En primer lugar que el guardián<sup>[54]</sup>, acompañado de uno de los carpinteros, tome el bote y acuda a bordo de ese bergantín para informarme de los daños reales sufridos y sus posibilidades de navegar. Que den especial atención a la posible entrada de agua y seguridad del buque aunque, en verdad, no creo que aparezca tal problema porque no efectuamos ningún disparo a la lumbre<sup>[55]</sup>. El alférez de fragata Ordovás tomará la lancha con guardia escogida de nuestra tropa para traer a bordo al comandante y todos los oficiales excepto el segundo, así como todo el armamento portátil del que dispongan a bordo, hasta el último chuzo o machete de carnicero. Y ahora es el momento de decidir cómo marinamos esa presa hasta el puerto de Lisboa. No será empresa fácil teniendo en cuenta que a la vista solamente dispone de las tres velas de su palo trinquete, si el estay principal es capaz de aguantar con ese bauprés en precario, cuestión dudosa por más. ¿A qué distancia nos encontramos de la barra de Lisboa, piloto?

—Unas veinte millas, señor.

—Eso significa que con el bergantín a la espalda no debemos tomar por simple precaución la entrada hasta mañana en las primeras horas. Y por otra parte es de todo punto imposible enviar una mínima dotación de presa porque no nos sobra un solo hombre. ¿Sugerencias?

—Si te parece bien, estimo como más adecuado el remolque con uno de los cables de media vida —apuntó Beto—. Con el bauprés en cuelgue ni siquiera se podrá utilizar en garantía las velas de proa. Puedo pasar a bordo como comandante de presa acompañado de un teniente de infantería al mando de una docena de sus soldados para controlar a la dotación. Utilizaré el timonel francés para mantener la proa de remolque. Con esta mar de dulce y si como parece el viento se mantiene del sudoeste y fresco, cubriremos esas veinte millas en diez o doce horas sin mayores problemas.

—Estoy de acuerdo. No olvides, Beto, que has de pasar la noche a bordo.

Aumentaría el cupo de soldados a unos veinte y bien aleccionados con fusil a la mano y orden de disparar a la barriga al primer movimiento sospechoso. Esos franceses son expertos en represar unidades, aunque en el caso actual les aporte escaso futuro. Y si lo consideras necesario, grillos para todos sin remisión.

—Me parece perfecto.

—Pues manos a la obra, señores. El capitán de fragata Pignatti queda nombrado por mi autoridad como comandante del bergantín *Infatigable-presa*, lo que así anotaremos en el cuaderno de bitácora.

Todo se desarrolló según el plan ordenado. Mientras a bordo se intentaba afirmar la mesa del trinquete en fortuna, para poder largar el máximo aparejo con seguridad, echábamos al agua bote y lancha que salían con rapidez hacia el buque francés. Poco después recibía a bordo al comandante y dos oficiales de guerra, así como otros tres de los que en nuestra Armada se llamaban oficiales mayores. Quien mandara el buque apresado era bastante joven, alto y de nobles trazas a la vista aunque no pudiera evitar ciertos gestos de arrogancia que mal me entraron en badana desde el primer momento. Vestía impecable casaca, como si se dispusiera a asistir a banquete regio. Revestido de una pompa y protocolo un tanto desusada, se destocó con exagerada reverencia al tiempo que me ofrecía su sable.

—Se presenta ante vos el teniente de navío de la Marina Imperial Marc Lepretre, comandante del bergantín *Infatigable* rendido ante el buque de su mando.

Hablaba en francés corrido y con un tono ligeramente altanero, sin intentar utilizar una sola palabra en español, circunstancia que también me ofendió. Ya saben el odio que se respiraba en España contra todo lo que olía a personal gabacho, un sentimiento que también ardía en mi pecho, circunstancia que sumada a la desdeñosa arrogancia del joven me hizo responder clavando picas en herida abierta. Le contesté en mi lengua.

—¿No habláis español?

Como hizo una absurda mueca de desconocimiento y no estaba dispuesto a concederle la menor gracia, aunque por mi parte conocía su idioma perfectamente, me dirigí a Ibarreche.

—¿Habla francés, segundo?

—Sí, señor —respondió extrañado, porque no parecía comprender mis intenciones, ya que el idioma de nuestros seculares aliados era conocido por todos los oficiales de la Armada.

—Lleve a cabo las funciones de intérprete, por favor. Dígale a este oficial que debería intentar hablar en el idioma del buque que lo ha rendido y que acepto su sable.

Mientras Ibarreche traducía mis palabras, tomaba el sable ofrecido entre mis manos. Aunque es norma habitual en la mar no aceptar el arma del comandante rendido, no pensaba conceder una sola prerrogativa al gabacho



prepotente y mamarón. Así continuó la conversación, con mi segundo traduciendo nuestras palabras.

—Creía que me enfrentaba a un buque corsario.

—Le repito, señor, que el *Infatigable* pertenece a la Marina Imperial.

—Cuando le avistamos izó pabellón británico, situación que mantuvo bastante tiempo. Con esa sola acción puedo considerarlo como capitán de un buque corsario y ajusticiarlo con soga al cuello sin espera de instrucción alguna, de acuerdo con las normativas en vigor.

Largaba mis palabras con rudeza y tono desabrido. Palideció ligeramente el francés al escuchar mi última frase que acompañé del gesto más adusto. Tragó saliva al tiempo que bajaba los humos hasta el talón.

—Como sabe, se trata de una estratagema muy habitual y utilizada en la mar por todas las Marinas. Pero le repito que el *Infatigable* se encuentra en las listas oficiales de la Marina Imperial.

—Esa indecorosa estratagema de izar pabellón ajeno jamás ha sido utilizada a bordo de un buque en la Armada del Rey Católico —mentí sin mudar una onza el semblante—. Como especial consideración acepto la condición que expone como oficial de la Marina francesa. —Recalqué esta última palabra, omitiendo el adjetivo que denostaba—. No hay nada imperial sin imperio y que yo sepa no dispone de él la Francia cuyos destinos rige ese curso fanteche. ¿Cuál es el total de su dotación y número de bajas habidas?

—El bergantín bajo mi mando disponía de una dotación de ciento doce hombres. —El tono de su voz disminuía por momentos, lo que poco decía de su presunta valentía—. Por efecto del combate y esa inesperada fusilería que nos batió en metralla han muerto veintiséis hombres, entre ellos dos oficiales, y se encuentran heridos de mayor o menor gravedad otros treinta y uno. Por esa razón, no ha acudido el cirujano con nosotros, pues se encuentra con mucho trabajo a bordo.

—Autorizo que el cirujano continúe al cuidado de sus hombres, aunque debería habérmelo consultado antes. Mi orden era que se presentaran ante mí todos los oficiales del bergantín rendido excepto el segundo comandante y no puede saltarse por su cuenta una sola letra. —Mantenia el tono autoritario y de evidente menosprecio—. Quedará a bordo de esta corbeta junto con sus oficiales en condición de prisioneros con libertad de movimientos bajo palabra, si es que puedo confiar en ella.

—Cuando un oficial francés ofrece su palabra en honor, supone verdad de ley.

—¿Verdad de ley dice? —Me permití una sonrisa despectiva—. Pocos compatriotas míos creerían tal afirmación. Hay muchos oficiales franceses que arrasan con todo lo que de valor encuentran en iglesias, monumentos y palacios. Parecen antiguos bárbaros a su paso por cualquier ciudad o pueblo de España que atraviesan. También violentan personas, hogares y propiedades particulares, una conducta más propia de salteadores y bandoleros, causa por la que no fío en la caballeridad de ninguno. Por tal razón, serán vigilados estrechamente a bordo con guardia cercana hasta que los entregue a las autoridades portuguesas en Lisboa mañana mismo. Remolcaremos al *Infatigable*, que ya es unidad de la Real Armada. Tan solo siento que el comandante del otro bergantín que operaba en su compañía no mostrara el valor suficiente para enfrentarse con mi buque.

Se mantuvo en silencio ante lo que podía considerar como grave ofensa, pero eran muchas las execrables experiencias sufridas en esa guerra contra los gabachos por tierras de España, incluso con ataques a mi propia familia en hacienda propia. Dada su inicial y prepotente arrogancia, deseaba humillarlo y sentí una gran satisfacción al hacerlo, aunque sea condición poco recomendable para el alma.

Con todo el armamento de los franceses a bordo de la *Mosca* para evitar posibles tentaciones, recibí los informes del guardián y carpintero que eran bastante halagüeños. Porque el bergantín sufría la pérdida del palo mayor y graves daños en el bauprés como mermas importantes, así como su bote atravesado por una rasa.

Pero una vez aclarada la maniobra en cubierta y estibadas las maderas para futuras reparaciones, no mostraba peligro alguno a la navegación si la mar y el viento se aguantaban una jornada más. Era una excelente presa, la primera en mi carrera y de la que siempre me mostraría muy orgulloso.

Beto pasó en la lancha al *Infatigable-presa*, que así debía de nombrarse siguiendo nuestra legislación marítima, con suficiente personal. Por fin y en lógica desconfianza embarcaba con el teniente Montes, dos sargentos y veinticinco hombres. Y no se andaban con chiquitas porque desde mi barco podía observar cómo se adueñaban del bergantín, apuntando a todo bicho viviente con sus fusiles y bayonetas afirmadas.

Comenzaban a caer las luces cuando llevamos a cabo la ceremonia de lanzar a las aguas los cuerpos de los caídos, tanto franceses como españoles. Con los dos buques a escasa distancia realizamos el fúnebre ritual, permitiendo al teniente de navío Lepretre asistir junto a mí, un escalón retrasado. Me impresionó el rostro de tristeza en los oficiales del Ejército,

algunos de ellos entrados en sangre por primera vez, durante el ceremonial. Es un tenebroso momento en el que intentas recordar los rostros de los que han perdido su vida por un ideal, lo que a veces no se consigue y hiere a fondo. En mi caso era sencillo porque había tratado en cercanía y día a día al timonel Manresa, único caído de la dotación, un joven catalán rubianco y vivaracho. Como resumen final, el número de muertos entre los soldados del Ejército se elevó a cinco. Y en el apartado francés fueron muchos los cuerpos con lona cosida que entraron en las aguas con una bala de fondo. Dirigí un emocionado responso en nombre de todos porque en la mar acabamos por ser lo mismo, sean de una raya u otra, aunque se tratara de indignos gabachos.

Una vez rematado el funeral marítimo y dado el remolque por corto, como el crepúsculo se cerraba con rapidez aproé al noroeste cuarta al oeste para librar con claridad el cabo Espichel y llegado a su altura progresar hacia el norte. Establecí con Beto las posibles señales que realizar durante la noche con tarros de luz, por si acaso sufría alguna situación de apuro. Y de esta forma, comenzamos a navegar a ritmo de tortugón, aunque acabamos por izar casi todo el aparejo, salvo el velacho y el juanete de proa en prevención. Mientras atacaba unas lonchas de cecina con galleta en el alcázar, bien regado todo con una frasca de vino que me sostenía Okumé, todavía los ramalazos de orgulloso placer me batían al gusto. El africano largó una de sus habituales sentencias.

—Sabía que acabaría por rendir ese bergantín. Lástima que se nos escapara la pareja.

—Entre tú y yo, Okumé, doy por buena su retirada. Recuerda que andábamos con una banda muy disminuida de fuego. No debemos abarcar demasiado. Por cierto, ¿qué tal se portó Miguelillo durante el combate?

—Es un jabato ese rapaz. Saltaba de gozo al observar los daños que producíamos en el francés, sin separarse una pulgada de don Beto. Ha partido encantado con su señor hacia la presa. Mucho tiene que contar a su familia, aunque es posible que no crean sus historias.

—Eso nos sucede en muchas ocasiones a los hombres de mar. En tierra entienden como exageraciones los episodios que vivimos día a día sobre las aguas. Bueno, mañana entraremos en Lisboa, último puerto antes de entregar esta bendita corbeta.

—Pero no se podrá quejar del recuento final. Una fragata de cuarenta cañones hundida y un bergantín apresado. Y solamente con una baja, ese timonel al que se le abría toda una vida por delante.

—Así se cuece la menestra en esta vida. Disfrutemos del momento para cuando nos lleguen las nubes negras.

\* \* \*

Cuando ya el sol comenzaba a mostrar su disco de oro, nos encontrábamos al sur del cabo Raso y tres millas largas. Habíamos sesteado durante la noche con rumbos de estima al gusto y sin forzar vela en ningún momento, cerrando distancias sin arriesgar un palmo. Para bendición de la empresa el viento se mantenía entablado del sudoeste y de todas las velas, sembrando una mar rizada que acariciaba los costados de la *Mosca* en homenaje. No se podía haber escogido día más luminoso y radiante para hacer mi entrada triunfal en la capital lisboeta con la presa francesa a remolque. De esta forma, avanteamos ceñidos a la costa septentrional, avistando la punta de Santa Marta que abre puerta a la bahía de Cascaes, bella ensenada a la que de acuerdo al derrotero debíamos dar suficiente resguardo por sus piedras ocultas. Y siguiendo las recomendaciones de mi amigo britano, ajustamos proa a la punta de Lage para seguir lo que se llama barra del norte, y de esta forma dejar a estribor el Cachopo septentrional, cuyos bancos de arena pueden llegar a ser peligrosos en la bajamar para buques de calado.

Aunque lo pensara durante la noche con cierta preocupación, no fue necesario dar aviso a Beto que demostró estar al tanto del mínimo detalle. Porque en la amanecida pude comprobar con orgullo cómo el bergantín *Infatigable-presa* mostraba en improvisada driza al peñol del juanete de proa la bandera española sobre la tricolor francesa, inequívoca señal de que se trataba de unidad gabacha apresada y marinada por personal de la Real Armada. Una inolvidable visión.

Atacamos el estuario del río Tajo cercanos a la punta de Lage, espolón elevado con peñascos en lanza y el castillo de San Julián en su cresta. Comprendí que se trataba de obra bien defendida, con ese castillo tan cercano y el fuerte de Bajío poco más de una milla al sureste. De todas formas, observé cierta prevención en el rostro del piloto por lo que entré en media chanza.

—¿Fía poco en las recomendaciones verbales y escritas, don Enrique?

—Nunca gusté de los bancos de arena, señor, aunque anuncien agua suficiente. Las corrientes acaban por moverlos de forma caprichosa y pueden ofrecer desagradables sorpresas. Andaría más tranquilo con un piloto práctico experto en estas aguas.

—No es el caso del Cachopo septentrional, según aseguraba el almirante Traylor y el propio derrotero. En bajamar ofrece tres brazas<sup>[56]</sup> de profundidad como mínimo. Y como nos encontramos casi en la pleamar, nos movemos con absoluta garantía.

—Que así sea, señor.

Una vez la punta de Lage por la aleta de babor y media milla, caímos a la misma banda hasta dejar el viento en empopada húmeda con proa al levante cuarta al nordeste, librando el Cachopo del Sur por la banda de estribor. Disminuimos vela hasta quedar con mayor, gavia y cangreja, comprobando que nos ofrecía suficiente andar para remolcar al bergantín con maniobra de pala. Por mi parte, dirigía la mirada a proa con el anteojo, esperando observar la presencia de esa inconfundible torre de Belem que cierra en tenaza la parte más angosta del río Tajo, monumento que distinguía con claridad poco después. Y ya el sol comenzaba a picar en fuegos cuando, arriado todo el aparejo e izada la señal acordada con Beto, largábamos dos anclas para fondear al abrigo, acción que era imitada por mi cuñado poco después, hasta quedar por mi aleta de estribor y a suficiente distancia que librara el borneo de ambos buques.

Aunque se divisaban casas aisladas y algún noble edificio en la ribera cercana, incluido lo que más parecía monasterio de culto, comprobé que el centro de Lisboa quedaba a levante de nosotros río adentro y unas tres o cuatro millas, divisándose en la distancia algunos muelles y pequeñas dársenas que deberían ser utilizadas por el comercio. Así se lo comenté al segundo, que también utilizaba el largomira en la misma dirección.

—Todos hablan de Lisboa como de una maravillosa ciudad.

—Por supuesto que lo es, señor, o así se mantiene en mis recuerdos.

—¿Ha tomado el puerto de Lisboa con anterioridad? —Mostré mi sorpresa con cierto enfado añadido—. Podía haberlo comentado cuando discutía con el piloto los peligros de la entrada.

—Nada podía aportar, señor comandante. Visité Lisboa cuando tenía poco más de siete u ocho años para ver a mi abuela que era natural de esta ciudad. Por desgracia, murió dos años después. En caso contrario, puede estar seguro de que nos recibiría con un buen guiso de bacalao con garbanzos que todavía recuerdo en la lengua. Pero hice el recorrido con mi madre y mi hermano mayor por tierra.

—¿Abuela portuguesa? Lo creía de familia vasca afincada en Vitoria.

—Y así es por parte de padre, señor. Sin embargo, mi madre era salmantina, hija de castellano y portuguesa. Ya sabe que quienes viven cerca

de la raya mezclan familias con los de esta tierra. Permanecimos aquí un mes largo tras la muerte en la mar de mi progenitor. Recuerdo que mi abuela hablaba mucho de cómo era la ciudad antes del espantoso terremoto de 1755, que afectó mucho a la parte baja de la ciudad con incendios y destrozos terribles. Entre los desbarates mi abuela nombraba la destrucción del Palacio Real de Ribeira.

—Nada sabía de ese terremoto —alegué con sinceridad—. Ha debido de ser reconstruida entonces.

—Así lo fue en gran parte. Y según tengo entendido ese terremoto también afectó a bastantes ciudades de España. Pero, la verdad, ni siquiera recordaba esta torre de Belem que, según parece a la vista, se sitúa en uno de los barrios periféricos.

—Bueno, ahora deberemos aguardar con calma a que algún bote de servicio nos visite en nombre de la autoridad, sea cual sea. No creo que se encuentren a la espera de nuestra llegada.

Erraba por completo en este último comentario porque retirado a descansar algunos minutos, había transcurrido una hora tan solo cuando me comunicaban el avistamiento de una lancha que navegaba en nuestra dirección desde el levante. Y con ella se acabaron las dudas porque poco después se acoderaba sin dudarle a nuestro costado. Con rapidez se me presentaba un oficial de la Marina portuguesa, a quien recibí en mi cámara.

—Bienvenido a la ciudad de Lisboa, señor comandante —dijo en correcto castellano, circunstancia que me alegró, porque recordaba no ser capaz de comprender una sola palabra a los soldados portugueses cuando hablaban su idioma de corrido—. Se presenta ante vos el teniente de navío Armando Fernández.

—Muchas gracias y le agradezco que me hable en castellano.

—Soy natural de Elvas, señor, villa muy cercana a la raya de Portugal, como ustedes dicen, y allí todos hablamos los dos idiomas.

El joven exhibía una agradable sonrisa y excelentes maneras. Le ofrecí un refrigerio que aceptó de buen grado. Mientras Okumé servía unos vasos de vino rebajado con agua fresca, bebida que mucho reconforta en los momentos de más calor del día, le expuse con sinceridad mi situación y ligeras preocupaciones.

—Me alegro de su recibimiento porque albergaba ciertas dudas sobre los pasos que debía seguir, sin instrucciones precisas ni documentos de mis mandos que presentar. Transporte dos compañías de soldados españoles

formadas y adiestradas en la isla de Menorca, que han de integrarse a las tropas anglolusitanas según tengo entendido.

—El general Wetherell del Ejército británico se encontraba al tanto de tal incorporación por noticias recibidas desde Cádiz y así lo comunicó a las autoridades de nuestra Marina. Hemos preparado dos lanchones de transporte para proceder a su desembarco desde que nos avisaron de su avistamiento por los vigías del castillo de San Julián. Y veo con agradable sorpresa que han topado en fortuna con un bergantín francés. Y con solo ver su estado deduzco que lo barrieron a muerte.

—Eran dos los bergantines que navegaban muy pegados a la costa portuguesa, junto al cabo Espichel, lo que llegó a confundirme en los primeros momentos. Mucho nos extrañó que operaran al corso tan cercanos a la ciudad de Lisboa. Por desgracia, el segundo salió en huida con aparejo al copo cuando desarbolamos a su pareja. Y dado su estado deberé dejarlo a recaudo de la Marina portuguesa para que procedan a su reparación. Ya se ajustará la presa y sus condiciones entre las dos Marinas como estimen conveniente las respectivas autoridades. Por desgracia, no dispongo de personal para marinarlo hasta la bahía de Cádiz que es mi próximo destino.

—Ya sé de la escasez de marinería que sufren en sus unidades, muy pareja a la nuestra.

—También y como favor especial desearía que se hicieran cargo de siete oficiales franceses y más de ochenta hombres de dotación en calidad de prisioneros. Sería peligroso navegar con ellos con tan poco personal para su custodia.

—Se lo comunicaré al almirante Marques que ejerce como máxima autoridad naval y de quien soy ayudante personal, para que adopte las medidas pertinentes. No será problema tomar los prisioneros.

—En ese caso quedo a su disposición para llevar a cabo las visitas de cortesía que estime oportunas.

—Si le parece bien puede acompañarme porque esas instrucciones traigo del almirante. Puede exponerle directamente a él sus necesidades de víveres o cualquier otro pertrecho, en caso de que haya sufrido mermas en el combate. Desde luego, esperaré el tiempo que estime necesario.

—Perfecto. Tan solo le pido unos minutos para vestirme de forma adecuada y dar las instrucciones a mi segundo. Bueno, una pregunta más. ¿Puedo quedar aquí fondeado o debo enmendar la situación?

—Este tenedero es bueno, pero le recomendaría levar las anclas y progresar río adentro hasta Alfeite. Podrá atracar en la misma Estación Naval

para su comodidad. Si le parece bien haré que le envíen un piloto práctico para el movimiento, cuando así lo decida.

—Le quedo muy agradecido.

—¿Piensa permanecer en Lisboa mucho tiempo, señor?

—Tan solo el necesario para que sanen algunos heridos y mi dotación descansa tras sufrir temporal y combate en escasos días. También hemos de reparar algunos daños ligeros sufridos a bordo.

—Pues ha llegado al lugar ideal para tal cometido. Por fortuna, ya los franceses se encuentran a suficiente distancia.

Todo se desarrolló a la perfección durante mi estancia en Lisboa y sin ningún remate a la contra. Debo declarar con sinceridad que siempre encontré a nuestros hermanos peninsulares como extraordinarios huéspedes y con una sincera colaboración. Y conforme los trataba como amigos más a fondo, comprendía menos la razón para que no formáramos una nación ibérica única. Porque siempre me sentí más cerca de ellos que de otros españoles de alejadas regiones. Decía el general Escaño, amante y gran conocedor de nuestra historia, que si el rey Prudente hubiera instalado la capital de Iberia en Lisboa una vez anexionado Portugal, el devenir de esa España Ibérica habría podido ser muy diferente. Y por supuesto con un carácter naval que siempre nos faltó como nación, con los políticos y golillas asentados en la Corte a tanta distancia de la mar.

Mi primer encuentro con el almirante Marques fue de gran cordialidad, interesándose no solo por los detalles de mi misión particular de transporte, sino por los problemas generales de nuestra Armada que estimaba coincidentes con los de su Marina. Se ofreció a servirnos de cualquier pertrecho o elemento necesario, aunque los rechazara porque en verdad disponía de víveres más que suficientes para el tornaviaje a Cádiz. Asimismo, decidió tomar de su mano la espinosa cuestión de los prisioneros franceses, problema que también sufrían aunque en menor medida que la nuestra. Incluso se ofreció a reparar el bergantín en su arsenal, lo que dejé en el aire por no disponer de autoridad para tal manejo que se podía derivar en deuda elevada para nuestra Armada. Quedé en comunicarlo al comandante general de mi escuadra para que en contacto con su Autoridad decidieran lo oportuno. De todas formas, era mi obligación anotar en mis documentos todos los activos a bordo del buque francés para el oportuno expediente de presa, lo que encontré adecuado y en garantía. Y no lo hacía pensando en mi ganancia particular, sino en la de todos mis hombres, que la ley se escribió para ser cumplida.



El almirante Marques me invitó a almorzar en un comedor cercano a su zona de trabajo, acompañados por su jefe de estado mayor. Estaba muy interesado en que le narrara el combate con el bergantín francés así como, más todavía, mi experiencia en las islas Azores y el hundimiento de la fragata *Clementine*. También le expuse los problemas habidos con el gobernador de las islas, a lo que respondió entre risas, dando palmadas sobre sus muslos.

—Ahora comprendo por dónde se dispararon los tiros. Su informe surtió efecto fulminante porque el general Teixeira fue destituido y enviado a casa donde, según muchos de sus compañeros, debía encontrarse desde tiempo atrás. Y quede tranquilo porque concuerdo plenamente con sus opiniones.

—Pues entrado en sinceridad, señor, no siento haber sido el causante de su descalabro.

Tras una alargada sobremesa el almirante puso a mi disposición una falúa. Habíamos decidido que en la mañana siguiente nos ayudarían a entrar la *Mosca* más adentro, donde me indicara el ayudante, lugar en el que sería posible llevar a cabo las reparaciones de los desperfectos sufridos en el combate con mayor tranquilidad aunque fueran de poca monta. Asimismo concordó en dar un merecido descanso a mi dotación que bien se lo había ganado.

Una vez de regreso en la corbeta comprobé que comenzaba sin mayor espera el desembarco de los soldados del Ejército, así como de los heridos que requerían especial cuidado, enviados al hospital bajo supervisión de un cirujano. Fue una triste despedida la que llevamos a cabo, especialmente con el capitán Escámez a quien había tomado sincero afecto. Mucho me halagaron sus palabras.

—Ha sido un verdadero honor navegar bajo sus órdenes, señor comandante, y más todavía combatir a los franceses con nuestras propias armas. No solo hemos apresado un hermoso bergantín sino que dimos muerte a más de veinte hombres. Ha sido una buena prueba de fuego para nuestros soldados, antes de combatir por tierras de España o Portugal. Y creo que hasta el temporal sufrido es muy positivo para mis oficiales. Así han podido comprobar en sus propias carnes que en los buques de la Real Armada no se navega en placer de cuna noche y día. Y si hemos de embarcar de nuevo, ya saben a qué atenerse.

—El honor de embarcarlos a bordo ha sido mío, capitán. Puede estar seguro de que sin su concurso no solo no habríamos batido al buque francés sino que lo habríamos pasado muy mal, combatiendo contra dos bergantines

al tiempo y con ochenta hombres a bordo, sin poder cubrir mi artillería. Así lo haré saber en el informe que he de elevar a mi regreso.

—Se lo agradezco, señor. Que disfrute de buena mar y succulentas presas en el futuro.

—No es fruta que caiga del árbol todos los días pero que Dios le escuche. Cuando quedamos Beto y yo a bordo en soledad, ya con las luces medio perdidas, pudimos celebrar en la intimidad el éxito de aquella navegación. Aproveché el momento para indagar sobre algunas cuestiones que deseaba conocer porque no había llegado a hablar con mi cuñado desde que transbordara al bergantín.

—¿Transcurrió en orden toda la noche? ¿No sufriste problema alguno con los franceses? ¿Colaboró el segundo comandante? Andaba un poco preocupado porque debieras pasar tantas horas sin relevo.

—Ya te dije que no era necesario. Ese teniente Montes y sus hombres no durmieron un solo minuto aunque les ofrecí repartirse la noche en guardias. Todos se mantuvieron ojo avizor, fusil en mano y bayoneta calada. Al menor movimiento gritaban con inconfundibles gestos de furia a los franceses, que se temían un disparo a la barriga en cualquier momento. El segundo comandante gabacho colaboró sin exponer queja alguna. Y Miguelillo es una joya. No sé cómo lo hizo pero me consiguió al alba un tazón con un café magnífico.

—Creo que acertaste al escoger a ese rapaz.

—Por cierto, hermoso sable. —Beto tomaba el arma del comandante francés entre sus manos, observándolo con detenimiento y gesto de placer—. Ya veo que no le concediste prebenda alguna.

—Por supuesto que no. El gabacho del demonio era prepotente y arrogante como ese monigote de su emperador. ¿Has traído contigo la bandera, como te dije?

—Desde luego, ahí la tienes. —Señaló con su mano una saca de loneta en la esquina de la cámara—. ¿Qué piensas hacer con ella?

—De momento colgarla aquí en la cámara, bien visible en el mamparo de proa. Cuando lleguemos a Cádiz la entregaré para ese Museo Naval que se creó por orden del bailío Valdés, aunque según tengo entendido sus colecciones se están repartiendo con escaso control. En último caso la donaré al Colegio Naval.

—Me parece muy bien. ¿Cuándo se hacen cargo de la presa los portugueses?

—Mañana con las primeras horas, al tiempo que enmendamos el fondeadero río adentro hasta alcanzar una zona que me han mostrado en la carta y que llaman Alfeite. Precisamente, donde ha tenido lugar la entrevista con el almirante Marques y me ha ofrecido el almuerzo. Se encuentra en la otra ribera del río, frente a la ciudad. Aunque no he recorrido más que unos pocos metros, parece ser que allí disponen de una especie de arsenal parecido a los nuestros y de suficiente entidad, así como todas las instalaciones de la Marina.

—Me parece perfecto para descansar sin sobresaltos. Pero en ese caso debemos enviar a Okumé y Miguelillo al *Infatigable* sin pérdida de tiempo.

—¿Okumé hacia el bergantín? ¿Para qué?

—Resulta que este bergantín había apresado una semana atrás a una tartana del comercio cerca de la barra de Huelva. Repasé el buque y disponen de un excelente vino francés, algunos quesos de calidad y unos perniles de aspecto delicioso procedentes de Huelva que no deben quedar a bordo. Sin olvidar los saquitos de café, que ya resta poco a bordo de la *Mosca*.

—¿Piensas esquilmar la presa? —entraba en chanza con aspecto de seriedad—. Todo ese material debe ser inventariado para su posterior...

—No debes preocuparte. Como comandante de presa soy responsable de que sea todo inventariado, naturalmente después de que Okumé dirija la necesaria requisita. Te aseguro que el vino es delicioso, sin olvidar un licor de especial aroma que según comentó el segundo procede de una región francesa llamada Calvados.

—Pues me parece una idea magnífica. ¿De cuántos perniles hablabas?

—Suficientes para alegrar los pajarillos en el tornaviaje.

Los dos reímos de buen humor mientras atacábamos las últimas paletillas de a bordo, adobadas por Okumé en deliciosa y espesa salsa. Y para rematar aquella gloriosa arribada a la capital lusa, trasegamos aguardiente hasta quedar medio amodorrados. Era situación lógica porque poco o nada habíamos rendido en el camastro durante la noche anterior. De esta forma, cerraba una página más de mi carrera en la Real Armada, de las que se mantienen grabadas en oro y para siempre sin posible olvido.

## 14. Lisboa y una vieja amistad

Tal y como acordara con los mandos portugueses, en las primeras horas del día siguiente levamos anclas en el fondeadero de Belem. A continuación, y con remolque de un alargado lanchón del arsenal, entramos río adentro hasta quedar amarrados en firme a uno de los muelles del complejo naval. Se trataba de una situación magnífica donde sería posible que don Sebastián y don Melquíades, nuestro genial y tartamudo carpintero, dirigieran las reparaciones previstas con toda placidez, especialmente las específicas en la mesa de guarnición del palo trinquete que más a fondo nos preocupaban. Y gracias a la generosa colaboración de nuestros amigos portugueses pudimos conseguir clavazón de garantía y algún tonelete de brea, un material del que no disponíamos a bordo en suficiente cantidad.

Por su parte, el bergantín *Infatigable-presa* pasaba, marinado bajo remolque por un grupo de marineros portugueses, hasta quedar atracado en lo que podría ser llamado como muelle de desarmo, en espera de una posterior decisión administrativa. No obstante, envié a nuestro espabilado contador para que llevase a cabo un correcto inventario de armas, municiones, pertrechos, víveres y todo lo que marcan las ordenanzas en cuanto al futuro dictamen de la pertinente Junta de Presas. No obstante, ya Okumé y Miguelillo habían metido mano a fondo en la tarde anterior y sin rubor alguno, hasta necesitar de dos barqueos en la lancha atestada con excelentes productos. Debieron de llevar a cabo un exhaustivo examen hasta la última cubierta porque aparecieron con carnes, mermeladas y otras golosinas que no había mencionado Beto. Pero no me estimen avaricioso de más porque pensaba ofrecer un rancho extraordinario a mis hombres para festejar la rendición del bergantín gabacho.

Sabía que con la entrega de la presa en puerto portugués se complicaba sobremanera, y alargaría más todavía, el penoso proceso administrativo que acaba por rendir como norma escasos dineros años después, cuando algunos

de los participantes con derecho a indemnización han pasado a mejor o peor vida. Se trataba sin duda de una de las diversas asignaturas pendientes en nuestra Institución, una legislación cuya actualización se había solicitado a lo largo de todo el siglo XVIII por las altas magistraturas de la Armada. Y no debe estimarse con el único sentido de aumentar el porcentaje de la presa a disposición, sino agilizar los trámites para un mayor rendimiento del corso, que tan excelentes resultados ha dado a todas las Marinas en tiempos de guerra.

Una vez al querencioso resguardo del arsenal y a la vista de la ciudad de Lisboa por nuestra banda de estribor, aquella primera mañana, cuando ya el sol había cruzado la meridiana recibí una muy agradable e inesperada sorpresa. Paseaba por la toldilla con Beto en animada charla y planificación de nuestra bajada a tierra para visitar la bella capital lusa, cuando observé la figura de un espigado capitán del Ejército portugués con su inconfundible y colorido uniforme por el muelle en dirección a la plancha de la corbeta. Aunque el sol incidía en mis ojos hasta casi cegar la visión, fueron sus inconfundibles movimientos los que me anunciaron al personaje sin posible duda. Ante la sorpresa de Beto, que nada comprendía, apresuré el paso a la carrera hacia el combés para recibirlo en persona. Y el asombro de mi cuñado se elevó hasta la cresta al comprobar cómo gesticulaba ante su presencia, así como mis primeras palabras de bienvenida.

—¡Pepe! Por todos los santos del reino celestial que no puedo creerlo.

Nos fundimos en un apretado abrazo con risas entrecortadas de alegría, antes de que el visitante pudiera enhebrar una sola palabra. Y en verdad que mi júbilo era sincero porque no podía imaginar tan inesperada presencia a bordo de la *Mosca*.

—Deja que te vea a mayor distancia. —Se separó para observar mis vueltas con regocijo—. Mi buen amigo Santiago de Leñanza ascendido al empleo de capitán de navío —Pepe bromeaba con su habitual gracejo—. Seguro que aquella fragata *Clementine* que voló por los aires en la ensenada de las Conchas, gracias a mi esforzado concurso, fue la causa detonante.

—No exageras una pulgada. Pero bien que expuse tu extraordinaria colaboración en mi parte de campaña. Tal conjunto de lisonjas por escrito deberían haber producido tu inmediato ascenso.

—¿Ascenso? En estos días no asciendes aunque mates al emperador gabacho de una cuchillada.

—Bueno, todavía me cuesta creer que eres tú en persona. ¿Qué haces por aquí?

—Por favor, Santiago, eso debería preguntarlo yo. Te recuerdo que Lisboa es la capital de mi país. Desde la terraza de la casa donde vivo, propiedad de una tía lejana que espero heredar en pocos años, he observado cómo un barco entraba a remolque en la estación naval. Y por todas las zorronas del sultán, como tú sueles decir, que debí restregar mis ojos a fuerza hasta comprobar que en efecto se trataba de la corbeta *Mosca* donde tan buenas experiencias había vivido. Y como dispongo de catalejo propio enfoqué con rapidez hacia el alcázar para descubrir el corpachón de mi buen amigo español. Hace muchas semanas que no me sentía tan feliz.

El capitán de infantería José Lopes de Moura, hijo de española extremeña y militar portugués, había embarcado en Cádiz a bordo de mi corbeta para su traslado con los restos de un regimiento lusitano hacia las islas Azores. Lo que comenzara con afinidad de gustos y alargadas conversaciones acabó por desembocar en una entrañable amistad. Habíamos vivido a fondo y en estrecha colaboración durante un par de meses, con las muchas y variadas aventuras corridas a bordo de la *Mosca* por aguas isleñas, hasta dejarlo de jefe de guarnición en la isla Flores tras hundir aquella fragata *Clementine* con la imprescindible ayuda de sus hombres. Al comprobar que Beto se mantenía a nuestro lado, procedí a las obligadas presentaciones. Y como mi cuñado se encontraba al tanto de las vicisitudes corridas en la anterior campaña, comprendió la alegría que ambos expresábamos. Sin pérdida de tiempo nos movimos por la cubierta hacia la cámara, manteniendo al portugués amparado con mi brazo sobre su hombro.

—Mucho he oído hablar de usted a mi cuñado, capitán —dijo Beto.

—Espero que fuera en su aspecto positivo. Estoy seguro de que mi buen amigo español le habrá despoticado por haber esquilado su bodega cuando me mantuve a bordo, o intentarlo al menos. Por cierto, Santiago, espero que te reste a bordo alguna frasca de ese incomparable aguardiente.

—Por supuesto y añadido con excelentes caldos franceses. Pero, dime, ¿cuándo has regresado de tu dorado exilio?

—¿Dorado exilio dices? —realizó un gesto de repulsa con rostro y manos—. Ese inútil del general Teixeira quería pagar conmigo lo que estimó como grave descortesía por tu parte. Su ayudante me narró con todo detalle la conversación que mantuvo contigo, que mucho me hizo gozar. Celebré por alto tu decisión y valentía al ponerlo en el sitio que merece tal botarate, aunque muestre vueltas de general. Por fortuna, fue cesado poco tiempo después, que en caso contrario seguiría exiliado en el confín del mundo. Tras sufrir seis meses en esa alejada isla donde no mora ni una sola moza aceptable

a la vista, me han concedido el pase a la Península con un mes de licencia. Llegué a Lisboa la pasada semana. Pero ahora eres tú quien debe explicar la presencia en mi tierra. ¿Ese bergantín desarbolado que entró en el arsenal al mismo tiempo navegaba contigo? ¿Habéis combatido con los franceses cerca de aquí? No he observado daños en la *Mosca* aunque también conozco a fondo vuestras posibilidades de inesperada y milagrosa reparación.

Narré a Pepe con rapidez lo vivido desde nuestra separación, con especial énfasis al apresamiento del bergantín gabacho. Mi amigo portugués batía palmas al tiempo que sonreía de placer.

—Bonaparte te va a considerar como un peligro nacional. Ahora comprendo por qué hablabas de ofrecerme generosos caldos franceses. Por lo que veo, no solo los britanos son amantes del rico botín. —Volvía a reír—. Por cierto, con la sorpresa producida con tu avistamiento nada más despertar al nuevo día, todavía no he probado bocado esta mañana.

—Eso lo remediaremos con rapidez. Esperaba ese comentario por tu parte de un momento a otro.

Aunque era un poco temprano para atacar el almuerzo, lo adelantamos en honor de nuestro especial huésped. Y fiel a sus costumbres Pepe parecía náufrago que no ha comido una miga ni bebido una gota en varias semanas. De todas formas, fue una comida inolvidable, porque pocas experiencias son comparables en la vida al inesperado encuentro con un viejo amigo, a quien no se saluda en meses. Beto también acabó por entrar en confianza con él, condición que era imposible evitar. Cuando por fin atacábamos la sobremesa con aguardientes, Pepe solicitaba mi permiso para encender un alargado cigarro, gusto que le desconocía.

—No sabía que tomaras tabaco al chupete. Andas parejo a mi cuñado, que también se aficionó hace poco con esas plantas americanas.

—Fue en la isla Flores donde le tomé hábito. Arribó una goleta inglesa con estos cigarros de las Antillas y su capitán me obsequió con un mazo de generosas proporciones. Poco a poco y con toses añadidas me hice a su sabor. Te advierto que no hay nada más agradable para acompañar el aguardiente, aunque cuando empiezas con el tabaco, sea cual sea el sistema, no es posible dejarlo y mal lo soporto cuando no dispongo a mano. Por cierto que si el aguardiente de tu tierra es extraordinario, este francés de color terroso poco le envidia.

—Los vinos también eran de calidad, procedentes de la Borgoña como atestiguaban las cajas. Lástima que no apresemos un buque francés todos los días —dijo Beto con entonación de tristeza.

—Pasemos a la cuestión más interesante. ¿Cuánto tiempo vais a permanecer en Lisboa, la ciudad de mis sueños? —preguntó por derecho.

—Es decisión a tomar por mi parte con entera libertad. Como he de reparar algunos desperfectos sufridos en el combate, aunque sean de escasa monta, puedo alargar mi estancia lo que estime oportuno. Y como por desgracia he de entregar el mando de la *Mosca* nada más arribar a Cádiz, no me acucia prisa alguna.

—Me parece perfecto. Os mostraré Lisboa de cabo a rabo con sus preciosos monumentos e iglesias, sin olvidar la excelente comida, los vinos muy aceptables y la belleza de sus mujeres. Todavía me restan más de dos semanas de permiso antes de regresar al ejercicio de las armas, lo que me capacita para ejercer de anfitrión como os merecéis.

—Pues en tus manos quedamos de mil amores y sin oponer a la contra.

—No os arrepentiréis.

Siempre recordaré aquellos cinco días de intensa felicidad. Como los hábitos y costumbres mudan en las personas conforme la vida se nos va quedando atrás, cada vez gozaba más con la detallada visita a ciudades desconocidas, un cambio en la característica habitual del hombre de mar en el que la entrada en puerto no es más que un accidente a solventar con rapidez. Y como Pepe había prometido, comimos y bebimos de forma espléndida, visitamos la ciudad sin perdonar barrio alguno y atacamos sus tascas por las tardes. Fue en esas tabernas antiguas donde, como principal diferencia con la cercana España, no entonaban los clásicos fandangos y coplillas de alegría, sino melodías preñadas de añoranza que, sin embargo, entraban por los oídos con gran placer. No obstante, y aunque evitara mostrarlo en mi rostro, al escuchar aquellos cantos de amores en tristeza se paseaba con frecuencia el rostro de Audrey por mi mente, como si se amadrinara a ellos sin posible descuelgue. Y como era de esperar, no permitió Pepe que sacáramos una sola moneda de la faltriquera porque en su opinión nada debíamos pagar en tierra portuguesa.

Mucho gusté de recorrer la ciudad que se abrió a la mar durante siglos y donde la ciencia de la navegación bebió aguas sin freno. Grandes marinos ofreció a la Historia la nación hermana que junto a España descubrió el mundo entero hasta repartirse el orbe por su mitad en bula papal. Y si había considerado a Pepe como hombre frívolo y un tanto superficial, cambié el criterio de proa a popa en menos de veinticuatro horas. En realidad, se trataba de un personaje muy culto que se convirtió en un magnífico cicerone. No dejamos de visitar monumento de mayor o menor antigüedad, acompañado de



sus extensas explicaciones que a mi cuñado Beto debían aburrir aunque mostrara interés. Incluso se recreó en aquellas obras llevadas a cabo por monarcas españoles, cuando la tierra lusitana formaba parte de nuestra corona. De todas formas, encontré como parte más típica y curiosa la *cidade baixa* o parte más baja de la ciudad, de construcción regular y con tres calles principales en cuyas tabernas comimos y bebimos mientras escuchábamos esos preciosos y sensibles lamentos de amor, acompañados por un extraño violín abombado y de gran tamaño al que llamaban viola.

Fueron cinco jornadas de extrema placidez y relajación en las que me sentí extrañamente feliz, como si de esa forma los miasmas de la cabeza volaran en alto, una condición que jamás había disfrutado tierra adentro. Comprendí la fama de mujeriego que Pepe disfrutaba con sus compañeros, porque no perdía ocasión de entablar requiebros a la llana y sin cortapisas, sin tener en cuenta rasgos ni condición en las hembras. Acabé por considerar que gustaba de todas sin posible excepción. Tan solo en el tercer día fuimos invitados a una recepción en la residencia del almirante Marques con todos mis oficiales, aburrido sarao en el que pude departir con el general Wetherell, quien me agradeció el aporte de tropas españolas para la campaña. Sentí que no pudieran asistir los oficiales del Ejército español embarcados en la *Mosca* y saludarlos de nuevo, pero ya el general me explicaba que habían salido en dirección a Évora para agruparse en un regimiento británico.

La corbeta bajo mi mando se encontraba en dulce y no había razón posible a la vista para retrasar un día más mi salida a la mar, razón por la que decidí establecerla para el miércoles 29 de agosto. Y pueden estar seguros de que fue empresa hartó difícil convencer a Pepe y aplacar sus protestas, cuando aseguraba sin cesar la necesidad de utilizar una semana más para completar la visita. Renegaba por no disponer de casa propia en la ciudad y ofrecernos un sarao en condiciones como digno colofón, según sus propias palabras. Quedamos en una próxima visita suya a la ciudad de Cádiz y poder presentarle a la prima Cristina, aunque dudara de que fuera un objetivo adecuado para quien consideraba como una hermana a la que debíamos buscar varón casadero.

—¿Quieres presentarme a una joven prima de especial belleza, cabeza de casa ducal española y con generosas rentas a la vista? Dada nuestra amistad, creo que seré el hombre más indicado para ocupar su corazón.

—No estoy muy seguro. Me temo que la dejarás con rapidez para buscar otros brazos.

—Concuerdo con tu opinión sin dudarlo —entró Beto con risas.

—Os equivocáis por completo. El día que abandone esta privilegiada soltería que disfruto, aunque mi pobre madre muera inevitablemente del susto y gozo añadido, comenzaré a ser un nuevo y respetable hombre de familia. Y si paso a formar parte de la vuestra, con mayor razón.

Aunque habíamos disfrutado de días soleados y con un magnífico tiempo, el día previsto para abandonar el hermoso río Tajo que nace en montañas españolas para acabar por morir entre melodías tristes se abrió preñado de rumazón negra y ese viento del sudoeste que parecía empernado a perpetuidad por aquellas latitudes. La mañana anterior había rendido visita al almirante Marques para despedirme oficialmente de Su Autoridad y agradecerle las deferencias recibidas. De nuevo se mostró con extrema cordialidad, deseándome una venturosa navegación de regreso a Cádiz. Al mismo tiempo, me entregó una carta dirigida a quien consideraba un buen amigo, el comandante general de la escuadra del mar Océano, en la que le notificaba determinados aspectos sobre el bergantín apresado y su posible puesta a punto. Para cuadrar las atenciones de su parte, acepté el generoso ofrecimiento para que uno de los lanchones portugueses del arsenal nos remolcara río afuera, auxilio que libraba a los hombres de mi lancha de una actividad supletoria y agotadora.

Dijimos adiós a Pepe con efusivas muestras de generosa amistad y promesas de futuros contactos. Poco después con el remolque afirmado en proa, largamos estachas al muelle. Pepe agitaba los brazos en tierra con la tristeza reflejada en su rostro. De esta forma, comenzamos a desandar lo navegado días atrás, avanteando la torre Belem cuando ya las aguas del Tajo se abren en bandeja hasta cuajarse de inmensidad. Y aunque penaran los remeros portugueses, debí mantener su auxilio por causa del viento contrario hasta librar los Cachopos a banda y banda, momento en el que agradecí su trabajo con unas frascas de vino y largábamos mayores, gaviás y foques para aproar al poniente con bolina dura. Volví la cabeza a popa por última vez, pensando que gustaría de regresar a esa preciosa e inolvidable ciudad, una sensación más que repetida en los hombres de mar aunque nunca sepamos si tal condición será posible algún día.

\* \* \*

Desde el primer momento comprobamos que el tornaviaje por la costa portuguesa no iba a ser juego de placer y coplas, como en la trepada hacia el norte. Mientras progresábamos con la bolina en trance, ya el viento se

mostraba frescachón y la mar alargaba sus olas con rostro a malas y un color que suele anunciar bofetadas sin medida, esa era al menos la forma en la que el contra maestre explicaba sus augurios. Por tales razones y una vez avanteada la perpendicular al cabo Raso, con mayores y gavias progresamos con la proa rendida dos cuartas hacia el norte desde el rumbo inicial. Intentaba ganar el suficiente barlovento que nos permitiera una bordada posterior franca hacia el sur.

El mediodía que suele aclarar las condiciones futuras no amparó ventaja alguna en la ocasión. El viento, sin variar media cuarta en su dirección, aumentaba a cascarrón de fuerza, aunque más era de preocupar la mar, con olas de un tamaño que no se correspondían al cuadro. En esa dirección interpele a Beto y don Sebastián.

—Los días pasados han sido de mar en plata. No comprendo de dónde proviene esta mar que más asemeja faldas de lejano temporal.

—Eso mismo pensaba yo —certificó Beto—. Está claro que el viento se mueve en escalada y acabaremos por meter cabeza en temporal duro si no retrocede, pero la mar todavía debería quedar en marejada de orden.

—A veces se aparece en adelanto —sentenció el nostramo—, como movida en ascuas por algún dios menor. Pero concuerdo con vos, señor —se dirigía a mi cuñado—, en que acabaremos por sufrir temporal duro del sudoeste más pronto que tarde. Voy a preparar la capa con mis hombres sin perder minuto, que más vale prevenir en futuros y luego no nos tome descalzos.

—Por esa razón, he alargado la bolina. Y vamos a caer una cuarta más ahora que todavía nos es posible navegar con las gavias. Pero preparen esa capa que la utilizaremos sin remisión.

Aunque la mar se alzaba en marejada gruesa con olas de respeto en picos blancos, el viento se mantuvo en la estadía de frescachón durante todo el día y hasta con algún deslíz a la baja que nos hizo albergar esperanzas. No obstante, fue solo un espejismo para desgracia de mi querida corbeta y nuestros cuerpos. Porque entrada la noche en el segundo cuarto, fue necesario aferrar las gavias con el cascarrón batiendo alas sobre los palos. Y no me decidí por tomar ni una mínima faja porque no era de necesidad mientras ganara barlovento y más valía no arriesgar una mota la seguridad de los marineros y grumetes con manos y pies moviéndose entre tinieblas.

El penúltimo día del mes de agosto se abrió, si es posible utilizar tal acepción, de muy mal cariz con cielos cubiertos en manto negro, chubascos sueltos, ventarrón del suroeste y la marejada gruesa con olas de crestas que ya

comenzábamos a tomar en serio y guarda al timón. Nos manteníamos con el trinquete y mayor solamente más el refuerzo de proa, comenzando a dar saltos como carruaje por roderas. Dudaba en caer a babor para tomar la bordada al sur, pero acabé por decidir que era mejor separarse el máximo de la costa. Tuve la sensación de que los dioses de la mar parecían jugar con nosotros, apretando la soga poco a poco y sin mostrar su verdadero rostro. Porque si la mar cedía durante algunos minutos, recobraría la fuerza sin pérdida de tiempo para afirmar su jerarquía. Y como siempre es bueno preparar el futuro pensando a malas, charlé con el piloto.

—¿A qué distancia nos encontramos de tierra en su estima, don Enrique?

—Menos de lo que preveíamos en mi opinión, señor, porque esta mar nos fuerza mucho a sotavento. Pero disponemos de cancha suficiente si piensa en una capa alargada con deriva al nordeste. Debemos estar con estima ligera a la altura del cabo Roca y unas treinta millas. ¿Piensa forzar un bordo al sudeste?

—No. Prefiero esperar y verlas venir. Ninguna prisa nos acucia de momento y prefiero mantenerme bien lejos de las piedras.

—Estoy de acuerdo, señor. En general esta costa es mala y sucia, con pocas arenas de salvación.

—A ver si nos pasa por encima esta mano negra y podemos regresar a la navegación galana y comida caliente —apuntó Beto—. Pero por ahora concuerdo con vosotros y continuaremos con rancho frío.

Por la tarde del día 30 el temporal estaba definido sin vuelta. El viento aullaba como griterío de locos entre las jarcias y las olas comenzaban a romper contra el casco a fuerza, con algunos toconazos de cierta preocupación que nos viraba la proa en peligro. Para mis adentros, continuaba con la cantinela de que no se ajustaban mar y viento en la armonía debida, que una procede del otro sin posible enmienda, situación de mal carácter para la navegación y capa porque se han de afrontar dos enemigos a un tiempo y no siempre con fuegos desde la misma dirección. Y si ya las tripas llamaban a la mala, me llegó Okumé con sus sentencias, que no siempre agradaban.

—Poco gusto de este pastel, señor. Parece mentira que sin haber cambiado de dirección el viento en una semana, acabe mostrando tan mala cara.

—Nunca gustamos de temporal corrido.

—¿Piensa acudir a la cámara?

—De momento, no.

—En ese caso, le acercaré galleta y cecina tierna con una frasca de vino francés. Ha de engullir chichas si la mar se mantiene por largo.

—De acuerdo.

Me dispuse a soportar la noche en el alcázar hasta que el cuerpo aguantara. Por fortuna, el descanso gozado en Lisboa durante casi una semana otorgaba fuerzas supletorias y me encontraba fresco, aunque la noche anterior hubiera dormitado un par de horas solamente. Pero como decía Okumé, ahora el pastel entraba en vinagre y debía mantener todos los sentidos en alerta. Porque nunca se sabe en la mar de dónde pueden atacar los males y aunque la experiencia es la madre, mucho puede laborar a favor la suerte que ha de protegernos en manto. Sin olvidar nunca que todo artefacto alistado por los hombres para navegar por las aguas puede llegar a ser engullido por la gran señora de un sencillo tabanazo.

## 15. Lucha a muerte

Sufrimos duras experiencias aquella noche en la que forzábamos el último día de agosto del año del Señor de 1810. Y aunque al abrir cada nueva singladura en el cuaderno de bitácora sea antigua costumbre marinera ofrecer cada segundo de nuestra vida al Creador del mundo, las horas que vivíamos parecían más propias de las calderas de su enemigo Lucifer. El temporal del sudoeste se encontraba entablado a varas sin una mínima concesión ni respiro, cuando la mar quiere demostrar muy por claro su absoluto dominio en morada propia. De momento la *Mosca*, fiel a su habitual y magnífico comportamiento marinero, aguantaba el maretón del cielo cediendo el terreno preciso para que no le hincaran de lleno las olas en mordeduras de raya. Establecimos la capa más somera y clavada a tachón, con el trinquete en calzones y a doblón el triángulo de trinquetilla, llamado por el nostramo a la antigua como «malos vientos», en un intento de correr las turbonadas hasta crear suficiente remanso de vida a barlovento, aunque no lo consiguiéramos en todas las ocasiones.

Fue noche de cien largas horas con todos los hombres de braza alistados al punto sin posible renuncia, alimentados al quite con picos de galleta y queso, así como algún sorbo de aguardiente rebajado en cacillo. La estructura de la pobre gacelilla gemía en sonoros lamentos, demostrando con sus piruetas equinas de proaalzada la sabiduría de su acepción. Y alcanzábamos momentos de cierta turbación al no poder descubrir siquiera si los llantos se debían a machetazo de quilla o balance rondón. Las olas en monstruosas crestas blancas nos entraban a pares y sobre los cuernos con demasiada variación en cuanto a su dirección, lo que imposibilitaba en muchas ocasiones una previsión de timón y avisos de guarda. Recibimos golpes de extrema dureza que me dolían en el alma como inesperada coza, temiendo que en cualquier momento se produjera una vía de agua o desarbolo de algún palo. Después de todo, la única ventaja que la noche ofrece al espíritu metido en

toberas es no poder observar el sufrimiento con los ojos, porque algunas obencaduras o estays debían entrar en tensión límite.

Con las primeras luces, un tenebroso cuadro que podríamos definir con manto gris en los techos y espuma a nuestro alrededor, comenzamos a observar las montañas blancas atacando la *Mosca* al capricho. Fue el momento en el que me dirigí a don Sebastián.

—Nostramo, mucho sufre el triángulo de proa. Como no aguante ese estay acabaremos rendidos. Creo que será mejor arriar la trinquetilla.

—Eso pensaba hace un rato, señor. Pero en ese caso correríamos la clásica trinquetada<sup>[57]</sup>, popa a las crestas y sin posible enmienda de proa.

—Así es, aunque poco guste que me alcen la popa en volandas. Bracearemos al mínimo y viéndolas llegar. Menos mal que por gracia y sabiduría de sus constructores, esta corbeta saca la cabeza del agua con pasmosa facilidad. Pero no queda más remedio. Es posible que nos hiciera falta mayor peso en los bajos, como expusimos hace meses.

—Razón tiene, señor. Un buque sin el adecuado lastre sufre como peonza ronzona.

Aunque todavía dudábamos, no fue necesario tomar la medida expuesta porque a continuación y con estrépito más parejo a la rasgadura de la bóveda celestial, el triángulo de proa se rifaba al completo por su gratil de trabajo para quedar en reliquias sin posible composición. De esta forma, se allanaban las vacilaciones porque, tal y como habíamos expresado, no quedaba más remedio que correr en popa con el trinquete y a verlas venir.

—Trinquetada a la vista, don Sebastián.

—Puede que no haya sido malo del todo, señor, y en beneficio del estay mayor, aunque hayamos perdido esa vela reforzada que no debía encontrarse muy en limpio. Mal trapo nos entregan en los arsenales por estos días, lo que debería producir vergüenza. No obstante, parece obra demoníaca que puede apretar la mar al punto de llevarse como una pluma esa vela amparada en doble lonada. Que nuestro dios Neptuno no nos olvide en la ocasión.

Cuando ya tomábamos la tarde sin variación alguna, poco me preocupaba Neptuno en particular y más el abatimiento franco del buque al nordeste. Ataqué al piloto, que se había trincado con sabiduría junto a la timonera en barbeta.

—Llevamos más de veinticuatro horas en capa, don Enrique. ¿Qué distancia habremos abatido?

—Calculo que de treinta a cuarenta millas, señor, en dirección nordeste o alguna cuarta más al leste porque la proa pica demasiado a barlovento con

algunas olas.

—Pues no parece que lleve camino de amainar la sinfonía, sino mantenerse en tablas como temporal de golondrinas<sup>[58]</sup>.

—No sería situación normal por estas aguas en mes de estío, señor, que más parecemos andar preñados de un otoño chubascón.

—Nada es normal en este temporal o así lo entiendo, razón que mucho me desagrada. Mala condición es que la mar y el viento no caminen amparados de la mano. Estimo que si continuamos derivando al nordeste deberíamos librar la costa portuguesa hacia el norte.

—Así será con un poco de suerte, señor.

—¿Por qué habla de la suerte?

—Con el terreno ganado a poniente en las primeras horas libraríamos en la deriva cabo Carvoeiro, con esa península de Peniche que se abre en punta de lanza hacia levante. A continuación, la costa corre franca al noreste y a nuestro favor, sin mayores problemas en principio. Pero frente al cabo se encuentran las islas Berlingas con sus farallones en rompientes a diez millas o alguna más, que nos pueden cerrar el camino.

—Es cierto, las islas Berlingas. —Observaba la carta que mantenía don Enrique a cubierto—. Al menos existe paso franco entre ellas y el cabo.

—Paso claro para navegar con vientos propicios y gobierno a mano. Pero todavía quedan muchas millas y es muy posible que las dejemos a sotavento. Lástima que no pudiéramos progresar algunas millas más a barlovento antes de entrar en temporal. Por fortuna, parece que el timón responde con la pala al extremo.

—Siempre que no nos apriete una ola de proporción en dicho momento.

Volví a observar la carta para comprobar que desde el cabo Carvoeiro hasta la islas Berlingas disponíamos de unas seis millas con paso franco, espacio suficiente para dar maniobra al copo y un posible socaire. Sin embargo, a su alrededor aparecían algunos bajos peligrosos y las Estellas, para rematar a continuación, en dirección NNO<sup>[59]</sup> y tres millas largas con los peligrosos farallones. De pronto, sentí un ligero escalofrío al comprender que a poco más de veinte millas, si la estima era correcta, deberían aparecer esas islas a proa, a babor o a estribor, que de los cielos dependíamos con impreciso conocimiento. Oí a mi lado la voz de don Sebastián.

—Esas islas Berlingas o Berlengas, como las llaman los portugueses, eran nombradas por algunos antiguos islas de Saturno. Más de un buque clavó los cuernos en ellas y sus farallones.



—No me sea cenizo a la cara, nostramo —dijo Beto que acababa de aparecer, amparado en benigna sonrisa.

—No me preocupan esas islas, señor, porque llegado el momento podríamos gobernar lo suficiente para Librarlas.

—A bordo del bergantín *Tornado* navegué entre las Berlingas y tierra en un par de ocasiones. El paso se abre muy franco, aunque no sea plato de gusto en situación como la que ahora sufrimos. Ofrecen rompientes de cuchillo y solamente dos o tres pequeñas playas arenosas en cinturón al noroeste y sudeste. También creo recordar que en un peñasco pegado a la Berlinga grande se erguía una antigua fortaleza, unida a la isla por puente de piedra.

—En el derrotero se describe como fuerte de San Juan Bautista, construido en los primeros años del siglo XVI pero abandonado en la actualidad —apuntó el piloto.

—Ese debe de ser —continuó Beto—, porque ya entonces se encontraba sin guarnición. Pero llegado el caso, podríamos gobernar lo suficiente para librar esas islas con golpe de timón sin mayores problemas. Y como último recurso, según el derrotero los fondos de piedra solamente aparecen en el cruce del cabo Carvoeiro hacia las islas. El resto es de arena o cascajo, un buen tenero. Con esos cables nuevos que te entregó el britano aguantaríamos al ancla con el socaire que ofrece la propia isla.

—No es mala solución, aunque prefiero librarlas a sotavento con claridad y navegar al placer.

—Brindaría por ello.

Poco convencido de los comentarios, entramos en una nueva noche de crespones negros con el temporal mordiendo maderas sin tregua. Porque aunque a veces, metidos en marejadas de montañas, se ofrece algún respiro de alivio al navegante, unos pocos minutos en los que es posible abanicar los pensamientos, tal condición no aparecía ni en migajas de pobre. Y aunque no lo declarara en abierto, estimé que el viento se tomaba una vuelta más, que hasta los calzones gualdrapeaban<sup>[60]</sup> con estruendo. No obstante, fue a medianoche cuando expiraba el mes de agosto o poco después, cuando los dioses de la mar o sus demonios más bien nos atizaron con el vergajo de fuego en los lomos. Una ola monstruosa nos atacaba por la aleta de babor sin previo aviso, de esas que estimas capaces de rendir los palos de una catedral. Como se trataba de función repetida y con los quebrantos acostumbrados, no estimé daño importante, porque mi primera mirada la dirigía siempre hacia el aparejo que, por fortuna, se mantenía orgulloso. No obstante, fue el timonel

Carboneras, marinero de fuste y brazos poderosos, quien gritó poco después a pulmón.

—¡No responde el timón! ¡Rueda en libertad!

Como no era capaz de observar una bombardera de a sesenta y cuatro a dos pasos en la oscuridad, me acerqué hasta su posición para comprobar que, en efecto, era posible mover la pesada rueda con la presión de un solo dedo. También Beto y el contraestre lo constataban en persona poco después. Elevé en voz alta lo que era más un ruego que una posible información.

—Espero que hayan faltado los guardines<sup>[61]</sup> tan solo.

—Recemos para que así sea, señor. Pero hasta que dispongamos de suficiente luz nada es posible comprobar ni reparar —sentenciaba el contraestre con entonación a la baja.

—En efecto. Que Dios nos bendiga y ninguna ola nos cruce a la mar. Es muy escasa la maniobra que nos permiten las brazas del trinquete. Debemos utilizar el pico de un foque y el de la propia cangreja como posibles respuestas alternativas, nostramo.

—Tal medida pensaba recomendarle, señor. Esa maniobra de enmendar proa con un piquito en el estay mayor es más sencilla, pero con la cangreja resultará peligrosa. De todas formas, nos exponemos a perder ambas y ya sabe cómo andamos de repuestos.

—Más peligroso sería quedar atravesados a la mar sin posibles.

—Desde luego, señor. Alistaremos ambas con la mayor rapidez.

Con esta medida intentaba corregir la proa o la popa en determinados momentos de peligro, que aparecerían más pronto que tarde. Para evitar cruzarnos a la mar, dependiendo de su dirección y guiñada posterior izaríamos el foque una mínima cantidad o la cangreja en asomada hasta recobrar la proa deseada, para ser arriados a continuación. Se trataba de una labor extra, nada sencilla de realizar y con resultados inciertos y peligrosos, pero no restaba otra medida a disposición, expuestas las limitaciones que concede el braceo del trinquete en calzones. Porque un buque es capaz de maniobrar sin timón según la propia ciencia si utiliza su aparejo con muy buena mano, aunque sufra severas restricciones, pero en situación de viento y mar adecuadas que no se daban en la ocasión. Y como era de esperar, atravesamos una noche infernal que no debería sufrir ser humano, con lucha entablada a muerte contra el viento, la mar y sus consecuencias. En diversas trompadas las olas nos movían al juego de luces, para quedar en algunas ocasiones completamente atravesados a la mar. La sangre se alzaba en dichos momentos hasta la galleta porque era consciente de que con tan negativa

circunstancia, una ola de crestas alzadas podía dar con la *Mosca* en vuelco al compás y pasar a los reinos de Neptuno en superior arrancada. Por fortuna, las superamos con tino a las manos y el apoyo de la Patrona, a quien ya muchos alzaban rezos en silencio.

Entramos en el primer día de septiembre, una jornada cuyos recuerdos se mantienen prendidos en mi mente sin una mínima variación. Y no es necesario explicar cómo se aparejó el crepúsculo en la amanecida, con cariz de muerte. Cuando la luz lechosa ofrecía suficiente iluminación, comprobamos con desesperación que el problema en nuestro gobierno era mucho más severo al deseado en los corazones. Aquella maldita ola que nos tomara por el anca a borbotón de espuma se había llevado de cuajo y en limpio toda la pala del timón, como si quisiera prender en sus bigotes blancos un recuerdo de la sufrida corbeta. Volvimos a reunirnos en el alcázar con los gestos abatidos, ahora con el resto de mis oficiales de guerra y llamado el carpintero a consulta.

—Está a la vista que atravesamos una condición muy delicada, señores. ¿Creen que podremos aligerar una espadilla<sup>[62]</sup> de fortuna? Espero que no habremos perdido las vergas de respeto con las olas —preguntaba al contraamaestre y carpintero sin ocultar la preocupación.

—Esas perchas se encuentran a buen recaudo, señor —dijo el carpintero con su habitual tartamudeo que, sin embargo, parecía acentuarse en momentos comprometidos como aquel.

—Desde luego es posible intentar la espada sin ninguna duda, señor —aseguraba el contraamaestre—. Don Melquíades puede clavar unos cuartones<sup>[63]</sup> a la verga de respeto del juanete mayor y equilibrarlo en fuste. Pero para que sea posible su instalación, tarea de mimbres, necesitamos unos factores que...

—Que no se dan en estos momentos —rematé la frase con falsa sonrisa—, como son disponer de mar aceptable para que se pueda trabajar a popa con el bote y personal colgado del coronamiento. Y suficiente luz para los ojos. Eso quiere decir que hasta aligerar este temporal hemos de continuar con los piquitos de foque y cangreja en atención permanente, y algún rezo elevado a las alturas.

—Y que no debemos utilizar la cangreja y el triángulo de proa en demasiadas ocasiones o acabarán rifados en tiras finas —insistía don Sebastián, muy querencioso del trapo propio—. Ya sabe, señor, que no lo digo por el trabajo extra que conllevan tales maniobras.

—Ya lo sé, nostramo. La verdad es que en estos momentos solo pienso en sobrevivir y salvar el buque —contesté sin dudarlo—. Poco me importaría superar este temporal y disponer después de medio aparejo nada más para navegar.

Las palabras lanzadas sobre las aguas quedan prendidas de los vientos, por lo que cuando estos se alzan a nivel de temporal vuelan sobre las galletas. Es razón bien sabida que en la mar todo puede ir a bien, a mal o a peor, por mucho que se perciba haber tocado fondo o besado los extremos. Y lo aseguro porque si una hora después perdíamos el primer hombre que resbalaba del estay mayor para rebotar en el bauprés y caer al agua sin posible rescate, dos horas más tarde, con luz lechosa y horizontes tomados a causa de la propia espuma de la mar, avistábamos por la amura de estribor una sombra grisácea y de regular altura. Gritaba el vigía, pero ya la habíamos descubierto desde el alcázar, como si se tratara de aparición maldita y repentina.

—¡Tierra por la amura de estribor! ¡Roca de grandes proporciones!

—No se trata de la Berlinga mayor, señor —apuntaba el piloto en urgencia—, sino de las Estellas porque apuntan con escasa alzada.

En efecto, se divisaban tres peñascos de escaso tamaño, pero de los que pueden abrir la barriga de un navío de tres puentes sin cerrar un ojo. Comprobé con rapidez que nuestra deriva podía librarlos por babor, aunque en ese caso deberíamos enfrentar poco después a la Berlinga de mayor tamaño. La esperanza de que todo el conjunto isleño quedara a sotavento se perdía como por encanto.

—¡Don Sebastián! ¡Arriba con el pico de proa y con suficiente sustancia, aunque se lo lleve el viento a dentelladas!

—Podemos librarlas a barlovento —oí a Beto, aunque su voz no denotaba la seguridad que necesitaba.

—¡Piloto! ¡Distancia entre estas malditas Estellas y la isla grande!

—Una milla corta, señor. A estribor de las Estellas llegan a velar algunas piedras en la bajamar.

—¡Cojones! ¡Deme la información completa y no a tientos de monja! ¿En qué situación de marea nos encontramos? —gritaba con malos humores aunque no separaba la vista de las rocas.

—Sin tener en cuenta los retardos que son imposibles de calcular ahora mismo, debemos andar bastante cerca de la pleamar.

—Bendita sea Nuestra Señora.

Mientras Beto exclamaba en elogio de la Patrona, las piedras se encontraban ya a la banda de babor, a una distancia tan escasa que erizaba la

piel en ronchas. Parecía que desfilaban, aunque nos mantuviéramos pendientes de que en cualquier momento la quilla rascara fondo de piedra, lo que significaría el fin definitivo. De todas formas, al izar el pico de proa y hacerla caer a estribor, derivábamos con mayor fuerza en dirección a la Berlinga grande. Necesitábamos de un milagro o de dos más bien, si teníamos en cuenta la pareja de obstáculos que debíamos salvar.

—¡Don Sebastián! ¡Don Sebastián!

—Se encuentra en proa, señor —exclamó el segundo.

—Hágale regresar y que el jodido guardián se ocupe de esa maniobra.

No fue necesario porque ya el nostramo volvía a la carrera, pensando posiblemente en las mismas circunstancias que laboraban por mi cabeza.

—Mande, señor.

—Hemos de avanzar en dirección nordeste unas doscientas varas como sea o clavaremos los cuernos en la Berlinga grande. Haga manejar la cangreja, aunque haya de Llegar a la primera faja de rizos y salte con su botavara a los infiernos. Sólo necesito doscientas varas.

—Muy bien, señor.

—¡Segundo! —Mis órdenes brotaban sin descanso.

—Aquí estoy, señor.

—Que la mayor parte del personal se traslade a proa. Facilitemos la labor a esta zorróna que nos quiere Llevar en cuernos. Y preparados para picar los palos por si fuese necesario.

—¿Picar los palos, señor? —La voz del segundo comandante denotaba extrañeza y preocupación.

—He dicho prepararse para ello, por todas las putas del infierno. Que Ordovás tome soldados de tropa para tal misión porque no debe restar gente de mar a disposición.

Sabía que pedía por más a los pocos hombres de mar de que disponíamos, condición negativa que en tales momentos se sufre a fondo, aunque se tratara de medida inexcusable para salvar barco y vidas. Las Estrellas acabaron por desfilas por la banda de babor a escasas varas, mientras apretábamos los estómagos para no oír el ruido de fondo. No confiaba demasiado en la pleamar, teniendo en cuenta que con grandes olas sus senos pueden bajarte muchas brazas. Por fortuna, y a la vista, poco después daba por libradas esas piedras largadas en los fondos por el Maligno, oteando en la distancia por estribor para observar la isla grande. Y bien que se apareció la putorróna como si se tratara de pirámide egipcia, porque en comparación a los anteriores

peñascos aparentaba un murallón de piedra negra donde batía la mar a romper almas.

—¡Derivamos hacia la Berlinga grande! —hablaba en alto aunque se trataba de pensamientos sin futuro—. ¡Más hombres a proa!

La mole de piedra se abalanzaba contra nosotros de forma inexorable, momento en el que decidí mudar las esperanzas al segundo y casi último escalón, si no quería acabar prendido en los rompientes.

—¡Sonda<sup>[64]</sup> continua! Supongo, segundo, que las anclas se encuentran listas para su inmediato fondeo.

—Así es, señor.

—Piloto, ¿qué sonda marca la carta en el cruce de la Berlinga grande a las Estellas?

—En estos momentos debemos de disponer de más de veinticinco brazas<sup>[65]</sup> de agua bajo la quilla, señor. Parecen demasiadas para largar las anclas con esta mar.

—Ya lo sé, joder. ¿Con qué sondas contaré conforme cerremos distancias a la isla?

—Algo más cerca de la Berlinga a la que nos dirigimos, a unos cien metros podemos largar las anclas en doce brazas, profundidad aceptable aunque muestre fondo de piedra.

—¡Maldita sea la zorra que parió estas islas y sus fondos pedregosos! ¡Cuando la bicha se preña de zorro todo se ampara en negro! ¡Sonda! ¡Quiero una sonda!

—¡Sonda perdida!<sup>[66]</sup> —se oyó a través de la cadena de hombres.

Nadie abría la boca en el alcázar. Todos los ojos se dirigían hacia mí y hacia la sombra gris que asemejaba boca de dragón. Estaba seguro de que muchos consideraban su muerte como próxima y así lo sentía yo en las carnes, aunque por difícil que sea de creer mucho más dolía que la querida *Mosca* acabara sus días con las maderas abiertas en aquellas piedras. No obstante, y entre el batiburrillo de nervios, me admiró el rostro de tranquila serenidad en el joven Miguelillo quien, con toda lógica, debería aparentar espanto. No son más que esos detalles manejados por los cerebros en locura y a destiempo, pero que asientan algunas ideas. Mientras la sonda se mantenía perdida, oí las palabras de Okumé.

—No se preocupe, señor, que yo lo salvaré.

—Esperemos que Nuestra Señora del Rosario nos salve a los dos, viejo amigo. —¡Sonda, veinte brazas!

—Es demasiado todavía si queremos disponer de alguna posibilidad. Segundo, listos para fondear las dos anclas con cables buenos y las dos restantes preparadas en estiba con rapidez. Que cese don Sebastián con la maniobra de popa porque no surte efecto a la vista y ya no sería efectiva. Y todo el personal a sus puestos.

—Muy bien, señor.

—Si hay suerte y se clava el ancla del cable bueno en una piedra... — murmuró Beto sin rematar la frase.

—Que Dios te oiga, aunque hay más posibilidades de que garree<sup>[67]</sup> sobre ellas a trompicones. ¡Segundo! ¿Está preparado el personal para rendir los palos?

—Sí, señor.

—Bueno, no perdamos las esperanzas, que todavía le resta sangre a esta corbeta. —Intentaba ofrecer una seguridad que no sentía.

—¡Sonda, diecisiete brazas!

Ya la pared de piedra parecía volcarse contra nosotros cuando lancé la orden que significaba nuestra última posibilidad. No era posible esperar más.

—¡Fondo a las dos anclas!

El ruido de mar y viento nos impidió oír el laboreo de los cables, aunque se tratara de razón menor. En aquellos momentos de trance espeso, solo restaba creer en los milagros y que un ancla al menos se prendiera en alguna grieta entre las piedras. La cadena de hombres que me pasaba la información desde la proa comenzó la letanía.

—¡Garrean a saltos! ¡Garrean! ¡Garrean!

Ya creía que escucharía esa misma palabra hasta el fin de mis días y pronto sentiríamos que la *Mosca* clavaba su quilla en los fondos, cuando apareció una lejana luz en la oscuridad.

—¡Clavó uñas el ancla del ajuste! ¡Tensa mucho el cable! ¡Se mantiene clavada!

Aunque había ordenado fondear las dos anclas restantes, toda la ilusión se centraba ahora como último salvamento en la del ajuste<sup>[68]</sup>, segunda en peso y donde se encontraba el cable casi nuevo entregado por los britanos. Habría preferido que fuese la de la esperanza, que era la de más peso y con el cable en flor de cuño, pero no era momento de protestar, sino de echar una mano. Pero ya se notaba el efecto del fondeo porque el buque borneaba<sup>[69]</sup> con fuerza, hasta quedar aproado a la mar con el cable tendido de proa. Por esa razón, dicté una orden que mucho duele a todo comandante, un dictamen que en tantas ocasiones significa el principio del fin.

—¡Picar<sup>[70]</sup> los palos! ¡Picar los palos!

Era la primera vez que debía ordenar tan drástica medida en un buque o la presenciaba siquiera, por mucho que lo hubiera oído de comandantes, oficiales y contramaestres, una medida que es necesario llevar a cabo con tiento y maestría para que no obre a la contra. Y yo mismo me asombré de la facilidad con que se rinden los orgullosos mástiles, capaces de aguantar la presión de mil olas blancas, si se corta la obencadura con anterioridad. Porque con escasos golpes de hacha, dados con sabiduría y por su sitio marcado, fueron cayendo hacia sotavento con estrépito el palo mayor en primer lugar, seguido del trinquete y del mesana, todos con las velas largadas en último momento, intentando que de esa forma pudieran ofrecer anclaje de trapo<sup>[71]</sup> en auxilio. No obstante, el panorama era desolador al comprobar que mi barco se deshacía poco a poco y ya solamente dependíamos de los cielos.

—¿Crees que aguantará ese cable? —preguntó Beto con tono bajo, perdida su habitual sonrisa.

—Eso depende de las magistraturas celestiales, aunque tras haber picado los palos aumenten las posibilidades. Parece mentira que esta hermosa corbeta acabe sus días de esta forma. —Me perdía en pensamientos propios—. Contestando a tu pregunta, puedo asegurarte que el ancla de ajuste es buena, firme de uñas y dispone de un cable inglés casi nuevo. Pero no me importaría que hubiese clavado otra más en auxilio.

—Recemos para que aguante.

—Bien, señores —me volví hacia mis hombres, apiñados en el alcázar—, si parte el cable nos romperemos sin remisión contra la isla Berlinga, pero con la necesaria previsión, creo llegado el momento de que todas las manos disponibles se empleen en fabricar jangadas<sup>[72]</sup>, por si la faena corre a malas y es posible intentar ganar la costa sobre tablas como último recurso.

—Muy bien, señor —afirmó el segundo con una voz de profunda tristeza.

—Y no olvide meter los códigos en una loneta lastrada con una bala para lanzar al agua, como marcan las ordenanzas.

—Así lo haré, señor.

—Levante ese ánimo, Ibarreche. —Sentí una profunda pena por aquel joven oficial que apenas se abría a la vida—. La corbeta *Mosca* todavía no se ha rendido. Le quedan muchas millas por navegar.

—Por supuesto, señor.

Observaba a mis hombres, muy jóvenes en su mayor parte, cuando se oyó el grito desgarrado de un marinero que señalaba hacia la banda de babor.

—¡Una vela por la aleta de babor!



En este caso, la voz del improvisado vigiador sonó a ensueño de gloria en los primeros momentos, condición poco habitual en la mar. Con toda la atención prendida en las rocas, nos olvidamos de la isla Berlinga para lanzarnos a la banda contraria donde, en efecto, pudimos observar una sombra gris con dos palos, a unas dos millas escasas de distancia. Aunque algunos gritaban de alegría y agitaban sus brazos, era consciente por mi parte de que sería una maniobra muy arriesgada para aquel buque si intentaba darnos un remolque de salvación y sacarnos de las piedras. La razón era muy sencilla porque debería arriesgar su propia embarcación en grado alto. No obstante, debíamos intentarlo todo por nuestra parte. Era necesario que comprendiera nuestra terrible situación por mucho que quedara a la vista con claridad.

—¡Disparar un cañón por la banda de babor con repetición cada tres minutos<sup>[73]</sup>!

Mientras la mar nos barría a muerte con olas todavía más altas, producto de la escasa sonda y su escalada en fondo aplacerado, que ni siquiera en aquellos terribles momentos ofrecía un mínimo alivio de piedad, el cable parecía aguantar el empuje. No obstante, y en información negativa de don Sebastián, parecía que su mena decrecía a la vista, de forma que sus quince pulgadas de grosor aparentaban cinco tan solo por efecto de la terrible presión que soportaba. Creí entender que depositaba escasas esperanzas en que aguantara mucho tiempo más. Necesitábamos un remolque urgente, lo que también suponía un sueño de difícil solución, ese milagro que ya sin rebozo solicitaban casi todos a los cielos.

Poco después de disparar el segundo cañonazo, oímos el de respuesta, al tiempo que la goleta, divisada ahora con mayor claridad, caía en lo posible y con visible esfuerzo hacia nosotros, creando un nuevo sentimiento de esperanza. Se trataba de embarcación de líneas muy finas como todas las de su clase, navegando a la capa con las dos cangrejas cazadas a tachón en su máxima faja. Dentro de la terrible situación que sufríamos no dejaba de ser una maravillosa estampa marinera contemplar cómo tomaba las olas en dominio, hasta sacar la mitad de su quilla al aire. Al tiempo que agradecía el peligroso esfuerzo de su comandante, admiré la perfecta maniobra del buque y el movimiento de sus hombres en cubierta. No era muy difícil deducir que debía de ser britana.

—Ese hombre es un verdadero jabato —comentó Beto con admiración—. Hay que tener los huevos bien puestos para intentarlo siquiera. Es mucho lo que arriesga.

—Tienes razón, pero es ley de mar —contesté para mis tripas—. ¡Don Sebastián!

—Mande, señor.

—¿Se preparan las jangadas?

—Se trabaja sin descanso para formar cuatro plataformas. Como al picar los palos perdimos vergas y botalones, se utilizan las de respeto y todas las maderas posibles de destrincar. De todas formas, y entre nosotros, señor —bajó el tono de su voz hasta hacerse casi inaudible—, será difícil que puedan librar la isla y que la mar las arrastre hasta una zona arenosa de la costa.

—Ya lo sé, nostramo. La única esperanza es que consigan doblar la punta y tomar una de esas pequeñas ensenadas que ofrece la isla. Pero nada más nos queda por hacer.

—Desde luego, señor comandante. Nadie podrá decir que no luchó hasta el último momento por salvar su buque y la dotación. Y quiero expresarle con sinceridad que ha sido un honor servir a sus órdenes.

—Vamos, viejo nostramo, que todavía nos restan muchas viradas a proa.

—Que sean por avante, señor.

Ambos sabíamos que no decía verdad, pero se trataba de frase obligada. Mi atención regresó a la goleta que continuaba su lucha con las olas, acercándose hacia nosotros con claridad y denodado esfuerzo hasta quedar a quinientas varas solamente. También habían librado las Estellas, pero se estaba metiendo en una ratonera por intentar salvar a sus compañeros de mar, una de las grandezas que solamente sobre las aguas se puede encontrar. Así debió de comprenderlo porque cuando ya la distancia era muy escasa hizo dos disparos, intentando comunicarme que no le era posible progresar más. Debía de encontrarse al límite para tomar el paso entre las Estellas y la Berlinga grande. Y como si los especiales designios del más allá quisieran compenetrarse, en aquel momento oía la temida voz.

—¡Faltó el cable del ancla! ¡Faltó el cable!

En ese momento comprendí que la suerte estaba sellada en lacre negro sobre la *Mosca*. Ni siquiera dirigí la mirada hacia la Berlinga, que debía de acercarse con la boca abierta hacia nosotros. Me oí a mí mismo.

—¡Segundo, que echen al agua las jangadas cuando lo estimen oportuno! Debe tomarlas el personal que lo desee de forma voluntaria. Sería recomendable hacerlo a popa, a estribor del coronamiento e intentar librar esa roca que destaca, porque tras ella debe aparecer una pequeña playa si es correcta la información del derrotero. Si se deciden, que queden al mando de ellas el contra maestre, el guardián, usted y la cuarta para mí.

Acataba Ibarreche mis órdenes con la cabeza cuando se produjo lo que bien podría llamarse administración de los santos óleos a mi barco. Con un tremendo ruido más parecido a lamento de dragón, la *Mosca* tocaba fondo con su quilla y comenzaba el destino final. Nos escoramos con fuerza a estribor y saltaba la lancha de sus trincas, al tiempo que casi podíamos tocar los rompientes negros con la mano y los quejidos de madera y ferro se hacían insoportables. Oí la voz de don Sebastián.

—Señor, los dos hermanos Vera solicitan permiso para intentar llegar a nado hasta la goleta. Son excelentes nadadores, pero...

—No lo conseguirán y ya de poco sirve. Esta corbeta está desvencijada al copo.

—Pueden incorporar un cabo ligero. Y si alcanzaran la goleta, ajustaríamos uno de los cables. Por él sería posible que pasaran algunos hombres a su barco.

Mientras asentía con escaso convencimiento, sonreí al pensar que aquellos dos grumetes, los hermanos Vera, carne de presidio a los que dimos cañón con frecuencia en la primera navegación hacia las Azores, se dispusieran ahora a lucir una valentía heroica. Pero así es España y sus hombres, me dije mientras autorizaba lo que más parecía un suicidio. Aquellos dos gigantescos grumetes de pelo rizado y color azabache, piel renegrida y picaduras de viruela en sus rostros parecían sonreír junto al nostramo.

—¿Sabéis a lo que os exponéis, muchachos?

—Al menos uno de los dos llegará, señor comandante. En las playas de Vera nadamos mayores distancias para escapar de la autoridad. —Sonreían como si se tratara de un juego—. Y preferimos nadar a saltar sobre esos tablones que acabarán rifados contra las piedras.

No les faltaba mucha razón en sus palabras. De esta forma, les ofrecí un abrazo antes de darles una bendición que no pedían. Observé cómo sin perder un segundo ambos saltaban desde la borda hacia las sucias aguas. Mientras tanto la *Mosca* comenzaba a romper su costado de estribor contra una roca que nos entraba por el combés como si quisiera atravesar el buque de parte a parte. Creo que fue entonces cuando oí el lamento final de la corbeta y no me crean enajenado. Ya saben que muchos hombres de mar defendemos la vida propia que disfruta o pena toda embarcación. Por tal razón, la *Mosca* comprobaba que llegaba al fin de sus días y emitía un último y desgajado sollozo, ese gemido bronco que se oía con extrema nitidez y que tantos viejos lobos de mar cuentan a los jóvenes sin llegar a ser creídos. Volví a sonreír mientras recordaba mi barco navegando a un largo con todo su aparejo

largado a los vientos, estampas mágicas que nadie podría arrancar de mi pecho cuando me enfrentara a la muerte. También en rápida secuencia aparecían los rostros de mis padres, hermanos, mujer, hijo y como colorido colofón los cabellos rojos que no volvería a acariciar.

Mientras perdía de vista a los hermanos Vera, inmersos entre olas gigantescas, se lanzaban las dos primeras jangadas desde la popa. Como don Sebastián se negaba a abandonar el buque mientras yo permaneciera en él, se autorizó que saltaran a ellas los que fueran voluntarios con el guardián al frente. Y como la *Mosca* se deshacía por momentos, golpeando las rocas con sus maderas y largando astillas de grueso conforme la mar apretaba más y más, fueron cerca de cuarenta los que se lanzaron al agua para intentar afirmarse a los cabos sueltos que se habían dispuesto en cada una de las improvisadas balsas.

Me desplacé más a popa para observar la maniobra. En la primera jangada conseguían incorporarse más de quince hombres y una cantidad parecida en la segunda, mientras otros perdían la última oportunidad entre las aguas. Una vez separados de la popa y con uno de los remos en espadín de frenético movimiento, intentaban que la mar no los arrastrara contra los rompientes. Por desgracia, fue en aquel momento cuando una ola de inmensas crestas atacó desde nuestra aleta. Y cerca estuvo de meter a las dos jangadas entre los restos de la *Mosca*, porque saltaron sobre las espumas blancas para acabar estrelladas contra las rocas. Sentí un seco dolor en el pecho al observar que eran despedidos los hombres por los aires, cual monigotes de feria entre gritos de angustia. Y para mi propio pesar pude reconocer algunos rostros en la distancia, que ya no volvería a ver.

Comprendí que todo estaba perdido y me dispuse a recabar el perdón de los cielos. Mis oraciones se mezclaban con los socollazos que las maderas producían contra las piedras, un tenebroso ruido al que parecía haberme acostumbrado. Después de todo, pensé, acabaría mis días como era de honor entre los hombres de mar. Con seguridad que en mi tumba no crecerían las flores.

## 16. El cable de la patrona

Me sentía invadido por una profunda tristeza, exenta, sin embargo, de miedo o prevención alguna a perder la vida. Rezaba las oraciones en silencio y tan concentrado en la inevitable muerte, que ni siquiera oía ya los bramidos de las maderas destrozadas en los rompientes. Mi corbeta, la orgullosa *Mosca*, se deshacía, rendida ya, en permanentes y violentas sacudidas al placer de las olas, las piedras negras y el fatídico destino. No existe más tenebrosa melodía que pueda escuchar el comandante de un buque. Decidí entregar mi alma en manos de las dos advocaciones que habían centrado la piedad de mi familia, como eran la Señora del Rosario, patrona de la Real Armada, y la de Valdelagua en recuerdo de los oscuros orígenes de los Leñanza, esperando ser confortado en el tornaviaje definitivo.

No obstante, y por extraño que parezca, me sentí invadido por una pasmosa tranquilidad, incluso bendita placidez de espíritu, como si los momentos que debía encarar no fueran más que el colofón natural y lógico de la vida que había deseado vivir desde el momento de abrir los ojos al mundo. Es cierto que solamente contaba con veintiséis años, cumplidos dos semanas atrás, pero en aquellos momentos me parecía larga y fructífera la existencia cubierta. Y por encima de todo me sentía orgulloso al pensar que el pequeño *Pecas*, sangre de mi sangre en plena ebullición, continuaría la saga de los Leñanza en la mar y en la Real Armada. La concentración interior era tan profunda que el contramaestre debió tocar mi brazo de forma repetida para llamar la atención. Hablaba con cierta emoción y una sonrisa en el rostro que le estimada perdida.

—Uno de los cabos continúa pidiendo madeja de forma continua, señor.

—¿De qué cabos me habla, nostramo?

—Cada uno de los hermanos Vera se anudó un cabo de guía a la cintura, antes de saltar a las aguas. Dos de nuestros marineros se encargan de largar lo

que piden. Uno de ellos quedó hace algunos minutos sin tensión, lo que nada bueno indica pero el segundo continúa en demanda.

—Es posible que esa pobre pareja ande hundiéndose entre las tinieblas más profundas. Recemos por ellos. Sin duda merecen la recompensa que no consiguieron en vida.

—Si me permite la discrepancia, señor, no creo que naveguen en los reinos de Neptuno, al menos uno de ellos. Hace pocos minutos todavía pude observar un cuerpo braceando en la cresta de una ola, a pocas yardas de la goleta, aunque lo perdí de vista con rapidez. Si consigue llegar hasta los britanos, sería necesario que lo avistaran con tiempo y lanzaran algún cabo salvavidas porque debe de padecer agotamiento al límite.

—Cifro pocas esperanzas en...

—¡Uno de los Vera está siendo izado a la goleta! ¡Lo ha conseguido! ¡Lo ha conseguido!

Era un marinero al que apodaban *Tifones*, famoso por sus coplillas a la guitarra y continuas chirigotas, quien gritaba de alegría señalando hacia la goleta. Unos pocos a su alrededor batían palmas. Desde el alcázar todos dirigimos la vista hacia el buque salvador que comenzaba a deslizarse hacia el nordeste, comprobando que en efecto nuestro grumete era recogido por varios hombres a popa. Parecía increíble que hubiese podido llevar a cabo tal gesta ese culebrón presidiario convertido en héroe de la noche a la mañana. Pero ya don Sebastián arengaba con voz ronca mientras daba un traspie por culpa de un chillerón<sup>[74]</sup> en libertad, que a punto le hizo rodar de banda a banda y en peligroso vuelo.

—¡Vamos, muchachos! ¡Ayustad al extremo del cabo tendido hasta la goleta el chicote<sup>[75]</sup> del cable preparado con gorupo<sup>[76]</sup> y dadle toda la madeja que pida en adelante! ¡No perdáis un segundo, cabrones, por las tetas de la diosa Sirena!

—¡Don Sebastián!

—Mande, señor.

—Parece que disponemos de una nueva posibilidad, posiblemente enviada por sus especiales dioses. Espero que los ingleses comprendan la maniobra. Conforme cobran guita desde la goleta, pueden asirse nuestros hombres al cable a modo de andarivel e intentar mantenerse a flote hasta que alcancen el buque salvador.

—Eso mismo pensaba en estos momentos, señor, aunque ya se lo adelanté cuando esos hombres se ofrecieron a la gesta. —Volvió a sonreír de felicidad

—. Con que dejen unas cuatro o cinco varas entre uno y otro podremos pasar todos si los britanos cobran con rapidez.

—¿Qué cantidad de cable se mantiene a bordo a disposición?

—Se trata del cable recobrado tras picarlo del ancla de leva en casi toda su extensión.

—¡Segundo!

—Diga, señor.

—¿Cuántos hombres nos mantenemos a bordo?

—Debemos de ser poco más de cuarenta. Por desgracia y como habrá podido comprobar, además de los que intentaron embarcar en las jangadas, algunos más han caído a las aguas con las sacudidas a bordo y no hemos sido capaces de recuperarlos, aunque ya las olas comienzan a navegar a bordo en libertad.

—Emprendamos la faena sin perder un tiempo que puede ser precioso. Deben comenzar a saltar al agua y asirse al cable los que se ofrezcan con mayor seguridad. Así darán ejemplo al resto porque estoy seguro que otros dudarán o se negarán a lanzarse. Como algunos se hundirán con el peso, deben intercalarse aquellos que sepan nadar e intenten mantener la línea a flote.

—Así lo haremos, señor.

Vueltos a la realidad e impregnados de una extraña actividad esperanzadora comenzamos lo que bien podría ser considerado como un milagro y de los que otorgan nueva existencia. No fue fácil convencer de que se lanzaran desde la borda hacia las olas en espuma a aquellos que jamás se habían posado sobre las aguas ni dado una sola brazada, espantados por el líquido en movimiento. Por fortuna, era elevado el número de hombres nacidos en la costa y con posibilidades de mantenerse a flote. A bordo de la goleta comprendieron nuestra intención con rapidez. Se formó una cadena alargada en su banda de estribor que cobraba del cabo fino con todas sus fuerzas y poco después del cable ajustado. Y era escaso el tiempo disponible porque la goleta se separaba poco a poco, conforme intentaba pasar entre las Estellas y la Berlinga grande. Oí a mi lado las palabras de Okumé.

—Pasaremos al buque inglés, señor. Ya le dije que saldríamos avante. Iré tras usted.

—Cerraremos la fila el contramaestre, Beto, Miguelillo, tú y yo. Y por ese orden —ordené de forma tajante.

—Una vez en las aguas caeré a los fondos —eran las primeras palabras que pronunciaba Miguelillo, ahora con el miedo reflejado en el rostro.

—Nada de eso, rapaz —dijo Beto, de nuevo con sonrisa engarzada—. Situado entre Okumé y yo no te hundirás. Solamente has de asirte con fuerza a ese hermoso cable que se va largando de a bordo. No creerán en tu tierra esta historia cuando la narres al calor de la chimenea.

—Dios quiera que viva lo suficiente para que pueda llegar ese momento.

Aunque fue necesario empujar algunos remolones que dudaban en exceso con elevado terror en su ánimo, ya habían pasado casi cuarenta hombres cuando nos encontramos en los restos del castillo, dispuestos a saltar. Don Sebastián tenía en sus manos una de las pequeñas hachuelas de abordaje.

—¿Qué piensa hacer con ese armamento, nostramo? Los britanos son aliados.

—Queda poco cable y su extremo se encuentra afirmado al virador con vueltas mordidas. No hay tiempo para deshacerlo a mano. Debemos cortarlo cuando se encuentre en las últimas varas o arrastraríamos algún trozo del castillo y sería el fin.

—De acuerdo. Salte al agua que yo me encargo de ese chicote.

—Nada de eso, señor. Ese es trabajo de nostramo y no de comandante. Y no pierdan más tiempo que tras el cocinero de equipaje han de brincar.

Beto saltó hacia las aguas amparando a Miguelillo que por primera vez mostraba rostro de cera y pavor a las claras. Poco después era yo quien empujaba a Okumé con fuerza aunque el africano insistiera en ser el último. El cable comenzaba a salir del agua con tensión, lo que indicaba que nos encontrábamos alcanzando las últimas posibilidades. Lo tomé con fuerza al tiempo que indicaba al nostramo que lo picara con el hacha. Salté al agua sintiéndola de agradable temperatura aunque de un color sucio, mezcla de gris manchado en espuma.

Bien asido al cable y subiendo entre gigantescas olas, sentí la presencia de Okumé a mi lado. Dirigí la mirada hacia los restos de la *Mosca* para comprobar que a don Sebastián se le resbalaba el chicote de las manos cuando se encontraba preparado en la borda, hasta perderlo definitivamente. Debía de haberse producido algún socollazo de fuerza conforme cobraban los britanos a ritmo y algún golpe de las olas contra las maderas restantes. Aunque su rostro expresaba infinita desesperación, saltaba al agua con rapidez para intentar recuperarlo. Deseaba avisar a los ingleses para que no viraran del cable durante algunos segundos y posibilitar de esa forma su salvación, acción imposible en aquellas circunstancias. Las montañas de espuma me impedían siquiera comprobar si lo había conseguido, padeciendo en venas al



pensar que aquel gran hombre pudiera perder la vida cuando tan cerca se encontraba la salvación.

No era sencillo mantenerse asido al cable en permanencia. A causa de su excesivo grosor y viscosa superficie resbalaba con facilidad de las manos hacia atrás, acción beneficiada por ser zarandeados hacia arriba y abajo al compás de las olas. Y era de pura necesidad bracear a fuerza con el brazo libre para mantenerse a flote porque la tendencia del cable mojado se producía en dirección a las profundidades. Aunque fuera inevitable algún que otro trago de agua salada, todavía mis pensamientos se centraban en el chicote y el contramaestre, incapaz de borrar de mi cabeza su gesto final antes de zambullirse en las aguas.

Cuando nos encontrábamos a escasas yardas de la goleta comprobé que el extremo final del cable se encontraba a unas dos varas de distancia de mi mano y sin el nostramo amarrado, lo que confirmaba las peores sospechas. Me invadió una profunda pena por lo que tal circunstancia significaba; pero también sufrí al comprobar que mi mano derecha, agotada por el esfuerzo, resbalaba por el cable todavía más hacia atrás. Intenté doblar el chicote para formar un seno al que asirme con garantía, pero no lo conseguí debido a su grosor y rigidez. Ya el chicote se encontraba en mi mano derecha mientras Okumé retrasaba su posición hasta mi altura. Aunque intentaba separar las filásticas<sup>[77]</sup> y cordones brotados por el corte para prenderme a ellos, creí llegado el momento final y que sería imposible mantenerme un segundo más a flote tan cerca de la goleta. Sin embargo, con el extremo del cable entre las manos apretado a morir y cerca de escaparse, recibí un ligero golpe en la cabeza. Y para bendición de mi alma comprobé con júbilo que se trataba de varios cabos salvavidas lanzados por el personal de la goleta en nuestro auxilio.

Tan solo quedábamos en el agua Okumé y yo, siendo remolcados por los cabos salvavidas. Regresaron las dudas y llegué a pensar que pudieran partirse por el peso y su escaso grosor. Como el cansancio aumentaba por momentos, amarré el extremo del cabo en vuelta por la cintura, acción que ordené al africano con gritos. Y fue necesario que nos izaran como fardos, por mucho que sintiera un profundo dolor en la cintura y falta de respiración con el cabo apretando en demasía, incapaz de trepar por él una sola pulgada. Por fin pude posar el pie en la contra de la regala e inspirar a fondo hasta saltar por mis propios medios a bordo. Extenuado, me dejé caer sobre la cubierta, cercano al llanto. Y no lo estimen por la emoción de haber salvado la vida, sino por todos aquellos hombres bajo mi responsabilidad que la habían

perdido, con el último y desgraciado acto del contraamaestre, un hombre fiel hasta el suspiro postrero.

\* \* \*

Me sentí extenuado de cuerpo y alma cuando Okumé y un marinero inglés me desasían del cabo enrollado a la cintura. Miré alrededor para comprobar que un buen número de mis hombres también se mantenían en la toldilla de nuestro buque salvador, tendidos sobre la cubierta sin fuerzas siquiera para levantarse. Escuché secas órdenes en inglés dictadas con energía, solicitando urgente maniobra de brazos. Pronto comprendí que la goleta también se encontraba en peligro, con la Berlinga grande desfilando lentamente por su costado de estribor y a escasa distancia, mientras la *Mosca* se había convertido en un amasijo informe de maderas, jarcias, velas y restos de los palos. Con manos hábiles y la necesaria suerte conseguía dejar las piedras por la aleta, mientras era zarandeada con violentas escoras y al juguete de las olas montañosas que no cedían una pulgada.

La goleta *Sunset*, pues ese era su nombre como después supe y jamás olvidaría, atravesó los rompientes con evidente profesionalidad marinera. A continuación, establecía la capa con su especial aparejo, tal y como la avistáramos en la distancia. Y aquí debo constatar que mucho sufría la pequeña con el temporal, situación lógica si tenemos en cuenta que su eslora no debía de sobrepasar en mucho los ochenta pies<sup>[78]</sup>, muy por bajo de los ciento doce de la corbeta *Mosca*, ese orgulloso ser que ya no existía. De todas formas, era difícil despegar mi vista de las maderas sueltas arremolinadas en la distancia entre las piedras, mi antiguo barco. Porque nada es más desconsolador en la vida de un marino, que perder su barco siendo el comandante y único responsable de sus actos. Y todo ello sin olvidar el elevado número de desaparecidos, cuya lista me negaba inconscientemente a rememorar.

—¿Se encuentra bien, señor?

Era el segundo comandante, Ibarreche, quien aligerado de ropa mojada y con rostro de eterna felicidad se interesaba por mí.

—Muy bien, segundo, aunque todavía me sea difícil creer en este milagro final. ¿Y el grumete Vera? ¿Cuál de ellos lo consiguió?

—El menor y un poco más bajo al que apodaban Veranegro. Fue llevado a la enfermería porque se encontraba al límite de sus fuerzas y con violentos vómitos.

—Recuerde que en el parte que deberá rendir en su oportuno momento expongamos su valor. —De forma inconsciente intentaba retrasar la pregunta definitiva—. ¿Cuántos...? ¿Cuántos hombres hemos conseguido pasar a la goleta?

—Solamente treinta y ocho, señor. —Oscureció el semblante al comprobar el gesto de dolor en mi cara—. Aunque los fui contando y cuarenta y tres abandonaron la *Mosca*, debieron de perderse cinco por soltarse del cable, aunque ya algunos andaban contusionados y en malas condiciones.

—Eso significa... —No me atreví a continuar.

—Hemos perdido cincuenta y un hombres, señor. Ordovás lleva a cabo el listado definitivo para que lo conozca al detalle. De los oficiales de guerra se ha perdido solamente el guardiamarina Monteagudo.

—¿El joven caballerete? ¡Válganme los cielos! Si era un niño. ¿Fue de los que intentó la salvación con las jangadas?

—No, señor. Debió de ser despedido de la corbeta con uno de los últimos embates, aunque no lo advertimos. Ya sabe que era imposible mantener un mínimo control en los momentos finales. Pero con seguridad no llegó a saltar hacia el cable y nadie quedaba a bordo porque di un último y ligero repaso en las zonas que se mantenían a flote.

—Dios mío, cincuenta y un hombres quedaron entre esas aguas con la corbeta *Mosca* como hermoso ataúd. Sé que mucho sufriré al comprobar la lista y temo preguntar por alguno de ellos en particular. Don Sebastián se perdió en el último momento. Ya no quedaba cable a disposición y se le escapó el chicote o la misma vida de la mano.

—Lo vi desde aquí, recién izado a bordo. Era un hombre extraordinario.

—Desde luego. Un contramaestre y un hombre de mar de verdad. Por cierto, ¿y el comandante de esta goleta? Quiero presentarle mis respetos y agradecerle su labor como merece.

—Se encuentra en la timonera. Me dijo que acudiría a saludarlo en cuanto le fuera posible. También ellos sufren el temporal en los cuernos.

—Se ha portado como pocos lo harían, al punto de jugarse su barco entre las piedras por salvarnos el pellejo. Mucho temporal para una goleta, pero parece que lo resiste bien.

—Es muy marinera y esas cangrejas con tantas fajas disponibles le proporcionan capa de garantía cazada a crujiá. Una enseñanza para el futuro. —Siempre se aprende en la mar.

Como una vez avanteada la península de Peniche y las islas Berlingas, la costa portuguesa se tendía de forma generosa hacia el nordeste, ya la *Sunset*

disponía de cancha más que suficiente para mantenerse a la capa sin mayores complicaciones, aunque todavía el temporal se entablara en las mismas cuerdas y apretando fuerte, sin conceder el mínimo alivio. Pero era un verdadero espectáculo comprobar cómo tomaba la mar y superaba las olas, saltando a veces de cresta en cresta y con posibilidad de gobernar a la capa dentro de ciertos límites. Y aunque debía de presentar un aspecto terrible, con barba de varios días y restos del uniforme en costras, cuando me sentí con suficiente fortaleza acudí a la timonera donde un joven teniente de navío, pelirrojo de escasa alzada y brazos poderosos, gritaba una orden con energía al timonel. Era el hombre a quien debíamos la vida. Me dirigí a él en su idioma, que hablaba con soltura desde que anduviera como prisionero en Gosport en octubre de 1804, tras haber sido apresado a bordo de la fragata *Fama* en el ignominioso combate librado junto al cabo Santa María, que produjo vergüenza general en muchos oficiales de la Royal Navy. Pero eran otros tiempos y se trataba de trigo molido.

—Soy el capitán de navío Santiago de Leñanza, comandante de la corbeta *Mosca* de la Real Armada que se acaba de perder contra la isla Berlinga.

—Encantado de conocerle, señor. Teniente de navío David Milburn, comandante de la goleta de Su Majestad británica *Sunset* —nos estrechamos la mano sin ningún protocolo, que no venía al caso—. Siento que perdiera su barco y no poder haberle ofrecido un cable de remolque, aunque fuera mi inicial intención. Pero comprobaría con sus ojos que se trataba de una misión imposible, metidos en este durísimo temporal y con la necesidad de librar esos peñascos. De haber continuado el empeño, los dos habríamos acabado cebados en esas piedras.

—Ha hecho demasiado, comandante, y siempre tendrá mi agradecimiento y el de la Real Armada. Ha salvado la vida de treinta y ocho hombres. Por desgracia, medio centenar quedaron entre las aguas.

—Es el sino de nuestras vidas en la mar. Hace cuatro años naufragué en un bergantín junto a la isla Mohéli, en las Comores, y solamente sobrevivimos doce hombres estibados en una jangada medio descompuesta. Perdieron la vida un centenar. Por fortuna, fuimos rescatados por una fragata holandesa cuando ya dos marineros habían perecido de escorbuto.

—La suerte que a otros les falta.

—En efecto. Pero con esos números que me ofrece... —Parecía calcular en silencio—. ¿Su dotación era menor de noventa hombres, para una corbeta con porte de veintidós cañones? Parece difícil de creer. Ya había escuchado que su Marina andaba escasa de personal y pertrechos, pero no creía que

alcanzara esos límites tan extremos. No sería fácil de marinar y menos aún entrado en mar brava. Mi dotación actual supera los ciento diez hombres y dispongo de doce cañones de a cuatro solamente.

—En estos aciagos días, los buques de la Real Armada navegamos con media dotación por causa de la guerra abierta en toda España contra el francés, que tantos hombres y caudales absorbe. Como dice, la merma más considerable aparece en el cupo de los hombres de mar, situación que se sufre a fondo cuando los vientos saltan a malas. De todas formas, no habría perdido el buque si una ola rabizona y caprichosa no se hubiera llevado la pala del timón.

—Ya lo comprobé con mis ojos. Una situación terrible, porque con esta mar no se puede maniobrar sin pala firme y timón de respuesta. Por unos momentos estimé que aguantaría el cable del ancla y podría salvarse. Esos son los golpes de la diosa que nos llegan a su gusto para bien o para mal. Por fortuna, ese marinero llevó a cabo una gesta digna de reseñar, braceando hasta nosotros. Pero ahora debe descansar. Les ofreceré la mayor comodidad dentro de lo posible, aunque no me sobre mucho espacio. —Esbozó una sonrisa—. También nosotros llevamos tres días con este temporal y ya he perdido dos marineros entre las aguas. A ver si amaina de una vez.

Como si los dioses de la mar se sintieran satisfechos y ahítos tras haberse tragado la corbeta *Mosca*, en las últimas horas de aquella tarde comenzó a disminuir la fuerza del viento en rápida escalada. De esta forma, cuando ya las tinieblas nos cercaban al copo, la goleta comenzó a navegar con timón al gusto, aunque todavía fuera azotada por alguna ola perdida y el maretón de fondo la hiciera balancear en exceso. Una vez presentado mi cuñado, el comandante nos invitó en su cámara a una copa de vino fresco que trasegamos como si fuera la primera tras un año de cerrada abstinencia. El britano parecía de excelente humor al observar nuestros rostros.

—No hay nada como unas copas de vino tras un sufrido temporal. Siento no poder ofrecerles ropas ni buena comida, pero llevo varias semanas en la mar con bastante sufrimiento.

—¿De dónde procede? —pregunté.

—Salí hace poco más de un mes de Ciudad del Cabo. Y ya soporté el primer envite nada más sacar la cara, cerca del cabo de Buena Esperanza. Tanto así que sufrí rotura de algunos toneletes y perdí demasiada agua, por lo que debí entrar en Tenerife de arribada para reponer. Volví a tomar mala mar al norte de las Canarias y en estos últimos días un nuevo y durísimo temporal que bien conocen. Nadie creería que toda esta historia corre por el mes de

agosto. Llevo correo para Londres y es posible que las noticias amparadas tarden media vida. —Reía de forma infantil, como si hubiera lanzado la más graciosa de las chanzas—. Aunque estimaba que disponía de agua suficiente hasta arribar a mi destino final, con el embarco de sus hombres no será posible ni con un severo racionamiento, que será necesario imponer. Debo tocar puerto otra vez. Cuando comencé a recogerlos pensé hacerlo en Oporto, si anda libre de franceses como estimo, pero ya que he de desembarcarlos, si les parece bien entraré en la ría de Vigo que es limpia y cercana.

—Por nuestra parte, encantados. Nuestro deseo es arribar a algún puerto español y sin presencia francesa. Tan solo le pediría como especial favor que me permita mañana dirigir un responso por los que han caído en el día de hoy, dirigido a mis hombres.

—Lo dirigiré para todos, británicos y españoles, formados en cubierta como la ocasión merece. En estos casos no hay patrias ni religiones.

—Se lo agradezco como merece.

Fue generoso el comandante, haciendo estrechar lonetas para estibar a mis hombres. Por mi parte, extenuado hasta el último hueso tomé un pequeño camastro con extremo placer, aunque los miasmas cerebrales comenzaran a saltar con furia. La escena de la corbeta desbaratada en maderas y los hombres despedidos por los aires al golpear las jangadas contra las rocas era difícil de borrar. Y para cerrar el cuadro se me aparecía el rostro de don Sebastián al perder el chicote de sus manos. Con estos pensamientos entré en una profunda modorra, parida de negros sobresaltos.

En la mañana del día siguiente ya la goleta *Sunset* navegaba a un largo con todo su aparejo, mantenido el viento del sudoeste pero fresco de fuerza, con la mar en marejada suave y tendida en profundos senos. Para felicidad de Beto el café era excelente, bebida que hube de tomar por ser el desayuno habitual en la cámara y al que comencé a habituarme. Como primera medida, repasé con el segundo el listado de bajas que hacía estremecer el espíritu más cuadrado. Además del guardiamarina, entre los oficiales mayores se anotaba la pérdida del joven contador y el pilotín. De los de mar habían caído, además del contramaestre, el guardián, el carpintero segundo y el patrón de lancha. Y del resto era de anotar la pérdida del gaviero Martos y el cabo de cañón Enríquez, ejemplos entre los de su clase. Pero un buen número de aquellos rostros se aparecían con claridad en mi cabeza con dolor añadido, porque una frase se repetía una y otra vez sin respiro: muertos bajo mi mando.

Poco después, con la dotación de la goleta y los españoles rescatados formados en cubierta, el comandante inglés me concedió el privilegio de

presidir un ligero responso por los hombres de mar que ya nunca regresarían a tierra. Y tres de sus fusileros dispararon las salvas de honor, con la bandera roja y amarilla izada en el pico de una cangreja. Una muesca más que grabar en mi carrera y no de aire bonancible precisamente.

Visité en la reducida enfermería al grumete Vera, todavía tendido en un estrecho camastro de los de escala. Y aunque llevaba a bordo conmigo desde que tomara el mando de la *Mosca* meses atrás, fue el momento en el que supe su verdadero nombre: Eleuterio Castro. Se encontraba con un aspecto magnífico y limpio como jamás lo observara, aunque triste por la pérdida de su hermano. Pero como los britanos lo consideraban un héroe, aceptaba gustoso los tragos de *grog* que le servían en repetición, por mucho que, según sus palabras, se tratara de bebida que gustaría más fría y sin tanta agua. Le agradecí su gesta, que nos había salvado la vida a tantos. No obstante, parecía como si hubiera nadado por puro placer.

—Nadar era lo nuestro desde que nacimos y no tiene mayor importancia. Pero no puedo comprender por qué no llegó mi hermano, señor comandante: era mucho mejor nadador que yo.

—Puede que alguna ola lo alejara demasiado. El destino es severo y al capricho.

—Siempre el puto destino, y perdone mis palabras. —Se mantenía malencarado como siempre, su estado natural—. Por cierto, señor, ¿me embarcará con usía de nuevo? Después de hundir una corbeta, apresar un bergantín y sufrir a muerte contra esas islas, a ver si la próxima embarcación que le conceden es un navío grande y marchamos a las Indias para hacer fortuna.

—¿Hacer fortuna? No es fácil.

—Eso depende, señor comandante. —Sonreía con guasa—. Estoy seguro de que después de salvarle la vida, me autorizaría a desertar en algún puerto indiano. Según dicen, allí es fácil ganar dinero y recibir tierras, con muchas indígenas de generosos pechos a disposición. Por esa razón se vigila que ningún grumete o marinero baje a tierra.

Me hizo reír su salida, con la sinceridad por delante y a la cara. Le recomendé descanso y que ya trataríamos del futuro, aunque no se presentara tan colorido como deseaba. Pero ya el mozo se levantaba de un salto sin pedir permiso, para incorporarse a sus compañeros y jugar naipes, que era su escondida pasión.

Debo declarar que durante el escaso tiempo que nos mantuvimos a bordo de la goleta, quedé perdidamente enamorado de ella. Bien es cierto que pocas

embarcaciones gobiernan en la mar como esas unidades, que asemejan cuchillos afilados cortando las olas cuando se las avista de proa. No solo bebía millas a velocidad de cormorán en picado, sino que era marinera hasta romper las aguas, con cualidades que nunca había observado. Juzgué acertada la política británica de alistar aquellos veloces correos, capaces de cubrir miles de millas en escaso tiempo, aunque en el caso particular de la *Sunset* hubiera sufrido espantos que la retrasaban. Por tal razón, no me extrañó que en la tarde del siguiente día avistáramos la desembocadura del río Lima y poco después algunas luces en la ciudad de Viana do Castelo. Habíamos navegado ciento cuarenta millas en un suspiro aunque el viento y la mar favorecían en la ocasión. Tanto así que el teniente Milburn decidió acortar vela para tomar la ría de Vigo en la mañana del día siguiente.

Aquella última noche a bordo de la goleta, Beto y yo cenamos con el comandante en su cámara, un compartimento pequeño pero recogido y confortable. Hombre generoso y atisbando su próxima llegada a las islas británicas, hizo correr el vino y el ron, que atacamos con gusto. Por desgracia, no acompañaron las viandas en justa medida, con unos trozos informes de cordero en salsa aguada que ni con mil dentadas era posible ablandar. Como era asunto menor, nos dedicamos a los caldos para animar la sesera que andaba bajo cuartos. Ya nos habíamos contado nuestras vidas por largo y celebró las proezas de la *Mosca* antes de caer rendida en las piedras. También se encontró feliz al conocer mi buena amistad con el almirante Traylor, que había sido comandante suyo a bordo de una fragata y a quien mucho admiraba. Le prometí llevar a cabo las gestiones en Vigo para intentar cubrir sus necesidades. Y como el alcohol suelta las lenguas, el joven teniente entró en sinceros.

—Aunque hayamos luchado entre nosotros durante siglos y perseguido con saña sus tesoros de las Indias, debo reconocer que aplaudo esta alianza con España. Personalmente, nunca soporté a los franceses y esa prepotencia que no sé de dónde procede porque nada grande han hecho en la Historia. Además, es de agradecer que en algunos momentos hayan sido ustedes los únicos que todavía luchan en tierra contra Bonaparte en el continente. Han demostrado a Europa que ese emperador del tres al cuarto no es invencible.

—Pero a costa de que España se desangre a muerte por cientos de pueblos y ciudades, hasta extremos difíciles de creer —alegó Beto—. Se trata de una guerra más parecida a la de los bárbaros, soldados que disparan a hombres y mujeres sin razón alguna y despojan sus casas de todo lo que de valor



albergan. Será tarea imposible que algún día lleguemos a recuperar la confianza en esa Francia que no respeta ni un mínimo solar en la Península.

—Nos encontramos en manos de nuestros reyes y políticos. Tan solo nos toca luchar de acuerdo a las instrucciones recibidas. Por fortuna, en la mar todos acabamos siendo lo mismo, hombres que intentan superar las olas y sobrevivir.

—Aparte de nuestro caso particular con el agradecimiento que siempre le dispensaremos por habernos salvado la vida, mucho debemos en estos días a la Royal Navy que nos surte de pertrechos imprescindibles para cumplir las obligaciones impuestas.

—Es misión propia de aliados. Por cierto, señor —se dirigía a Beto—. ¿Por dónde navega ese bergantín del que tomará el mando?

—Pues no tengo la menor idea. Salió hacia las costas de Galicia el 29 de mayo. Y en tres meses ya debería haber regresado a Cádiz. Hasta es posible que hayamos cruzado derrotas para mi desgracia, aunque mucho lo celebre su comandante. No esperaba que la navegación con la corbeta *Mosca* se alargara tanto ni el triste final que hemos padecido, desde luego. Intentaremos regresar a nuestra base con el primer buque que tal dirección encare. Es posible que mañana pueda recibir noticias de la autoridad de la Armada presente en la ciudad de Vigo. Y no debo retrasarme mucho que también anda un nuevo hijo cerca de su nacimiento.

—Pues brindemos por su hijo, por el mando del bergantín y que en escasos meses acabemos con la arrogancia de los franceses. —Volvió a rellenar nuestras copas con generosidad.

—Y que se mantenga al mando de esta hermosa goleta hasta su ascenso.

—Dios le oiga aunque lo dudo. —Movié la cabeza hacia ambos lados en señal de pesimismo—. También yo deberé entregar el mando de la *Sunset* en pocas semanas y ya veremos qué destino me aguarda. En cuanto a posibles ascensos, nuestro Almirantazgo se mueve por caminos insospechados.

—Ese trigo se muele en otras Marinas, puede estar seguro.

Aligerados los espíritus con un ron antillano muy moreno del que bebimos en cantidad, tomamos los sueños en aquella nuestra última noche a bordo de la goleta británica con la incógnita de lo que nos reservaba el futuro. Comprendía la preocupación de mi cuñado por tomar el mando, mientras por mi parte necesitaba de la tranquilidad suficiente para elevar el parte del hundimiento de la corbeta *Mosca* que provocaría el preceptivo Consejo de Guerra. Y no me preocupaba su dictamen porque las razones me apoyaban al ciento y saldría absuelto sin nota negativa con seguridad. De todas formas, el

hecho de haber perdido un barco es una merma propia que queda prendida muy dentro y jamás se llega a olvidar.

## 17. El bergantín «Palomo»

La goleta sesteó con escaso trazo y cómodo andar durante la noche, de forma que las treinta millas a navegar entre Viana do Castelo y la entrada a la ría de Vigo, la más meridional de las que tal acepción adquieren, se cubrieran cuando ya el crepúsculo entraba en luces altas. Y fue un cambio radical en comparación a los previos, que la señora así se comporta como rabizona de corte. Porque en ese tercer día de septiembre se extendió de un cariz extraordinario con cielos despejados, visibilidad sin velos, mar rizada y viento fresco del sudoeste, que mucho colaboraba a la prevista navegación aguas adentro. Una vez más sentí un ligero pinchazo de dolor al imaginar que tomaba aquellas latitudes con la corbeta bajo mi mando, cuadro que era desplazado con rapidez por la imagen de la *Mosca* deshecha en maderas al compás de las olas contra la isla Berlinga.

Entre los supervivientes del desastre solamente quedaban dos marineros y un artillero preferente con problemas de huesos, aunque sin mayor importancia a la vista ni necesidad de entablillados. El teniente Milburn ya se encontraba junto a la timonera cuando Beto y yo aparecimos en cubierta. El joven galés presentaba inmejorable aspecto, la clásica estampa de quien en la mar ha derrotado a los elementos con sabiduría marinera y mano firme. Se dirigió a nosotros de excelente humor.

—Parece difícil creer los cambios que la naturaleza nos ofrece día a día, a veces de extremos opuestos. Quién diría que pocas horas atrás luchábamos a brazo partido contra esta mar alzada en olas de terror, mientras ahora se muestra sumisa y tierna. Por cierto, señores, ¿conocen bien esta ría?

—Desde luego —se adelantó Beto—. Limpia y amplia como un inmenso río, especialmente por su boca sur que con esta proa vamos a tomar.

—¿Llegaron a fortificar las islas Bayonas? —preguntó el britano, interesado—. Tal noticia se nos previno hace algún tiempo por nuestros mandos.

—Fue una idea a petición de su Gobierno, que anduvo muy avanzada en los primeros meses del pasado año con desembarco y embarco de tropas aliadas —contesté con todo detalle porque era tema tratado en el gabinete de don Antonio de Escaño, cuando ejercía de secretario de Marina con la Junta Central—. Y nos pusimos en la tarea a fondo. Se ordenó trazar al ingeniero de Marina Roch el proyecto de una dársena con almacenes y cuarteles, solicitándose personal de la Maestranza al departamento marítimo de Ferrol para mantener en ellas lanchas cañoneras y sus pertrechos en apoyo a los patriotas que por estas zonas luchaban, incluidas las fuerzas inglesas. Y en tal misión se envió al navío *Héro*e a fondear en la ría, con objeto de proteger y dotar hombres para tripular las lanchas, así como oponerse a cualquier acción francesa contra las islas. Sin embargo, como parece que el escenario bélico se ha aclarado en estas tierras y no sobran hombres y pertrechos, se les hizo regresar a la capital departamental. Estimo que tal idea quedó en abandono, al menos de momento.

—Hermosas islas que parecen presentarse como portones en guarda de la ría. Bueno, así sucede en las demás también según aprecio en la carta.

—En efecto, tal fenómeno aparece en las llamadas como rías bajas o meridionales, con la isla Sálvora en cierre de la de Arosa, las islas Ons en la de Pontevedra y estas Cíes o Bayonas para la de Vigo. Las rías que se abren más al norte ofrecen una diferente configuración.

—¡Cíes! —exclamó el comandante—. Estaba pensando hace algunos minutos que estas islas Bayonas recibían otro nombre y no lo recordaba. Islas Cíes.

—Así es y de procedencia más antigua —recalqué—. El apelativo de Bayonas se debe a su cercanía al término municipal de Bayona, donde algunos las nombran como Palomeras. Pero en la antigüedad también se llamaron islas de los Dioses por el culto que en ellas tributaban los kimris, aunque más vulgarmente y desde época romana se apelaran como islas Ciceas o Siseas. Y hay quien asegura que son las antiguas Casitérides, célebres por sus minas de estaño. De ese conglomerado debe aparecer por evolución la acepción de las Cíes.

—Me descubro ante vos, señor —mi verborrea había asombrado al britano—. Parecéis una rica y abierta enciclopedia.

—Mi cuñado es un oficial muy ilustrado —Beto entraba en media chanza—. Pero también es cierto que servimos bastantes años bajo las órdenes del general Escaño, muy aficionado a estos temas históricos.

—Pues para futuras ocasiones —recalqué—, si le aprieta la falta de agua a bordo de algún buque, en esas islas la encontrará en abundancia y de gran calidad. También dispone de buenos almacenes de salazones.

—Islas Cíes —repetía el comandante—. En la carta aparecen tres principales.

—En efecto. De sur a norte son las de San Martín o isla Menor, Faro y Monteagudo o Mayor, esta última la de más altura. Entre las dos primeras hay un paso franco a la navegación conocido como el freo de la Porta. Pero en general no son limpias porque alumbran algunas piedras. Sin embargo, entrando por el sur como ahora y marcando al centro es muy segura.

—Y al final de la ría podrá observar una pronunciada angostura conocida como el estrecho de Rande, famoso porque dio su nombre al sangriento combate naval con el que la Real Armada inauguró el siglo XVIII. Contra los británicos, desde luego —aportó Beto entrado en sonrisas—. Y según aseguran, se perdieron en sus fondos preciados tesoros de las Indias.

—Todavía algunos pescadores buscan con esperanza entre sus arenas —corroboré.

—Nada sabía de ese detalle —dijo el galés con gesto de excusa—. Mucho he aprendido con su compañía.

Entramos en la ría al sur de las Cíes con todo el aparejo, para disminuir trapo poco a poco conforme progresábamos hacia levante. Y ya a la vista de la ciudad de Vigo largamos las anclas para quedar fondeados al abrigo y en seguridad cerca de otros cinco buques. Cuando intentaba reconocer alguno de ellos escuché la exclamación alborozada de Beto.

—Por todos los Pignattis que reposan en el camposanto, que ha cambiado la suerte al ciento. ¡Ahí está!

Beto señalaba con la mano un bergantín fondeado a escasas cien varas de nosotros. Y aunque lo reconocí como unidad de nuestra Armada, por la excitación de sus palabras comprendí que se refería a la perla de sus amores.

—¡Mi barco al alcance de la mano! —parecía un niño con regalo inesperado.

—Quiere decir que ese bergantín es... —comenzó el teniente Milburn, sin poder acabar la frase.

—Ese es el bergantín *Palomo* que, si Dios no se opone, mandaré en pocos días.

—¿Estás seguro? Anduve embarcado en él pero no acabo de reconocerlo. Ha debido de sufrir algunas variaciones en sus troneras.

—Por favor, *Gigante*. Recuerda que fue quien nos recogió en la mar cuando navegaba con la familia en el latino pesquero, huyendo de los franceses. Aparentaba una jarcia más cubierta. Es posible que tengas razón y se haya producido algún cambio cuando fue carenado en La Carraca. Pero se trata del *Palomo*, sin posible duda. Es una suerte que todavía se encuentre por estas aguas aunque no acabe de comprender su retardo en regresar a Cádiz. Es posible que haya tenido problemas en su aparejo y debiera reparar con elementos de fortuna, por mucho que aparente encontrarse en dulce. Pero nos viene al pelo porque en él podemos retornar a Cádiz.

—Debido a su importante misión fue recorrido con esmero en el arsenal de La Carraca, práctica muy difícil de conseguir en estos días —dije mientras utilizaba el anteojo del comandante—. Desde luego, no se le aprecia problema alguno en casco y aparejo.

—¿Importante misión? —preguntaba Milburn, interesado, momento en el que comprendí nuestra indiscreción. Porque la misión impuesta al marqués de Ayerbe y la posible liberación de nuestro rey don Fernando era secreta. Fue necesario salir del apuro, mintiendo sin dudar.

—Debía de llevar a cabo un importante transporte de caudales para el arsenal de Ferrol, así como la caja de los ejércitos que por estas zonas combaten.

—Bueno, la oposición francesa en la mar no es de cuidado en estos días. Tan solo algunos corsarios se atreven a mostrar cara, aunque su corbeta *Mosca* topara con tres de ellos.

Una vez con la tranquilidad que el fondeo seguro otorga en la mar, debí retener a Beto por corto con inesperada dificultad. Mi cuñado deseaba salir al tranco hacia el *Palomo*, como si se dispusiera a tomar el mando de forma inmediata, acción imposible hasta el previsto retorno a la bahía gaditana. No obstante, me dije que se trataba de una suerte inesperada el hecho de disponer de una de nuestras unidades en presencia porque me preocupaba la suerte de mis hombres, que debería desembarcar de la goleta y encontrarles algún destino provisional, condición difícil en Vigo donde estimaba escasa presencia de la Armada. Por esa razón, y para matar dos pájaros de un tiro, solicité al comandante que su lancha nos trasladara al bergantín. Al mismo tiempo, le podría ofrecer información sobre autoridades navales y posibles asentadores en el puerto. Milburn aceptó de buen grado con su cortesía habitual.

Aunque laváramos a fondo nuestros cuerpos, mientras Okumé y Miguelillo adecentaban en lo posible las escasas ropas a disposición,

abordamos el portalón del *Palomo* con aspecto muy lejano al de oficiales de la Real Armada. Por mi parte, mostraba camisola y chupa con desgarros cosidos en premura, así como calzón corto arrebujaado, medias blancas deslucidas y zapatos prestados por el britano, con Beto en muy parecidas condiciones. El teniente de fragata que nos recibió en cubierta mostraba cara de asombro, dudando en los primeros momentos hasta permitir nuestro embarco. Lo atajé sin dudarle con aplomo.

—Somos el capitán de navío Leñanza y el de fragata Pignatti, recogidos por la goleta británica *Sunset* que acaba de fondear, tras el naufragio sufrido por la corbeta *Mosca* bajo mi mando. Llévenos a presencia de su comandante sin pérdida de tiempo.

—Quedo a las órdenes. Alférez de navío José de Bustamante, segundo comandante del bergantín *Palomo*. —Se destocó el joven con una ligera reverencia, para dirigirse a Beto a continuación, con una alargada sonrisa—. Ahora lo recuerdo, señor, cuando le recogimos frente al cabo de Gata con unas damas que navegaban en lamentables condiciones a bordo de un latino pesquero.

—Así es. También yo lo recuerdo, segundo. Parece que la historia se repite. Espero algún día tomar este portalón con casaca.

—Síganme, por favor.

—Espero que todavía se encuentre al mando el teniente de fragata Diego Quevedo.

—En efecto, señor. Debe de encontrarse en su cámara.

Poco debimos recorrer por la cubierta de babor porque antes de llegar al tambucho de la timonera, el comandante se dirigía hacia nosotros. Al rostro inicial de incertidumbre siguió un gesto de sorpresa por reconocer a mi cuñado.

—Es la segunda vez que embarca en este bergantín con vestimenta en muy especiales condiciones, señor, al punto de que sea difícil reconocerlo como capitán de fragata de la Armada.

—Así es, Quevedo. Parece ser que el destino desea amadrinar mi vida a su persona. Le presento al capitán de navío Leñanza.

—También le conozco, señor, y quedo a sus órdenes. Coincidimos a bordo del navío insignia antes de su partida hacia las islas Azores, muy provechosa por cierto. Perdone que no lo reconociera en los primeros momentos. Le felicito por su merecido ascenso. ¿Entregó el mando de la corbeta *Mosca*?

—Vayamos donde podamos hablar con cierta tranquilidad y le contaremos una larga historia —se adelantó Beto.

Una vez en la cámara del comandante, mi cuñado narró con detenimiento nuestras acciones desde la salida de Cádiz, con especial atención a los hechos ocurridos en la costa portuguesa y el triste final de la corbeta. Quevedo emitía gestos y palabras de asombro conforme progresaba la narración, para emitir un primer dictamen con aparejada admiración.

—Parece, señor, que esa corbeta bajo su mando suponía un foco de irremisible atracción para los escasos corsarios gabachos que por estos tiempos luchan en la mar. Mucho siento que acabara sus días en tan lamentables y peligrosas condiciones, así como la pérdida de sus muchos hombres, pero así es la inflexible ley de la mar. También por estas latitudes se dejó sentir el temporal del sudoeste, aunque para bendición del bergantín *Palomo* la ría viguesa quede bien cerrada por sus portas Bayonas. Y mucho lo agradezco porque el lamentable estado de mis cables no aguantaría un fondeo de fuerza. Por el contrario, mi navegación desde Cádiz hasta aquí se convirtió en travesía palaciega, nada anormal en estos meses.

—¿Cuándo regresa hacia el sur? —preguntó Beto sin poder disimular la inquietud—. Bueno, le digo esto porque voy a ser quien lo releve en el mando de este buque, una vez cumplida su comisión.

—Esa sí que es una buena casualidad y se suma a ese especial apego del *Palomo* con vos. Sabía que debería entregar el mando a mi regreso, pero nada del nuevo comandante. Sin embargo, y como estoy seguro de su deseo para que dicho relevo se produzca cuanto antes, siento decirle que se retrasará por un tiempo indeterminado.

—¿Retraso? —preguntó Beto de nuevo sin mediar espera—. ¿Alguna inesperada misión?

—El Consejo Supremo de Regencia, o más bien su Junta Militar, dentro de las operaciones anfibias coordinadas con el Ejército y los mandos británicos, concibió en concreto la llamada «expedición cántabra», que tras varios cambios ha quedado bajo el mando general del mariscal de campo don Mariano Renovales, gobernando el capitán de navío Joaquín Zarauz las fuerzas navales.

—¿Expedición cántabra? ¿Se trata de algún apoyo a las operaciones de los ejércitos que por el norte combaten? ¿Dónde iza su insignia Zarauz? —pregunté con interés.

—Creo que en la fragata *Magdalena*, aquella que se mantuvo en Ferrol como única unidad de porte cuando se trasladaron todas las fuerzas navales



del departamento marítimo hacia Cádiz. No puedo asegurar mucho en detalle porque anda el asunto un poco confuso entre diferentes mandos del Ejército y la Armada. La verdad y con la necesaria discreción, mucho se está retrasando esta expedición, con discusiones bizarras entre diferentes mandos. Por mi parte, he elevado informe al secretario de Estado alertando de lo peligroso que sería encarar esta operación por la costa cantábrica en los próximos meses, cuando tan sencilla debe de aparecer durante el estío.

—Razón le sobra.

—Nada me han contestado ni sé cómo avanzan los planes en concreto, pero pronto lo sabremos al punto por boca del marqués de Ayerbe y del propio mariscal de campo Renovales, que se encuentran en tierra en estos momentos rematando unos asuntos. Espero su regreso a bordo de un momento a otro porque han de pasar conmigo a Coruña. Creo que desean salir hacia ese puerto mañana mismo.

—¿Mañana parten hacia Coruña? —Me sentí urgido por las prisas—. Antes debería resolver algunos asuntos de importancia. En primer lugar, es necesario informar al comandante de la goleta *Sunset* sobre las providencias para llevar a cabo aguada de garantía y adquisición de algunos víveres en Vigo, información que le he prometido. Pero al mismo tiempo debo tener en cuenta que en la unidad britana se encuentran treinta y seis hombres de la dotación de la *Mosca* que han de desembarcar. —Pensaba con rapidez en posibles soluciones—. ¿Podrían pasar a bordo del *Palomo* en su travesía hacia Coruña? Necesito instrucciones superiores y Zarauz, como máxima autoridad naval presente en dicho puerto, podría certificármelas.

—Encantado por mi parte. ¿Ha dicho treinta y seis hombres? Serán muy bien recibidos porque todos andamos con dotaciones escasas. Gracias a la comisión que encaraba con el marqués de Ayerbe y su especial índole, conseguí que de los setenta y tres hombres iniciales me concedieran ocho más, entre ellos tres buenos marineros, pero ya saben cómo andamos en estos días y no desecharía alguna mano más.

—En ese caso, embarcarán de momento en el *Palomo*. Una vez llegados a Coruña será posible distribuirlos entre las unidades que sean designadas para esa operación cántabra, si Zarauz lo estima oportuno.

—También serán bienvenidos, aunque tampoco sé todavía qué unidades serán asignadas en compañía de este bergantín y la *Magdalena*. Renovales llegó desde Cádiz a bordo de una goleta mercante, pero he oído que también se empeñarán en la misión cañoneros y buques britanos. En fin, espero que me lo aclaren todo de una vez en los próximos días.

—También necesitamos ropa. —Mil problemas bullían en mi cabeza al tiempo—. Y no me refiero solamente a nosotros, que andamos como trajineros de ocasión, sino a los demás hombres. Tenga en cuenta que todo lo perdimos. Y si no ando descalzo en estos momentos es gracias a la generosidad del teniente de navío Milburn.

—No disponen de tiempo para tal arreglo en la ciudad de Vigo. Pero como en mi opinión deberemos permanecer alguna semana en Coruña, que la preparación de estas operaciones conjuntas se ralentizan demasiado, allí encontrarán sastres militares con seguridad.

—En ese caso, no podemos perder un minuto. Si le parece bien, pasaré a la goleta para informar a su comandante de sus posibilidades en este puerto, una vez me las esponga su segundo, así como hablar con mis hombres. Después podemos proceder al barqueo del personal bajo mi responsabilidad y su embarco provisional en el *Palomo*.

—Muy bien. Ya sabe, señor, que me tiene a su disposición. Por desgracia, mi lancha está siendo utilizada en estos momentos por Ayerbe y Renovales. Solamente dispongo del bote.

—Es igual. También podremos utilizar la lancha inglesa.

—¿Quieres que te acompañe? —me preguntó Beto.

—No es necesario. Espero estar de regreso en pocos minutos.

—Iré contigo. Con la emoción de encontrarme en este bergantín he olvidado que debo despedirme del britano como se merece. Por cierto, Quevedo, ¿le han cambiado el aparejo? Noto algunas diferencias respecto al que desplegabamos cuando nos recogió por el cabo de Gata.

—Como les decía, gracias a esta especial misión mi barco fue recorrido en el arsenal de La Carraca como no era de esperar. —Sonreía con evidente satisfacción—. La arboladura presentaba algunos problemas graves, por lo que en la práctica acabé aparejado de corbeta. También me cambiaron algunas piezas de artillería. Ahora cuento con dieciséis cañones de a ocho y dos de a tres. Y he ganado bastante en el andar con los cambios, que da placer comprobar cómo navegamos desde Cádiz hasta aquí. Por desgracia, en el aspecto de jarcias y cabuyería continúo bajo mínimos, aunque no puedo quejarme porque es norma general.

—Vamos, Beto —urgí a mi cuñado—. Ya tendrás tiempo de comprobar las cualidades marineras del *Palomo* en su momento. No podemos esperar más tiempo.

Sin perder un minuto y de nuevo asociados a esa aceleración tan habitual de nuestras vidas en la Armada, sea cual sea el momento y la situación,

tomamos la lancha inglesa que todavía esperaba en el portalón para regresar a la goleta *Sunset*. Creí entrever que comenzaba una nueva etapa de horizontes tomados, aunque ya era cuestión más que repetida en mi vida y nada me asombraba. Tan solo esperaba cambiar la rosa en dieciséis cuartas y no sólo en el aspecto de la mar.

\* \* \*

A lo largo de la mañana resolvimos todos o gran parte de los problemas aparejados a nuestra especial situación. El personal de la *Mosca* pasó al bergantín, donde se les dictó asiento provisional. Por fortuna, fueron ayudados en amistosa camaradería por los de su misma clase a bordo del *Palomo*, en cuanto a préstamo de ropas y enseres mínimos necesarios. Y como nos encontrábamos en días de calor era situación más sencilla de resolver aunque, después de todo, se mantuviera esa calamitosa situación en nuestra Armada, asignatura pendiente a lo largo de todo un siglo. Porque la marinería se movía a bordo medio desnuda, con prendas recogidas al quite y desastrosamente uniformados.

Nos despedimos del teniente de navío Milburn, agradeciéndole por última vez el valor demostrado al arriesgar su buque por salvarnos la vida, así como su generosa hospitalidad a bordo de la goleta *Sunset*. Hicimos planes de futuros encuentros, esos sinceros deseos tan habituales en la mar que, para bien o para mal, acaban escritos sobre las aguas en la mayor parte de los casos por mucho que se firmen con seguridad. Mientras dos lanchones del puerto servían la aguada a la goleta y algunas otras necesidades, Beto y yo tomábamos la lancha para transbordar al bergantín de forma definitiva. Una vez atacamos de nuevo la cámara de Diego Quevedo nos vimos sorprendidos por su compañía, que nos fue presentada con rapidez, aunque ya reconociera a uno de ellos.

—Permítanme que les introduzca a los capitanes de navío Leñanza y capitán de fragata...

—De nuevo tropiezo con vos.

Era Jordán de Urríes, tercer marqués de Ayerbe, quien abandonaba su asiento para saludarnos con gestos de extrema jovialidad. Lo reconocí sin dudarle por haberle saludado cuando acudió en presencia de don Antonio de Escaño, intentando diligenciar aquel extraño suceso de la prenda del rey don Fernando llegada a sus manos por misterioso conducto. Pensé que podía haberme olvidado pero pronto me convenció de mi error.

—También recuerdo al capitán de navío don Santiago de Leñanza, conde de Tarfí. Mi memoria para nombres y rostros es excelente. Como sabrá por su familia, traté mucho a su tío y también conocí a su padre, que en gloria se encuentre. Por segunda vez cruzo camino con personajes de la casa de Montefrío.

—Ya sé, señor, que se encontraba a bordo de este bergantín cuando recogieron a nuestras mujeres en compañía de mi cuñado meses atrás. Pero antes de proferir una palabra más debo pedirles excusas por el terrible aspecto que presentamos. Hemos perdido la corbeta *Mosca* bajo mi mando en las islas Berlingas por culpa de un inoportuno temporal y debimos lanzarnos al agua para ser recogidos por la goleta británica *Sunset*, que nos salvó la vida. No disponemos más que de estas escasas y lamentables prendas. Espero que en Coruña sea posible adquirir la uniformidad adecuada.

—No se preocupe, que en la guerra casi todo está permitido y en su especial caso es más comprensible todavía. Pero permítanme que les presente al mariscal de campo don Mariano de Renovales y Rebollar, Santetices y Mollinedo, perteneciente a los cuatro ilustres linajes del solar montañés de Arcentales en las Encartaciones de Vizcaya. Un valeroso general de nuestro Ejército.

—Por favor, Jordán, no es necesario exponer mi alargada prosapia ante estos caballeros. Es un placer conocerles, aunque sea en momentos de cierta turbación tras la pérdida de su buque.

El mariscal de campo nos saludó con sentido afecto, como si se tratara de un viejo amigo. Hombre de baja estatura y carnes sueltas, resaltaba en mucho la negritud de su cabello, aparejado a la romana y con profusas patillas tan al uso por aquellos días. Con treinta y seis años de edad falseaba al pedir recato al marqués de Ayerbe porque mucho presumía de esos ilustres linajes expuestos, y según algunos compañeros de oscura certificación. No obstante, era persona de gran actividad, exacerbado patriotismo y deseoso de inmediata acción en la guerra contra los franceses. Su agradable aspecto, amistosos gestos e inveterada cordialidad le concedían una inmediata cercanía y acusado atractivo personal. Como supimos por su propia boca, desde el primer momento había luchado con demostrado valor contra los gabachos. Asistió como teniente coronel de caballería al primer sitio de Zaragoza y, una vez ascendido a coronel, al segundo, siendo finalmente apresado. Sin embargo, consiguió escapar en Pamplona, pasando a las partidas que luchaban por el Roncal. Apretado de cerca por los franceses abandonó las tierras aragonesas para pasar a Cádiz, donde fue promovido a su actual empleo por la Regencia.

—Tengo entendido, señor —me dirigía a Renovales, una vez aceptado un vaso de clarete ofrecido por Quevedo—, que ha sido nombrado para comandar una importante misión por las costas cántabras.

—Así es. Bueno, como se encontraban de ayudantes del teniente general Escaño creo que podemos hablar con seguridad de temas muy importantes y secretos. —Miró al marqués de Ayerbe, que intervino con rapidez.

—Por supuesto, Mariano. Estos caballeros se encuentran al tanto de mis intentos y son oficiales leales a don Fernando.

—Nadie debe dudarlo siquiera —atajó Beto con rostro severo.

—Mi primigenia intención era la de asociarme con el marqués de Ayerbe y auxiliarle en su segundo intento de rescatar a nuestro señor don Fernando el Séptimo. Pero al nombrarme la Regencia para esta importante misión militar, debí desistir. No obstante, espero que mi buen amigo Jordán lo consiga en esta ocasión y regrese con nuestro señor.

—Ha cambiado por completo de escenario —era Beto quien se dirigía al marqués—. En la ocasión anterior pensaba intentar el rescate desde la costa catalana.

—Entiendo que el nuevo plan elaborado es de mayor garantía. Me encuentro acompañado de nuevo por mi secretario, José Barrau y Aissa, aunque en esta ocasión también me auxilia de forma voluntaria el capitán de infantería José Wanestron, con el beneplácito de la Regencia. Es cierto que desde nuestra arribada a Vigo con este bergantín, allá por el mes de junio, hemos esperado a la llegada de mi buen amigo Renovales. Y como dice pensaba en su concurso para llevar a cabo el perseguido rescate de nuestro señor. Para mi desgracia, esa misión militar ha desbaratado los planes. No obstante, desde Coruña iniciaré la sagrada misión impuesta. En dicha ciudad dejaré a mi secretario y con el capitán iniciaré la empresa a través del Roncal. Todo está preparado.

—Será una misión altamente peligrosa —dijo con sinceridad.

—Cualquier empresa es peligrosa en estos días de lucha sin cuartel contra el francés. Como bien sabe su cuñado, fracasé en el primer intento por culpa de un general..., digamos incompetente o, más bien, por falta de información entre diferentes mandos. Ahora echaremos el resto y no dependeré de nadie en particular. Mis actos y la necesaria suerte son los únicos factores. Y no nos ha de faltar la buena estrella para conseguir tan honesto y patriótico fin.

—¿Cómo piensa llegar hasta Valençay, señor? —me arrepentí con rapidez de la indiscreta pregunta—. Perdone mi curiosidad, no debo...

—No se preocupe, que confío plenamente en ustedes y ya se encuentran al tanto del meollo principal. Tanto el capitán Wanestron, que anda todavía con asuntos en tierra y es hombre de pelos en el corazón, como yo nos disfrazaremos con ropa que aquí en Vigo ha adquirido mi secretario Barrau. Vestiremos chupas y calzones de paño pardo, chalecos ordinarios, fajas de estambre, camisas de cáñamo, zapatos de vaca y sombreros redondos. En Coruña y poco antes de partir nos cortaremos el pelo a la paisana y ordenaré comprar dos mulas. Dos criados de confianza andarán al cuidado de la recua con carga adecuada al camuflaje. En dos cintas y bien colocadas nos coseremos mil duros cada uno en onzas de oro, que estibaremos por bajo de las camisas. También llevaré mil reales en diferentes monedas para el diario gasto del camino. Todo el caudal me ha sido entregado por la Regencia, que no escatima fondos en esta empresa. Para mayor seguridad, llevaremos tres diferentes pasaportes que expondremos según la ocasión; uno del ministro de Estado, mi buen amigo Eusebio Bardají, otro del general Renovales como capitanes comisionados para la requisita de caballos y uno más de la Junta de Defensa de Galicia bajo el nombre de Pedro Argüelles y Francisco Martínez, arrieros roncales. Pasaremos por Ezcaray donde estamos asociados con el sacerdote que allí oficia, buen amigo de la familia, para seguir por Lerín y Berbinzana hasta atravesar la frontera francesa. Bueno, esta es la operación a grandes rasgos, aunque todo lo tengo bien perfilado en la mollera, muy estudiado el camino y pensadas las voluntades que será necesario comprar.

—Mucho le admiro, señor —volví a asegurar con sinceridad—. Muy grande es su fidelidad a don Fernando para exponer la vida de esa forma.

—Quiero a don Fernando con la lealtad que todos nuestros compatriotas le deberían desde que, muy joven, entré al servicio de quien entonces era príncipe de Asturias. Con él viví los peores y más indignos momentos de nuestra historia que de todos son conocidos, con las maniobras del maléfico valido Godoy, cuyo nombre deberíamos desterrar para siempre. Parece difícil creer que ese indigno personaje arrastró a las más altas dignidades de nuestra Corte, hasta alcanzar niveles de indecorosa desvergüenza.

—Nadie duda en España de esa aseveración, señor —me atreví a intervenir.

—Cuando los sucesos de Aranjuez y la proclamación de don Fernando el Séptimo como Rey, fui nombrado su mayordomo mayor. Junto con él viví aquellos primeros y complicados días en Palacio con el prepotente duque de Berg instalado en Madrid cual monarca encubierto. Por desgracia, cayó nuestro señor en la celada cuando se adelantó a recibir al Emperador y

acabamos en Bayona. Presenció la más vergonzosa de las sesiones con las presiones de don Carlos y el valido prepotente a la sombra, más la indigna maniobra de ese Bonaparte que Dios confunda pronto en las tinieblas del infierno por el bien del mundo. Acompañé a nuestro señor en su destierro de Valençay. Y como les decía, desde el primer momento... —pareció dudar por primera vez— desde el primer día me empeñé en encontrar una posible solución, la forma de que don Fernando pudiera regresar a su patria y regir los destinos de la España libre. Por desgracia, nos rodeaban espías y delatores, con lo que los franceses sospecharon de mi conducta y fui expulsado en abril de 1809. De esa forma, tratan los gabachos a los fieles senadores de Su Majestad sin dilaciones. Regresé a España y seguí los avatares de la Junta Central. Estando en Sevilla mantuve una conferencia con el secretario de Estado y del Despacho de Marina, don Antonio de Escaño.

—Lo recuerdo con todo detalle, señor —dijo Beto.

—Desde luego, que allí estaban ustedes. Como pueden comprender desde que pisé tierra española solo me guiaba una idea. Y no era otra que intentar el rescate de nuestro Señor de la prisión impuesta. Porque así debe considerarse el castillo de Valençay, donde lo mantienen recluido. Comunicué al general Escaño mi intención de utilizar los cruceros sobre la costa más cercana al mencionado castillo de donde, en mi opinión, podríamos sacarlo corriendo en posta hasta el puerto convenido. Su general me explicó de manera convincente que los franceses tienen establecidos sus vigías de costa y se comunican todas las novedades con extrema facilidad. De esta forma, a la señal de enemigos se alarman los pueblos inmediatos y aprontan las lanchas de defensa. Con tales condiciones el general estimaba difícil el embarco y la situación como altamente peligrosa para Su Majestad.

—Fue cuando le recomendó la utilización de las embarcaciones guipuzcoanas que frecuentan los puertos de Francia —comenté por recordarlo al detalle.

—En efecto. Escaño recomendaba que algunos oficiales valientes y arriesgados llevaran la empresa para regresar al puerto señalado. Quedamos en pensarlo de forma más detenida, pero seguí moviendo hilos en el mismo sentido. Por fin, fui avisado por el ministro de Estado, mi buen amigo Francisco Saavedra, para asistir a una nueva reunión. En ella se encontraban también el general Escaño, el duque del Infantado, concedor de mis planes, y el marqués de las Hormazas, que poco después ejercería como nuevo secretario de Marina interino, al acceder Escaño al puesto de miembro del Consejo Supremo de Regencia. Se decidió que un bergantín quedara a mis

órdenes, en el que embarcaría con mi secretario, oficial mayor interventor de la Administración de Correos de Cáceres. Se me debían facilitar dos millones de reales en oro de la renta de Correos para ocultar la expedición. Embarcaríamos disfrazados y con los caudales también en disimulo. Por esa razón elegí como secretario a Barrau, con cuya persona cuadraban los reales de la renta de Correos y es persona fiel. Me autorizaban a tomar el paraje de la costa que estimara adecuado. Bueno, no debo extenderme en un intento que fracasó por la desidia de algunos. Pensemos en el próximo futuro que se abre con mayores esperanzas.

—Le deseo la mayor fortuna, en tan importante empresa. Si la culmina con el éxito del que no dudo, supondrá una bofetada para Bonaparte que nuestro señor don Fernando rija nuestros destinos desde Cádiz, ciudad que como ya algunos generales franceses reconocen es «cabeza y corazón de la España libre» —dijo Beto un tanto enardecido.

—Sería una estocada de muerte.

Se hizo el silencio durante algunos segundos, como si todos pensáramos en el feliz momento citado.

—Ya nos ha contado el teniente de navío Quevedo que ha perdido su barco —Renovales se dirigía a mí con amigable gesto de comprensión—. En estos días comprendo lo duro que es la vida en la mar.

—¿Cómo sucedió? ¿Un temporal? —se interesó Ayerbe.

—Por favor, extiéndase sin recato en la narración e incorpore su victoriosa comisión por las islas Azores. —Renovales se frotaba las manos como si se dispusiera a escuchar un alargado e interesante relato—. Ya don Diego Quevedo nos avanzó algunas noticias, pero muy a la ligera. Siempre es reconfortante en estos días escuchar los éxitos de nuestras armas sobre los franceses, teniendo en cuenta el elevado número de nubes negras que se vuelcan contra los leales defensores de la patria.

—El capitán de navío Leñanza debe padecer extrema sequedad en su garganta, tras sufrir una penosa y alargada travesía —entró Ayerbe con gesto benefactor—. Por favor, Quevedo, diga a su criado que nos acerque un par de frascas de ese vino que he agenciado en la ciudad de Vigo con inmejorable aspecto. No se deben pedir largas historias sin vino a disposición.

—Estoy de acuerdo con vos, marqués —aplaudió Beto que mantenía su copa vacía.

Poco después se nos servía un vino rojo y espeso, capaz de elevar la moral hasta la galleta de los palos en el segundo cuartillo. Bien que lo necesitaba,



todavía con los pensamientos en vuelo. Y aunque poco me agradara, decidí exponer una vez más la repetida historia de mi paso por la corbeta *Mosca*.

## 18. La expedición cántabra

Debí narrar una vez más el hundimiento de la fragata francesa *Clementine* por aguas de las Azores, así como toda la historia posterior a lo largo de la costa sur portuguesa. En esta ocasión era Renovales quien me interrumpía a menudo por no haber comprendido algún pasaje o detalle marineramente, un tema el de la mar que mucho parecía interesarle. Y puedo certificar que no solo me aburría la primera parte, más que repetida en los últimos meses, sino que sufría de infinita tristeza al rememorar los detalles que rodearon la pérdida de mi barco, como si todos los cuchillos se clavaran de nuevo en el cuerpo. Conforme progresaba en la narración, sus rostros demostraban asombro y hasta un cierto tinte de incredulidad.

—Me ratifico en la dureza que supone una vida dedicada a vencer la mar día a día y lo terrible que debe de ser un combate a tocapenoles, como ustedes dicen, entre buques en movimiento, atentos a la maniobra y aparejos —alegó Renovales con firmeza y acento sincero—. Pocos de mis compañeros lo comprenden al estimar que los oficiales de la Armada disfrutaban de vida regalada sobre las aguas y guerra galana en ellas. Deberían embarcar más a menudo.

—Somos conscientes de tal condición. Una vez al día de mis últimas peripecias, pueden comprender la urgencia que me ataca en aclarar mi situación cuanto antes con el comandante general de la escuadra del mar Océano, medida harto difícil en las condiciones que atravesamos. Cuando lleguemos a Coruña nos ofreceremos al capitán de navío Zarauz, por si a bien tiene disponer de nuestra colaboración, así como la distribución de mis hombres con el consentimiento de la autoridad departamental, quien debe asumir tal responsabilidad en estos momentos. Y si es posible enviar hacia Cádiz en algún correo el parte de operaciones y pérdida del barco bajo mi mando.

—No sobran hombres como ustedes en esta guerra a muerte que libramos. Zarauz estará encantado de su colaboración —afirmó tajante Renovales.

—Pensábamos regresar a Cádiz en este bergantín, del que mi cuñado tomará el mando. Pero hemos sabido por su comandante que ha sido integrado en esa operación por aguas del norte. Nada sabíamos.

—Lo decidió el capitán general de Ferrol, previo acuerdo con el Consejo Supremo de la Regencia. Parece ser que no sobran unidades navales de la Armada por estas costas —dijo Renovales—. Y ya veremos si somos capaces de embarcar todo el personal alistado.

—¿En qué consiste esta expedición cántabra, señor, si puede ofrecernos algunos detalles? ¿Se prevé de larga duración?

Aunque Beto preguntaba con marcado interés, como lo conocía bien comprendí que intentaba sonsacar la posible fecha en la que el *Palomo* quedaría libre para regresar a las aguas gaditanas.

—Ya hay quien la llama «operación Renovales» —dijo Ayerbe con marcado orgullo.

—No debemos personalizar, amigo Jordán, que aquí todos luchamos con el mismo fin, de general a soldado o marinero. En cuanto a su pregunta, Pignatti, el Gobierno de la Regencia quiere demostrar que no se interrumpe en ningún momento el movimiento de tropas con el que desean mantener un elevado espíritu guerrero en la Península, aunque recibamos demasiado a menudo bofetadas que atraviesan los cueros. En concreto y en cuanto a esta operación que acometeremos en breve, se trata de una más de las que se llevan a cabo de forma regular por las aguas cántabras. Un nuevo golpe de mano contra las líneas francesas en ese atacar y retirarse al que estamos acostumbrados y mucho daño hace a los gabachos, aunque en esta ocasión aparezca de mayor envergadura. Precisamente, ha sido hasta ahora un antiguo oficial de la Armada quien las ha comandado por tierra en su mayor parte, algunas de ellas con apoyo británico como ésta que debemos encarar. Me refiero a Juan Díaz Porlier.

—¿Porlier? ¿*El Marquesito*? —pregunté, interesado—. Una verdadera casualidad. Lo conocí porque era compañero de curso de mi hermano menor en la Real Compañía. Ambos coincidieron en el empleo de guardiamarina en el combate naval de Trafalgar. Tuvo más fortuna que mi hermano, muerto a resultas de las heridas recibidas a bordo del navío *Santa Ana*.

—Mucho lo siento. Ya sé que toda familia marinera perdió algún miembro en aquel luctuoso día.

—En efecto.

—¿Por qué le llama el *Marquesito*? Nada sabía de tal apodo.

—Es oriundo de Cartagena de Indias y como se le suponía sobrino del marqués de la Romana, lo que no es cierto, recibió ese alias.

—Costumbre muy habitual en la Armada según tengo entendido —dijo Renovales.

—Entonces, señor, ¿Porlier se pasó definitivamente al Ejército, como tantos otros de nuestros compañeros? —pregunté de nuevo—. Nada sé de su vida desde hace bastantes años.

—Pasó a los cuadros del Ejército como oficial de caballería y con un empleo superior, alcanzando el grado de coronel con rapidez, dado su valor y bizarría. Tomó parte en la guerra de guerrillas por Tierra de Campos, antes de comenzar a comandar algunas operaciones anfibias en la zona cántabra. Y en una de ellas con apoyo de seis fragatas inglesas bajo el mando del comodoro *sir* Mends, que también se encontrará al frente de las unidades aliadas que nos auxiliarán en esta ocasión. Debo reunirme con este britano en Coruña a la mayor brevedad. Como alega el comandante Quevedo, el retraso se acentúa demasiado y debo reconocer mi inquietud. Porlier lucha por Cantabria en estos días y es posible que nos veamos cara a cara combatiendo en tierra. Pero hemos derivado la conversación porque deseaban conocer esta operación con más detalle, aunque algunos puntos se encuentren todavía en el aire y sin decidir.

—Si lo cree oportuno, señor.

—Desde luego, siempre que nos rellenen de nuevo las copas de este magnífico vino. —Levantó la copa en dirección al marqués—. Has acertado de lleno, Jordán. Deben tener en cuenta que también los hombres del Ejército sufrimos sequedad de garganta. —Volvía a relajar la conversación.

—Desde luego, señor general, y perdone mi torpeza —se excusó Quevedo.

—Nada de torpezas, comandante. Eso quiere decir que nuestras narraciones son interesantes. —Sonrió de excelente humor, su estado habitual—. Como les decía, la operación llamada expedición cántabra ha sido proyectada en Cádiz por la Regencia en esa regulación de fuerzas y recursos que desde la bahía gaditana se lleva a cabo. El primer y principal objetivo es apoderarnos de la importante plaza de Santoña y del puerto de Guetaria. Pero especialmente fortificar la primera, que anda un tanto descuidada y se trata de un punto que, bien guarnecido, puede ser inexpugnable. Por esa razón, parece que Bonaparte ha dispuesto especiales intenciones sobre él.

—¿Intenciones sobre Santoña?

—En efecto. Como es bien sabido, el emperador ha cedido a su querido hermano los reinos de España y sus Indias, pero sin evitar algunos mordiscos a su capricho por aquí y por allá. Uno de ellos es este de Santoña que según nuestros agentes desea convertir en el «Gibraltar francés». Y, en efecto, bien fortificada y artillada se convertiría en una plaza de casi imposible recuperación.

—Maldito sea ese petimetre gabacho y sus ínfulas de grandeza. —Ayerbe no se podía contener en su odio personal y furibundo hacia Bonaparte.

—Será petimetre, Jordán, pero lleva de cabeza a medio mundo. Por suerte para Europa aquí le hemos parado los pies y mucho sufre, debiendo mantener demasiados hombres en la campaña ibérica que mucho necesitará en otros frentes. Pero regresando a nuestra operación, el segundo objetivo es destruir las fábricas de municiones de Eguy y Orbayceta, de donde tantos pertrechos obtienen los franceses. Como dada su situación es imposible establecer allí una mínima defensa, se ha decidido reducirlas a polvo. El tercer y último objetivo es menos preciso porque se trata de cortar los principales caminos de tránsito y abastecimiento de los ejércitos franceses, especialmente el camino real de Irún. El fin, como es lógico pensar, no es otro que dificultar al enemigo la entrada de socorros e imposibilitar al máximo la conducción de su artillería. Pero ya les digo que sobre este último propósito se pueden tomar sobre la marcha diferentes criterios que han dejado bajo mi responsabilidad.

—¿Con qué fuerzas cuenta para la expedición, señor? —preguntó Beto.

—En cuanto a personal a desplegar en tierra dispongo de tres batallones del Ejército, así como ochocientos soldados ingleses y una brigada de Artillería de Marina. En conjunto una cantidad cercana a los dos mil hombres. También me ofreció el capitán de navío Zarauz formar una compañía del Cuerpo de Batallones, integrada por las guarniciones de los diferentes buques asignados a la operación.

—¿Ha dicho una brigada de Artillería de Marina? ¿Se refiere a su composición clásica?

—En efecto, con ciento treinta hombres bajo el mando de un teniente de navío. Creo que me han asignado la quinta brigada.

—Esa tenía su base en Ferrol al comienzo de la guerra, momento en el que disponíamos de dieciocho brigadas. En gran parte han sido desplegadas por los diferentes teatros en apoyo del Ejército. ¿Y en cuanto a fuerzas navales?

—A la cabeza se encuentra la fragata *Magdalena*, de treinta y cuatro cañones, bajo el mando del capitán de navío Blas Salcedo. En ella izará su

insignia el de su mismo empleo Joaquín Zarauz, que corre al mando del aspecto marítimo de la operación. Por fortuna, es hombre decidido y no creo que aparezcan esos roces habituales en la necesaria dualidad del mando naval y terrestre, como hemos sufrido a lo largo del siglo pasado en repetidas ocasiones aunque sea difícil de creer. Por desgracia, son muchas las ocasiones en las que los privilegios y objetivos personales caminan por encima del fin común.

—Estoy de acuerdo con su opinión y son bastantes los casos que se pueden referir —afirmé convencido.

—También yo embarcaré en la fragata *Magdalena*. Entre el resto de fuerzas navales asignadas a la expedición aparecen este hermoso bergantín *Palomo*, de dieciocho cañones si no recuerdo mal, así como la goleta corsaria *Insurgente Roncalesa*, de doce, una balandra británica y veinte transportes. A nuestro paso por Ribadeo, que se ha convertido en una base avanzada de operaciones navales, se nos unirán la fragata *Liniers*, cuyas características desconozco, y los cañoneros *Corzo*, *Estrago*, *Gorrión* y *Sorpresa*, así como quince transportes más. Y no sé con exactitud la situación en la que se nos unirá un número indeterminado de fragatas británicas, donde izará su insignia el comodoro Mends, así como el bergantín *Puerto de Mahón*. A pesar de su nombre, este último también iza pabellón británico, aunque desconozco su procedencia.

—No está nada mal para los tiempos que corren —alegué en voz baja—. Y sepa que la fragata *Magdalena* donde navegará tiene aparejada una notable historia en sus cuadernas, que son muchas las millas navegadas.

—¿Ah sí? —Renovales, como pude comprobar con el paso de los días, era personaje muy aficionado a los temas históricos—. Me gustan esos detalles y siempre prefiero caballo con experiencia a primorosa potranca.

—Una vez en la mar, señor, ¿atacaremos directamente en Santoña? —preguntó Beto para regresar al tema principal.

—Aunque debo parlamentar con el comodoro Mends y concretar algunos puntos que se encuentran prendidos en el aire, es mi intención atacar en primer lugar Gijón desde la mar con toda la artillería posible, incluyendo esos cañoneros bien pegados a tierra. Después se procederá al desembarco mientras entran en jarana a un mismo tiempo las columnas de Porlier, Castañón y Escandón. Por cierto que el último de los nombrados también es antiguo oficial de la Armada. Lo conocí cuando mandaba el regimiento de Onís. Bueno, todo esto que les refiero es dictado de corrido y a vuela pluma. Como les decía, debo charlar a fondo con el mando britano en Coruña si es

que se presenta, en caso contrario, lo haría en Ribadeo. También debo concretar algunos detalles con el capitán general de Galicia y un enviado del departamento marítimo de Ferrol.

—Ha hablado, general, de cuatro cañoneros de los que jamás había escuchado. ¿Son unidades de nueva construcción? ¿De qué porte?

—Pues si le digo la verdad —reconoció Renovales—, lo desconozco por completo. Me lo comentó el capitán general de Ferrol sin ofrecerme mayor detalle. Tan solo sé que se trata de pequeñas embarcaciones a las que les es posible acercarse mucho a tierra y batir blancos que se escapan a las unidades mayores.

—Tengo entendido que se han construido en el arsenal de Ferrol con ayuda británica para estas operaciones por el cantábrico —explicó Quevedo—. Hace un mes aproximadamente pasó uno de ellos por aquí en misión de correo, el *Corzo*, bajo el mando del teniente de fragata Ramón Rato. La verdad es que a primera vista ofrece una impresión muy cercana al falucho.

—¿Un falucho para operaciones en el Cantábrico? —pregunté, extrañado—. Mandé uno de ellos, el *Colombo*, cuando rendimos a la escuadra del almirante Rosily en aguas de Cádiz allá por junio de 1808.

—Bueno, señor, no me refiero a esos pequeños faluchos utilizados en el comercio por la costa andaluza como el que mencionáis. Si recuerda se llegaron a construir en La Carraca algunos faluchos de mayor enjundia, que pueden actuar como guardacostas y fueron basados en principio en el apostadero de Algeciras. Me refiero a que ese *Corzo* se parece ligeramente a aquellos con alguna variación. Su eslora debe de andar por los setenta pies.

—¿Setenta pies? —pregunté, extrañado—. Buena eslora para un falucho.

—Ya le decía, señor, que poco se parecen a los del comercio. Mantienen un solo palo principal inclinado hacia proa, pero la vela en lugar de ser latina<sup>[79]</sup> se acerca más a la tarquina. Y como presentan una mayor eslora les permite disponer de bauprés corto que posibilita largar uno o dos foques. También incorpora una mesanilla<sup>[80]</sup> con tarquina<sup>[81]</sup> envergada en botalón de popa. Por tales razones se les reconoce como cañoneros.

—Una extraña mezcla —comentó Beto—. ¿Y navegan bien con aguas duras?

—Me dijo el comandante que en general navegan bien, pero sufren bastante con mar larga. Desde luego no parecen en principio los más apropiados para estas aguas aunque todavía no han sufrido un temporal en regla para comprobarlo, una condición a la que temen porque embarcan bastante agua. Según me comentó el comandante, se utilizó en su

construcción material sobrante del que disponían en el arsenal, con auxilio de cabuyería, artillería y pertrechos británicos. Aunque salieron a la mar armados con un solo cañón de a veinticuatro, posteriormente se les han añadido un par de obuses ligeros.

—Eso aumentará su dotación a unos cuarenta hombres —indiqué, convencido.

—Para manejar ese aparejo y las tres piezas así debería ser, pero con las restricciones actuales no superan los veinticinco. Según la superioridad, y conste que repito las palabras del comandante del *Corzo*, son unidades ideales para barajar la costa a la mirada y utilizar los remos como alternativa. Maniobran enjaretados en flotillas con alguna unidad de porte superior en protección. Normalmente deben dedicarse contra los corsarios franceses y en operaciones de escasa duración contra la costa ocupada por el enemigo, como parece que será el caso expuesto por el general. No hay duda de que mucho sufrirán cuando reciban alguna nortada de rosca por esa costa cantábrica que tan escasa protección concede.

—Desde luego. Se trata de muy escasa dotación para marinar ese aparejo y armar tres piezas artilleras. No sé quien se alistará a la boga si llega el momento de utilizar los remos.

—Mucho aprendo con escucharles, aunque no comprenda casi ninguna de las palabras que utilizan. Debíamos hacer un diccionario Armada-Ejército para poder entendernos en las operaciones conjuntas. —Renovales reía batiendo palmas—. De todas formas, deduzco que a esos pequeños cañoneros les faltan hombres, una cantinela repetida que parece atacar a todas las unidades de la Armada. Por mi parte tan solo puedo decirles que según los informes recibidos, en el escaso tiempo que llevan alistados esos pequeños cañoneros realizan una formidable labor por las costas en poder de los gabachos. Operaciones rápidas de castigo, sin olvidar alguna requisa. Claro que tales palabras me las comunicó el capitán general.

—¿Y una vez finalizada la operación? —pregunté.

—Eso es futuro y cosido en prendas. Todo depende del desarrollo de los acontecimientos. Si las acciones de Gijón, Santoña y Guetaria, así como los ataques a sus vías de comunicación se llevan a cabo con éxito, es mi intención desembarcar de forma definitiva por algún punto de Asturias y continuar por aquellas tierras, posiblemente centrado en Potes, la guerra de desgaste contra el francés. Pero ya le digo que eso está por venir.

Se hizo el silencio por primera vez como si se nos hubieran acabado los argumentos. Seguía pensando en esos pequeños cañoneros y la futura



expedición, lo que me hizo preguntar al mariscal de campo.

—Si me permite una pregunta, señor, ¿por qué se ha decidido llevar a cabo esta operación con la estación tan avanzada? Perdona mi sinceridad, pero con las unidades a disposición no es bueno entrar en épocas de posibles nortadas.

—¡Esa pregunta vale un imperio! —contestó Renovales ligeramente exaltado—. Como es lógico pensar la tan llevada expedición cántabra se encontraba prevista para la segunda quincena del mes de agosto, momento estimado por la Regencia como adecuado teniendo en cuenta ese mar del norte que tanto puede dificultar las faenas de embarco y desembarco de tropas, punto culminante de la operación. Por desgracia, cada día aparece alguna nueva a la contra que retrasa la empresa. Y a todo esto no es fácil coordinar movimientos con las fuerzas que atacarán desde tierra y que se mueven con entera libertad para no ser copadas por los franceses, pero si mañana o en pocos días consigo hablar con el comodoro inglés, podemos dar comienzo antes de que rematemos este mes. ¿Cuándo comienza la época de temporales, si es que puede llamarse así? Ya saben que soy lego en la materia.

—Bueno, señor, esa pregunta es de imposible contestación —Beto intentaba responder—. Septiembre puede ser buena y quizá octubre también. No obstante, cuanto más nos adentremos en el otoño, más probabilidades se presentarán de sufrir alguna marejada gruesa del noroeste que en mucho limitarían las acciones de las unidades medias y pequeñas, así como las faenas de desembarco. Pero ya debe saber que la mar es caprichosa e impredecible, por mucho que se utilicen esos barómetros a los que tanta importancia se les concede. Un claro ejemplo es la pérdida de la corbeta *Mosca* en temporada clasificada como excelente. Y el temporal que nos barrió fue de muerte aunque caminara desde el sudoeste. Hay que confiar en la suerte.

—Confiemos en ella y dejemos los lamentos a un lado —cortó el marqués de Ayerbe, excesivamente eufórico—. Y por esa necesaria suerte les invito a almorzar unos perniles y magníficas ristras de chorizos que ha adquirido mi criado en tierra, si el cocinero se atreve con ellos.

—Desde luego, señor —contestó Quevedo—. El cocinero de equipaje del bergantín *Palomo* es francamente bueno.

—Me parece una excelente idea, que ya el hambre se despierta a puñetazos. —Renovales parecía recuperar el buen humor—. Y mientras tales viandas nos alcanzan, podemos encarar alguna frasca más de este excelente vino. Atacaremos a los franceses y les joderemos la manta, pueden estar

seguros. Esa mar cambiante no puede presentarse en contra de quienes combatimos contra tropas que asaltan iglesias y profanan divinas custodias.

—Brindemos por ello —Ayerbe elevaba su copa— y por la liberación de nuestro señor. ¡Viva don Fernando!

Entre vivas y exclamaciones patrióticas atacamos el vino a disposición para continuar poco después con unos perniles de inimaginable sabor, especialmente para quienes, como Beto y yo, no probábamos exquisitos bocados desde bastantes días atrás. La euforia subía por momentos en la cámara del comandante, aunque en mis adentros no percibiera yo tal sensación. Eran muchos los pensamientos cruzados y deberes a encarar en una situación un tanto precaria. Habría deseado arribar a Ferrol y entregar mi parte con los detalles de la pérdida de la *Mosca* al capitán general, que disponía de autoridad para emplazar el obligado Consejo de Guerra, un examen de mi conducta poco agradable, aunque las condiciones en mi defensa quedaran demostradas con extrema claridad. También necesitaba dar noticias a la familia en Cádiz de que tanto mi cuñado como yo nos encontrábamos a buen recaudo. Todo ello sin contar con que era imprescindible disponer de ropa a la mayor urgencia porque todavía andábamos en harapos, así como capital para los necesarios gastos. En general, un conjunto de obligaciones que poco acariciaba mi mente en salsa dulce.

\* \* \*

Entrada la mañana del día quinto del mes de septiembre, el *Palomo* fondeaba dos anclas al abrigo en la recogida ría de Coruña, bien cercanos a los muelles de la ciudad. Para mi sorpresa, el mariscal de campo Renovales había abandonado el bergantín en Vigo para pasar a la misma goleta mercante en la que había arribado desde Cádiz, unidad que nos siguió aguas durante la navegación como buque de la Armada en formación de marcha. Y para alegría del marqués de Ayerbe, cerca de nosotros divisamos la fragata *Magdalena*, así como una balandra británica, la *Potency*, en la que se izaba una insignia de comodoro, señal de que el tan buscado David Mends podría por fin conferenciar con el jefe español.

Como era mi primera visita al puerto coruñés quedé impresionado por la belleza de las casas vencidas hacia los muelles, abiertas en pórticos colgantes como una ciudad encantada. Me pareció una verdadera ciudad de mar con costras verdes en su piel, producto del embate de las olas, cual rompientes

enhebradas en tierra con portillos de cristal emplomado. Pero como no andaba mi espíritu para observaciones de galanura, sino acuciado en prisas de muerte, decidí que la primera misión debía encararla en tierra sin perder un minuto. Porque vestido con harapos y sin un solo real a disposición nada era posible diligenciar. Aunque el marqués de Ayerbe me ofreciera su desinteresada ayuda económica con monedas en la mano, preferí una sencilla recomendación escrita para algún comerciante o banquero coruñés con el que me fuera posible recabar los fondos necesarios. Y sin dudarle redactó una carta en la que exponía con extraordinarios halagos mi fortuna personal y elevada condición familiar, dirigida al banquero Nicomedes Touriño, persona de su confianza. De esta forma, y con un capote prestado por el alférez de navío Francisco Montes, mozo de parecidas hechuras a las mías, que ofrecía cierta dignidad a mi aspecto, y con Beto en parecidas condiciones, bajamos a tierra acompañados de Okumé y Miguelillo.

Ataqué al banquero Touriño por derecho y sin preámbulos de corte en su despacho, precioso mirador desde el que se divisaba la mar. Tras exponer a la ligera las causas de nuestros ropajes tan poco nobles, entré en materia aclarándole las relaciones formales mantenidas con quien actuara como administrador de mis bienes en la Corte, don Alonso Sanromán, así como con el banquero don Benito de la Piedra en Cádiz. Y aunque mostrara acuerdo con las recomendaciones del marqués y hubiera escuchado elogios del citado administrador, más lo convencieron mis palabras sobre las letras de cambio a disposición con don Benito. En un abrir y cerrar de ojos, tras firmar pagarés de réditos infames, abandonábamos su establecimiento con buenos duros en onzas de oro apretados en la cintura, así como reales en cantidad suficiente para los gastos menores.

Siguiendo la recomendación del banquero Touriño nos desplazamos con rapidez hasta la sastrería de don Eduardo Floretti, amanerado saltimbanqui genovés de voz aflautada que regentaba un comercio simado a escasos pasos de su domicilio. Y aunque dudara de sus posibilidades para confeccionar uniformes de la Armada en escaso tiempo, si era posible de acuerdo a lo que se prevenía en las reales órdenes de julio y agosto de 1802, al observar las monedas de oro tocó a zafarrancho en su establecimiento, apareciendo cortadores y costureras al montón. En un periodo de tiempo fácil de calificar como marca universal, ya disponíamos Beto y yo de un uniforme para servicio de armas. Y como rezaba el sastre con entonación fina y engolada, libreto en mano, constaba de casaca azul con vuelta, collarín y solapa suelta encarnada rematado en punta por la parte superior, con el mismo galón de oro

mosquetero por ambas caras de la solapa, así como en el collarín y vuelta; forro de la casaca encarnada, chaleco y pantalón blancos, con medias botas de las llamadas húngaras; chapa de metal amarillo y sus anclas de relieve; sable corto y corbatín negro, así como sombrero con plumero encarnado. También le encargamos para las ocasiones fuera del servicio calzones cortos, medias blancas y calzado regular con hebillas.

Tras llevar a cabo otras compras, incluido ropaje para Okumé y Miguelillo, enseres varios y viandas para aportar al buque anfitrión, atacamos un esplendoroso almuerzo en una casa de comidas que llamaban La Rentaría, aunque Beto protestara del vino, como era su costumbre habitual. No obstante, y en sinceros, debo reconocer que pocas veces he degustado unas carnes tan finas y olorosas, no solo en puchero, sino también pasadas por las brasas al suspiro. Y para rematar la faena nos ofrecieron un licor que destilaban en la propia casa, capaz de elevar hasta mi alicaída moral. Retornados a la sastrería poco después, uniformados en oros y con el resto de la ropa acopiada en bolsas regresamos al *Palomo* en un bote del puerto. Aunque era mi intención rendir visita al capitán de navío Zarauz sin pérdida de tiempo, fui avisado por el comandante Quevedo de que sería misión imposible.

—Siento comunicarle, señor, que el capitán de navío Joaquín Zarauz, en compañía del mariscal de campo Renovales y el marqués de Ayerbe, se encuentran en estos momentos a bordo de la balandra inglesa en importante reunión. Supongo que mantendrán una definitiva y alargada charla con el comodoro Mends.

—Por el bien de mi alma espero que no se decidan a partir antes de que pueda exponer con claridad mi situación personal a Zarauz. —Me sentía atacado por los nervios.

—Y que a ser posible nos adjudiquen algún destino en esta operación —apuntó Beto—, a no ser que decida nuestro desembarco.

—¿Desembarco? —pregunté, alarmado—. ¿Aquí en Coruña? No lo creo posible. Desde luego, nos ofreceremos para lo que estime conveniente. Y si decide desembarazarse de nosotros, tomaremos carruaje para pasar a la capital del departamento marítimo y presentarnos al capitán general de Ferrol. También podría ser una solución.

—Nada de eso, *Gigante* —dijo Beto de forma tajante—. Prefiero seguir embarcado en este bergantín y regresar con él a Cádiz. Si pasamos a Ferrol podemos quedar descolgados y quién sabe con qué futuro.

—Si me permiten, señores, no deben sufrir prisas porque esta operación arranque con presteza —Quevedo hablaba con seguridad—. El marqués de Ayerbe acaba de decirme que piensa abandonar el *Palomo* e iniciar su particular empresa la semana próxima en compañía del capitán Wanestron. Y conociendo cómo se ha enfocado esta operación por el Cantábrico desde el primer momento y el deseo del general Renovales de que se inicie desde Coruña, donde en estos momentos se encuentran las tropas del Ejército a embarcar, mucho dudo que no transcurran algunas semanas más. Porque a la vista no aparece mercante alguno de los necesarios para el traslado de tropas ni el resto de unidades navales previstas.

—Creo que tiene razón, Quevedo. En ese caso, *Gigante*, podemos descansar el resto del día y descartar esa prisa enfermiza que te ataca. Acaba el parte que has de rendir a la Superioridad mientras Okumé y Miguelillo ordenen nuestra ropa. Mañana será un buen día para presentarnos a bordo de la fragata *Magdalena* y charlar con Zarauz. He escrito una carta a Rosalía sin exponer demasiados detalles de nuestra odisea. Si quieres añadir algunas letras de tu parte para Eugenia...

Entendí el tono en las palabras de Beto, que tampoco me entraron por camino derecho.

—Le escribiré también. Digamos tan solo que hemos perdido la corbeta y nos encontramos en perfecto estado de salud, en espera de poder regresar a Cádiz. No expongamos más detalles. ¿Te parece?

—De acuerdo. Pero cálmate de una vez. Aprende de mí, que espero un hijo y llegaré tarde como siempre.

—Joder, Beto, a mi hermana aún le restan más de tres meses de embarazo. Lo único que me preocupa es el parte que he de rendir con los acaecimientos sufridos por la *Mosca*. Y no sé realmente a quién dirigirlo.

—Sigo opinando en contra de tu inicial idea. Ese parte has de rendirlo al comandante general de la escuadra del mar Océano, autoridad que ordenó tu comisión y de la que dependes. En mi caso es más sencillo porque no soy más que un ayudante del general Escaño con correo de la Regencia para el gobernador militar de Mahón aunque haya acabado en el extremo opuesto de la Península. De esta forma, podría tomar el primer buque mercante que parta hacia aquellas aguas, aunque te añadiré por escrito mi declaración sobre los hechos. Todo ello, desde luego, a no ser que el capitán de navío Zarauz, como máxima autoridad de la Armada en este puerto, nos asigne destino de forma interina si dispone de facultades delegadas por el capitán general de Ferrol. Debe de estar capacitado para ello, previniendo dicha circunstancia a su

mando superior por conducto reglamentario. Pero estos detalles será mejor diligenciarlos con él en persona y en tranquilidad, no tras una alargada reunión de trabajo. Mañana por la mañana será el momento. Supongo que es más antiguo que tú.

—Pues no lo sé con seguridad pero debe de ser así. Ten en cuenta que se encuentra al mando de las fuerzas navales, por encima del capitán de navío Salcedo, comandante de la *Magdalena*. Seguro que debe de llevar bastantes años en el empleo.

—Bien, asunto aclarado.

—De acuerdo. Esperemos entonces a mañana aunque preferiría rematar esta faena hoy mismo.

—Ya les digo que preveo una alargada estancia en este puerto —volvió a intervenir Quevedo—. Aunque el general Renovales anunciara que toda la menestra está servida, escuché algunas conversaciones mantenidas con el marqués de Ayerbe en sentido bien distinto. Parece ser que desconfía tanto del capitán de navío Zarauz como del comodoro Mends. Estas operaciones conjuntas con mandos de mar y tierra en momentos de posible litigio, pocas veces se conducen al gusto. De hecho, ya vamos retrasados bastantes semanas. Me gustaría que me aclararan la situación porque, llegado el caso, podría dar descanso a alguno de mis oficiales que tienen familia por estas tierras.

—¿No son gaditanos en su mayor parte? —pregunté.

—Así es o al menos por allí tienen los suyos. Pero alguno, como el primer piloto, don Leandro Saralegui, me ha pedido autorización para pasar a Mondoñedo donde residen su mujer e hijos, a los que no ve desde que comenzó esta guerra hace más de dos años. Y también supone un cargo de conciencia impedirselo.

—¿A Mondoñedo? —Había sentido un latigazo inesperado al escuchar el nombre de esa localidad gallega, al tiempo que el rostro de Audrey volvía a materializarse en mi mente.

—Sí, señor. Me resisto en principio a concederle licencia al piloto porque dicha villa se encuentra en la provincia de Lugo y no sé con seguridad si esas tierras andan libres del peligro francés, aunque se asegure que toda la Galicia es fiel a don Fernando. Pero también comprendo su situación personal porque en caso contrario, pueden pasar más años sin encontrarlos. Preguntaré al general Renovales por si dispone de cabal conocimiento sobre la real situación. ¿También dispone de allegados por esa zona?

—No —contesté con demasiada rapidez—. Tan solo algunos amigos que pasaron a las islas Baleares y eran de este origen.

Dimos carpetazo a la conversación aunque mis pensamientos tomaran caminos espinosos. Por una parte, era difícil arrancar del ánimo esa premura en la que me movía, conducido por factores amargos o los que en dicha forma sentía. Mi habitual placidez, o lo que por tal entendía, parecía haberse desmoronado como por encanto, dando paso a nervios de fuego en racimo que tanto daño producen adentro. Y para vencer los cabos al tiento aparecía la palabra clave de esa villa lucense, Mondoñedo, donde había nacido la mujer cuya figura y perfume no podía desterrar.

## 19. Jefe de flotilla

Aunque deseaba embarcar en la lancha del bergantín y transbordar a la fragata *Magdalena* desde los primeros minutos de la mañana, fui convencido por Beto con suaves palabras de la necesaria espera y la imprudencia que supondría atacar al superior en hora de indudable descortesía. De esta forma, y aunque dudara de tales aseveraciones, debí pasear por cubierta como potro enajenado y sin descanso, con un enjambre de pensamientos en funesta recorrida por la mente. Pero ahora que, tantos años después, narro en calma aquellas lejanas y jugosas aventuras, que así las siento en verdad con cierto regocijo interior, debo declarar que me falseaba de forma consciente la realidad del panorama. Porque eran dos las razones principales que sobrevolaban por encima del resto con evidente claridad.

La primera razón quedaba conformada de cuajo por aquellas tres mágicas o malditas palabras, Consejo de Guerra, que de forma instintiva tantas veces había amadrinado a conductas poco decorosas de ciertos compañeros. Y aunque tal concepto se lleve a cabo en la Armada de acuerdo a las ordenanzas y de forma obligatoria, con el fin de indagar los hechos acaecidos en cualquier situación de mar y guerra, y en su caso esclarecer conductas, quedaba desazonado ante la simple sugerencia. No me relajaba una mota el hecho de repetirme una y otra vez que no debía preocuparme porque, en verdad y bajo cualquier análisis, mis actuaciones no dejaban lugar más que a una generosa felicitación. Pero debemos reconocer que pocas veces nos gusta ser escudriñados en el interior por ojos ajenos, en sala plenaria de consejo y con exposición pormenorizada.

En aquellos momentos me venía a la cabeza el generoso detalle ofrecido por el teniente general don Federico Gravina a mi padre durante la guerra a la Convención francesa. Había tenido lugar tras el hundimiento del navío *Triunfante* bajo su mando, cuando a la vista de otros buques de la escuadra y sufriendo un terrible temporal en la bahía de Rosas intentara abandonar la



enseñada hasta rendir masteleros. A tal punto había admirado su conducta que lo exoneraba de inmediato del preceptivo Consejo por la pericia marinera y el valor demostrados, consiguiendo al menos con su última maniobra que no se perdiera una sola vida de su dotación.

La segunda razón en vuelo no era otra que la villa lucense de Mondoñedo, una palabra cuya sola mención había reactivado en ascuas todos los sentimientos apartados parcialmente en las últimas semanas por la actividad marinera. El rostro pecoso de Audrey y sus cabellos rojos regresaban con fuerza extrema a mi mente, y durante la última noche había sufrido las escenas que más dolor podían producir. Pero para cargar los miasmas cerebrales a la mala, las palabras escritas con premura a Eugenia, exponiendo de forma somera lo acaecido a mi corbeta y la situación actual, incluida una escueta despedida amorosa, sonaban en los oídos a puro y desvergonzado cinismo, cuando mis pensamientos reales volaban hacia otras sonrisas bien distintas.

Para colmo de males, la mañana había comenzado con detalles negativos, como los sufridos en el único uniforme de servicio disponible. Porque las premuras siempre se pagan y las del sastre Floretti saltaban de la madriguera a la vista con una charretera en cuelgue, dos botones a punto de rendir y el plumero del sombrero lamentablemente torcido. Aunque Okumé los remataba en firme sin mayor complicación, era un detalle que contribuía a exacerbar mi negativa predisposición, así como acelerar la situación de pleno desconcierto y nerviosismo que se abatía sobre mí. Tanto así que el africano entró en sus habituales recomendaciones, mientras profería toda clase de insultos contra el maestro italiano.

—El sastre Floretti hizo un trabajo aceptable, señor, en vista de la prisa impuesta. ¿Quiere que le sirva una infusión con esas hierbas negras mezcladas con láudano? Aseguran los galenos que relajan los sentidos a voluntad. Porque en el estado que disfruta ahora mismo no será capaz de exponer una sola idea con claridad.

—¿Láudano dices, culebrón? ¿Acaso me va a ser amputada una pierna? No caces más de la escota o reventará la pólvora —le hablaba con inusual y desabrido tono, a tal punto que debí recoger velas con rapidez, al tiempo que le pasaba el brazo por sus hombros—. Perdona, viejo amigo, que no eres culpable de nada, pero en verdad que no es un día para largar cohetes en juegos de Corte.

—Con su visita a ese capitán de navío quedará todo aclarado. Y no debe olvidar que aunque mande división, ese señor ostenta su mismo empleo.

—Deberías ser profesor en el Real Colegio de guardiamarinas, africano. Poco se escapa a tu ciencia marítima. No obstante, poco o nada me preocupa ese detalle en estos momentos, puedes estar seguro.

—¿Salimos ya hacia la *Magdalena*? —Era Beto quien llegaba a nuestra altura, rebosante de frescura y con el uniforme immaculado—. Ya le he pedido a Quevedo que nos preparara la lancha.

—Como debes de saber, estoy alistado desde hace más de dos horas.

—Pues mejora esa cara, no sea que Zarauz nos desembarque en este puerto sin más concesiones.

—Por mí puede hacerlo.

—Pues por mí no. Vamos, *Gigante*, arriba el ánimo.

Poco después pisábamos cubierta en la fragata *Magdalena*, donde éramos recibidos por el guardiamarina Blas Salcedo en perfecta ordenanza. Pensé en un posible parentesco del joven con el comandante del buque, al utilizar el mismo nombre y apellido cuando se presentaba. Mientras circulábamos por la cubierta hacia proa me llamó la atención el numeroso personal a bordo, y me refiero a marineros, grumetes y artilleros, una situación normal que por aquellos días podía considerarse anómala. En el alcázar se encontraba un segundo oficial que vino hacia nosotros al comprobar nuestra presencia.

—Teniente de navío Vicente de la Torre, segundo comandante de la fragata *Magdalena*. Quedo a las órdenes, señores.

—Mucho gusto, segundo. —Le tendí la mano, acción seguida por Beto—. Diga a su comandante que el capitán de navío Leñanza y el de fragata Pignatti desean saludarlo y presentarse al jefe de la división.

—Podrán hacerlo con los dos al tiempo, señor, porque se encuentran departiendo en su cámara desde primeras horas de la mañana. Acompañenme, por favor.

Poco después nos encontramos en la cámara del comandante ante dos capitanes de navío entrados en edad. Porque si Zarauz había cruzado con claridad la cincuentena, Salcedo debía de andarle a la corta. El primero, de pelo canoso y rostro bonachón, se dirigió hacia nosotros con sonrisa abierta.

—No hace falta que se presenten, señores. Ayer tarde el mariscal de campo Renovales y el marqués de Ayerbe nos narraron con todo detalle sus experiencias, tanto en las islas Azores como a lo largo de la costa portuguesa. Le felicito sinceramente, Leñanza, por sus dos éxitos contra los gabachos, pero al mismo tiempo siento que haya perdido su barco en las islas Berlingas y las vidas humanas que allí quedaron. Por fortuna, les veo a los dos con aspecto saludable.

—Muchas gracias, señor.

—Recuerdo a su padre con todo detalle, de edad pareja a la mía, cuando mandaba la fragata *Sirena*. Por entonces me encontraba como ayudante del jefe de escuadra Fernando Daoiz, subalerno del general Borja en la escuadra del Mediterráneo. Traté con más cercanía sin embargo, a su tío Santiago, el famoso *Pecas*. —Ofreció una sonrisa perdida en los recuerdos—, un personaje inigualable que se llevó por delante una bala inglesa.

—Muestro mi acuerdo con tal aseveración, señor. Mucho quería a mi tío y padrino.

—Ley de mar y guerra. ¿Qué se les ofrece? Me tienen a su disposición.

Aunque me tomó con cierta sorpresa la directa pregunta, le entré por derecho al llevar preparadas varias letanías en curso.

—Como ya sabe mi última y desagradable experiencia, tan solo debo exponerle que he redactado el parte correspondiente de mis actuaciones para la Superior Autoridad y el preceptivo Consejo de Guerra. Pero si le hablo con sinceridad, no sé a quién dirigirlo en estos momentos, con jurisdicciones particulares que desconozco y algunas separadas por territorios enemigos.

—No le falta razón, Leñanza. En estos días anda todo un tanto revuelto, por no entrar con palabras más duras que exponen la verdadera realidad. Hay momentos en los que yo mismo dudo de a quién he de notificar algunos asuntos o con quién debo diligenciarlos. Pero como andamos en momentos de guerra complicada, me permitiría aconsejarle que deje de lado ese asunto del Consejo de Guerra de momento. Ya soplará el viento desde su oportuna dirección.

—¿Dejarlo de lado? No le comprendo, señor. —Mi extrañeza era sincera.

—Las ordenanzas también ofrecen su flexible interpretación. En puridad el pertinente Consejo de Guerra para averiguación de los hechos acaecidos en la pérdida de la corbeta *Mosca* deberá ser establecido por el comandante general de la escuadra del mar Océano, autoridad que ordenó su comisión de transporte, afincada en Cádiz en estos momentos. Por tal razón, le digo que diligencie tal asunto cuando regrese a la bahía gaditana y presente su parte de campaña correspondiente. No merece la pena complicarlo todo con partes dirigidos al capitán general de Ferrol y sucesivos apuntes entre autoridades que se largarán la prenda de uno a otro hasta formar voluminoso expediente. Pero en estos momentos se encuentra en el puerto de Coruña, donde ejerzo la máxima autoridad de la Armada y, como saben, preparado para hacernos a la mar y llevar a cabo esa expedición cántabra en apoyo a las fuerzas del Ejército. Por tal razón les preguntaba sobre sus deseos.

—Pues no sé qué decirle, señor. Cuando a bordo de la goleta británica *Sunset*, que nos rescató en las islas Berlingas, avistamos en la ría de Vigo al bergantín *Palomo*, cuyo mando tomará el capitán de fragata Pignatti a su regreso a Cádiz, pensamos embarcar en él para tal fin. Nada sabíamos de su incorporación a esta expedición bajo su mando. Además debía distribuir el personal de mi dotación salvado de las aguas, treinta y ocho hombres en total.

—En ese particular detalle sí que puedo entrar y lo haré sin que duelan prendas. Como puede imaginar nos faltan hombres en todas las unidades. Tan solo se libra de tan precaria situación la fragata *Magdalena* —miró hacia Salcedo que afirmó con la cabeza en silencio—, porque para mi sorpresa nos incluyeron algunos hombres más por efecto de una pequeña mayoría general, que no existe en la práctica. Pero se necesitan marineros, grumetes y artilleros en el bergantín *Palomo*, así como en los cuatro cañoneros y en las goletas que deberán incorporarse a nosotros en Vivero. Por cierto. —Parecía haber recordado de repente un importante detalle—. ¿Tiene experiencia en la utilización de armadillas?

—Bastante, señor. Comencé de alférez de navío con las lanchas en Algeciras, cuando apoyamos a la división del almirante francés Linois contra buques ingleses, acción que se remató con el desastroso combate en el que perdimos dos navíos de tres puentes. Precisamente en el *Real Carlos* volé por los aires y salvé la vida por intercesión divina y la acción de mi fiel servidor africano al rescatarme de las aguas. Pero después también colaboré al mando de una cañonera en apoyo costanero contra el bloqueo britano. Y por último me dieron el mando del falucho *Colombo* cuando rendimos la escuadra del almirante Rosily en el caño de La Carraca.

—¡Perfecto! Un bagaje incomparable. Justo lo que necesito. En ese caso y si se muestra voluntario puedo nombrarlo jefe de la flotilla compuesta por esos cuatro extraños cañoneros que me han asignado. Conviene que alguien los dirija de acuerdo a mis instrucciones concretas en cada momento. Estas unidades se encuentran basadas en Ribadeo, plaza que hemos convertido en una especie de apostadero naval avanzado, aunque no disponga de verdadero apoyo. A nuestro paso por dicho punto, se incorporarán a la expedición bajo mi mando. Estos cañoneros actúan en grupo compacto como apoyo artillero muy cerca de costa, pero se proveen de municiones y víveres de una unidad mayor, en este caso concreto de la goleta *Liniers* que actúa como buque madre. Incluso los oficiales al mando, cuatro jóvenes con elevado espíritu, arranchan a bordo de dicho buque o de otro en apoyo cuando a ellos se acoderan.

—Por mi parte encantado y agradecido por el honor que representa, señor. Gusto mucho de la acción y nada se me presenta por la proa hasta el regreso a Cádiz.

—Pues no se hable más. Una vez finalizada la operación en apoyo al mariscal de campo Renovales, podrá regresar con Pignatti a bordo del *Palomo* hacia su tierra. Será el momento de diligenciar todos sus problemas pendientes, aunque no los entienda como tales. Estimo que su actuación al mando de la corbeta *Mosca* tan solo merece un elogioso reconocimiento.

—Le agradezco sus palabras.

—¿Y yo, señor? ¿No hay nada para mí? —preguntó Beto con voz queda.

—La verdad es que no me resta función a la vista para un capitán de fragata y bien que lo siento. Puede quedar embarcado en el *Palomo* y comprobar sus aptitudes marineras hasta que tome el mando. Si llegado el momento necesitara de algún oficial para una operación determinada, se la ofrecería sin dudarle.

Se hizo el silencio mientras sentía una enorme satisfacción en las tripas. Porque de un plumazo solucionaba el futuro Consejo, cuya investigación prefería sufrirla en Cádiz, al tiempo que se me ofrecía la posibilidad de entrar en acción al mando de esa flotilla de cañoneros en operación de guerra contra los franceses. El comandante de la fragata, capitán de navío Salcedo, me lanzó una pregunta.

—¿Se salvó el cirujano de su corbeta tras el hundimiento?

—Como en Cádiz es mucha la faena de sangre por los caños, no disponía de cirujano, aunque sí de un excelente sangrador que, por fortuna, salvó su vida. También el maestro velero es muy competente en su especialidad. Del resto debo destacar muy por alto a seis marineros y dos cabos de cañón.

—Una lástima. Nuestro cirujano, Manuel Jiménez, anda con calenturas, aunque espero que sane y no deba desembarcarlo. Pero ese sangrador y el velero suponen una buena ayuda.

—Por cierto, señor, el guardiamarina que nos ha recibido y presentado con su mismo nombre, ¿es algún pariente?

—Mi hijo mayor, del que muy orgulloso estoy —respondió ufano.

—Ya reconocía algún parecido. Nunca me encontré a las órdenes de mi padre, pero habría sido una ocasión digna de recordar.

—Ya veo que han conseguido uniforme. —Volvía a sonreír con gesto paternal—. Me explicó Renovales que andaban en andrajos remendados, situación lógica tras abandonar el buque amarrados a un cable.

—Conseguí fondos en una casa de banca y un sastre nos compuso estos dos uniformes a la carrera, únicas prendas de las que disponemos de momento. De todas formas, mañana debemos recoger el resto de la ropa encargada, si todavía nos mantenemos en puerto —dejé caer las últimas palabras en muda pregunta.

—No deben preocuparse por ese aspecto. —Amplió su sonrisa mientras empleaba un tono de sarcasmo—. Tras la reunión mantenida ayer, estimo que pasaremos alguna semana más en este puerto.

—Entendía que se intentaba la operación a la mayor brevedad, dada la estación a la que nos abocamos. Y pensando en esos pequeños cañoneros, sería poco deseable sufrir marejada gruesa. Bueno, le hablo de memoria porque de esas unidades solo sé lo que me explicó el comandante del *Palomo* tras observar uno de ellos hace algunas semanas.

—Tiene toda la razón. Por desgracia, no cuadran las condiciones como parece querer convencerse el mariscal de campo Renovales —pareció expresar cierto retintín al nombrarlo—. Los tres batallones del Ejército que han de concentrarse en esta plaza, pregonados desde hace dos meses, se encuentran llegando en estos días a cuentagotas desde otros puntos de la región. No creo que alcancen los mil hombres. Pero es necesario encuadrarlos convenientemente y, más importante, armarlos. Cuando arriben a este puerto los transportes británicos, de quince a veinte según el comodoro Mends, se nos entregarán dos mil fusiles Tower con los que se rematará el armamento de los soldados, mientras el resto queda a disposición del capitán general de Galicia. También en dichos transportes deben llegar los ochocientos soldados britanos prometidos para la acción, aunque también es posible que se presenten en el momento del ataque. Por otra parte, la quinta brigada de Artillería de Marina ha debido de salir ayer desde Ferrol hacia aquí. Y hemos de formar una compañía de infantes con las guarniciones de nuestros buques para que se incorporen a ella, si es que lo conseguimos.

—¿Habrán suficientes hombres del cuerpo de Batallones para formar una compañía? —preguntó Beto.

—Espero que sí aunque quedemos en blanco. Y tampoco será problema decidir sus mandos.

—Faltan las unidades navales —apuntó Salcedo.

—Desde luego. La goleta corsaria *Insurgente Roncalesa* se encuentra fondeada en la ría de Betanzos y se le ha ordenado pasar a Coruña a la mayor brevedad. Y en cuanto a la goleta *Liniers*...

—Perdone que le interrumpa, señor, pero hablaba el general Renovales de una fragata *Liniers*. Me extrañó porque nada sabía de una fragata con tal nombre.

—Este Renovales no sabe lo que dice en demasiadas ocasiones y mezcla churras con merinas —nuevo tono desdeñoso que poco decía del necesario trabajo en común—. Se trata de una pequeña goleta con un porte de cuatro cañones de a seis, al igual que la *Roncalesa* que fue armada al corso. Ya le decía que la *Liniers* está siendo utilizada en Ribadeo como apoyo de los cañoneros. Continuando con la letanía, en cuanto a esas fragatas de apoyo prometidas por el comodoro Mends, ahora asegura que se nos unirán en algún punto de la costa cántabra. Pero sin que mi opinión abandone esta cámara, mucho dudo de que al final aparezcan. Ya voy conociendo a ese britano y sé cuando habla en promesas y posibilidades de futuro solamente. Y por último, es necesario municionar al *Palomo* y a la *Magdalena*, especialmente con balas de metralla de las que no disponemos y serán de la mayor importancia.

—¿Se municionarán de los buques ingleses? ¿También los cañoneros? —pregunté.

—Aquí en Coruña se suministrará pólvora y balerío a los buques presentes, una munición que también debe llegar en los mercantes. Más tarde en Ribadeo se rellenará a la goleta *Liniers* que debe surtir a los cañoneros. Pero todas estas operaciones de las que les he hablado llevarán su tiempo, lo que me hace pronosticar alguna semana de espera en Coruña. La primera exigencia es la llegada de los transportes britanos. Por esa razón expliqué ayer mismo a Renovales que no me apriete más ni urja al departamento marítimo de Ferrol con escritos a diario. Debe dirigir sus quejas y urgencias a ese comodoro de quien dependemos en alto grado.

—Lo comprendo, señor.

—Bueno, creo que esto es todo. De momento pueden solucionar sus asuntos en tierra o lo que estimen conveniente. Usted, Leñanza, puede embarcar en la *Magdalena* cuando lo considere oportuno. Me gustaría mantener una charla a la vista de la carta náutica y que discutamos las posiciones donde debemos emplear los cuatro cañoneros, de acuerdo a las instrucciones de Renovales. Las acciones sobre Gijón, Santoña y Guetaria están expuestas con cierta concreción, aunque la primera de ellas haya aparecido en las últimas horas. Y es importante porque allí disponen los gabachos de un pequeño arsenal, del que hemos de hurtar todo lo que sea utilizable si conseguimos superioridad. Pero no veo muy claros los ataques a

las líneas de comunicaciones en posiciones de incontestable dominio francés. En fin, ya veremos cómo se despierta la moscarda en cada día.

—Le agradezco mucho su ofrecimiento, señor. Puede estar seguro de que echaré el resto.

—Estoy convencido.

—En cuanto a mi arranchamiento a bordo, señor —me dirigía ahora a Salcedo—, espero no incomodarlo mucho. Puedo dormir en cualquier camastro, llegado el caso. Y con su permiso incorporaré un criado particular.

—No se preocupe, Leñanza. Ya organizamos hace semanas la posibilidad de arrancar un elevado número de oficiales, al embarcar el jefe de la división a bordo. Como esta fragata se convirtió en la única unidad de porte que se mantenía en Ferrol tras el traslado de su escuadra a Cádiz, disponemos de oficialidad en nivel muy alto, lo contrario que sucede por el sur. A veces parece que nuestra Armada queda partida en vasos sin comunicación. Pero conseguiremos arreglarnos en orden y dispondrá de alojamiento acorde a su empleo.

—Siento no poder encargarnos alguna misión concreta, Pignatti, y bien que lo siento —Zarauz ofrecía un tono sincero de disculpa—, pero no hay nada a la vista. No obstante, puede surgir en cualquier momento, porque esta expedición cántabra, como ha sido bautizada por la Regencia, cambia de horizontes día a día y con vuelcos de chillerón.

—Me tiene a su disposición a bordo del *Palomo* para lo que estime conveniente. Ya sabe que no es bueno estar mano sobre mano.

—Será un buen apoyo para el teniente de navío Quevedo, estoy seguro. No obstante..., había pensado... —Zarauz volvía a mesar su barbilla en profunda reflexión—, sería bueno que el general Renovales dispusiera junto con él de alguna opinión naval sensata y, de esa forma, templar sus ardorosos ímpetus guerreros. Entiendan mis palabras en concierto, por favor, que no se trata de crítica alguna. No es mala la fogosidad en el hombre dedicado a la carrera de las armas, bien lo sabe Dios, pero siempre con cierta medida. Y a veces el general se lanza sin freno, olvidando que se mueve en un medio que desconoce por completo aunque no lo crea. Ya le propuse tal posibilidad, pero declinó el ofrecimiento.

—¿Lo declinó sin más? —preguntó Beto.

—Lo dejó pasar sin respuesta. Pero si quiere hablarlo con él y que lo incorpore a su estado mayor, por mi parte estaría encantado. Alguien debería explicarle en todo momento lo que no es posible hacer en la mar, pero lo dejo a su libre elección. Poco confío en que el general se mantenga a bordo mucho



tiempo porque ya me ha expuesto su deseo de que una vez en tierra, pasará a guerrear con las columnas de Porlier, Castañón y Escandón, o al menos así lo entiendo. Y en esa situación, trabajar en su estado mayor sería peligroso para su futuro como comandante del *Palomo*, un mando que estoy seguro desea como agua de mayo.

—Lo deseo por encima de todo, señor.

—Ya lo suponía. En ese caso más vale que no se mueva cerca del fogoso general.

Quedaba claro y a la vista que no se compenetraba mucho el capitán de navío Zarauz, hombre de experiencia y esa templanza que los años conceden, con el joven mariscal de campo. Tan solo era de esperar que las posibles fricciones no aparejaran condiciones adversas para la operación.

—Entiendo que nada resta por aclarar, señores. Mantengo lo dicho y espero verlo a bordo, Leñanza, cuando arregle sus asuntos y sin prisa alguna. Le repito para su tranquilidad que no se preocupe por ese Consejo de Guerra, situación que he sufrido en tres ocasiones y suele correr como manta ligera. Ya le llegará el momento cuando regrese a Cádiz y estoy seguro de que en vista de los acontecimientos expuestos, no solo lo superará con anotación positiva en su hoja de servicios, sino que debería ser recompensado. Espero que ese bergantín apresado no quede en manos portuguesas. Es una pena que no dispusiera de suficientes hombres y haberlo marinado en presa hasta puerto español.

—Se encontraba en muy malas condiciones, señor, con necesidad de dura reparación en arsenal. Si hubiera abandonado Lisboa con él a remolque, lo habríamos perdido sin remisión.

—Es cierto. Confiemos en la probidad de nuestros aliados peninsulares y que les llegue el porcentaje de la Junta de Presas.

—Son de fiar.

Abandonamos la fragata *Magdalena* con sentimientos contrarios. En mi caso, parecían haberse abierto los horizontes en las treinta y dos cuartas, tranquilizada el alma y con una misión a proa que mucho me agradaba. Por el contrario, Beto mascullaba imprecaciones de todo tipo como si hubiese sido apartado de cualquier compromiso por decreto.

—No tengo misión para usted, Pignatti. Puede ofrecerse a Renovales — intentaba imitar la voz baja y pausada del capitán de navío Zarauz—. Este pájaro es un zorrón de cuentas negras. No comprendo cómo ha alcanzado su empleo. ¡Es de la edad de tu padre!

—No eres justo, Beto, y lo sabes. Recuerda que el general Escaño necesitó de la intercesión directa de don José de Mazarredo para ascender al empleo de capitán de navío, siendo postergado una y otra vez. Y del mismo modo ascendió a brigadier y jefe de escuadra. Si Zarauz no ha contado con padrinos que lo empujen en su carrera, ni la suerte de encontrarse en momentos determinados en el sitio oportuno, como a mí me ha sucedido de forma repetida, es bastante normal que a su edad se encuentre todavía en ese empleo.

—Tienes razón y retiro de plano ese comentario. En cuanto a esta expedición, no parece que ande Zarauz en paralelo al general Renovales. Creo que la triste historia puede repetirse.

—No adelantemos acontecimientos. Me ha parecido muy sensato todo lo que ha dicho. Y ya nos comentó Quevedo que hay quien mucho desconfía del general Renovales y sus ínsulas guerreras. Dejemos correr la madeja, que esta operación se saldrá con rapidez si no se anula una vez entrados en la estación mala. Hasta es posible que regresemos a Cádiz antes de lo previsto.

—No lo creo. En fin, comprendo que estés feliz porque vas a mandar una flotilla de cañoneros, amigo mío. Pero ahí quedo yo, un capitán de fragata sin nada que hacer y como mero observador.

—Vamos, no despotriques tanto. Es posible que salte la liebre cuando menos lo esperes.

Comprendía la frustración de mi cuñado aunque, conociéndolo al dedillo, también era consciente de que disparaba en falsete. Poco le convenía unir su destino al general Renovales y, como había dicho Zarauz, no aparecía misión para él de momento. Es posible que el mando de la flotilla de cañoneros le hubiese sido ofrecida, aunque mi experiencia en la utilización de esas pequeñas unidades era muy superior. De esta forma, y para rebajar las penas, le ofrecí bajar a tierra y volver a comer aquellas gustosas carnes del día anterior.

—Acepto el ofrecimiento. Pero busquemos un tascón donde ofrezcan un vino de mejor calidad.

—De acuerdo.

Mejorado el ambiente utilizamos la lancha del bergantín *Palomo* para bajar a tierra. El tiempo parecía cambiar con el viento en role hacia el cuarto cuadrante, a la vez que comenzamos a sufrir una fina lluvia de las que acaban por calar a fondo cuerpo y alma. No obstante, atacamos las viandas en una pensión y casa de comidas que llamaban La Fabiana, donde Beto encontró los caldos al gusto, aunque las carnes fueran de inferior calidad. Por fortuna, el

vino hizo despejar su mal humor y brindamos por el regreso a Cádiz, aunque mis sentimientos se dirigieran hacia otra localidad mucho más cercana. Regresamos a bordo felices y con alegría en el cuerpo. Sin embargo, y aunque hubiera festejado por el esperado momento de su toma de mando, en aquellos momentos mis pensamientos se centraban en esos cañoneros que debería mandar por el norte, una operación que mucho me ilusionaba.

\* \* \*

Retrasé mi embarco en la fragata *Magdalena* hasta la partida del marqués de Ayerbe hacia el Roncal, de acuerdo a su peligroso e importante plan embastado con todo detalle. Anunciada en principio para el día 13, fue aplazada dos veces para quedar cuadrada para el 17. La noche anterior a su marcha, Jordán de Urríes ofreció una magnífica cena a bordo del *Palomo* con motivo de su despedida. A la misma asistimos el general Renovales, los capitanes de navío Zarauz y Salcedo, el comandante del bergantín, el capitán Wanestron, Beto y yo. Sus criados habían llevado a cabo un eficaz acopio de víveres en tierra, así como unas garrafas de vino excelente. Fue preparada con extremo detalle porque parecíamos asistir a una recepción palaciega con diferentes sopas, carnes de todo tipo, pescados, hojaldres, golosinas y una interminable lista que nos hizo aflojar casaca y chaleco a la orden del general. Para rematar el quite, se sirvió un aguardiente gallego muy aromático que más parecía agua de fuego, capaz de cortar hemorragias y sanar cualquier herida interna o externa. Y como era de esperar comenzó una interminable lista de brindis, especialmente dedicada a la operación de rescate, la expedición cántabra y a los deseos infernales para todo gabacho que en la tierra existiese.

La mañana siguiente se abrió con viento del noroeste fresco y cielos achubascados, aunque todavía no descargara el brote. Sentí pena al despedir al marqués y su capitán acompañante en las primeras horas, ataviados como arrieros roncaleses. Renovales le ofreció un apretado y sentido abrazo en la meseta del portalón.

—Cuídate, amigo Jordán. Y que Nuestra Señora guíe tus pasos en esta peligrosa aventura que emprendes.

—Me guiará, Mariano, puedes estar seguro. No hay nada más sagrado en esta vida que intentar salvar a nuestro Rey, elegido por la gracia de Dios. Y por tu parte ya puedes sacudir fuego espeso a esos malditos gabachos por toda la costa norte.

—Lo haremos. Supongo que si todo llega a buen término y consigues regresar con don Fernando, te dirigirás sin pérdida de tiempo hacia Cádiz.

—Esa es la idea. Pero todo deberá ser decidido sobre la marcha, aunque algún buque se encuentre preparado. Nos veremos pronto. Confía en mí.

Nos ofreció un ligero abrazo a los presentes, antes de embarcar en la lancha. Era magnífico su estado de ánimo, como si se dispusiera a jugar una partida de naipes sin mayor problema. Más serio aparentaba el capitán Wanestron aunque fuera hombre taciturno y de pocas palabras. Cuando ya la lancha se perdía de vista, escuché la voz del mariscal de campo a mi lado.

—Es una pena que hombres de tanta valía y fidelidad pierdan la vida.

—¿Perder la vida? —protesté, extrañado de sus palabras—. Esperemos que culmine con éxito su importante empresa.

—Seamos realistas, Leñanza. Estimo que sus posibilidades son nulas. Puede caer en el camino asaltado por bandoleros, en la frontera o en Francia atacado por soldados gabachos. Y si Llegara sano y salvo a Valençay, le estarían esperando los hombres de Fouché, el privilegiado ministro que se entera de todo, incluida la ropa interior que utiliza esa potranca llamada Josefina Bonaparte. Por desgracia, y con enorme tristeza, creo haber dado el último abrazo a un buen amigo.

Quedé impresionado por aquellas palabras que encerraban una gran verdad. Aproveché el momento para enhebrar una importante pregunta.

—¿Sabemos cuándo arrancará de forma definitiva nuestra expedición, señor?

—Ya me gustaría a mí. Según afirmó ayer el comodoro Mends, veinte transportes deben llegar a Coruña esta misma semana. Lo malo del caso es que tal frase se la he escuchado un par de veces.

—Sería importante encarar la operación este mes.

—Eso me repito veinte veces al día. Las tropas están dispuestas a falta del prometido armamento, así como la brigada de Artillería de Marina. La goleta *Insurgente Roncalesa* arribó anteayer y he tenido noticias de que algunas fragatas británicas navegan a la altura de Ribadeo. Sólo faltan esos putos barcos de transporte.

—Esperemos que lleguen pronto. ¿Cuándo embarcáis en la fragata *Magdalena*, señor?

—Lo más tarde posible. En esa goleta mercante dispongo de acomodación espaciosa y soledad para pensar. No quiero complicar la vida a los oficiales de la fragata más que lo indispensable.

—Pues si no manda nada en contra yo lo haré en pocas horas. El capitán de navío Zarauz me nombró para dirigir las operaciones de esos cañoneros y debemos concretar algunos puntos.

—Ya lo sabía y me pareció una magnífica decisión. Esos cañoneros pueden hacer mucho daño a tan escasa distancia de tierra con balas de metralla, tal y como ha ocurrido con las lanchas cañoneras en la defensa de Cádiz, una proeza difícil de creer.

—Con ese sistema evitamos que don Horacio Nelson tomara Cádiz en dos ocasiones. Aunque algunos las apoden como «armadas del pobre», cumplen su misión a plena satisfacción. Bueno, también llaman a las partidas como el corso terrestre.

—Me gusta ese nombre y lo encuentro acertado. Mucho peleé en ellas por el valle del Roncal aunque las llamáramos guerrillas. Y espero volver a emplear ese sistema si es necesario, hasta que no quede un solo gabacho en suelo hispano.

—Espero que los fuegos de nuestros cañoneros apoyen sus acciones en tierra.

—Confío en usted, Leñanza.

Con pensamientos cruzados me separé del general. Y no era fácil para mí comprender la situación establecida entre ambos mandos, a quienes consideraba por separado como excelentes personas. Porque si Renovales era el responsable de la expedición cántabra en su conjunto, Zarauz era omnipotente en cuanto a decisiones de mar que, después de todo, podían inclinar la balanza en la operación. A los dos escuchaba y otorgaba razón, sin comprender todavía el porqué de su distanciamiento. Con todo, como no era cosa de moler el cerebro a batientes, me dediqué a prepararme para embarcar en la *Magdalena*, una fragata que abría una nueva etapa de mi vida.

## 20. A bordo de la fragata «Magdalena»

Acertó de lleno en sus predicciones el capitán de navío Zarauz al considerar que dispondríamos de tiempo suficiente para rematar nuestras faenas particulares en el puerto coruñés. Porque una vez instalado con Okumé en la fragata *Magdalena*, comenzaron a pasar los días con extrema lentitud y tedio amadrinado, sin que se percibiera real posibilidad de arrancar la tan esperada expedición en fecha cercana. Para colmar el vaso a malos augurios sufrimos una semana completa con vientos fuertes del noroeste, un maestral que mucho preocupó pensando en futuros al comprobar que nos abocábamos a una estación incierta y de malos tintes. De forma especial, me inquietaba pensar en la utilización de los pequeños cañoneros de los que había recibido abundante información a bordo que, en verdad, poco halagaba en cuanto a sus condiciones marineras con tiempos duros.

Para elevar el ánimo alguna cuarta dos semanas después fondeaba en puerto una primera tanda de buques británicos, cercana a la docena. Se trataba de vacas mercantes panzudas, aparejadas con dos palos a la bretona y adecuadas para el transporte de tropas. Una semana después se completaba el cupo con cuatro unidades más, elevando la cifra general a quince. Y con una lentitud que alzaba las protestas del general Renovales hasta los cielos, se procedía al desembarco del armamento y su distribución a la tropa española así como la pólvora y el balerío para las unidades navales. De estas últimas partidas se procedió a establecer los diferentes cupos para las tropas regulares desplegadas en tierra que colaborarían en la empresa, especialmente las columnas de Porlier que avisaban de alarmante escasez de pólvora.

Quedé arranchado en la fragata con cierta distinción, aunque el elevado número de oficiales dificultara una confortabilidad que no alcanzaba siquiera al comandante. Las lonetas de separación se multiplicaban para formar nuevos compartimentos, que a bordo de un buque todo es posible. Acompañado por Beto adquirimos en tierra el resto del necesario ajuar, así

como algunos alimentos para la despensa personal y otros en generoso aporte a las cámaras de ambos buques. En cuanto al aspecto guerrero, asistí a diversas reuniones en compañía del capitán de navío Zarauz y comandantes de los buques con los mandos de los Ejércitos español y británico. Se acabó de perfilar el plan, decidiéndose tras alguna discusión la fecha en la que se llevaría a cabo el ataque sobre la plaza de Gijón, en manos de los franceses, estimándose posible para el 15 o 16 del mes de octubre, información que se enviaba por tierra a las columnas de Portier y otras en apoyo. Las tropas españolas embarcarían el día 12 en los transportes.

También se decidió el paso previo por Ribadeo en la jornada anterior al ataque, condición necesaria porque allí se nos unirían la goleta *Uniers* y los cuatro cañoneros españoles. Por parte británica, lo harían las fragatas *Medusa*, *Arethus*, *Narcissus* y *Amazon*, encargadas de dar cobertura de zona a las operaciones sin tomar parte en las acciones sobre tierra, así como el bergantín *Puerto de Mahón* y algunos mercantes en número indeterminado con parte de las tropas inglesas. La expedición contaría con un total de buques cercano a la treintena. Y con sorpresa para los mandos hispanos el comodoro britano decidía dar la vela de la balandra *Potency* donde izaba su insignia el día 10 de octubre. Según expuso deseaba cumplir el previsto encuentro con las unidades bajo su mando, quedando en coincidir en aguas de Ribadeo con las nuestras, una condición que poco gustó a Renovales.

En cuanto a mi misión específica como jefe de la flotilla de cañoneros, estudié con el capitán de navío Zarauz, por separado y con detenimiento, sobre cartas y planos la utilización de dichas unidades. Acordamos que las cuatro se aproximarían a tierra de forma conjunta cuanto les fuera posible, alistados sus cañones con munición de metralla para hostigar a las fuerzas francesas de acuerdo a su posición y movimientos. Aunque previmos los puntos más probables desde los que ofender al enemigo, quedaban a mi propia decisión una vez comenzado el ataque, teniendo en cuenta las reacciones de sus tropas.

Ya saben quienes hayan leído alguno de los anteriores cuadernillos pergeñados con ilusión, mi declarada afición por los temas históricos y de forma especial por todos los detalles que a lo largo de los años han rodeado a la Real Armada. Por tal razón me vi agraciado con la amistad del capitán de navío Salcedo, comandante de la *Magdalena*. Conforme lo conocía más a fondo reafirmaba mi primera impresión de que se trataba de excelente persona, para descubrir poco después su intensa ilustración y cariño por nuestra historia naval. Bastantes horas dediqué a la charla con él y ya de

entrada me ofreció muchos e interesantes detalles del buque en el que acababa de embarcar.

—Tiene razón, Leñanza, al decir que esta fragata pertenece a los primeros buques de la serie construidos bajo los conceptos y planos del ingeniero Gautier, que quiso enmendar los teóricos yerros de la anterior preconizada por nuestro gran sabio don Jorge Juan, en opinión de muchos sin conseguirlo. Pero lo que más destaca en la concepción de este barco es que se trata de la primera unidad construida en los arsenales de la Península solamente con maderas de procedencia ultramarina.

—¿Con maderas de las Indias? Bueno, tales materiales se han utilizado en muchos barcos.

—No me refiero a su empleo en diferentes partes del buque. El concepto era comprobar que con tales maderas las carenas podrían dilatarse con el tiempo. Ya sabe lo que la broma<sup>[82]</sup> corroe las obras vivas<sup>[83]</sup>, una de las principales necesidades de que los buques sean carenados. Y de nada servían los mil y un procedimientos para exterminar las plagas de esos malditos caracolillos como rasquetas, llamas, humos, mixturas de pez, resina, sebo y otros betunes. Nada, que esos animalillos parecían sobrevivir a todo, incluida la peste negra. —Hizo un gesto de impotencia mientras sonreía—. Y como tras llevarse a cabo determinadas pruebas en el arsenal de La Habana se comprobó que algunas de sus maderas eran inmunes a ese mal, se decidió llevar a cabo la citada prueba.

—En ese caso, ¿toda la obra viva de esta fragata está hecha con madera indiana?

—En efecto. Se enviaron dos urcas en comisión hacia las Antillas, que regresaron con sus bodegas llenas de gruesas tosas de maderas coloniales. Se almacenaron a su llegada en el saco de Caranza. Y puedo jurarle que las utilizadas a bordo todavía se encuentran en el día de hoy lisas como patena de catedral, treinta y siete años después, salvo las algas y escaramujos en cuelgue que son fáciles de limpiar. Para certificar con más datos tal comprobación, en la comisión que realizó esta fragata a Las Antillas bajo el mando del general Gravina...

—Mi padre se encontraba a bordo del *Argonauta* en dicha expedición que se remató en Trafalgar.

—Ya lo sabía por el capitán de navío Zarauz, pues cuando esta fragata se encontraba en La Martinica fue abordada por un cúter inglés, sin mayores consecuencias salvo el reemplazo de dos tablas cerca de la línea de flotación con el concurso de una chata. No obstante, años después se pidió su entrada



en dique en el arsenal de Ferrol porque hacía agua por esa zona. Y se comprobó que esas tablas, con maderas de respeto no indianas, eran las únicas dañadas por el caracolillo.

—Siempre hemos dicho que los buques construidos en La Habana eran de mayor solidez.

—En efecto. Claro que después llegó la solución casi definitiva al forrar las obras vivas con fieltro y planchas de cobre, que eliminaba esos males y otros de cierta importancia. De todas formas, si ya en la Península la construcción naval se remata con precios más altos, el costo añadido de transportar las maderas desde las Indias no era aceptable de ninguna forma. La única prueba se hizo con esta *Magdalena* que todavía bebe las aguas como joven gacela. Muchos años de permanente comisión ampara en sus cuadernas. Porque también rindió servicios en el Gran Sitio de Gibraltar, cuando a punto estuvo de perderse.

—¿Tomó parte en el combate del cabo Espartel?

—Me refiero a los días previos, cuando la escuadra bajo el mando de don Luis de Córdova sufrió aquel terrible temporal en la bahía de Algeciras, el 10 de octubre de 1782. Al navío *Triunfante* y a esta fragata les garrearón sus anclas. Se salvaron de milagro aunque para ello debieran maniobrar con grandes esfuerzos ambos buques bajo el fuego de las baterías británicas.

—Toda embarcación, sea cual sea su porte, aparece una propia y particular historia como cada uno de nosotros. Y el *Triunfante* parecía predestinado a morir contra la costa, que así acabó con mi padre al mando.

—Ley de mar contra la que poco se puede hacer. Esperemos que la *Magdalena* vuelva a escribir una gloriosa página en esta expedición que afrontamos.

—Así ha de ser.

Esta que les narro fue una de las muchas conversaciones que mantuve con Blas Salcedo, fiel amante de los libros, algunos de cuyos ejemplares leí con avidez en aquellos días. La verdad es que la rutina nos desesperaba poco a poco, porque no hay peor situación en la vida que esperar la orden de abrir fuego cuando el enemigo se huele a corta distancia. Por fortuna, todo llega en esta vida y aunque debiéramos superar algunos problemas de última hora, como la falta de lanchones para el barqueo de la tropa, con las primeras luces del día 14 de octubre nos hicimos a la mar en demanda de la costa cantábrica. El mariscal de campo Renovales dispondría en total de unos mil doscientos hombres españoles y ochocientos ingleses, listos para desembarcar si los

transportes britanos aparecían en tiempo a la altura de Ribadeo y... el estado de la mar lo permitía.

Creo que aquella primera mañana en la mar, cuando descubrí la presencia del general Renovales en el alcázar de la fragata estimé descubrir en él a otra persona, transmutado de rostro y ánimo al tiempo que rezumaba euforia y contagioso optimismo. Aunque había discutido con Zarauz en dos o tres ocasiones, una de ellas con voz alzada, las aguas habían regresado a su cauce sin mayor contratiempo. Al pasar a su lado se dirigió a mí.

—Necesito más opiniones de expertos hombres de mar, Leñanza. ¿Cree que estas bonancibles condiciones de mar y viento se mantendrán durante mucho tiempo?

—Con seguridad sólo lo saben los santos que en los cielos anidan, señor.

—Pero existen nuevos aparatos que predicen los cambios con bastante exactitud.

—Supongo que se refiere a los barómetros. El capitán de navío Zarauz consiguió uno de ellos por medio del comodoro y de momento parece que se mantiene estable, teórica señal de pocos cambios. Pero sé por experiencia propia que a veces, cuando se observa bajar en picado la columna de mercurio, ya la mar nos come en espuma. Por el contrario en otras ocasiones las bajadas del azogue no se ven contrastadas con la realidad, como le sucedió al general Córdova antes del funesto combate sufrido en aguas cercanas al cabo de San Vicente.

—En ese caso, confiemos en la Patrona de los mares si no queda otro remedio. Pero hoy se nos aparece un día celestial y radiante, con unos vientos que nos deben ser propicios. Situación ideal para llevar a cabo empresas de guerra.

—La guerra en la mar hemos de tomarla en cualquier momento o situación nos guste o no, señor. Si se mantiene este viento de poniente y con fuerza de todas las velas, navegaremos sin complicaciones aunque debamos forzar la bolina en los primeros momentos. Después, una vez montados el cabo Ortegaleja y la Estaca de Bares beberemos aguas de empopada. No obstante, entiendo que el soplo deberá acabar rolando al noroeste porque el poniente puro no es constante por estas aguas.

—¿Qué distancia hemos de navegar desde Coruña hasta esa Estaca de Bares?

—Unas cuarenta y cinco millas a derrota directa.

—¿Y para Ribadeo?

—Desde la Estaca unas treinta millas más. Estas distancias de punto a punto y de forma aproximada.

—¿Y de Ribadeo hasta Gijón?

—Menos de sesenta millas.

—Distancias cortas son esas, ¿no?

—Cortas son, señor, si las comparamos con los miles de millas a navegar hacia las Indias. Pero todo depende de los dioses de la mar. Con este soplo de poniente podríamos andar las cuatro o cinco millas<sup>[84]</sup>, pero las vacas no superarán las tres aunque le hablo sin datos contrastados. En mi opinión será necesario acortar vela para mantenernos en sus cercanías.

—Nuestra cita con el comodoro Mends está concertada para mañana, si es posible antes del mediodía, en las inmediaciones de Ribadeo. Y por todos los Cristos que no desearía fallar al britano.

—No fallaremos, señor, a no ser que la señora se tuerza en cuadro.

—Mucho respeto tienen a la mar, como ustedes dicen, para llamarla señora con ese sometimiento y veneración. —Renovales sonreía de buen humor.

—Si la hubiese visto con barbas y melenas de espuma opinaría lo mismo, señor.

—Llegaremos a tiempo para su cita con el comodoro, señor general —era Zarauz quien se incorporaba a la conversación, también de buen humor en aquella mañana—, aunque hayamos salido a la mar con el tiempo muy justo. Ya le dije que habría preferido hacerlo un día antes. Más vale esperar en rada con anclas seguras que andar a la prisa sobre las aguas.

—Por favor, Zarauz, no me culpe del retraso. La verdad es que hemos sufrido problemas hasta en el paladar de la boca. Pero seamos optimistas. Ya disfruto nervios por encontrarme frente a Gijón y comenzar la faena guerrera. ¿Perderemos mucho tiempo en Ribadeo?

—Perderemos lo mínimo indispensable si el comodoro Mends cumple los tiempos. El ataque concertado con las columnas en función por tierra está previsto para la mañana siguiente y debemos recorrer solamente sesenta millas. Como no es probable que el viento se desplace al primer cuadrante, cumpliremos el compromiso.

—Dios o esa señora le oigan.

Para tranquilidad de los mandos el viento se mantuvo de rosas, entablado por firme de poniente con un ligero role hacia el noroeste. Montamos la Estaca de Bares de empopada pura, enmendando dos cuartas a estribor para besar los cabos de Moras y Burela sin perder una sola milla, momento en el

que, metidos de lleno en el golfo de la Masma, aproamos por derecho con el aparejo a un largo hacia la desembocadura del río Eo, en cuya orilla izquierda se encontraba nuestra posición naval avanzada. Y sin que variaran una pestaña las condiciones, nos presentamos frente a Ribadeo en el amanecer del día 15. Como la visibilidad era infinita pude observar la isla Pancha y la punta de la Cruz que forman en boca de tenaza la salida de la esplendorosa ría, un puerto excelente, fácil de tomar y abrigado a los vientos.

Ya sentía runruno de nervios por el estómago al pensar que debería enfrentar por fin a esos desconocidos cañoneros de los que tomaría el mando, cuatro pequeñas unidades con las que soñara en las últimas noches. Conforme se elevaba el sol reconocimos mar afuera y a unos cinco cables de distancia a los transportes en número de ocho, la mayoría de ellos cargados con tropas británicas, así como la balandra *Potency* con la insignia del comodoro, el bergantín *Puerto de Mahón* y las cuatro fragatas. Por el contrario, la goleta *Liniers*, madre de los cañoneros, se encontraba fondeada a escasos metros de la boca. Nuestras unidades respondieron en inteligencia a las señales, al tiempo que cruzábamos el habitual saludo de cortesía con el mando britano.

Ya el capitán de navío Zarauz daba las órdenes para proceder al barqueo de municiones para las unidades avistadas, mientras por mi parte escudriñaba con el antejo por el horizonte hacia tierra sin descanso. Por fin, atacado por cierta impaciencia conseguí descubrir las siluetas de los cañoneros, acoderados por corto a la goleta y a la banda contraria, razón que me impedía su correcta visión. Sin perder un minuto me dirigí a Zarauz.

—Con su permiso, señor, desearía tomar la lancha y pasar a los cañoneros.

—¿Piensa navegar en ellos hasta Gijón? —Su rostro mostraba sorpresa.

—De momento deseo recorrerlos a fondo y preguntar a sus mandos sobre los problemas más habituales. Debo comprobar que la goleta *Liniers* embarca su propia munición y la correspondiente a los cañoneros.

—Le recomendaría embarcar en la goleta y pasar con ella hasta Gijón, dando resguardo a las pequeñas unidades. Pero le repito que dispone de completa libertad para escoger su línea de trabajo.

—Así pensaba en un principio, señor. Pero dado que el tiempo es muy bonancible, se trata de una buena ocasión para recorrer las sesenta millas hasta Gijón en uno de los cañoneros y comprobar cómo se manejan en la mar. Puedo entregar al comandante de la goleta el cuaderno de señales y ya quedo a la espera de sus órdenes para las acciones de mañana sobre Gijón.

—Muy bien, Leñanza. Pero recuerde que no deseo riesgos innecesarios. Si como dice Renovales la guarnición francesa en Gijón es escasa, saldrán de estampida en cuanto sean atacados por mar y tierra. Buscarán refuerzos que deberán llegarles desde Santander, donde se encuentra establecido el puesto de mando del general Bonnet, un gabacho con mala fama. Todo esto si las informaciones del capitán general de Galicia son correctas, condición que no siempre sucede.

—Entendido, señor. Por cierto, ¿dónde embarca el comandante más antiguo?

—Ese es el teniente de fragata Ramón Rato, comandante del *Corzo*. Los otros tres son de un grado inferior. Pero según tengo entendido el más marinero y con mejor dotación es el cañonero *Estrago*, bajo mando del alférez de navío José Aguiar. Le recomendaría este último si decide navegar con ellos hasta Gijón.

—Muchas gracias, así lo haré. Si no tiene orden en contra, pienso tomar la falúa en cuanto me sea posible.

—Suerte, Leñanza.

—Lo mismo le deseo, señor.

Urgido por una prisa que rebosaba en oleadas de placer por mi cuerpo, hice la señal que ya esperaba *mi sombra*. Okumé cargaba con una generosa bolsa al hombro, donde estibara los enseres imprescindibles y algunos víveres. Y andaba preparado para la acción el africano con la gumía de Setum encastrada en la faja. Saltamos a la falúa cuando Salcedo me autorizó a ello. Y con decisión ordené al patrón que se dirigiera en dirección a la boca de la ría y la goleta fondeada. Escuché las palabras de Okumé.

—Listos para la acción, señor. Cómo cambian los escenarios en esta vida.

—¿Por qué dices eso, africano?

—Quién nos habría dicho cuando partíamos desde Cádiz hacia Mahón, que semanas después acabaríamos en la costa cantábrica luchando contra los franceses a bordo de esos cañoneros, que desde aquí mucho se parecen a las pequeñas cucarachas<sup>[85]</sup>.

—Tienes razón. Quién podría pensar que nuestra querida *Mosca* acabaría sus días rendida a muerte contra las piedras. Pero debemos pasar página y afrontar esta nueva misión con orgullo. Porque si estimas poco digno para un capitán de navío el mando de esta flotilla formada por cuatro cañoneros y una goleta madre, no olvides que las flotillas de cañoneras empleadas en la defensa de Cádiz por sus caños, unidades menores a esas, se encuentran mandadas por un jefe de escuadra y un brigadier. Será una agradable

experiencia. Tan solo ruego a los cielos para que esas unidades sean marineras de verdad y no de boquilla.

—Si embarca en uno de esos cañoneros como imagino, me mantendré a su lado quiera o no —empleaba un tono de desconfianza.

—No pensaba perderte de vista un segundo. Si como me han informado su dotación excede en poco de los veinte hombres, deben disponer de sitio suficiente.

Conforme nos acercábamos a tierra, pude distinguir con claridad los restos de las murallas edificadas en tiempos de nuestro señor don Carlos el Tercero, prácticamente derruidas, así como el torreón antiguo, el monte Mondigo y algunas edificaciones. La dotación de la falúa bogaba a ritmo, cerrando distancias sobre la goleta. Y poco después, como especial aparición, observaba de cerca mis cañoneros, comprobando que se ajustaban al ciento con las informaciones recibidas aunque mantuvieran su aparejo aferrado. Una vez abarloado a la *Liniers* salté a bordo con agilidad por medio de una escala ordinaria, y fui recibido por un oficial que se destocaba en cortesía.

—Teniente de navío Juan Angosto, comandante de la goleta *Liniers*, señor.

—Mucho gusto en conocerle, Angosto. —Nos estrechamos la mano—. Soy el capitán de navío Leñanza, nombrado por el comandante de la división como jefe de la flotilla de cañoneros en la que se incluye su goleta como buque de apoyo.

—Es un placer quedar a sus órdenes directas, señor. Puede arrancar en mi cámara si...

—No me preocupa ese detalle ahora. Disponemos de escaso tiempo antes de abandonar este fondeadero y salir en demanda de Gijón. Traigo conmigo el cuaderno de señales previsto para las operaciones que encararemos con los británicos a partir de este momento. Y dentro de pocos minutos comenzará a recibir la munición para su goleta y los cañoneros, especialmente balas de metralla para estos últimos. ¿Los comandantes se encuentran a bordo?

—Tres de ellos, señor.

—Díales que deseo hablar con ellos en su cámara a la mayor brevedad. Por supuesto, cuento con vos.

—Ahora mismo, señor.

Mientras un alférez de fragata partía a la carrera con la orden, Angosto me acompañaba a su cámara donde, poco después, aparecían los cuatro jóvenes oficiales que también quedaban bajo mi mando directo. Se presentaron con exquisita corrección por orden de antigüedad, exhibiendo rostros atezados por

el sol y la mar, una estampa general que mucho me satisfizo. Aunque recién entrados en la veintena, parecían mozos bragados en sal. Y de forma especial me agradó al primer vistazo Aguiar, un joven fortachón y decidido con rostro inteligente, cualidades que demostró por largo con el paso de los días. Tras explicarles mi nombramiento y situación, disparé la primera pregunta hacia ellos sin rodeos.

—Quiero que me expliquen cómo navegan estos cañoneros, sus problemas con la artillería, condiciones de su personal y todo lo que consideren interesante. Pero al grano duro porque en un par de horas deberemos salir hacia Gijón.

—Los cañoneros ya los ha visto, señor —era el teniente de fragata Rato quien tomaba la palabra con decisión—. El personal es insuficiente para maniobrar y utilizar la artillería al tiempo, especialmente si se nos requiere hacer uso del cañón de a veinticuatro y los dos obuses de siete pulgadas. La maniobra de recarga del cañón es un poco complicada, pero habitual en tales unidades. En cuanto al aspecto puramente marino, estas embarcaciones navegan muy bien hasta la bolina más comprometida, y de un largo hacia popa hacen brotar espuma. El único defecto en su construcción, grave inconveniente diría yo, es que embarcan demasiada agua con marejada gruesa al punto que todos deben acabar con los baldes en la mano. Por lo demás estamos dispuestos para la misión que se nos ordene.

—Le agradezco que sea conciso y sincero, condiciones que les exijo a todos. —Me volví hacia Aguiar—. Como las condiciones de mar y viento son excelentes, embarcaré en el *Estrago* con mi criado particular. No obstante, deben saber que ese africano es mucho más para mí y como tal lo conceptúo únicamente por necesidad de su asentamiento a bordo. Tengo alargada experiencia en el uso de cañoneras contra unidades mayores y blancos de tierra, pero es mi intención comprobar de primera mano cómo se manejan estos cañoneros antes de llegar a Gijón.

—Tenemos entendido, señor, que atacaremos a los franceses en dicha plaza.

—Mañana con las primeras luces comenzará la función. Salvo los buques británicos en apoyo, que según he comprobado son cuatro fragatas y un bergantín, bombardearemos las posiciones francesas antes de proceder al desembarco de unos mil doscientos hombres. También otras columnas españolas atacarán por tierra. Se prevé un posible refuerzo posterior de los gabachos y el necesario reembarco de las tropas. Una misión más de castigar y retirarse si oponen fuerzas superiores. En cuanto al papel concreto de los

cañoneros, deberemos acercarnos a besar las piedras y batir a los franceses que, según se supone, emprenderán la retirada, posiblemente a través de la línea hacia Santander. Por esa razón, he ordenado al comandante de la goleta que de la munición que va a recibir en pocos minutos, se les embarquen balas de metralla en un ochenta por ciento. ¿Cuál es el cargo de sus unidades?

—Podemos embarcar treinta disparos para el cañón y diez para cada uno de los dos obuses. Pero ya le digo que si nos metemos con las narices a tierra y alistamos los remos para disparar el cañón, será difícil o imposible llegar a usar un obús.

—Lo comprendo. En tal caso dedicaremos los esfuerzos al cañón que es el arma más eficaz en la misión encomendada. Y como nada resta por decir de momento, no hay mejor receta que atacar la ternera a mordiscos. Embarquen todos en sus unidades y preparen a su personal para cargar la munición. Una vez listos, lo comunicarán a la goleta para que retransmita la señal al capitán de navío Zarauz. Y cuando se ordene largaremos vela hacia levante.

Cuando embarqué en el cañonero *Estrago* comprobé que la información primigenia suministrada por el teniente de navío Quevedo era muy acertada. En verdad, se trataba de unidades como cañoneras de mayor porte y un aparejo más que respetable para su eslora, condición que le concedían el firme bauprés y el botalón de popa utilizado para cazar la mesanilla. Como posiciones de resguardo, disponía de dos tambuchos, uno alargado desde el palo de proa hasta el mesana, mientras el segundo y más estrecho restaba a proa. Y no necesité de mucho tiempo para recorrerlo, que de un vistazo se podía observar hasta la chaza más lejana. En cuanto al personal había fruta de todos los colores en las cuatro unidades. No obstante, y a ojo de largomira el alférez de navío Aguiar debía de haber gozado de la suerte en ese sorteo habitual, porque el guardián y el cabo de cañón parecían experimentados, así como tres o cuatro marineros que mostraban trazas de mar muy positivas.

Una hora después dimos la señal de listos para abandonar el fondeadero. Sin más espera en la fragata *Magdalena* se izaba la señal de proceder hacia levante en orden de marcha, con libertad de movimientos para la goleta *Liniers* y los cañoneros. Por tal razón ordené a Angosto que barajara la costa a escasa distancia, dejando a los cañoneros en conserva hacia tierra y manejando vela para mantenerse a nuestra altura. Fue el momento en el que a un tiempo *Estrago*, *Corzo*, *Gorrión* y *Sorpesa* izaban la vela tarquina del palo mayor, largando escotas a voluntad, para izar más tarde el foque y la mesanilla. Me agradó comprobar que en general las cuatro unidades se manejaban muy bien con sus aparejos. Y en el caso particular del *Estrago*, el



comandante parecía dominar la maniobra y la dotación también era dueña de sus actos con acierto. Eso me hizo preguntar a Aguiar.

—¿Cuánto tiempo llevan estos hombres a bordo?

—Seis meses bajo mi mando, señor. Al principio mostraban algunas manos blandas, pero ya se han hecho casi todos a la faena. Porque habrá visto que hasta los tres artilleros rinden a la braza como uno más.

—Ya lo he comprobado, una condición necesaria en estos días desde navío a chinchorro. Tenía entendido que utilizaban dos foques.

—Así era en los primeros días. Comprobamos que no rendía el que podríamos llamar como contrafoque. Quedaba sin viento suficiente, molestaba a la mayor y solo complicaba la maniobra. Y como no se nos pide velocidad, acabamos por retirarlos de acuerdo con el mando del arsenal.

—¿Disponen de alguna vela de respeto?

—Una mayor. Pero como era un engorro que molestaba la correcta estiba del cargo de la munición, desde que nos asignaron la goleta *Liniers* como madre a ella se las entregamos. La verdad es que llegado el caso, disponemos de los remos como alivio.

—Me parece correcto. —Volví a dirigir la mirada hacia el aparejo, con las velas cuajando el viento en golfo y un andar más que respetable—. Navegamos muy bien.

Claro que con viento fresco y a un largo hasta las tortugas dan la talla. Es posible que debamos ser nosotros quienes acortemos vela para no dejar atrás a la goleta.

—A la *Liniers*, no, señor, que es muy velera. —Sonreía el joven con orgullo—. Pero a esas vacas por supuesto. Ya le decía que estos cañoneros son muy marineros, pero en aguas dulces. Todavía con el frescachón nos mantenemos en orden. Pero cuando el viento se iza en cascarrón de ronda comenzamos a sufrir mucho, especialmente si hemos de tomarlo del través a proa porque embarcamos mucha agua, la peor condición que puede sufrir un buque.

—Esperemos que se nos concedan vientos propicios.

Continuamos navegando hacia el levante puro, siguiendo la línea de la costa a escasa distancia sin problema alguno. Tal y como predecíamos, debimos arriar el foque y concertar a la voz con la *Liniers* con objeto de no despegarnos demasiado del convoy. Para aliviar el cuerpo, tomamos un bocado de rancho frío y unos tragos de vino cuando ya el sol se elevaba al tope. Confieso que me sentía feliz en mi nuevo e inesperado papel. Bien es cierto que no hay mejor remedio para quien ha perdido barco bajo su mando,

que restablecerse con rapidez en la mar. A esos pequeños cañoneros y a la expedición cántabra me aferré con arpeos, obviando el resto de pensamientos que intentaban aparecer en racimo. Como decía Okumé, nunca sabemos en la Armada cómo se abrirá nuestro destino en la singladura siguiente aunque, después de todo, esa es la salsa de nuestra vida marinera.

## 21. Sobre Gijón

Navegamos más de cincuenta millas sobre la costa asturiana como cortesanas engolfadas entre sedas, acariciados por un viento fresco que se movía de poniente a maestral y con suave marejada de cabras. Pero así es la mar en su habitual cortejo y pobre de quien se deje embromar con sus caricias, porque la señora te concede uno de sus mil rostros cada día, con humor cambiante y muda rápida de la sonrisa placentera al mohín dudoso, para rematar con mueca de dolor sin previo aviso. A bordo del cañonero *Estrago* y aunque se instalaran coys a doble cuerpo por cubierta y camarillas, con uno de especial manufactura para mi persona, apenas dormité unos pocos minutos, intentando descifrar por vía rápida las cualidades de aquellas novedosas embarcaciones.

Aunque la misión impuesta era la de progresar en demanda de Gijón sin pérdida de tiempo, aproveché las horas de luz en provecho propio. Y no se trataba de mortificar a nuestros hombres con ejercicios de guerra a destiempo, sino comprender las posibilidades reales. De esta forma, llegué a las mismas conclusiones expuestas en acierto pleno por el alférez de navío Aguiar. Porque si el uso del cañón era el habitual y con los mismos inconvenientes que se sufren en las pequeñas unidades, con el personal a disposición sería prácticamente imposible hacer uso de las tres piezas artilleras a un tiempo. Por tal razón, y pensando en la operación concreta del día siguiente, en el que la metralla sería el armamento fundamental, decidí olvidarme de los obuses, estibándolos en fuste duro para futuras experiencias. En cuanto a la maniobra, el *Estrago* navegaba en dulce con la mayor y mesanilla, largando el foque cuando perdíamos distancia a la madre. Y como era necesario a veces acortar vela, aprovechaba los momentos para virar y comprobar sus posibilidades de bolina que también eran óptimas. Sin embargo, y por desgracia quedaba muy a las claras que con mares de amura o través se dependía al ciento del estado de la mar y con una posible capa muy complicada, guardando todas las esperanzas en dejarse correr de popa.

Pensando en el cabo Peñas, que se abre hacia el norte en peligroso botalón, enmendamos a media noche el rumbo dos cuartas a babor, siguiendo los tarros de luz de la goleta *Liniers* tal y como habíamos planeado. Como la luna se encontraba a dos días de mostrar la cara llena, divisamos la roca por la amura de estribor pasadas las tres de la madrugada. Librada la cuña y con suficiente resguardo caímos a la misma banda para dirigirnos al tiento y estima de buen ojo en demanda de Gijón. Y cuando comenzaban a aparecer las primeras luces, comprobamos que nos habíamos avanteado del objetivo un par de millas, virando en orden para seguir aguas de la goleta.

Como según parece, o así se nos aseguró con posterioridad en probable excusa, las columnas previstas para el ataque terrestre debían comenzar su función una jornada antes, desde que montamos el cabo Peñas escuchábamos en la lejanía el retombo del cañón, señal de que las columnas del Ejército ya andaban en danza. Como no cuadraban tales hechos con el plan establecido para los cañoneros por Zarauz, supusimos que se nos cambiarían los objetivos. De esta forma, y cuando ya se abrían las luces en vigor con excelente visibilidad, comprobamos las explosiones que se producían por la parte de poniente, así como tropas francesas en despliegue urgente. Fue el momento en que la fragata *Magdalena* izó la señal en la que se ordenaba a todos los buques atacar al tiempo los emplazamientos gabachos en tierra. A los cañoneros se nos especificaba por medio de una falúa que deriváramos hacia levante, intentando obstaculizar los movimientos de los enemigos en tal sentido.

Sin esperar un segundo más, ordené que los tres compañeros de la flotilla siguieran aguas al *Estrago*, aproando en firme hacia tierra con ligera caída a babor para librar el Cerro de Santa Catalina y, de esta forma, enfocar la vía estrecha que corre desde la ciudad hacia tierras de Cantabria. Con todo el aparejo largado, aproamos a tierra, dejando solamente la mayor arriba hasta librar los rompientes del cerro a la mirada, cargándola poco después y alistando los remos. Por fin, nos abrimos a medio cable de distancia entre cañoneros, hasta situarnos en columna frente a la zona arenosa nombrada en la carta como ensenada de San Lorenzo, que limita con el citado camino. El *Estrago* quedó situado a sotavento, ofreciendo libertad al resto para ocupar sus puestos.

Tras momentos de tensa espera como cazador apegado a la escopeta en aguardo de reses, el primer movimiento de tropas que advertimos en nuestro campo de acción fue una sección de caballería que se dirigía en galopada tendida hacia el puente de madera que atravesaba el río Piles. No podía perder

un segundo, por lo que a voz en grito ordené fuego contra ellos, blandiendo mi sable hacia los cielos en amenaza. Nos encontrábamos tan cerca de la arena que temía varar en cualquier momento, aunque la sonda nos concediera todavía un par de palmos bajo la quilla. El *Gorrión* fue el primero en disparar su cañón, seguido por los tres compañeros. Y no debían de esperarlo los gabachos porque se vieron sorprendidos al comprobar cómo barríamos la cabeza de su línea, con animales y hombres envueltos en manto de sangre. A tan escasas yardas nos era posible observar que algunos intentaban retener las monturas, mientras dirigían su mirada hacia nosotros con inesperado espanto. No podían comprender que a tan escasas yardas, de improviso y prácticamente desde la playa cuatro cañones de a veinticuatro les lanzaran aquella formidable lluvia de metralla.

Como el *Estrago* era el cañonero situado más hacia levante, ordené cargar el cañón con bala rasa para intentar batir el pequeño puente sobre el río. No era difícil acertar el blanco a unas ochenta varas escasas, con el cabo de cañón ajustando las cuñas y la embarcación mantenida por los remos en la dirección prevista, por lo que al segundo disparo saltaba el extremo interior en rotura de maderas. La columna francesa decidió regresar por el camino emprendido, intentando recoger los heridos que pedían auxilio. Y aunque la carga de los cañones era complicada y el espectáculo dantesco, seguimos disparando a discreción conforme cada uno se encontraba preparado.

Recuperados de los primeros disparos, aunque perdieran bastantes hombres, los jinetes retomaron el galope furioso, pero en dirección contraria, hacia la ciudad. Bien es cierto que les salvó parcialmente la llegada en apoyo y a la carrera de varios pelotones de infantería. Una vez en la arena frente a los pequeños cañoneros, los soldados plantaban la rodilla en tierra para comenzar a disparar fuego graneado sobre nosotros, que más se parecía a un combate terrestre aquella acción. Y aunque las balas silbaban entre las orejas y se ordenaba a los hombres cobijarse bajo la borda, no cesábamos en nuestro empeño, ahora dirigido contra los infantes una vez la caballería estuvo fuera de nuestro campo de tiro.

También barría la metralla de nuestros disparos arena y cuerpos, al punto de obligarlos a retroceder con orden. El estruendo de nuestro cañón era tan fuerte que apenas escuchábamos el nutrido fuego que llevaban a cabo el resto de los buques a poniente del cerro. No obstante, la goleta *Liniers* aparecía poco después en nuestro apoyo, ajustándose a las piedras del cerro y abriendo fuego contra los soldados en la arena. Y aunque los disparos de nuestra madre no fueran muy nutridos con sus ocho cañones de calibre menor a la banda, fue

suficiente su presencia para hacer que los soldados salieran a la carrera ciudad adentro.

Una vez sin tropas enemigas a las que batir, decidí mantenerme en aquella posición sin arriesgar tanto y separarnos algunas varas de la playa. Porque en caso de que los franceses tomaran el camino hacia Cantabria como presumíamos, por allí deberían pasar en desbandada. Sin embargo, entrábamos en la tercera hora de combate abierto cuando llegaba a la zona el bergantín *Palomo* para izar la señal de alto el fuego, repetida por la *Liniers* a los cañoneros. Al comprobar que nuestra situación era todavía apurada, ordené bogar a los hombres en necesaria ciada y separarnos de la arena con seguridad. Una vez libres de fondo, largamos la mayor para seguir aguas a la madre. Y ya el sol comenzaba a declinar cuando a la orden del insignia todas las unidades navales quedaban fondeadas en la Concha, con el *Estrago* y sus compañeros acoderados a la goleta.

No acaba de comprender el orden o concierto establecido en las operaciones, porque poco o nada cuadraban con las previsiones establecidas de antemano. Y ya de entrada me preguntaba la razón por la que nuestras tropas tardaban tanto tiempo en desembarcar. Porque las condiciones eran excelentes y tanto el muelle del puerto como la ensenada de arena donde habíamos combatido parecían perfectas para tal fin, mientras tierra adentro se oían disparos de fusilería e intermitente cañoneo. Así lo comenté una vez tras pasado a la goleta con los cinco comandantes.

—¿Saben algo de las tropas de desembarco? —preguntaba al teniente de navío Angosto—. No se aprecia movimiento alguno en tal sentido.

—Nada sé de esa cuestión, señor. Tan solo pude observar que las columnas de nuestro Ejército apretaban de firme desde el poniente, consiguiendo que los franceses se decidieran por la retirada en dirección a Oviedo, aunque todavía se combata en la periferia de la ciudad. Entiendo que gracias al cañoneo de buques y la posibilidad de proseguirlo a lo largo de la costa, han decidido que el grueso de sus tropas tome el camino interior. Tan solo emprendió la vía de Santander una sección de caballería que se encontraba copada.

—Esa es la que hemos barrido a muerte. Muchos jinetes quedaron allí para siempre —declaró Aguiar con orgullo—. También sufrieron bajas los infantes llegados en su apoyo. Y lástima que no aparecieran en mayor cantidad, que aún nos restaban cargas de metralla.

—¿Algún cañonera ha sufrido bajas? —pregunté a todos, olvidado del fuego enemigo.

—Solamente en el mío, señor —declaraba el alférez de navío Juan Velorado, comandante del *Sorpresa*—. Un marinero y un grumete heridos de bala, pero de escasa consideración. Ya se encuentran a bordo de la goleta donde están siendo curados.

—Bendita sea la Patrona una vez más. Hemos disfrutado de suerte a chorreras porque esos gabachos disparaban rápido y a la cara.

Comimos y bebimos con placer a bordo de la *Liniers*, mientras se ofrecía descanso a nuestros hombres que bien lo necesitaban. No obstante, como mis pensamientos se mantenían centrados en la operación emprendida y futuras acciones, sin comprender el silencio y la falta de movimientos por nuestra parte, sentí cierta alegría cuando el teniente de navío Angosto me comunicó que la *Magdalena* había izado señal de inmediata junta de generales y comandantes a bordo del insignia. Sin perder un segundo, ordené aprontar la lancha para pasar a la fragata, fondeada a escasa distancia de nosotros.

Cuando intenté abordar el portalón de la *Magdalena*, debimos esperar a que se separara la falúa de la balandra britana, llegada para la misma función. Y como urgidos por prisa desatada pocos minutos después nos encontrábamos en la cámara los comandantes de los buques, el capitán de navío Zarauz y mariscal de campo Renovales. Por parte britana el comodoro Mends y un coronel del Ejército. Sin embargo, mi sorpresa se produjo al descubrir la presencia de un coronel de caballería español que, sin dudarlo, se dirigió a mí.

—¿Leñanza? ¿No sois el hermano mayor de Francisco Leñanza?

—¿Porlier?

Nos abrazamos como si se tratara de un encuentro entre dos viejos compañeros tras una alargada separación, aunque en verdad solamente había coincidido con él en tres o cuatro ocasiones debido a su amistad con mi hermano, de quien era compañero en su época de guardiamarina. Y ya de entrada me sorprendió su juventud. Porque aunque Juan Díaz Porlier se encontraba a punto de cumplir los veintidós años, su rostro aniñado, ojos negros y pelo revuelto no cuadraban con el ya conocido y valeroso coronel de caballería, de quien tantas proezas se narraban.

—Aunque haya visto morir a muchos hombres en esta guerra, todavía recuerdo los últimos momentos de su hermano Francisco.

—También yo. Han transcurrido solamente cinco años desde el combate junto al cabo Trafalgar y parece que nos encontramos en otra vida.

—No le falta razón. También yo evoco mi etapa en la Real Armada como muy lejana. Y no crea, que todavía echo de menos la vida en la mar. Pero ahora solo debe movernos un objetivo y no es otro que expulsar a estos

malditos gabachos de nuestra tierra. Y perseguirlos después por su tierra hasta París, sin olvidar que el Rosellón debe ser entregado a España cuando toda la Europa venza a ese zorrón de Bonaparte.

Era contagiosa la energía y el espíritu que aquel hombre desplegaba. Por desgracia, no pude continuar mi conversación porque ya Renovales llamaba la atención de los presentes.

—Bien, señores, parece ser que de momento hemos triunfado en línea contra los franceses, que escapan a la carrera hacia Oviedo.

El general dirigió la mirada en redondo con satisfacción, como si esperara que ratificáramos al unísono su opinión. No saltó la liebre en esa dirección porque sin esperar muchos segundos le entraba el capitán de navío Zarauz con voz baja y rostro torcido en evidente descontento.

—También es cierto, señor general, que si hubiéramos concertado el ataque con las columnas de tierra, podíamos haber copado a los franceses e infligirles un daño mucho mayor. Esa era al menos la idea concebida.

—Estoy de acuerdo con sus palabras —corroboró el comodoro Mends con autoridad—. Si planeamos una operación conjunta entre fuerzas de mar y tierra es para que como tal se efectúe. Hemos perdido el efecto sorpresa y la posibilidad de que fueran atacados desde diferentes direcciones a un mismo tiempo.

—Las noticias que me llegaron con los correos eran las de atacar en las primeras horas de la mañana del día 15 —protestó Porlier en excusa.

—Bueno, no es momento de mantener discusiones bizantinas. —Renovales intentaba allanar las protestas sin entrar en detalles—. Ahora debemos pensar solamente en el desembarco de las tropas y continuar la persecución de los franceses.

—No será fácil aunque los hombres de Escandón hayan doblado hacia el sur para intentar cortarles el paso —insistía Porlier—. De todas formas, debemos agradecer el fuerte cañoneo de los buques porque nos encontrábamos con las fuerzas muy ajustadas y ha sido el factor decisivo para que los gabachos comenzaran a evacuar Gijón. Sin embargo, recibirán apoyo en escaso tiempo.

—¿Desde Oviedo? —preguntó Zarauz.

—No. —Porlier parecía disponer de suficiente información—. Si han escapado en esa dirección es porque la presencia de los buques y sus fuegos así se lo hizo aconsejar. Tomar el camino de la costa les habría supuesto un mayor peligro. El grueso de las fuerzas las mantienen en Santander y en esa dirección salieron los primeros correos en petición de apoyo. El general



Bonnet se pondrá a la cabeza de poderosas fuerzas y alcanzarán esta plaza en escaso tiempo, no lo duden.

—Podemos resistirlas si añadimos a sus fuerzas los mil doscientos españoles y ochocientos ingleses embarcados que deben pasar a tierra.

—Hasta ahora habíamos decidido que en estas operaciones conjuntas el objetivo era dar golpes de mano, destruir y volver a la mar, salvo casos puntuales como el de Santoña —recalcó el comodoro Mends que parecía encontrarse incómodo—. En tierra acabarán por ser muy superiores. En primer lugar, debemos arrasar ese pequeño arsenal que han instalado junto al puerto y que parece bien dotado. Tomar de él todo lo que sea de utilidad y dar al fuego tinglados y cobertizos.

—Estoy de acuerdo con el espíritu general de la operación, comodoro —insistía Renovales—, pero si les llegan a cortar la retirada hacia Oviedo podríamos hacer un elevado número de prisioneros y buen acopio de armas.

—Mis hombres han hecho unos cincuenta prisioneros. También les hemos tomado dos cañones y abundante munición —dijo Porlier con orgullo.

—Bien, en ese caso las fuerzas desembarcarán sin perder tiempo, esta misma tarde a ser posible.

—Quedan pocas horas de luz, general. Recuerde que es necesario aprestar los transportes y preparar las tropas para el desembarco —musitó el comodoro Mends a la baja—. Dejaría tal acción para las primeras horas de mañana.

—Y es necesario desembarcar toda la munición preparada para las columnas de tierra —recalcó Zarauz.

—Nos llegan en momento oportuno porque nos encontrábamos casi a cero de pólvora cuando comenzaron a bombardear los buques.

—En ese caso no se hable más. —Renovales no deseaba entrar en discusión—. Que comience el barqueo de la munición para las fuerzas establecidas en tierra sin pérdida de tiempo. Con las primeras luces de mañana se llevará a cabo el desembarco de las tropas para prestar su apoyo a las columnas que combaten al francés. Y dependiendo de la situación ya decidiremos.

Me despedí de Porlier con un abrazo. Y aunque me habría gustado escuchar de su boca la situación de las tropas que se movían por la zona asturiana y su diario vivir, se imponían las prisas y necesidad de regresar junto a sus hombres. Porque aunque hubiera cesado el fuego, no se daban de mano las operaciones. Todavía por el centro de Gijón se morían pelotones franceses copados que se defendían a tiros. De esta forma, nos destacaron a

los cañoneros hasta pegarnos a las piedras del muelle, por si era posible encontrar algún blanco de oportunidad.

Pasaron las horas sin mayores movimientos. Porque tan solo el *Gorrión* disparó con metralla en tres ocasiones contra el pequeño arsenal, donde se interpretó que se movían algunos grupos de franceses. Pero en su conjunto debo declarar que no me pareció demasiado gloriosa la acción sobre Gijón, ni planeada con el detalle debido. Como supe a través del capitán de navío Salcedo, habían sido muchas las discusiones desde tres meses atrás entre los mandos de la Armada y del Ejército, así como entre los propios de este último, con demasiado protagonismo de algunos personajes. En cuanto al apoyo de nuestras unidades, no siempre es fácil convencer a los mandos del Ejército que en la mar no se cubren distancias y fechas como si se tratara de galopada por monte corrido y que los planes deben ser embastados de otra forma. Todo ello sin olvidar que no disponíamos de suficientes barcos, hombres ni caudales para armarlos. Porque casi todos los fondos eran asignados a las fuerzas que combatían en tierra, aunque luego se reclamara de la Armada su rápido apoyo. Es de tener en cuenta que en esta expedición cántabra se empleaban todas las fuerzas navales del departamento ferrolano más el *Palomo* y las inglesas. Esa era la penuria que campaba y no se nos podía exigir una mota más.

En la mañana del día 18 desembarcaron los tres batallones de Renovales, así como la 5.<sup>a</sup> brigada de Artillería de Marina y la compañía de Infantería de Marina integrada por las guarniciones de nuestros buques. Y no esperó Renovales a comprobar el curso del barqueo porque en la falúa de la *Magdalena* saltaba a tierra con su pequeño estado mayor. Todavía se escuchaban esporádicos disparos por la ciudad, posiblemente contra algunos franceses que quedaran retrasados o sorprendidos inicialmente en sus alojamientos. Como supimos después, mientras en el camino de Oviedo se libraban combates con los franceses que no se resolvían de firme a abandonar la zona, las noticias de los desembarcos contribuyeron a que tomaran el camino hacia el sur a buen ritmo.

Todo el día 18 nos mantuvimos mano sobre mano en la goleta *Liniers*, con los cañoneros retranqueados de nuevo a su costado porque ya nada quedaba en Gijón que amparara necesidades de nuestra artillería. Tan solo el bergantín *Palomo*, la goleta *Insurgente Roncalesa*, una fragata y un bergantín británicos cañonearon algunos grupos de tropas francesas en la distancia. Se continuó el desembarco de munición y fusiles para las columnas de Porlier, Castañón y Escandón, así como algunos oficiales que a sus filas pasaban. Por

parte de la Armada, una vez las fuerzas de nuestras guarniciones sin trabajo a la vista, se decidió utilizarlas para reparar las existencias del arsenal que los gabachos en su precipitada huida habían dejado intacto. Por desgracia, no descubrimos ninguna pequeña unidad de guerra aunque se les tomaron dos cañones y tres obuses que fueron entregados a Porlier, así como dos lanchas, considerable cantidad de velamen, jarcias, cabuyería y pertrechos. En cuanto a la orden de dar fuego a los tinglados, almacenes y una pequeña grada de construcción, se ordenó retrasarlo hasta que se tomara la decisión final de permanecer en la ciudad o reembarcar las tropas.

En la tarde del mismo día pasé al insignia para recabar información sobre futuros movimientos. Nada se sabía de momento aunque en las últimas horas llegaron noticias de que dos mil quinientos franceses procedentes de Santander se aproximaban para confluír con los evadidos de Gijón y bajo el mando del general Bonnet regresar a las mismas posiciones abandonadas. Fue entonces cuando el general Renovales conferenció a solas con el capitán de navío Zarauz y el comodoro inglés, dudando de la línea a tomar. Según me narró Salcedo, Renovales deseaba defender Gijón aunque reconociera que serían superados en cantidad y calidad de fuerzas. Al mismo tiempo el comodoro britano alegaba que no se podía poner en riesgo a los buques y que por su parte reembarcaría a sus hombres. Zarauz se vio obligado a recordar al general que de las tres misiones expuestas por La Regencia para la Expedición Cántabra, la primera y principal era tomar la plaza de Santoña y hacerse fuertes en ella si era posible, convirtiéndola en un punto inexpugnable si se le suministraban suficientes fuerzas, víveres y munición. Por el contrario, el ataque sobre Gijón había sido planeado como una diversión de castigo anterior, pero no para establecerse en plaza donde se presentaba fácil ser batidos por fuerzas superiores y con el peligro de quedar copados.

Por fin, se decidió el reembarque de las tropas, por mucho que el belicoso Renovales mostrara cara al bies. No obstante, y en opinión de Salcedo, que estimaba conocerlo bien, se trataba de puro gesto teatral para la galería. El barqueo dio comienzo con las primeras luces del día 19. Y cuando todavía se encontraba a media operación, volví a asistir a una nueva reunión a bordo de la *Magdalena*. Supuse que se trataría de concretar los ataques sobre Santoña, aunque pensara que ya eran demasiadas las reuniones y escasa la acción. En efecto, reunidos los de costumbre volvió a tomar la palabra el general.

—Una vez reembarcadas las tropas, quedaremos libres para zarpar hacia Santoña, objetivo principal de esta expedición. Sin embargo, entiendo que

debemos esperar el tiempo suficiente por si fuera necesario prestar apoyo artillero a las tropas de tierra.

—Deberían retirarse ya hacia sus cuarteles asturianos —alegó Zarauz—. Parece que los franceses se encuentran a tiro de piedra de Gijón.

—Así es. El coronel Porlier ha decidido dejar prendidas grandes hogueras en los campamentos mientras abandonan la ciudad. De esta forma, retrasarán la entrada de los franceses al creer que todavía se encuentran en ellos. Asimismo, cuando lo hagan podemos recibirlos con nuestra artillería antes de levar las anclas y partir hacia Santoña.

—Les esperaremos con las anclas estibadas en sus amuras, separados de la costa y listos para largar hasta la última vela. —El tono de Zarauz no dejaba lugar a dudas—. No sabemos de cuánta artillería disponen ni sus calibres. Y es importante recordar que desde tierra el tiro sobre la mar es más sencillo. Por desgracia cualquier merma en nuestros aparejos sería fatal porque deberíamos regresar a Ribadeo para las necesarias reparaciones.

—Concuerdo con el capitán de navío Zarauz —declaró el comodoro Mends sin dudarle.

Sin más discusiones, así quedó decidido. Y como estaba previsto las hogueras de los campamentos provocaron el necesario retraso para que las columnas de nuestras tropas abandonaran el escenario. Cuando bien entrada la tarde comenzamos a observar los movimientos franceses por la ciudad a distancia de tiro, se ordenó abrir fuego sobre ellos a ritmo lento. También en este caso discutió Zarauz con Renovales, que deseaba un ritmo de fuego mayor de todas las unidades. Debió explicarle el comandante de las fuerzas navales que los cupos de munición a bordo eran limitados y se debía reservar un porcentaje adecuado para la operación sobre Santoña, una condición esta última que el general parecía olvidar.

Dadas sus particulares características, la goleta *Liniers* y los cuatro cañoneros quedaron exentos de esta última misión, una acción de la que en verdad poco esperábamos. El resto de buques, una vez entrada la noche, aprovechando la oscuridad y las hogueras francesas se mantuvieron navegando paralelos a la costa en esporádico cañoneo. Conscientes del escaso daño a producir, se trataba más de intentar retener las tropas francesas ante la amenaza proveniente de la mar, por si acaso las columnas españolas no habían conseguido salir del trance.

Por fin cuando las primeras luces del día 20 alumbraban lo suficiente para observar señales en la distancia, la fragata *Magdalena* izaba la prevista para aproar hacia levante en demanda de Santoña, en los órdenes de marcha

establecidos para la anterior navegación. Sin embargo, parecía que las condiciones meteorológicas comenzaban a variar demasiado. Y no lo aseguró porque el barómetro anunciara bajada de la columna, como así se nos aseguró en el insignia, sino porque tal día amaneció achubascado y con el viento del noroeste aumentando de fuerza a frescachón, mostrándose la mar en marejada suelta. Mucho me preocupó pensando en futuros y dado el panorama me creí en la obligación de navegar nuevamente en el *Estrago*. No era aceptable que el jefe de la flotilla se refugiara al calor de la madre cuando nos alcanzaban las malas, aunque así me lo recomendara Angosto con extrema cordialidad.

Como no era aconsejable en la ocasión ceñirnos demasiado a una costa de pleno dominio francés, la goleta *Liniers*, siguiendo mis instrucciones, se separó a tres millas de distancia, con los cañoneros abiertos en libertad de maniobra por su costado de estribor. Recibíamos el viento por el anca y las pequeñas unidades navegaban al gusto con el noroeste en frescachón. No obstante, en mi cabeza rumiaba el posible tornaviaje hacia poniente si la situación tornaba a peor y con necesidad de tomar rumbos de bolina. Decidí desechar tales pensamientos y centrarlos en la operación de Santoña, que se presentaba de color diferente a la diversión de Gijón y mucho más peligrosa. Porque se intentaba una ocupación en toda regla por una zona donde, según noticias de los agentes, podía ser importante la presencia de tropas y unidades navales francesas. Y aunque no me preocuparan las segundas, un desembarco con fuerte oposición en tierra podía convertirse en un baño de sangre.

## 22. La Mar Cantábrica

El hombre propone y la mar dispone. Nunca nos cansamos de repetir tan sobado proverbio quienes decidimos vivir en permanencia sobre ese medio fascinante y mudadizo, aunque nuestro propio subconsciente intente evitarlo al reclamar de continuo el auxilio de los dioses. No quiero adelantarme en futuras circunstancias porque la navegación desde Gijón hasta la altura de Santoña se hizo relativamente cómoda, aunque las olas atacando por el anca alzaran las popas de los pequeños cañoneros en demasía, con peligro de arbolar sus estructuras como remos en ceremonial. Pero se cubrían millas a ritmo sin necesidad de largar los foques y cargando a ratos la mesanilla, porque la mayor tarquina recogía viento más que suficiente para mantenernos a la altura del convoy.

Como es fácil suponer no fueron las unidades menores las causantes del retraso en la empopada hacia levante con los pensamientos prendidos en Santoña, sino la inexplicable maniobra de dos transportes británicos, enredados sus aparejos por manifiesta desidia de los capitanes durante la noche del día 21. Y como ambos acabaron desarbolados del palo mayor, fue necesario aligerarlos de su carga así como repartir hombres y armamento en urgente transbordo entre sus compañeros. Por tales razones, a las que debemos añadir una reunión más exigida por el mariscal de campo Renovales a bordo de la *Magdalena*, en la que tan solo se nos transmitió la mala y supuesta noticia de que los franceses parecían esperar nuestra llegada, no alcanzamos el objetivo definitivo de la misión impuesta hasta las primeras horas del día 23.

No había barajado la costa cantábrica a la vista cercana hasta el momento, por lo que durante el día repasaba con el antejo todos los detalles posibles, que nunca se sabe cuándo han de servir en provecho propio. Incluso acertamos distancias sobre el cabo Mayor que abre paso a la ensenada y ciudad de Santander, con objeto de reconocerlo a la vista con prudencia, dado

que avanteábamos fácilmente a nuestros compañeros. Con todo, hoy en día, cuando recuerdo con precisión infinidad de accidentes geográficos cubiertos con el paso de tantos años a lo largo de los mares del Norte y del Sur, puedo asegurar que quien no conozca la recogida península de Santoña ha perdido uno de los más maravillosos paisajes que a la vista se pueden presentar.

Amaneció el día 23 de mal cariz, con cielos tomados, viento frescachón del noroeste en peligroso aumento y marejada viva que comenzaba a mostrar ribetes blancos. El único accidente a favor era una visibilidad magnífica y temperatura agradable. Cuando el crepúsculo nos permitió observar perfiles con suficiente nitidez, comprendí con rapidez la causa por la que Bonaparte intentaba convertir Santoña en su Gibraltar particular. Si ya el piloto mayor del buque insignia, natural de la zona, declaraba que no hay en España un punto donde la Naturaleza haya prodigado mayores concesiones, siendo de resaltar la seguridad de un puerto cuyos fondeaderos pueden tomarse con cualquier condición, así como una visión de montes, peñascos, playas y ría de incomparable belleza, el efecto de la elevada península, monte pentagonal con alturas superiores a los cuatrocientos metros unido a tierra por un estrecho istmo, la hacía plaza fuerte inexpugnable si era debidamente fortificada y defendida.

De acuerdo con las instrucciones repetidas sin desmayo, todos los buques comenzaron a fondear frente a la orilla meridional de la bocana, formada por la playa del Puntal del Pasaje y el placer del Pitorro que nace en el arrenal de Laredo, con los cañoneros ceñidos al lado sur de la península, justo frente a la abertura de la ría. Todas las unidades largaban dos anclas al abrigo y en prevención con la mirada alzada a los cielos, que ya comenzaban a despuntar por espinas. Y ya en los primeros momentos pudimos comprobar que no disfrutaríamos del deseado factor sorpresa, al ser cañoneados desde que comenzáramos a doblar el Pontón por artillería situada en el castillo de San Felipe y algunos fuertes. Bien es cierto que disponiendo en la zona del torreón circular instalado en el cerro de la Atalaya, les era posible divisar con suficiente aviso cualquier chinchorro que a aquellas aguas se acercara.

Por fortuna, el capitán de navío Zarauz había escogido para buques y transportes el fondeadero tendido hacia levante, razón por la que los intermitentes disparos de las baterías se producían con escasa efectividad. Tan importante detalle, unido al escaso número de tropas francesas avistadas en movimiento, nos hicieron concebir fundadas esperanzas de éxito en la empresa, al estimar que podíamos ejercer una efectiva superioridad con las tropas embarcadas. Las escasas unidades navales enemigas debían de haberse

dado a la vela en urgente escape porque ninguna se aparecía a la vista, salvo tres pequeños guardacostas bien acoderados en el interior de la ría. La intención del mando era desembarcar precisamente en aquellos arenales y progresar hacia la península, apoyados por los fuegos de los buques españoles y británicos. Y como sueño definitivo izar en la península la bandera de don Fernando para defenderla después con uñas y dientes.

Tan alentadoras perspectivas no pudieron llevarse a cabo, ni siquiera iniciarse, a causa de los malos humores alzados en velos por la gran señora. Porque cuando llevábamos dos horas solamente en el fondeadero, se preparaba el barqueo de las tropas y nos disponíamos a cargar los cañones a la orden para batir los objetivos marcados en tierra, se cerraban los portillos de la esperanza a tenazón. En un abrir y cerrar de ojos, con el mismísimo Satanás decantado a la banda gabacha sin misericordia, arreciaba el viento en furioso rugido, como si se hubiera instalado una manguera de lona desde el cerro de la península y abierto su espita al tirón.

Aunque nos encontráramos en una posición protegida precisamente al viento del noroeste, cuando el bufido salpica en crestas de altura no hay accidente terrestre que lo ampare, ni tenero seguro con la mar rebosando entre rompientes. Ya he repetido muchas veces que el uso de esos barómetros a bordo es importante, sin estimarlo dogma de mar. Porque como se demostraba en el caso actual, la suave declinación del azogue a la baja comentada en la última reunión a bordo del insignia no podía pronosticar un cambio tan formidable y repentino de las condiciones. Puedo jurar ante mis antepasados que pocas veces en la vida he comprobado una mudanza tan drástica en mar y viento, lo que habitualmente suele producirse con la adecuada progresión. En el curso de cuatro horas sufríamos un ventarrón que pasaba a temporal de barbas sin escalas intermedias, lo que por aquellas aguas llaman galerna cantábrica o nortada del demonio.

Como las terribles condiciones también afectaban a las posiciones gabachas, cada uno pensó en los problemas propios. Mientras en tierra reforzaban tiendas y parapetos, los buques comenzaban a danzar sobre las aguas como peonzas. No lo dudé un momento y ordené picar<sup>[86]</sup> los cables de los rezones para intentar separarnos de la costa a la mayor rapidez. Ya la goleta *Liniers* avisaba de garreo en sus dos anclas, cuando comprendí que nos sería imposible arrimarnos a ella en necesario salvamento salvo peligro de rompernos contra la playa. La goleta picaba cables e intentaba caer a la banda para salir con capa hacia levante. Pero el revuelto era formidable porque



también observé garrear al Palomo, a la *Magdalena* y a una fragata inglesa que picaban sus cables con rapidez para intentar ganarse la mar en amparo.

Intentamos aproar hacia la *Magdalena*, situada a doscientas varas escasas de distancia, utilizando el foque solamente. Viento y mar continuaban en aumento, si tal condición era posible, por lo que comprendí que los cañoneros nunca podrían superar aquellas olas. O bien entrábamos en la ría de Santoña para entregarnos a los franceses, decisión que rechazaba sin dudarlo, o intentaba anidarme a la fragata, pasar a su bordo y dejar que los cuatro cañoneros se rompieran allá donde la mar los llevara. Intenté dar esa orden a mis muchachos con la bocina, pero ya sus comandantes obraban en tal sentido con decisión. El *Gorrión* fue el primero en conseguirlo, pasando todos sus hombres a bordo del insignia, así como el *Sorpresa* poco después, abandonando sus buques a la suerte. El *Corzo* y el *Estrago* apurábamos nuestras posibilidades, cazando el foque a tachón y con toda la caña a la banda contraria.

Llegué a estimar con dolor que no forzaban los dioses de la mar a favor de mi persona una sola libra ni en rendida misericordia. Como si hubiera sido maldito desde la amarga experiencia sufrida en las islas Berlingas, partía la escota del triángulo proel, lo que no nos concedía más posibilidad que izar la mayor con las dos fajas tomadas y dejarnos correr hacia levante. Mientras se intentaba reparar la escota destrincada en urgente ajuste, sentí un ligero alivio al comprobar que el *Corzo* conseguía amadrinarse a la *Magdalena* y salvar sus hombres, mientras el nuestro derivaba entre las olas en manos de la Patrona. Así lo vio el alférez de navío Aguiar con un aplomo poco normal en oficial tan joven.

—Mal se presenta la rosca, señor. Acabaremos en las piedras si no nos echan una mano porque no seremos capaces de montarlas sin auxilio. En cuanto intentemos orzar un par de cuartas nos comerá la mar. Comenzamos a embarcar mucha agua. La controlamos de momento pero nuestros hombres aguantarán poco tiempo tal esfuerzo.

El comandante del *Estrago* repetía en voz alta mis más lúgubres pensamientos sobre las posibles maniobras a realizar. Porque también yo observaba a los miembros de la dotación achicando agua con baldes, camisas y cualquier elemento de fortuna, a la mano sin descanso, una actividad que no soportarían durante mucho tiempo.

—Ya lo veo, Aguiar. A ver si entre este batiburrillo de unidades en forzoso escape se aparece algún alma bondadosa.

—Todos andan picando cables e intentando ganar la mar antes de clavar púas contra tierra. Parece que el *Palomo* ya lo ha conseguido y capea en grano gordo. Esperemos que también gane mar la *Magdalena* con nuestros compañeros a bordo.

—Creo que deberíamos lanzar al agua la artillería, comandante.

—Así pensaba, señor, pero dudo si desprendernos de los obuses solamente o desembarazarnos también del cañón. Después de todo, la pólvora estará mojada en pocos minutos. Sin embargo, ¿no estima que perderemos estabilidad?

—La estabilidad nos la concede el lastre, que aumentará por momentos aunque sea líquido y, por lo tanto, peligroso en los balances.

Largamos al agua nuestra artillería, acción complicada en cuanto al cañón con su extraordinario peso, así como los saquetes de pólvora y balerío. Mientras observaba con tristeza cómo los tres cañoneros sin alma a bordo derivaban con rapidez hacia la playa, donde reventarían cuadernas, intentábamos ampararnos en cualquier unidad. Por desgracia, no era cosa de pensar en almas bienhechoras, que sobre las aguas prima en primer lugar la ley de la autodefensa y en aquel caso particular cada uno intentaba ganar barlovento a garras. Y pensando en futuros inciertos todas ellas con dos anclas menos, al haber picado sus cables en urgencia. No obstante, cuando ya nos encontrábamos seriamente comprometidos sobre la punta del Oriñón, cercanos a romper maderas, creímos ver el cielo abierto al observar un bergantín británico que se cruzaba en nuestro camino.

Para nuestra fortuna, el britano se empeñaba en cobrar al menos una de sus anclas con el cabrestante, lo que le hizo derivar una distancia de salvación. No lo dudamos un segundo y entre los bramidos del viento atizamos cobertores en su dirección. Pero como no parecían apreciar nuestra urgencia, ordené disparar dos mosquetes en marcación libre. No sé si fue maniobra de su comandante o la propia mar que lo echaba sobre nosotros, pero al fin y como inesperada bendición nos largaba un cabo de remolque, cuando su popa se encontraba a escasas varas y ya parecía comenzar a ganar avante con la proa firme mar afuera.

Tomamos el cabo de remolque con el bichero al segundo intento, peligrosa operación en la que cerca estuvo de caer al agua un grumete. Suspiré de felicidad, creyendo haber ganado los cielos mientras leía las cuatro letras doradas grabadas en el coronamiento de la embarcación que podía suponer nuestra única salida: *Deer*. No obstante, y aunque consiguiéramos librar la punta del Oriñón a la mirada, pronto comprendí que se trataba de un

sistema abocado al fracaso tarde o temprano, porque el *Estrago*, con su proa siguiendo a fuerza las aguas del bergantín, comenzaba a tomar demasiada agua cuando alguna ola nos entraba a rebosar estrías. Habría deseado en aquellos momentos que el comandante de nuestro salvador estimara tal situación, circunstancia imposible porque era fácil comprender que él tomaba la mar como podía, barrido por sus crestas al gusto. Y aunque Aguiar, auxiliado por el cabo cañón, desenvergaba la vela tarquina para intentar que ejerciera de milagroso toldo de aguas, una ola de las bravas se la llevaba en sus bigotes como especial premio.

Mientras el *Deer* corría el temporal hacia poniente, intentando ganar alguna cuarta hacia el primer cuadrante con evidentes dificultades, comenzábamos a sentir el agua en nuestros pies. Por fortuna, el día no era frío, con lo que la situación parecía más soportable, aunque comenzara a pensar que entrábamos en una recta muy comprometida. Y era de agradecer el esfuerzo del comandante del bergantín porque al comprender nuestra más que delicada situación, intentaba cobrar en dos ocasiones del cabo de remolque para acercarnos a su popa e intentar pasarnos a su bordo. Por desgracia, los intentos se deshacían con los embates de la mar y por no disponer de hombres suficientes, empleados la mayoría en su propio trabajo de supervivencia. Deben pensar quienes algún día lean estos cuadernillos, que si aquella galerna era capaz de poner en peligro a fragatas, navíos y cualquier artefacto que se atreviera a surcar las aguas, es fácil suponer lo que significaba para un pequeño cañonero de borda baja.

Al observar como fracasaba la maniobra del bergantín, ordenó Aguiar con buen sentido intentarlo desde el *Estrago*, un empeño que comprometía nuestra situación porque debíamos dedicar todas las manos al achique. Aunque como jefe de la flotilla podía ejercer el mando, dejaba obrar al comandante que es quien mejor conoce su propia unidad y me ofrecía todas las garantías. Con evidente y penoso esfuerzo de nuestros hombres conseguimos progresar hacia el remolcador, cobrando del grueso cabo pulgada a pulgada hasta quedar a unas veinte varas tan solo de su popa. Y ya se cerraba la noche a nuestro alrededor cuando con los hombres extenuados tomaba la bocina para dirigirme hacia el bergantín, una vez acordado con Aguiar que no había más remedio que intentar pasar a bordo del *Deer* o que el inglés tomara rumbo a tierra donde pudiéramos varar sin demasiado peligro. Porque ya el agua alcanzaba un nivel respetable y el frío comenzaba a dejarse sentir. Pareció comprenderlo el comandante britano tras dejar jirones de mi garganta en la

empresa. Maniobró ligeramente hacia tierra al comprender que el transbordo suponía un mayor peligro en aquellas condiciones.

Mucho debíamos agradecer al desconocido oficial inglés, que apuraba su propia seguridad en nuestro beneficio. Se mantuvo en las mismas condiciones hasta las tres de la mañana, ganando millas hacia poniente y con la proa tendida ligeramente hacia el sur. Pero ya les digo que no conseguimos la atención benefactora de Neptuno y sus compañeros un solo segundo. Porque fue entonces cuando escuché la voz de un marinero a proa en grito de fuerza.

—¡Ha faltado el cabo! ¡Ha roto el remolque!

En efecto, con uno de aquellos fuertes socollazos que las olas imponían, había partido el grueso cabo de remolque tendido desde el bergantín. También debieron de advertirlo a bordo del *Deer*, que intentó caer a la banda para ofrecernos un nuevo cabo, o así lo entendí al observar la situación de sus tarros de luz. Sin embargo, desistió en su propósito, posiblemente al ser comido por la mar cuando su proa caía a sotavento. Desde su popa nos hicieron señas con un farol que entendí de impotencia, como si nos desearan suerte en triste despedida al observar una empresa que consideraban imposible.

—Parece ser que quedamos a merced de nuestro propio destino, señor — Aguiar entonaba un canto de tristeza sin perder el orgullo—. Y por mucho que achiquen agua nuestros hombres, estimo que nos quedan pocas horas hasta que el *Estrago* se rinda.

—Mientras pisemos tablas hay esperanza, comandante. ¿A qué distancia nos encontraremos de tierra? —le pregunté voz en alto para que pudiese ser escuchado entre la mar y el viento—. ¿Unas diez o doce leguas?

—Más o menos, señor. Puede que alguna más. Si no objeta a la contra, voy a aproar de forma que embarquemos la menor cantidad de agua posible. Si lo soportamos, con las primeras luces intentaremos varar en tierra o tomar algún pequeño puerto vizcaíno que no se encuentre protegido por soldados franceses.

—Serán pocos en tales condiciones. Según nos informó el mariscal de campo Renovales los gabachos han organizado una especie de cuerpo de guardacostas en tierra para impedir nuestras incursiones de castigo. Dicho cuerpo está compuesto, aunque nos deba avergonzar, por españoles afrancesados, reforzados por tropas francesas.

—¿Españoles afrancesados? —la voz de Aguiar expresaba un profundo desprecio—. ¡Qué vergüenza! Espero que pronto se pudran en el infierno con su señor Bonaparte a la cabeza. ¿Es muy numeroso ese cuerpo?

—En un principio contaba con más de seiscientos hombres de infantería y varias brigadas de artillería, que guarnecen los pequeños puertos.

—No creo que con tal fuerza puedan cubrirlos todos —arguyó el joven.

—Eso espero. El general nombró de forma especial a Motrico, Deva, Zumaya, Guetaria, Zarauz, Orio, Aldea y Pasajes.

—Esos quedan bastante fuera de nuestro alcance a levante.

—Pero no les será difícil moverse de uno a otro según las necesidades, especialmente si están avisados como debe de ser el caso. Y es posible que ese cuerpo haya sido reforzado, conforme pierden posiciones hacia poniente.

—Que la suerte nos bendiga, señor. Si hemos derivado lo que estimo, no deberemos de andar muy lejos del cabo Machichaco. Si le parece bien cuando se abran las luces decidiremos. Ahora es necesario achicar agua y aguantar la rosca cuanto nos sea posible. Y como gracias a Dios conseguimos ayustar la escota del foque, en él recogeremos nuestras esperanzas de gobierno.

El resto de la noche fue de las que se suelen llamar de danza en brasas con sufrimiento elevado hasta la galleta, pero no desesperaba nadie a bordo del *Estrago* de capitán a paje, deseosos de salvar la vida porque ya la del cañonero la dábamos por perdida. Aguiar maniobró con especial maestría a base del foque y la caña, tomando un rumbo que nos acercaba a costa. Consiguió mantener la mar entre la aleta de babor y popa, con lo que embarcábamos menos agua. No obstante, el temporal se mantenía en las mismas cuerdas, por lo que no quedaba más remedio que el expuesto por el joven oficial o intentarlo al menos. Se ofreció a la dotación los restos de los víveres disponibles, un tanto empobrecidos por su contacto con la mar, para intentar mantener el esfuerzo. Y no perdía punto el comandante, que ordenaba estibar en seco el armamento portátil pensando ya en la futura defensa, si llegábamos a topar con franceses cara a cara.

Por fin se hizo la luz, comprobando dos factores a un tiempo de diferente signo. Porque si por una parte el *Estrago* se encontraba medio anegado a la vista y con movimientos pesados y peligrosos que poco hablaban en favor, descubríamos un cabo pronunciado hacia el norte a una sola milla por nuestra proa. Aguiar no lo dudó, buen conocedor de la costa, auxiliado al detalle por un marinero a quien llamaban Urruti, mozo vizcaíno poderoso y hecho a la mar en las barcas pesqueras de aquella zona.

—He acertado en mi predicción de lleno, señor. —Aunque no veía su rostro con claridad, estaba seguro de que sonreía con satisfacción—. Ahí tenemos el cabo Machichaco, batido por la mar como suele hacerlo. En estas

circunstancias intentaré tomar Puerto Mayor, que a su falda de levante se recoge.

—¿Puerto Mayor? Nunca he escuchado ese nombre.

—Así llaman en esta zona a la cala de Bermeo, que dispone de una abertura cercana a las doscientas varas y conforma zona resguardada. Por fuera aparecerá la Concha, donde se abre una pequeña playa en la que desemboca un riachuelo. Creo que sería arena buena como último recurso para varar y saltar a tierra. La conozco bien porque fue aquí donde llevamos a cabo nuestra primera operación de castigo. Dios quiera que no encontremos oposición.

—Si no hay franceses a la vista, podemos evadirnos hacia el interior, a no ser que descubramos algún velero en condiciones y tomarlo a la brava.

—Eso mismo pensaba, señor. Ya veremos lo que nos depara la suerte.

Quedé impresionado de cómo maniobraba aquel jovenzuelo con su cañonero medio anegado de agua. Por fortuna, las tres horas navegando casi de empopada y con el foque solamente habían mantenido el nivel de agua a bordo, aunque los hombres debieran seguir con su penoso trabajo sin un segundo de descanso. De esta forma, montamos el cabo Machichaco, dejándonos caer a estribor lo que la mar permitía. Y aunque se moviera el *Estrago* en perezoso bamboleo con cierto peligro, ajustamos la proa en acuerdo para entrar por derecho en dirección a Bermeo cuando el citado Puerto Mayor se avistaba con claridad.

Pensamos con alegría en el resguardo de la cala y nuestra posible salvación. Sin embargo, conforme se perfilaban los detalles de tierra con el avanzar del *Estrago*, se vino el ánimo hasta la sentina, porque a la vista se nos ofrecían dos columnas de soldados franceses que se movían paralelos a nosotros y con claras intenciones, al punto de comenzar a dispararnos cuando nos separaban unas ochenta varas de las puntas.

—¡Maldita sea nuestra estampa! —grité enfurecido—. Mal recibiendo nos aguarda a proa. Debemos abrir distancias. ¿Qué solución se le aparece, comandante?

—De momento, separarnos de las piedras y de esos fusiles, señor. Podemos intentarlo de nuevo en Mundaca, dejándonos caer por la orilla izquierda de la ría de Guernica porque no conseguiremos abrirnos una cuarta más a la mar. Por desgracia, se encuentra demasiado cerca, pero es posible que les lleve bastante tiempo a esas tropas cruzar el puente. A ver si somos capaces de maniobrar.

Una vez más demostró el comandante sus dotes marineras. Porque tomando la caña en sus manos y con el foque tan solo como trapo disponible maniobró hacia fuera, momento en el que una ola cerca estuvo de llevarnos a los fondos. Arengué a unos hombres extenuados que, no obstante, debían continuar el necesario achique con el agua entrada en peligroso nivel. Me dirigí a ellos para insuflarles unas esperanzas de las que no gozaba.

—¡Hay que echar el resto, muchachos! Un esfuerzo más y podremos librarnos de esos gabachos mal nacidos.

Entre las sabias manos del comandante y la raza que el *Estrago* quería demostrar en su despedida de los seres vivos, corrimos la costa a la mirada con olas de popa que ayudaban y ofendían a un tiempo. De esta forma, aguantamos una hora, centrada nuestra meta en un nuevo destino. Aguiar me entraba a la baja.

—Si hay oposición en Mundaca lo pasaremos mal, señor, porque para progresar hacia levante deberemos librar unos arrecifes de muy mal cariz.

—Que sea lo que Dios disponga, comandante. Y si hemos de luchar, tomaremos los fusiles.

—Desde luego, señor, que no estoy dispuesto a caer en manos de esos gabachos. Si es necesario nos llevaremos algunos a los infiernos con nosotros.

Lo intentó de nuevo Aguiar en la entrada a Mundaca, abierta al SSE, desde donde pude divisar la torre de una iglesia. Pero en este caso los disparos franceses nos tomaron a más corta distancia y de forma desprevenida, asentados los muy jenízaros en la punta de Santa Catalina como cazador al aguardo. De nuevo virábamos con urgencia para abrir distancias.

—Parece que nos movemos del mal al pésimo. Ahora no nos queda más alternativa que pasar entre la isla Izaro y tierra, librando los bajos así como la punta Larga y el cabo Ogoño. La verdad, señor, no sé si seremos capaces con tan escasa maniobrabilidad.

—Lo conseguiré —aseguré, convencido.

—Podremos pasar, señor comandante —dijo el marinero vasco—. La canal es ancha y con agua suficiente. Me conozco esos arrecifes de memoria y le guiaré palmo a palmo.

—Si lo conseguimos, una vez traspuesto el cabo se abre la ensenada de Elanchove, que sería nuestra última oportunidad. No es posible que tres puntos tan cercanos se encuentren defendidos. Y aunque cabalguen hacia allí, llegaremos antes que ellos por mar si una piedra no nos abre la barriga a medio camino.

Continuamos la odisea, que así puede llamarse nuestra navegación desde Santoña sin exagerar una mota, una de esas empresas marineras heroicas que suelen quedar en el olvido. Y es en esos momentos cuando tanto colabora a favor el conocimiento de la costa al palmo, como era el caso del alférez de navío Aguiar, sin olvidar el importantísimo auxilio del marinero Urruti. A mi requerimiento, aquel noble joven contestó ser natural de la villa vizcaína de Lequeitio, descendiente de familia marinera y haber corrido desde su niñez la costa a la pesca, una bendición caída de los cielos en aquellos momentos. Porque por mi parte poco podía ayudar en tan importante aspecto. De esta forma, con los hombres achicando agua a muerte mientras dos se dedicaban al foque, navegamos bien pegados a la costa, separándonos ligeramente cuando el marinero avisaba de posibles bajos.

No tardó mucho en aparecer por la amura de babor y a tiro de piedra la isla Izaro, con sus más de seiscientas varas de largura. Junto a ella y como hijo a medio destetar se ceñía un islote redondo que según el muchacho vasco llamaban Arriederra. Atacamos los canales que los separaban de tierra con el alma en vilo y la necesaria fortuna, amadrinada a nuestras costras. Y como debieron de decidir los dioses que ya era hora de virar las negras a la espalda, libramos los arrecifes y cubrimos andar avante, por mucho que sintiera a veces el estómago en pértiga por las olas y las bajadas al seno que nos podían clavar en punta. Aunque me mantenía en silencio, pude observar una escalinata que trepaba hasta la misma cima de la isla, en cuyo cerro aparecía una edificación regular con cruz empeñada que, según supe años después, se trataba de un convento fundado por los franciscanos en la época de los Reyes Católicos y abandonado en los primeros años del siglo pasado. Pero por fin avistamos con nitidez el cabo Ogoño, monte de cumbre achatada y cortado a pico en rondo en el que tantas esperanzas teníamos depositadas. Aguiar preguntó de nuevo al marinero.

—Tras el cabo deberemos enfocar la ensenada de Elanchove, ¿no es así?

—En efecto, señor. El puerto de refugio se abre tras la playa que llaman de la Aurora. Allí construyen los carpinteros buenas barcas pesqueras y su ensenada suele ser fondeadero de seguridad para estas galernas del noroeste. Porque este cabo Ogoño ofrece un especial resguardo si se aconcha bien a él.

—¡Un último esfuerzo, cabrones! —volvió a gritar el guardián, Sebastián Bermúdez, que sin perder palabra achicaba con sus poderosos brazos más agua que dos marineros a un tiempo.

—Creí que nos quedábamos en esas piedras, señor. —Era Okumé quien forzaba una sonrisa a mi lado.



—No te preocupes, africano, que lo conseguiremos y llegaremos a tierra. Este comandante es un jabato y lo merece por alto.

—Así es, señor, un hombre de raza.

Doblamos por fin el cabo Ogoño, ciñéndonos a sus piedras como lapa y cayendo a estribor conforme lo cuadrábamos. Fue entonces cuando se produjo el milagro santero, uno de esos tan habituales en la mar. Porque aconchados a su ladera allí donde moría la playa de arena, el remanso de las aguas era evidente y formidable. Nunca podemos predecir esos especiales factores que la Naturaleza ofrece aunque sea sabiduría propia del hombre de mar el buscarlos. Dejamos de sufrir bandazos como por gracia divina, al tiempo que nuestros hombres, esperanzados con los cambios, achicaban a muerte porque ya el agua se encontraba a dos cuartas de la borda. Y como no se observaban fuerzas francesas ni españolas traidoras a la vista, no lo dudó Aguiar que ordenó fondear el rezón restante en fondo de arena y bien aconchado a la falta del monte.

—Bendita sea nuestra Señora del Rosario —exclamó Aguiar con la felicidad marcada en su rostro—. Parece que aquí se evaporó el temporal.

—Ya le decía, señor comandante, que esta ensenada es muy buena para refugiarse de los temporales del noroeste —musitó el marinero vasco con orgullo.

—Muy bien, Urruti. —Golpeé su hombro en confianza—. Eres un verdadero hombre de mar y mucho has colaborado en nuestra salvación.

—Parece que no hay gabachos a la vista, señor. —Aguiar enfocaba su antejo en redondo—. Pero en el puerto no observo más que unos pocos pesqueros de bajura con los que no navegaríamos mar adentro una sola legua.

—En efecto, por esa razón no debemos perder tiempo. Hemos de alcanzar la costa como sea antes de que esto se hunda o aparezcan los gabachos, muy avisados de nuestra presencia.

—Además de la que embarcamos con las olas, debimos de sufrir una vía de agua cuando nos manteníamos en remolque porque continúa subiendo el nivel —confirmó Aguiar con rostro preocupado—. Necesitamos con urgencia un bote de tamaño regular para desembarcar. Tenga en cuenta que algunos de nuestros hombres no saben nadar y la distancia es peligrosa.

—Desde luego. Además, es importante que podamos llegar a tierra con nuestro armamento.

Intentaba encontrar una solución que no cuadraba a la vista, cuando de nuevo habló Urruti con decisión.

—Si quiere, señor comandante, puedo nadar hasta el puerto y traer un bote, chinchorro o lanchilla de las utilizadas en los barqueos de pesqueros.

—Es mucha la distancia, muchacho. Después de lo sufrido no debemos exponer vidas sin cuento.

—No se presenta otra solución a la vista, señor. Este remanso me permitirá llegar porque la temperámra del agua no es fría.

Aguiar me miró en muda interrogación. Asentí con la cabeza porque el valiente marinero recitaba la verdad. Y sin pérdida de tiempo, una vez autorizado Urruti, se despojaba de la única prenda que lo abrigaba, una especie de tabardo en reliquias, para lanzarse sin dudarlo al agua. Y quedé maravillado al comprobar que nadaba como un pez, cubriendo distancia con presteza. Una vez doblada la punta septentrional del pequeño espigón lo perdimos de vista y comenzamos a rezar. Porque la situación a bordo se mantenía en peligro, siendo necesario mantener el achique.

Sufrí durante alargados minutos, hasta que Aguiar me golpeó en el brazo con una sonrisa en su rostro.

—Ahí llega ese valiente.

En efecto, Urruti remaba a fuerza en una lanchilla de escasos palmos, casi un chinchorro de costado. No podríamos embarcar en ella más de cinco o seis hombres, por lo que me dirigí al comandante.

—Creo, Aguiar, que debemos tomar ese chinchorro usted y yo con tres o cuatro hombres, bien armados. Hemos de conseguir una lancha de proporciones suficientes aunque sea a malas para desembarcar al resto de la dotación.

—Muestro mi acuerdo, señor.

—Espero que los fusiles y sus cartuchos se encuentren en seco. Por mi parte este pistolón —señalé la vieja arma encastrada en la faja entre sonrisas— está preparado para abrir alguna barriga.

—Los fusiles y su munición se encuentran a salvo y dispuestos para su uso, señor —dijo el cabo de cañón, Lourido, con su habitual vozarrón—. Cuenten conmigo para lo que sea menester.

Llegó Urruti a nuestro costado con apariencia de inmensa felicidad. Y a pesar del esfuerzo no parecía extenuado ni mucho menos aquel valiente. Sin perder un solo instante, pasé a la pequeña embarcación que se movía de forma inestable con Aguiar, Bermúdez, Okumé y dos marineros, armados todos con armas de fuego menos mi africano que estimaba su gumía y los brazos como suficiente entidad. Con boga tranquila aproamos a la entrada del pequeño puerto de abrigo, en el que penetramos poco después. Desde allí observamos

el recogido pueblecito, escalonado en altura sobre los escarpados riscos del monte. Tras repasar con la mirada a nuestro alrededor, descubrimos una barca de considerables proporciones que para nuestra desgracia se encontraba varada en tierra y posiblemente en faena de recorrida. No obstante, se movían otras pequeñas embarcaciones fondeadas, decidiéndonos por una lancha de regular tamaño en la que podría transbordar el resto de la dotación.

Al llegar a su altura y cuando Bermúdez se disponía a embarcar en ella, apareció un hombre entrado en edad con el rostro cuarteado por los vientos, que nos miró con sorpresa. A su lado se mostraba un rapaz que, según supimos, era su nieto. Le expuse nuestra necesidad sin miramientos, rogando en mis adentros para que no se tratara de persona afecta a los franceses. Y no fuimos abandonados por la suerte en la ocasión porque aquel vejete se ofreció sin dudar.

—Odio a esos gabachos que esquilman nuestras tierras con toda mi alma. Yo mismo marinaré la lancha hasta su cañonero, si me echan una mano. No deben perder tiempo porque con lo que cuenta puede estar seguro de que los franceses aparecerán a caballo en escasos minutos, procedentes de la ría de Guernica. Mi nieto Aitor pasará a tierra y cubrirá el camino de llegada para avisarnos de su presencia si la descubre.

—Le estamos muy agradecidos —dije tomándolo por los hombros, antes de dirigirme a mis hombres—. Embarcarán con él Bermúdez y un marinero. Recojan del *Estrago* a todos los hombres, fusiles y munición. Una vez a bordo de la lancha, deberán picar el cabo del rezón y desfondar el cañonero. Les esperaremos junto a esa barca que se encuentra en carena.

Como movidos en extrema urgencia, poco después llegaban hasta nosotros el resto de los hombres. Había podido observar en la distancia cómo el cañonero *Estrago* caía a los fondos con rapidez, una estampa que siempre mueve en la mar a profunda tristeza. Y no se había portado mal aquella unidad que abandonaba el mundo de los vivos. Ahora era yo quien debía tomar las decisiones, aunque todavía no alumbrara ninguna en la sesera. Pero no dispuse de mucho tiempo porque escuchamos en la lejanía un penetrante silbido, que en los primeros momentos no supe asociar. Sin embargo, el vejete nos avisaba con rapidez.

—Es mi nieto que alerta de la llegada de franceses. Deben de ser jinetes para haber cruzado los caminos en tan pocas horas. Está claro que les buscan.

—¿Les hacemos frente, señor? —preguntó Aguiar tomando su pistola reglamentaria de la cintura—. Debemos morir matando si es necesario.

—Les recomendaría que se escondieran con rapidez. —El vejete parecía una persona inteligente—. En caso contrario, acabarán muertos y no hay que ofrecer éxitos a esos malditos. Creo que el mejor sitio para desaparecer es el vientre de esa barca que se encuentra a medio carenar. Como ya el cañonero se encuentra en los fondos, no buscarán por aquí y pasarán de largo. Yo les ofreceré la información en la dirección deseada.

Sin dudarle y confiando a fe ciega en aquel buen hombre, pasamos a la barca con rapidez, cruzando entre sus cuadernas y estibándonos en la sentina. Por las aberturas del casco pudimos observar a una sección de caballería con un teniente a la cabeza, un lujo para perseguir a un sencillo cañonero. Pero en el camino que quedaba casi por encima de nuestras cabezas observé al anciano gesticulando con sus manos y señalando hacia la mar en dirección del levante. Supuse que les informaba del paso del cañonero cerca de la costa. De esta forma, los franceses continuaron a buen trote por el camino, abandonando la villa de Elanchove, un nombre que siempre se mantendrá unido a mi historia personal. Aproveché el momento de encontrarnos recogidos para hablar a mis hombres.

—Quiero que sepáis que debemos encarar un peligroso tornaviaje a nuestras posiciones. No sé cómo lo conseguiremos, pero os juro por la salud de mi alma y el descanso de mis antepasados que si obedecéis ciegamente y nos mantenemos unidos, nadie perderá la vida y todos llegaremos a feliz puerto. Como según nuestro amigo los franceses se mueven por aquí con excesiva frecuencia, esperaremos a que caigan las luces para abandonar este refugio. Ahora debéis descansar cuanto os sea posible. No sabemos las penalidades que deberemos afrontar en las próximas jornadas.

Todos se mantuvieron en impenetrable silencio a mi alrededor. Dirigían su mirada hacia mi persona, como si representara la única salvación posible. Así encaré una nueva empresa en mi carrera como oficial de la Real Armada, con la vida de aquellos veintiséis hombres bajo mi responsabilidad, aunque tierra adentro los hombres de mar nos movamos con menor seguridad. Y como ungido por los dioses con una energía proveniente del más allá, quedé convencido en aquellos momentos de que conseguiría mi propósito o dejaría el alma en el camino.

## 23. Duro tornaviaje

Mientras nuestros hombres intentaban encontrar un hueco suficientemente cómodo entre las maderas de la vieja barca para descabezar un sueño y reponerse de las duras penalidades sufridas en las últimas jornadas, mi mente se agitaba frenética sin conceder un solo segundo de descanso. Aunque fuera sincero al enhebrar aquellas palabras dirigidas con emoción a la dotación del desaparecido cañonero *Estrago* y confiara en mis posibilidades, debía aparejar un mínimo plan de acción con visos de realismo. Eran muchos los factores que debía tener en cuenta, aunque ya pensaba en las primeras e imprescindibles necesidades para poder encarar la empresa con ciertas garantías. Como me encontraba parapetado contra el costado de babor junto a Aguiar, Bermúdez, Lourido y Okumé, me dirigí a ellos en cerrado conciliábulo.

—Vamos a ver si somos capaces de hacer rodar la madeja. Como pueden comprender no tengo una idea precisa de los pasos a seguir, por lo que deberíamos intercambiar opiniones antes de decidir cualquier acción concreta. De momento que descansen nuestros hombres pero convendría alistar un par de ellos en guardia permanente. Que no se expongan una pulgada pero con los ojos bien abiertos.

—Muy bien, señor. Bermúdez establecerá los tornos para que todos puedan dormir algunas horas —intervino Aguiar con decisión—. Ya sabe que me tiene a sus órdenes con la dotación al completo para lo que estime oportuno.

—Estoy seguro de ello y se lo agradezco como merece. En primer lugar, no hay duda de que una vez se apaguen las luces deberemos progresar hacia el interior por esos montes que desde el pueblo se divisan como las crestas de un aparejo, una tarea que no se presenta fácil porque poco o nada conocemos del terreno. ¿Hay algún vasco más entre sus hombres?

—Urruti solamente. Del resto todos son gallegos menos dos asturianos.

—Ya ha sido una suerte disponer de ese marinero vasco, caído del cielo en el momento más oportuno. Bueno, entrando en el tema principal creo que no hay duda de que nuestro fin es avanzar hacia poniente y alcanzar la raya de Cantabria cuanto antes. Supongo que cuando amaine el temporal se intentarán de nuevo las acciones sobre Santoña por medio de nuestras tropas embarcadas, por lo que ese punto será nuestro primer destino. Si las unidades vuelven a fondear allí, sería una estupenda solución llegar hasta ellas. No deben ser muchas leguas de distancia desde aquí aunque nada conocemos de caminos o veredas.

—Es posible que el marinero Urruti esté al corriente de algún detalle, aunque debe conocer mejor la costa que su interior.

—Estoy de acuerdo. Pero no debemos despreciar el apoyo del vejete pescador, que nos ha ayudado en los primeros momentos de forma esencial. Su lealtad quedó bien demostrada. Dijo que vendría en un par de horas para comprobar nuestra situación, pero antes me gustaría conocer algunos detalles importantes, una especie de recuento. ¿Con qué armamento contamos?

Aguiar se volvió hacia el cabo Lourido, que tomó la palabra con su habitual entereza.

—Me encargué personalmente de su revisión hasta dejarlos a buen recaudo. Disponemos de doce fusiles con veinte cartuchos para cada uno, cuatro chuzos, una hachuela de abordaje y ocho cuchillos.

—Más su pistola y la mía, así como nuestros dos sables —me dirigía a Aguiar—. Pueden ser de gran utilidad esas armas, llegado el momento. Otro aspecto importante a tener en cuenta son los víveres. Según creo acabamos con los que se pudieron recuperar en el cañonero.

—Rematamos a bordo las escasas existencias, señor —apuntó Bermúdez.

—En ese caso deberemos adquirirlos aquí en Elanchove antes de partir.

—¿Cómo piensa adquirirlos, señor? —preguntaba Aguiar con rostro de incompreensión—. No disponemos de un solo real y no estoy muy seguro de la generosidad de...

—Soy precavido en ese aspecto. —Al tiempo que mostraba una sonrisa de triunfo, metí mano en la faja donde mantenía una especie de pequeña faltriquera de la que saqué cinco onzas de oro—. Es todo mi tesoro, pero entiendo que con estas monedas podemos comprar lo necesario para bastantes días. Se lo encargaremos al pescador si se decide a mantener su ayuda, aunque el pueblo parece muy pequeño y pobre. Esperemos que dispongan de sobrantes de matanza o algún cordero.

—Con esos duros se pueden comprar montañas de embutidos y bastantes pellejos de ese vino que por estas tierras llaman chacolí, ligero y un poco agrio pero bueno al paladar necesitado —dijo Aguiar.

—Sin olvidar las hogazas de pan, queso, cecinas y todo lo que sirva para rellenar el buche —corroboré—. Debemos tener en cuenta que somos veintisiete bocas y el ejercicio al que nos veremos sometidos no es de los que amainan el hambre. De todas formas, entiendo como tarea primordial mantener a nuestros hombres unidos en rígida disciplina, como si continuaran a bordo del *Estrago*. Y por encima de todo que nadie intente atacar la empresa en solitario. Juntos podemos disponer de más posibilidades de éxito.

—Confío plenamente en mi dotación, señor. Y no lo digo para cubrir el expediente, que no nos encontramos en situación de correr con halagos innecesarios.

—Le creo, Aguiar. También es importante el aspecto del vestuario. No podemos pensar en pasar alguna noche al raso en el monte con tiempos duros y los hombres casi desarrapados —volví la vista hacia los marineros y grumetes, comprobando una vez más la vergüenza que suponía para la Armada la uniformidad de sus dotaciones, medio desnudos o con prendas tomadas al quite—. Es posible que vendan en el pueblo tabardos de pastor o casacones de pesca. Cualquier elemento de abrigo es bueno.

—Alguna manta aunque sea de estera también puede servir para abrigarse en la noche —apuntó Okumé.

—Desde luego. Bueno, creo que como primera andadura es suficiente si no tienen nada más que exponer. En ese caso, de momento no se presenta más opción que esperar al pescador. Si cuando comience a oscurecer no ha aparecido, decidiremos por nuestra cuenta. Descansemos ahora que necesitaremos las fuerzas más adelante.

A pesar de mi recomendación no llegué a dormir un solo minuto. Y no era la incomodidad de atocharme entre maderas la razón de la vigilia, sino el ejercicio permanente al que sometía a mi mente, abierto en mil y una posibilidades. El primer y principal peligro que debíamos evitar eran las patrullas francesas que con seguridad se mantendrían en nuestra búsqueda. Y llegado el caso deberíamos luchar contra ellas, aunque no dispusiéramos de mucho armamento. En cuanto a la decisión sobre el camino que era más prudente tomar, debía ser Santoña el primer objetivo con seguridad. Si por desgracia la expedición cántabra y la prevista operación sobre la Península se habían cancelado de forma definitiva, sería necesario continuar la progresión hacia poniente hasta encontrar columnas amigas. Todo ello sin despreciar que

en cualquiera de los puertos al alcance encontraríamos alguna unidad francesa, uno de esos guardacostas alistados contra nuestras incursiones y tomarla a la brava para regresar a Ribadeo.

De todas formas, conforme pensaba más y más en nuestras futuras oportunidades, reconocía con sinceridad que afrontaba una misión con escasas posibilidades de éxito y múltiples peligros abiertos a las bandas. Era mucha, demasiada, la distancia que deberíamos cubrir por tierra entre caminos y montes desconocidos hasta alcanzar la zona asturiana en la que parecían dominar nuestras armas. La presencia gabacha era importante y en cualquier momento podíamos quedar copados por sus tropas. Y bien sabe Dios que no me asustaba la muerte sino el posible cautiverio, así como el destino al que arrastraba a aquellos hombres, una grave responsabilidad que tomaba sobre mis hombros. En tales circunstancias me mantuve durante dos o tres largas horas, hasta que uno de los marineros apostados de guardia nos avisó de la llegada del pescador. El vejete acudía acompañado de su nieto con una bolsa al hombro.

—Los franceses han seguido de largo y por ahora se encuentran seguros. Y han sido tres las partidas alistadas en su persecución desde Guernica con un total de cuarenta hombres a caballo. Según se aparece a la vista les tienen muchas ganas. —Exhibió su boca desdentada al sonreír—. Pero deben tener en cuenta que sus patrullas por la zona costera son habituales. Deberán abandonar Elanchove durante la noche e internarse en el monte. ¿Hacia dónde piensan marchar?

—Nuestra primera opción es Santoña. Esperamos unirnos a las fuerzas que debían atacar dicha plaza y que fueron disueltas por el temporal. Pero si no las encontramos deberemos continuar hacia poniente porque nuestro destino final es Ferrol.

—¿Ferrol en la Galicia? —Su rostro mostraba asombro—. Conozco aquella plaza porque me enrolaron de marinero cuando todavía reinaba don Fernando el Sexto. Fueron tiempos duros, sí señor. Después decidí..., bueno, no quería seguir en los barcos...

—Eso es agua pasada —interrumpí comprendiendo que debía de haber desertado de alguna unidad de la Armada tras forzosa leva, un mal endémico en todas las Marinas—. Pues allí en Ferrol remataremos el viaje si no somos capaces de encontrar algún velero en condiciones.

—Por estos pequeños pueblos de la costa no los encontrará porque los gabachos requisaron todo aquel que pudiera servirles para patrullar las aguas. En esta zona sus puntos fuertes son Ondarroa, Guernica y, cruzada la raya de



Cantabria, Castrourdiales. Más allá lo desconozco. Pero Ferrol queda al final del mundo.

—Lo sabemos. Pero ahora necesitamos de su ayuda, buen hombre. Hemos de acopiar víveres y ropa, teniendo en cuenta que las noches deben de ser frías y lo serán todavía más conforme nos abocamos al final del otoño. Mantas, tabardos, casacones, capotes y todo lo que pueda resguardar del frío.

—Les he traído lo que he encontrado a mano, aunque poco nos sobra en estos días de guerra y sometimiento. —El buen hombre parecía excusarse—. Tan solo un poco de queso y una hogaza de pan, más un pellejo de chacolí. No dispongo de nada más. Los franceses nos esquilman. En cuanto a ropa, la verdad...

—No me ha entendido, buen hombre. Quiero comprar embutidos, cordero, cecina, queso, pan, vino y cualquier alimento que pueda encontrar en suficiente cantidad, además de la vestimenta. —Como parecía dudar de mi credibilidad saqué la faltriquera—. ¿Cree que con estas monedas será suficiente?

Le mostré las cinco onzas de oro, comprobando que el pescador mostraba un rostro de asombro mayor.

—Con ese oro podría adquirir las existencias de todo el pueblo. Puedo intentarlo, aunque no sé de lo que cada parroquiano podrá desprenderse, por mucho que esas monedas aparezcan como un incomparable reclamo. No dispongo de mucho tiempo pero será suficiente antes de que se cierre el crepúsculo.

—También necesitamos información. ¿Qué camino hemos de tomar para dirigirnos hacia Santoña? Y me refiero a rutas seguras aunque debamos apartarnos de la costa.

—No hay rutas seguras en estos días con la presencia de los franceses. Pero en su caso marcharía hacia el sur y de esta forma, evitar Guernica, una de sus bases principales. Como necesitarán cruzar los ríos Golaco y Oca, deben bajar hasta Elejalde y entrar por Astelarra. Después han de evitar Bilbao y sus alrededores por lo que han de continuar todavía más hacia el sur aunque den un pronunciado rodeo por Miravalles, Balmaceda y penetrar en el valle de Carranza para subir por Ramales y Ampuero, ya en Cantabria, cerca este último de Santoña. Más allá no sabría indicarles.

—Debo hacerle una pregunta de la que espero una sincera respuesta. ¿Apoyan los campesinos vizcaínos a los franceses?

—Muy pocos. Y si alguno cayó hacia esa innoble facha, es por puro interés. A nadie gusta que le tomen ganado y chorizos sin ofrecer un guante.

Encontrarán apoyo por esos caminos de monte aunque tiene razón al reclamar abrigo porque sufrirán noches de frío intenso.

Pareció haber perdido el interés en su parla aunque debía pensar. Creí oportuno intervenir.

—¿Qué distancia total calcula que deberemos cubrir hasta Santoña?

—Pues con esos rodeos que les mencionaba andará la cifra cercana a las treinta leguas, así a ojo de buen cubero. Un buen trecho por esos caminos de Dios, aunque son jóvenes y los pocos años dan alas. Pero ahora debo apresurarme o no llegaré a tiempo para adquirirles el material que necesitan. Regresaré con mi nieto en cuanto me sea posible. Es un rapaz despabilado, que les puede guiar más tarde hasta el camino de Basechetas monte arriba. Después habrán de preguntar en varias ocasiones porque algunos campesinos tierra adentro conocen solamente su terruño y pocas varas más.

Una vez partió el pescador, volvimos a quedar en silencio, cada uno encastrado en nuestros pensamientos particulares. Fue entonces cuando Aguiar me preguntó con voz queda sobre un tema que le preocupaba.

—Si todos los hombres toman tabardos de pastor y andan medio disfrazados..., quiero preguntarle si pensáis también...

—No pienso disfrazarme, si esa es la pregunta que desea formularme —le interrumpí sin dudarlo—. Somos oficiales de la Real Armada y así deseo continuar a la vista. Utilizaré el uniforme por mucho que se deteriore con el paso de los días. Y si arreciara el frío me cazaría el casacón de mar. También pienso mantener el pistolón encastrado en el fajín y mi sable aferrado al biricú. En caso de luchar con los franceses y caer herido de muerte, prefiero hacerlo con él en la mano y honor en alto.

—Me alegro de oír esas palabras, señor, y concuerdo con vos al ciento. —Exhibía una sonrisa infantil—. Pero no caeremos ante los gabachos.

—Eso espero.

Volví a recomendar el sueño aunque sabía que algunos serían incapaces de abordarlo. Por su parte Okumé, al comprobar que algunos minutos después me mantenía con los ojos abiertos, se acercó a mí.

—Una empresa difícil a proa, señor, pero hemos acometido otras con peor cariz y salimos airosos. Llegaremos a Ferrol y si es necesario nos llevaremos en los cuernos cien franceses por el camino.

—Cien por lo menos.

—Treinta leguas son muchas pero tenía razón el vejete. Creo que todos somos fuertes y aguantaremos el tiro.

—Treinta leguas solamente si en Santoña rematamos la faena al gusto. En caso contrario más vale no pensar en la cantidad que debemos cubrir.

—Llegaremos a Ferrol ya sea por mar o tierra.

Volví a cerrar los ojos aunque sabía que no dormiría un solo minuto. Y como los malos espíritus sacan cabeza entre las venas cuando menos esperas, una voz me avisaba de que el vejete pescador podía quedar con las monedas de oro y vendernos a los gabachos para asegurar el futuro de su familia. Deseché con rapidez tales pensamientos, mientras volvía a repasar el plan general y el camino expuesto por nuestro amigo que intentaba memorizar. Por fortuna, para el alma los cabellos rojos de Mondoñedo, la imagen de mi familia, la corbeta *Mosca* abriendo sus cuadernas contra las islas Berlingas y el cañonero *Estrago* desfondado en la ensenada de Elanchove habían volado puertas afuera. Ahora tan solo la visión de Santoña y la fragata *Magdalena* fondeada en sus aguas podía acariciar mi mente.

\* \* \*

Comenzaba a declinar la luz que atravesaba las aberturas de la barca, cuando un grumete de guardia acompañaba al pescador y su nieto hasta nosotros. Y nada más verlos sentí cierto regusto de placer al comprobar que portaban varios sacos, especialmente el fuerte rapaz que parecía capaz de embarcar en sus lomos una roca de quintal. Ignacio, que así se llamaba el viejo marinero, mostraba una sonrisa de plena satisfacción, comenzando a largar sus noticias con rapidez.

—No hay nada como un par de monedas de oro para abrir puertas y desvanes de provisiones, bien atascadas en discreto retiro hasta el momento. Nunca creí que existiera tanta comida en el pueblo, escamoteada en mil agujeros. Creo que les he conseguido víveres y caldos para varios días, así como casacones de mar y mantas. Es todo lo que se encuentra disponible en Elanchove. Y aquí tiene el sobrante, señor.

El vejete me tendía tres monedas de oro. Aquel gesto me hizo sentir vergüenza por las dudas anidadas en el pecho pocos momentos antes. Las tomé de su mano, aunque le mostré mi generosidad devolviéndole una de ellas.

—Esta queda para usted y su nieto, que nos han salvado la vida.

—No lo hice por el oro, señor, puede estar seguro. Debemos ayudar a todo aquel que luche contra los invasores de nuestras tierras. Además, se les

presenta un alargado camino y necesitarán adquirir más alimentos. — Intentaba devolverme la onza.

—Es un premio a su generosidad. Ya nos arreglaremos por esos montes de Dios, donde supongo que encontraremos caza en abundancia. Por fortuna, los fusiles no solo han de servir contra los gabachos.

—No yerra al hablar de la caza a disposición. Según la zona encontrarán abundantes venados, ciervos, cochinos e incluso algún oso cuando entren en Cantabria o Asturias.

—¿Quién será capaz de abatir y comer un oso? —preguntó Bermúdez con rastros de repugnancia en su rostro.

—No deseches ninguna carne cuando el hambre apriete en cueros. Allá por las altas Californias los comían muy al gusto, aunque se tratara de carne correosa. Además disponen de abundante grasa para los caldos —expuse lo que recordaba haber leído en los escritos de mi padre.

—Pero deberán moverse sin alarmar demasiado con los disparos que por el monte resuenan en leguas —aseguró el anciano—. Deben saber que los franceses con algunos españoles traidores, un grupo cercanos a los cuarenta jinetes, volvieron a pasar por el pueblo. Preguntaban a todo el que les quedaba a la mano sobre un cañonero rebelde en apuros, esas eran sus palabras, y no estoy seguro de la valentía necesaria en todos mis paisanos. No deben de haberse alejado mucha distancia y deben de recorrer la costa al palmo. En pocos minutos deben partir e internarse tierra adentro que es la mejor opción para evitarlos. Mi nieto Aitor los conducirá hasta el camino de Elejalde. Con el auxilio de Mauricio, un pastor entrado en años que ha corrido mucho por esos montes, le he trazado en este papel el camino hacia Santoña. No es de fiar al total pero para arrancar es suficiente. Ya podrán indagar con otros paisanos más adelante. Pregunten a los campesinos que suelen ser hombres de bien.

—Tendrá nuestro agradecimiento mientras vivamos, Ignacio. Quede con Dios y espero que no sufran inconvenientes por la ayuda prestada.

—Soy yo quien debe agradecerle su generosidad, señor mío. Con esa moneda de oro cubriré el invierno sin costuras.

Ya con la noche tendida y tras ofrecer un abrazo al viejo pescador, un verdadero hombre de mar al que siempre recordaría, abandonamos las entrañas de la barca guiados en cabeza por el rapaz. Me situé a su lado, flanqueado por Aguiar, Okumé, Bermúdez y Lourido que se habían convertido en mi equipo de trabajo cercano. Y pronto pudimos comprobar las duras condiciones que nos esperaban, al emprender la trepa ladera arriba sin

descanso. De esta forma, entramos en el día 25 del mes de octubre, cuando se nos despidió el joven tras indicarnos una vez más los pasos a seguir con algunos detalles importantes.

—Bien, amigos míos, ahora ya es cosa nuestra la faena —me dirigía al grupo—. Recemos a nuestra Patrona para que nos devuelva sanos y salvos a casa. Si nos mantenemos unidos y con fe suficiente en nuestras posibilidades, lo conseguiremos, pueden estar seguros.

De esta forma, comenzamos ese extraño tornaviaje por tierras desconocidas, una experiencia en los hombres de mar más propia de expediciones a las Indias. Habíamos comido en abundancia a bordo de la barca y repartido ropa de abrigo antes de partir, distribuyendo los víveres restantes entre los hombres que actuarían de portadores con los necesarios relevos. Tan solo me preocupaba en principio la falta de agua, por mucho que nos indicaran joven y abuelo que eran abundantes los arroyos de donde podríamos tomarla sin problemas. Y como no era cosa de perder tiempo, iniciamos una penosa marcha auxiliados tan solo por la tenue iluminación de una luna en cuarto creciente que nos mostraba a duras penas las siluetas de un estrecho camino y los peligros a evitar.

Cuando asistimos a la primera amanecida me sentía abatido de fuerzas y con el ánimo bajo mínimos, aunque intentara no demostrarlo en el rostro. Creo que fue entonces cuando comprendí la magnitud de la empresa que nos esperaba morros adelante, porque moverse por el monte tomando en la noche caminos estrechos o simples trochas abiertas con chuzo ralentizaba la marcha hasta convertirla en una sufrida eternidad. Con todo, era consciente de que a todo se acostumbra el ser humano y el sentimiento de la futura libertad es capaz de insuflar energías supletorias. De acuerdo al plan, ya con el sol mezclado entre nubes blancas decidimos descansar y embarcar alimentos, comprobando que en efecto era fácil tomar agua de los muchos riachuelos o chorros que encontrábamos a cada paso, donde rellenábamos los pellejos alistados para tal fin. Volví a repasar nuestros movimientos con mis hombres de confianza.

—Creo que el plan de movernos durante la noche y descansar a lo largo del día es un error. No lo conseguiremos o acabaremos con los cuerpos destrozados en las zonas de monte espeso. Deberíamos comer y dormir cuando caiga la oscuridad tras plantar un fuego necesario, así como mantener un par de hombres de guardia, para retomar el camino con suficiente luz. De esta forma, progresaremos con mayor rapidez y menos fatiga.

—Estoy de acuerdo, señor. Correrse en el monte durante la noche es penoso por más. Por cierto, ¿cómo piensa que debemos racionar los víveres? Si continuamos dando mano ancha a nuestros hombres, quedaremos sin una onza de tocino y cecina en cuatro o cinco días.

—Necesitamos disponer de fuerzas suficientes. Distribuya lo que estime necesario para el sustento diario sin alharacas. Ya en las siguientes jornadas intentaremos conseguir nuevas cantidades, si nos es posible. Quiero a dos buenos tiradores en la cabeza del grupo y a suficiente distancia porque parece que la caza es abundante y se corren muchos animales a nuestro paso. Un venado, ciervo, cochino o simple conejo es buena carne para el cuerpo. Atentos también a posibles casas de campesinos para adquirir harina, aceite u otros elementos de los que carecemos.

Los tres primeros días nos mantuvimos con el nuevo sistema sin contratiempos a la vista. Cruzamos los ríos al sur de Guernica y con la información obtenida de unos campesinos tomábamos camino más hacia el sur para evitar las cercanías de Bilbao. La caza prevista se abrió en fracaso durante las dos primeras jornadas, a pesar de haber escogido a dos grumetes que presumían de pericia cinegética. La verdad es que los tres primeros disparos no tocaron carne y supuso un peligroso estruendo entre el silencioso monte, condición poco deseada pensando en las tropas francesas que pudieran encontrarse a suficiente distancia. Por fin, fue en la mañana del tercer día cuando el joven apodado Cordones y oriundo de la sierra de Metra abatió un hermoso ciervo. Y poco después cazaba en glorioso doblete un *Gigantesco* cochino, acciones que fueron aplaudidas por todos como heroicidad de guerra. Esa misma noche al prender el fuego comimos carne con gusto porque ya tan solo restaban quesos y cecinas a disposición. El hecho de encender una hoguera había sido un tema discutido y aunque suponía una peligrosa indicación para el enemigo, era de todo punto imprescindible para los alimentos y el calor. Porque las noches se abrían en frío cortante y conforme transcurrieran los días la situación tornaría a peor.

Fue en la noche siguiente cuando entramos en contacto con los franceses por primera vez. Habíamos acampado entre gruesos robles con lechos de musgo y nos disponíamos a prender el imprescindible fuego que calentara nuestros huesos, cuando fuimos avisados por uno de los muchachos destacados en vanguardia a suficiente distancia. Llegaba hasta mi altura al tiempo que avisaba de silencio con gestos de su mano sobre la boca. Fue comprendido por todos al instante, al punto de que se hizo un profundo silencio. Habló con la voz en un susurro.

—En aquella dirección a unas cien varas han encendido una fogata, señor. Se oyen voces, pero no pude distinguirlas.

—Que todos se mantengan en absoluto silencio. Vengan conmigo —ordené señalando a mi equipo de estrecha colaboración menos al cabo de cañón, que debía permanecer alerta con el resto de los hombres—. Despacio y sin hacer ruido.

Moviéndonos al tiento en la dirección indicada, habíamos recorrido unas cincuenta varas cuando comenzamos a observar en la oscuridad los reflejos de lo que bien podía ser una hoguera. Aguiar y yo nos desplazábamos con las armas cortas en la mano y el sable colgado del biricú, mientras Bermúdez y Okumé portaban dos fusiles listos para hacer fuego. Extremamos las precauciones, andando muy despacio y pisando el suelo con toda la prudencia posible. Ordené parar a mis acompañantes mientras me acercaba en solitario con el pistolón amartillado en la mano y los nervios bien templados. Antes de poder observar con todo detalle pude escuchar con suficiente claridad la conversación de algunas voces en francés. En efecto, se trataba de un reducido grupo, posiblemente en misión de correo, que vivaqueaban junto a un camino. Oculto tras las ramas de un frondoso árbol pude comprobar que se componía de seis hombres, dispuestos a preparar comida en las brasas. Por último, y apartados en dirección contraria a la mía, parecían moverse algunas monturas. Regresé hasta el grupo con el mismo sigilo, exponiendo en voz baja la situación.

—Se trata de seis hombres con sus monturas en vivaque. Deben de formar un correo, la misión más peligrosa en estos días para los franceses. Esta zona no la deben considerar conflictiva porque el número es reducido y se encuentran sin haber tomado especiales precauciones.

—¿No habrán dejado algún hombre de guardia a distancia? —preguntó Aguiar en un susurro.

—No lo creo. Estos correos suelen vivaquear cerca de los caminos, por lo que supongo la existencia de alguna vereda suficientemente próxima en aquella dirección. —Señalé hacia la espalda del grupo.

—Podemos darles candela ahora mismo, señor —dijo Bermúdez sin dudar, moviendo el fusil en claro signo—. No vendrían mal esas monturas y su armamento, sin contar los víveres que alberguen.

—Ya lo pensaba. —Dudaba del camino que debíamos tomar—. Siempre es bueno reducir el cupo enemigo aunque su ausencia suponga un posible peligro, pensando en que envíen una patrulla en su busca. Pero son seis hombres.

—Disponemos de cuatro armas de fuego. Podemos avisar a dos hombres más o entrarles ahora mismo en sorpresa. —Aguiar parecía decidido mientras empuñaba pistola y sable con fuerza—. Nos repartimos cuatro blancos para batirlos con disparos limpios a corta distancia y el resto con armas blancas al asalto rápido.

—Una vez disparado el fusil, con mi gumía puedo acabar con la pareja restante —dijo Okumé.

—También yo dispongo de un puñal cachetero para esa función de sangre. —Bermúdez no parecía dispuesto a perder la ocasión.

Todavía entrado en dudas, calibraba la posibilidad de hacer retroceder a Bermúdez y que regresara con dos hombres más alistados al fusil. No obstante, pensé que sería más discreto y seguro distribuirnos cuatro blancos solamente para las armas de fuego en empleo casi a quemarropa y atacar los dos restantes a continuación. Decidí que era la mejor solución.

—De acuerdo. Para Bermúdez el soldado situado más a la izquierda, mientras Okumé se encarga del de la derecha. Aguiar y yo dos de los del centro de acuerdo a nuestra posición. Y en cuanto hagan los disparos, al asalto rápido sobre ellos con puñales y sables.

Se hizo interminable la progresión, paso a paso y sin producir el mínimo ruido. Una vez en sus cercanías nos abrimos en abanico a escasa distancia entre nosotros. Observé que los franceses mantenían sus fusiles casi a la mano y solamente uno de ellos disponía de sable envainado, posiblemente un sargento que escogí como blanco por quedar a mi banda. Mis tres compañeros movieron la cabeza en señal acordada para avisar de que se encontraban preparados. Apunté mi pistolón al pecho del sargento mientras rogaba que ninguno marrara el tiro. Cuando abriera fuego sería la señal definitiva.

El ataque se produjo en escasos segundos. Mi disparo era seguido por tres más en casi simultánea acción. Los cuatro franceses escogidos caían como fardos a los lados mientras los otros dos, sorprendidos en los primeros segundos, comenzaban a levantarse para tomar el fusil en sus manos. No dispusieron de tiempo suficiente porque ya Okumé y Bermúdez les entraban a muerte. Mi africano rebanaba la garganta de un pequeño soldado que pasaba a mejor vida sin acabar de comprenderlo, mientras el cabo de cañón forcejeaba ligeramente con un corpulento gabacho al tiempo que le clavaba de forma repetida su cachetero en el vientre. Creo que no llegó al minuto el ataque y nos encontrábamos junto al fuego y los cadáveres cuando llegaban a la carrera algunos de nuestros hombres con los fusiles dispuestos.



Además de que una acción así contribuía a elevar la moral de nuestro grupo, fue una empresa muy provechosa en lo material. Por una parte, acopiamos seis hermosos caballos con los hierros del Ejército imperial, cinco fusiles, un sable, una pistola, pólvora, balas y cartuchos, así como abundante comida. Pero como no era cosa de desperdiciar una sola migaja en nuestro estado de penuria y necesidad de supervivencia, procedimos a desnudarlos y tomar sus ropas, especialmente las camisolas de franela interiores, calzas de lana y unas magníficas botas de cuero, sin olvidar las mantas. Y sin pensarlo dos veces utilizamos su mismo fuego para rematar el condumio que preparaban aquellos mal nacidos, que ya debían pastar a la greña por las praderas de Satanás.

—Deben recordar que si los franceses nos prenden con ropa de sus soldados o en compañía de esos caballos con los hierros del Ejército francés, seremos pasados por las armas sin espera de juicio alguno —dije con escasa convicción.

—No me preocupa ese aspecto, señor. —Aguiar no lo dudaba—. Prefiero una y mil veces morir luchando a caer en sus manos.

—Estoy de acuerdo. Mañana con las primeras horas deberemos enterrar a estos hombres con los enseres que no son utilizables.

—No merecen tal prebenda, señor —dijo Bermúdez con desprecio—. Dejemos que las alimañas del monte cumplan su función.

—Nada de eso. Somos seres humanos. Además, es mejor no dejar pruebas a la vista. Así nunca sabrán los franceses donde han perdido a uno de sus correos. Por otra parte, me preocupan los caballos. Acabarán por ser un estorbo para movernos en monte cerrado.

—No es mala su carne, señor —dijo Aguiar.

—En ese detalle pensaba —corroboré con rapidez—. Podemos darles muerte conforme necesitamos comida y mientras tanto utilizarlos como animales de carga. ¿Será alguien capaz de despiezarlos?

—Por supuesto, señor —protestó Bermúdez—. El grumete Álvarez ha demostrado ser un buen matarife con el venado y el cochino, tal y como proclamaba. Se encargará de esos animales.

—De acuerdo. Que mate uno de momento y lo despiece en orden sin perder una víscera. Transportaremos los víveres, pellejos de agua y mantas en los otros cinco, lo que puede aligerar nuestro paso. Después irán cayendo conforme apriete el cuero. Tenemos carne para varios días.

Aquella noche dormí satisfecho y de excelente humor encaré los siguientes días. Aunque progresábamos hacia poniente con extrema lentitud,

era preciso mantenerse en bloque y con esperanzas. No sufrimos encuentros inesperados con franceses y tan solo en una ocasión debimos aferrarnos al suelo por haberse oído galopada tendida en el camino cercano. Por fin pudimos avanzar hacia el norte en dirección directa a Santoña. Siguiendo los consejos de un pastor, dejamos de lado Ramales y Ampuero, donde ya la ría comienza a abrirse con generosidad. Y como entrábamos en zona de denso movimiento de tropas francesas, nos ocultamos en el monte cuando ya entrábamos en el último día del mes de octubre.

—Creo que no es bueno progresar con el grupo hacia Santoña —expuse a mis hombres—. Somos demasiados para movemos con la necesaria discreción en terreno copado por gabachos.

—Pero debemos tener noticias por si nuestras tropas se han hecho fuertes en la Península o aparecen fondeadas en sus aguas unidades leales —dijo Aguiar.

—Desde luego. Me refería a que debemos enviar un par de hombres solamente para que se muevan hacia Santoña y nos informen de lo que allí sucede. Vestidos con esas ropas no provocarán recelo si se cruzan con gabachos.

—De todas formas, señor, si ese pastor que nos cruzamos anuncia presencia de mucha tropa francesa en la zona, podemos esperar lo peor.

—Eso temía en mis adentros —dije con tinte de amargura—. Aunque también es posible que nuestras tropas se hayan hecho fuertes en la plaza y los gabachos intenten recuperarla. Pero de nada sirve andar con cavilaciones sobre posibles sino pasar a los hechos. Quiero dos voluntarios para la misión.

Poco después, cuando ya el sol comenzaba a calentarnos el cuerpo, partían un grumete y un artillero en dirección a Santoña, vestidos como paisanos del monte. Por nuestra parte, acampamos a la falda de lo que el pastor llamara el alto del Guriezo, en espera de las noticias que, en verdad, no esperaba muy halagüeñas. Y si en un principio me mantuve en relativa tranquilidad, elevando alguna rogativa en demanda de la suerte esquiva, conforme pasaban las horas comenzaron a aflorar los nervios tripas adentro, debiendo hacer un esfuerzo notable para no aparentarlos. Porque hasta bien entrada la tarde no regresaban nuestros dos hombres.

Nada más observar sus rostros, deduje que no amparaban buenas nuevas en el talego. A pesar del cansancio que mostraban, ni siquiera nos concedieron tiempo para formular pregunta porque lanzaban la negra a la cara sin esperar un segundo.

—Malas noticias, señor. Las tropas francesas en Santoña y sus alrededores se han multiplicado. Y no solo se observa movimiento de hombres, sino también obras de fortificación y emplazamiento de artillería, como si se prepararan para recibir un nuevo ataque.

—Era de esperar —dije con tristeza—. ¿Han sufrido problemas con los gabachos?

—Todo en orden. Pasamos entre algunas columnas sin que se dignaran mirarnos. Parecen muy confiados respecto al interior.

—Deben de dominar sus fuerzas toda la provincia, lo que ya comprobamos en Gijón. Pero, bueno, no hemos perdido la guerra, sino una sencilla escaramuza. —Intenté ofrecer confianza esgrimando una alargada sonrisa—. Si los hemos burlado hasta ahora, lo seguiremos haciendo. Acabaremos todos por ser unos buenos infantes. Comamos y descansemos ahora. Mañana continuaremos nuestro camino hacia poniente.

La desilusión era evidente en todos los hombres, circunstancia lógica al haber albergado demasiadas esperanzas en un posible embarque que rematará en gloria nuestra odisea. Por tal razón, me propuse elevar la moral a cualquier precio. Y como primera medida autoricé a Aguiar para que liquidara el vino a disposición, que no hay mejor medida contra las penas que entrar en sueños con los vapores de Baco. No obstante, volví a dormir poco y mal aquella noche, pensando que desde aquel punto hasta Ferrol deberíamos atravesar las montañas de Santander, Asturias y Lugo, sin olvidar las de Burgos y León si derivábamos hacia el sur. Por primera vez me sentí incapaz de llevar a cabo aquella hazaña, más propia de epopeya popular.

## 24. Una bala perdida

Tras la decepción que supuso el fiasco de Santoña y comprobar la imposibilidad de embarcar en alguna unidad propia que nos retornara a puerto amigo, fue acción difícil recomponer la moral de los hombres bajo mi mando. No se trataba de evitar posibles quejas por la dureza del camino, la inclemencia de la vida en el monte, el peligro a perder la vida o la falta de alimentos, circunstancias que no habíamos encarado a fondo hasta el momento gracias a las monedas de oro y los caballos franceses de rica carne, sino cierta desesperanza en el futuro que se mostraba con claridad en los rostros. Me achaqué gran parte de la culpa por haber cifrado demasiadas esperanzas en la posibilidad fallida, arrastrando con tal postura a todo el grupo. Aunque algunos no poseyeran un conocimiento real de nuestra situación geográfica y las distancias que deberíamos cubrir a pie, la empresa se presentaba tan extraordinaria que no eran capaces de aceptarla como posible. Por tales razones, debía ofrecer algunas metas intermedias, reales o supuestas, de forma que encontraran a la mano y con viabilidad real una solución cierta a nuestro futuro.

En primer lugar, debimos desandar el camino trazado hacia el norte, la parte más dura quizá por mostrar un esfuerzo baldío. Un merchante de ganado abordado a la altura de Limpias, muy fiel a nuestra causa según sus propias palabras, me expuso con cierto detalle los posibles caminos a tomar con cierta seguridad hacia poniente, nuestra última y segura dirección. Pero pensando en posibilidades que ofrecer a mis hombres, no aparecía ninguna con visos de cierto realismo por más que trillara la cabeza. Era bien sabido que la provincia santanderina se encontraba en manos francesas, aunque algunas partidas o columnas los hostigaran con saña. Por tal razón, centré mi discurso orientado a la necesidad de alcanzar la región asturiana, donde podríamos encontrar fuerzas amigas o algún puerto salvador. Y en cuanto a este último punto, la posición avanzada de Ribadeo era la única que se abría a la vista con

cierta seguridad. Cuando por fin expuse esta situación en coro cerrado a todos mis hombres, se mantuvieron en silencio hasta que un artillero preferente lanzó unas palabras que encerraban una gran verdad.

—Para alcanzar Ribadeo, señor, deberemos cruzar toda la provincia cántabra y parte de la asturiana. Eso supone una distancia...

—Una distancia digna de extremo esfuerzo, ya lo sé. —No deseaba mentir, pero tampoco exponer la situación abierta en negro absoluto—. No ha sido vida de rosas la que habéis disfrutado a bordo de los buques de la Armada. Debéis recordar que muchos españoles fieles a don Fernando luchan por estos montes en partidas aisladas, ofendiendo a los gabachos con graves daños en cada recodo del camino. No es esa nuestra misión porque no conocemos el terreno ni disponemos de infraestructura adecuada. La única misión a encarar con la suficiente valentía es avanzar hacia el oeste y evitar en lo posible la presencia de tropas francesas.

—¿Y qué comeremos, señor? —preguntó un joven grumete—. Esas partidas de las que habla reciben apoyo de sus familias y los pueblos cercanos.

—Echaremos al buche lo que nos dé el camino, muchacho. —Intenté sonreír—. Por fortuna, aún me restan un par de monedas de oro para adquirir alimentos, pero no debemos olvidar la caza, así como el auxilio de buenos patriotas que por esos montes trabajan y viven. Os repito las mismas palabras que lancé el primer día. Si nos mantenemos unidos y con fe suficiente en nuestras posibilidades, alcanzaremos la meta perseguida. Disponemos de armas y municiones suficientes. Y, por fortuna, nadie se encuentra herido. Incluso es posible que con el paso de estos días la plaza de Gijón acabe por pasar a nuestras manos, lo que supondría una buena baza a encarar. ¿Qué otra solución nos resta a proa? ¿Entregarnos a los franceses para ser ajusticiados o prendidos? Sigamos nuestro camino que acabaremos en buen puerto si nos movemos con seguridad.

No quedaron convencidos al ciento de mis palabras, pero también es cierto que no les restaba otra opción que seguir mis órdenes, porque estaba decidido a mantener la disciplina al precio que fuese necesario, como si me encontrara a bordo de una fragata. De esta forma, comenzamos a retroceder por el mismo camino hasta alcanzar Ampuero, donde viramos para entrar por estrecha vereda en dirección a Matienzo. En principio deseaba evitar el monte cerrado porque mucho dificultaba el paso, aunque siempre dispusiera a la mano de una ruta de escape para el caso de ser sorprendidos por fuerzas francesas.

Comenzaron a pasar los días a buena marcha y por fortuna, con caza suficiente para abastecer a tanta boca. El frío aumentaba conforme encarábamos los últimos tránsitos del otoño, lo que nos obligaba a encender poderosas hogueras nocturnas que aparejaban penoso trabajo con el acopio de leña suficiente y visible peligro. Para marcar muescas a la contra, entrados en la segunda semana conocimos el hambre durante tres o cuatro días en su más primitivo y verdadero sentido, sin una onza de carne ni galleta que llevarnos a la boca. Con las piezas de caza bien amagadas, tan solo aparejamos algunas sopas viejas de agua aderezada con verduras salvajes, que un par de marineros expertos en tales hierbas cocinaban en una improvisada perola. Y no hay peor condición para el hombre en penoso trance que mantener el estómago vacío, situación que despierta los malos humores y ralentiza las obligaciones. Así alcanzamos un caserío llamado Tezanos en el valle de Carriedo, al sur de Santander, donde no solo empleé una moneda de oro en comprar todo tipo de alimentos, sino que un matrimonio muy patriota nos obsequió en despedida con cinco quesos y tres grandes pellejos de un vino rojo y espeso que encontré como el más admirable de los caldos. Bien es cierto que la abstinencia rebaja las exigencias del paladar hasta límites insospechados.

Cercanos a entrar en la región asturiana, debía decidir si librábamos los Picos de Europa por el norte o por el sur. Era más segura la ruta meridional pero no podía alejarme tanto de un posible intento costero, especialmente al haber mencionado a mis hombres la plaza marítima de Gijón. De esta forma, y a pesar de diversos avisos en el sentido de la presencia de tropas francesas en abundancia, atravesamos por las faldas de la sierra de Cuera, aunque debiéramos trepar algunos montes a lomos duros y con esporádicas protestas elevadas con sordina. Otra vez el hambre se hacía sentir para encarar la situación a la mala. Recibíamos de forma esporádica alguna hogaza de pan, queso y embutidos de generosos lugareños, pero en su conjunto era escaso aporte para tanta boca. De esta forma, alcanzamos la altura geográfica de Gijón, vencidos hacia el sur de Pola de Siero. Aunque la distancia a la capital marítima asturiana era cercana a las seis leguas, decidimos preguntar sobre la posibilidad de que dicha plaza hubiese sido ocupada por nuestras fuerzas.

Intentando encontrar persona de confianza, el problema que siempre nos acechaba, avistamos un pequeño caserío en la distancia. Como después supimos se trataba de la localidad de Molledo. Tras dejar el grueso de nuestro grupo bien amparados en el monte, decidí entrar en él acompañado por Aguiar y Okumé solamente. Pero cuando tomábamos el camino en dirección a una iglesia con torre elevada, topamos con un sacerdote a lomos de una

vieja mula que apenas soportaba su peso. Aunque entrado en años y con rostro patriarcal, le entré por derecho y con mano izquierda porque no fiaba una mota de mi sombra.

—A la paz de Dios, venerable padre.

Antes de contestar y con manifiesta desconfianza, el cura ataviado con ajada vestidura talar recorrió nuestras figuras en detenido análisis. Parecía dudar aunque por fin se decidió a contestar.

—Que sea nuestro Señor con vos y la noble compañía, hijo mío.

—Andamos un tanto perdidos. ¿Sabéis de la presencia de tropas francesas por estos caminos?

—Gracias a los cielos llevamos varias semanas sin que esos desalmados hijos de Satanás se acerquen por estas tierras —ahora su voz expresaba un claro desprecio y tono altivo—. ¿A qué facción pertenecéis?

—Soy el capitán de navío de la Real Armada Santiago de Leñanza, padre, al mando de una veintena de hombres. Huimos de los gabachos y nos gustaría saber si la plaza de Gijón ha caído en manos de los patriotas. En ese caso embarcaríamos en alguna unidad con la que regresar a Ferrol.

—Mal se os presenta la faena en esa dirección, para desgracia de vosotros y de España. —Abrió las manos en signo de resignada desesperanza—. La plaza de Gijón se ha convertido por estos días en un hervidero de tropas francesas. Llegaron rumores de que hace algunas semanas fue tomada por valientes españoles procedentes de la mar, pero debieron embarcar otra vez ante la llegada de un poderoso ejército gabacho desde Santander. —Volvió a repasar nuestras vestimentas, extrañado—. ¿De dónde llegáis con esas trazas tan poco nobles para personajes de vuestra alcurnia?

Como era hombre complaciente y necesitábamos de su apoyo, le expuse brevemente nuestras andanzas por mar y tierra. El buen hombre escuchó mis palabras con rostro de arrobada admiración, para entrar en exclamaciones cuando rematé la narración.

—Menos mal que todavía restan en España suficientes hombres con sangre en las venas y huevos en alto. —Se había apeado de la mula para ofrecerme un efusivo y paternal abrazo—. Habéis disfrutado de la suerte por arrobos al cruzar terreno dominado por los gabachos con escasa oposición. Porque si caéis en manos de los sacamantecas del norte os ofrecerían lluvia de balas contra el paredón sin dudar, que esos herejes no cuidan de vueltas ni entorchados. Me alegro mucho de que dierais tránsito definitivo a los componentes del correo. No creáis que celebro la muerte de un ser humano,

pero como esos gabachos son hijos de Satanás, no considero pecado hacerles pasar al infierno por cualquier método al alcance de la mano.

—Sabias palabras son esas, venerable padre —contesté sin caer en las risas que sus últimas palabras me provocaban.

—Deberéis continuar con rumbo a poniente, como dicen los hombres de mar, pero en una ruta más meridional porque alrededor de la ciudad de Oviedo pululan los ejércitos del Maligno como abejas en un panal. Bajen al sur de Mieres y crucen en dirección a Pola de Lena. Unas cincuenta o sesenta leguas más allá es posible que encuentren columnas de nuestro Ejército, que para gloria de los cielos avanzan en esta dirección poco a poco pero sin pausa.

—Le agradecemos la información, padre. Ahora debo elevarle una nueva petición de la mayor importancia. Somos conscientes de que los franceses requisan víveres en cada pueblo o caserío por donde pasan, aunque sean pobres de solemnidad sus moradores. Pero necesitamos víveres con cierta urgencia. Vivimos de lo que encontramos en el camino, especialmente piezas de caza y auxilio de los paisanos, pero últimamente escasean las reses demasiado. También necesitamos harina, aceite, queso y vino. Me resta una onza de oro que puedo entregar a cambio de lo que se considere...

—¡Onza de oro habéis dicho! ¡Por Jesucristo crucificado que no merecen tan infamante trato unos valientes como vosotros! Ni onzas de oro ni rosquillas de santa Marta. Faltaría más. Aunque me dirigía a un caserío cercano en dirección contraria, donde se reclama mi ejercicio pastoral, os acompañaré de regreso a Molledo. Esta cuestión es más importante para nuestra patria que ofrecer los santos óleos a un moribundo que ya habrá cruzado la raya definitiva. Conozco a una familia con suficientes posibles para allanar vuestro sufrimiento. Según tengo entendido, y el confesionario recibe verdades de ley, mantienen alimentos a buen recaudo con la necesaria reserva y os aliviarán la necesidad.

No lo dudó un segundo don Alfonso Enríquez, que así se llamaba el orondo sacerdote, por lo que Okumé salió a la carrera para avisar al resto del grupo que se agrupaba junto a nosotros con rapidez. Y en compañía de una de aquellas sotas patriotas, como las llamara Aguiar en chanza a los clérigos alzados en armas, atravesamos el lugar para tomar una estrecha vereda que remataba en un espléndido caserío con trazas de antiguo palacete o residencia señorial en su centro. Apareció un sirviente a quien el sacerdote apartó a un lado sin contemplaciones, para dirigirse hacia nosotros.

—Acompañenme ustedes dos. —Nos señalaba a Aguiar y a mí—. Los demás pueden descansar por la era sin peligro porque aquí mantenemos buena



guarda de aviso.

Sin dudarle cruzó el recio portón a paso ligero, entrando en un espacioso recibidor donde un nuevo sirviente aparecía a la carrera con rostro sorprendido. Don Alfonso le espetó en inapelable orden.

—Avisa a tus señores de una importante y urgente visita. Pero mueve el culo sin perder un segundo, holgazán.

Poco después nos acompañaba el sirviente hacia el interior, hasta llegar a un aposento que mucho se asemejaba a un pequeño salón de pabellón de caza. Un matrimonio entrado en edad calentaba sus cuerpos junto a la chimenea porque el frío se dejaba sentir con fuerza en los huesos. Y antes de que pudieran elevar una sola palabra, les entraba el sacerdote con grandes aspavientos. Maniobrando con un protocolo especial y a la inversa, se dirigió a nosotros con una sonrisa de triunfo en su boca.

—Queridos amigos, tengo el honor de presentarles a don Raimundo de Castañeda, digno descendiente de los Castañeda de Tormo, nobilísima familia montañesa, y a su encantadora esposa doña Catalina. —Ahora se volvía hacia los moradores, que debían de estar acostumbrados a las formas y maneras del sacerdote porque no alumbraban sorpresa alguna en sus rostros—. Amigos míos, aquí os traigo a dos oficiales de la Real Armada que luchan día a día contra la opresión francesa por mar y tierra.

Saludamos a los anfitriones con la debida cortesía, tomando asiento junto a ellos al sernos ofrecidos dos butacones enfrentados. Intenté recabar disculpas por nuestra penosa vestimenta y ajado aspecto, así como la inesperada llegada, pero ya don Alfonso les narraba en rápida sucesión nuestra aventura, exagerada y ampliada con truculentos detalles jamás salidos de mi boca. Al mismo tiempo y con grandes movimientos de las manos salpicaba sus frases con todos los epítetos injuriosos capaces de ser aplicados a un ser humano, en este caso contra los soldados franceses desde el emperador Bonaparte hasta el último tambor de sus ejércitos. Una vez rendida su parla, permitió que el anfitrión emitiera las primeras palabras.

—Sean bienvenidos a mi humilde morada, señores —dijo don Raimundo—. Es un honor para nosotros recibir tan honorable visita en estos días aciagos. Y si en algo podemos ayudarles, pueden considerarlo como un hecho.

No fue necesario que eleváramos petición alguna porque ya enhebraba don Alfonso la alargada lista de necesidades. Puedo adelantar que aquel encuentro fue una concesión especial de nuestra Patrona porque nos ofrecieron cama y alimentos, con la posibilidad de lavar cuerpos y ropas a

todos mis hombres. Tras disfrutar de un succulento almuerzo con viandas y generosos caldos que mi paladar había olvidado, fuimos obligados a descansar en lujoso dormitorio hasta la mañana entrante, mientras mis hombres eran instalados en un pajar con un lecho blando que también les hizo recordar épocas doradas.

En la mañana del día siguiente, recobrados de cuerpo y alma abandonamos el lugar con indicaciones precisas sobre situación de tropas francesas y caminos a seguir de probable seguridad. Y más importante todavía, con una muy generosa cantidad de alimentos de todo tipo que elevaron la moral de mis hombres hasta las nubes. Por último, intentamos despedirnos del sacerdote, hospedado también en nuestra compañía. Sin embargo, insistió en dirigirnos por el camino durante los primeros momentos, al tiempo que encaraba la misión pastoral retrasada desde la tarde anterior. Cuando ya era necesaria la separación e intentaba agradecer su ayuda, de forma inesperada se apeaba de la mula para ofrecernos un fuerte abrazo.

—Que esa generosa Patrona de los hombres de mar, nuestra Señora del Rosario, guíe vuestros pasos y alcancéis la meta perseguida. Y si por el camino os cruzáis con alguna partida francesa, hierro a muerte sin dudarlo. Debéis tener presente que sois verdaderos cruzados en una nueva Guerra Santa. Cada gabacho que muere supone un hereje menos en España y en el mundo.

—Nunca olvidaremos su ayuda, padre.

Regresamos al camino, aunque ahora mis hombres mostraban un rostro bien distinto. No hay nada mejor para elevar la moral de un ser humano abatido en cruces que un lecho en condiciones y el estómago repleto. Siguiendo las indicaciones expuestas en un plano del Ejército por don Raimundo, atravesamos en los días siguientes las sierras del Courio y Tineo. En mi mente se abrían las esperanzas a bulto conforme comprendía que progresábamos a buen ritmo y la raya asturiana se acercaba más y más. Fue aquella una semana de completa placidez, sin peligros a la vista y para colmo de bienes con abundante caza. No obstante, en algunos trechos la naturaleza parecía oponerse a nuestro avance con energía, obligándonos a forzar rodeos que poco gustan al caminante. Especial dificultad presentó el cruce del río Navia que nos hizo recorrer su cauce intentando vadearlo sin riesgo.

Consideraba que restaban pocas leguas para llegar al sur de Ribadeo cuando se torció la negra al ciento. Porque si siempre he comentado y han podido constatar en estos cuadernillos que la mar se muestra día a día cambiante como cortesana, estas condiciones se pueden aplicar también a la

vida en general aunque nos movamos por terreno firme. Creo que debíamos encontrarnos en la tercera semana del mes de noviembre cuando sufrimos un duro encuentro. Por fortuna, no habíamos olvidado la necesidad de mantener las oportunas precauciones, razón por la que dos hombres marchaban en descubierta terreno avante a suficiente distancia por si se avistaban tropas francesas. Y fue en la vereda de Pesoz a San Pelayo, entrados por camino pedregoso cuando se produjo el avistamiento.

Como especial ayuda de los cielos que nos amparaban en la empresa desde el primer momento, cuando el marinero Silvestre y el grumete Cordones, nuestro habilidoso cazador, se toparon de nariz con una nutrida columna francesa, obraron como verdaderos profesionales de la guerrilla. Y digo tal porque en lugar de salir a la carrera en nuestra dirección, se dividieron por el monte para dar un profundo rodeo mientras eran perseguidos. Cuando oímos los primeros disparos, ordené parar a todos y apretarnos sobre el terreno. No andábamos por desgracia en monte muy cerrado, lo que podía facilitar la labor francesa si se empeñaban en la captura. Cargamos las armas mientras esperábamos en silencio sin advertir presencia alguna. Media hora después nos alcanzaba Cordones desde el sur, mientras Silvestre lo hacía más tarde desde las lomas y con sangre a la vista.

Cordones explicaba el monto de las fuerzas francesas, columna de más de cincuenta hombres, lo que me obligó a retroceder para buscar terreno más espeso, mientras Silvestre era curado por Okumé de un balazo en el muslo derecho sin mayores consecuencias a la vista. Nos movimos con lentitud y bien pegados al pasto. Pero decía que fuimos ayudados por fuerzas superiores porque cuando ya se espesaba el monte oímos cabalgaduras cercanas. Como cerraba la línea con tres marineros, fui el primero en observar la figura de un jinete que se abría a un claro de chaparras. Ordené abrir fuego contra él a cierta distancia, con la fortuna de abatir su montura hasta hacerle rodar a fuerza. Pero poco después lo seguían tres más a corta distancia, lo que nos hizo apresurar la carrera monte arriba para intentar ocultarnos.

Cuatro o cinco franceses comenzaron a disparar al bulto y cierta distancia, sin más efectivo que un marinero herido de refilón en brazo y pierna, aunque aguantara bien la merma. Y cuando parecía que ya nos cerrábamos lo suficiente entre gruesas encinas, me alcanzó el momento más negro de los vividos en mi persona hasta el momento. Todavía hoy estimo que debió de ser la esquirla de una piedra rebotada con un disparo porque no podía llegarme el tiro desde aquella dirección. Pero por una forma u otra, sentí un fuerte impacto en el ojo izquierdo que me hizo caer al suelo en un primer momento.

Mientras me alzaba ayudado por Okumé, no solo perdía la visión en dicho ojo sino que el dolor se agigantaba en fuertes oleadas por toda la cabeza. Comprobé con la mano que sangraba en abundancia al tiempo que palpaba una masa blanda y rojiza. Pero como no era momento de pensar en tales quites, sino seguir corriendo monte arriba, anudé las tripas y con la mano sobre el ojo continué la marcha aunque tropezara en un par de ocasiones y debiera ser auxiliado por los brazos del africano que me animaba a seguir.

Por fin nos libramos del peligro cuando ya la tarde comenzaba a caer. Fue el momento en el que las fuerzas me abandonaban al punto de dejarme caer como un fardo en un lecho de musgo, mientras el dolor se hacía insoportable, como jamás lo sintiera con las diversas heridas sufridas en mi carrera. Okumé comenzó a comprobar el estado de la herida mientras Aguiar seguía sus movimientos a mi lado con atención.

—Mal aspecto tiene este ojo, señor. Esa piedra o lo que haya sido le ha golpeado en el mismo centro. Todo anda emborronado en sangre y con supuración blanca. De momento le aplicaré un emplasto con hierbas, pero debería verlo un cirujano cuanto antes si no quiere perderlo.

—Olvida los cirujanos de momento. Debemos continuar nuestro camino, que ya andamos cerca de nuestro destino.

Aunque intentaba mantener en alto el espíritu, pronto comprendí que no podría conseguirlo porque las piernas se negaban a obedecer. Perdía sangre pero por encima de todo reinaba el desgarrado dolor, como si mil agujas de fuego se clavaran en el cerebro de forma continua. Como Okumé me explicó más tarde, Aguiar y Bermúdez conferenciaron sobre el camino a tomar. Fue precisamente el grumete Cordones, natural de aquellas tierras, quien ofreció una posible salida.

—A unas tres leguas se encuentra la villa de Meira, cerca de mi casa. Suele disponer de cirujano. Y a una distancia parecida hacia poniente se encuentra la importante localidad de Villalba.

El alférez de navío Aguiar tomó el mando sin dudarle. Como primera providencia ordenó construir una especie de angarilla donde me tendieron para ser trasladado a mano entre dos hombres. Y aunque protestara en los primeros momentos, comprendí que no restaba otra solución. De esta forma, alimentado y cuidado por Okumé, con momentos de lucidez y otros de pesada somnolencia, Aguiar se olvidó de subir hacia el norte en dirección a Ribadeo para tomar la vereda de poniente. Como especial signo de ventura tardía, al día siguiente topamos por primera vez con tropas del Ejército, una sección destacada de las columnas de Portier. Les informamos de nuestro encuentro

con los franceses y tomaron buena nota porque ya sabían de su presencia y tras ellos se movían. Confirmaron la existencia de un cirujano en Meira, localidad que quedaba a media legua solamente.

Aunque no recuperara visión alguna en el ojo malherido y el dolor se mantuviera por alto, me encontraba con mayores fuerzas y suficiente consciencia cuando un galeno llamado Facundo Esteras nos recibió en su domicilio. Y no se anduvo por las ramas el joven que no alcanzaba los treinta años, quien decretó por vía rápida su diagnóstico.

—Siento comunicarle, señor, que el ojo lo tiene perdido sin remisión. Prácticamente le ha saltado el globo ocular al ser golpeado por un objeto, posiblemente una piedra. Parece que mantiene todavía un cuerpo extraño en su interior. Debería ser enucleado en su conjunto y posteriormente proceder al necesario cosido de los párpados.

—¿Enuclear? ¿Coserle los párpados? —era Okumé quien preguntaba con tono desabrido, expresando poca confianza en el cirujano.

El joven galeno dirigió una mirada de infinito desprecio a mi africano y se preparaba para entrar en reprimenda severa cuando lo atajó Aguiar con sabiduría.

—Okumé es como un hermano para el capitán de navío Leñanza. ¿Qué quiere decir con enuclear y coser los párpados?

—Enuclear, como su palabra indica, es la acción de extraer el núcleo y en este caso concreto el globo ocular para evitar los cuerpos extraños y consecuentes infecciones. Los párpados se cosen posteriormente tanto por estética como para mantener con la necesaria asepsia la cavidad. Pero he de serles sincero. —Ahora suavizaba el tono de su voz—. Jamás he ejecutado tal cirugía ni he contemplado su práctica. En su caso buscaría un cirujano con más experiencia en dicho campo, dada la categoría de su persona. Por mi parte, me limitaré a una limpieza exterior y aplicarle corteza de canela de China, adecuada para evitar infecciones, así como goma arábiga que seda y evita hemorragias.

—Le agradezco su franqueza —musité con el dolor encastrado—. ¿Dónde podemos encontrar un cirujano con suficiente experiencia?

—Como primer paso podría intentarlo en Villalba, localidad a unas seis leguas de aquí. Allí practica desde hace bastantes años don Eufemiano Ventoso. Pero dado su caso de oficial de la Armada, podrían seguir camino hasta Ferrol donde disponen de un magnífico Real Hospital con afamados cirujanos. Claro que deberían recorrer unas once leguas más.

Se hizo el silencio. Era consciente de que todos esperaban mi respuesta, aunque el dolor nublaba a ratos mi exacto conocimiento. Intervino Aguiar con decisión.

—¿Es peligroso esperar a recorrer esas diecisiete leguas y llegar a la capital del departamento marítimo? Confío mucho en los cirujanos de la Armada.

—Cuanto antes se le practique la mencionada regla, mejor. Pero con los ungüentos que le voy a aplicar podrá cubrir ese trecho. Le recomendaría un transporte más adecuado que esas angarillas de mano.

Ante aquellas palabras no lo pensé más. Mientras Aguiar salía a la carrera para cumplir mis órdenes con la onza de oro restante en la mano, el galeno me aplicaba sus curativos en gelatinoso emplasto con unas vendas en abultado remate. Poco después me instalaban en una carreta con una mula, donde también hice que subiera el marinero herido en la pierna, cuya herida había vuelto a sangrar, siendo curado por el galeno. De esta forma, encaramos la última y definitiva etapa, mientras mis pensamientos se cerraban futuro adelante. Y no estimen que me preocupaba el hecho de quedar tuerto y soportar un parche sobre la cara de por vida, sino que ahora quedaba mi mente en libertad para trasegar los pensamientos que intentara rechazar una y otra vez.

Aquella noche dormí poco, con modorras ligeras y despertares nerviosos. Al menos el dolor disminuía a ratos hasta hacerse soportable para el bien de mi alma. Y de esta forma, entramos en la capital del departamento el jueves día segundo de diciembre, rematando lo que por muchos fue considerado como una acción épica, trasladar a mis hombres desde la costa de Vizcaya hasta el extremo noroccidental de la Península a través de terrenos ocupados por fuerzas francesas. Mientras Aguiar se dirigía hacia el palacio de capitanía para exponer al capitán general nuestras vicisitudes desde la pérdida del cañonero *Estrago* en Elanchove, Okumé me acompañaba en el carretón hacia el Real Hospital de Marina donde ingresaba aquella misma tarde.

Fui reconocido por el director del centro, el cirujano mayor don Felipe María Besteda, que me tomó de su mano desde el primer momento con extrema cordialidad. Y cuando le hablé de mi buena amistad con don Fermín Nadal, aumentó nuestra confianza por ser buen amigo y compañero de quien era considerado como el primer galeno de la Armada en aquellos días. Vino a exponerme un diagnóstico parejo al del joven galeno de Meira, aunque disintiera en demorar un solo segundo la necesaria intervención por miedo a las infecciones. De esta forma, y entre sus propias manos era intervenido una hora después, tras ofrecerme una generosa cantidad de láudano que mucho

agradecí. Porque a pesar del fuerte estupefaciente sufrí un dolor agudo conforme los aparatos hurgaban dentro de mi ojo o lo que del mismo restara, al punto de haber mordido el cuero si lo tuviera a disposición aunque no me rebajara a pedirlo.

El cosido de párpados, una frase cuya sola mención abatía mi alma hasta la sentina, quedó relegado para días posteriores, una vez fuera comprobado que la cavidad ocular no destilaba malos humores. El cirujano Besteda era optimista tras la intervención y entendía que no deberían producirse complicaciones posteriores por haber limpiado a fondo la zona y extraída la esquirla de roca que todavía guardo en una pequeña cajita de cedro. De esta forma, con el hueco del ojo perdido entre gruesas vendas y con Okumé junto a la cama, me sentí más tranquilo y con los dolores punzantes apagados de forma extraordinaria. Aquella noche entré en dulces y tranquilos sueños, condición que no recordaba en muchas semanas. Pero si tal acción fue posible se debió en gran parte a una generosa dosis de láudano comprada por Aguiar a cuenta propia y administrada cuando acudió aquella misma tarde a visitarme. Fue una bendita aportación porque el sueño profundo me hizo reparar fuerzas y evitar pensamientos no deseados, el colofón que remataba una nueva etapa en mi vida.

## 25. Beto en la ría de Vivero

Mucho sufrí cuando, fondeados frente a Santoña, saltó a romper cuadras aquella infernal galerna en tan escaso tiempo, desastrosa condición que se sufre en la mar pocas veces en la vida. Y si hablo de sufrimiento no me refiero al padecido a bordo del bergantín *Palomo* sino al comprobar con el antejo cómo el cañonero *Estrago*, con mi cuñado afanado en su popa, no era capaz de alcanzar la fragata *Magdalena* para transbordar a ella como los tres compañeros. Su última visión me alcanzó al observarlo batido entre las olas, mientras recibía un milagroso remolque de un bergantín británico que, no obstante, poco amparaba en futuros.

Aunque mucho he confiado siempre en la buena estrella de *Gigante*, conjeturaba a la vista que aquella pequeña embarcación no podría soportar la embestida de la mar sin embarcar una cantidad de agua que le hiciera bajar a los fondos con rapidez. Poco después se perdía entre la bruma de las olas que la zarandeaban sin descanso. Rogué con fuerza a los cielos para que se le apareciera la sirena salvadora y pudiera varar en costa aplacerada, aunque acabara prendido por tropas francesas.

Mientras tanto no crean que a bordo del bergantín *Palomo* seesteábamos engolfados en sueños. No había sido necesaria orden alguna de la capitana para entrar en faena de lomos porque cada comandante era capaz de comprender lo que se le venía encima. Todos pensaban en ganar mar y correr el temporal con la capa o en mantillas. El teniente de fragata Quevedo ordenaba picar los cables de las dos anclas para caer a la banda sin perder un suspiro y salir avante con trinquete y velacho rizados, así como el auxilio de la trinqueta. Pero poco después se veía obligado a mantener solamente el trinquete en capa y el triángulo de proa, dejándose ir al designio de los dioses hacia levante aunque hubiéramos ganado mar a la contra en cantidad suficiente para no temer a las piedras. Una vez estabilizada la situación en temporal de orden y capa mínima Quevedo se lamentaba desanimado.



—¡Por todas las putas sarracenas y sus crías! —Mesaba sus cabellos con rostro de enfado—. Jamás pensé que una mar de ampollas pudiera alzarse con tal rapidez y sin conceder un mínimo aviso de garantía.

—Concuerto de lleno. Esta galerna se ha presentado de rondón y con el hacha en la mano.

—Echo de menos las dos anclas dejadas en los fondos de esa maldita bahía, pero bien saben los dioses que más todavía me hacen sufrir los cables perdidos, uno de cierta seguridad y el segundo de tercio. A partir de ahora solo podemos confiar en la mar porque los dos restantes alumbran lágrimas.

—Es posible que puedan componer uno con los restos. En Santoña fondeamos con muy pocas brazas de agua bajo la quilla.

—Ya se encuentran a la faena en tal sentido. Ayustarán las dos reliquias con gorupo porque no es posible empalmarlos en costuras con cierta seguridad. Y el que me quede sobrante, amadrinado a una maroma lo entalingaremos al anclote de fuerza. De todas formas, espero no depender de las anclas aunque me reste a bordo la de la esperanza. Esos cables no aguantarían una marejada gruesa.

A pesar de tales lamentos, como futuro comandante del *Palomo* gocé al comprobar que el bergantín se mantenía a la capa bajo un recio temporal del noroeste sin mermas a la vista, firme de palos y jarcias. Y era necesario navegar en aquellos momentos con cien ojos a las bandas porque el número de fragatas y mercantes en tan reducido escenario hacía peligroso progresar un par de yardas, con riesgo de prenderse en maraña mutua de aparejos que a tan desastrosos resultados aboca. Algunas unidades, como la goleta *Liniers*, parecían sufrir un mayor compromiso aunque de momento tan solo tres de los cañoneros acababan destrozados contra las piedras, con el *Estrago* todavía en triste incógnita.

Poco a poco el *Palomo* estabilizó su capa de forma que pudiéramos navegar con proa al leste cuarta al norte, hasta olvidar de momento los peligros de tierra. Y en estas condiciones de viento atemporalado y mar que se arbolaba en ampollas blancas, sufríamos bandazos de orden que nos hacían elevar los ojos de continuo hacia palos y masteleros por si alguno se quejaba en demanda. Para orgullo propio comprobamos que tanto la *Magdalena* como el *Palomo* ganaban más barlovento que el resto de las unidades aunque nuestros pertrechos llamaran a desbarate. El joven Miguelillo, sabiamente adiestrado en sus funciones por Okumé, me servía rancho frío a tientos y tomaba la mar sin descomponer el cuerpo, situación poco habitual en quien lleva escasas semanas sobre las aguas.

Sin que se produjera reunión alguna, el mando naval y terrestre parecían dar por cancelada la famosa y dilatada expedición cántabra, una misión fracasada precisamente en su punto más importante como era el ataque a Santoña. Porque el comodoro Mends, tras pasada su insignia a la fragata *Arethusa*, izaba señal para sus buques de reunirse en Ribadeo una vez superado el temporal, mientras en lógica correspondencia lo hacía la *Magdalena* para los propios sin especificar más punto de referencia que la derrota hacia poniente cuando fuera posible. De todas formas, tal y como estaba previsto sería necesario desembarcar las tropas de Renovales para que engrosara las columnas del Ejército por tierras asturianas, mientras la brigada de Artillería de Marina embarcada en la *Magdalena* se reincorporaría a su base ferrolana.

El día 25, cuando ya los cuerpos iniciaban la oportuna protesta por el prolongado sufrimiento, comenzó a amainar el temporal, de forma que en esa misma tarde podíamos virar en orden para intentar seguir aguas a la *Magdalena* con la proa al oeste cuarta al sudoeste. Por la noche el viento rolaba al nordeste mientras reducía su fuerza de forma progresiva a cascarrón y frescachón, para dejar la mar en gruesa y con senos de marea larga. En la amanecida del día siguiente Quevedo parecía mostrar alegría en su rostro cuando se dirigió a mí en el alcázar.

—Parece que hemos cubierto la manta, señor. Una nortada de las de amparo quedó a popa. Entiendo que la fragata *Magdalena* se dirige a Vivero y nosotros siguiendo sus aguas.

—¿Vivero? No vendría mal alguna información en dicho sentido.

—No es necesario, señor. En una de las reuniones a bordo del insignia se fijó dicha ría como punto de reunión en caso de temporal y dispersión de las unidades. Aunque doy por hecho que se han suspendido de forma definitiva las operaciones.

—La expedición cántabra esta muerta sin remisión. El objetivo principal, la toma de Santoña, se hace imposible porque esa plaza será reforzada por los franceses en conveniencia tras el aviso. Sin embargo, y aunque se decretara Vivero como punto de reunión, es de suponer que será en Ribadeo donde los transportes desembarquen las tropas españolas del Ejército con Renovales a la cabeza. No obstante, una vez cancelada esta dichosa y desafortunada expedición cántabra, el capitán de *navío* Zarauz podría otorgarnos generosa libertad de movimientos para regresar a Cádiz.

—Razón tiene. El *Palomo* fue incorporado bajo sus órdenes para esa única misión y debería regresar a su base una vez finalizada.

—Bien, habrá que esperar. Siento cierto regusto de placer al pensar en tomar el mando, pero no puedo apartar de la cabeza la suerte que habrá seguido mi cuñado a bordo del *Estrago*. Era muy dura la mar y no podría aguantar ese remolque durante muchas horas.

—Era cuestión vital para librar las piedras en un primer momento. Sin embargo, y a la mala, el rumbo obligado le haría embarcar mucha agua. Supongo que intentarían cobrar del remolque y pasar a bordo del buque britano.

—Con esa mar y sin resguardo supondría una misión casi imposible. Su única salvación debería ser tomar alguna zona de la costa sin rompientes y varar para saltar a tierra. Pero esa solución los abocaría a acabar prendidos por los franceses o escapar tierra adentro con difícil futuro.

—Es triste pensar en tal posibilidad aunque después de todo suponga su única salvación.

—Preveo una situación parecida a la de algunos meses atrás, cuando lo dimos por perdido con la corbeta *Mosca* por aguas portuguesas. La especialidad de mi cuñado es sorprendernos y aparecer cuando menos se lo espera. No me extrañaría que escapara de las garras francesas. Parece un gato con siete vidas.

Continuamos nuestra navegación para recalar en Ribadeo al día siguiente, tal y como había supuesto. Se nos ordenó quedar por fuera de la ría mientras la *Magdalena* fondeaba cerca de la playa para proceder al desembarco del mariscal de campo y su estado mayor. Y pocas horas después lo hacían los mercantes britanos y propios que llevaban a cabo el barqueo de las tropas españolas. Pensé que debió de sentirse feliz el capitán de navío Zarauz al quedar libre de compromisos y poder maniobrar al gusto sin voces a la contra. Y no cedió mucho tiempo a la espera porque nada más izar la falúa a bordo levaba el ancla para salir mar afuera y ordenar al *Palomo* seguir sus aguas con rumbo claro de poniente.

Navegamos ahora al placer de los sentidos y con todo el aparejo largado, acariciados por un viento fresco del nordeste. Así nos mantuvimos hasta las primeras horas del día 29, cuando nos sorprendió la señal de la capitana a las unidades españolas para entrar en la ría de Vivero y fondear. Tan solo a la goleta *Liniers* se le ordenaba progresar hasta el puerto de Coruña, desconociendo a bordo del *Palomo* las intenciones de Zarauz. Más bien esperaba que nos diera rienda suelta o proceder por nuestra cuenta, razón que hizo protestar al comandante.

—¿Hasta cuándo nos desea mantener entre sus faldas el capitán de navío Zarauz? No comprendo este fondeo en Vivero, señor, aunque fuera designado como punto de reunión. Si la expedición se ha cancelado no sé qué hacemos aquí mientras la goleta *Liniers* continúa camino hacia Coruña.

—Comprendo sus dudas, Quevedo. Es posible que desee mantenernos bajo su mando hasta cruzar la entrada de Ferrol, si es que ése es su destino final. En cuanto a esta entrada en Vivero, puede que el temporal le haya cuarteado algún aparejo y deba repararlo. Por fortuna, el tiempo se mantiene bonancible.

—Poco fío de la mar cantábrica en estos meses, señor. Largaré las dos únicas anclas que me restan aunque poco guste del color de los cables.

—He visto que han compuesto el anclote de fuerza en fortuna, de quebrantos. No son malas esas uñas pero tiene razón al sospechar de la fiabilidad de sus maromas. Parece mentira que sufran todos los barcos de la Armada en ese mismo sentido, cuando tantos caudales se emplean en armamento. No parecen comprender que esos cables suponen el seguro de vida para cualquier unidad en la mar.

—Espero que nuestra estancia en esta ría sea rápida, señor. Sólo me encuentro tranquilo en la mar y sin ver la línea de tierra. En el tornaviaje hacia Cádiz pienso separarme en seguridad de la costa portuguesa bastantes leguas. Todavía recuerdo su narración de la corbeta *Mosca* contra las Berlingas.

—No sea cenizo, Quevedo. Pocas veces se sufre en la mar la pérdida de la pala del timón, precisamente cuando el buque se encuentra en situación apurada.

Fondeamos por fin en la ría de Vivero, donde ya se encontraba la fragata inglesa de guerra *Narcisus* y dos transportes britanos. Poco después lo hacían las fragatas *Amazone* y *Arethusa* con tres transportes y en la tarde largaban los ferros la fragata *Medusa*, la goleta *Insurgente Roncalesa*, el bergantín *Puerto de Mahón* y cinco transportes más. Nada más quedar al abrigo se apreciaban en la fragata *Magdalena* algunos trabajos de los carpinteros y contra maestres, así como transbordo de material a tierra con la lancha entrada para una posible carena. Tal y como había pensado, debía de haber sufrido daños con el temporal que debía restañar en calma.

De esta forma, comenzaron a transcurrir las jornadas con extrema lentitud. Por mi parte pasé a la capitana al día siguiente para hablar con el capitán de navío Zarauz, quien me confirmó la necesidad de reforzar el mastelero del velacho y la mesa de guarnición del palo mayor, despernada en brote durante

el temporal, así como ofrecer una ligera composición de la lancha en tierra. También me expuso que era su intención mantenernos en conserva hasta la entrada de la ría ferrolana, cuando nos daría suelta para nuestro regreso a Cádiz. Lo estimaba necesario para entregarnos una copia del informe de la expedición para el Consejo de Regencia que estaba preparando. En cuanto al mariscal de campo Renovales, no me extrañó escuchar sus palabras.

—No ha sido fácil trabajar con él y le ruego que mantenga estas palabras en confidencia. Le soy sincero al declarar que me sentí liberado de alforjas cuando desembarcó en Ribadeo. Creo que pretende dirigirse a Potes y luchar contra los franceses en aquella zona que conoce al palmo. Es un valiente, no hay duda, aunque un poco alocado e impulsivo en mi opinión. Se lanza a veces en una dirección sin haberlo meditado lo suficiente.

—Ha sido una pena no sacar mayor rendimiento a la operación, aunque tomáramos armamento y efectos a los franceses en Gijón y abasteciéramos a nuestras columnas de tierra.

—Ese temporal apareció en el momento más inoportuno, precisamente cuando encarábamos la operación sobre Santoña. Porque se veía factible su toma al comprobar las fuerzas gabachas en presencia. Habría sido un éxito memorable que nuestras tropas se hicieran fuertes allí. Ahora los franceses reforzarán esa plaza, estoy seguro, y no será posible llevar a cabo una nueva empresa contra ella. Pero para la Armada lo peor de esta expedición ha sido la pérdida de los cañoneros. Aunque con las conocidas limitaciones, llevaban a cabo una buena labor por estas aguas. Y mucho me preocupa la suerte que hayan podido correr Leñanza y Aguiar con sus hombres. Si no consiguieron pasar al bergantín inglés, deben de haberse roto contra las piedras. En fin, recemos por ellos.

Regresé al *Palomo* con el ánimo abatido. Y no solo se debía a la situación de *Gigante* y su suerte, que ya marcaba una mueca de dolor, sino por el ambiente general que nos rodeaba por aquellos días, con la Armada bajo mínimos y sin posibilidades de encarar una pequeña operación de guerra en solitario. Tenía razón Zarauz al exponer que las fuerzas navales en el norte sufrían total desamparo y la amenaza gabacha sobre Ferrol, más lejana cada día, no justificaba aquel desequilibrio de fuerzas. Pero también era cierto que desde Cádiz debía controlarse todo, tanto la costa oriental y meridional de la Península como las islas e importantes misiones a las Indias para el arribo de caudales con los que proseguir la guerra.

Mientras pasaban los días, diversas unidades abandonaban la ría de Vivero, como fue el caso de algunos mercantes y nuestra goleta. El 30 entraba

una fragata mercante en misión de ruta costanera, así como pesqueros y pequeñas embarcaciones. Y aunque se tratara de ensenada protegida con la Estaca de Bares al acecho más allá del Barquero, una nortada de fuerza presentaría graves problemas como suele suceder en casi toda la costa cántabra.

De esos proverbios tan utilizados en la mar, que llegan a componer una Biblia de obligado cumplimiento, debo recordar ahora el dedicado al comandante de un buque y su conocimiento de la propia unidad. Porque es cierto como verdad de ley que nadie como quien manda buque en la mar siente las vibraciones presentes o futuras de su propia embarcación. Digo esto porque nos encontrábamos fondeados en la ría de Vivero con un tiempo bonancible, ideal para que las dotaciones se recuperaran de los muchos días enjaretados en dura faena. Sin embargo, aunque notificara a Quevedo la pronta libertad para movernos hacia Cádiz sin órdenes desde la proa, el comandante mostraba rostro esquivo.

—No me gusta permanecer fondeado en ensenada cerrada por gusto, señor. Y mucho menos en las condiciones que sufrimos con dos anclas solamente y cables que habrían sido dados de baja hace algunos años. Nada hacemos aquí que merezca la pena.

—Bueno, hemos rellenado aguada y la *Magdalena* ha conseguido reparar algunos de sus desperfectos, aunque todavía mantiene su lancha en tierra. También debía encontrarse escasa de víveres porque ha barqueado un par de veces.

—No comprendo hacer víveres aquí con su base de Ferrol a tan escasas leguas, a no ser que le una especial amistad con esos pesqueros. Pero cada uno sabe lo suyo y lo mío es mirar a los cielos.

Decía que los comandantes casi siempre son capaces de presentir los riesgos a que deben enfrentarse sus buques y en aquella ocasión se confirmó la teoría hasta coronar estrellas. Porque si habíamos disfrutado de unas condiciones magníficas con vientos frescos del segundo cuadrante y mar ligeramente picada, hasta bendecidos con un sol de primavera en algunos momentos, la negra volvió a saltarnos contra la cara como si estuviéramos perseguidos desde los infiernos. Aunque el día 2 de noviembre amaneció con cielos tomados, escasa visibilidad y viento frescachón del suroeste, rolaba a continuación, hasta que ya en el mediodía se centraba en el norte sin misericordia, al tiempo que aumentaba su fuerza a ventarrón y con miras al alza. El segundo contraamaestre del *Palomo* largaba una de las habituales sentencias entre los de su clase.

—Esto se rematará en temporal de travesía<sup>[87]</sup> antes que tarde, señor comandante. Y a verlas venir quedamos.

—Estoy de acuerdo en la ocasión, don Braulio —corroboró Quevedo—. Maldita sea la sultana y sus zorras. No sé qué cojones hago aquí, fondeado con dos cables de mierda. Perdona mis palabras, señor...

—Nada de perdones, Quevedo. En su caso diría lo mismo o algo peor.

—Don Braulio, prepare capa de trinquete y velacho para darla en cuanto sea necesario. Si la situación empeora deberemos intentar salir de esta ratonera, lo que será empresa difícil.

El enfado de Quevedo era lógico. Y comencé a preocuparme en serio cuando en las primeras horas de la tarde el temporal se cuadraba en varas largas, aunque todavía con alguna esperanza de que partiera cruces. Sin embargo, pocas horas después comenzaban a tomar la playa las pequeñas embarcaciones, a petición propia las del lugar y con los cuernos por delante las foráneas, que no se libraban de partir cuadernas. La mar del norte al noroeste nos entraba de cara y ya los cables comenzaban a pedir en demasía. No era momento de expresar opiniones por mi parte si no eran requeridas, pero estimo que se perdió el momento oportuno de intentar ganar la mar cuando todavía era posible, que no es necesario recibir órdenes de capitana alguna para salvar el buque propio, como hicieron algunos mercantes. Porque entramos en la noche con las olas batiéndonos a muerte, saltando la proa en libertad hasta barrer toda la cubierta.

En repetida y triste experiencia me veía forzado a sufrir una posible varada, así como pensar en el propio salvamento. Pasada la medianoche, la mar nos comía a dentelladas, arbolando por alto al cruzar la entrada. La *Magdalena* solicitaba auxilio con bengalas y cañonazos, acción que repetía el *Palomo* poco después. Y entrado en sinceros debo decir que encontré tal medida un tanto absurda y fuera de tiempo. Se trataba de una petición a la que nadie podría concurrir desde tierra porque el temporal impedía cualquier socorro, ni desde la mar cuando cada uno trataba simplemente de sobrevivir. A las tres de la mañana partía sus cables la fragata y aunque largaba el aparejo mínimo de capa para maniobrar, derivaba hasta colisionar a fuerza con la *Narcisus* para quedar ambas unidades con los aparejos enredados. Como los cables de la fragata inglesa aguantaban de firme el fondeo, picaba sus palos y jarcias con rapidez hasta conseguir desprenderse de la *Magdalena*, que por fin quedaba libre para intentar salir de la ría.

A bordo del *Palomo* la situación era similar. Poco antes de las cuatro partían por fin los dos cables, una situación esperada que nos dejaba a merced

de la mar entrante. Quevedo ordenaba largar trinquete y velacho de capa, intentando aproar a la punta Roncadoira, una acción tardía en mi opinión. Desde mi situación en el alcázar escuchaba restallar las relingas en los penoles como rebenques de cómitres, con escasas o nulas esperanzas de que consiguiéramos nuestro objetivo. Porque conforme entraba la mar en la ría, arbolaba sus crestas de espuma blanca muy por alto, al punto de ser zarandeados sin misericordia como barrilete en río bravo.

Los bandazos que sufría la *Magdalena* le hicieron venir guarda abajo al mastelero mayor, arrastrando consigo la habitual maraña de jarcia firme y de labor que se intentaba aclarar con hachuelas. Ante el peligro que representaba el palo macho con obencadura medio partida, se picaba por la fogonadura, arrastrando por desgracia en su caída la batayola y arrancando pedazos de la regala y barraganetes. Tales acciones aflojaban las costaras de la tablazón, lo que producía inminentes vías de agua imposibles de contener.

Por su parte, las fragatas inglesas picaban palos sin dudarlo y fondeaban las anclas restantes para quedar amparadas en la resistencia de sus cables, mientras la *Amazona*, fondeada más afuera, conseguía ganar la mar con aparejo mínimo y suspiros de ofrenda. Algunos mercantes derivaban hacia las piedras por derecho, maniobrando a la brava para encarar playa de varada, mientras unos pocos conseguían librar las puntas.

El teniente de navío Quevedo intentaba todavía progresar con proa casi a levante, cuando comprendió que su deriva imposibilitaba cualquier intento de abandonar la ría. Sin perder tiempo y con esa extraña frialdad que ataca a los comandantes en la mar cuando ven Llegada su última singladura, ordenaba picar los palos por la fogonadura y largar el anclote con los calabrotes de refuerzo para intentar mantenerse. Pero poco duraba la esperanza porque garreaba el anclote sobre el fondo a salto de rana gorda y comprobábamos que el *Palomo* abatía en caída libre hacia la playa de Sacido. El piloto informaba a gritos, intentando superar el bramido de mar y viento.

—¡Hay piedras a un cable de tierra, señor! ¡No llegaremos a la playa!

—Ya lo sé —contestó Quevedo de forma seca.

Como suele ser habitual a bordo de todo buque cuando se estima la situación abierta a muerte, se fabricaban jangadas de emergencia como ultima oportunidad para salvar la vida, situación que viviera por mi parte semanas atrás en la *Mosca*, una nefasta repetición que era difícil de creer. El *Palomo* continuaba derivando al galope hacia la playa de Sacido, deteniéndose en seco cuando su costado de estribor clavó maderas en los rompientes. El balance fue formidable, al punto de hacer rodar por cubierta a muchos



hombres. Y en dicha banda se afanaron los que pudieron cuando comprobaban que la playa se encontraba casi al alcance de la mano. Poco a poco y con cada nuevo empuje de la mar el casco del bergantín se hacía pedazos, elevando unos quejidos de muerte que abrían surcos en la piel. Miguelillo se apretaba a mi lado sin expresar miedo en el rostro, a pesar de que la condición de no ser capaz de mantenerse a flote sobre las aguas lo impelía a una muerte segura. Intenté animarlo en tan triste momento.

—Pienso asirme al primer madero que encuentre cuando salte al agua, si es que nuestra Señora me ofrece la oportunidad. Procura agarrarte conmigo.

—No se preocupe, señor. Será lo que Dios quiera.

Aunque a bordo de la *Magdalena* se lanzaban al agua todos los pesos y se trabajaba en la bomba a ronda de muerte, el agua alcanzaba ya a la cubierta de la batería. Por fin, anegada hasta la del combés era violentamente arrojada contra los arrecifes de los Castelos en la playa de Covas. Por su parte, el casco del *Palomo* aguantaba los embates hasta poco antes de la amanecida, momento en el que con un último y formidable bramido se partía en dos pedazos, como una muralla derribada por bala artillera. Era el momento último y posible. Agarrando a Miguelillo por el brazo, cuando se abrían las primeras luces me lancé al agua que encontré muy fría. Me vi golpeado por cuerpos y trozos del casco, hasta que pude aferrarme con fuerza a un alargado madero. Aunque notaba que se clavaban en mi mano mil astillas, no sentía dolor alguno, sino simplemente pensaba en no perder la única salvación posible. Intenté localizar a Miguelillo barriendo mi brazo a la derecha, pero nada encontré. Sentí una gran tristeza, aunque ya rezaba por la salud de mi alma, al creer llegado el último suspiro. Porque todo dependía de que los rompientes me tajaran al gusto o un golpe del madero contra las piedras me lo arrebataran de cuajo.

Aguanté durante un tiempo que me pareció interminable. Comencé a sentir que mis piernas tocaban las piedras del fondo a intervalos, conforme las olas me tomaban por alto en las crestas o lanzaban en rondo por sus senos, intentando elevarlos para librar los golpes aunque en alguno me rajaran la piel como cuchilla. Cambiaba mi mano como asidero al perder la fuerza en ellas hasta el límite. Y cuando creía entregar mi alma, rendido de mente y cuerpo, sin fuerzas para sostenerme asido al madero salvador un segundo más, volví a sentir que mis pies tocaban fondo. Pensé que como especial bendición podía ser la playa que a la vista se encontraba. Y no se trataba de espejismo porque pronto comprobé con extremo placer que pisaba arena fina donde se hundían mis botas.

Todavía en el día de hoy no comprendo cómo fui capaz, preso del mayor agotamiento jamás sufrido, de dar un solo paso en el fondo arenoso. Insuflado tal vez por el ansia de vivir que a todo nos mueve y con el agua a la altura de las rodillas progresaba pulgada a pulgada. En equilibrio inestable cual marinero entrado en aguardiente, comencé a caer, intentando clavar las rodillas. Necesitaba unas pocas varas más solamente, aunque no me creía capaz de lograrlo. Fue entonces cuando unos brazos fuertes me tomaron para arrastrarme tierra adentro, mientras ya el conocimiento se perdía entre sueños de piedras negras y marrajos comiendo mis intestinos.

\* \* \*

Desperté sobre duro camastro mientras una campana doblaba a muerte sin descanso en la lejanía, o así lo entendía mi maltratado cerebro. En un principio, creí que se trataba de mi propio funeral o entierro, un pavor sufrido desde el más allá por culpa de mis pecados. Pero conforme la vista se agudizaba poco a poco, sentí el alivio de comprender que me encontraba en el mundo de los vivos y había sobrevivido a un nuevo naufragio, esa costumbre que se amadrinaba con demasiada repetición a mi vida. Intenté volver la cabeza, aunque un dolor agudo me lo impidió. Por fortuna, pude mover las manos y palpar mi cuerpo para comprobar que las vendas lo inundaban, así como los brazos embozados en telas blancas con manchas de sangre. Conforme regresaba a la vida comencé a escuchar algunos gemidos cercanos a mí, por lo que supuse que debía encontrarme en algún hospital o centro de heridos. Una suave voz me devolvió a la realidad plena.

—¿Cómo se encuentra, señor?

No veía a nadie hasta que la voz se enfrentó a mí directamente transformada en rostro. Se trataba de un hombre joven con uniforme de la Armada que me sonreía con extrema benevolencia.

—Estoy vivo —pude responder con cierto esfuerzo y la garganta medio atascada todavía.

—De eso no hay duda, señor. Si me lo permite, desearía saber quién sois.

El rostro volvía a sonreír. Ya se había hecho la luz en mi mente con cierta claridad y comprendí que aquel oficial intentaba identificar a los supervivientes.

—Capitán de fragata Adalberto Pignatti, embarcado de transporte en el bergantín *Palomo* del que..., del que debía tomar el mando en pocos días. — Conforme desgranaba estas palabras, parecí comprender de pronto que había perdido mi barco, como si se tratara de comandante tras naufragio propio, un sentimiento de infinita tristeza—. Bueno, eso no será ya posible.

—Quedo a las órdenes de vos, señor. Soy el teniente de navío Alfonso Rodrigues, comandante de matrícula de la provincia de Vivero. El bergantín *Palomo* se perdió contra los rompientes de la playa de Sacido.

—Maldita sea esa playa y sus piedras. ¿Han muerto muchos hombres?

—Creo que sería más sencillo exponerle que se han salvado veinticinco solamente del bergantín.

—¡Qué horror! Cincuenta hombres perdidos cuando la playa se encontraba a la mano. ¿Y el comandante?

—El teniente de fragata Quevedo se encuentra malherido, pero sanará si no sufre infecciones.

—¿Y yo? ¿Cómo me encuentro? Siento dolor en el cuello, en el costado; bueno, por todo el cuerpo.

—Ha sufrido muchos cortes por piernas, brazos y pecho, algunos de cierta profundidad con la necesaria sutura. También ha perdido bastante sangre, pero no parecen de cuidado sus heridas y sanará con rapidez si no aparecen humores infecciosos. Eso al menos dice el galeno que lo examinó y curó.

—¿Podría indicarme si ha llegado a la playa un joven llamado Miguelillo? Se trata de mi criado particular.

—No sabría decírselo porque algunos alcanzaron la orilla medio desnudos y no han sido identificados todavía. A vos lo reconocí como oficial por sus botas. Pero la tragedia del *Palomo* no es comparable a la de la fragata *Magdalena*, que ha sufrido una cantidad de muertos espantosa. Nunca creí que pudieran perder la vida tantos hombres, encontrándose a tan escasa distancia de tierra.

—¿Cuántos se han salvado?

—De la fragata *Magdalena* ocho hombres solamente consiguieron alcanzar la playa de Cobas pero cinco de ellos se encuentran a las puertas del Altísimo.

—¡Dios bendito! En la *Magdalena*, además de su dotación se encontraba la brigada de Artillería de Marina y las dotaciones de tres cañoneros al completo. ¡Más de quinientos hombres perdidos! ¿Sabe algo de los capitanes de navío Zarauz y Salcedo?

—Todos los oficiales que se encontraban a bordo perecieron. Precisamente el cadáver del capitán de navío Salcedo apareció en la playa abrazado a un joven guardiamarina que, según tengo entendido, era su propio hijo. Estos datos los conozco a través de un oficial que no pereció, el alférez de navío Manuel Díaz Herrera, por encontrarse en tierra carenando una lancha con veinte operarios, que también a esa labor deben su vida.

Quedé en silencio mientras repasaba algunos rostros de los oficiales que había conocido a bordo de la fragata, entre ellos los dos capitanes de navío, el teniente de navío de la Torre y el capitán de bombardas, comandante de la brigada de artillería, Francisco Hueso. Un desastre más de la Armada en la mar que no debería extrañar a nadie aunque sí avergonzar a alguna Autoridad. Porque en este particular caso si los buques hubiesen dispuesto de buenos cables podrían haberse mantenido aferrados al ancla, como consiguieron hacerlo algunas fragatas inglesas. Intenté dejar la mente en blanco cuando volví a oír las palabras del teniente.

—Si necesita algo, señor, no tiene más que pedírmelo. Siento que de momento deba permanecer aquí, pero intentaré buscar un hogar más confortable. Cuando se encuentren en condición de ser trasladados, marcharán hacia Ferrol.

Asentí con la cabeza, sin fuerzas para enhebrar una palabra más. Cerré los ojos para que estimara mi entrada en sueños aunque mi mente continuaba en triste homenaje a tantos compañeros de mar. Para colmo la figura de mi cuñado vino a cubrir la escena, considerándolo también perdido a bordo del *Estrago* con todos sus hombres. Un peaje más que la Armada entregaba a la mar, ese conjunto de hombres empeñados en vivir sobre las aguas hasta ser comidos por las olas.

## 26. Feliz reencuentro

Al día siguiente del naufragio fui trasladado a una vivienda en la localidad de Vivero propiedad de don Francisco Javier Pasaron, hombre de leyes retirado que se ofreció de forma generosa a hospedar a los tres únicos oficiales que habíamos sobrevivido al desastre naval; el teniente de fragata Diego Quevedo, con graves heridas, especialmente una muy abierta y profunda en la cabeza, el alférez de navío Manuel Díaz Herrera, ileso por encontrarse con trabajos en tierra y yo. El resto del personal, inicialmente instalado en casas particulares, acabó por ingresar en un pequeño hospital de campaña fabricado en fortuna, con tiendas proporcionadas por el Ejército.

Aunque en un principio fueron todos los vecinos quienes se lanzaron en generosa y humanitaria ayuda para asistir a los heridos que a la playa arribaban, poco después eran auxiliados por los hombres enviados por el mariscal de campo Mariano Renovales, al tener conocimiento del desastre. Porque no solo se buscaron náufragos con vida o se recogieron multitud de cadáveres, sino que fue necesario cavar fosas comunes de suficiente envergadura al mismo borde de la playa, incapaz el pequeño camposanto del pueblo para albergar tamaño número de fallecidos.

A partir de ahí los días comenzaron a transcurrir con exasperante lentitud. Solamente sufría heridas cortantes por todo el cuerpo, catalogadas como de escasa importancia, aunque una de ellas acarreó algunos problemas de cierta entidad. Recibida en el costado y con hendidura entrante en cuña, hizo necesaria una nueva y alargada sutura que se complicó con supuraciones e inflamación al punto de preocupar al cirujano del Ejército. Eché de menos las hierbas curativas de Okumé porque los ungüentos del galeno parecían obrar a la contra. No obstante, a partir del quinto día comencé a sanar con extrema rapidez, milagro que achaqué a los buenos y espesos caldos cocinados por la señora de la casa.

El alférez de navío Díaz me puso al corriente del cómputo total del desastre, aunque ya lo estimara a ojo con las noticias recibidas el primer día. En la fragata *Magdalena* y el bergantín *Palomo* se encontraban embarcados un total de quinientos ochenta y tres hombres de los que sobrevivieron inicialmente treinta y tres. No obstante, y para aumentar la desgracia, cinco más perdían la vida en los siguientes días. En cuanto a los buques ingleses, también se notificaron cuatro muertos en la fragata *Narcisus*, así como elevado número de heridos en dicha unidad y otras inglesas que soportaron la mar con grandes esfuerzos y, por qué no decirlo, el adecuado material del que siempre es necesario disponer a bordo.

Cuando ya soportaba a duras penas la inmovilidad durante una interminable semana, fui autorizado por el cirujano Cifuentes para abandonar la cama y salir al exterior y dar paseos de corta duración. Como es fácil imaginar, la primera preocupación fue buscar en el hospital de campaña a mi criado, el joven Miguelillo, aunque guardara pocas esperanzas de encontrarlo con vida. Recorrí las filas de enfermos con el corazón agrietado en penas. Porque no es igual observar la sangre a bordo durante un combate corrido que comprobar en tierra cómo sufrían algunos de aquellos hombres, elevando gemidos sordos sin posible respuesta. Y ya encaraba la última fila con la tristeza encajada a fondo y pensando cómo notificaría la pérdida a su abuelo, el fiel Simón, cuando creí reconocer su espigado cuerpo sobre un pequeño catre, arrebujado en cobertor sanguinolento y con el sentido aparentemente perdido. Me acerqué a él acompañado por un cirujano que atendía mis preguntas hasta reconocerlo. Sentí una gran felicidad por el muchacho y porque en verdad se trataba del primer suceso positivo en muchos días.

—¡Miguelillo! —Toqué su hombro con suavidad aunque los ojos abiertos no parecían reconocerme—. ¿Cómo te encuentras, rapaz? Has superado una dura prueba, nueva historia para contar a los de tu tierra. Pocos creerán que has sufrido dos naufragios en cuatro meses.

El joven campero no contestó una sola palabra pero creí observar que intentaba forzar una ligera sonrisa en la boca. Incluso elevó su mano derecha unas pulgadas para dejarla caer de extenuación poco después. Escuché las palabras del galeno.

—Este joven se encontraba a las puertas de la raya con profundas heridas y una grave inconsciencia. Ayer despertó, pero todavía no habla ni es capaz de probar bocado.

—Supongo que vivirá.

—Es joven y fuerte, la mejor medicina. Si conseguimos que ingiera alimentos, sanará con rapidez. Ninguna de sus heridas es preocupante, tan solo la fuerte conmoción.

—Por favor, que se ocupen de él como si se tratara de mi hijo. Le tengo especial aprecio.

—No se preocupe, señor.

Aproveché la presencia de un par de oficiales del Ejército y el comandante de matrícula de Vivero para indagar sobre la suerte corrida por el cañonero *Estrago*. Por desgracia, nada sabían de mi cuñado y sus hombres, con lo que de nuevo me vi asaltado a batientes por una profunda tristeza. Centraba mis últimas esperanzas en que hubiese sido apresado por los franceses y esos malditos le hubieran respetado la vida si no había ofrecido resistencia, una condición difícil de creer.

Continué una semana más en la localidad de Vivero, cuyos moradores debían de recibir el mayor agradecimiento por parte de la Armada. Pero así son los hombres de mar, hermanos de sangre cuando se producen tales calamidades. Y en verdad que no retrasé mi marcha por el estado de la herida, sanada casi al completo, sino esperando comprobar la recuperación de Miguelillo que regresaba a la vida con inesperada velocidad. De esta forma, se cumplía el vigésimo día de aquel aciago mes de noviembre cuando emprendimos regreso hacia la capital del departamento marítimo. Miguelillo todavía mostraba un brazo inmovilizado con vendas al cuello, pero su rostro era el más puro retrato de la felicidad.

—¿Cómo te fue posible llegar hasta la playa? Todavía no puedo entenderlo, sabiéndote incapaz de mantener el cuerpo a flote un solo segundo. Te busqué a mi lado tras saltar al agua pero habías desaparecido.

—Si le digo la verdad, señor, todavía no comprendo cómo se produjo lo que estimo sin duda cual milagro a exponer en los altares. Salté con vos, pero me vi inmerso entre las aguas negras, bajando hacia las profundidades. Tragué mucha agua, pero debió de ser alguna de aquellas gigantescas olas la que me devolvió a superficie, al tiempo que golpeaba contra algo duro y rocoso. De pronto me vi agarrado del cuello por una mano recia que cerca estuvo de estrangularme. Era el cocinero de equipaje, hombre fuerte y generoso que me señaló el madero al que se encontraba asido, indicándome que lo tomara con fuerza. Y así lo hice porque clavé mis manos en el tronco como garras de gavilán sobre su presa. Por desgracia, una ola nos hizo chocar contra las piedras, desapareciendo don Anselmo de la escena. Yo seguía aferrado a muerte contra la tabla, recibiendo golpes por toda la geografía de

mi cuerpo. Sin embargo, debí de alcanzar la playa porque me encuentro con vida, aunque nada más recuerdo. Me dijo el galeno que perdida la consciencia debí de continuar engarfiado al palo salvador como agarrotamiento de cadáver.

—Bendita sea tu estrella. Tal milagro merece un exvoto en la capilla de Santa Rosalía.

—¿Exvoto? ¿Qué es eso, señor? —mostraba cara de espanto, cómo si hubiera mentado su paso definitivo al infierno—. No deberé entrar en religión. —Nada de eso. Ya te lo explicaré en su momento.

Una vez llegados a la ciudad departamental conseguí plaza en la posada de tránsito, al tiempo que me presentaba al capitán general del departamento para exponer mi situación personal y recabar la posible información existente sobre el cañonero *Estrago* y su dotación. En cuanto al primer envite se me ofreció pasar a Cádiz con el primer buque que en tal dirección partiera, por continuar destinado como ayudante del general Escaño. Pero al elevar la pregunta sobre el segundo tema, se encogió de hombros el general estimando que la pequeña unidad se habría perdido contra las piedras. De esta forma, regresé a la posada con el ánimo a la baja y las esperanzas perdidas. Porque *Gigante* había sido protagonista de varios milagros, pero aquella situación superaba por alto las crestas y sería más propio de coro de santos en trabajo colectivo.

Conseguí nueva uniformidad, la segunda vez que sufría tal contingencia en pocos meses, gracias al caudal entregado por mi cuñado antes de separarnos. Porque la faltriquera llegó conmigo a tierra bien asida a la cintura, que no era cosa de perder mi única fortuna. Y en estas tristes cavilaciones pasé una semana tediosa con alargados paseos a la vista de la hermosa ría ferrolana, acompañado por Miguelillo que había regresado a la vida con una mayor actividad si cabe, ufano y orgulloso de haber sobrevivido a un segundo y espantoso naufragio. Creo que fue en los últimos días de noviembre cuando recibí aviso desde la mayoría general del departamento en el sentido de que cinco días después partía la goleta mercante *Caridad* con carga costanera, así como correo oficial y particular hacia Cádiz.

Rellené el parte de embarque y quedé en espera de la fecha definitiva de su salida a la mar. Cuando se lo comenté al rapaz campero, mostró signos de tristeza.

—¿Qué piensa decir el señor a la familia sobre la suerte corrida por don Santiago y Okumé?



—Como otras veces, intentaré mantener a las señoras entre mentiras piadosas por si se produce un nuevo milagro en el que, por desgracia, no creo. Espero que poco a poco sean capaces de conllevar la pérdida con la necesaria resignación. Pero así es la vida de los hombres de mar, que ni siquiera reciben un puñado de tierra sobre sus restos sino agua salada en bálsamo definitivo.

—Parece mentira que esas aguas que ahora observo en dulce movimiento —Miguelillo dirigía la mirada con arrobada admiración hacia la bella ría ferrolana—, lleguen a agigantarse como catedrales amparadas con brotes de espuma en sus torres. Son dos los naufragios que he sufrido en escaso tiempo y por todos los santos que no me gustaría repetir la maniobra.

—Con el escaso tiempo que sirves en la mar, has sufrido las más duras experiencias como son un combate y dos naufragios. Confiemos en la suerte y que el próximo embarque nos lleve hacia las Indias para navegar por aguas azules y cristalinas.

Miguelillo se movió con nerviosismo, como si dudara en elevar una nueva pregunta. Me miró con una profunda angustia reflejada en su rostro antes de lanzar el dardo.

—Pienso mucho, señor..., quiero decir que todavía me preocupa ese voto que mencionó y he de realizar...

—No se trata de voto alguno, rapaz. —Largué una sonora carcajada al comprobar su compungida estampa—. Me refería a un exvoto. Se trata de una ofrenda que se dedica al Altísimo, a nuestra Señora o un santo determinado en señal y recuerdo por haber recibido un don inesperado y milagroso. Normalmente se ofrece una figura de cera con alguna parte del cuerpo sanada, una muleta, cabellos o cualquier objeto que recuerde el bien otorgado desde los cielos. Por eso te hablaba de la capilla de la hacienda, que no ha sido estrenada en tal concepto aunque serían muchos los que deberían adornarla. En tu caso podría ser una cabeza de joven moldeada en cera, recordando que mantuviste el sentido perdido durante bastantes días.

—¡Por todos los santos que ahora lo comprendo! Qué alivio tan grande me concede, señor. —Sonreía de felicidad—. Ya me veía enclaustrado en monasterio con ropa talar y metido en rezos durante todo el día.

Volví a reír de buen humor ante la salida del joven y su alegría al comprender el significado de la desconocida palabra. Pero fue una sensación fugaz porque al comprobar cómo las olas mordían las rocas por fuera de la ría, la imagen del cañonero *Estrago* rompiendo sus maderas contra los rompientes me llegó con extrema nitidez al cerebro. Y por encima de la

imagen aparecía la figura de *Gigante* al ser despedido por los aires, para acabar perdido para siempre entre las aguas.

\* \* \*

La goleta *Caridad* estableció su salida a la mar desde Ferrol hacia Cádiz para el día quinto del mes de diciembre. El capitán con sabio juicio había retrasado en dos días la partida para esperar a que amainara un fuerte temporal del noroeste, que había recorrido la zona dejando más de un buque empernado contra las piedras de la costa de la muerte. El día anterior a la partida, con el equipaje embarcado por Miguelillo, me dirigí a la mayoría general del departamento para llevar a cabo la oficial despedida. Mi conversación con el brigadier Monteiro fue rápida, deseándome suerte para el futuro y ofreciendo especiales recuerdos para el general Escaño, bajo cuyas órdenes había servido a bordo del navío *San Fulgencio* cuando era un joven guardiamarina.

Cuando me dirigía hacia la salida, pueden creerme si afirmo que entendí como mágico espejismo observar la figura del alférez de navío Aguiar, comandante del cañonero *Estrago*, que se disponía a entrar en el edificio. Dudé en los primeros momentos porque tan solo lo había visto una vez al coincidir a bordo de la fragata *Magdalena* en una reunión de comandantes, pero no creía haber olvidado su rostro aniñado y espigado cuerpo. Tras quedar absorto e incapaz de mover un solo músculo durante unos segundos, me lancé hacia él a la carrera, tomándolo por el brazo en el pasillo. Y con el riesgo de caer en el más espantoso de los ridículos si erraba en el reconocimiento, lo abordé con voz en alto.

—¿Aguiar? ¿No es usted el alférez de navío Aguiar, comandante del cañonero *Estrago*?

—Sí, señor. ¿A qué debo su...?

—¡Benditos sean los cielos que nos alumbran! ¿Cómo es posible su presencia aquí? —Todavía me movía con nervios desatados y voz temblorosa—. Soy el capitán de fragata Pignatti, cuñado del capitán de navío Leñanza. Lo daba por perdido, pero al verle... ¿Qué les sucedió? ¿Han sobrevivido muchos miembros de su dotación? —Evitaba formular la pregunta definitiva por miedo a una respuesta no deseada.

—Puede quedar tranquilo, señor. —Su sonrisa hizo el efecto en mi alma de un bálsamo sedante—. Desde el jefe de la flotilla hasta el último grumete llegamos a esta plaza hace dos días. Acudo a elevar al mayor general el parte por escrito de todo lo acaecido al cañonero bajo mi mando desde que varamos

en la ensenada de Elanchove. Y si no lo hace quien actuaba como jefe de flotilla, el capitán de navío Santiago de Leñanza, se debe a que sufrió un impacto en el ojo izquierdo y lo ha perdido. Fue intervenido anteayer en el Real Hospital de Dolores. Se encuentra bien aunque..., bueno, quiero decir que le vaciaron el globo ocular y quedará tuerto. Una verdadera desgracia cuando ya abordábamos las últimas leguas de nuestro penoso tornaviaje. Pero puede sentirse orgulloso porque gracias a él conseguimos regresar desde la costa vizcaína hasta aquí sin perder un solo hombre, una enorme distancia recorrida a pie por esos montes de Dios con alguna refriega esporádica contra los franceses.

—Ese es el capitán de navío Leñanza en su más pura esencia, sin duda. — Un sentimiento de plena felicidad recorría mi cuerpo—. No sabe cómo le agradezco su información. Ya les daba por perdidos y me disponía a salir hacia Cádiz con la penosa noticia de su desaparición.

—Pues en el Real Hospital lo tiene, señor, acompañado de su inseparable africano.

—Bendita sea Nuestra Señora del Rosario que los ha amparado. Le deseo toda la suerte posible en su carrera, Aguiar, que bien lo merece. Y puede estar seguro de que siempre recordaré su rostro.

—Muchas gracias, señor. Esta tarde volveré a visitarlo.

—Pues allí nos veremos.

Pensaba en salir de estampida hacia el Real Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, situado en el barrio ferrolano de Esteiro, pero comprendí que antes debía deshacer todo el plan organizado. Urgido por enfermiza prisa informé de lo acaecido a Mguelillo, que saltó de alegría al escuchar la nueva, para pasar a la goleta *Caridad* y desembarcar nuestro equipaje ante el asombro del capitán. También regresé a conferenciar con el mayor general de capitanía e indicarle el cambio en los planes establecidos, exponiendo mi parentesco con el oficial instalado en el hospital y la necesidad de acompañarlo. Lo comprendió el buen hombre y sintió no haberme ofrecido la inesperada nueva sobre la dotación del *Estrago*, que conocía desde la tarde anterior, por no relacionarme con el capitán de navío Leñanza. Me autorizó a decidir el regreso a Cádiz cuando lo estimara conveniente, al tiempo que recomendaba los cuidados necesarios en persona que ha perdido un ojo. Su hermano había padecido idéntica situación, estimando necesario un especial periodo de convalecencia junto al calor y el afecto de la familia. Le contesté que esa era mi intención y partiría con él hacia Cádiz en cuanto le concedieran el alta.

Sin más dilación, nos dirigimos a paso ligero hacia el barrio de Esteiro, donde poco después encontrábamos el inconfundible Hospital de Dolores, llamado así de forma popular y construido en 1767, tal y como explicaba una placa de mármol en su entrada. Tras elevar la oportuna pregunta a un cirujano tomado al vuelo en el zaguán de registro, nos presentamos ante la habitación donde debía encontrarse quien siempre sorprendía a propios y extraños con una nueva e inesperada hazaña. Abrí la puerta para comprobar la inconfundible figura de Okumé, sentado junto a una cama donde aparecía un bulto arrebujaado que todavía no era capaz de reconocer en la distancia. Me acerqué sin hacer ruido hasta que el africano descubrió mi presencia, momento en el que con una alargada sonrisa venía hasta mí para abrazarme con efusivas muestras de alegría, al tiempo que largaba su primera sentencia.

—Ya se lo repetía al señor y no me creía. Don Beto habrá sobrevivido a esos desastrosos naufragios que se comentan en cada esquina de la ciudad, donde no cesan de doblar las campanas de todas las iglesias.

—¿Beto? —*Gigante* se había vuelto, momento en el que pude comprobar el alarmante vendaje entablado sobre su ojo izquierdo—. ¿Te has salvado completo de huesos y carnes de esos naufragios? Ya lo decía mi sabio padre. Bicho malo nunca muere.

—Eso te lo puedes aplicar a ti, culebrón rastrero. —Me acerqué hasta él para apretar sus manos con cariño—. No sabes qué hacer para llamar la atención, seguir ascendiendo y distanciarte de mí en el listado general de la Armada. Ahora en serio, ¿cómo te encuentras? Siento que hayas perdido un ojo, aunque tal y como corre la situación en España por estos días puede ser mejor verlo todo con un solo fanal.

—Gracias a Dios han cesado los dolores casi por completo. Ya sabes que no he sido de los que se quejan en blando cuando sufren heridas de todo tipo, pero no puedes imaginar lo que he padecido durante dos días con las agujas taladrando el cerebro. Y anteayer, tras la intervención, sobreviví gracias al láudano que aparejó por su cuenta el alférez de navío Aguiar. No he de explicarte lo que escasea ese brebaje salvador en nuestros hospitales.

—Ya me comentaron que los dolores en la vista son especialmente graves y difíciles de soportar. Pero lo importante es que te encuentras con vida cuando te creía perdido a bordo del *Estrago*. Después de todo, un ojo es más que suficiente para navegar. A partir de ahora cobrarás la misma estampa que el almirante Nelson o el teniente general Blas de Lezo.

—No me jodas, Beto, que don Blas también había perdido una pierna y un brazo.

—Todo se andará con el paso del tiempo si continúas con tus peligrosas aventuras.

—¿Y tú? Creo que la mortandad sufrida en la ría de Vivero fue espantosa.

—Así es. Salvé el pellejo por una madeja fina. Pero mayor fue el milagro de que sobreviviera el joven Miguelillo aferrado a un madero.

—Bendita sea nuestra Señora de Valdelagua que nos ha amparado a todos entre sus velos.

—Algún día deberíamos visitar la iglesia o ermita donde se venera esa Virgen a la que eres tan devoto.

—Te prometo que asistiremos juntos. La verdad es que jamás he visto su figura y se trata de una vieja advocación familiar. Pero regresando al tema que me interesa, he oído que tanto Zarauz como Salcedo perdieron la vida.

—Así es. El caso del comandante de la *Magdalena* fue más triste porque apareció en la playa a la mañana siguiente abrazado a su hijo, el joven guardiamarina. Una desgracia terrible.

—Parece mentira que Salcedo perdiera la vida en Vivero, donde había servido como comandante de matrícula allá por el año de 1800. Debía de conocer bien los peligros de esa ría.

—Ya te contaré algunos interesantes detalles otro día, al tiempo que me narras paso a paso ese espectacular tornaviaje terrestre a través de media España. Ahora has de recuperarte cuanto antes. ¿Cuándo te concederán los galenos el alta?

—Será maniobra lenta y capaz de desesperar a un elefante porque no soporto mantenerme encerrado. Según el director que me ha realizado una cura esta misma mañana, todo se desarrolla al gusto de momento aunque es necesario comprobar que no surge ninguna complicación. Lo peor es que deberé esperar a que transcurran cuatro semanas más.

—¿Un mes en el hospital?

—Algo más, Beto, algo más. —Exhibía rostro de severa resignación—. Transcurrido ese tiempo me coserán los párpados, momento en el que debo permanecer dos semanas antes de que me retiren la sutura y reciba el alta definitiva para abandonar el hospital.

—¿Cosar los párpados has dicho? —Beto expresaba en su rostro la más profunda indignación, como si fuera la víctima—. ¿Qué quieres decir?

—Es una sencilla medida para evitar infecciones. También se intenta no afear demasiado el rostro con un agujero negro abierto en lugar del ojo, detalle capaz de ahuyentar a todas las hembras en un alargado radio de acción. Pero gracias a los cielos, ha pasado lo peor y más doloroso, que ya es

importante. Ahora mismo poco o nada me preocupa esa sutura. Okumé anda preparando un lujoso parche para cruzar la frente sobre la cavidad ocular, como la llama el galeno. Dada mi fortaleza física, más que el almirante Nelson me pareceré el pirata Henry Morgan.

—He encargado un pedazo de la mejor piel de gamuza para fabricarle el parche. —Okumé sonreía ahora de placer—. Quedará en perfectas condiciones. Nadie habrá lucido un adorno de tanta calidad en el rostro.

—No te privas de nada. Bueno, amigo mío, ¿necesitas algo más, sea lo que sea? Mañana partía una goleta hacia Cádiz en la que pensaba embarcar. Pero ya le he explicado al mayor general que esperaré tu curación para acompañarte hasta casa.

—No es necesario, Beto. Marcha en esa goleta. Mi hermana parirá en escasas semanas y mi recuperación se alargará...

—No digas estupideces. No me espera ningún mando de momento, una vez perdido el *Palomo*, y Rosalía dará a luz un hermoso niño aunque no me encuentre a su lado. Quedaré aquí hasta que te concedan el alta y no se hable más.

*Gigante* quedó en silencio, como si sus pensamientos hubieran volado en otra dirección. Volví a insistir.

—Me encuentro hospedado en la posada de tránsito. Si quieres vino o algún manjar especial no tienes más que decírmelo.

—No creo que lo permitan los cirujanos.

—¿Permitir? Vamos, amigo mío, con esas prohibiciones oficiales hago yo perdigones de plomo. Buscaré un buen vino y algún chorizo regio, de esos que dejan las manos embadurnadas en rojo. Con sopas y jarabes tardarás más tiempo en recuperarte.

—De eso estoy seguro.

Me despedí de *Gigante* con el ánimo arriba, aunque sintiera una penosa angustia al comprobar la merma de su cara, pero sabía que era cuestión de acostumbrarse y dejar pasar el tiempo. No se trataba de una herida extraña entre los hombres de mar porque era bastante habitual observar parches negros sobre los ojos por los buques de la Armada. No obstante, debía de haber sufrido mucho y todavía mostraba un aspecto demacrado. Todo parecía abrirse en camino de rosas y me sentía feliz, con un especial y beneficioso detalle que no era de despreciar, porque parecía que *Gigante* había olvidado a la joven de los cabellos rojizos, al aceptar su regreso a Cádiz en mi compañía, una penosa duda que había volado por mi mente clavando picas.

A partir de aquel momento me dediqué en cuerpo y alma a *Gigante*. Y como primera medida esa misma tarde aparecía en su habitación con una frasca de tres azumbres<sup>[88]</sup> de vino que amparé convenientemente entre los pliegues de una manta para no llamar la atención, un caldo rojo procedente de Cacabelos capaz de aligerar un muerto. Por su parte, Miguelillo incorporaba una generosa ristra de chorizos y tajadas de tocino, una de las viandas favoritas de mi cuñado. Volví a la vida cuando comprobé que charlábamos y reíamos como años atrás en el Real Colegio de Guardiamarinas. Su salud mejoraba día a día con rapidez, dormía bien, el dolor había desaparecido y tan solo se encontraba pendiente de la famosa sutura. En la segunda semana se le permitió pasear por la habitación y comer en dieta reforzada, incluidos algunos aguardientes incorporados de mi mano que por aquellas tierras llamaban orujos y calaban bien hondo.

Creía que habíamos volteado de forma definitiva la cresta de la mala suerte y todo se abría en color de rosa, pensando en la futura sutura de los párpados y el posterior traslado hacia el sur. Para no preocupar a la familia con tan alargada ausencia, envié recado hacia Cádiz, alegando que nos encontrábamos con salud y en espera de un pronto regreso a casa. Sin embargo, la vida nos ofreció una nueva jugada porque regresó el negro más duro contra la cara cuando menos lo esperaba, y de qué forma. Acabábamos de celebrar los días navideños y la entrada en el nuevo año, con licencia para pasear por el jardín, cuando una tarde en la que acudí al hospital como cada día me encontré a Okumé en el zaguán. Tan solo tuve que observar su rostro para comprender que algo no andaba bien. Al verme se acercó a la carrera.

—Se encuentra muy mal el señor.

—¿Qué le ha sucedido? ¿Se le han reproducido los dolores en el ojo?

—Según el cirujano nada tiene que ver con la pérdida del ojo. Recordará que ayer cuando se despidió le comentó que parecía sudar a pesar del frío existente. Por la noche despertó con escalofríos extremos, sopor, dolor de cabeza muy fuerte y sudor a raudales, así como unas manchas rojizas en el rostro. Toqué su frente y parecía capaz de hervir el agua. Esta mañana acudió el director y prohibió de forma tajante cualquier visita, alegando que sufría un grave proceso infeccioso.

—¿Un proceso infeccioso? ¿De qué tipo?

No esperé la respuesta, sino que ya subía con rapidez hacia el despacho del director. Se encontraba con dos compañeros y precisamente hablaban de mi cuñado. No necesité preguntar porque ya me explicaban la mala noticia con rostro apesadumbrado.

—Siento comunicarle que el capitán de navío Leñanza padece un tabardillo de pintas coloradas<sup>[89]</sup>.

Quedé sin habla al escuchar tan mala nueva porque bien conocía aquel mal y sus nefastas consecuencias. Si el tabardillo era enfermedad muy peligrosa, el que recibía el nombre de pintas coloradas ofrecía una elevada mortandad que a bordo solía diezmar dotaciones de buques y escuadras. Era famosa la sufrida en la del general Borja durante la guerra contra la Convención francesa, que hizo perecer a más de mil hombres. No sabía qué decir o preguntar, intentando tragar una saliva estancada de golpe en la garganta. Pero ya don Felipe María Besteda continuaba la negra exposición.

—Aunque esas erupciones suelen aparecer al tercer o cuarto día, debe de ser fuerte el ataque porque su fiebre es altísima y tales manchas han surgido con el brote.

—¿Presenta alguna relación con la intervención sufrida en el ojo?

—Ninguna conexión. Por desgracia, en los últimos años ha aumentado de forma notable dicha enfermedad, según algunos traída por las fuerzas de Bonaparte desde Oriente. Hay tres casos más en el hospital en estos momentos y puede haberle afectado dada su extrema debilidad tras el trauma sufrido, aunque no lo podemos asegurar.

—¿Y qué...? Quiero decir que cuál es su...

—Se encuentra muy grave y con sinceridad no sabemos si conseguiremos salvar la vida —el director hablaba con extrema seriedad—. Debe quedar aislado por precaución infecciosa. Y queda en manos de Dios aunque le prodigaremos los máximos cuidados que la ciencia nos ofrece hoy en día que, en verdad, no son muchos. Mientras la fiebre se encuentre en tales grados le ofreceremos balneación tibia o fría según el caso de subida o bajada. En el periodo de delirio tan solo disponemos de láudano como posible misericordia aunque en escasa...

—No se preocupe por el gasto. Compraré todo lo que sea necesario.

—Sería un generoso aporte porque la escasez es alarmante. También intentaremos la ingestión de líquidos grasos y el aceite de alcanfor, entre otras medidas.

De esta forma, comenzó lo que siempre he llamado como el más duro y alargado combate de mi vida. Porque tal y como preveían los cirujanos, *Gigante* entró en delirio profundo dos días después cuando ya la fiebre escalaba el tope máximo. Y para mayor frustración ni siquiera podía mantenerme a su lado, al asegurarnos que se encontraba en el periodo de máximo riesgo de contagio y quedaba estrictamente prohibido cualquier



contacto. Tan solo se autorizó la compañía de Okumé, aludiendo a que tal enfermedad no actuaba contra los hombres de su raza. De esta forma, podía tener una mano amiga de forma permanente, así como recibir noticias día a día.

La primera sorpresa me alcanzó en una de aquellas mañanas, cuando el africano narraba con ojos enrojecidos una de las espantosas noches sufridas.

—Ha sido espantoso, señor. Se agitaba entre fiebres y sudores, llamando a la Virgen y a... —Quedó en silencio como si hubiera cometido un inesperado desliz.

—¿A quién llamaba?

—Las dos últimas horas, antes de entrar en profunda modorra solamente pronunciaba el nombre de Audrey.

—Vaya por Dios. Creí que la había olvidado.

—Nada de eso, señor. Ya sabe que lo conozco tan bien como a la palma de mi mano y sé que nunca la olvidará. Es posible que se resigne a vivir sin ella, pero esa mujer no saldrá de su mente.

—Bueno, eso es lo menos preocupante en estos momentos. Los cirujanos son bastante pesimistas. Y dicen verdad porque los porcentajes de muerte en esta enfermedad son altísimos.

—No puede morir. —Okumé parecía elevar una plegaria—. Don Santiago es fuerte como un toro y sobrevivirá.

—Que Dios nos ampare.

Con tales perspectivas atravesamos el mes de enero del año del señor de 1811 y cruzamos seis semanas en las que la moneda se mantuvo rodando por la tapa de la regala. Mientras algunas mañanas parecía que el fin era inminente y Okumé llegaba a quebrar llantos, en otras los galenos ofrecían algunas lejanas posibilidades que nos llenaban de esperanza. Juro por todos los santos que sufrimos fuego en el alma día a día. El pobre africano enflaquecía a la vista, al punto de obligarlo a descansar bajo amenaza de prohibirle visitar a su señor. Y por mi parte también el alumbramiento de Rosalía pasaba a otra esfera.

Creo que fue a mediados de febrero cuando la fiebre comenzó a remitir y dejó de sufrir aquellos delirios intermitentes que lo alzaban a las puertas de los cielos. Por mi parte, y a causa de la falta de caudales, decidí marchar a Vigo y hablar con el banquero don Nicomedes Touriño, que ya financiara a *Gigante* cuando llegamos a esa plaza a bordo de la goleta *Sunset*. Estimaba esa visita con mayores posibilidades de éxito porque debía pedir crédito a nombre de mi cuñado y no esperaba grandes favores de comerciantes

ferrolanos desconocidos. Y para mi sorpresa, una vez expuse al banquero la situación por la que atravesábamos, ofreció su ayuda con rapidez y sin cortapisas. Como hombre sincero me explicó que las noticias recibidas por el afamado banquero don Benito de la Piedra sobre el capitán de navío Leñanza ofrecían el mayor de los créditos.

Como el asunto apuntaba para largo, tomé una pequeña posada en calle cercana al hospital, donde me instalé con Miguelillo. De esta forma, continuaron transcurriendo los días y semanas porque hasta finales del mes de febrero no me permitieron visitarlo. Cuando entré en su habitación, pude atestiguar que se trataba de Santiago de Leñanza quien se mantenía postrado en el lecho porque era la única cama a la vista y Okumé se mantenía a su lado. Baste decir que parecía otra persona, enflaquecida hasta un límite difícil de creer, brazos como plumas, endeble de fuerzas y rostro afilado como espolón. Volví a sentir una enorme tristeza cercana al llanto. Me miró desde el ojo hundido, intentando esbozar una sonrisa que quebró a medio camino. Y tuve que acercarme para poder oír sus palabras, largadas con la máxima economía mientras tomaba una de sus manos.

—Beto. Dime la verdad. ¿Moriré?

—Cerca estuviste, pero según los cirujanos has cruzado los rompientes de forma definitiva. Sufriste un tabardillo de pintas coloradas y ya sabes que si no acompaña la suerte por largo en dicho trance, como ha sido tu caso, quedas en el camino sin remisión. No puedo hablarte con mayor sinceridad.

—¿Por qué no has regresado a Cádiz? Rosalía habrá parido ya y tu carrera no debe verse comprometida...

—Calla, que debes descansar. Tanto el capitán general como el brigadier Monteiro han seguido tu enfermedad con interés. Te desean un pronto restablecimiento y ordenaron mantenerme a *tu* lado.

—Eso no es cierto. Seguro que mientes.

—Nunca saldrá una mentira de mi boca. Ahora debes pensar solamente en comer y recuperarte del todo.

—Intento comer, que debe de ser la mejor medicina en estos momentos, pero te juro que con dos bocados me siento lleno.

—Poco a poco, que no se libra la barra en una hora.

Para bendición de todos la mejoría de *Gigante*, aunque extremadamente lenta, se fue desarrollando al gusto de los cirujanos. Tanto así que entrados en el mes de abril llevaron a cabo el cosido de los párpados, práctica diferida mucho tiempo por causa del tabardillo maléfico. Aquella mañana en la que se procedió a efectuar la sutura, práctica cuidadosa por mano del propio director,

sufrí tanto como él. Sin embargo, no pareció dolerle porque ni siquiera cerró los puños y en escaso tiempo había liquidado el cirujano la maniobra.

Continuó la recuperación, ahora a la vista y con mayor rapidez, de forma que a mediados de mayo le autorizaron a abandonar el hospital con la condición de seguir una dieta severa de recuperación. Poco me preocupaba tal prescripción porque ya había pensado por mi cuenta en los procedimientos que deberíamos seguir, transformando la posada en una envidiada despensa en cuanto a viandas y caldos a disposición. Por último llegó el momento de incorporar el parche confeccionado por Okumé sobre la cicatriz, una vez extraída la sutura. Y entrado en sinceros puedo asegurar que no le degradaba el aspecto una mota aunque, en efecto, se parecía más a los grabados del pirata Morgan que a cualquier otro personaje famoso.

Una semana después comenzamos a salir de paseo por las calles de Ferrol, comiendo y bebiendo al gusto. Comprobé con inmensa alegría que mi amigo Santiago volvía ser el *Gigante* de siempre, condición difícil de creer meses atrás. Y para colmar el vaso se le daba el alta definitiva en el hospital, momento en el que los cirujanos entraron en verdadera sinceridad, asegurándole que todos pensaban en su muerte inminente durante las dos semanas más críticas de la enfermedad, cuando ni las balneaciones frías conseguían disminuir una mota su elevada temperatura. Dos días después acudimos a visitar al director para la despedida definitiva y agradecerle su dedicación. Se trataba de una persona excelente que acabó por transformarse en un buen amigo.

Con objeto de rematar responsabilidades, aquel mismo día acudimos a presentarnos al capitán general. Fue una audiencia amena y cordial, recibiendo Santiago las mayores expresiones de congratulación por su recuperación. Y como no era hombre que olvidara, el general alabó la proeza conseguida al regresar desde Vizcaya sin haber perdido un solo hombre, un detalle que no había podido expresarle debido a su ingreso en el hospital desde su llegada a Ferrol. También le comunicó que tales acciones habían sido publicadas en la Gaceta para honrar el nombre de los héroes y que se les había concedido a todos una paga como especial obsequio. También creí escuchar una promesa de promoción, aunque sin concretar fecha, conducta indigna al comprobar cómo ascendían cada día los que combatían por tierra, no todos con méritos demostrados.

También acudimos a despedirnos del mayor general, a quien había informado todas las semanas del estado del paciente. Y a través de él tuvimos conocimiento de que en el plazo de dos semanas, coincidiendo con el primer

día de jubo, saldría de Ferrol una fragata mercante con destino a Huelva y Cádiz. Sin dudarle fui a ver a su capitán para inscribirnos. No obstante, mientras atacábamos una succulenta cena aquella noche, *Gigante* largó una frase que me hizo atragantar el sorbo de vino.

—Mañana he de partir, Beto.

—¿Vas a partir mañana? ¿Hacia dónde? La fragata no sale a la mar hasta dentro de catorce días.

—Debo ir a Mondoñedo.

Decía sus palabras con extrema lentitud mientras dirigía la mirada hacia el vaso de vino. Todos los demonios regresaron de golpe a mi cabeza, como si reincidiera en una penosa enfermedad ya curada.

—Por favor, *Gigante*, no regreses a la misma badana. Creí que ya habías olvidado...

—Nunca olvidaré a Audrey, jamás. Puedo jurarte que durante aquellas noches de delirio en las que Okumé me creía con el sentido perdido, tan solo veía su rostro. He preguntado y como ya se considera la región de Galicia liberada en firme del francés, parece ser que las familias importantes evadidas han regresado. Tengo que verla o intentarlo al menos. Mondoñedo se encuentra a escasa distancia.

—¿Y después? —Dudaba en formular la pregunta definitiva por miedo a su respuesta. ¿Regresarás a Cádiz conmigo?

Me miró fijamente a la cara, para bajar la cabeza a continuación.

—A ti no te puedo mentir. No sé que pasará después. Todo depende, todo depende...

—No te hagas falsas ilusiones. Aunque encuentres a la joven, su tía no dejará que la veas siquiera. ¿Piensas escapar con ella? ¿Desertar de la Armada? ¿Y tu familia? Piensa en María Antonia, Rosalía, Eugenia, Cristina, tu hijo *Pecas*...

—Todo lo que dices lo he pensado día a día y hora a hora durante los últimos cuatro meses. Sólo puedo contestarte que tengo que verla.

—Estás loco.

—Mira, Beto, nunca podré pagar tu amistad y lo que has hecho por mí. Intenté decírtelo cuando me visitaste antes de caer enfermo, para que tomaras aquella goleta hacia Cádiz. Sé que no es presentable dejarte de lado cuando has soportado tantos meses a mi lado. Además, ya tendrás un nuevo hijo del que nada sabes.

—La amistad está para eso y mucho más. En cuanto a mi hijo, espero y confío en que todo se haya cubierto sin contratiempos. En tres semanas podré

abrazarlo. Ha sido norma entre los hombres de mar conocer a la descendencia con dientes salidos.

—Por esa razón, por nuestra vieja y única amistad no me pidas que regrese a Cádiz sin intentarlo. Sería un desgraciado toda la vida.

Guardamos silencio de nuevo. Mi mente volvía a quedar en blanco, dudando de la línea que debía seguir. No obstante, fueron los rastros de inmensa tristeza en su rostro los que me decidieron.

—De acuerdo. Marcha a Mondoñedo. Dispones de catorce días. Si no has regresado, embarcaré en esa fragata con Miguelillo. Tan solo te pido que me dejes una carta dirigida a tu mujer o a María Antonia, explicando tu decisión por si no vuelves.

—De acuerdo.

Si eran bastantes los meses atravesados con momentos de tristeza y dolor, aquella escena compuso uno de los peores. Creía que perdía al gran amigo de forma definitiva, una pérdida que acarrearía la desgracia a toda nuestra familia. Quedaban dos semanas y rogué a la desconocida Señora de Valdelagua para que la joven de los cabellos rojos hubiera muerto víctima de un tabardillo de pintas. En esa enfermedad u otro accidente mortal centraba mis únicas esperanzas.

## 27. Felicia de Alvarfaz

Decía mi padre en uno de sus habituales proverbios, que los dolores del corazón llegan a equipararse en ocasiones a los producidos por las heridas más lacerantes que puedan recibirse en combate. Pueden creer a fe que no se trata de una frase lanzada al viento en concierto de palabras porque alcancé a comprobar tal sentencia a fondo, precisamente cuando el dolor físico había estragado mi cuerpo hasta postrarlo en el lecho como un guiñapo irreconocible. En los momentos más duros, con los pinchazos de fuego arrasando mi ojo y mi cerebro hasta alcanzar cotas difíciles de soportar, así como entrado en delirios de sudor y muerte, el rostro de Audrey se aparecía en rondo por la cabeza como bálsamo suavizador, con un efecto superior al dulce sopor que el láudano ofrece. Sin embargo, la declarada imposibilidad de nuestro amor transformaba el bálsamo en padecimiento, según las oleadas de sangre alcanzaban la sesera por diferentes recorridos.

Es fácil comprender mi estado de postración física y mental durante tantas semanas, expuesto cuerpo y alma a los peores embates que un ser humano puede recibir, pero a esos sentimientos de tormento puro se le amadrinaron en los últimos días la necesidad de explicar a mi cuñado el irrenunciable deseo de ver a Audrey una vez más, aunque debiera saltar por encima de normas, cortesías y protocolos establecidos como inalterables normas de conducta en un caballero. Era consciente de que Beto no merecía un trato semejante cuando durante meses había renunciado a todo, carrera, familia y vida propia, para dedicarse en cuerpo y alma a mi recuperación. De ahí ese nuevo suplicio porque mucho duele fallar al verdadero amigo y como tal desacierto consideraba separarme de él para escapar a la villa de Mondoñedo. La última y triste conversación en la que le expuse lo que cualquier mente sensata definiría como absurda locura, añadió una muesca más en ese tormento general al que ya parecía haberme habituado.

Tal y como había prometido a Beto, redacté un billete para María Antonia, tarea que también aparejó duendes en negro durante alargadas horas. Soy consciente de la cobardía que suponía no dirigirlo a mi mujer, pero tras intentarlo de forma repetida y quedar sin palabras una y otra vez con pliegos arrugados por el suelo, decidí el camino alternativo. Y no crean que entendía más comprensible con mi conducta a quien considerábamos como madre, sino que dolía todavía más exponer a Eugenia a las claras mi amor por otra mujer, como si de esa forma clavara la daga con retorcido empeño. Por fin pude enhebrar unas pocas y temblorosas líneas, que deposité en cubierta lacrada sobre la mesa.

Lanzado a la empresa, no fue tarea sencilla encontrar carruaje confortable y cochero para trasladarnos a la noble e importante villa de Mondoñedo, capital de la provincia del mismo nombre. Por fortuna, había girado visita a la casa de banca de don Nicomedes Touriño en Vigo una vez más y disponía de doblones suficientes como para alzar velos comprometidos. De esta forma, partimos desde Ferrol en las primeras horas del decimosexto día del mes de junio, que se abriría poco a poco con esplendoroso sol y calor de chicharras. En principio y según me informó Okumé, seguimos a la inversa el mismo camino que recorriera en carreta con el ojo empantanado y la mente medio perdida. No obstante, tras cubrir unas once leguas de estrecha pero firme vereda y alcanzar la localidad de Villalba, tomamos el camino que se dirige hacia Ribadeo y ha de cruzar el valle de Lorenzana, en cuya falda meridional se asentaba la meta perseguida, seis o siete leguas más con remate retorcido en sinuosidades peligrosas.

Bien caída la tarde entramos en Mondoñedo, antigua y preciosa villa depositada sobre un fértil valle que riega al gusto el río Valiñadares. Sede episcopal desde los primeros años de nuestra historia, se estima que su fundación con el nombre de Britonia arrancaba en época de los godos. Desde el primer momento, me impresionó la nobleza de los edificios al recorrer sus calles, donde destacaba por excelencia la magnífica catedral del siglo XIII, uno de los mejores ejemplares del arte gótico en toda la Galicia. Y aunque sus gentes presumían con razón de antigua prosapia, también en el siglo de las luces se había visto enriquecida con hospitales, conventos y cuarteles, todos ellos de sólida fábrica. En cuanto a nuestro negocio particular, recorrimos la hermosa alameda que allí llamaban Campo de los Remedios, intentando tomar fonda de cierta dignidad.

No fue empresa fácil encontrar acomodo cuando ya nuestros cuerpos reclamaban descanso porque tenía lugar en la localidad una feria que atraía a

comerciantes de toda la región. Para mi fortuna, una faltriquera llena abre las puertas más enquistadas y por fin pudimos recogerlos en un establecimiento que llamaban Posada del Ciento, dudando si tal nombre se refería al juego de naipes o al tributo de las mercancías que se vendían y pagaban alcabala. Comprobé con placer que la comida era excelente y el vino de cuerpo recio, degustando ambas cualidades con generosidad antes de retirarnos a dormir, acción difícil para mí con la tarea que debería abordar en el día siguiente.

Desperté como de costumbre con las primeras luces, para atacar unas gachas de sorbo con torreznos que me ofrecieron las fuerzas necesarias. Y como soy de los que intentan tomar el toro por los cuernos sin demora, me dirigí al dueño del establecimiento que parecía conocer a todo parroquiano que asomaba la cabeza. Era un hombre entrado en años y con dignidad que no cuadraba con su dedicación mercantil. Le entré en requerimientos sin dudarle.

—Buenos días, buen hombre. Necesito una información sobre cierta familia de esta localidad.

—Pues su señoría dirá porque estoy dispuesto a ayudarlos en lo que me sea posible. Y presumo de conocer a cualquier morador de esta villa, hasta los alucinados que en el convento del Carmelo acaban sus días.

—¿Podría indicarme dónde puedo encontrar la vivienda de la familia Alvarfaz?

—Supongo que se refiere a la excelentísima señora doña Felicia de Alvarfaz porque es la única descendiente del viejo y noble señorío, una de las más antiguas familias de Mondoñedo.

—En efecto, a dicha señora busco.

—Pues os será imposible perder camino. Solamente habéis de seguir esta misma calle hasta alcanzar la plaza donde se encuentra nuestra venerable y santa catedral. Justo frente a su primitivo portón podrá observar un noble y antiguo palacio, en cuyo frontal luce un escudo nobiliario de grandes proporciones perteneciente a la familia. Y anda con suerte porque la señora salió huyendo de los franceses hace más de dos años, pero he oído por alguna boca que ha regresado hace un par de meses.

Sentí una gran alegría al escuchar tales palabras, que corroboraban la información general. Y ya mis labios se movían en la deseada pregunta sobre la sobrina, cuando recuperé la cordura y me ceñí a una cordial despedida del posadero con el debido agradecimiento. Pero ya los nervios navegaban por delante varias leguas, que hasta las manos adquirieron movimiento propio al saberme cerca del rostro pecoso, cuyo perfume todavía era capaz de recordar con perfección. Sin perder paso y acompañado de Okumé que se mantenía en



sepulcral silencio y con vista torcida, seguí las indicaciones del informante para llegar a la catedral en pocos minutos. Una vez allí me volví para enfocar el edificio descrito que en verdad mostraba trazas de un digno y recogido palacete, simado en la más envidiable ubicación de la villa. Escuché mis propias palabras.

—Allí es. Por todos los santos que apenas puedo amarrar el nerviosismo que me sacude, al pensar que en cualquier momento puedo topar con ella y verla de nuevo.

—También topará y de cabeza con la señora tía que le dispensa especial aprecio.

—No creas que en esta ocasión voy a tomar caminos escondidos, ni mucho menos. Pienso llamar al portón y preguntar por doña Felicia sin esconder el rostro. Hablaré con ella en abierta sinceridad.

—Buena idea, señor. Es posible que lo invite a un generoso almuerzo.

—Por favor, Okumé, no claves la daga más hondo. Sabes que no son fáciles para mí estos momentos que vivo.

—Ya lo sé, señor. Pero coincidido con don Beto en que acomete una locura sin posible salida. ¿Qué piensa parlamentar con la señora tía? ¿Del esplendoroso futuro a compartir con su sobrina? Doña Felicia ordenará al servicio de la casa que lo echen de mala forma y con toda razón. ¿Qué solución le puede quedar a la mano? ¿Enviarle una nota escondida como joven doncel para que escape por una ventana? Creo que todavía no ha bajado a la tierra y mucho me duele decirle estas palabras, bien lo sabe Dios. Sin olvidar que también pienso en doña Eugenia, una buena esposa que no merece un trato así. ¿Ya no recuerda cuando bebía sus vientos por las calles de Cádiz, considerándola como la única mujer de su vida? Por otra parte, ¿está decidido a comprometer su carrera en la Armada? ¿Qué pensaría su señor padre? No olvide que desde los cielos vigila sus pasos.

—Todo lo que dices me lo he repetido una y mil veces, amigo mío, razón por la que tus palabras no producen el efecto que buscas. Como suele decir Beto, se trata de verdades irrefutables del tamaño de un navío de tres puentes y soy consciente de ello, pero cuando se nubla la mente y entiendes que la única razón para poder continuar en esta vida se centra en una dirección determinada, considero imposible evadirla. Estoy dispuesto a actuar como un joven doncel o un truhán de capa estrecha por tenerla a mi lado. Una locura aceptada de antemano.

—En ese caso, señor, que los dioses nos amparen. Ya sabe que seguiré a su lado aunque debamos escapar a las Indias escondidos en una inmunda

fragata mercante.

Mientras escuchaba con dolor sus últimas palabras, paseaba por la pequeña plaza con la mirada fija en el portón de madera. Y en las mismas condiciones me mantuve toda la mañana, recorriendo el empedrado como novicio en vísperas. A ratos entraba y salía de la iglesia con objeto de evitar que me tildaran de loco peligroso, aunque no elevara un solo rezo hacia los altares. Para beneficio propio la afluencia de personas era numerosa y mis erráticos movimientos podían quedar enmascarados. Comprobé que la vivienda se encontraba habitada por mantener las contraventanas del piso superior abiertas, sin atisbar movimiento alguno por su puerta. Había asegurado a Okumé que hablaría con la dueña aunque todavía centraba mis esperanzas en que Audrey apareciera con la doncella y pudiera abordarla.

A pesar de la inicial determinación no me atreví. Cuando ya habíamos cruzado el mediodía por largo, nos dirigimos a almorzar, una excusa por mi parte porque el cuerpo no reclamaba alimento alguno. Una vez atacado un cuarto trasero y bebido tres cuartillos de vino, regresé a la empresa del endemoniado paseo por la plaza hasta que el sol comenzó a declinar y las sombras de la catedral cubrieron el escudo de Alvarfaz. Por último decidí dejar para el día siguiente la planeada conversación con la famosa tía, personaje al que temía en aquellos momentos como si se tratara de ánima nocturna en camposanto. Okumé no volvió a elevar comentario alguno y tras cenar con ligereza nos retiramos a dormir.

Aunque pueda parecer extraño e incomprensible, me mantuve en la misma situación de nervioso paseo y dudas amadrinadas durante dos días más, que se alargaron en mi pecho como maroma teñida. Y no me sería fácil explicar lo que no consideraba como miedo o prevención, porque sufría unos sentimientos encontrados que todavía hoy no puedo entender. Pero todo llega en esta vida y a veces de forma inesperada. Como divina revelación, a media mañana del cuarto día me dirigí desde el portón románico de la catedral sin vacilar un solo paso hasta tocar la aldaba del palacio, que resonó en mis oídos como disparo de carroñada. Escuché las palabras de Okumé.

—Que Dios lo ampare con fortuna, señor. Si le parece bien, aguardaré en la puerta de la catedral. —De acuerdo.

No debí esperar mucho tiempo hasta que los dos gruesos goznes de la puerta comenzaron a rechinar para abrirse con lentitud. Apareció un vejete aparejado con antigua librea y rostro interrogante.

—¿Qué desea el señor?

—¿Se encuentra doña Felicia de Alvarfaz en casa? —¿Quién demanda por la excelentísima señora?

—Por favor, hágale llegar el recado de que el capitán de navío Santiago de Leñanza desea visitarla.

—Tenga la bondad de pasar.

Atravesé el portón para embocar un espacioso zaguán con viejo mobiliario y tapices un tanto deteriorados por el paso del tiempo. Allí quedé en espera de recibo mientras el anciano pasaba a través de una puerta de cancel con vidrios emplomados por la que se divisaba un amplio patio. Y aunque entendí de escasa corrección mantenerme en tal estancia, sufrí un efecto de profunda sedación. Fue el simple hecho de comprobar que me encontraba donde Audrey moraba la razón de aquella extraña calma, comparable a la que se siente a bordo poco antes de entrar en combate de sangre. Por fin, tras unos pocos minutos regresaba quien parecía oficiar de mayordomo.

—La excelentísima señora de Alvarfaz no puede encontrarlo en el día de hoy al no tener noticia de su visita. Le ruego que lo haga mañana a la misma hora aunque no puede asegurar su recibo.

—De acuerdo. Muchas gracias y exponga mis respetos a la señora.

Aunque Okumé intentaba mantenerse al margen de lo que acontecía, no pudo soportar su habitual curiosidad y me preguntó nada más verme aparecer por la puerta. Se extrañó de la respuesta, aunque por mi parte la consideraba como una pequeña esperanza, una lejana luz a la que me aferraba con todas mis fuerzas. Posiblemente por esa razón aquella noche cené con gran apetito, de forma que llegué al catre preparado para entrar en sueños profundos, aunque los cabellos rojos regresaran a la diaria cita sin reservas.

En la mañana del día en el que se producía el solsticio vernal, la jornada con más horas de sol al año y a la hora apuntada repetía la maniobra ante el portón del noble palacete, de nuevo entrado en nervios de flor. Reaparecía el vejete aunque en esta ocasión y sin preguntar se apartaba a un lado para ofrecer paso franco. Me hizo seguirle a través del patio para penetrar en un recogido salón donde señaló una silla.

—Avisaré a la excelentísima señora de Alvarfaz de su visita, caballero.

Allí sufrí una nueva tortura. No aparentaba la estancia como sala de recibo porque un pequeño bargueño castellano y una silla Luis XV eran el único mobiliario. Pero la peor condición fue la de mantener aquella tensa espera durante una hora que me pareció eterna. Llegué a pensar que la doña empleaba algún especial tratamiento de tortura para que acabara de

enloquecer. De todas formas, tampoco deseaba ser llevado a su presencia porque poco a poco me invadía el pánico, al punto de pensar seriamente en salir a la carrera del palacio. Creo que fue la imagen de Audrey la causa que me mantuvo clavado como una estarna hasta que el vejete regresó de nuevo ante mi presencia.

—Sígueme, si tiene la bondad.

La suerte estaba echada, me dije como si acabara de tocar la trompeta estomacal a zafarrancho de combate. Y empernado a muerte seguí los lentos pasos del mayordomo, atravesando dos alargados salones oscurecidos que por fin dieron paso a una pequeña y familiar sala escritorio donde reinaba la luz. No necesité mucho tiempo para distinguir a la señora de Alvarfaz apoltronada en un sillón de hamaca que se mantenía en lento movimiento. Vestía como en otras ocasiones de negro absoluto, ofreciendo como única prenda llamativa, si así puede considerarse, una gargantilla enlutada de seda con un camafeo de color granate. Pero nunca olvidaré su primera mirada, capaz de atravesar un ejército de mil hombres. Quedé parado a cierta distancia como estatua de sal, incapaz de largar una sola palabra, con la mirada prendida en el suave bamboleo de la mecedora. De forma nerviosa comprobé que el parche del ojo se encontraba en su correcta posición, un tic nervioso al que me había acostumbrado. Una vez retirado el vejete, ni siquiera llegó a ofrecerme asiento, sino que lanzó el primero de una alargada serie de dardos contra la cara.

—Lo conocí en un malhadado día que se mantendrá grabado en negro durante el resto de mi vida. En los primeros momentos lo estimé como un caballero alocado del que más valía mantenerse alejada. Con el paso del tiempo endosé otras calificaciones de peor catadura, hasta llegar a considerarlo sin posible duda como el mayor truhán y bellaco que jamás he conocido. Para colmo, no comprendo cómo tiene la desfachatez de acudir a mi morada. Una señora decente jamás debería recibirlo y así lo decidí en un primer momento, razón por la que me tomé un día completo para pensarlo. No obstante, algunas circunstancias que nos conciernen me impulsaron a atravesar este amargo trago de aguantar su presencia, por mucho que me envilezca. Porque nunca los Alvarfaz hemos tratado con sinvergüenzas amorales de tan pernicioso calaña como la suya. Y siento que estas palabras, nunca pronunciadas por mi boca, me degraden y mancillen.

No crean que me extrañó escuchar aquella retahíla de insultos lanzados con el mayor desprecio, como nunca se me han dirigido. Comprendía que a doña Felicia le asistía la razón para ello y no me afectaron en demasía por

esperarlos. Debía hablar, exponer alguna de las mil frases elaboradas con detenimiento durante tantas noches de ofuscación e insomnio aunque ahora, en el momento de la verdad, parecían haberse evaporado mientras mi mente quedaba en blanco. De esta forma, y en dificultoso ronqueo conseguí expresar algunas palabras que fueron tomando calor poco a poco.

—Comprendo muy bien sus palabras, señora. Estoy seguro de que mi madre habría expuesto las mismas en caso parecido. He sufrido mucho durante los últimos meses, en los que muy cerca anduve de perder la vida. Muy posiblemente lo único que me ha mantenido con fuerzas para resistir cuando poco o nada daban por mí, ha sido pensar en su sobrina, aunque soy consciente de que se trata de innoble ejercicio. Puede ofenderme con los peores epítetos que desee utilizar y los acepto por adelantado. Por mi parte, tan solo quiero expresarle que deseo ver una vez más a su sobrina Audrey. Puede creerme si le digo que se ha convertido en mi única razón de vivir.

—¿Ver a mi sobrina? —Forzó una mueca en su rostro que no fui entonces capaz de comprender, mezcla de odio y venganza, como si mantuviera un triunfo oculto en la mano—. No podrá verla nunca jamás, señor mío, jamás. Y usted ha sido el único culpable de tal condición, bien lo sabe Dios nuestro Señor.

Aunque no comprendía el sentido de sus palabras, traté de insistir.

—Comprendo su postura, señora. Si pudiera hablar con ella unos pocos segundos...

—¿Unos segundos solamente? —Parecía desesperar al mover sus manos de forma frenética entre sí—. ¿Por qué no habla con su padre?

—¿Con mi padre? —Entendí que doña Felicia había caído en profunda demencia—. Eso no es posible, señora, y bien que lo siento. El pobre murió a resultas de las heridas recibidas en el combate de Trafalgar.

—Ya estaba al corriente. Lo supe por boca de la que considera su madre, María Antonia de los Gavilanes, una señora que tampoco merece su parentesco.

Saltó la primera alarma en mi mente como disparo seco de bombardas. Sin embargo, continuaba sin comprender por dónde navegaban los pensamientos de doña Felicia. No podía encajar aquel enrevesado rompecabezas porque cada vez parecía faltar más piezas del conjunto.

—¿Por boca de mi madre? ¿Habéis hablado con ella?

—Con ella y con su mujer doña Eugenia, una santa señora que bastante desgracia sufre al encontrarse unida de por vida a un bandido como vos. ¿No

lo comprende todavía? ¿He de explicárselo mejor? ¿No ha regresado por su casa en todos estos meses?

—No entiendo una sola de sus palabras, señora. En efecto, desde que salí de Cádiz hacia Mahón el pasado mes de agosto no he visto a mi familia. Pero no comprendo...

Doña Felicia volvió a fulminarme con su mirada. Pareció tomar fuerzas supletorias antes de lanzarse a lo que más tarde consideré como la peor escena de las sufridas a lo largo de toda mi vida. Tantos años después soy capaz de repetir sus palabras una a una sin desencajar una sola letra.

—Llegasteis a Mahón revestido de las mejores galas, Santiago de Leñanza y Cisneros —empleaba un tono irónico y despreciativamente burlón, mientras movía las manos en abanico—. Capitán de navío de la Real Armada, conde de Tarfí y emparentado con la casa de Montefrío, una de las más nobles de nuestros reinos. Felizmente casado y con un hermoso hijo capaz de continuar la brillante saga familiar. Por desgracia, era muy distinta la verdad, como el día y la noche. Sin el más mínimo reparo sedujisteis y ultrajasteis en unos días a mi pobre sobrina, heredera del señorío de Alvarfaz y una joven recién entrada a la vida, con las peores artes que un hombre puede emplear. Ufano de vuestra hazaña volvisteis al mar, pensando quizá en un nuevo trofeo. Nada supe de aquella bellaquería nocturna llevada a cabo en vuestro propio buque, que Dios maldiga, hasta que Audrey me confesó encontrarse embarazada. En aquel momento habría deseado daros muerte con mis propias manos. Os favoreció la suerte de que en mi familia no reste varón con vida para enfrentaros en rifa de honor.

—¿Embarazada? ¿Audrey...?

—Tened la delicadeza de no interrumpirme aunque esas normas os sean ajenas. —Nuevo restallado del látigo, voz en alto—. Nos mantuvimos en la ciudad de Mahón hasta que ya la vergüenza podía saltar a la vista. Mi buen amigo Sebastián de Villafrán, único conocedor de la denigrante verdad y caballero que mantendrá su silencio hasta la muerte, me cedió una pequeña finca de su propiedad en el interior de la isla para que se alumbrara el fruto de su ignominia con la necesaria discreción. Todavía recuerdo a mi sobrina llorando por vuestra ausencia, confiando en vos porque hasta tal punto la enloquecisteis. Por fin dio a luz una preciosa niña el primer día de abril, un pequeño ser que no era culpable de la monstruosa villanía cometida, aunque quedara marcada por ella para toda su vida. Pero lo peor y más doloroso estaba todavía por llegar, aunque es posible que se tratara de castigo o solución divina enviada desde los cielos. Audrey sufrió durante el parto una

hemorragia que se agravó pocos días después. Nunca se podrá figurar lo que sufrió aquella pobre niña sin merecerlo, un martirio para el que no estaba predestinada. No disponíamos de un hospital cercano donde pudiese ser atendida y nos desaconsejaron moverla una sola pulgada. Acabó por morir el séptimo día de ese mes, una semana después del alumbramiento. Y lo más triste, lo que casi me hizo entrar en locura es que expiró pronunciando su nombre. Tenéis fama de valiente, conde de Tarfí, pero no sois más que un cobarde miserable.

El choque fue brutal. Los insultos y el resto de los detalles volaban por encima de las crestas sin dejar una mínima huella mientras en mi mente se centraba una única idea, la muerte de Audrey. No podía ser real o mi mente se negaba a admitir tamaña desgracia. Como por designio de Satanás, en aquellos segundos y pasados a página larga, rememoré todos los momentos vividos con ella, esos mismos que en las horas de mayor dolor consiguieran alumbrar un pequeño resquicio de placer y esperanza. Los nervios habían desaparecido, aunque me encontraba paralizado de cuerpo y mente. No era llegada la hora del dolor, que aparece con posterioridad al alzarse las olas. Las palabras de la dueña continuaban batiendo tambor aunque las escuchaba en la distancia.

—Tenía que decidir con rapidez, una vez enterrada mi sobrina. Aquella pobre niña recién nacida, una bastarda sin nombre, no podría heredar en el futuro el señorío de Alvarfaz bajo ningún concepto, aunque se trate de condición que me duele como una llaga en el corazón. Pero soy humana, mucho más que vos, y decidí tomar una importante determinación. Al tiempo que buscaba un ama de cría, en el primer buque disponible que partió de Mahón y con el inestimable apoyo de Villafrán pasé a Cádiz. Una vez allí me presenté en el palacio que su familia posee en la calle de la Amargura, un nombre adecuado a la misión impuesta. Hablé largo y tendido con María Antonia de los Gavilanes tras entregarle una carta de presentación firmada por Sebastián de Villafrán, amigo de su primer esposo, que certificaba unas palabras difíciles de creer. También hablé con la joven Eugenia. ¡Qué vergüenza sufrimos las tres mujeres, Dios mío! ¡Pobre esposa la suya! Lloramos todas a coro sin merecer tamaña afrenta. Vos sois el único culpable de una muerte y tanta desgracia. Por fortuna, esas dos mujeres que representan tanto en vuestra vida son dignas de envidia.

Pareció dudar por primera vez, aunque creí entender que luchaba por no entrar en lágrimas. No obstante, retomó la palabra con el mismo vigor y tono despectivo.

—Entre las tres llegamos a un acuerdo. Entregué la niña para que fuera cristianada e inscrita como María de Leñanza y Masdáu, hija legal de vuestro matrimonio. De esta forma, no se producirá escándalo social alguno, condición que por otra parte me enfurece hasta límites difíciles de soportar. Porque merecéis sufrir el mayor de los oprobios, ser expulsado de la Armada en juicio de honor, de la nobleza y de todo organismo que represente un mínimo de decoro y señorío. Como gran parte de los bellacos que por esta vida se mueven, os ha favorecido la suerte y para desgracia de mi alma he colaborado en ello. Mucho siento haberme separado de esa niña, pero era lo mejor para ella y para todos. Su santa esposa la ha aceptado como propia para ocultar vuestra vileza. Nadie sabrá jamás la verdad. Y podéis estar seguro de que lo he hecho solamente por el bien de la niña y el nombre de la casa de Alvarfaz, noble y antiguo señorío que se perderá con mi muerte. Esa es su última proeza.

Tomó un nuevo descanso la señora en la terrorífica diatriba. Su pecho se elevaba al respirar de forma convulsiva y temí un funesto desenlace. Por mi parte, ni siquiera pensaba en intervenir porque en aquellos momentos tan solo la muerte me ofrecía algún signo de ventura y los pensamientos volaban envueltos en profundo dolor entre nubes negras. Escuché sus últimas palabras.

—Para exponerle estos detalles he cometido la bajeza de recibirlo en persona, pero nada más tenemos que hablar ni volveré a hacerlo en los años que me resten de vida. Seré sincera, como siempre. —Ahora sus ojos expulsaban fuego—. Le deseo lo peor, miserable, y que purgue por sus pecados con extremo sufrimiento. Ahora salga de esta vivienda sin perder un solo minuto, antes de que su presencia la contamine todavía más.

Como oía sus palabras como recitadas en púlpito lejano y con la cabeza gacha, me mantuve sin mover un solo músculo. No obstante, su vozalzada en desgarrado grito no se hizo esperar.

—¡Salga de mi casa o haré que el servicio lo expulse a patadas, salteador de faltriqueras!

Me retiré de la habitación como un sonámbulo alienado en la oscuridad de la noche. El mayordomo apareció como por encanto para indicarme el camino en silencio y fue inestimable auxilio porque sin su concurso habría acabado perdido quién sabe dónde. La cabeza parecía reventar con imágenes y pensamientos cruzados en derecho de duelo. De esta forma, salí a la plaza, avanzando a paso lento como un demente bajo los rayos del sol. Y aunque había escuchado detalles terroríficos sobre mi persona y desagradables



aspectos de su contacto con mi familia, no me preocupaba en aquel momento enfrentar a Eugenia o María Antonia. Ni siquiera pensaba en esa niña que era el fruto de mi más encendido amor. Mi mente se había aislado en una sola y definitiva imagen. Con el ojo abierto o cerrado, la única visión que lo abarcaba todo era el rostro de Audrey en el momento de entregar su vida, mientras gritaba mi nombre.

## 28. María

Zarpamos de Ferrol el quinto día del mes de julio a bordo de la fragata mercante *La Candelaria*, con destino a Cádiz previa escala en Huelva. Habían transcurrido dos semanas desde la conversación mantenida con Felicia de Alvarfaz en su palacio de Mondoñedo, un periodo de tiempo comparable en dolor a la intervención sufrida para vaciar mi ojo izquierdo y los delirios producidos a causa del tabardillo. Tanto Beto como Okumé probaron por todos los caminos al alcance de la mano animar mi espíritu; chanzas, bromas, discusiones de reto y cuentos marineros por aguas azules con hembras generosas. Incluso intentaron el concurso de vanos recios, fuertes aguardientes y, como último madero salvador, el láudano sobrante para aliviar las noches de permanente vigilia.

Lo rechacé todo de plano, así como la compañía y cualquier tema de conversación, enclaustrado entre los rompientes del alma. Fueron dos semanas que, todavía hoy, desearía borrar de mi vida de un plumazo si fuera posible. Días de silencio, con una profunda tristeza clavada hasta los fondos, de largos paseos por calles y veredas desconocidas, así como un penoso recorrido mental de toda una vida sin encontrar un solo detalle alentador. Y para rematar el cuadro en la más pura desesperanza, con una negra y única visión encastrada a fuego en la mente: Audrey en el lecho de muerte gritando mi nombre.

Sobre las aguas se disuelven como por encanto los problemas o tristezas mentales que aquejan en tierra al hombre de mar. Siempre me había ceñido a tal definición como si se tratara de ley incontestable, aunque en la ocasión dudara mucho de su veracidad. No obstante, fue en la segunda singladura de nuestra navegación, una mañana calurosa con viento fresco de poniente y mar en cabrillas, navegando a la altura de la desembocadura del río Miño, cuando entablé la primera conversación con Beto, más allá del par de monosílabos habitual hasta entonces.

—¿Rompiste las líneas que escribí para Maria Antonia?

—El mismo día de tu regreso pasaron al fuego. —Mostraba su extrañeza al dirigirme a él—. Pensé que no había razón para mantenerla. ¿Deseabas guardarla quizá?

—No. Hiciste bien.

Regresé al mutismo habitual. Eran momentos cercanos a la meridiana y sufríamos un calor sofocante, medianamente soportable al movernos a bordo con soltura y confianza, vestidos con calzas y camisolas sin mayor protocolo. Sentía que las rachas de viento contra mi cara producían un efecto alentador, impensable hasta entonces. Debía de ser el famoso bálsamo de la mar, me dije para mis adentros sin creerlo todavía. Beto debió de intuirlo porque después de muchos días lo intentó una vez más.

—*Gigante*, has de regresar a la vida de una vez. Llevas dos semanas en una situación más cercana a la muerte, que cuando delirabas entre sudores en el hospital y no dábamos una onza por ti.

—Eso es fácil decirlo.

—Te equivocas de parte a parte. —Me miró con una seriedad en el rostro poco habitual en él, al tiempo que endurecía el tono de su voz—. No es tarea sencilla ni agradable abordar contigo cualquier tema desde que entraste en esta tortuosa locura. Y no estoy dispuesto a insistir más, me encuentro cansado y al límite de las fuerzas después de haberlo intentado todo y un poco más. En unos días llegaremos a Cádiz y serás muy dueño de hacer con tu vida lo que estimes conveniente, pero deberás decidir. No pienso discutir ni convencerte de lo que entiendo como razonable. Has sido mi mejor amigo desde que nos abrimos a la mar, más de media vida, y hermano desde que casé con Rosalía. Pero tales detalles no parecen importarte una mota. Tan solo deseo saber lo que he de decir a María Antonia y a tu mujer cuando me presente ante ellas.

Las palabras de Beto, pronunciadas con una entonación agria y de profunda tristeza arrasaron de nuevo mi alma. Comprendí, como si me concedieran una profunda revelación, que había sido bendecido por Dios con mil dones desde el nacimiento, los más preciados que un ser humano puede recibir. Y, sin embargo, parecía querer lanzarlos uno a uno por la borda. Musité con voz queda.

—Debes perdonarme, Beto. Nunca podré pagarte todo lo que has hecho por mí.

—Dejas esas respuestas en adorno que de nada sirven. No es cuestión de perdonar ni pretendo pago alguno. No hay mejor letra de cambio en esta vida

que la verdadera amistad. Como te digo, es momento de decidir.

Quedé en silencio mientras nos mirábamos fijamente a los ojos. Volví a sentir una sensación cercana al desprecio hacia mi persona, al tiempo que un inconmensurable agradecimiento hacia el fiel amigo. La fragata llevaba a cabo una bordada y debí aferrarme a la borda para no rodar sobre la cubierta, al tiempo que recibía una nueva ráfaga de viento revitalizador. Las palabras brotaron de mi pecho por sí solas.

—No podré presentarme ante ellas. Moriría de vergüenza sin ser capaz de pronunciar una sola palabra.

—En cuanto a María Antonia, es una mujer comprensible que te adora y perdonará, como haría toda madre. Respecto a Eugenia, dispones de una gran ventaja a tu favor y es su amor sin fisuras por ti. La pobre ha sufrido mucho hasta ahora y la conversación con esa señora dejaría heridas difíciles de sanar, pero has de intentarlo si deseas recomponer tu vida. Ahora son dos los hijos que debes educar bajo tu manto, lo que representa una enorme responsabilidad, si es que todavía recuerdas el sentido de esa palabra.

De nuevo la sacudida emocional y el dolor aparejado, un ejercicio que se había convertido en moneda de cambio diaria en mi alma. Escuché mis palabras perdidas en la distancia.

—Te sobra razón por arrobos, Beto. Haré lo necesario y que Dios disponga de mi persona.

—Deja las santurroneñas a la banda contraria de una putañera vez. Utilizas los altares cuando te soplan a favor. Nada te han de enviar los cielos o los infiernos sino que has de apechugar con la vida. No es cuestión de voluntad de Dios ni aceptar un martirio que nadie te exige. Has de echar los huevos sobre el tapete y nada más.

Comprendí que las palabras de Beto encerraban una gran verdad, las mismas que habría pronunciado mi padre llegado a tal momento si viviera. Parecía haberse cambiado los papeles de nuestras vidas y el frívolo amigo actuaba ahora con una responsabilidad intachable. Como respuesta apreté su hombro con la mano, intentando expresar mi cariño por él. Y pareció entender que aceptaba su dictamen porque esgrimió una ligera sonrisa por primera vez.

En contraste absoluto respecto a las últimas experiencias, la mar se mostró en aquella navegación como cortesana delicada en recibo de flores. A partir del tercer día roló el viento al noroeste para impulsarnos a un largo con todo el aparejo largado, lo que nos hizo andar leguas a ritmo de cometa. Okumé pareció entenderlo todo sin una palabra de mi boca, por lo que regresó a su habitual alegría y cocinar lo que más nos podía agradar. Doblamos el cabo de

San Vicente y tomamos la barra de Huelva con algunas dificultades por los vientos contrarios. Pero en nada preocupaban aquellos detalles, sino el hecho de pensar una y otra vez en la presentación ante las mujeres que jugaban en mi vida el papel más importante. Y aunque me acuciara la prisa a veces, en otros momentos deseaba ralentizar la navegación y alargar la llegada del momento definitivo.

A mediados del mes de julio avistamos la bahía gaditana, una estampa grabada en mi mente como la mayor bendición. Recordé con envidia la arribada a esas aguas en otros momentos de mi vida preñados de felicidad y gloria, como si se tratara de imágenes imposibles de repetir. Por fin, la fragata fondeó sus anclas tendida hacia la ciudad. La hora definitiva había llegado. Lo había pensado tantas veces que me dirigí a Beto sin dudar.

—Marcharás a casa con Miguelillo. Tomaré habitación en la posada de Tránsito en el callejón del Tinte, a escasos metros de la calle de la Amargura. Habla con María Antonia y Eugenia. Pregúntales si puedo regresar.

—Eso es absurdo. Cómo no...

—Por favor, amigo mío, deja que lo haga a mi manera. Hábiales de mi sincero arrepentimiento y de que preferiría hablar con nuestra madre en primer lugar, antes de enfrentarme a mi mujer.

—De acuerdo. Así lo haré si es tu deseo.

—Además, debo presentarme al comandante general de la escuadra y...

—No fabriques impedimentos de agua. Esa faena puede esperar uno o varios días.

—Sí, tienes razón.

Me acomodé en la posada de Tránsito, a escasas varas del palacete familiar. Ni siquiera deshice las bolsas porque el estado nervioso regresaba a mí, aunque en la ocasión los motivos fueran muy diferentes. Paseaba por la habitación como poseído por los demonios, al punto de que Okumé entró en protestas.

—El señor acabará por enloquecer a este negro africano como no temple el ánimo. Si necesita moverse podríamos pasear por la Alameda.

—Debo permanecer aquí sin moverme una sola pulgada. Beto puede enviarme aviso en cualquier momento por medio de Miguelillo.

—Pues que sea pronto para tranquilidad de mi alma.

No llegó el joven rapaz como esperaba, sino que era mi propio cuñado quien dos horas después, cuando ya caían las luces, entraba en mi habitación.

—Vamos, Santiago, recoge el equipaje y pasemos a casa.

—¿Has hablado con María Antonia y Eugenia? ¿Qué te han dicho? ¿Crees que será posible...?

—Sólo pienso decirte que naciste con buena estrella y vives rodeado de extraordinarias mujeres que mucho te quieren. Vamos, sígueme y calla.

—Recuerda que deseo hablar con María Antonia en primer lugar para...

—¡Por las putorronas del jodido Sultán! ¡Calla y sígueme de una vez!

Salimos al callejón del Tinte y poco después observaba los miradores del palacete familiar en la esquina con la calle de la Amargura. Tragué saliva varias veces cuando crucé el negro portón, santiguándome como si me dispusiera a recibir indagatoria en fuste de la Santa Inquisición. Beto encaró las escaleras sin dudarle, para girar a la derecha en el rellano superior. Sabía que dirigía sus pasos hacia el gabinete de María Antonia y el temblor de mis manos aumentó de grado, como niño cazado en la peor de las travesuras. Sin embargo, era vergüenza lo que sentía cuando mi cuñado llamaba a la puerta y sin esperar contestación la abría. Mientras quedaba en el dintel me ofrecía con su mano pasar hacia el interior.

María Antonia se encontraba de pie junto a la butaca donde solía descansar y leer. Mientras Beto cerraba la puerta entré en la estancia con la cabeza ligeramente rendida, para elevarla por fin y enfrentarme a su mirada. Y por todos los dioses que reinan en la mar y los cielos que el gesto paternal de su sonrisa tranquilizó mi alma como el aceite sobre las aguas. Me acerqué a ella poco a poco, hasta que abrió sus brazos como tantas otras veces. En ellos me refugié sin esperar un segundo con un poderoso nudo navegando por la garganta, incapaz de articular palabra y con los ojos a punto de brotar en llanto. Escuché sus dulces palabras.

—*Gigante*, hijo. Ya sé que perdiste el ojo y estuviste a las puertas de la muerte. Pobre niño mío, imagino cómo has debido de sufrir.

María Antonia acariciaba mi cabeza como se suele hacer con el hijo más herido. Me apreté a ella como si en aquel rendido abrazo se diluyeran todas las penalidades. Y con trabajoso esfuerzo conseguí lanzar las primeras palabras.

—No merezco vuestro cariño ni el amor de Eugenia, madre. Tenéis razón al decir que he sufrido mucho, al punto de desear la muerte. Pero vosotras no merecíais soportar la vergüenza por mis actos.

Se separó lo suficiente para enfrentarse a mis ojos. La encontré más envejecida, aunque todavía con su especial belleza y dignidad. Me tomó del brazo hasta hacerme sentar junto a ella. Sus palabras alcanzaban mis oídos como un coro de ángeles.

—Mira, hijo mío, he vivido mucho más que tú y sufrido penalidades de todo tipo. También yo deseé morir cuando me separaron del primer amor. Todo pasa y se reescribe en esta vida para el bien de las almas. En cuanto a tus..., a tus veleidades no creas en la perfección. La mayor parte de los hombres han pasado por situaciones parecidas o peores. Hasta tu padre, que era el hombre más íntegro y honrado que jamás he conocido cayó en ellas.

—¿Mi padre? No habría sido capaz de tamaña fechoría.

—A pesar de su rectitud, era un hombre como todos. Cuando mandaba el departamento marítimo de San Blas, allá por las Altas Californias, perdió la cabeza por una criolla de extraordinaria belleza llamada Beatriz, mujer casada con un oficial del Ejército. No sé que habría sucedido si no hubiera perdido la mano entre los hielos y arribara a San Blas con escorbuto y cercano a la muerte, momento en el que fue enviado hacia España para recuperarse. Pero no fue la única veleidad sufrida. Años después esta mujer llegó a la Corte y la locura de tu padre se repitió hasta el extremo de perder la cabeza. Si no llegan a intervenir con especial maestría tu tío Santiago y Setum, habría cometido la mayor de las locuras con un escándalo aparejado de colosales dimensiones. No quiero decir que sean normales ni aceptables los actos que has protagonizado, bien lo sabe Dios, pero tampoco eres un monstruo, sino un hombre más con sus debilidades. Algunas mujeres tienen ese especial don de arrasar los sentimientos del varón más preclaro. Y como nunca se sabe bien los caminos que escoge Dios para bendecirnos, es posible que este revolcón sufrido por tu alma repare la vida cuarteada que arrastrabas con Eugenia en los últimos meses.

—¿Crees que ella me...? —No me atreví a continuar y bajé los ojos para no recibir en ellos una respuesta avanzada.

—Eugenia es una de las mujeres más nobles y bondadosas que he conocido. Para suerte tuya se encuentra locamente enamorada de ti. No solo te perdonará, sino que María será para ella una verdadera hija, puedes estar seguro. No hay más que ver cómo la toma en brazos para comprender que ya la quiere como si fuera de su sangre.

—¿María?

—No habrás olvidado que tienes una hija. Pero deja a un lado su procedencia y demás historias aparejadas. María de Leñanza y Masdáu es mi preciosa nieta, de nuestra sangre tanto como los demás y así ha de quedar para siempre a puerta cerrada.

Por primera vez en muchos meses percibía una sensación de paz interior que ya no recordaba haber gozado. Tomé la mano de la que consideraba

madre sin posible duda, para besarla con devoción.

—Eugenia te espera en su alcoba. Para ese camino no dispongo de consejos, aunque espero acertar si aseguro que te será fácil de recorrer.

—Gracias, madre. Creo que la paz vuelve a mí, aunque todavía he de afrontar un duro paso.

—Pues, como decía tu padre, al toro por los cuernos. Anda, hijo mío, ve con ella y devuélvele aunque sea en parte todo el amor que siente por ti.

—Lo haré, puede estar segura.

Abandoné la salita de María Antonia con el ánimo elevado en nubes, aunque todavía alguna campana de la torre sonara en interrogación. Las órdenes de Beto debían de haber sido estrictas porque nadie se veía en el corredor donde reinaba el silencio. Supuse al pequeño *Pecas* bien amarrado y el servicio recluido en el piso inferior. Recorrí el pasillo hasta su extremo, para alcanzar la puerta de la alcoba que significaba la meta final. Todavía dudé unos segundos con la mano sobre el pomo. Por fin lo giré con movimientos vacilantes.

Eugenia abandonó el sillón al verme. Y de inmediato sentí una fuerte congoja al observar sus ojos, enrojecidos por el llanto. Improvisaba en mi mente las palabras que debía utilizar, aunque no fue necesario. Vino hacia mí hasta embutirse con fuerza entre los brazos que ya le tendía. Fue sin duda un momento mágico de revelación bañado en una tristeza gloriosa. Escuché las tres palabras que largaba su boca pegada a mi oído.

—Santiago, amor mío.

Creo que fue entonces cuando se rompió la maroma. Como si los duendes embarcados durante tanto tiempo en la mente se esfumaran al golpe y dejaran rastros de infinita ternura. Por primera vez en la vida lloré como un niño desconsolado, un río de lágrimas que me impedían pronunciar una sola palabra. Así nos mantuvimos un tiempo difícil de determinar. Pero hice el necesario esfuerzo.

—Eugenia, mi amor, deberás perdonarme tantas...

Eugenia tapó mi boca con su mano sin apartarse una pulgada. Volví a escuchar su voz, trémula por la emoción.

—Nos queda toda una vida por delante para amarnos. Nada ha sucedido que pueda impedirlo.

La apreté más contra mí, besando a la vez su cuello. Y cuando entendí que la pobre apenas podía respirar, aflojé la fuerza de los brazos. Me separé para comprobar que sonreía feliz. Fue el momento de alcanzar la última sorpresa.



Me tomó del brazo para arrastrarme hacia una cuna situada junto al sillón que ocupaba. Me habló como si se encontrara rendida de felicidad.

—Mira, Santiago, nuestra hija María. —Tomó a la niña de la cuna, una criatura preciosa de ojos verdes y pelo rubio casi blanco que se aferraba a su mano. Bendije a la sabia naturaleza por aquellos colores que evitaban un nuevo trance—. La mujercita que siempre hemos deseado. Es la niña más hermosa que jamás he visto y muy buena. La pobre solo piensa en comer y dormir.

Tomé a Eugenia por los hombros mientras ella acariciaba a María. Las besé a las dos con todo el cariño que era capaz de expresar. Volvió a dejarla en la cuna para mirarme de nuevo a la cara, radiante y feliz.

—Si tardas un minuto más en abrazar al pequeño *Pecas*, será capaz de propinar cien patadas a Beto que lo debe de mantener retenido con cadenas. Y debes conocer al nuevo miembro de la familia.

—¿Rosalía dio a luz sin problemas?

—Un hermoso niño al que cristianamos con el nombre de Santiago en tu honor.

La escena cambió por completo, como si se tratara de un regreso más a casa después de haber navegado durante meses por mares lejanas, sin pensamientos negros en la saca. El pequeño *Pecas*, cercano a los cuatro años, se había convertido en un diablillo de terribles hazañas, con una inagotable vitalidad. Y como juego del destino, su físico se aparejaba cada día más a las trazas del tío Santiago, mientras mi sobrino Beto sería sin duda el nuevo *Gigante* de la familia. También Rosalía lloró al abrazarse conmigo y mostrarme el pequeño Santiago. De esta forma, mi vida regresó a la más completa felicidad.

Aquella noche busqué la alcoba de Eugenia, que me recibió con los brazos abiertos. Debió de ser también una especial ofrenda de la providencia entrada en favores, porque gocé con ella como jamás había sucedido. De forma inesperada comencé a besar su cuerpo cual forzado en su última experiencia amorosa, mientras ella bebía de mis labios con un deseo nunca advertido. Atacados por una prisa enfermiza, nos acariciamos a ritmo de posesos, mientras solicitaba con alargados gemidos ser amada una y otra vez. Fue una noche inolvidable en la que decidí evitar cualquier comparación con otras experiencias cerradas a cal y canto. Nos amamos sin tregua durante horas, conscientes de que habíamos cruzado una raya de placer jamás atravesada.

Tan solo al final, cuando mis sentidos se perdían en los vahos del placer más profundo, el cabello moreno de Eugenia pareció ofrecerme algunos

destellos rojizos.

## Epílogo histórico

Una vez más debo entrar en las necesarias aclaraciones y conceder el debido mérito a los verdaderos protagonistas de estos episodios históricos que, en ocasiones, quedan enmascarados por los personajes de ficción en los que baso la trama de mis obras. Las experiencias sufridas por la dotación del cañonero *Estrago*, acción digna de epopeya popular, llegaron a feliz término gracias al arrojo, tenacidad y don de mando del alférez de navío don José Aguiar y Mella. Alentando a aquel grupo de valientes, a veces con falsas noticias e infundadas esperanzas, basándose en confidencias y auxilio de boca de un buen número de campesinos, dispuesto a perecer antes que entregarse prisionero, atravesó montañas y valles desde la provincia vizcaína hasta la coruñesa para alcanzar su destino sin perder uno solo de sus hombres.

Una vez presentado el alférez de navío Aguiar ante el comandante general de Ferrol, las autoridades de la Armada desconfiaron inicialmente de sus declaraciones al considerar tal hazaña como irrealizable. No obstante, comprobada la veracidad de su informe, tal gesta fue publicada en la *Gaceta*<sup>[90]</sup> «para satisfacción de tan beneméritos individuos». También se decidió otorgarles una paga de regalo de sus respectivos sueldos en señal del aprecio que merecían los miembros de la dotación, así como una especial recomendación del Consejo de Regencia «para los fines que convengan en la Dirección General de la Armada de su cargo». Por desgracia, seis meses después todavía no habían recibido tan merecido obsequio ni las mensualidades atrasadas.

Al igual que en el volumen anterior de esta colección de novela histórica naval, he intentado que el público general tenga conocimiento de que la Real Armada «existió» durante la guerra de la Independencia y llevó a cabo un papel de extraordinaria importancia. Recalco este dato una vez más porque en la mayor parte de las obras referidas a dicho apartado histórico se soslaya tal merecimiento, incluso una mínima mención, posiblemente por indebida

ignorancia y falta de documentación de sus autores. A través de la mar descubrimos, conquistamos, poblamos y defendimos un colosal imperio ultramarino durante tres siglos. Y fue al quedar España sin fuerzas de mar cuando se perdieron nuestras provincias americanas en rápida sucesión. Espero haber aportado un pequeño grano de arena para hacer justicia histórica a esa institución desconocida para el español de a pie, la Armada, que extendió nuestra lengua y nuestra cultura por los cinco continentes.

Luis Delgado Bañón  
Cartagena, 21 de enero de 2008

# Notas

[1] Cubierta que sirve de techo a la cámara alta o del alcázar y se extiende desde el palo de mesana hasta el coronamiento de popa. <<

[2] Se entiende por «vagajillo» o «vahajillo», cuando se percibe un vientecillo muy flojo, que no llega a la superficie del agua. <<

[3] Tablón o tabloncillo que cubre todas las cabezas de las ligazones en su extremo superior para formar el borde o borda de las embarcaciones. <<



[4] En la escala de vientos el inmediato superior al frescachón. Normalmente, obliga a tomar rizados a las gavias. <<

[5] Galones. <<

[6] Recorrida, compostura y calafateo de un buque, renovando lo que se encuentre podrido o inservible. <<

[7] Se entiende como «combate a tocapenoles» aquel que tiene lugar a tan escasa distancia que los extremos de las vergas (penoles) llegan a tocarse. También es un término utilizado para exponer en general un combate en la mar a muy corta distancia. <<

[8] Discos redondeados que rematan los palos de los buques. Por extensión y en sentido figurado se entendía a bordo por «galleta del cuerpo humano» a su cabeza. <<

[9] Se entiende por «ventolina» al vagajillo que cae a la mar y apunta por diversas direcciones, sin llegar a entablarse (fijarse) desde ninguna. <<

[10] Girar el buque sobre los cables de las anclas estando fondeado. <<

[11] A partir del empleo de alférez de fragata, se utilizaban las charreteras en el uniforme como distintivo del grado. Estos lucían una solamente sobre el hombro izquierdo, mientras los alféreces de navío la mostraban en el derecho.  
<<



[12] Maromas o cabos de cáñamo muy gruesos que, asidos al ancla, servían para amarrar el buque en un fondeadero. En determinados momentos se trataba de elementos de vital importancia para la seguridad del buque en la mar. <<

[13] Medida de distancia utilizada en diversas regiones de España con valores diferentes que oscilaban entre 768 y 912 mm. En la Armada se empleaba esta última, casi equivalente a la yarda (914 mm). <<

[14] Se entendía por «carenar a la tumba» tender el buque en la playa sobre un costado para carenar una banda. Después se procedía de la misma forma en sentido contrario. Con la aparición de los diques dejó de utilizarse tal sistema en las grandes unidades. <<

[15] Forma coloquial habitual para designar a un navío de dos puentes (baterías o andanas) y setenta y cuatro cañones. <<

[16] En efecto, lord Wellesley, como embajador del Reino Unido ante la Junta Central, vivió en el palacio cedido por el marqués de Villavelviestre en la calle de la Amargura, hoy Sagasta, que hace esquina con el callejón el Tinte. Dicho palacete pasó posteriormente a la familia Cuesta y en la actualidad es propiedad de la cadena de hoteles Jale, aunque en esta colección se lo adjudico a mis personajes de ficción. <<

[17] Se entiende por «puente» a las andanas o baterías corridas donde se instalaba la artillería. El prototipo de «buque de línea» contaba con dos puentes y un porte aproximado de setenta y cuatro cañones. Los de tres puentes armaban ciento doce cañones, aunque el *Santísima Trinidad* tras embonar y correrse su batería de cubierta llegó a montar ciento cuarenta, por lo que fue considerado el único «cuatro puentes» y sin duda el más poderoso y armado del mundo, perdido en el combate de Trafalgar. <<

[18] Se refiere al combate de Trafalgar, habido el 21 de octubre de 1805. <<

[19] Procedentes en gran parte de la escuadra del almirante Rosily y de las tropas rendidas en el combate de Bailén. <<



[20] Se entendía por «armadillas» o «fuerzas sutiles» las compuestas por lanchas, botes, falúas, místicos, tartanas, balandras y toda unidad menor capaz de montar un cañón como mínimo. Formadas en divisiones habían sido utilizadas con éxito en la defensa de la bahía gaditana en ocasiones anteriores, así como en el ataque para rendir la escuadra del almirante Rosily el 14 de junio de 1808. <<

[21] En la Armada se entiende por «tripulación» o «equipaje» a la totalidad de la gente de mar, mientras que el de «guarnición» se reservaba para la tropa embarcada. El conjunto de las dos, más la chusma, o grupo de remeros en el caso de las galeras, constituía la dotación. <<

[22] Tratamiento que se daba en la Armada a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se mantiene en vigor en la Escuela Naval Militar para los caballeros guardiamarinas. <<

[23] Antigua voz o tratamiento del contramaestre. <<

[24] Se entendía a bordo como «dar cañón» a la pena de azotes porque normalmente estos, atizados con rebenque o mojel del menor grosor, se aplicaban al penado de bruces, amarrado a una pieza artillera. <<

[25] Se puede entender como plantillas o planos para construir un buque. <<

[26] Vela triangular de menor tamaño al foque, que se amura en el segundo botalón del bauprés y se iza en la encapilladura del mastelero del juanete de proa. <<

[27] Debe entenderse como balas rasas. <<



[28] Se entiende por «navegar en conserva» cuando uno o más buques lo hacen en compañía de otros, lo que ofrece a todos ellos la necesaria protección. <<

[29] Expresión utilizada en el mar del Sur, especialmente en las costas del departamento marítimo de San Blas, para indicar un levantamiento repentino y violento del viento, muy peligroso para cualquier embarcación. <<

[30] Marineros escogidos para dirigir desde las cofas y en lo alto de los palos las maniobras que se reclaman. <<

[31] Destacamento de uno o varios buques en una dirección determinada respecto al grueso de la fuerza o escuadra, para aviso de unidades enemigas u otra misión específica. <<

[32] Mangas de lona sin embrear de grandes dimensiones cerradas en su extremo superior, con aberturas en forma de dos puertas poco más abajo. Se colgaban verticalmente sobre las escotillas para dirigir el viento hacia el interior del buque y renovar el aire en las cubiertas bajas. También se llamaban mangueras de ventilación. <<

[33] Cabos horizontales que se tienden de obenque a obenque por toda la tabla de jarcia. Se utilizan como escalones y que los marineros o grumetes puedan subir y bajar para ejecutar las maniobras. <<

[34] Debe entenderse como «amurados a babor», es decir, con los puños de las velas afirmados a dicha banda, que suele ser la de barlovento. <<

[35] Número de cañones. <<



[36] La medida habitual de pilotaje en la mar era la legua marina, equivalente a tres millas o 6.650 varas castellanas. La vara equivale a 835 milímetros. <<

[37] Se llama al viento «por el anca» cuando abre dos o tres cuartas de la popa.  
<<

[38] Nombre que se da en el Mediterráneo al viento sureste o sueste, también llamado siroco. <<

[39] Velamen. <<

[40] *Saffron*: azafrán en español. <<

[41] Pequeño molusco que perfora la madera sumergida, causando graves daños en las construcciones navales. <<

[42] Parte del costado del buque que se encuentra en contacto con la mar. <<

[43] Agujeros o canales practicados a trechos en los costados de los buques para dar salida a las aguas de la respectiva cubierta. <<



[44] Se entiende como hacer «cabrillas» o «cabrillean» cuando en la mar se forman ondas con pequeñas crestas blanquecinas, producto normalmente del viento fresco. <<

[45] En efecto, dichos navíos sufrieron un recio temporal a la altura del saco de Málaga. Aunque el *Rodney* dio remolque al *Vencedor*, la mar gruesa partió el cable y el timón del navío español. Arrastrado por la mar durante días acabó por varar y perderse en la costa occidental de Cerdeña, aunque se salvó parte de la dotación tras picar los palos y fabricar jangadas. <<

[46] Se refiere a la bahía de Algeciras. <<

[47] Se refiere a la acepción «trinquete en calzones», cuando se utilizaba uno más pequeño que el ordinario para correr el temporal. <<

[48] Debe entenderse como «faja de rizos», forma habitual de disminuir la superficie de una vela, acordonando cada uno de los rizos de una andana o fila. <<

[49] Se entiende por «capa», «capear», «en capa» o «a la capa» cuando se dispone el aparejo de forma que el buque ande poco o retroceda lo inevitable. Si es por causa de temporal, se utilizan velas recias o apropiadas en altura y situación. <<

[50] Al viento fresco de fuerza se lo llama también como «viento de todas velas» o «viento de juanetes». <<

[51] Se entiende por «recala» cuando un buque llega a la vista de un cabo u otro punto de tierra a distancia proporcionada para reconocerlo y marcarlo con seguridad. <<



[52] Al igual que barlovento es la banda por donde entra el viento, barlofuego es la banda desde la que se hace fuego. <<

[53] Llámase mesa de guarnición al conjunto de tablones empernados en los costados desde el frente de cada palo hacia popa para sujetar en ella y abrir con mayor ángulo la obencadura del palo correspondiente. <<

[54] Nombre que se aplicaba a una clase de contramaestres inferior a la de primeros y segundos, la cual se subdividía del mismo modo. Acabaron por ser refundidos y asimilados como terceros contramaestres dentro de los Oficiales de Mar. <<

[55] Debe entenderse como a la «lumbre del agua», balazos cercanos a la línea de flotación con necesidad de ser taponados para evitar la entrada de agua. <<

[56] Medida de longitud utilizada normalmente en la mar para expresar profundidades. Una braza equivale a seis pies de Burgos, dos varas o 1,6718 metros. <<

[57] Se entiende por «correr una trinquetada» a correr un temporal en popa con el único auxilio de la vela trinquete. <<

[58] En el mar del Sur, temporales que se extienden a lo largo de una semana.

<<

[59] Norte-noroeste, punto medio entre ambas direcciones. <<



[60] Se entiende por «gualdrpear» o «zapatean» al golpeo de las velas contra los palos. <<

[61] Cabo o cadena con que se maneja la caña del timón, envolviéndola en el cilindro o tambor y afirmando sus extremos en dicha caña, después de laborear convenientemente. <<

[62] Aunque su acepción habitual es la de un remo para ser utilizado en botes como timón, también se emplea dicha palabra para explicar el timón provisional cuando se pierde el principal del buque, normalmente formado por una verga de respeto con tablas, cuartones, etc. Antiguamente se conocía por «espada». <<

[63] Se llama cuartón al madero que resulta de aserrar longitudinalmente en cruz una pieza enteriza. <<

[64] Voz de petición para que se sonde, es decir, para que se mida la profundidad y naturaleza del fondo. Se lleva a cabo por medio de la sondaleza, cordel en cuyo extremo se amarra el escandallo o plomada cónica que la hace descender a través de las aguas. También la voz de sonda responde a la profundidad. <<

[65] Medida de longitud utilizada en la mar para expresar profundidades. Una braza equivale a 1,67 metros. <<

[66] Se daba la voz de «sonda perdida» cuando el escandallo no llegaba a tocar fondo por exceso de este o por efecto del rápido movimiento del buque, aunque se deslice la sondaleza con rapidez entre marineros de proa a popa. <<

[67] Se entiende por «garrear» o «garrar» cuando el ancla, en lugar de prenderse en el fondo y trincarse en firme, se arrastra sobre él, bien por no haber hecho presa sobre el mismo o desprenderse. <<



[68] Las cuatro anclas con las que contaban los buques de cierto porte se llamaban, de mayor a menor peso, «ancla de la esperanza o formaleza, ancla del ajuste o de uso, ancla cuarta o de respeto y ancla sencilla o de leva». <<

[69] Un buque «bornea» cuando gira sobre sus amarras o cables. En el caso de estar fondeado, lo hace sobre el ancla a través de su cable para quedar normalmente aproado a la mar o el viento. <<

[70] Se entiende por «picar», cortar cualquier cosa a golpe de hacha, bien sean palos, cables, concretos, etc. Picando los palos se disminuía la presión del viento y la mar sobre el buque. <<

[71] Efecto de ancla flotante. <<

[72] Balsas que se forman con los masteleros, vergas, botalones y cualquier pieza de madera del buque para salvar al personal en un naufragio. <<

[73] Su significado es «Buque en peligro inminente». <<

[74] Cerco cuadrangular de barrotes clavados en la cubierta para ser utilizados como depósito de municiones. <<

[75] Extremo o punta de toda cuerda. <<



[76] Se entiende por ayustar a la acción de unir dos cabos por sus extremos o chicotes, con nudos o costuras. En el primero de los casos se lo llama «ayustar con gorupo». <<

[77] Hilos con los que están formados los cordones de todos los cabos, maromas, cables, etc. <<

[78] Por aquellos años en la construcción de buques se utilizaba como unidad de medida el pie de Burgos, equivalente a 0,278 metros. <<

[79] Vela triangular envergada en entenas. <<

[80] Palo mesana, el simado más a popa, de reducido tamaño. <<

[81] Vela trapezoide con relingas muy diferenciadas, lo que las distingue de las velas al tercio. <<

[82] Molusco que se introduce en las maderas bañadas por la mar, destruyéndolas. <<

[83] Parte del costado del buque que se encuentra en contacto con la mar. La *obra muerta* es la que queda por encima de la línea de flotación. <<



[84] Debe entenderse como nudos o millas por hora. <<

[85] Apelativo empleado por los ingleses para designar a las lanchas cañoneras del general Barceló durante el Gran Sitio de Gibraltar, primeras unidades construidas para tal fin. <<

[86] Cortar a golpe de hacha cualquier elemento como palos, cables, etc. <<

[87] Temporal del noroeste. <<

[88] Medida que se utilizaba a bordo para los líquidos, equivalente a unos dos litros, aproximadamente. <<

[89] Tifus exantemático. <<

[90] Lo que hoy sería el Boletín Oficial del Estado. <<